Norman F. Cantor

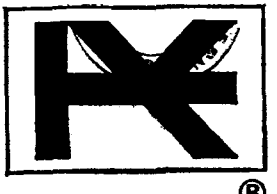
Alianza Editorial

LA ERA DE LA PROTESTA

Sección: Humanidades

Norman F. Cantor:
La era de la protesta
Oposición y rebeldía
en el siglo xx

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



Título original: *The Age of Protest*
Dissent and Rebellion in the Twentieth Century
La edición original inglesa de este libro ha sido publicada por Hawthorn Books, Inc., Nueva York, N.Y., U.S.A.

Traductor: Fernando de Diego de la Rosa

© Hawthorn Books, Inc., New York, 1969
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1973
Calle Milán, 38; ☎ 200 0045
ISBN 84-206-1463-7
Depósito legal: M. 14.975-1973
Papel fabricado por Torras Hostench, S. A.
Impreso en A. G. Ibarra, S. A. Matilde Hernández, 31. Madrid
Printed in Spain

A los jóvenes rebeldes Howard y Judy

Prefacio

Junto con la industrialización, los problemas urbanos, la televisión, el deporte profesional, la contaminación y la píldora, los movimientos de protesta forman parte de las principales preocupaciones de nuestra sociedad. El presente libro tiene por objeto facilitar al público culto una perspectiva histórica de esta erupción de protestas, y al mismo tiempo muestra que las técnicas de la protesta y los estilos de vida que dichos movimientos engendran (y de los que a su vez dependen) son características del siglo XX que se repiten una y otra vez. Las izquierdas y las derechas, las sufragistas, los nazis, los comunistas y los estudiantes se han servido de estas técnicas y han adoptado estos estilos. El libro recuerda al lector que, con frecuencia, cierto grupo condenado por la sociedad bajo determinada generación por utilizar métodos de protesta es, en la próxima, parte del respetable *sistema* que se encoleriza cuando nuevos grupos disidentes emplean los mismos métodos.

Este libro ni elogia ni condena la protesta. Se limita a examinarla como fenómeno social con el deseo de que el lector cuente con mayor experiencia y con mayor conocimiento del caso cuando se tropiece con la protesta en algún

momento de su vida. El libro puede ser particularmente útil a los liberales de corazón sensible, a los conservadores coriáceos, a los jóvenes y a los viejos, a la gran clase media y a los pobres con cultura. Rectores de universidad, jefes de policía y personajes políticos lo encontrarán práctico, y padres, al leerlo, comprenderán mejor a sus retoños, aunque no por eso les vayan a gustar más la conducta y las actitudes de los jóvenes.

Este libro está escrito sobre una firme base histórica y sociológica, pero no es, ni tampoco pretende ser, un tratado definitivo. Los historiadores y los expertos en ciencias sociales estudian detalladamente el fenómeno de la protesta y este libro no puede ser más que el estudio preliminar de un tema enormemente importante. Me he concentrado en los aspectos más interesantes e instructivos —para el momento actual— de la protesta en el siglo XX, y he procurado informar y ser ameno al mismo tiempo, mientras el lector toma posiciones a un lado u otro de la barricada. Por consiguiente, me ocupo únicamente de los movimientos de protesta más trascendentales y sugestivos —para el norteamericano de hoy— de nuestro siglo.

Por su valiosa ayuda en los trabajos de investigación, deseo manifestar mi reconocimiento a miss Carol Berkin, lectora de historia en el Hunter College; a Miss Zane Berzins y Miss Judy Walsh, distinguidas becarias de las universidades de Brandeis y Columbia, respectivamente; al profesor Marshall Shatz, colega mío en la universidad de Brandeis, y a Mrs. Clarissa Atkinson. Mrs. Nancy Melia me ayudó a preparar el libro para su publicación y Miss Marlene Aronin a corregir las galeradas. También deseo expresar mi agradecimiento a Mr. Tony Meisel por sus consejos y sus palabras de aliento.

N. F. C.
Agosto, 1969

Prólogo: Tiempos de protesta

La protesta es característica del siglo XX. Oleadas sucesivas de protesta contra la opresión, la explotación y la miseria social han dominado la historia del mundo occidental desde los primeros años del siglo. La protesta contra la tiranía culminó en Rusia con la revolución de 1917, y el triunfo bolchevique sirvió de inspiración, en particular desde 1945, a los movimientos en pro de la emancipación nacional y del progreso social en los países no occidentales.

En 1900 la mayor parte del poder y de la riqueza del mundo se hallaba en el Occidente y en manos de un pequeño grupo de aristócratas, gobernantes y hombres de negocios. Los ideales de libertad e igualdad que diseminaron la Ilustración, la Revolución francesa y el movimiento liberal del siglo XIX ni tan siquiera se implantaron en su conjunto en los países democráticos de la Europa occidental ni en América. Fuera de Europa, autocracias despiadadas y tiranías imperialistas sojuzgaban a sus pueblos respectivos sin encontrar resistencia. En 1900 el mundo se hallaba todavía sujeto al *viejo régimen,* en el cual un reducido grupo de personas detentaba el poder y la riqueza mientras la masa del pueblo, que vivía sin posibilidades de influir en su des-

tino común, soportaba día tras día el terror y el hambre y realizaba un trabajo de forzados en beneficio de la clase rectora.

Al extenderse por todo el mundo las ideas de libertad e igualdad, gracias a los modernos medios de comunicación, influyendo en millones de personas que en número creciente se liberaban del analfabetismo, era evidente que este viejo régimen no podía prolongar su vida sin despertar oposición. El liberalismo del siglo XIX prometió a todos dignidad y felicidad en la sociedad moderna. Los movimientos de protesta del siglo XX exigían que tal promesa se cumpliera. Sólo una opresión continua y despiadada hubiera podido sofocar la instauración de cambios radicales dentro de la línea democrática. De hecho, el viejo régimen resistió el empuje de los movimientos democráticos, pero sin realizar un esfuerzo sostenido, sin lograr resultados duraderos.

La relativa debilidad de los jefes del viejo régimen se debía a muchos motivos. En primer lugar, ellos mismos hacían gala de una retórica liberal; y cuando los movimientos de protesta intentaron convertir esta retórica en hechos, la elite en el poder a menudo se sintió tan culpable, que no opuso una resistencia larga ni eficaz. En segundo lugar, las dos guerras mundiales con su secuela de caos y desmoralización debilitaron las estructuras del sistema y la confianza de la elite en sí misma. En tercer lugar, los dirigentes de los movimientos de protesta del siglo XX eran casi siempre miembros particularmente dinámicos y sensibles de la clase media. Estaban familiarizados con la elite y no la temían, disponían de tiempo para dedicarse a actividades contestatarias y su educación y su experiencia política les indicaba cuáles eran los puntos vulnerables de la elite y cómo llegar a ellos con la mayor efectividad.

Aunque el viejo régimen oprimía y explotaba a los trabajadores y a los pobres, y aunque la retórica de la protesta se dirigía por lo general contra ese abuso, la mayor debilidad de los *establishments* del siglo XX radicaba en su incapacidad para impedir la alienación de la clase media. Desde 1900 los intelectuales de la clase media se han manifestado, por lo general, hostiles a las estructuras del poder; y esta hostilidad ha demostrado ser un vivero particularmente fecundo de movimientos de protesta.

Estos movimientos se pueden dividir en dos clases principales. En primer lugar, los intelectuales y la gente culta, en

especial los de las nuevas generaciones, poseen una especie de espíritu de protesta que se nutre de la inevitable hostilidad de los jóvenes hacia los viejos. Este tipo de movimiento de protesta ha encontrado expresión en la literatura, el arte, la prensa popular, los espectáculos para las masas y los nuevos estilos de vida. Todo ello, sin llegar a una confrontación directa con las elites en el poder, las ha debilitado al dificultar su comunicación con la clase media y al sensibilizar a los trabajadores a favor de las ideas radicales. Este tipo de disentimiento intelectual ha hecho que la clase rectora tuviera conciencia de su atraso cultural y de su espíritu ramplón. De esta manera, se ha desmoralizado, mientras se exacerbaba su fatal sentimiento de culpa.

El otro tipo de movimiento de protesta es más específico: la confrontación organizada contra la elite o contra algún sector de ella. Por medio de manifestaciones, huelgas, sentadas, denuncias escandalosas, campañas de agitación y actos de violencia (con frecuencia aislados, pero muy jaleados), este tipo de protesta ha forzado a la clase rectora a recurrir a medidas represivas, ha despertado la conciencia sensible de la clase media y ha conseguido a veces la intervención de los trabajadores y los pobres en la protesta. Las técnicas de la confrontación que se utilizan en este siglo tienen algunos precedentes en la agitación sindical de los últimos años del siglo XIX. Pero tales técnicas se han hecho más efectivas y cada vez más refinadas, al ponerse al frente de ellas intelectuales y miembros de la clase media y al apuntar contra las instituciones del orden establecido más que contra determinadas injusticias perpetradas en los medios obreros. Las feministas inglesas y los nacionalistas irlandeses desarrollaron los primeros movimientos de protesta de este tipo. Pero Adolf Hitler se lleva la palma como el más sutil teórico de la confrontación.

Esta paradoja revela un importante aspecto de la protesta en el siglo XX. Aunque por lo general se ha orientado hacia la izquierda, sin embargo el fascismo y otros movimientos de derecha han utilizado con gran talento y habilidad sus técnicas y estilo. Los objetivos que se buscaban eran muy diferentes, pero los estilos, las técnicas y el afán de cambiar el régimen de 1900 han dado un carácter común a los diferentes movimientos de protesta.

¿En qué se diferencia la protesta de la revolución? La palabra *revolución* se usa con frecuencia para indicar cual-

quier cambio radical en el gobierno o en la sociedad, pero, con arreglo a su sentido histórico, más estricto y correcto, la revolución es la gran excepción, y la protesta, la norma. La protesta es un ataque que se lleva a cabo por vías intelectuales, o de un modo organizado, contra el sistema establecido, y la revolución es una enfermedad de la sociedad, un derrumbamiento del orden social, el tipo de desmoralización colectiva y de guerra civil que los antiguos filósofos griegos llamaban *stasis*. La protesta recurre a la violencia, pero cuidadosamente encauzada y con fines específicos: la toma de un edificio, una asonada, un asesinato político, enderezados a conmocionar y confundir a la elite, y a llamar la atención sobre determinada injusticia. La revolución es la violencia desenfrenada; en ella los diversos grupos sociales combaten entre sí por el poder y, por lo general, la violencia termina por convertirse en un fin en sí misma. Frecuentemente, los grupos acaban por olvidarse de los objetivos que perseguían.

La revolución estalla sólo cuando un viejo régimen, al defenderse contra la protesta con medidas más reaccionarias y opresivas, radicaliza a la clase media e impulsa a los trabajadores y los pobres a intervenir, pero carece de eficacia o experimenta un sentimiento de culpa demasiado profundo para llegar al arresto y la matanza de los rebeldes. Entonces el sistema legal y político se desmorona y la violencia sin freno ocupa su lugar. Por último, algún jefe del ejército o dirigente político se aprovecha del temor de la clase media a ser exterminada, se apoya en el hambre de las masas obreras y establece una nueva tiranía. En el siglo XX la protesta ha provocado transformaciones y, por lo general, mejoras sociales, mientras que la revolución ha llevado al caos, a la guerra civil y a nuevas tiranías.

Las trascendentales conquistas de la cultura, el trastocamiento de ideas y valores inspiró y facilitó la aparición de la protesta contra desigualdades e injusticias del sistema político y social. La gran crisis en la historia del pensamiento moderno, que tuvo lugar a fines del siglo XIX, minó las bases intelectuales del viejo régimen.

Los liberales del siglo XIX presuponían que el hombre puede razonar objetivamente y tomar decisiones racionales con respecto a sí mismo y al mundo. Incluso esta filosofía podía servir como base intelectual de una protesta radical: el mundo de 1900 estaba muy lejos de responder al ideal

del bien común en una sociedad justa que se habían forjado los liberales racionalistas. Pero a fines del siglo, un nuevo *irracionalismo* y una nueva percepción de la consciencia inundó la vida intelectual. Surgió una nueva visión de la naturaleza humana basada en las ideas de Karl Marx y de Friedrich Nietzsche, la cual ganó fuerza con la psicología de Freud, que daba más importancia a los sentimientos del hombre —temores, deseos e impulsos inconscientes— que a su razón. El arte y la literatura se hicieron portavoces del sentimiento más que del razonamiento objetivo. Los movimientos de protesta, y en particular las confrontaciones organizadas, se basan en un concepto de la naturaleza humana que valora las manifestaciones de rabia, amor, esperanza y odio. La protesta no es un disentimiento ceremonioso ni una oposición política institucional, sino un asalto apasionado y agresivo contra el sistema. El estilo de la protesta tiene siempre cierta afinidad con el placer anárquico de destruir el orden, y la filosofía del anarquismo, expuesta por Georges Sorel a principios de siglo, está latente en todos los movimientos de protesta.

El viejo régimen de 1900 se basaba en una serie de instituciones morales y sociales nacidas de la revelación divina, de la sabiduría de personas racionales y cultivadas y de la acumulación de la experiencia de siglos. Pero la ciencia y el escepticismo minaron las pretensiones de la revelación; el nuevo irracionalismo marginó el papel de la razón frente a los deseos y apetencias del hombre; y por fin, un concepto nuevo y relativista de las instituciones sociales erosionó las pretensiones de la tradición.

Karl Marx contribuyó especialmente a este relativismo social al declarar que las instituciones y la moral de una determinada sociedad son producto del medio y reflejan los intereses de la clase dominante. Entonces, hacia 1900, las nuevas ciencias —la sociología y la antropología— reforzaron la creencia, ya dominante en el pensamiento occidental desde el siglo XVIII, de que la sociedad y las instituciones oficiales del mundo occidental constituían sólo un sistema entre muchos, y que ninguno de ellos era intrínsecamente superior o de mayor valor ético que los demás.

La aparición de este relativismo social aumentó la fuerza del golpe que el irracionalismo asestaba al viejo régimen: ya no era posible defender ningún aspecto del orden tradicional alegando una santidad, moralidad o unas tradiciones inviolables. Al propagarse esta filosofía entre la gente culta, la

elite en el poder se quedó sin argumentos teóricos contra los movimientos de protesta. Sólo era posible defender al viejo régimen por motivos de intereses de clase o de grupo, pero sus propios dirigentes estaban demasiado influidos por la retórica moral, liberal y cristiana para utilizar con convicción y sin titubeos este tipo de defensa maquiavélica. Además, el nuevo relativismo atraía a los miembros más sensibles de la elite y los hacía remisos a desplegar toda su fuerza contra los movimientos de protesta que exigían cambios radicales en nombre de la igualdad.

El viejo régimen de 1900 se basaba en el encasillamiento de la gente en gobernantes y gobernados, en personas de sólida formación y en personas sin ella, como padres e hijos, maestros y alumnos, varones racionales y féminas irracionales, señores de la metrópoli y nativos de las colonias, negociantes responsables y obreros y pobres irresponsables. Los contestatarios arremetían contra la falsedad de semejantes dicotomías e insistían que todos los hombres son iguales en su amor y en su odio. El predominio del deseo y del sentimiento es propio de la protesta, la cual se niega a reconocer la inviolabilidad de la moral en el orden establecido. La protesta se basa en el derecho de cada individuo a ser libre. La nueva cultura de comienzos del siglo valoraba más el sentimiento y los deseos que la razón, las tradiciones y el poder; de esta manera abrió el camino a los movimientos de protesta de las dos primeras décadas del siglo y a todos los que vinieron después, cuyos estilos y programas se han inspirado en el irracionalismo y el relativismo que son consustanciales con el pensamiento moderno.

Primera parte:
La aparición de la protesta

A fines del siglo XIX los combativos sindicatos de la Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos reanudaron sus esfuerzos en pro de mejores salarios y de mejores condiciones de vida para los trabajadores industriales. Este movimiento se prolongó, con poco éxito, hasta estallar la primera guerra mundial. Los sindicatos no consiguieron establecer un programa coherente de acción contra el viejo régimen y su fracaso se evidenció de manera dramática en 1914, cuando se plegaron al reclutamiento de los trabajadores y a su incorporación a los monstruosos ejércitos de las potencias europeas. A decir verdad, la mayor parte de los jefes obreros, tanto en Alemania como entre los aliados, se convirtieron en fervorosos patriotas y sólo asumieron una actitud crítica contra la guerra cuando sus efectos debilitadores sobre el país se pusieron de manifiesto en 1916. A principios del siglo XX el movimiento obrero estaba profundamente dividido. La huelga general que deseaban los sindicalistas radicales nunca se materializó.

En las dos primeras décadas del siglo la rebeldía y el disentimiento que consiguieron éxitos contra el poder y el privilegio procedieron en gran parte de grupos ajenos a las

organizaciones obreras. Estos movimientos de protesta fueron mucho más allá de las reivindicaciones laborales: arremetieron contra la estructura básica del viejo régimen y recurrieron a técnicas que luego fueron indispensables en todas las protestas del siglo.

En las dos primeras décadas hubo cuatro movimientos importantes de protesta. La cruzada sufragista, en especial en la Gran Bretaña, no sólo atacaba los privilegios masculinos e inauguraba la emancipación de la mitad de la población adulta, sino que ponía en entredicho los valores sobre los que descansaba el viejo régimen. La rebelión irlandesa de 1916 dio la pauta para todos los mivimientos anticoloniales del siglo xx. El abortado amotinamiento del ejército francés fue la única protesta significativa contra la primera guerra mundial y contra el sistema militarista de los estados europeos. En Rusia, el derrocamiento de la autocracia zarista, en la que jugaron un papel determinante los intelectuales de la clase media, inauguró un movimiento de liberación social que finalmente iba a afectar a todo el mundo no occidental.

1. La Cruzada feminista

En 1906 los liberales llegaron al poder en la Gran Bretaña, con una aplastante mayoría en la Cámara de los Comunes. El gobierno liberal, que desde 1908 tuvo como jefe a H. H. Asquith, abogado de la clase media preocupado por el bienestar de los trabajadores, duró hasta 1916. Por la influencia de los liberales el parlamento aprobó varias medidas que vinieron a inaugurar el estado benéfico en la Gran Bretaña, aunque los sindicatos más radicales no se mostraban muy conformes con aquellas disposiciones de carácter paternalista. Asquith y sus colegas, entre ellos el aristocrático Winston Churchill y el demagogo galés David Lloyd George confiaban, mediante esa política, domesticar y canalizar cualquier revuelta y templar cualquier descontento [1].

Pero al primer ministro Asquith no le hicieron sudar las huestes del trabajo, sino otro ejército bien distinto. Las señoras se movilizaban y no sabía cómo enfrentarse a ellas.

Asquith y sus colegas podían mirar con cierta ecuanimidad las revueltas de los trabajadores, que habían mostrado síntomas de impaciencia y descontento durante todo el siglo XIX. Pero la rebeldía de las faldas no tenía precedentes. Era algo

indecoroso. El grito destemplado de: «¡El voto para la mujer!» parecía amenazar no sólo a la constitución inglesa, sino también a la identidad sexual del hombre de la época victoriana. Aquélla, edurecida en luchas seculares, podría sobrevivir; esta última corría más peligro. Desde 1905 a 1914 la lucha de las sufragistas en pro de sus derechos fue en parte política y en parte sexual. Los elementos oficiales no estaban mentalmente preparados para tales batallas y no las comprendían.

Antes de que la Gran Guerra terminara con el movimiento de las sufragistas, dicho movimiento se había convertido en una guerra de guerrillas entre el gobierno y las señoras. Las sufragistas aportaron a la vida política inglesa características cómicas y brutales. Y sería difícil determinar cuál de esas características era más odiosa para un adusto liberal inglés.

En los años posteriores a 1906 ningún ministro del gobierno estaba a salvo del acoso de aquellas belicosas damas. Si se presentaba como candidato en las elecciones parciales, sus discursos al electorado se verían interrumpidos, con toda seguridad, por agudas voces femeninas que, a gritos, exigirían saber por qué razón no habían de votar las mujeres. No era posible desentenderse de tales interrupciones. La interruptora desplegaba, por lo general, una gran bandera para reforzar su pregunta con una perspectiva visual. La policía y los acomodadores acudían a llevarse a la alborotadora, pero la operación no siempre resultaba fácil porque la señora se solía encadenar a su asiento. Cuando por fin la sacaban a rastras del local, entre gritos y forcejeos, era difícil que el orador captara de nuevo el interés de los oyentes; pero, en caso contrario, lo más probable era que, al poco rato, le interrumpiera de nuevo otra integrante de la «hermandad de las gritonas». Las mujeres se turnaban como si tomaran parte en una carrera de relevos; en cuanto sacaban a una a rastras, otra alzaba la voz. Las cosas llegaron a tales extremos que, como señaló una sufragista con tono de satisfacción, los ministros acabaron por dirigirse casi exclusivamente a auditorios sin mujeres. Pero tampoco dio resultado excluirlas de los actos políticos, porque al menos una de las jóvenes más emprendedoras conseguía «colarse» en el recinto horas antes, y oculta tras las cortinas o dentro de un órgano, aguardaba su oportunidad. En vista de ello, acabó por realizarse un registro previo. Pero entonces, en los tejados de los edificios

contiguos se emboscaban, megáfono en mano, dos o tres decididas sufragistas con condiciones gimnásticas.

Ni tampoco confinaban sus actividades a los actos políticos. El ministro que buscara distraerse en el teatro se arriesgaba a que le viera una sufragista y le acosara en medio de la representación. Ni siquiera podía contar con disfrutar de un tranquilo partido de golf. Cosas como «El voto para la mujer» o «¿No hay votos? ¡Tampoco golf!» aparecían a lo mejor grabadas con ácido en la hierba. Y entre los arbustos quizá se agazapase alguna sufragista dispuesta a calentarle las costillas con un bastón o un paraguas.

Este hostigamiento era constante. Y también, o al menos así lo creían las víctimas, ilógico, porque las mujeres no distinguían entre sus enemigos y sus partidarios. Se sabía que el gobierno de Mr. Asquith estaba dividido en el asunto del voto femenino. Hacía tiempo que tanto Lloyd George como Churchill se habían proclamado partidarios de la causa femenina y dispuestos a hacer todo cuanto estuviera en su mano para acelerar la llegada de su triunfo. Pero de nada les sirvió. Al contrario. Además de dedicarles los demás denuestos de su repertorio, las señoras los perseguían con especial ensañamiento acusándolos de hipocresía. En cierta ocasión, en una estación de ferrocarril una joven sufragista se lanzó blandiendo un látigo contra Churchill, y menos mal que el político pudo arrancárselo de las manos. Lloyd George tuvo peor suerte. Al entrar en su coche tras pronunciar una elocuente perorata se dio cuenta, cuando ya era tarde, que había alguien dentro. Una sufragista se había encerrado en la parte posterior del vehículo. Mientras el chófer se afanaba por abrir la puerta, la señora se desfogó dándole un buen meneo a Lloyd George.

En lo más áspero de la batalla, desde 1912 a 1914, la inventiva destructora de las señoras rayaba en lo asombroso. Destrozaban los escaparates, no al buen tuntún, sino sistemáticamente, a lo largo de calles enteras. El *Daily Telegraph* de Londres daba cuenta de tales procedimientos con apenas disimulada perplejidad:

> Londres no ha visto cosa semejante. Una banda de mujeres arremetió contra los escaparates de las calles principales del West End y durante quince o veinte minutos no se oyó otra cosa en el Strand, en Cockspur Street, en Downing Street, Whitehall, Piccadilly, Bow Street y Oxford Street que el ruido del vidrio al romperse... Muchos de los más vistosos escaparates del mun-

do han quedado temporalmente deshechos... El ataque comenzó al mismo tiempo y en una de las horas de más animación. Las mujeres, que un momento antes parecían estar pacíficamente de compras, de pronto sacaron de las bolsas o de los manguitos martillos, piedras y porras y arremetieron contra los escaparates más próximos...

En sigilosas salidas nocturnas, las féminas rebeldes, armadas con cubos y brochas, borraban los números de las casas. Desgarraban el tapizado de los asientos de los coches de ferrocarril; echaban jalea en los buzones; destrozaban los jardines municipales; invadían las galerías artísticas y mutilaban los cuadros; cortaban los hilos del telégrafo; daban falsas alarmas de fuego y colocaban bombas de fabricación casera, una de las cuales causó serios desperfectos en la casa que se estaba construyendo Lloyd George. Y para coronar su obra comenzaron a provocar incendios. Varias estaciones de ferrocarril, el pabellón de bebidas de Kew Gardens, un campo de fútbol en Cambridge y hasta unas cuantas iglesias fueron pasto de las llamas.

Emmeline Pankhurst, la peliblanca matrona de las sufragistas, convocó a la lucha. «¡Quiero que se me juzgue por sedición!», gritaba alborozada. «Que cada cual se las arregle como pueda», aconsejaba a sus incondicionales. «Las que puedan romper escaparates, que los rompan. Las que puedan arremeter aún con mayor fuerza contra el secreto ídolo de la propiedad, que lo hagan. Yo pido a todas las aquí presentes: ¡rebelaos!» [2]

Cuando las detenían y las juzgaban, convertían el banquillo en plataforma de propaganda: acusaban de tiranos a los jueces y al gobierno y los hacían moralmente responsables de la violencia. Tampoco les parecía excesivo apedrear a los jueces y fiscales con tomates y otros proyectiles de parecido calibre, cuando no invocaban con tono patético los derechos humanos para que la prensa se hiciera eco de sus cuitas.

Si se las condenaba a prisión, chantajeaban al gobierno negándose a comer hasta recuperar la libertad. La primera huelga de hambre comenzó en 1909, al parecer de manera espontánea. Pronto se convirtió esta táctica en una pesadilla para los funcionarios de prisiones de todo el país. Ante una sufragista presa que se empeñaba en no probar bocado, el gobierno sólo podía tomar dos medidas: o soltarla o alimentarla a la fuerza. Si optaba por lo primero, existía el inconveniente de que la infractora quedaba en libertad para

cometer nuevos delitos. Lo segundo era todavía peor. Alimentar por la fuerza a una mujer constituía un procedimiento desagradable, ya que había que vencer su resistencia, maniatarla, tenerle la boca abierta con algún objeto de madera o metal y, mediante unos tubos, introducirle en la garganta unos líquidos nutritivos, pero repugnantes. Las mujeres, por lo general, vomitaban el desagradable alimento tan pronto como llegaba al estómago. Estos métodos provocaban la repulsa de los médicos, los cuales protestaban en sus cartas de la peligrosidad de tal sistema. Las mujeres describían su agonía con detalles espeluznantes para el consumo del público. Los miembros más caballerosos y humanitarios de la Cámara de los Comunes, incluso los que no simpatizaban con las sufragistas, encontraban repulsivo este método.

El Primer Ministro y el Ministro del Interior, Reginald McKenna, se vieron en la Cámara en apuros, y a veces más que en apuros, ante ciertas preguntas embarazosas. Un diputado, por lo general de carácter tranquilo, tronó contra Mr. Asquith tras un incidente particularmente desagradable: «¡Usted quedará en la historia como el hombre que torturó a mujeres inocentes!» [3] No era ésta la fama que querían dejar a la posteridad míster Asquith y su gobierno liberal.

El espíritu combativo de las sufragistas no alcanzó de repente tan furiosas cotas, sino que fue desarrollándose a lo largo de una década bajo la inspiración y guía de la familia Pankhurst. Emmeline Pankhurst era viuda de Richard Pankhurst, abogado de ideas progresistas, prototipo de los seguidores de la tradición radical inglesa. Miembro activo de organizaciones como la Real Sociedad de Estadística y la Asociación Nacional para el Fomento de las Ciencias Sociales, se presentó sin éxito a las elecciones parlamentarias como candidato de liberales y radicales. Se adhirió al Partido Laborista Independiente algo después de su fundación en 1893, formó en las filas de la Sociedad Fabiana y se presentó a las elecciones de 1895 como candidato de los laboristas. El sufragio de las mujeres era una de las causas «de izquierda» que Pankhurst defendió toda su vida. Emmeline siguió la política de su esposo y la casa del matrimonio fue centro de reunión de radicales de diverso plumaje.

Al morir su marido, Mrs. Pankhurst tuvo que luchar para sacar adelante a sus cuatro hijos. Montó una pequeña tienda, pero, al atenderla, no podía dedicarse a los problemas cívicos y políticos que tanto le interesaban. En 1903 se

reunió en su casa con unas cuantas señoras, la mayor parte esposas de socios del partido laborista, y fundaron la *Women's Social and Political Union* (Unión Femenina Política y Social). Mrs. Pankhurst pulsó en seguida la nota dramática. El objetivo de la organización sería «conseguir de inmediato los derechos políticos». Renunciaba a los «gastados métodos misioneros» en favor de un mayor activismo político y pronto se puso a criticar a las organizaciones más antiguas del mismo tipo llamándolas «nidos de anticuadas». Sin embargo, en los dos años siguientes, su grupo hizo labor de proselitismo en la zona de Manchester con arreglo a los procedimientos convencionales. El espíritu combativo comenzó a manifestarse en serio dos años más tarde, cuando la causa femenina se le reveló de pronto a la agraciada hija mayor de Mrs. Pankhurst. Anteriormente, Christabel Pankhurst no había demostrado tener ninguna vocación especial, pero poseía demasiada inteligencia y energía para esperar modestamente, como se suponía que debían hacer las señoritas de la época, que apareciera un buen partido y se casara con ella. Christabel se entregó en cuerpo y alma a la causa del sufragio femenino.

En 1905 el partido liberal se disponía a adjudicarse lo que, según todos los indicios, constituiría una abrumadora victoria electoral. Todo presagiaba una época de reformas. Christabel se propuso arrancar a los liberales una inmediata declaración de intenciones con respecto al sufragio femenino y centró sus miras en Edward Grey, liberal destacado que estaba seguro de figurar en el nuevo gabinete. Grey tenía que hablar en un acto en el Free Trade Hall de Manchester. Armadas con una gran bandera en la que destacaba la inscripción «¿Daréis el voto a las mujeres?», Christabel y una amiga salieron hacia el recinto dispuestas a conseguir la inmediata liberación de la mujer o a dar con los huesos en la cárcel. Una pregunta alarmante vino a interrumpir los argumentos pro-liberales de Grey: «¿Dará el gobierno liberal el voto a las mujeres?» Grey, como es natural, no supo qué responder. La cuestión femenina no estaba en el programa. Se sabía que entre los dirigentes liberales había diferencias al respecto. Pero el sufragio femenino no podía convertirse en política del partido sólo porque dos jóvenes desconocidas y deslenguadas lo pidieran. Sin embargo Christabel y su amiga no se contentaron con circunloquios y armaron tal escándalo, que fueron sacadas por la fuerza. Christabel refirió

más tarde: «Forcejeamos... con toda nuestra energía... sin dejar de gritar: ¿dará el gobierno liberal el voto a las mujeres?» [4] No satisfecha con las consecuencias electrizantes de aquel alboroto en su debut político, Christabel escupió a un policía, ya fuera del recinto, haciéndose culpable de 'agresión técnica' y asegurándose su arresto. La nueva táctica agresiva comenzaba.

A los pocos meses de este memorable incidente, Mrs. Pankhurst y Christabel enviaron al sur, con dos libras en el bolsillo y con instrucciones de «agitar Londres», a una de sus reclutas más prometedoras, una joven ex operaria de Oldham. Más tarde, el día de la apertura del parlamento, la W. S. P. U. celebró su propio 'parlamento femenino' en Caxton Hall. Al llegar la noticia de que en el discurso del rey Eduardo VII no se mencionaban los derechos femeninos, Mrs. Pankhurst se puso al frente de un grupo de señoras y se dirigió a la Cámara de los Comunes con el fin de discutir con el mayor número posible de diputados. En esta ocasión, tras largas horas de espera, unas cuantas damas se salieron con la suya y consiguieron que se las admitiera en la antecámara, donde acosaron a varios diputados nerviosos y confundidos.

Los peregrinajes desde Caxton Hall al parlamento se convirtieron en un acontecimiento anual, pero nunca más fueron tan pacíficos y ordenados como el primero. Se las consideraba visitas importunas, cuando no cosas peores. La osadía de agredir a miembros del gobierno constituía una falta de decoro y un verdadero fastidio. Christabel Pankhurst describió así la salida desde Caxton Hall a la Cámara en 1907:

> Dos cordones de policía guardaban la Cámara de los Comunes y se oponían al avance de las mujeres. Pronto se trabaron en una prolongada lucha, porque las mujeres no abandonaban el propósito de llegar hasta su objetivo. Una y otra vez, durante aquella interminable tarde, se produjeron los choques. Agotadas, con los abrigos desgarrados y los sombreros perdidos en la refriega, las mujeres regresaban a Caxton Hall, descansaban un rato y volvían a pelear de nuevo... Quince de ellas consiguieron atravesar la muralla policíaca y entraron en la Cámara, pero cuando se disponían a celebrar una reunión en el vestíbulo, las echaron de allí a la fuerza y las arrestaron. Otras mujeres, esta vez cientos de ellas, intentaron hacer lo mismo, hasta que la policía se vio obligada a despejar violentamente la plaza y a detener a unas sesenta [5].

Entre tanto, continuaba el acoso de cuantos liberales se presentaban como candidatos en las elecciones parciales. Mientras se negaran a hacer del sufragio femenino un compromiso del partido, la W.S.P.U. seguiría la lucha contra ellos. Las sufragistas no demostraban interés por las opiniones personales de los candidatos: o el gobierno les concedía sus derechos o la guerra continuaría contra todos sus miembros sin excepción. Las giras incansables y turbulentas de las mujeres contra los candidatos gubernamentales probablemente influyeron en la derrota de algunos, entre ellos la del propio Mr. Churchill que por desgracia tenía su distrito electoral en Manchester, base de la W.S.P.U.

No era propósito de la W.S.P.U. tratar de ganarse la influencia de los poderosos liberales. Se limitaba a seguir una táctica de obstrucción lo más completa posible, y sus afiliadas procuraban perjudicar al gobierno en las urnas y ante el público. Su campaña no se apoyaba en ninguna base filosófica, a no ser la de Charles Stewart Parnell y el Partido Nacionalista Irlandés de los años 80. El propio Richard Pankhurst, víctima de los votos de este Partido que le hizo perder las elecciones en 1885, explicó a su esposa la estrategia de Parnell y su partido. Parnell fue jefe de un pequeño grupo que hubo de enfrentarse a la implacable hostilidad de una gran mayoría. Las tácticas conciliatorias y razonables no contaban para él. Mediante una obstrucción constante trató de desmoralizar a sus enemigos y se lanzó a una guerra de desgaste, a una guerra de nervios.

Mrs. Pankhurst adaptó los métodos de Parnell a sus propios fines. Buscaba, a fuerza de ofender y encolerizar a los liberales, que tomaran en consideración sus demandas. Las Pankhursts pertenecían a ese difícil grupo de implacables seres humanos de mente rígida e inflexible. Las sufragistas mostraban desprecio por las trapisondas de la política partidista. Cuando un ministro expresó con piadosas intenciones su vaga convicción de que el asunto del voto femenino no podría demorarse mucho, las mujeres se aferraron a aquellas palabras suyas y exigieron que se aprobara inmediatamente el correspondiente proyecto de ley. Inmediatamente. En aquella misma sesión del parlamento. Rechazaban los temores de liberales y laboristas, en cuya opinión la concesión de los derechos femeninos romperían el delicado equilibrio de los partidos y aumentaría de manera alarmante el voto de los conservadores, pues se suponía que las mujeres sentían

una predisposición innata por el conservadurismo (suposición que resultó ser bastante acertada). Por otra parte, las sufragistas hacían burla de las reservas de los conservadores, que temían que una ampliación de los derechos políticos conduciría sin remedio al voto de todas las personas adultas (los conservadores se sentían muy a gusto con las exclusiones electorales impuestas a las personas carentes de bienes) y se reían de los argumentos de Mr. Asquith, según los cuales había asuntos más urgentes que precisaban toda su atención.

Los años posteriores a 1909 se caracterizaron por la tormenta que provocaron el presupuesto de Lloyd George y la renuencia de la Cámara de los Lores a aprobarlo. Mrs. Pankhurst y sus seguidoras sostenían que si Mr. Asquith debía salvar al país de la Cámara de los Lores, o a la Cámara de los Lores de sus miembros más arcaicos, estaba en libertad de obrar en consecuencia, con tal que concediera inmediatamente el voto a la mujer. Irlanda del Norte —y esto era muy interesante— planeaba un movimiento sedicioso. ¿Y qué opinaba Edward Carson, jefe de los rebeldes del Ulster, con respecto al sufragio femenino en Irlanda del Norte? En su obsesivo empeño de conseguir el voto, Mrs. Pankhurst fue dejando atrás a sus antiguas relaciones laboristas, aunque el partido laborista era el único que se comprometió oficialmente a conceder el voto femenino. Los problemas de clase y los económicos no debían empañar la cuestión primordial de los derechos de la mujer.

Para Mrs. Pankhurst y Christabel la obsesión de los laboristas por los sindicatos y los pobres era egoísta y de estrechas miras, cuando no un subterfugio deliberado para eludir sus responsabilidades con respecto a las mujeres. Aunque algunos laboristas trabajaron individualmente con interés y generosidad por la causa femenina, la W.S.P.U. apenas lo agradeció. Mrs. Pankhurst no quería otros aliados que sus devotas seguidoras. Sylvia, otra hija suya menor que Christabel, no renunció al credo político de su padre y trabajó sin descanso para organizar a las mujeres indigentes del East End de Londres. Al fin la expulsaron de las filas de la W.S.P.U. por preocuparse en exceso de cuestiones económicas y por mantenerse fiel a las viejas amistades en los sindicatos.

Aunque Mrs. Pankhurst estudiaba el precedente de Parnell con ánimo de hallar un apoyo ideológico para su movi-

miento, Christabel no lo necesitaba. Justificaba la política de la W.S.P.U. con una razón muy sencilla que le había inspirado, sin proponérselo, nada menos que Arthur Balfour, jefe del partido conservador. En los primeros días de la W.S.P.U., Christabel, al frente de un grupo, se entrevistó con Balfour, conocido simpatizante del sufragio femenino. ¿Por qué, preguntó Christabel, no se acordaron los conservadores de la cuestión del voto cuando él era jefe del gobierno? Mr. Balfour le había contestado con franqueza: «la causa de ustedes no tiene público» [8]. Al parecer, Christabel nunca olvidó tales palabras. En los años siguientes el espíritu combativo de la W. S. P. U. se endureció más y más para que la causa no dejara de tener público.

En efecto, con el advenimiento de las Pankhursts la campaña en pro de los derechos femeninos derivó en un movimiento de protesta. A lo largo de gran parte del siglo XIX esta cuestión no había abandonado aún el mundo de las abstracciones, a no ser que fuera para convertirse en queja predilecta de alguna feminista radical. Ciertos diputados que simpatizaban con la idea planteaban con regularidad en la Cámara el asunto del voto femenino; incluso encontró campeones elocuentes, como el filósofo y economista John Stuart Mill (a instancias de su esposa intelectual) que fue el primero y el más famoso. Mill incluyó la cuestión del voto femenino en su programa electoral de 1865 y desde entonces no faltaron artículos ni discusiones sobre 'el problema femenino'. En 1867 se fundó la primera sociedad permanente en pro del sufragio femenino. Y pronto la National Society for Women's Suffrage (Sociedad Nacional para el Sufragio Femenino) estableció filiales en todas las ciudades importantes de Inglaterra. En 1869 las mujeres lograron derechos políticos a nivel municipal. La 'Local Government Act' de 1894 les concedió el derecho a votar en las elecciones para consejeros parroquiales o para designar las presidencias de los cuerpos de vigilantes, e incluso ellas mismas podían aspirar a cargos de esta índole. Por primera vez, en 1870 un proyecto de ley para conceder a las mujeres sus derechos pasó su segunda lectura en la Cámara. La teoría de que las mujeres tenían derecho al voto recibió así el espaldarazo de un organismo oficial. Por desgracia, tal actitud poco significaba, ya que ningún partido estaba dispuesto a respaldar la propuesta en una tercera lectura que, caso de que la apro-

bara la Cámara de los Lores, se hubiera convertido en ley. La Cámara se había limitado a sancionar un parecer.

En realidad, la causa femenina languideció durante treinta años antes de que apareciera en escena Emmeline Pankhurst. Los argumentos en pro y en contra, los métodos para movilizar a la opinión pública y para influir en los legisladores estaban también trasnochados. Aunque gracias a los esfuerzos tenaces de unas pocas e incansables mujeres del siglo XIX se logró que el proyecto sobre el sufragio femenino se debatiera a lo largo de la década de los 70 —a excepción de un año— en los años 80 sólo en una ocasión llegó a ser sometido a votación. Sea como fuere, aquellos procedimientos adolecían de una irrealidad inherente. A lo largo de los años 70, 80 y 90 las mayorías parlamentarias a favor o en contra de los derechos de la mujer crecían o disminuían por causas que tenían poco que ver con los méritos del caso. Los diputados no olvidaban que votaban un proyecto destinado a morir en su segunda lectura. El debate anual sobre el sufragio femenino daba un cómico toque de alivio a la pesada tarea de gobernar el país. Con frecuencia, las mujeres ni siquiera recibían el pobre consuelo de que se las tomara en serio. Una táctica favorita de la oposición era, pura y simplemente, recurrir al ridículo. La imagen de Inglaterra y su poderoso imperio atados a las faldas de señoras con poco seso se aireaba *ad nauseam* como «argumento» contra las aspiraciones femeninas.

Quizá no sea de lamentar que gran parte de las objeciones a los derechos políticos de la mujer se expresaran recurriendo al chiste y a la broma porque, hoy en día, tales objeciones se nos aparecen claramente estúpidas, fatuas o insultantes. Se esgrimía, por ejemplo, el argumento de la caballerosidad. La política, decían, era asunto poco limpio, impropio de señoras. Una vez que las mujeres se registraran como electoras, la casa se les llenaría de solicitadores de votos de toda clase y condición y, como era de presumir, intentarían hacer a las damas insinuaciones poco honestas.

Un argumento de más peso era que las mujeres, al no servir en el ejército ni defender al reino, no tenían derecho al voto. Este argumento, basado en la fuerza física, era muy propio de la atmósfera patriotera de las postrimerías del siglo XIX. Un eminente diputado comentó con ironía, que si la fuerza física se constituyera en criterio determinante para el voto, él mismo perdería su escaño, mientras que cierto

forzudo de circo, popular por entonces, tendría derecho a representar a varias circunscripciones. Las mujeres se apresuraron a señalar que su endeblez física no fue obstáculo para que se las empleara en las fábricas. Al argumento de que no cumplían el servicio militar, ellas oponían el lema, más razonable y venerable: «Donde no alcanza la representación, no deben alcanzar los impuestos».

Según otro argumento más interesante y más insidioso, las mujeres ya intervenían en gran medida en el proceso político porque en la santidad de sus propios hogares podían utilizar al máximo su astucia femenina para influir en los votos de padres y maridos. Este extraño argumento arrancaba de una elaborada teoría constitucional aplaudida de antiguo. Durante todo el siglo XVIII y buena parte del XIX, los teóricos de la política inglesa alegaron que en el parlamento no estaban representados los individuos, sino los 'intereses'. La oposición se apoyaba principalmente en este argumento para negarle los derechos a cualquier otro nuevo sector de la sociedad. Se alegaba, por ejemplo, que los trabajadores agrícolas no tenían otros intereses que los de su señor, el cual, mediante su propio voto, los representaba indirectamente. Con arreglo a la misma lógica, los hombres de la casa representaban con su voto los derechos y los intereses femeninos.

Contra semejante teoría, que tiene su contrapartida moderna en la idea del estado corporativo, se alzaban las ideas radicales de Thomas Paine y de John Stuart Mill, inspiradas en la Revolución francesa, que defendían los derechos de la mujer como parte de los derechos naturales del hombre. Los constitucionalistas ingleses se sentían siempre incómodos ante las doctrinas políticas con origen en la tradición de los derechos del hombre, y era este punto precisamente el que, cada vez con más frecuencia, aireaban las mujeres en defensa de su causa.

Los argumentos contra el voto femenino no reflejaban en el fondo sino prejuicios y viejas costumbres. Apenas si cambiaron a lo largo del siglo XIX y, en vísperas de la primera guerra mundial, no eran sino lugares comunes manidos y trasnochados, aunque difíciles de desarraigar porque se hallaba en juego algo más que la hegemonía política de los hombres. Todo el concepto victoriano de la feminidad estaba en trance de desintegración. Las sufragistas destrozaron algo más que los lujosos escaparates de Regent Street. Acabaron

con un icono victoriano: con la romántica Lucy de William Wordsworth, la modesta y tímida doncella cubierta de bordados y de guirnaldas de flores. Las sufragistas se parecían más a una Medusa iracunda. Quienes no podían aguantar esta nueva encarnación de la mujer, se desquitaban tratando de desnudarla de sus atributos femeninos. De una de las dirigentes del movimiento femenino, una arpía llamada Lydia Becker, se dijo que era prueba de que los seres humanos se dividían ahora en tres sexos: masculino, femenino y Miss Becker.

Se declaraba sin empacho en la prensa antisufragista que las peticionarias eran solteronas que necesitaban hombres en lugar de votos. El punto culminante de este tipo de edificantes razonamientos se alcanzó en 1911, cuando *The Times* no tuvo inconveniente en publicar la carta de un médico, en la que se alegaba que existía una estrecha relación entre la belicosidad de las sufragistas y la menopausia. El erudito caballero daba a entender que por lo menos el cincuenta por ciento de todas las mujeres perdían en parte la chaveta al llegar a la edad madura y que, además, y como era bien sabido, la mente de la mujer «no era un instrumento para la búsqueda de la verdad... sino para procurarse agradables imágenes mentales».

Si las mujeres no estaban locas para empezar, esta clase de objeciones las debió llevar al borde del desquiciamiento. Semejantes charlatanerías pseudocientíficas eran casi incontrovertibles en una época en que los antropólogos y psicólogos no habían demostrado todavía que el papel social de varones y hembras depende, en gran parte, de las costumbres y del medio cultural. Hasta cierto punto, hay que considerar los virulentos desaguisados del W.S.P.U. como la reacción natural de las mujeres, hartas de que durante tanto tiempo se las pintara y tratara como una variante especial del noble salvaje, dotado, sin duda, de cierta sabiduría bruta que desde luego no tendría ocasión de ejercitarse en los asuntos importantes de este mundo.

Sin embargo, aunque no es preciso subrayar la burda exageración de las teorías del doctor, es indudable que no le faltaba un punto de verdad. Los fanáticos excesos de algunas sufragistas tenían raíces psicológicas, si no fisiológicas. Algunas de aquellas mujeres estaban decididas a vengarse despiadadamente del mundo masculino, que durante tanto tiempo las obligó a llevar una existencia absurda y pasiva. Uno

de los más claros casos de aberración era el de la gran sacerdotisa del movimiento, la propia Christabel Pankhurst. Esta interesante señorita publicó en 1913, en el apogeo de la belicosidad de las sufragistas, un libro curiosísimo. *The Great Scourge* era nada menos que un estudio de la depravación moral del hombre. El flagelo de las enfermedades venéreas, decía, era responsable directo de una serie de enfermedades que aquejaban a la mujer y una de las causas determinantes de la esterilidad y de la mortalidad infantil. Un abrumador porcentaje de hombres sufría semejante plaga y la propagaban llevados de su apetito grosero e irreprimible. La panacea de Christabel para curar los males del mundo se resumía en «votos para la mujer y castidad para el hombre». Es difícil no llegar a la conclusión de que, para Christabel, el sufragio femenino era una manera de castrar a los hombres.

Embarcada en una misión sagrada, no es extraño que desdeñase las tácticas prudentes de las antiguas sociedades sufragistas. Realmente tales tácticas resultaron muy poco eficaces. A lo largo del siglo XIX, las señoras entregadas a la causa trabajaron con la diligencia de termitas, escribiendo artículos, dando conferencias y recabando firmas para sus peticiones al parlamento. Se manifestaron como cualquier otro grupo de presión, pero con el enorme, y fatal, inconveniente de que no podían transformar en votos sus predilecciones y sus críticas. Llenas de paciencia, razonaron con gente que las insultó y las ridiculizó sin descanso; adujeron argumentos para probar que el Imperio británico no sufriría un colapso instantáneo si se concediera el voto a la mujer. Pero Mrs. Pankhurst y sus hijas no se molestaron en repetir los muchos argumentos que las viejas sociedades de sufragistas entonaron hasta la saciedad durante varias décadas. Simplemente partieron de la base de que las mujeres debían conseguir el voto; y como fuera.

Innumerables apetencias, algunas muy imprecisas e inconscientes, se agruparon tras las banderas de las Pankhursts y de la W.S.P.U. La posición de las mujeres en la Inglaterra georgiana no era envidiable. Las trabajadoras, esclavizadas en tareas domésticas, recibían como jornal la tercera parte de lo que ganaban los hombres. Aunque las sufragistas utilizaban como argumento favorito que esas mujeres necesitaban el voto para protegerse económicamente, pocas dirigentes de la

lucha por la emancipación femenina procedían de la clase trabajadora.

La mayor parte de las sufragistas pertenecían a la clase media acomodada y luchaban de la mejor manera que podían para terminar con la inutilidad y la falta de objeto de sus vidas. Debido a la prosperidad económica del siglo XIX aumentó mucho el número de estas mujeres, sin que se produjera una expansión paralela de las funciones que podían, y que se les permitía, desempeñar. Las domésticas constituían la capa inferior de la clase media femenina. Al terminar el siglo, prácticamente la mitad de los cuatro millones de mujeres empleadas se dedicaban al servicio doméstico. Por sí mismas no eran nada; su posición dependía de la de las familias en las cuales servían; se les fijaban las horas de asueto y hasta el traje que tenían que llevar, de acuerdo con sus cargos en la jerarquía de la servidumbre. Mal retribuidas, tratadas con frecuencia como si fueran adminículos hogareños, muchas de ellas procuraban sin embargo imitar los modales de los señores. Poseían mentalidad de siervos y con frecuencia albergaban en su seno los secretos resentimientos y rencores de los siervos. En un escalafón más alto que la doncella o la cocinera figuraba la costurera o la institutriz, las dos únicas «carreras» posibles, en la práctica, para señoras respetables.

Las solteras llevaban, sin duda, la peor parte. Se las consideraba a todas como tías solteronas y excéntricas cuyas vidas eran meros apéndices de las vidas de otras personas. Según la teoría social, se entendía que los padres procuraban por sus hijas antes del matrimonio y que luego los maridos se encargaban de mantenerlas... en una época en que las mujeres casaderas superaban a los hombres en un nueve por ciento mientras los registros del censo revelaban que las solteras formaban entre el doce y el quince por ciento de la población femenina adulta.

Casi la misma suerte embrutecedora aguardaba a la mujer casada, especialmente si era inteligente e instruida. Margot Asquith, la esposa del jefe del gobierno, podía divertirse haciendo de anfitriona distinguida o cambiando chismorreos graciosos con los caballeros y las damas de la nobleza. Pero, evidentemente, pocas mujeres estaban en condiciones de emularla. Para la señora de la alta clase media la ronda interminable de tes, los círculos de costura y las actividades caritativas debieron de producir en ella un tedio sublime

de la más peligrosa especie. El acceso de la mujer al mundo profesional del hombre estaba muy restringido. Florence Nightingale dio respetabilidad a la profesión de enfermera, pero en 1906 había en Inglaterra sólo doscientas mujeres con el título de doctor y ni una sola con el de abogado. La dama con algunos medios de fortuna procuraba poner una tienda elegante —incluso Mrs. Pankhurst acarició esta idea *más de una vez*—, *pero la mayor parte de estas empresas* femeninas resultaban económicamente improductivas y apenas duraban. Eran diversiones desesperadas de quienes sospechaban su propia futilidad.

Así, pues, la batalla para lograr el voto femenino no sólo importaba por sus objetivos, sino también por la actividad que suponía. La emoción de la lucha era su recompensa. Las mujeres se embriagaban con ese tipo de camaradería propio de los soldados en el frente de combate. Las Pankhursts hablaban con frecuencia de un «ejército» el referirse a sus seguidoras. En sus filas se abolieron todas las distinciones de clase y edad. La única jerarquía reconocida se basaba en la fidelidad a la causa y el espíritu de sacrificio. Distinguidas señoras del reino descubrieron de pronto que tenían afinidades con las obreras de las factorías de Manchester o con las sombrereras del East End de Londres. El movimiento sufragista hacía de solvente de muchas barreras sociales. Christabel Pankhurst escribió con orgullo que todas pertenecían a la aristocracia sufragista.

Al crecer la agresividad del movimiento, aumentaba también el deseo de sufrir y sacrificarse por la causa. Las mujeres que por sus actos pasaron por la cárcel se pusieron una insignia alusiva. Aunque oficialmente la W. S. P. U. declaraba que existían muchos caminos para llegar a los derechos políticos, las militantes despreciaban a quienes preferían las negociaciones tradicionales y el compromiso político. En la filosofía de la sufragista se evidenciaba ya un fondo de masoquismo. Las sufragistas encarceladas competían entre sí para ver cuál de ellas se resistía más tiempo a los tubos de la alimentación forzada. A las huelgas de hambre se sumaron las huelgas de sed. No cabe duda de que las mujeres se excedían con el fin de lograr un rápido excarcelamiento, pero también las impulsaba el deseo de compartir el honor de haber sufrido por la causa.

Es extraño que en un ambiente de milenarismo tan exacerbado el movimiento produjera una sola mártir, y además en

circunstancias poco claras. En 1913, en el día de las carreras del Derby, la joven sufragista Emily Wilding Davison se arrojó ante el caballo del rey en Epsom Downs. Es probable que sólo llevara la idea de agitar una banderita sufragista —la joven había comprado el billete de vuelta en la estación de ferrocarril—, pero sus heridas resultaron mortales de necesidad. Esta muchacha, una de las más fanáticas seguidoras de las Pankhursts, se había sometido con rigor a huelgas de hambre y fue la primera militante que se dedicó a provocar incendios. El movimiento la canonizó inmediatamente. Miles de mujeres asistieron a su entierro y el cortejo llevaba al frente una bandera con la inscripción: «Hay ideas con tal fuerza, que ya no pueden permanecer dormidas. ¡Victoria, victoria!» [7] Christabel, aunque se mostró efusiva en sus elogios a la joven muerta, tomó su fallecimiento con filosofía. «De ninguna otra manera, en ningún otro lugar y en ningún otro momento hubiera [Emily Davison] atraído la atención de millones de personas a nuestra causa», escribió [8].

Atraer la atención de las masas era el precepto básico de las W. S. P. U. Christabel y su madre inauguraron una política de visibilidad espectacular, y sin intención, quizá inconscientemente, se plegaron al cínico adagio de que cualquier tipo de publicidad es buena publicidad. La prensa, acostumbrada desde hacía mucho tiempo a despachar el asunto de las sufragistas con alguna caricatura alusiva, se despertó con un respingo. Sus hazañas pronto ocuparon la primera plana. Nadie podía resistir el ambiente teatral que las rodeaba. La W. S. P. U. creó su propia iconografía y se rodeó de pompa y aparato. Sus colores eran el púrpura, el verde y el blanco. Juegos de salón, postales ilustradas, botones para la solapa, joyas, banderas, carteles y prospectos promocionaban su causa. Cuando más tarde se provocaron incendios en la fase más virulenta de la campaña, no faltaban en el lugar del siniestro octavillas de propaganda de las sufragistas. Escribir con tiza «el voto para la mujer» en aceras y bancos era un pasatiempo favorito, al que se dedicaban con tanta regularidad como a cepillarse los dientes.

En sus momentos menos bélicos, disfrutaban organizando enormes manifestaciones públicas. En nuestra época, hecha a las innumerables marchas de paz y a las demostraciones en pro de los derechos civiles, es difícil comprender el impacto que aquellas aglomeraciones producían a la vista y al oído. En 1908 las sufragistas organizaron una manifestación

monstruo en Hyde Park con el fin de impresionar al gobierno con la impresionante afluencia de gente. Partiendo de siete puntos distintos de Londres, las participantes se congregaron en Hyde Park. Previamente, una señora se dedicó a navegar, en una motora alquilada, arriba y abajo del Támesis, frente a la explanada de la Cámara de los Comunes invitando mediante un megáfono a los representantes del gobierno a que asistieran al acto. «Vayan el domingo a Hyde Park!», recomendaba; y añadía, como para inspirar confianza: «No se detendrá a nadie; habrá suficiente protección policíaca» [9].

Con banderas al viento, y con bandas verdes, blancas y púrpuras sobre el pecho, las mujeres se reunieron en el parque para escuchar a quienes, desde veinte plataformas diferentes, clamaban por el fin de su esclavitud. Sería ocioso indagar cuántas personas asistieron como defensores de los derechos femeninos y cuántas como paseantes domingueros en busca de entretenimiento. Sea como fuere, acudieron entre doscientas cincuenta mil y quinientas mil personas. Londres no había visto nunca una concentración de tales proporciones desde los días que precedieron a la aprobación de la Ley de Reforma en 1867. Al terminar la jornada, momentos antes de que se diera lectura a la inevitable resolución por la que se pedía el derecho al voto, se dieron varios toques de clarín para prestar al acto la solemnidad debida. Incluso los observadores más reacios tuvieron que admitir que el número de asistentes fue en verdad impresionante. Pero, en realidad, ¿qué significaba todo aquello?

La prensa más seria y respetable alegaba, como era de esperar, que la táctica de las sufragistas —la pompa y el aparato se exceptuaban, pues no eran sino inofensivos pasatiempos— perjudicaba a su causa. Tirar piedras, escandalizar e incediar no era precisamente lo más indicado para convencer al gobierno de que las mujeres eran criaturas con el suficiente raciocinio para ejercer el solemne derecho del voto. Se acusaba a las sufragistas de irresponsables y frívolas, de empañar su propia imagen y por extensión la de todo el sexo femenino. Entre los liberales moderados y bien intencionados se alzó la inevitable advertencia de que el extremismo irracional debilitaba y enturbiaba la causa. Los amigos se apartaban y los simpatizantes del movimiento se sentían incómodos. Ningún político podía darse el lujo de defender un movimiento a cuyo frente figuraban personas tan evidente-

mente faltas de juicio. En una palabra, surgió el espectro de una reacción amplia y enfurecida.

Hay indicios de que, en 1912, con motivo de una importante división en la Cámara, el desagrado por las tácticas sufragistas costó al movimiento la pérdida de algunos votos. Con todo, muy pocos diputados se hubieran podido permitir el lujo de emitir su voto tan sólo por motivos de resentimiento personal. Las Pankhursts no consiguieron doblegar a Asquith, pero en realidad, antes de la guerra sólo un terremoto hubiera podido conmoverle. Conforme crecía la agresividad de la W. S. P. U., sus filas engrosaban y crecían los fondos.

En 1914 las sufragistas reunieron más de 37.000 libras, es decir, una suma superior a la de cualquier otro año anterior, y mucho más de lo que recaudaban las viejas sociedades «constitucionales» de sufragistas. La combatividad atrajo a muchos conversos y desenmascaró a los enemigos sin crear, al parecer, otros nuevos. En realidad, es probable que la eficacia de las técnicas de acción directa se subestimaran en una sociedad en la que tales técnicas aparecían como algo sumamente extraño y heterodoxo. La guerra de guerrillas no casa bien con el estilo persuasorio de la política liberal. Incluso hoy en día los cronistas de la cruzada femenina se muestran reacios a reconocer que tácticas tan deplorables, destructivas y neuróticas pudieran ser efectivas. Pero la verdad es que lo fueron. Desde que la familia Pankhurst entró en escena, la cuestión del sufragio femenino dejó de ser un tema meramente académico.

Al igual que todos los movimientos de protesta del siglo XX encabezados por la clase media, la campaña de las sufragistas desconcertó el ingenio político de un gobierno representativo y democrático, que se vio aprisionado entre alternativas imposibles. Al ser liberales y, según se suponía, humanos y racionales, los jefes del partido no podían enbarcarse en una represión abierta contra tan fastidiosas rebeldes. La represión despertaría la furia de todo ciudadano liberal, porque las personas no relacionadas directamente con el gobierno eran incapaces de comprender cuán difícil resultaba tratar con aquellas condenadas criaturas con faldas.

Practicar una política de mano dura podía volcar las simpatías de la opinión a favor de las proscritas hostigadas. Las reacciones del público suelen ser poco previsibles cuando de guerrillas se trata. Cualquiera que está dispuesto a enfrentarse

en desigual batalla con la pompa y la mejestad del gobierno se gana cierta soterrada simpatía. Arrojar piedras a las ventanas de Downing Street es algo que se debe censurar formalmente, por supuesto, pero los periodistas que escribían severos editoriales contra semejante vandalismo, probablemente sonreían entre dientes horas después. La arrogancia, astucia e inventiva con que obraban las sufragistas despertaban con frecuencia el aplauso público. El personaje pomposo que en las películas resbala con la corteza de un plátano se convierte en seguro hazmerreír de la gente. Un ministro que trata de eludir la bota o el látigo de una señora es igual de divertido o más. La risa del público incitaba a las sufragistas a superarse.

Sus extravagancias debilitaban la moral y la imagen del gobierno. Los gobiernos se sienten más seguros si se rodean de *gravitas*. El de Mr. Asquith no se defendía muy bien de las señoras. ¿Cómo conseguirlo? Eran mucho más que un irritante, pero mucho menos que una amenaza nacional. Si los jefes políticos trataban de ignorar o quitar importancia a las agresiones femeninas, sólo conseguían revelarse como unos ineptos. Si utilizaban la fuerza bruta, se les acusaba de ruines y reaccionarios.

Como resultado de este dilema el Ministerio del Interior redactó una ley que pretendía ser coercitiva y humana al mismo tiempo. Fue obra de las frustraciones nerviosas del gobierno. Las sufragistas pronto la apodaron «ley del gato y el ratón»; era esquizoide en sus intenciones y no hizo más que agravar los problemas del ejecutivo. La ley facultaba al gobierno para poner en libertad a las sufragistas en huelga de hambre, antes de que cumplieran su sentencia de cárcel, si se comprobaba que su salud corría peligro; pero también le daba atribuciones para encerrarlas de nuevo en cuanto se restablecieran. Con tal ley se pretendía soslayar el enojoso problema de la alimentación forzada. Pero, para no atarse las manos, y sin duda para que ese odioso castigo sirviera de constante amenaza, el ministro del Interior se empeñó en que el gobierno conservara el derecho de recurrir a dicha medida cuando lo estimara pertinente.

Las consecuencias de la ley no pudieron ser más desafortunadas. En pocos meses, Mrs. Pankhurst y su hija Slyvia entraron y salieron de la cárcel no menos de diez veces. Cada detención suponía capturarlas de nuevo en medio de gritos y forcejeos. A la prensa se le ofrecía no una, sino diez opor-

tunidades de llenar de melodrama la primera plana. A veces arrancaban a las sufragistas principales de la santidad de su hogar o, lo que era peor, de los hospitales donde se estaban restableciendo.

De nuevo en la cárcel, cometían toda clase de excesos. Sylvia se dedicó a pasear por la celda de un extremo a otro hasta caer desmayada. Al recobrar la libertad, con frecuencia habían de ser transportadas en camilla y no pocas veces iban así a los mítines y concentraciones. Si la ley que permitía tales cosas se promulgó con el fin de impresionar al público y a los medios informativos con la benevolencia y la humanidad del gobierno, los resultados fueron desalentadores. La W. S. P. U. hacía una exaltada propaganda de los sufrimientos de sus afiliadas y su periódico estaba lleno de espeluznantes descripciones del trato que recibían a manos de las autoridades. Un cartel de aquellos días, editado por las sufragistas, ilustraba la «ley del gato y el ratón»: una joven agonizaba convulsa en la boca de un gato.

El gobierno realizó un último esfuerzo para suprimir la base económica de la W. S. P. U. registrando sus oficinas y procurando apoderarse de las listas de cotizantes. Las autoridades también intentaron someter a la censura el periódico de la organización, pero no pudieron impedir que apareciera regularmente. Sin saber qué medida tomar, la Cámara comenzó a acariciar la idea de deportar a aquellas mujeres del demonio a Australia, a Nueva Zelanda o a cualquier lugar aún más remoto del Imperio, y a ser posible, deshabitado. Mr. McKenna tuvo que explicar a sus colegas lo descabellado de tan bien intencionadas sugerencias. Las mujeres no llegarían a su destino: se dejarían morir de hambre en el barco, dijo con un suspiro. Estaba seguro de que al menos treinta o cuarenta sufragistas estaban dispuestas a morir por su ideal.

Aunque impulsivas y temerarias, lo cierto es que eran valientes. Cuando se presentaban consumidas y en camilla ante el público, parecían víctimas de la brutalidad oficial. Mrs. Pankhurst aseguraba con voz tonante que la guerra santa de las sufragistas tenía dos salidas: la libertad o la muerte. En 1914, a la vista de su lamentable estado físico, se decía que la política del gobierno con respecto a las mujeres consistía en liquidarlas a plazos.

La Gran Guerra estalló entonces, y la lucha de las sufragistas cesó al instante y voluntariamente. En septiembre

de 1914 Mrs. Pankhurst hablaba a favor del reclutamiento en nombre del gobierno. Lloyd George se convirtió en su ídolo. *The Suffragette* dejó de salir temporalmente y cuando reapareció llevaba un nuevo lema: «Luchar contra el kaiser a favor de la libertad es para las sufragistas un deber mil veces más importante que el de enfrentarse a gobiernos antisufragistas».

Impresionado por la contribución de las mujeres al esfuerzo de guerra, Asquith se proclamó dispuesto a dar su apoyo al sufragio femenino en 1917. Un proyecto legislativo por el que se concedía el voto a todas las mujeres mayores de treinta años se convirtió en ley en enero de 1918. ¡Fin súbito y vulgar para lucha tan heroica! Sin embargo, Mrs. Pankhurst había afirmado siempre, incluso en los momentos de mayor apasionamiento, que ella y sus mujeres no deseaban destruir, sino servir.

En 1930 el Primer Ministro, Stanley Baldwin, descubrió una estatua de Mrs. Pankhurst en Victoria Tower Gardens. Para entonces las mujeres disfrutaban ya del sufragio, en las mismas condiciones que los hombres, en la mayor parte de los países democráticos. El descubrimiento de la estatua de Mrs. Pankhurst por el Primer Ministro inglés simbolizaba el éxito de la lucha femenina por el voto; la protesta contra la inferior posición política de las mujeres pertenecía ya al lejano y borrascoso pasado. La imagen de las sufragistas quedó muy suavizada en el recuerdo de la posteridad; sus protestas parecían cosa de broma, parte integrante de las ruidosas diversiones y las encantadoras extravagancias de los gloriosos años anteriores a la primera guerra mundial. Se recordaba con risueña simpatía a las sufragistas, ya que, al sumarse al electorado la mitad femenina de la población, no se produjo ningún cambio significativo en la vida política; si acaso, una ligera inclinación hacia el conservadurismo moderado, representado por Calvin Coolidge, por el propio Baldwin y por otros políticos sin personalidad y sin iniciativa de los años 20.

Pero ni tal imagen ni tal recuerdo responden a la realidad. La protesta de las sufragistas fue el grito áspero y amargo de un sexo explotado y sometido que encontró en el voto una causa digna; las mujeres comprendieron que valía la pena dedicar a tal causa sus energías, minadas durante demasiado tiempo por el rudo trabajo, por el terrible tedio y el sádico

tratamiento copulativo a que estaban destinadas en una sociedad donde imperaba el sexo masculino.

En la protesta femenina de principios del siglo XX iba latente la oposición de las mujeres a una injusticia que no podían denunciar en público: al sadismo de la alcoba. Las tendencias sadomasoquistas de las dirigentes sufragistas —¡qué delicia tener que comer a la fuerza, qué satisfacción arremeter a latigazos contra los ministros!— eran protestas veladas contra su esclavitud sexual. Al desacreditarse la moral tradicional en el holocausto de la primera guerra mundial y al desarrollarse la sociedad industrial, pudo la mujer liberarse de humillaciones y terrores, aunque es ahora cuando está logrando la emancipación total. El movimiento de las sufragistas, que superficialmente se ocupaba más de las urnas que de los vientres, fue el lejano toque de clarín que llamaba a luchar por esta emancipación, usando la política como máscara de la batalla sexual subyacente.

La cruzada política feminista fue de capital importancia por otro motivo: constituyó el prototipo de los movimientos de protesta del siglo XX. Mrs. Pankhurst y sus legiones encorsetadas recurrieron a todos los medios de la protesta radical característica de la clase media: la obstrucción, la destrucción de la propiedad, las huelgas de hambre, y en ocasiones, los mártires. Las sufragistas explotaron el sentimiento de culpa de los liberales de la clase media y utilizaron, sin piedad alguna, cuantos medios tenían a su alcance para hostigar la conciencia intranquila de éstos. Este proceso se repetiría incesantemente a lo largo de la Era de la Protesta.

2. El modelo irlandés

El levantamiento que se produjo en la Pascua de 1916 exhala la esencia con que se nutre la poesía. Hacia el mediodía del 24 de abril, lunes, 150 hombres con barras, picas, escopetas, y máuseres alemanes que se fabricaron para las fuerzas prusianas de 1870, marcharon por el centro de Dublín hasta la calle Sakville y penetraron en la oficina de correos. Después de sacar sin contemplaciones a las personas, atónitas e indignadas, que estaban allí comprando sellos, comenzaron a destruir los vidrios de las ventanas con las culatas de los rifles y a cerrar las entradas con los muebles. El telegrafista del edificio sintió un objeto agudo en su espalda. Se trataba de una pica y el hombre que la esgrimía le dijo que se entregara 'como prisionero de guerra' [1].

En el resto de la ciudad, otros soldados civiles en número aproximado de ochocientos, muchos sin uniforme y con un disparatado surtido de antiguos utensilios, que ellos llamaban pomposamente 'rifles', ocuparon varios puntos estratégicos: una cervecería, una fábrica de pastas, un manicomio. Con viejos muebles y otras pertenencias se pusieron a construir barricadas. Y con la mayor solemnidad, el jefe de este terrible ejército le declaró la guerra al Imperio británico.

Aquel mismo día, un poco antes, el nacimiento de la República irlandesa había quedado momentáneamente en suspenso ante la enojosa presencia de una voz con sentido común. Cuando el comandante en jefe de las fuerzas irlandesas, Padraic Pearse, se disponía a marchar a la oficina de correos, le interceptó una mujer histérica, su hermana. Por un momento el destino de una nación se sintió titubear. «¡Vuelve a casa, Pat, y déjate de tonterías!», le gritó la mujer [2]. Pero el comandante, tras vacilar un momento, siguió su camino.

Tras la 'ocupación' de correos, Pearse se dispuso a leer la proclama de la nueva República Irlandesa. Pero resultó imposible impresionar a la gente con la augusta solemnidad de las palabras: «En el nombre de Dios y de las generaciones extintas...» La mayor parte de los transeúntes pasaban da largo sin hacer caso de aquel momento, capital en la historia de su nación. Los pocos que se congregaron en torno eran escépticos o simples curiosos. La respuesta a esta declaración de independencia nacional no pudo ser más fría.

Eamon de Valera, de treinta y cuatro años, profesor de matemáticas que más tarde sería presidente de Irlanda, se dirigió al frente de 120 hombres a Boland's Mills, un lúgubre complejo de graneros y panaderías que dominaba los principales accesos a la ciudad. Los soldados de De Valera encontraron una furiosa oposición al llegar a su destino. Los panaderos se negaban a abandonar en los hornos miles de hogazas. Sólo bajo la amenaza de las armas se convencieron de que era preciso evacuar el lugar por la mayor gloria de Irlanda. Incluso entonces cuatro de ellos intentaron persuadir a los insurgentes que les permitieran quedarse hasta que se cociera el pan. Al fin y al cabo la gente tenía que comer, incluso en una república.

Desde ocho lugares diferentes cien hombres avanzaron sobre St. Stephen's Green, el bello parque victoriano en el centro de la ciudad. Algunas madres que paseaban a sus bebés en los cochecitos, personas que disfrutaban del día de fiesta y ancianos que tomaban el sol primaveral sentados en los bancos del parque recibieron la orden perentoria de desalojarlo. Momentos más tarde los rebeldes se pusieron a cavar trincheras entre los macizos de flores. Los coches que pasaban se detenían bajo la amenaza de las armas y los conductores tenían que dejarlos junto a las barricadas, sin que les sirviera de mucho consuelo las promesas de los soldados según las cuales la república los indemnizaría por las re-

quisas de sus vehículos. Los niños y las mujeres, excitados y curiosos, se acercaban a las barricadas para ver mejor lo que ocurría en el parque y no hacían caso de los requerimientos de los soldados de que se marcharan a casa. Muy pronto comenzarían a silbar las balas y la cosa se iba a poner fea. Pero nadie quería perderse el espectáculo.

De vez en cuando, alguien gritaba furtivamente: «¡Viva la república!», pero durante aquella semana, la hostilidad fue el sentimiento predominante entre el público. El dramaturgo y novelista James Stephens llevó un diario de los acontecimientos de esos días y registró cómo reaccionaban contra los rebeldes los hombres y las mujeres de la calle que en las esquinas propalaban, nerviosos, los últimos rumores.

— Ojalá los fusilen a todos.

O:

—Todos ellos merecen que se les fusile [3].

Aquella semana las amas de casa de Dublín sirvieron té a los soldados ingleses enviados con urgencia para terminar con tales ejercicios de heroísmo tartarinesco.

La gran mayoría de los irlandeses ni esperaba ni deseaba el levantamiento. La rebelión no fue el estallido de un descontento popular reprimido durante mucho tiempo bajo una superficie aparentemente plácida: los razonamientos y las justificaciones de este tipo fueron inventados mucho después por historiadores irlandeses que se sentían incómodos ante lo que significaba el hecho de que una minoría tan exigua y tan poco representativa se hubiera alzado en armas.

En 1916, la política represiva de John Bull contra Irlanda ya era, de hecho, una injusticia de épocas pretéritas más que una realidad presente. Los irlandeses podían votar, formar parte de la administración civil inglesa y acogerse a la constitución británica. Tan sólo recurriendo a la retórica podría definirse como tiránica la administración inglesa de Irlanda. Tras décadas de lucha, el Home Rule, o derecho de los irlandeses a su propio parlamento y a un gobierno autónomo, como el que lograron en el siglo XIX Australia y Canadá, estaba ya en los libros legales de Westminster, e Inglaterra había prometido que entraría en vigor en cuanto terminara la primera guerra mundial. La gran mayoría del pueblo irlandés apoyaba a John Redmond, jefe del Partido Parlamentario Irlandés, por haber conseguido que se concretara esta aspiración durante tanto tiempo acariciada.

Por otra parte, la guerra proporcionó una gran prosperi-

dad a Irlanda, cuyos víveres y lana, además de la mano de obra, necesitaba Inglaterra. Todo ello significaba que, por primera vez en varios años, muchos hogares irlandeses disponían de ingresos estables. Al estallar la guerra europea, un ministro inglés había manifestado en la Cámara de los Comunes que el único lugar brillante en el oscuro panorama europeo era Irlanda, y que su lealtad al esfuerzo bélico inglés era incuestionable. Unas dos semanas antes del alzamiento de la Semana Santa, el servicio secreto británico, con su característica sagacidad, aseguró que Irlanda se mantenía fiel y se sentía contenta. En 1916 un cuarto de millón de irlandeses peleaba con el ejército inglés en los lodazales de Francia. Probablemente todas las familias de Dublín tenían hijos, hermanos o padres en las filas inglesas. Para mucha de esta gente, el alzamiento no era sólo cosa de locos, sino también de traidores.

La rebelión fue obra de un pequeño grupo de intelectuales de la clase media, arrastrados por un mito y una visión más poéticos que históricos. Era difícil asociar a esas personas con el empleo de las armas. Uno de los firmantes de la proclama independentista fue Joseph Plunkett, el hombre que trazó los planes de batalla para la toma de Dublín. Al producirse el levantamiento, tenía veintiocho años y se estaba muriendo de tuberculosis. Sus conocimientos del arte militar procedían de un intensivo estudio de las campañas napoleónicas y de los alzamientos campesinos irlandeses del siglo XVIII. Escribía versos que denotaban la influencia de Swinburne y era un entusiasta del sánscrito y... árabe. Otro de los jefes, aficionado a la gaita irlandesa, era funcionario de la tesorería municipal donde ganaba doscientas libras al año, es decir, un buen salario dentro de la clase media. Un tercero era lector de la Universidad Nacional de Dublín.

El jefe del levantamiento, para quien sus camaradas reservaban el título de primer presidente de la Irlanda independiente, era Padraic Pearse. Para quienes pelearon a su lado, Pearse encarnaba el espíritu de la rebelión, y los historiadores, en general, se han dejado llevar por este juicio espontáneo. Pearse era además poeta y él mismo se llamó, orgullosamente, loco:

Since the wise men have not spoken, I speak
that am only a fool
A Fool that hath loved his folly

Yea, more than the wise men their books
or their counting houses, or their quiet homes...

I have squandered the splendid years
That the Lord God gave to my youth
In attempting impossible things
deeming them alone worth the toil... * [4]

Pearse, hombe tímido y austero, vestido siempre de negro, era director de un colegio bilingüe en uno de los más bellos suburbios de Dublín. Quienes le conocían (era una de las figuras literarias de la ciudad —si bien de segunda fila) le tenían por un soñador que andaba siempre por las nubes y que seguramente no llegaría muy lejos. La gran pasión de su adolescencia y años mozos fue el restablecimiento del gaélico como lengua viva y con ese objeto había creado el colegio, que, por otra parte, dirigía con arreglo a criterios progresivos. Muchos de los más destacados ciudadanos de Dublín enviaban sus hijos a él pero, a pesar de todo, Pearse estaba siempre endeudado.

Los hombres que planearon y llevaron a cabo la rebelión sabían muy bien que, por desgracia, no podrían contar con el país. Sabían también que su intentona estaba condenada al fracaso y que con toda seguridad acabarían ante el piquete de fusilamiento. La víspera del levantamiento, un rudo jefe sindicalista, James Connolly, dijo a uno de sus hombres, como de pasada, que todos ellos perderían la vida en la empresa. Sobresaltado, su amigo le preguntó si no existía ninguna esperanza de éxito. Connolly replicó de buen talante, que ni la más remota, y volvió a sus preparativos para la batalla del día siguiente.

Aquellos hombres esperaban que el alzamiento figurara algún día como el primer episodio, el primer plazo de una

* En vista de que los prudentes se callan, yo digo
que no soy más que un loco.
Sí, un loco que ama su locura
más que los prudentes sus libros
o sus negocios, o sus hogares...

Yo he despilfarrado los años espléndidos
de juventud, que Dios me concedió,
en el intento de lograr cosas imposibles,
creyendo que sólo ellas valían la pena...

futura revolución irlandesa, pero sus fines inmediatos eran realizar un acto de protesta contra el imperialismo británico y contra el envilecimiento irlandés: un acto de sacrificio sincero hasta la muerte, pero, de momento, sólo un gesto. Con su muerte intentaban despertar de su cómodo amodorramiento a un pueblo apático. Creían que Irlanda no necesitaba el Home Rule, sino la redención. Incluso la fecha del alzamiento se eligió con esta idea en mente. Para los católicos, la Semana Santa es la época en que, tras la muerte, viene la resurrección. Los jefes de la revuelta no plantearon ésta como una acción desesperada de nihilistas suicidas. Se entregaron a ella llenos de esperanza y poseídos de una fe ardiente en el pueblo irlandés, convencidos de que a la larga reaccionaría ante aquel sacrificio de sus vidas.

Este curioso estado de ánimo, en el que se combinaba una fe casi mística con el mayor desprecio hacia todos los convencionalismos sociales y políticos, tuvo sus orígenes en un movimiento cultural que influyó profundamente en Pearse y en otros hombres de su generación. Durante muchos años perteneció a la Liga Gaélica, organización que se fundó en la década de los 90 para promover, conservar y extender el gaélico en Irlanda. Aunque apolítica, la Liga contribuyó al desarrollo del nacionalismo al recobrar, traducir y propagar el folklore celta, que más tarde constituyó un elemento importante en las obras de J. M. Synge, lady Augusta Gregory, James Stephens y el joven William Butler Yeats. La Liga popularizó la imagen del hombre gaélico tal como era, según se suponía, antes de que llegaran a Irlanda los conquistadores y corruptores ingleses: una mezcla de estereotipos románticos del siglo XIX, una especie de noble salvaje y de Milton rústico en una sola persona.

Según la leyenda, en los tiempos anteriores al cristianismo y a los ingleses, Irlanda era el hogar de una raza de bardos heroicos y guerreros que vivían en una sociedad democrática y sin clases; la audacia pagana y la devoción panteísta engendraron una raza ruda y refinada al mismo tiempo, valiente, casta y noble. Los descendientes modernos de aquellos viejos fenianos eran los campesinos irlandeses. Aunque sus energías bélicas dormitaban, eran todavía extraordinariamente sensibles a las bellezas de la naturaleza y estaban sin contaminar por los falsos valores de la fábrica, el Imperio y los barrios miserables de las ciudades. Su fuerza les venía de la tierra, a la que se sentían místicamente uni-

dos, y de la fe católica. Pobres, ignorados y explotados, los campesinos eran portadores de las más hermosas características de la civilización irlandesa. Aquel romántico fondo del renacimiento gaélico, su hostilidad al materialismo y al modernismo, se combinaba con el resentimiento nacional contra Inglaterra, el enemigo hereditario. Como consecuencia de todo ello, se pintaba a Inglaterra como la torpe propagadora de todos los males y de todos los falsos valores de la civilización moderna.

No todos se tomaban tan en serio este mítico gaélico como Pearse, que tenía sobre la puerta de su escuela el fresco de un viejo guerrero irlandés, Cú Chulainn, en el acto de recibir las armas. Synge hizo una brillante parodia del heroico campesino gaélico en *The Playboy of the Western World* cuyo estreno en 1908 causó verdaderos alborotos en el Abbey Theater. Para la gente entendida, el héroe gaélico era útil como vehículo de espléndidas poesías y de dramas conmovedores. Sin embargo, el Renacimiento Celta y el movimiento en pro del gaélico llevaron a toda una generación a pensar que era posible otra Irlanda muy distinta del Dublín eduardiano y de su existencia trabajosa y ramplona, de las disputas de abogados y de las intrigas y las componendas que caracterizaron la política irlandesa desde el fallecimiento de su último gran dirigente político, Charles Stewart Parnell, en 1891.

En la primera década del siglo XX continuaba la búsqueda de las tradiciones irlandesas. Pearse había fundado su colegio para imbuirle a los niños irlandeses el espíritu de su propia historia, cosa que se marginaba en el sistema escolar inglés establecido en Irlanda. Los argumentos de Pearse en favor de un mayor conocimiento de la historia y de la creación de una literatura genuinamente irlandesa, se parecen extraordinariamente a los de los jefes militantes de los derechos civiles, que insisten en la inclusión de la historia de los negros y de Africa como disciplinas del sistema educativo americano de hoy. Pearse se afanaba por llevar al espíritu de las futuras generaciones de irlandeses el sentimiento de su propio valor y de su propia dignidad. La rebelión de la Semana Santa era parte de esta campaña dirigida a levantar la moral de la nación.

Para ciertos contemporáneos de Pearse, la inercia complaciente de Irlanda denotaba una pobreza espiritual, una degradación tal, que se sentían profunda y personalmente aver-

gonzados. Este sentimiento de vergüenza surgía con sorprendente frecuencia en la literatura irlandesa de la época, incluso en las obras de quienes consideraban el Renacimiento Celta una necedad provinciana incapaz de inspirar grandes obras de arte. James Joyce, que rechazaba por completo la idea de una literatura gaélica y un arte nacional católico, escribió *The Dubliners* como una amarga oda a la ciudad que representaba, según él, el centro de la parálisis moral y espiritual que agarrotaba a su país. Yeats, con sus ideas un poco contradictorias sobre el romanticismo celta, escribió uno de sus más famosos poemas sobre el mismo tema: la insustancialidad y la languidez mezquina de la vida irlandesa de su tiempo.

What need you, being come to sense,
But fumble in a greasy till
And add the halfpence to the pence
And prayer to shivering prayer, until
You have dried the marrow from the bone?
For men were born to pray and save:
Romantic Ireland's dead and gone,
It's with O'Leary in the grave. * [5]

Con aquel amargo juego de palabras, 'rezar' y 'ahorrar' que en inglés tienen también el sentido de 'pedir' y 'rescatar' el poema de Yeats destilaba desafío en lugar de resignación. Lo escribió tres años antes del levantamiento de la Semana Santa, el cual demostró con sangre la vitalidad de la Irlanda romántica.

Pearse había pulsado con frecuencia la misma nota desesperada e iracunda: la suya era una generación maldita carente de idealismo, más apegada a una seguridad fácil que a vivir en la esfera de los nobles pensamientos y las nobles hazañas. Poco antes del levantamiento, Pearse describía de esta manera las características de la vida irlandesa:

* ¿Qué otra cosa necesitas, con tu buen sentido,
sino manosear la grasienta caja del dinero
y añadir otra moneda a las monedas
y otro rezo a tus rezos
hasta quedarte en los puros huesos?
Porque los hombres nacen para rezar y ahorrar:
la Irlanda romántica murió para siempre;
acompaña a O'Leary en su tumba.

No hay nada más terrible en la historia irlandesa que el fracaso de la última generación. También otras fueron derrotadas, pero tras noble lucha, incluso en los momentos de ignominioso fracaso, siempre hubo alguien que con su valiente protesta lavó la mancha de la infamia. Pero el de esta última generación ha sido un fracaso sórdido y vergonzoso: nadie ha surgido de ella para decir o hacer algo grande que pudiera redimirla [6].

Pearse consideraba el Home Rule como la quintaesencia del más innoble de los fracasos. Pero, para algunos jefes del levantamiento, el Home Rule era menos criticable que el mezquino regateo con que se consiguió. Representaba la claudicación del elemento heroico de la historia irlandesa y ellos anhelaban, más que los nuevos arreglos constitucionales, el renacimiento de aquel espíritu heroico. Para desahogar su agitación, no encontraban una víctima propiciatoria entre los líderes políticos. Nadie odiaba a John Redmond; nadie le acusaba de traicionar las esperanzas de sus paisanos. Su partido había hecho cuando pudo para patronear Irlanda, a través de las aguas procelosas de la política inglesa, rumbo al Home Rule. Los nacionalistas que se interesaron por las elecciones fracasaron miserablemente en su único intento de despojar de su escaño a un miembro del partido de Redmond. A Redmond se le podría acusar, a lo sumo, de falta de imaginación; pero, a juicio de los románticos, esa falta había despojado a los irlandeses de su orgullo, de su virilidad y de sus tradiciones heroicas.

En cuanto a la administración inglesa en Irlanda, era muy popular en 1916. Augustine Birrell, Ministro de Asuntos Irlandeses en el gabinete de Asquith, simpatizaba con todo lo irlandés. Mientras ocupó su cargo consiguió que la Cámara de los Lores aprobara más de cincuenta proyectos de vital importancia que tocaban aspectos de la educación, la agricultura y la vivienda del país. Birrell, como estudiante de la cultura irlandesa, ayudó a publicar una antología poética en la que entraban varios siglos de lírica rebelde. Le agradaba ser el último Ministro de Asuntos Irlandeses: el Home Rule terminaría con su cargo en cuanto se implantara la autonomía después de la guerra.

Sir Matthew Nathan, que como subsecretario tenía a su cargo gran parte del trabajo diario, era un hombre aún más llano y afable que su jefe. Siempre tenía la puerta abierta para los políticos irlandeses de todo tipo y condición. Frecuentaba el Abbey Theater y era amigo íntimo de algu-

nos de los más famosos literatos de Dublín. Al estallar la guerra, Birrell y Nathan silenciaron a los periódicos nacionalistas más bullangueros (algunos de los cuales invocaban sin tapujos la ayuda de Alemania y la destrucción del imperio británico), pero obraron así por pura fórmula, ya que a ninguno de los dos le agradaba recurrir a medidas despóticas. Los nacionalistas militantes que recorrían el país tratando de obstruir el reclutamiento de soldados por parte de los ingleses, mofándose con desprecio de los irlandeses dispuestos a pelear al lado de los británicos por la libertad de las naciones pequeñas, eran muy pocos y los reclutas continuaban incorporándose al ejército inglés. Los soplones recogieron rumores de que los círculos nacionalistas tramaban algo, pero los hombres de Dublin Castle (sede, en Irlanda, de las autoridades británicas) pensaron que el asunto no era como para tomarlo demasiado en serio. Nathan anotó los nombres de algunas personas que habrían de ser detenidas o deportadas en caso de necesidad, pero eso fue todo.

Dspués del alzamiento, tanto Birrell como Nathan tuvieron que contestar a unas cuantas preguntas embarazosas ante la comisión real que se estableció para investigar los hechos. Todos los altos cargos de la administración británica en Irlanda presentaron la dimisión; después de todo, alguien tenía que cargar con la responsabilidad oficial por la insurrección. La despreocupación y el alegre *laissez-faire* de Birrell y Nathan fueron objeto de severas críticas. Sin embargo, mucha gente reconocía en privado que no era fácil ver en qué se habían equivocado. En general, los observadores irlandeses opinaban lo mismo. El poeta George Russell le dijo a Nahan que su política de no forzar una confrontación con los extremistas fue juiciosa y positiva. La acción de los rebeldes no se pudo anticipar por tratarse de un estallido de irracionalismo. De los secos informes oficiales que entregaban los agentes secretos era imposible deducir la apasionada determinación de los rebeldes a levantarse en armas por su libertad. ¿Y desde cuándo tenían los funcionarios y burócratas que estudiar la obra de poetas irlandeses de segunda fila como parte de sus deberes oficiales?

Fue en 1913 cuando los poetas se transformaron por primera vez en soldados insurgentes y el nacionalismo cultural se puso una pistola al cinto. En aquel año Irlanda comenzó a armarse públicamente, casi a instancias de los propios ingleses. Nada menos que los tories británicos acababan de

asestar un rudo golpe al constitucionalismo. Necesitados de algo con que desacreditar al partido liberal, los conservadores abrazaron la causa del Ulster, del protestantismo y de la integridad del Imperio británico. Edward Carson, F. E. Smith y otros demagogos conservadores se declararon dispuestos a pelear hasta la muerte para mantener a la Irlanda del norte protestante lejos del Home Rule, al cual gustaban denominar 'Rome Rule'. De esta manera exacerbaban violenta y deliberadamente el antagonismo tradicional entre los protestantes del norte y los católicos del sur de Irlanda. Cuando se vio claro que el gobierno de Asquith estaba decidido a salir adelante con el proyecto del Home Rule, los conservadores se afirmaron en su propósito de arruinarlo. En caso necesario llegarían al extremo de tolerar, e incluso de fomentar, la rebelión armada. Carson y sus amigos redactaron un documento conocido bajo el nombre de «Contrato y Alianza Solemne del Ulster» que prometía fidelidad eterna a la Corona Inglesa y combatir hasta el último hombre contra la 'conspiración' del Home Rule. En las concentraciones gigantes del norte, este documento se hizo circular de mano en mano y miles de personas estamparon en él su firma. El siguiente paso fue la formación de una organización paramilitar de vigilantes, los Voluntarios del Ulster, para atemorizar a los liberales con el espectro de una guerra civil en Irlanda. Las grandes sumas de dinero con que contribuyeron los tories y las armas que se introdujeron de contrabando desde Inglaterra fueron las bases de esta organización.

A los pocos meses, nacionalistas sureños de todas las tendencias respondieron organizando los Voluntarios Irlandeses, que se comprometían a luchar por el Home Rule y por la integridad de la nación irlandesa. Alegaban, y con razón, que los secesionistas del norte constituían una pequeña minoría alentada por agitadores de fuera. Al menos sobre el papel los voluntarios del sur, a diferencia de los del norte, existían para preservar la constitución británica y para impedir que la sedición se extendiera por el norte. Pero, psicológicamente, ambas organizaciones minaban el constitucionalismo. Las dos demostraban su desgana a respetar decisiones adoptadas en salas de conferencias.

El brillo de las armas atraía a quienes soñaban con el renacimiento del heroísmo irlandés. Padraic Pearse se afilió a los Voluntarios Irlandeses, pero no toleraba que se criticara a la milicia del Ulster. Decía que un hombre del Ulster

armado era mucho menos ridículo que un nacionalista desarmado. Redmond procuró que muchos de sus simpatizantes ocuparan puestos en el comité ejecutivo de los Voluntarios para que la organización se ajustara a una política moderada y defensiva. Sin embargo, la sola existencia de los Voluntarios representaba una erosión de la autoridad de Redmond porque atraía a sus filas, inevitablemente, a los separatistas radicales.

El radicalismo irlandés se concentraba en la Irish Republican Brotherhood (Hermandad Republicana Irlandesa), una sociedad secreta que databa de mediados del siglo XIX. La I. R. B. se eclipsó tras un abortado alzamiento feniano en 1867 y una breve campaña dinamitera en la década de los 80. Al comenzar el nuevo siglo, sus afiliados se reducían a pequeños grupos diseminados de viejos amargados que se reunían periódicamente para brindar por la muerte del Imperio británico. Sin embargo, unos años más tarde, el renacimiento nacional llevó a sus filas a unos cuantos jóvenes capaces y militantes que lograron inyectar un poco de vida en los decrépitos veteranos. La I. R. B., que nunca fue una organización legal y estaba oficialmente condenada por la Iglesia, tenía pocos escrúpulos en cuanto al uso de tácticas terroristas. La creación de los Voluntarios le pareció una oportunidad única para poner las armas en manos de los irlandeses y maniobró con rapidez con el fin de que sus líderes ocuparan las posiciones principales en el comité ejecutivo de los Voluntarios.

Las sociedades secretas siempre proliferaron en Irlanda; a lo largo del siglo XIX fueron el único medio de los campesinos para organizarse contra los terratenientes explotadores. Numéricamente, la I. R. B. era deleznable: en 1911 apenas contaba con 1.500 miembros. Los ideales republicanos penetraron en Irlanda en tiempos de la Revolución francesa y desde entonces sólo inspiraron a un puñado de hombres en cada generación. Por su influencia en los levantamientos y tumultos de los campesinos, el movimiento republicano adquirió la etiqueta de radicalismo agrario, pero se mantenía apartado de las doctrinas socialistas que se desarrollaron en los estados industriales. El radicalismo de la I. R. B. se inspiraba más en Jean Jacques Rousseau y en los jacobinos que en Karl Marx; ideológicamente seguía anclado en el siglo XVIII. Para los miembros de la I. R. B., el republicanismo era un mística que había de ser vigorizada con la

sangre de mártires. Una vez que la tiranía de los reyes —al menos los de la monarquía inglesa— desapareciera de la tierra, el pueblo soberano legislaría con sabiduría innata, se borraría el abismo entre ricos y pobres, y la concordia y la fraternidad retornarían al país.

Existía una organización obrera irlandesa y un partido socialista en estado embrionario. Lo malo de la primera era que sus huestes se concentraban casi exclusivamente en Belfast y en Dublín, mientras que el segundo lo formaban principalmente James Connolly y su periódico *The Irish Worker*. Durante la guerra, el socialismo irlandés se alió con el nacionalismo porque el explotador capitalista y el enemigo de fuera eran la misma cosa. Connolly opinaba que el primer paso hacia la justicia económica sería la retirada de la potencia imperialista, de manera que cerró filas con los nacionalistas militantes. Pero el evangelio social del republicanismo irlandés nunca fue más allá de una vaga y optimista declaración sobre los derechos del pueblo irlandés a regir sus propios destinos. Este credo iba a producir en su día una revolución sin contenido social. Las reivindicaciones y los objetivos económicos del ala izquierda de la I. R. B. y del pequeño partido socialista se subordinaron a la lucha nacional y política.

En opinión de unos pocos recalcitrantes, el Estado Libre de Irlanda, cuando por fin nació en 1922, dejó como estaban las estructuras de clase y los hábitos sociales y apenas hizo otra cosa que cambiar el personal de los puestos más altos. O'Casey hizo una parodia irreverente del gran poema de Yeats «Semana Santa de 1916», en el cual el poeta había anunciado la presencia de una Irlanda transfigurada por una nueva y terrible belleza nacida de las llamas de la Semana Santa. La rebelión irlandesa, decía O'Casey con punzante ironía, no consiguió otra cosa, al final, que asegurar la posición de los privilegiados y de los poderosos, de la tiranía clerical, de los que desterraron a James Joyce y de una nueva burguesía irlandesa.

A terrible beauty is borneo
Republicans once so forlorneo
Subjected to all kinds of scorneo
Top-hatted, frock-coated with manifest skill,
Are well away now on St. Patrick's steep hill

Directing the labour of Jack and of Jill
In the dawn of a wonderful morneo. * [7]

Sin embargo, en 1916 la I. R. B. hacía planes para alzarse en rebeldía. A principios de la primera guerra mundial había apoyado la teoría de un levantamiento armado porque casaba bien con el viejo adagio rebelde del siglo dieciocho, según el cual «las dificultades de Inglaterra son la oportunidad de Irlanda». Pero de eso a apoyar una teoría abstracta y a preparar un levantamiento real y verdadero quedaba mucho por andar. La rebelión de la Semana Santa la organizó un puñado de hombres de la junta militar, y no como resultado del voto mayoritario de la I. R. B. Simplemente, usurparon el poder y tomaron una decisión personal.

Durante meses, nada se dijo sobre el proyectado levantamiento a la gran mayoría de los integrantes de la I. R. B. y de su comité ejecutivo. Para alejar las sospechas de las autoridades británicas, se explotó al máximo la figura de Eoin MacNeill, presidente de los Voluntarios Irlandeses, erudito eminente y conocido por sus ideas moderadas. En cuanto a los simples Voluntarios, ¿cuántos de ellos estarían dispuestos a entrar en combate? Se sospechaba, y con razón, que muchos eran soldados de pacotilla, amigos de marchas y ejercicios, pero que se esfumarían en cuanto las cosas se pusieran serias. En total, los Voluntarios eran apenas once mil porque, al estallar la guerra mundial, la organización se había escindido y gran número de antiguos Voluntarios Irlandeses se arrastraban ahora por el barro de Francia.

Sin embargo, los hombres que planearon el alzamiento estaban dispuestos a ofrecer una resistencia encarnizada. Se tomó la decisión de pedir ayuda a los alemanes en forma de armas y, de ser posible, de soldados y de consejeros militares. No se hizo por simpatía con Alemania, sino, sencillamente, porque era tradicional entre los rebeldes irlandeses buscar la ayuda de los enemigos de Inglaterra (en el siglo XVIII

* Ha nacido una terrible belleza.
Los republicanos, antes abandonados
y sujetos a toda clase de desprecios,
llevan ahora levita y sombrero de copa
con manifiesta soltura,
viven en la colina de San Patricio
y dirigen el trabajo de las cajas registradoras
en el amanecer de una mañana maravillosa.

intentaron convencer a los franceses para que desembarcaran en apoyo del alzamiento irlandés de 1798). La respuesta alemana de 1916 no fue muy entusiasta y al fin todo lo que se pudo sacar de ellos fue la promesa de que enviarían veinte mil rifles, los cuales tendrían que pasar de contrabando por la costa occidental de Irlanda algunos días antes de la Pascua. Los planes de los rebeldes era sencillos: distribuirían las armas entre los Voluntarios de todo el país, iniciarían la insurrección al mismo tiempo a lo largo y ancho de Irlanda y resistirían todo el tiempo posible.

Pero en la víspera del alzamiento se vinieron abajo estos planes. Debido a las defectuosas comunicaciones existentes entre Irlanda y Alemania, el desembarco de las armas fracasó y el barco que llevaba los rifles alemanes cayó en poder de las autoridades británicas cuando intentaba alejarse de la costa irlandesa. Esta captura constituyó un verdadero desastre porque la mayor parte de los Voluntarios disponía sólo de picas y garrotes como instrumentos bélicos. Pero sucedió algo peor. MacNeill se enteró de pronto del complot. Ofendido y escandalizado, gritó que haría todo lo que estuviera en su poder, todo menos telefonear a Dublin Castle, para impedir que tal locura se llevara a efecto. Ya hacía bastante tiempo que el presidente de los Voluntarios se sentía nervioso ante las manifestaciones de lo que él consideraba un romanticismo neurótico desorbitado. Meses antes había lanzado una advertencia poniendo en guardia contra las peligrosas fantasías de quienes hablaban de insurrección:

> Piensan algunos que la acción es necesaria, que hay que sacrificar vidas para crear un impacto definitico sobre la opinión nacional... En mi opinión, los que se sienten impulsados a tomar las armas... se dejan llevar por un sentimiento de debilidad, de desaliento, de fatalismo, o por el deseo de satisfacer sus propias emociones... Hemos de tener presente que lo que llamamos nuestro país no es una abstracción poética, como a muchos —quizás a todos nosotros— nos gusta a veces imaginar, impulsados por nuestra rica fantasía y con ayuda de nuestra literatura patriótica [8].

Al descubrir que, desgraciadamente, sus peores temores se confirmaban, MacNeill, convencido de que el levantamiento sería un desastre, actuó a la desesperada. Envió mensajes a todos los jefes provinciales de los Voluntarios y a los periódicos, en los que anunciaba la cancelación de las «maniobras» que Pearse había programado para el domingo de

Pascua. A primeras horas de la mañana, los hombres que durante meses imaginaron y planearon la insurrección vieron sus proyectos por tierra.

Sin embargo, a pesar de los dos rudos golpes —el desembarco fallido de las armas y la contraorden de MacNeill—, los conspiradores decidieron seguir adelante con el alzamiento. Lo retrasaron un día, es decir, el tiempo suficiente para que Pearse pudiera despachar otra serie de órdenes, en las que decía a sus hombres que hicieran caso omiso de MacNeill. Ordenes contradictorias se cruzaron por toda Irlanda. Estaba claro que en tales circunstancias sólo en Dublín podría realizarse una movilización efeciva.

Los miles de voluntarios que se esperaban quedaron reducidos a unos pocos cientos: los dublineses que no salieron a pescar aquel fin de semana. En los primitivos planes militares se preveía un reclutamiento de tres mil soldados en Dublín; pero sólo se presentaron unos ochocientos. Estaba claro que con tales fuerzas tendría que improvisarse sobre el terreno un buen número de decisiones tácticas; los Voluntarios no tenían el suficiente número de hombres como para intentar apoderarse de todas las posiciones estratégicas que se habían fijado al principio. Tiradores solitarios tendrían que hacer el trabajo que en un principio había sido pensado para grupos enteros de fusileros.

Además de los Voluntarios en cuadro, las fuerzas militares del alzamiento incluían otro pequeño «ejército», el Ejército de los Ciudadanos, que representaba al sindicalismo y al socialismo irlandés y que contaba con unos doscientos hombres y dos docenas de mujeres. Era el ejército de Connolly, organizado también en 1913, tras una acerba huelga de transportes en Dublín. Unos meses antes del alzamiento, se logró que Connolly y sus fuerzas intervinieran en el mismo.

Además de los Voluntarios y el Ejército de Ciudadanos, estaban los 'boy scouts' irlandeses, que se llamaban a sí mismos los *Fianna Eireann* y que fueron organizados en 1909 por una irlandesa extravagante, la condesa Constance Gore-Booth Markievicz, la cual había abandonado la frivolidad de los salones, así como a un tedioso pintor polaco con quien estaba casada, para entregarse a las emociones de la revolución social. La organización de los 'boy scouts' había sido creada para que de ella saliera la oficialidad de un futuro ejército irlandés. La condesa los llevó al combate luciendo

un dramático atuendo; una blusa de lana verde oscuro, pantalones bombachos, una pequeña pistola automática al cinto y un sombrero de terciopelo negro con plumas. Estos eran los soldados que, en la mañana del 24 de abril, se congregaron para reivindicar el honor nacional de Irlanda.

Durante la semana en que los rebeldes lograron resistir, Dublín fue presa de una especie de pesadilla festiva. Los insurgentes se apoderaron de varias estaciones de ferrocarril, arrancaron los raíles y los utilizaron para cerrar los accesos a la ciudad. El lunes de Pascua era fiesta para la mayor parte de la gente, y muchos se enteraron por primera vez de que algo pasaba cuando no pudieron tomar los trenes para regresar a casa desde sus lugares de asueto en el campo. También los transportes urbanos dejaron de funcionar, al utilizar los rebeldes los coches y los tranvías para formar barricadas.

El martes casi todos los establecimientos estaban ya cerrados, a la espera de acontecimientos. Dejó de distribuirse la leche y la prensa, y en ciertos sectores de la ciudad comenzaron a escasear los víveres. Para el hombre de la calle no había nada que hacer: sólo propalar rumores. Se decían cosas fantásticas: que habían llegado submarinos alemanes; que, de los Estados Unidos, regresaban los exiliados con miles de personas dispuestas a pelear a su lado; que todo el oeste del país estaba en armas y había capturado todo lo que olía a inglés en cien leguas a la redonda; que habían pasado por las armas a todos los rebeldes; que los insurgentes acababan de exterminar un escuadrón de caballería británica.

Los pobres de la ciudad aprovecharon la ocasión para protestar a su manera, dedicándose a un saqueo desenfrenado. Relojes de oro, cerveza y dulces —especialmente dulces— circulaban libremente por las calles. Los niños saquearon pastelerías y jugueterías. La verdad es que los muchachos abundaban por todas partes. Los jefes de los Voluntarios que ocupaban edificios por toda la ciudad tenían que mandar a casa, una y otra vez, a muchachos de doce, trece y catorce años que querían pelear a su lado. Pero no siempre se volvían a casa. Dentro de correos, ya en las últimas y desesperadas horas de la rebelión, fue ascendido al rango de jefe un muchacho de quince años.

La gloria militar del alzamiento corresponde, por entero, a los rebeldes. Muy inferiores en número, pelearon con extraordinaria bravura. Ambos lados cometieron errores y a veces la guerra de Dublín tuvo sus toques de sainete. Al

comienzo de las hostilidades, los rebeldes no lograron tomar la oficina central de teléfonos, con lo que hubieran cortado las comunicaciones de la ciudad. Es cierto que un pequeño grupo de Voluntarios se dispuso a tomarla, pero entonces se les acercó una anciana, gritando: «Atrás, muchachos, atrás; todo el edificio está lleno de tropas» [9]. Le hicieron caso y se retiraron. Sin embargo en teléfonos no había nadie y hubieran podido ocuparlo sin disparar un tiro.

De haber decidido las tropas inglesas lanzar una ofensiva general y directa contra los lugares ocupados por los rebeldes, el alzamiento hubiera durado mucho menos. Pero como ignoraban el número exacto de insurgentes, los ingleses prefirieron pedir refuerzos y, poco a poco, estrechar el cerco en torno de la ciudad, aislando una tras otra las posiciones enemigas. Esta estrategia fue causa de algunos errores jocosos. El miércoles, una cañonera británica avanzó por el Liffey arriba y durante horas se dedicó a cañonear Liberty Hall, supuesto cuartel general de Connolly y del Ejército de Ciudadanos. Pero Connolly estaba en correos y sus tropas en St. Stephen's Park. Con la excepción de un viejo custodio, que logró ponerse a salvo, no había nadie en el edificio.

De Valera, atrincherado en Boland's Mills, soportó intensos ataques durante toda la semana. Cuando parecía que su situación era insostenible, el joven profesor de matemáticas ordenó que se izara una bandera verde en la punta de una torre de elevación de aguas que estaba allí cerca. Al momento los ingleses concentraron el fuego contra la arrogante bandera. La torre acabó por hundirse, los soldados ingleses casi se ahogaron y De Valera y sus hombres estallaron en carcajadas.

Dentro de correos, cuartel general del ejército rebelde, y durante varios días, el mayor peligro lo constituyó alguna que otra bala perdida que escapaba de las armas de los Voluntarios, los cuales manipulaban sus fusiles con excesivo celo, a la espera del asalto inglés que nunca se materializó. Un continuo flujo de enlaces llevaba informes a Pearse y a Connolly sobre las posiciones de otros batallones. Víveres, enfermeras, sacerdotes, y de vez en cuando la novia o la esposa de algún rebelde, franqueaban las barricadas. Para relevar a los tiradores aislados, apostados en los tejados de los edificios contiguos, había turnos de quince o veinte hombres. Apenas se dormía. Los Voluntarios de correos se dedicaban a jugar a las cartas con dos o tres prisioneros ingleses,

entre ellos un soldado inglés que tuvo la mala suerte de entrar a comprar sellos algo después del mediodía del lunes. Incluso allí, en el corazón de la nueva república, había personas que no acababan de darse plena cuenta de lo que sucedía. El miércoles, un soldado se acercó respetuosamente a Connolly y le pidió permiso para marcharse. Quería volver a su trabajo, dijo, ahora que las vacaciones de Semana Santa habían terminado.

Para el viernes, correos estaba en llamas y hubo que evacuar el edificio. Los ingleses, para terminar con este vital puesto rebelde, habían incendiado las calles contiguas, convirtiendo el centro de Dublín en un infierno llameante. En algunas zonas donde el tiroteo fue más intenso, restos humanos y corceles muertos de la caballería quedaron en el arroyo. Los soldados ingleses jugaban al fútbol en los campos de tenis de Trinity College, a pocos metros de donde se desarrollaron los combates más encarnizados. Tanto los Voluntarios como los soldados destruyeron muchas casas particulares. Entre los civiles, las bajas fueron numerosas y se calculó en 2.500.000 libras las pérdidas que sufrieron las propiedades.

James Connolly, gravemente herido, yacía en correos y no salía de su asombro. Había tenido la certeza de que los ingleses no usarían la artillería porque los capitalistas procurarían que sus propiedades no sufrieran daños. Mientras se evacuaba correos, Pearse observó cómo los militares segaban con sus armas a una familia que huía, aterrorizada, de su casa en llamas. Asqueado y desalentado, ordenó por fin la rendición «para evitar la matanza de los ciudadanos de Dublín...» [10].

Cuando los rebeldes vencidos marchaban por las calles de Dublín tras sus captores, la gente de la ciudad les lanzaba denuestos y les escupía. A Pearse le obsesionaba un sueño que tenía desde niño. En este sueño, estaban a punto de ejecutar a un joven, por una causa noble y hermosa, ante la multitud. Pero el gentío no le consideraba un mártir, sino un loco. Dublín quedó bajo la ley marcial y cuatro mil personas terminaron en la cárcel. La prensa, lo mismo inglesa que la irlandesa, pedía que se tratara con rigor a aquellos criminales y lunáticos. Redmond deploró el alzamiento, el cual, estaba seguro, imprimiría un retroceso de años a la causa de la independencia irlandesa.

Cuatro días después de que Pearse capitulara sin condiciones, fue fusilado por un piquete inglés. Poco tiempo des-

pués, otros catorce líderes del alzamiento sufrieron la misma suerte. De Valera se salvó porque, habiendo vivido unos cuantos años en Nueva York, tenía la nacionalidad americana.

Pero los insultos de la gente no duraron. En pocas semanas la actitud del país hacia los rebeldes de la Semana Santa sufrió un cambio dramático. Las elevadas pérdidas que ocasionaron las fuerzas británicas y la rápida ejecución de casi todos los jefes del movimiento horrorizaron e indignaron al hasta entonces somnoliento pueblo. Las muchachas que iban a misa, llevaban entre las páginas del breviario los retratos, con sus nombres, de los nuevos mártires. En las tiendas se vendían como por ensalmo los libros, incluso rotos, de cantos rebeldes y los libelos separatistas.

Las elecciones generales de diciembre de 1918 señalaron el completo colapso del partido parlamentario de Redmond. El partido separatista Sinn Fein, el «Nosotros Solos», que estuvo languideciendo desde que se fundara en 1905, llegó al poder de la noche a la mañana como la nueva voz política del país. En enero de 1919, los candidatos victoriosos del Sinn Fein se reunieron en Dublín y declararon que formaban parte del *Dáil Eireann*, es decir, del parlamento independiente de una nación independiente. Los líderes de 1916 que no fueron ejecutados reorganizaron la I. R. B. en los campos de prisioneros y formaron el Ejército Republicano Irlandés, el cual iba a dirigir al país en lo que pronto se convertiría en una guerra de guerrillas por la liberación nacional. Guerra que culminó en 1922 con la creación de una Irlanda independiente, aunque dividida.

Es erróneo pensar que hubiera conseguido la independencia de todas formas y que el alzamiento de la Semana Santa no hizo más que abrir un atajo hacia la independencia completa, alejándola del Home Rule. Aquellos seis fantásticos días de abril fueron de importancia capital, el elemento catalizador sin el cual jamás hubiera cristalizado el apoyo popular que la revolución irlandesa necesitaba para su triunfo. Sin el alzamiento de la Semana Santa es más que probable que la política irlandesa hubiera continuado su marcha cansina hacia alguna versión aguada del Home Rule. El alzamiento y el martirio de los insurgentes radicalizó al pueblo irlandés.

La estupidez de los ingleses no fue el menor de los imponderables que tuvieron en cuenta Pearse y Connolly al

arriesgar su juego. En los meses posteriores al levantaminto, la política inglesa hacia Irlanda fluctuó entre la represión y la solicitud culpable. Antes de que transcurriera un año soltaron a los prisioneros como gesto de buena voluntad. Sin embargo, en cuanto entonaban un canto rebelde o se pronunciaban contra el reclutamiento volvían otra vez a la sombra. Inmediatamente después del alzamiento, Asquith, jefe del gabinete liberal, manifestó que el sistema inglés de gobierno había fracasado en Irlanda. Lo que era bien evidente. Sin embargo, tras un breve período de dictadura militar y una intentona fracasada de llevar a cabo el Home Rule sin más espera, Asquith tuvo que atenerse al viejo sistema mientras duró la guerra. Estaba claro que los ingleses manejaban con torpeza el balón irlandés.

Al mes del alzamiento, Asquith realizó un viaje especial a Irlanda para estudiar la situación sobre el terreno. Visitó los campos de prisioneros donde se hallaban detenidos los rebeldes y, de pronto, le preguntó a un joven si la rebelión no fue algo lamentable y sin sentido. El irlandés le contestó que, por el contrario, había sido todo un éxito. El Primer Ministro se quedó perplejo. Pero su presencia en el país era de por sí la prueba del éxito de los rebeldes.

A los buenos liberales de la clase media como Asquith y Redmond, el alzamiento les parecía una tragedia sin sentido, y de Pearse y los otros insurgentes opinaban, en el mejor de los casos, que se trataba de románticos de una ingenuidad increíble. Al rendirse Pearse, las fuerzas británicas superaban a los Voluntarios en la proporción de veinte por uno, y desde luego Inglaterra, ocupada con la primera guerra mundial, había destinado tan solo una fracción infinitesimal de su poderío militar para aplastar la rebelión. Lanzarse a una confrontación abierta cuando era tan desigual la proporción de armas, soldados, medios de propaganda e incluso apoyo popular, parecía el colmo de la idiotez.

Pero los poetas comprendieron lo que no entendían los políticos. Pearse y sus colegas percibieron el tedio, la alienación y la degradación consustanciales a la moderna sociedad industrial y se dieron cuenta del fracaso del liberalismo político para satisfacer los íntimos anhelos del pueblo, deseoso de identificarse con algún gran movimiento colectivo y de participar en la alegría común de la liberación nacional. En el fondo, el hombre de la calle deseaba ser un héroe, como los antiguos irlandeses, y odiaba los raquíticos

compromisos, que era todo lo que la política liberal podía ofrecerle. Pearse penetró hasta lo más profundo en la verdad de la vida moderna. Fue un profeta del siglo xx, no un ingenuo ni un estúpido, dotado de una asombrosa clarividencia.

El levantamiento sirvió de modelo para todos los movimientos de liberación contra el imperialismo occidental en el siglo xx y para todos los movimientos de protesta en general. Los debates interminables, las reformas servidas con cuentagotas, las componendas no solucionaban el problema de la liberación social ni despertaban el fervor del individuo; para ello era preciso recurrir a la confrontación directa, por fútil que pareciera, y buscar el martirio sin pensar en los riesgos.

En Irlanda, el hombre de la calle, aplastado por el industrialismo y la burocracia, parecía un ser castrado; pero en la oscuridad de su prisión aguardaba todavía la llamada de la libertad, la invocación a su heroísmo innato, la convocatoria para que participara en un acto inmediato e inefable de emancipación colectiva.

Al precipitar una confrontación en la que, bajo el peso abrumador del número, no podían esperar otra cosa que ser machacados, los rebeldes irlandeses de 1916 obligaron a Inglaterra a representar el papel de villano. Al continuar las ejecuciones, llegaron protestas de todo el mundo, en particular de los Estados Unidos, donde vivía una gran masa de inmigrantes irlandeses. El gobierno inglés, deseoso en tiempo de guerra de mantener las mejores relaciones posibles con los Estados Unidos, se vio en situación muy desairada. El Presidente Woodrow Wilson seguía hablando del derecho de las pequeñas naciones a decidir su propio destino y aunque exceptuaba a Irlanda, argumentando que se trataba de «una de las tragedias metafísicas» de la época, mucha gente, incluso en Inglaterra, no acababa de comprender este lapso metafísico.

La espasmódica conducta de Inglaterra hacia Irlanda en los meses y años que siguieron al levantamiento fue la medida de su propia confusión. El país se hallaba dividido sobre lo que convenía hacer con Irlanda. En el Ministerio de la Guerra los tories eran partidarios de una solución militar de carácter draconiano, al estilo de la salvaje represión que Oliver Cromwell llevó a efectos en el siglo xvii contra la independencia irlandesa. Pero el gobierno liberal era dema-

siado sensible a la opinión pública para seguir semejante política. En su día, las dudas y agonías de la conciencia liberal de los ingleses de la clase media obligarían a Inglaterra a salir del país. Irlanda fue el heraldo que anunciaba el fin del Imperio británico. Esta primera revolución colonial moderna causó una herida fatal a la fe del imperialismo británico en su destino manifiesto.

Pearse y Connolly se propusieron agitar la opinión pública de Irlanda y del mundo. Acariciaban la esperanza de que el alzamiento prendiera en la imaginación de todos los pueblos. Si se la juzga desde este punto de vista, la rebelión de la Semana Santa fue un gran éxito, si bien póstumo. Un puñado de hombres logró imponer su propia estética y una moralidad mesiánica en los acontecimientos históricos. Ellos mismos habían escrito el drama; y no les imporaba morir en el primer acto, porque con su muerte la función se ponía en marcha.

3. Los amotinamientos en el ejército francés

En agosto de 1914, Europa enloqueció y se infligió heridas gravísimas, casi mortales. Sin ninguna razón de peso, mejor dicho, sin razón alguna, las naciones europeas decidieron declararse la guerra unas a otras. El asesinato del archiduque Francisco Fernando (heredero al trono del Imperio austrohúngaro y hombre vanidoso e insustancial a quien odiaban incluso los vieneses), perpetrado por nacionalistas servios, sirvió de pretexto para desencadenar los violentos instintos y las actitudes arrogantes de que hicieran gala los europeos en su salvaje proceder contra asiáticos y africanos en los cincuenta años anteriores. Ahora dirigían su violencia y su arrogancia contra ellos mismos, como poseídos por una manía suicida [1].

Los estúpidos dirigentes de las naciones europeas invocaron la necesidad de defender los respectivos honores nacionales, y por lo menos el noventa por ciento de la población de Europa, incluyendo a liberales, socialistas y jefes obreros —últimos depositarios de la razón y del bien común— respondieron con furioso entusiasmo. Unas pocas voces de cordura, como la del filósofo inglés Bertrand Russell, se opusieron a esta marcha suicida hacia el abismo, pero no se les

hizo caso, o, si insistían en afirmar la dignidad del hombre, acababan en la cárcel y se les silenciaba a la fuerza.

El único rayo de cordura que brillaba en el afán de los estadistas por la guerra era su convencimiento de que el conflicto apenas duraría: todo lo más, hasta la Navidad de 1914. Dos o tres grandes batallas decidirían el triunfo y resolverían el problema de la hegemonía en Europa. Como en otras muchas ocasiones anteriores, los estadistas y los generales se lanzaron a la guerra utilizando la técnica y la estrategia de la guerra precedente. Todos pensaron que la Gran Guerra sería una repetición de la guerra franco-prusiana de 1870, cuando el ataque fulminante de los prusianos aniquiló al ejército francés en cosa de semanas. Inexplicablemente, todos aquellos profundos pensadores se olvidaron de la guerra civil americana; es decir, olvidaron que una guerra moderna entre potencias industriales podía ser no sólo una campaña fulminante, sino también una lucha larga y salvaje de desgaste. Para el otoño de 1914 se vio claro que ambos bandos tenían más capacidad defensiva que ofensiva. En lugar de regresar a casa en triunfo, los soldados alemanes y los aliados del frente occidental se enfrentaban unos a otros, a lo largo de una línea de trincheras de mil millas, congelándose en el barro fétido.

Para la primavera de 1917, la Gran Guerra cumplía dos años y medio de trituramiento, con un balance de tres millones de franceses muertos, heridos o prisioneros en los campos alemanes. En abril de 1917 ocurrió lo impensable: la carne de cañón se rebeló. No han podido aclararse hasta la fecha muchas circunstancias relativas a estos amotinamientos en el ejército francés. Como es natural, las historias militares oficiales del conflicto han tratado este asunto de la manera más superficial posible. A los generales que escribían sus memorias les interesaba, como era de esperar, reducir al mínimo lo que eufemísticamente se llamaba «descontento». Nadie se sentía muy feliz de las rebeliones del ejército y, evidentemente, lo mejor era tratarlas como un lapso pasajero, aunque agudo, en la moral de las tropas.

A pesar del secreto que rodea los amotinamientos de los soldados franceses, está claro que sus dimensiones fueron tremendas, que afectaron a regimientos enteros y que 'contaminaron' a miles de hombres. Para junio de 1917, el ejército francés en bloque amenazaba con derrumbarse, si no con algo peor. Nadie sabía cómo terminaría esta calamidad. ¿Se

llegaría al extremo de que los soldados volvieran sus propias armas contra los oficiales?

Los soldados franceses se negaron a guarnecer las trincheras, se negaron a regresar al frente al agotarse sus permisos. Gritando «¡Abajo la guerra!» y pidiendo la muerte para quienes no podían o no querían hacer la paz, compañía tras compañía de la infantería francesa se lanzó a cantar con furia la Internacional y a lanzar vítores en favor de la revolución mundial que suprimiría la locura y el horror de una guerra que en su opinión ya no se podía ganar. Estaban hartos de tanta muerte entre los alambres espinosos de la 'tierra de nadie' mientras se realizaban asaltos infructuosos contra las líneas enemigas. Se negaron a avanzar. Y si en alguna ocasión lo hacían, era sólo para dirigirse a las pequeñas estaciones de ferrocarril y coger el tren rumbo a París donde, gritaban, marcharían sobre la Cámara de los Diputados para arrojar de allí a los canallas y a los embusteros que daban la orden de avanzar hacia la derrota, hacia el matadero.

En junio, amotinamientos de esta clase estallaban con terrible regularidad. Ante el temor de no poder hallar suficientes compañías leales para mantener una línea defensiva de cierta solidez en el frente, el alto mando del ejército sintió verdadero pánico. Corría el rumor de que si los alemanes eligieran este momento para lanzar una ofensiva, las líneas francesas se disolverían en el barro, los soldados dejarían las armas y se dirigirían a París. En los pasillos del Ministerio de la Guerra, el terrible secreto se musitaba de unos a otros: entre París y las líneas alemanas —una distancia inferior a los cien kilómetros— sólo existían dos divisiones que merecieran absoluta confianza.

Con los amotinamientos se producían deserciones en masa. Mientras que en 1914 sólo desertó un puñado de hombres que no rebasarían los quinientos o seiscientos, para 1917 las deserciones se calculaban en treinta mil por año. Los *poilus*, los barbudos soldados de las trincheras, ya no reaccionaban ante las exhortaciones a su valor militar. Las invocaciones a su orgullo de luchadores y a su sagrada responsabilidad hacia la patria y los camaradas no hacían mella en ellos. Estaban en huelga y se iban, quizás para siempre. Querían otro trabajo y otra manera de vivir.

Los amotinados no escribieron sus biografías. Cuando terminó la guerra, los franceses, triunfantes y jubilosos, procu-

raron olvidar los terribles meses del verano de 1917. Quienes escribieron sobre las revueltas del ejército (generalmente los mismos que ayudaron a sofocarlas) tendían a dar una importancia exagerada a las irritaciones triviales y a las quejas propias de los soldados. Se alegaba que en medio del cansancio general tales quejas fomentaron un estado incontrolable de exasperación. Era axiomático para los generales franceses que los soldados galos nunca dudaron de la justicia de su causa ni de la capacidad de Francia para triunfar al fin sobre sus enemigos. Los *poilus* sólo exigieron —ciertamente con demasiado escándalo y a destiempo— que los líderes que se afanaban por salvar a Francia prestaran alguna atención a sus propias necesidades elementales y prosaicas. Reclamaban únicamente unas cuantas mejoras materiales. Con arreglo a las versiones oficiales de los motines, existía 'descontento' en el ejército francés porque los soldados necesitaban más permisos, mejor comida, un servicio médico más adecuado, cantinas y un ambiente hogareño en sus campamentos de descanso.

Cuando, en el apogeo de los amotinamientos, el general Henri Philippe Pétain asumió el mando supremo de los ejércitos franceses, uno de sus primeros actos fue requisar medio millón de catres y destinarlos a los campamentos de descanso, donde se retiraban temporalmente los soldados tras ser relevados en el frente. Otra de las reformas de Pétain fue ordenar a la Y. M. C. A. (Asociación de Jóvenes Cristianos) y a la Cruz Roja que montaran cantinas de alegre colorido en las pequeñas estaciones de ferrocarril, donde los hombres con permiso se amontonaban para emprender el largo viaje hasta el hogar. Con todo ello se quería significar que entre el estrépito de los cañones y la angustiosa necesidad de más y mejor artillería, más ferrocarriles y mejores carreteras, el simple soldado no había recibido las debidas atenciones y se sentía un tanto desdeñado.

También se admitía que los soldados franceses habían perdido la fe en sus comandantes. Se necesitaba con urgencia una figura partenal más convincente, una cara nueva en la suprema jefatura. También esta demanda se satisfizo con el nombramiento de Pétain. Después de todo, hacer cambios de personal no resulta muy difícil.

Los amotinamientos en el ejército comenzaron en serio tras el fracaso de la ofensiva del general Robert Georges Nivelle a fines de abril de 1917. Esta ofensiva se basaba en

una especie de *blitzkrieg* espectacular y violento contra un frente de unos cien kilómetros de largo entre los ríos Somme y Oise. El general Nivelle, prodigio de los ejércitos aliados, insistía en que la ofensiva se realizara con el máximo de violencia, de brutalidad y de rapidez a fin de terminar con el desesperante punto muerto al que se había llegado en el frente occidental hacía ya casi tres años. Nada de mordisquear en el territorio enemigo, nada de 'victorias' con las que únicamente se ganaban cien o doscientos metros de escombros incendiados. Una embestida arrolladora pondría en fuga a los ejércitos alemanes en menos de cuarenta y ocho horas. La guerra podría considerarse entonces prácticamente terminada. Los *poilus* estarían en su casa para celebrar las fiestas de Navidad.

En realidad, la audacia que reflejaban los proyectos de Nivelle no era más que pura bravata. La ofensiva estaba condenada al fracaso desde el comienzo, y el hecho de que la aceptara un gobierno que empezaba ya a presentir el desastre era un indicio revelador de la desesperación reinante entre los jefes civiles y militares de Francia.

Lo peor del caso es que nadie presentaba una alternativa mejor. Dos años y medio después del 'milagro del Marne' que salvó a París en 1914, la reputación del general Joseph Joffre, autor del prodigio, estaba bastante deslustrada. En Champagne y Artois, en Verdún y en el Somme no consiguió nada que igualara el brillo de su primera victoria. En todas partes se dejaba sentir el descontento por la marcha de la guerra y lo único que podía proponer Joffe era seguir mordisqueando.

Nivelle sustituyó a Joffre. El nuevo Jefe de Estado Mayor era, a pesar de sus sesenta años, uno de los nuevos hombres que había demostrado su valor no en las aulas sino en medio del combate. Su fama se basaba en la espectacular reconquista de Fort Douaumont en Verdún, que cayó gracias a una tremenda concentración de fuego y al habilidoso despliegue de unas cuantas expertas divisiones de infantería. La reconquista del viejo fuerte constituyó una gran victoria psicológica para los ejércitos franceses de Verdún y hasta para la nación entera. Militarmente, fue una acción impresionante pero el país, ansioso de tener algo que llevara la impronta del genio militar, la elevó demasiado pronto a la categoría de otro milagro. Las tácticas de Nivelle adquirieron la marca 'el método de Verdún' y se consideraron un

satisfactorio progreso sobre el innato conservadurismo de los viejos. Nivelle fue nombrado Comandante en jefe de las fuerzas armadas tras comprometerse a aplicar el método de Verdún al conjunto de la guerra. Nivelle hablaba un inglés elegante y David Lloyd George, que acababa de ocupar el poder en Inglaterra, se impresionó tan favorablemente que ordenó a Douglas Haig, jefe de las fuerzas inglesas, que colaborara con el nuevo genio militar.

Nivelle proyectaba abrirse camino aprovechándose de un amplio saliente que se formó en las líneas alemanas durante los combates del Somme. Los ingleses atacarían por el norte y los franceses por el sur. En lugar de avanzar penosamente de trinchera a trinchera, los franceses utilizarían la artillería para cañonear todas las líneas enemigas al mismo tiempo; inmediatamente después la infantería avanzaría como un rayo abriendo una inmensa brecha en las líneas alemanas. Los soldados franceses se encontrarían entonces en campo abierto y por lo tanto con la suficiente capacidad de maniobra para flanquear o cercar al resto de los ejércitos alemanes. Nivelle aseguraba a diestra y siniestra que el fracaso era imposible. Iba a lanzar en la ofensiva más de un millón de hombres, 500.000 monturas y cantidades colosales de artillería. Según los informes del servicio secreto francés, los alemanes apenas tenían nueve divisiones en aquella región y sus posiciones eran expuestas y vulnerables. El soldado francés, a quien se prepararía cuidadosamente tanto en el aspecto psicológico como en el militar, atacaría con entera confianza en la victoria total. Lucharían como endemoniados.

Este plan, que Nivelle logró imponer al Ministro de la Guerra, al Jefe del Gobierno y al Presidente de Francia, tenía fallos incluso en sus lineamientos básicos. Aun aceptando que la ruptura inicial se efectuase, no se habían tomado medidas con respecto a la logística de los refuerzos y los servicios auxiliares, aunque todo el mundo sabía que un ejército, al realizar una penetración profunda en territorio enemigo, necesita refuerzos constantes para mantenerse en las posiciones recién tomadas y, por lo tanto, vulnerables. Además, el proyecto exigía la retirada de tropas francesas de otras zonas, las cuales quedarían expuestas a los riesgos de la falta de cobertura. Entre el personal subalterno del Estado Mayor hubo dudas y descontento ya desde el comienzo de los planes.

A fines de marzo la situación militar dio un cambio tan dramático que el proyecto de Nivelle se convertía en algo no sólo arriesgado, sino absurdo. Entre los soldados franceses la ofensiva era un secreto a voces, y el resultado fue que los alemanes la conocían casi tan al detalle como los propios franceses. El elemento de sorpresa, vital para cualquier *blitzkrieg* se perdió por completo. El alto mando alemán se preparó concienzudamente para hacer frente al asalto. Retiró sus ejércitos de las posiciones más expuestas y los concentró en fortificaciones especialmente construidas y casi inexpugnables. La retirada a lo que se denominó la Línea Hindenburg se completaba con el incendio de las ciudades, el envenenamiento de las aguas y el corte de los árboles. La tierra abandonada quedó convertida en un desierto desolado y horrible.

No sólo la prudencia sino también la cordura, dictaban la necesidad de revaluar la ofensiva, que debía comenzar a mediados de abril. Pero Nivelle, negándose como de costumbre a reconsiderar cualquiera de sus planes, se hallaba atrapado en una peligrosa red de ideas contradictorias. La inquietud era profunda entre los altos jefes militares y atormentaba a todos excepto al arrogante general y a sus paniaguados. La verdad era que el general se había comprometido demasiado para dar marcha atrás. Días antes de desencadernarse la ofensiva, el gobierno, lleno de graves aprensiones, llamó al general a una conferencia de última hora. Hasta el gobierno habían llegado informes y rumores persistentes de que la ofensiva no podía tener éxito. Con timidez, casi disculpándose, el Presidente de la República pidió a su Jefe de Estado Mayor que reconsiderara y modificara sus planes. Dolido e indignado, Nivelle estalló. Garantizaba el éxito. Y anunció teatralmente que si no se le ratificaba la confianza, presentaría al instante su dimisión. Francia se había mantenido a la defensiva demasiado tiempo. Si el gobierno se dejaba dominar por este ataque de nervios a última hora, él, Nivelle, no quería saber nada. ¿Es que el gobierno no tenía redaños para buscar la victoria?

Sus palabras equivalían a un chantaje y Nivelle lo sabía. Otro cambio de jefe, cuando el reemplazo de Joffre era aún tan reciente, dañaría la moral del país; y las consecuencias de la desmoralización resultante, tanto entre los civiles como entre los militares, podrían ser fatales. Los miembros del gobierno, abrumados por la angustiosa sospecha de haberse

comprometido a una aventura descabellada, decidieron que no quedaba más remedio que seguir adelante. ¿Cómo reconocer a última hora que se habían equivocado? No podrían presentarse más en público. Todo terminaría bien, con tal de no perder la fe. La decisión de llevar adelante los planes fue una huida colectiva hacia el absurdo, acaso porque nadie tuvo el valor de asumir la responsabilidad y de poner fin al disparate.

La sencillez era el atractivo de la ofensiva de Nivelle. Prometía el fin rápido de la guerra. El gobierno francés estaba dispuesto a probarlo todo con tal de terminar de una vez con el estancamiento y el terrible desgaste de aquella guerra. Cualquier cosa era mejor que la agonía interminable del Somme. La influencia del propio Nivelle, que insistía engallado y contra toda lógica en una victoria segura, demostraba bien a las claras la desmoralización que reinaba en Francia.

De hecho, la tan cacareada ofensiva de la primavera de 1917 era muy poco original. No era sino la intensificación, loca y desenfrenada, de la estrategia ya en vigor durante tres años estériles. El 'slogan' de Nivelle pudo haber sido: «Nos esforzamos más». La retórica dinámica se confundía con la originalidad militar. El *poilu* de las trincheras fue el primero en comprobar esta esterilidad de ideas y en decidir detenerse. No estaba dispuesto a suicidarse a instancias de sus jefes.

Durante los tres años anteriores al nombramiento de Nivelle, los soldados franceses estuvieron pagando el precio de los falsos conceptos que traían los oficiales procedentes de St. Cyr, la famosa academia militar francesa. El ejército francés entró en la guerra como mísero prisionero de sus teóricos militares. En los veinte años anteriores al estallido de la primera guerra mundial, estos señores desarrollaron unas ideas sobre el arte militar que condensaba la instrucción bélica en una palabra: «atacar». Atacar siempre. Atacar cuando el enemigo está desprevenido, atacar cuando se está acorralado, atacar cuando se está desbordado, atacar con inferioridad numérica. Atacar siempre y sin cesar.

Esta sorprendente teoría de combate arrancaba de un corto volumen sobre estrategia militar escrito por un oscuro coronel que murió en la guerra franco-prusiana de 1870. Al estallar la primera guerra mundial, aquel volumen se había ya convertido en el evangelio del Estado Mayor General

francés. Con arreglo a la teoría, los ataques cuerpo a cuerpo por parte de la infantería eran irresistibles. La audacia y el *élan* de una carga a la bayoneta dispersaría y pondría en fuga al enemigo. La moral de las tropas, su firmeza y su fe en el triunfo eran la base de la victoria. Además, la carrera del gran Napoleón había demostrado que el genio militar francés brilla más en la ofensiva. La vergonzosa derrota en la guerra franco-prusiana fue, en gran parte, consecuencia del abandono de estos principios. Era preciso sorprender en todo momento al enemigo. Tener la iniciativa equivalía a poseer una tremenda ventaja psicológica. Una exaltación febril habría de acompañar siempre a los ejércitos franceses en sus cargas. Se pensaba que el soldado francés, armado de una bayoneta y del suficiente fervor patriótico, era invencible.

Esta teoría era muy conveniente y tranquilizadora en tiempos en que los gobiernos civiles no soltaban con facilidad el dinero preciso para el perfeccionamiento y la producción en masa de nuevos y costosos armamentos. Tras la controversia que levantó el asunto Dreyfus, el cual había dividido al país a fines del siglo pasado, el ejército se había desprestigiado considerablemente. Los gobiernos que se sucedieron, por lo general de izquierdas y pacifistas, no hacían mucho caso de las demandas de los generales. Esta actitud dio origen a críticas poco realistas contra nuevos armamentos como las ametralladoras y cañones pesados. Resultaba enormemente cómodo poder ajustar la teoría a los límites impuestos por los libros de contabilidad. Según la flamante escuela de estrategas del ejército francés, convenía utilizar las armas pesadas sólo en operaciones de apoyo y de limpieza, pero eran menos importantes que la segura, y barata, bayoneta. De la misma manera, se desvalorizó tanto la importancia de las fortificaciones y baluartes, que la vieja red de fortalezas en el este del país quedó sin modernizar, y nada efectivo se hizo para dotar con una sólida línea de fortificaciones defensivas la frontera con Bélgica.

El absurdo de estas elucubraciones se demostró rápida y brutalmente en las dos o tres primeras semanas de la guerra, cuando las tropas alemanas, sin tanta ciencia napoleónica, empujaron y diezmaron a los ejércitos franceses. Francia casi perdió la guerra en el primer mes. Winston Churchill se refirió, con ácido humor, a la incongruencia de una situación en la cual los franceses insistían en atacar a pesar de que los alemanes invadían el país. Espectacularmente visibles con

sus guerreras de azul oscuro y sus pantalones rojos, los soldados franceses avanzaban al son de las inspiradas notas de la «Marsellesa», lanzadas al viento por las bandas militares, mientras los alemanes, cómodamente sentados, rociaban con fuego de artillería pesada y de ametralladoras aquellos blancos de colorines. Jóvenes oficiales que conducían a sus tropas en valientes cargas, raras veces lograban avanzar más de veinticinco metros en terreno abierto. El fuego enemigo deshacía todas las olas de ataque. A las seis semanas de la ruptura de hostilidades, Francia había perdido 600.000 hombres, casi la mitad de los movilizados. Murieron dos tercios de la oficialidad joven de la infantería francesa. Estaba claro que Francia no podía permitirse tales derroches de valor. La filosofía del ataque perpetuo precisaba unos retoques.

Para 1915 ya se había puesto remedio. Una línea ininterrumpida de trincheras se prolongaba desde el Mar del Norte hasta la frontera suiza. A lo largo de esta línea, y separados muchas veces sólo por unos pocos cientos de metros de alambre espinoso, los dos ejércitos se enfrentaban mes tres mes, disputándose en absurdos y monótonos ataques y contraataques los altozanos y las laderas. Henri Barbusse, que inmortalizó en su novela *Le Feu* la vida en las trincheras, tal y como la experimentaron millones de franceses, resumió la situación militar con una sagacidad que parecía escapar a los generales: «Dos ejércitos peleando entre sí... ¡eso es como un gran ejército que se suicidara» [2].

Para el soldado común, las líneas del frente cambiaron muy poco en el curso del año, con la única excepción de que la red de trincheras se hizo, si cabe, más intrincada todavía. Las que fueron zanjas rápidamente improvisadas, en un principio, se convertían al poco tiempo en complicados laberintos. La primera línea de fuego era un túnel sinuoso de 1,80 metros de alto y 1,20 de ancho, aproxidamente. En esta trinchera los soldados se protegían contra el fuego enemigo con parapetos de sacos de arena o con terraplenes de tierra de unos treinta centímetros de alto. Por agujeros abiertos en estos terraplenes se introducían los rifles. A unos doce metros tras la primera línea había otra zanja, con refuerzos listos a intervenir en caso de que peligrara la trinchera de vanguardia. Todavía más atrás existía otra trinchera de apoyo, y tras esta otra, así hasta una distancia de unos tres kilómetros. Las trincheras de comunicación entrelazaban las arterias de tierra conectando el frente con la

retaguardia. Por último estaban los refugios subterráneos, donde se congregaban los hombres cuando podían dejar las armas por un rato. Los soldados pasaban días —incluso semanas— hasta que se les relevaba para que disfrutaran de un corto respiro en las ciudades más a retaguardia de la zona de guerra.

En la vida de las trincheras nunca faltaba el barro; barro que se helaba en el invierno y se transforba en verano en un lodo repugnante y viscoso. Los novelistas, poetas y directores de películas que han descrito el género de vida de los soldados en la Gran Guerra se sintieron más impresionados con el barro que con cualquier otro aspecto de la vida en el frente. En el barro se criaban ratas gigantescas y horrorosas y, al desplazarse el lodo, el *poilu* podía ver los restos en putrefacción de los camaradas caídos en ataques anteriores. El barro se pegaba a las armas y dificultaba su funcionamiento, retrasaba la llegada de suministros y socorros y obstaculizaba los movimientos en caso de ataque o retirada. Cuando no se hallaba bajo el fuego enemigo, el soldado veía su peor enemigo en el barro y en el fastidio de conservar las trincheras en buen estado.

En las trincheras subsistía la idea de la ofensiva, pero ya como algo sórdido y repelente. Por lo general, la oleada de los ataques llegaba sólo hasta la primera línea de las posiciones enemigas, es decir, hasta unos pocos cientos de metros. Casi siempre, el enemigo procuraba desquitarse, de manera que la trinchera que un día caía tras un furioso asalto, se volvía a perder a la mañana siguiente. La vuelta a las posiciones militares anteriores se lograba así a costa de la vida de unas docenas, de unos cientos, hasta de unos miles de soldados por cada lado.

El secreto de la guerra de trincheras estribaba en que era posible avanzar, sacrificando las vidas que fueran precisas para conquistar unos pocos metros de terreno. Los asaltos se hicieron pronto cosa de rutina por ambas partes. Comenzaban con una concentración de fuego artillero para abrir un paso por entre las alambradas que protegían a las líneas enemigas. Una enorme cantidad de proyectiles se utilizaba para preparar el terreno a la infantería. Al terminar los cañones, les tocaba actuar a los *poilus*. En grupos de cincuenta o setenta y cinco hombres saltaban de las zanjas y se lanzaban hacia adelante en rápida carrera para ganar la mayor cantidad posible de terreno antes de que los detuvieran las

ametralladoras del enemigo. Al ser rechazada o aniquilada la primera ola de atacantes, salía una segunda y luego una tercera. Luego, calculando que al menos la primera línea de trincheras del enemigo habría sido tomada, intervenía un grupo de limpieza que, con granadas de mano y bayonetas, vencía la resistencia de cualquier tirador aislado que siguiera en su puesto.

Si un soldado tenía la desgracia de figurar en la primera ola de ataque, sus posibilidades de salir con vida eran escasas; las rápidas carreras se convertían con frecuencia en miserables serpenteos entre el barro omnipresente. Peleando de esta manera, era imposible sostener un ataque durante algún tiempo. El enemigo podía siempre reagruparse y reorganizarse un poco más allá. Tan pronto como se concluía la primera acometida, se presentaba el agudo problema del suministro y del municionamiento. Quedaban pocas granadas de mano y los hombres —tanto los que atacaban como los que se defendían— perdían el contacto con sus oficiales y camaradas. Ocurría muchas veces que, al final de uno de estos asaltos, lo único que podían hacer vencedores y vencidos era acurrucarse, agotados y heridos, tras algún parapeto salpicado de balas y aguardar adormecidos el inevitable contraataque que, con toda seguridad, les obligaría a regresar a su posición anterior. Como ninguno de los contendientes contaba con recursos humanos o artilleros suficientes para sostener los ataques, la guerra degeneró pronto en un estancamiento general. Pero era un estancamiento caro y maligno; incluso en los días que no se lanzaban ofensivas por parte de ninguno de los contendientes, moría un promedio de 1.500 soldados, víctimas de los tiradores aislados y de balas perdidas.

Puede decirse que todos los recursos económicos y militares de dos poderosas naciones se emplearon en intentar defender o conservar unos cuantos metros, o unos cuantos kilómetros como máximo, en los campos del norte de Francia torturados por la metralla. El precio en francos y en marcos, en vidas, en energías y en talento estaba en grotesca desproporción con los resultados que se obtenían. La presión de la jerarquía militar para que se rompiera el estancamiento era abrumadora y gravitaba sobre cualquier oficial que mandara un regimiento, una división o un pelotón. Pero, en vez de conducir a una reconsideración fundamental de la logística de la guerra, parecía fomentar una perversa determinación: en aquel juego y con aquellas reglas, ganaría

quien persiguiera la victoria con más terquedad. Esta actitud significaba en la práctica que, muchas veces, los oficiales que sacrificaban sin reparo a los hombres, en mucha mayor cantidad de la que se estimaba precisa para la victoria, alcanzaban de repente notoriedad e importancia.

El aniquilamiento en masa de los oficiales en el otoño de 1914 preparó el camino a esta nueva hornada. Era inevitable que quienes mostraban mayor fervor bélico recibieran ascensos con más rapidez. La manera de valorar este fervor es curiosa. Los oficiales cuyas compañías registraban ligeras pérdidas se hacían sospechosos. Por otra parte, la pérdida de muchas vidas era signo seguro de que los ataques se realizaron con encomiable vigor. Los oficiales ávidos de ascensos rivalizaban entre sí por adquirir la fama de perseguidores inflexibles de la victoria... y de la muerte. Aunque la victoria se les escapase de las manos, las muertes eran seguras. El jefe que mediante amenazas, halagos o el empleo del terror impulsara a sus hombres a realizar acciones desesperadas, se destacaba a los ojos del Estado Mayor General como un gran dirigente de hombres. Aunque indudablemente había muchos oficiales que procuraban ahorrar la vida de sus soldados, también es indudable que las nuevas hornadas de oficiales tenían todas las oportunidades posibles para adquirir una fama repentina.

No era raro que los oficiales exigieran de sus compañías un comportamiento que excedía todos los límites del aguante físico y psicológico. Un caso, conocido como 'el asunto de los cuatro cabos de Suippes', sirvió de argumento para la popular película *Senderos de gloria.* Este episodio tuvo lugar en la provincia de Champagne, donde el 336 Regimiento de Infantería intentó durante semanas, y sin éxito, romper las líneas alemanas. Los ataques fueron rechazados uno tras otro con enormes pérdidas en vidas humanas. Cuando una compañía que había soportado un considerable número de bajas recibió dos días más tarde la orden del general del regimiento de que hiciera otra salida, reaccionó con apatía. Sólo unos pocos oficiales se lanzaron al ataque, mientras la mayor parte de los soldados se quedaban sin moverse en las trincheras. El general, que observaba la operación con los prismáticos, se encolerizó y ordenó a la artillería que hiciera fuego contra sus propios hombres. Cuando el coronel a cargo de la artillería se negó, escandalizado, la compañía culpable fue designada para realizar lo que era claramente una misión

suicida. A plena luz del día, tenía que cortar las alambradas que cerraban el paso a las trincheras alemanas. Las pobres víctimas de esta orden consiguieron salir de las trincheras pero, inmediatamente, el fuego de las ametralladoras enemigas los pegó al suelo. El general había visto cuanto necesitaba ver. Los hombres se habían negado a cumplir las órdenes frente al enemigo. Dieciséis soldados y cuatro cabos fueron elegidos al azar, sometidos a un dudoso consejo de guerra y sentenciados a ser ejecutados. Al fin no se cumplió la sentencia contra los soldados, en deferencia a la fastidiosa opinión pública. Pero, para que el regimiento escarmentara, se fusiló a los cuatro cabos. Esta injusticia incalificable levantó tempestades de furia que amenazaban convertirse en motín.

Este caso, aunque tuvo especial relieve, no fue el único. Los consejos de guerra y las ejecuciones a modo de escarmiento no eran cosa de cada día, pero tampoco raros. Desde luego, la justicia militar es perentoria en el mejor de los casos.

Es probable que las exigencias de los oficiales franceses a sus hombres fueran más extravagantes que las de los jefes alemanes por el simple hecho de que la guerra se desarrollaba en suelo francés. Los alemanes podían alardear, hasta cierto punto, de ser los vencedores, con tal de mantenerse en sus posiciones. Los oficiales franceses estaban sometidos a mayor agobio psicológico porque, fuera como fuese, tenían que echar de Francia a los invasores. Así pues, no es extraño que recurrieran a los consejos de guerra como a un arma más para aguijonear a su ganado.

Aparte de la cuestión ética, las dificultades eran psicológicas. Aunque es posible muchas veces inducir a los hombres a que ejecuten hazañas de heroísmo espectaculares aun a sabiendas de que van a morir, no se puede repetir lo mismo día tras día. Un estallido de exaltación patriótica y de espíritu de sacrificio se puede conseguir casi de cualquier compañía durante una hora o durante un día. Un jefe excepcional acaso consiguiera mantener esta exaltación a lo largo de toda una campaña. Pero a los soldados franceses del frente occidental se les pedía, se les ordenaba y se les obligaba a prolongarla durante meses y años, y, cuando ganaban, la recompensa que recibían era tan pobre, que ni siquiera les quedaba la satisfacción de haber hecho un buen trabajo. La toma de una ladera o de un viejo fuerte en Verdún, por no hablar de unos cuantos metros de lado en

el Somme, no podía considerarse como la reconquista de *la patrie*.

Con este cuadro como fondo, Nivelle lanzó su ofensiva y los motines comenzaron. Aunque quizá la propaganda pacifista tuvo algo que ver con ellos —esta propaganda, en 1917, salía en torrentes de las rotativas de París—, su verdadero origen estaba en los meses interminables de derrota y de muerte sin sentido, de las cuales no había escapatoria posible ni término a la vista. El Estado Mayor General iba a pagar por su poca consideración hacia la vida de sus propios soldados.

Al cumplir un día, la ofensiva de Nivelle se reveló como lo que era en realidad: la quimera de un desesperado. Las tropas francesas, que con arreglo a los planes debieran haber penetrado por lo menos diez kilómetros tras las líneas alemanas, ocuparon unos cientos de metros acá y allá. Los servicios médicos, a los cuales se había notificado que deberían hacerse cargo de entre 10.000 y 15.000 heridos, tuvieron que atender como pudieron a 90.000 heridos y mutilados. Las carreteras estaban atestadas de tropas y unidades de artillería que aguardaban el momento de avanzar. Pero ese momento no llegó nunca y la confusión y la aglomeración tras las líneas del frente amenazaban con el caos. Las pocas unidades que consiguieron mellar las líneas alemanas carecían de respaldo. Muchos de aquellos pequeños avances no se pudieron mantener. Nivelle había prometido que los alemanes quedarían deshechos y desmoralizados, pero la verdad fue que la artillería francesa dejó intactos la mayor parte de los nidos de ametralladoras alemanes. En vez de franquear las trincheras enemigas y derrotar fácilmente a los boches, los franceses tuvieron que arrastrarse de nuevo por el lodo y caer bajo un monstruoso fuego artillero.

Lo mismo había ocurrido muchas veces antes. La diferencia estaba en que en esta ocasión se le había hecho creer al soldado común que todo sería distinto. Durante los meses anteriores había visto pasar grandes cantidades de tropas que se aprestaban para el gran día. Se habían dispuesto cantidades ingentes de armamento pesado para el ataque. Todos, hasta el más torpe de los reclutas, percibían algo de la excitación y la expectativa que flotaba en el aire. Los censores de correos confirmaban esta esperanza: las cartas que dejaban pasar para las familias de los soldados vibraban con un nuevo optimismo. A partir de entonces, la vic-

toria se mediría por kilómetros y por ciudades más que por centímetros y por árboles desmochados. La guerra, por fin, iba a hacer crisis.

Nivelle había prometido que detendría al instante la ofensiva —en menos de cuarenta y ocho horas— en caso de ocurrir algún contratiempo imprevisto. Su promesa era ridícula. Aunque el Jefe de Estado Mayor lo quisiera, no podría detener la ofensiva una vez en marcha. Retirar las tropas en esa eventualidad sería exponer al ejército francés a una derrota. Nivelle se obstinaba en no ver la realidad. Día tras día los soldados franceses se estrellaban contra el Chemin des Dames, la vieja ruta de carruajes de Luis XV, que constituía el sector occidental más avanzado de la línea Hindenburg. Las bajas eran siempre numerosas, las ganancias pequeñas o inexistentes.

A fines de abril comenzaron los motines. Primero estallaron en el Sexto Ejército, el más castigado por las fantasías de Nivelle, y se centraron en torno a Soissons, la sucia ciudad de barracas que albergaba los estados mayores de varias divisiones y servía como centro de tráfico por donde pasaba un flujo constante de tropas que venían del frente o se dirigían a él. Los soldados se negaban a volver a las trincheras cuando sospechaban que les iban a ordenar de nuevo atacar en el Chemin des Dames. Formaban filas para volver allá, remoloneando, refunfuñando y un poco bebidos, todo como de costumbre. De repente, un oficial notaba algo raro: iban sin fusiles. El oficial, horrorizado, se daba cuenta que sus hombres no estaban de broma: quietos, con miradas frías y absortas, no tenían intenciones de ir.

Las villas, feas y pequeñas, que servían como campamentos de descanso y que se encontraban a unos pocos kilómetros de la línea de fuego, eran los principales viveros de motines. Asombraba la rapidez con que una compañía de toda confianza podía «contaminarse» al solo contacto con los descontentos de algún regimiento menos disciplinado. Un camión cargado de soldados procedentes de la primera línea pasaba por cualquier ciudad sin que nadie supiera a dónde se dirigía. Desde el vehículo, los militares cantaban canciones pacifistas o agitaban con brío banderas rojas improvisadas. «¡Dejad las armas, hermanos! ¡Viva la paz!» gritaban, mientras el camión enfilaba la salida del pueblo. Daba igual que esos soldados fuesen amotinados desafiantes, a quienes se arrancaba del frente para ser puestos a buen

recaudo, u hombres leales dominados por el incontenible deseo de soltar bravuconadas. El resultado era el mismo. Soldados premiados con la *Croix de Guerre,* hombres con un historial militar intachable, se convertían de repente en inspirados oradores pacifistas. Siempre aparecía alguien con las cifras de muertos de los últimos ataques. Aunque de por sí estas estadísticas eran impresionantes, los rumores, y la poca confianza que merecían los encargados de confeccionarlas, doblaban o triplicaban invariablemente el número de los caídos. En cada regimiento se albergaba por lo menos un comunista sin descubrir que instaba a sus camaradas a emular el ejemplo de la Revolución Rusa, durante la cual los soldados se rebelaron. Rusia pronto se saldría de la guerra, clamaban. Las posibilidades de Francia eran nulas. ¡Viva la paz y la solidaridad internacional!

Los motines, que al principio fueron una respuesta a las esperanzas frustradas de la ofensiva de Nivelle, se extendieron por todo el ejército como un reguero de pólvora. Los amotinados descubrieron el poder del número. Era imposible fusilar a regimientos enteros. Por muy grave que fuera el motín, la gran mayoría de los complicados saldrían impunes. Incluso los instigadores quizá escapasen porque la justicia militar no era otra cosa que una especie de ruleta rusa.

En las estaciones de ferrocarril, o en sus propias casas durante los permisos, los soldados se enteraban de lo que los oficiales intentaban desesperadamente mantener en secreto. No eran sus compañías las únicas que se negaron a marchar. ¿Cómo sentirse avergonzado de tales hechos, si eran epidémicos? Circulaban rumores de que otro ejército, en otro lugar de Francia, un regimiento, tras apoderarse de toda una ciudad, eligió a sus propios «representantes revolucionarios» y envió una delegación para que negociara con sus antiguos oficiales. Otro batallón se había retirado por su cuenta para ponerse a salvo en un bosque contiguo. Y otro, tras capturar un tren, se dirigía a París.

Es indudable que el impacto de la Revolución Rusa y la propaganda pacifista procedente del interior estimularon el estallido de algunas de estas revueltas. La *Union Sacrée,* la gran moratoria que se fijaron los diversos partidos políticos de Francia, era ya prácticamente inexistente en 1917. Socialistas, sindicalistas y pacifistas de todas clases, que en el frenético fervor de agosto de 1914 acordaron olvidarse

de sus rencillas y apoyar al gobierno hasta que Francia consiguiera la victoria, se habían vuelto a atrincherar, uno tras otro, en sus posiciones ideológicas de la preguerra. Reaparecieron las facciones y las disensiones, y se intensificaron conforme la marcha poco satisfactoria de la guerra daba pie a mil explicaciones y racionalizaciones diferentes.

La libertad de prensa y de palabra existía en Francia en grado extraordinario, si se tiene en cuenta que eran tiempos de guerra. El ministro del Interior demostraba bastante desgana, por no decir otra cosa, a la hora de poner coto a los agitadores pacifistas. La agitación contra la guerra se manifestaba en público. Los soldados que volvían a casa con permiso se encontraban, a modo de saludo, con octavillas que se referían a lo insostenible de las posiciones en el frente. Las reuniones de los sindicatos muchas veces resultaban ser en realidad gigantescas concentraciones en pro de la paz. El Estado Mayor General pidió repetidamente al gobierno que hiciera algo para cortar aquella corriente ininterrumpida de libelos izquierdistas que se despachaban por el correo. Aquellos libelos, decían los jefes militares, provocaban el derrotismo y llevaban el desconcierto a la mente de los hombres acentuando su desmoralización.

No les faltaba razón. Sin embargo, tales argumentos tenían los fallos de todos los esfuerzos que se realizan para hacer de los 'agitadores de fuera' una conveniente cabeza de turco. El Estado Mayor General se sentía mejor al pensar que los extranjeros y los agentes pagados por Alemania envenenaban la mente de los *poilus*. Esta explicación exoneraba a los generales de su culpa, de su responsabilidad por sus propios fracasos y de su incapacidad para conseguir la victoria, o siquiera para imbuir en sus hombres la voluntad de triunfo.

Pero la agitación por la paz no era un cuerpo extraño que alimentaran los marcos alemanes, sino que reflejaba las divisiones que desgarraban a la sociedad francesa. Para 1917 los diputados hablaban en la Cámara a favor de la paz, de un acuerdo honroso y negociado con Alemania, y sus discursos recibían aplausos entusiastas. La causa de la guerra se tambaleaba.

Cuando el *poilu* cantaba la Internacional o alzaba la bandera roja, no significaba que se hubiera convertido al leninismo de la noche a la mañana. Desde la Revolución Francesa las banderas rojas eran el emblema de las protestas en Francia. La retórica del anarquismo y del comunismo pocas

veces se basaba en el compromiso ideológico de forzar un cambio en el sistema de gobierno. Se limitaba, simplemente, a rechazar total y estruendosamente la situación reinante. Era escupir a la cara de la autoridad tradicional, que había llevado a un incontable número de jóvenes a morir en las trincheras.

Aparte de todo eso, los soldados que luchan en los frentes forman una curiosa casta apolítica, como podrán recordar todos los que hayan leído *Sin novedad en el frente,* de Erich Maria Remarque. Desposeídos de sus funciones civiles y de su habitual forma de vida, los soldados pierden también, rápidamente, su ideología política. La vida en las trincheras fomenta, quiérase o no, cierto áspero espíritu de fraternidad; al fin y al cabo, todos son igualmente vulnerables a las balas. Entre la mugre del frente occidental, todas las convicciones políticas parecían esfumarse; se prescindía de ellas, como de otras cosas de la vida civil, porque eran ajenas a la vida diaria de los *poilus.* La ideología parecía reducirse a simples palabras, a disputas abstractas, hipócritas y falsas. George Orwell escribió en cierta ocasión: «En la guerra de trincheras hay cinco cosas importantes: la leña, la comida, el tabaco, las velas y el enemigo.» Entre estas elementales preocupaciones, incluso el enemigo ocupaba el último lugar en los momentos en que dejaban de silbar las balas.

Las condiciones de vida en las trincheras daban un aire permanente de irrealidad a esa especie de verborrea intelectual tan abundante en la vida civil. Los hombres reaccionaban instintivamente a las circunstancias materiales de la vida y la muerte. Su protesta, aunque asumiera la forma de motín, era por lo menos un revulsivo tanto físico como mental. Los soldados miraban los periódicos repletos de propaganda como papel bueno para protegerse las botas contra el barro. Su protesta era casi exclusivamente negativa. Todo lo denunciaban y no aceptaban nada de lo que estuviera en vigor. Pedían la paz por ser lo contrario de la guerra. Y agitaban banderas rojas porque, por tradición, simbolizaban lo opuesto —fuera lo que fuera— de cualquier régimen reinante.

Los objetivos limitados y negativos de los amotinados los revela el hecho de que, cuando lograban imponerse, no sabían qué camino tomar. Si huían al bosque, se contentaban con quedarse allí hasta que, cercados por la caballería y la policía militar o medio muertos de hambre, se limitaban a dejar las armas y a volver cansinamente al redil. Los gritos

de: «¡A París!» morían mucho antes de que los soldados alcanzaran su objetivo. Unos pocos jinetes, enviados rápidamente para cerrarles el paso, los dominaban sin encontrar resistencia. Muchas veces el motín duraba un día o dos y en ese tiempo los hombres bebían vino de firme y saboreaban —uno se imagina con qué mezcla de temor y alegría— su nueva libertad. Luego, poco a poco regresaban con paso cansino, primero a las barracas y después incluso a las trincheras.

La fuerza bruta se usaba, naturalmente, para sofocar los motines. Unos cuantos desgraciados pagaban siempre con su vida para que los demás escarmentaran en cabeza ajena. Pero los soldados hubieran llevado las de ganar por tener ellos el monopolio de la fuerza —sin embargo, no advirtieron las posibilidades de esta ventaja suya—. En último extremo, la disciplina militar depende del consentimiento y la sumisión de la mayoría, al ser muchos más los soldados rasos que los oficiales. En Francia, durante meses enteros, hubo divisiones completas a las cuales se las consideraba de poca confianza y en trance de amotinamiento. Sin embargo, la mayor parte de los amotinados se plegaban al hábito de la obediencia, bajo la cual habían vivido durante meses o años. Aunque trataron de mala manera a algunos elementos de la policía militar, y no se privaban de insultar cuanto les venía en gana a los altos jefes militares, los soldados ni fusilaron a sus oficiales ni ocuparon París. Mientras duraban los amotinamientos, su actitud más frecuente era ignorar la existencia de éstos, más que desafiarlos. A este respecto el motín se semejaba a un paro obrero y no a una revolución. Sólo la retórica era violenta y altisonante. Los hombres estaban demasiado cansados para seguir con la guerra, aunque se tratara de una guerra que los liberara de la prisión de las trincheras.

Los motines estallaron aquí y allá en los meses de verano de 1917. Para septiembre eran ya más raros. En ocasiones, el desarrollo y el colapso final de los motines se han querido equiparar, acudiendo a la metáfora, a una enfermedad que atacara al cuerpo militar y siguiera un proceso hasta desaparecer por fin. Tradicionalmente se ha concedido al general Pétain el mérito de haber salvado al ejército francés de la ruina. Pétain se hizo cargo de la alta jefatura militar, sucediendo a Nivelle, el ídolo caído, cuando los motines estaban en su apogeo; para restablecer el orden entre las tropas,

Pétain combinaba las zanahorias con los palos o, por mejor decir, con los piquetes de fusilamiento. Probablemente jamás se sabrá hasta qué extremos de salvajismo llegó la represión. Pero está claro que sólo un pequeño número de los ejecutados pasó por los tribunales militares para ser oficialmente sometido a juicio. La muerte era tan común en el frente occidental que se podían dar como muertos o desaparecidos en combate a cientos, incluso a miles de hombres, sin que nadie se molestara en ponerlo en duda. Henri Barbusse, que se pasó unos meses en las trincheras del frente occidental, nos cuenta en una famosa narración, *Venganza de lo alto,* cómo 250 amotinados fueron detenidos, metidos en camiones, llevados de un lado a otro hasta que perdieron la orientación y, finalmente, descargados en tierra de nadie, donde se les dijo que se sentaran y se quedaran tranquilos. Según Barbussse, los guardianes se marcharon entonces y la artillería abrió fuego contra los amotinados matándolos a todos. Naturalmente, los historiadores militares niegan tener conocimiento de tales atrocidades, pero ¿quién puede decir, en tales circunstancias, si son ellos mejores testigos que los imaginativos novelistas?

Lo cierto es que Pétain hizo mucho por aliviar algunos de los más injustos e innecesarios sufrimientos de los soldados, aumentando los permisos, mejorando la comida, dando más color a los campamentos de descanso y eliminando algo de la inmundicia que rodeaba la vida del *poilu.* Lo más significativo, sin duda, es que puso fin a las absurdas campañas de Nivelle y sólo arriesgaba al ejército en acciones prudentes y limitadas. En cuanto a estrategia militar, Pétain era el polo opuesto de Nivelle. No le gustaba derrochar vidas humanas y consiguió que mejoraran las relaciones entre oficiales y soldados dentro del ejército. Personalmente, y sin descanso, visitaba compañía tras compañía, decía unas palabras de aliento, trataba de descubrir cuáles eran las quejas de los hombres y procuraba que, en la medida de lo posible, fueran atendidas. También tomó rápidas medidas para evitar que llegara al frente la propaganda impresa, aunque esto no se logró del todo sino cuando Georges Clemenceau fue designado primer ministro y se dedicó a encarcelar gente a diestra y siniestra.

Los esfuerzos combinados de Pétain y Clemenceau influyeron en la desaparición de los motines. Para fines de 1917 se había restablecido el orden en las filas del ejército fran-

cés, pero la vieja devoción por la causa de *la patrie* era cosa pasada. El *poilu* no recuperó su entusiasmo por la causa nacional, pero llegó a considerar los motines como algo que tampoco conducía a nada. No se nutre un movimiento de protesta sólo con la desesperación. Esta desesperación permanecía latente en las filas del ejército, pero los soldados ya no creían que el motín pudiera terminar con el poderío de los generales y de los políticos. Era imposible escapar de la brutalidad y los horrores de la guerra. El ejército francés retornó a la obediencia, pero lleno de rencor y de odio contra los jefes que lo habían traicionado.

Pétain y los generales percibieron este estado de ánimo. Sabían que no podían exigir más sacrificios al ejército. Adoptaron una nueva estrategia de defensa y abandonaron el programa ofensivo. Los generales aguardaron a que los americanos llegaran a los campos de batalla. Con ellos, la superioridad de los aliados era abrumadora. El ejército francés no avanzó de nuevo hasta el otoño de 1918, y eso con grandes precauciones, a pesar de que la máquina militar alemana estaba ya derrumbándose para entonces.

La herencia que dejaron los motines fue pesada y amarga. Lo que ocurrió en 1917 fue el comienzo de esa enfermedad cancerosa que se extendió por la sociedad francesa en los años 20 y 30: el rencor y la hostilidad del hombre de la calle hacia los políticos, la falta de fe en los destinos de Francia, el egoísmo y la insolidaridad que corrompieron la fibra moral del pueblo francés, haciéndole incapaz de resistir la embestida alemana de 1940.

Que no se estableciera ninguna diferencia entre la protesta y la revolución es una de las tragedias de la historia moderna de Rusia. Bajo la autocracia de los romanovs no era posible expresar el descontento por medios legales. Rígidos, estrechos de miras y probablemente paranoicos, los gobiernos zaristas relegaban a generación tras generación de rebeldes y críticos al papel de herejes y subversivos. Los zares consideraban que los disconformes debían ser eliminados como tumores cancerosos. De esta manera, los movimientos de protesta sólo podían nacer y desarrollarse en un clima de persecución e ilegalidad, donde la conspiración era el único recurso posible. El disentimiento pertenecía al bajo mundo y sus partidarios adquirían modos de pensamiento y acción propios de criminales y profetas, de proscritos y de redentores. Quienes se oponían al gobierno no podían verse a sí mismos como simples políticos de tendencias opuestas [1].

A mediados del siglo XIX la protesta rusa se manifestaba ya con su peculiar estilo apocalíptico. Con raras excepciones, los que deseaban reformar la sociedad rusa no aspiraban a un lento y progresivo mejoramiento del orden existente, sino

a su total destrucción. La inteliguentsia radical daba por sentado que una lucha a muerte era inevitable entre las fuerzas del absolutismo y las fuerzas de la revolución, que era imposible llegar a un compromiso entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas y que sería una guerra sin cuartel. El código de los radicales rusos llamaba a la lucha contra el gobierno y contra el orden de cosas reinante hasta derramar la última gota de sangre y hasta exhalar el último suspiro. Los radicales rusos insistían una y otra vez en la necesidad de destruir por completo la vieja sociedad como condición previa a la edificación de otra nueva. Alexander Herzen, el desilusionado aristócrata que fue uno de los iniciadores de la moderna tradición revolucionaria, escribió: «Nosotros no edificamos, sino que destruimos; no proclamamos una nueva revelación, sino que eliminamos las viejas mentiras.»

Desde el comienzo, muchos europeos notaron esta debilidad rusa por los extremismos, y el propio Karl Marx opinaba de ella, con un condescendiente encogimiento de hombros, que no era más que una tonta *gourmandise* intelectual. El que los intelectuales rusos siempre se decidieran por las ideas occidentales más extremas, le parecía a Marx prueba evidente del atraso político de Rusia. En ningún país, pensaba Marx, era más improbable una revolución comunista que en este enclave de despotismo y de superstición medievales.

La imagen popular de la protesta rusa era dostoyevskiana, es decir, medio demencial. El típico revolucionario ruso se identificaba con la figura del estudiante que habitaba en una buhardilla y se alimentaba de pan negro y de visiones calenturientas de zares asesinados. Si alguna vez asistía a las clases, lo hacía para disimular su verdadera vocación y, acaso, para organizar reuniones ilícitas entre sus compañeros e iniciarlos en el bajo mundo político. Lo más probable es que le hubieran expulsado ya de la Universidad, por haberle confiscado alguna octavilla clandestina cualquiera de sus profesores. Su vida se sumergía en un mundo fantástico de pasaportes falsos, de citas secretas con personas siniestras y barbudas, de notas escuetas escritas con tinta invisible y puestas en maletas de doble fondo, y de bombas dirigidas contra los vehículos de funcionarios gubernamentales. Cualquier día desaparecería de la circulación, traicionado por algún agente de la policía secreta disfrazado de estudiante, y moriría en

un calabozo o en su destierro de Siberia, sin que nadie le conociera o le llorara, a no ser, acaso, algún otro camarada que llevara la misma vida clandestina en otra buhardilla. Sin embargo sus camaradas revolucionarios no perderían mucho tiempo en lamentar su muerte, porque las personas tenían valor sólo mientras fueran útiles a la causa.

En la Rusia del siglo XIX, el arma principal de la protesta era el terror, del cual se servían los revolucionarios profesionales y también los 'negros', campesinos y trabajadores analfabetos e innominados, cuya desesperación culminaba en erupciones periódicas de rabia y frustración. La forma más característica de la protesta rusa seguía siendo la rebelión de los campesinos, que apenas sufrió cambios desde la Edad Media. Tras una pobre cosecha, o cuando el precio del pan subía hasta las nubes, o un terrateniente de mala índole se excedía en sus infamias, los campesinos se rebelaban, incendiaban la finca del magnate local y le asesinaban en venganza. Atacaban a las personas y a los edificios que eran símbolos directos de la opresión.

Los revolucionarios profesionales eran más exigentes. Eliminaban a los ministros en el poder y en una ocasión suprimieron al propio zar. Estos asesinatos se realizaban para vengar a los oprimidos y para que todos los tiranos futuros vieran el destino que les aguardaba. Desgraciadamente, esos recursos esporádicos a la violencia era todo lo que los campesinos y los revolucionarios tenían en común. El intelectual ruso amaba al 'pueblo' de manera abstracta, considerándolo custodio del alma rusa, ser inocente sometido a tortura y todavía sin contaminar por las ideas occidentales o por la bambolla aristocrática. Quería, con toda su alma, hacer algo por él. Pero entre la inteliguentsia militante y los 'negros' existía poco entendimiento y poca cooperación. El intelectual que asumía el carácter de misionero y educador de las masas tropezaba con la apatía o la sospecha de quienes pretendía dirigir. En la década de 1870 a 1880, cuando estaba más de moda entre los estudiantes este tipo de trabajo misional, muchas veces era el mismo pueblo, al que pretendían salvar, quien los denunciaba a la policía zarista como agitadores sospechosos.

La protesta rusa se caracterizaba por desafueros aislados y por su espíritu milenarista. Irónicamente, la convicción de que era imposible cambiar la estructura del gobierno en un futuro previsible dio pábulo a la idea, que se afirmaba cada

vez más a lo largo del siglo XIX, de que Rusia, de alguna manera, trazaría un atajo en la historia y desembocaría directamente del más cruel de los despotismos a un verdadero paraíso terrenal. La inteliguentsia rusa, con raras excepciones, envidiaba y despreciaba al mismo tiempo el tipo de sociedad y de gobierno de occidente. La mayor parte de los rusos, tanto los de izquierdas como los de derechas, opinaban que la Europa occidental sufría de aridez espiritual y de crudo materialismo, mientras que sus cacareadas libertades eran engañosas o, al menos, superficiales. Tanto el zar como sus súbditos más subversivos compartían la idea de que el destino de Rusia era sortear el republicanismo leguleyo de naciones como Francia.

Por aquel entonces, quienes buscaban un nuevo orden para Rusia ponían su fe en las personas más que en las instituciones. Los partidarios de la tradición anhelaban con todas sus fuerzas un zar sabio y cariñoso que restableciera la paz y la armonía entre sus hijos rebeldes y desgraciados. Los izquierdistas suspiraban por revolucionarios inflexibles, duros y omniscientes que guiaran al pueblo al otro lado de un sangriento río Jordán. Al no existir ningún mecanismo político que llevara gradualmente a la libertad y a la justicia, fue ganando adeptos, con fuerza irresistible, el culto a la revolución. 'La Revolución', al margen de su contenido programático —vago por lo general— parecía cuadrar con el carácter, a la vez inminente e infinitamente remoto, de las visiones apocalípticas. La inteliguentsia rusa, en su deseo de reformas, llegó a adoptar una visión maníaco-depresiva de la realidad. Se auguraba la revolución con tanta regularidad como en la Edad Media la segunda venida de Cristo, aunque en el año 1917 nada menos que Nikolai Lenin declaró con toda su autoridad que la revolución tardaría en llegar más años de los que él pudiera vivir.

Al ser tan peligrosa la oposición al régimen, Rusia tenía pocos revolucionarios ocasionales. Primero los terroristas, y después los organizadores marxistas del proletariado urbano, fueron marginados del orden social de manera inconcebible en occidente, donde el radicalismo político, por lo general, no aislaba por completo a los disidentes de la sociedad en que vivían, ni les imposibilitaba la educación universitaria, ni el acceso a puestos de trabajo, ni las oportunidades de casarse y tener una familia. Los revolucionarios occidentales no eran parias; escribían, hablaban, hacían labor de proselitismo y al

mismo tiempo vivían sus vidas privadas de manera semejante a la de cualquier otro ciudadano burgués. Si destacaban por lo dramático o animado de su personalidad, la sociedad respetable los aceptaba con frecuencia como divertidos aguijones del sistema. Y, con un poco de suerte, se convertían en celebridades, por cuyas «ideas avanzadas» se les buscaba con afán para que asistieran como destacados invitados a las cenas de gala o para que dieran conferencias. El anarquista ruso príncipe Pëtr Kropotkin en cierta medida fue, durante su estancia en la Europa occidental, el niño mimado de la aristocracia *fin du siècle,* la cual disfrutaba enormemente jugueteando con diversas ideas heréticas.

Por el contrario, el socialista o el populista ruso normalmente se veía obligado a la clandestinidad y a romper sus lazos con su vieja universidad, su trabajo y su círculo social. Muchas veces tenía que renunciar también a la familia, a no ser que estuviese dispuesta a entrar con él en el oscuro mundo de las conspiraciones. A veces, las circunstancias o algún factor fortuito obligaban a un joven a seguir el camino de la revolución.

Vladimir Ilich Ulianov, que más tarde se llamaría Lenin, era el hijo menor, serio y estudioso, de una respetable familia de educadores de provincia. Pero un día ejecutaron a su hermano mayor, Alejandro, por tomar parte en una conspiración para asesinar al zar. Vladimir, que por entonces terminaba sus estudios de bachillerato, había demostrado poco interés por la política y no sabía nada de las actividades a las que su hermano se estaba dedicando en San Petersburgo, a cientos de kilómetros de distancia. Pero una vez que arrestaron a Alexander, era inevitable que se concentraran sobre el hermano menor la sospecha y la hostilidad de las autoridades. Aunque, tras repetidas peticiones, Vladimir logró que se le admitiera en un colegio de leyes, las autoridades le expulsaron en cuanto hallaron el más mínimo pretexto. Excluido de la universidad, y por lo tanto de cualquier carrera útil, el joven se dedicó a jugar al ajedrez y a leer a Karl Marx. Apenas hubiera podido hacer otra cosa. Su madre escribió al ministro de Educación para decirle cómo sufría al ver que su hijo no podía hacer uso de los mejores años de su vida. La experiencia de Lenin se repitió cientos de veces en Rusia, donde el simple hecho de que un joven fraternizara inocentemente con cualquier persona sospechosa o manifestara la más mínima simpatía de adolescente hacia las ideas socialistas era

motivo suficiente para marcarle para toda su vida y para alejarlo más y más del seno de la sociedad respetable.

La policía zarista no ignoraba que las universidades y liceos de Rusia eran semilleros de sedición y recurría a las medidas represivas para callar la rebeldía intelectual. Aunque tales medidas no solucionaban nada, como se demostraba continuamente, las autoridades se empeñaban en enfrentarse al desasosiego universitario prohibiendo los libros subversivos y realizando constantes labores de limpieza entre los profesores y alumnos que mostraran cualquier síntoma de desviación política. El número de obras prohibidas en estas instituciones de enseñanza superior asombra y desconcierta a cualquier occidental, acostumbrado a leer lo que le place. Se consideraba que eran demasiado provocativos los pensadores occidentales clásicos como John Stuart Mill, Charles Darwin y Víctor Hugo, y no digamos los escritores socialistas, aunque fueran de lo más utópico e inofensivo. Los estudiantes, por supuesto, se las arreglaban para leer; muchas veces las obras prohibidas se copiaban laboriosamente a mano y así circulaban entre los muchachos. Las autoridades escolares tenían la orden de registrar sin desmayo los maletines de los estudiantes y hasta los bolsillos, pero las obras prohibidas seguían circulando. En la década de los 90, cuando la mayor parte de los que harían la revolución de 1917 eran aún niños, la represión en las universidades fue particularmente severa. Muchos profesores liberales y progresistas fueron despojados de sus cargos y las huelgas estudiantiles contra la intervención del gobierno en las aulas y en los dormitorios alcanzaron proporciones alarmantes. Se registraron muchos casos de violencia.

Pocos años antes de que el joven Iosif Stalin ingresara en un seminario de Georgia, los estudiantes habían asesinado a su director. Huelga decir que este hecho provocó expulsiones en masa y que el seminario estuvo cerrado muchos meses. Cuando llegó Stalin, los estudiantes expulsados eran ya héroes y autoridades morales para la inmediata generación estudiantil. Los rectores del centro estaban obsesionados con la vigilancia; los estudiantes se mostraban adustos, amargados, preteridos. Se les organizaba cuidadosamente su tiempo libre y se les vigilaba como criminales en potencia, cosa que, en realidad, eran algunos de ellos. No importaba que muchos estudiaran con becas del gobierno; casi sin excepción, todos aborrecían la escuela que les amargaba la vida con mil y una

reglamentaciones y que les negaba el derecho a estudiar lo que era vital y estimulante en la vida intelectual de Europa.

De tales proporciones era el fermento universitario, que los reos políticos sentenciados al exilio recibían muchas veces la orden de mantenerse lejos de las ciudades universitarias. Probablemente los estudiantes constituían en los años 90 la clase más descontenta de Rusia. No es extraño que las universidades y las escuelas técnicas fueran los principales lugares de reclutamiento de los revolucionarios. Como eran pocos los hijos de campesinos o trabajadores (Stalin era una excepción) que pudieran aspirar a la educación superior, la mayor parte de las termitas políticas procedían de la clase media e incluso de la nobleza. Como sucede con los estudiantes de todas partes, eran muy sensibles a sus privilegios de clase y sentían el atractivo de doctrinas prometedoras de mejor trato para el común del pueblo. Lenin hizo de la necesidad virtud al declararse partidario de un cuadro pequeño y muy centralizado de expertos en política como piedra angular del partido revolucionario; en su generación era un trabajo fácil, casi automático, reclutar prosélitos entre la inteligentsia, mientras que atraer, educar y entrenar a los trabajadores para la revolución constituía una labor sumamente lenta y difícil.

Imposibilitados para vivir en sociedad, muchas veces desligados de sus familias indignadas (o simpatizantes, pero temerosas) los jóvenes herejes formaban una subcultura especial. Rendían culto al sacrificio personal, al heroísmo y se entregaban al 'ideal', a la 'causa', en cuerpo y alma. Sentían el orgullo de soportar la más extrema miseria material y la soledad áspera y constante. Que les despreciara el mundo respetable constituía para ellos un honor, la prueba de su dedicación absoluta a la causa. Muchas veces su vida era de un ascetismo monástico. Esto era así entre los marxistas de principios de siglo, como lo fue entre los populistas, de temperamento más emotivo, que fueron los principales agitadores del campesinado en las décadas del 70 y del 80. El novelista ruso Ivan Turguenev, que se sentía fascinado por la mentalidad de estos intelectuales *déclassés,* describió en *El Umbral* una ceremonia de iniciación en el movimiento revolucionario clandestino, como un acto impresionante al alcance sólo de los fuertes:

—Tú, que deseas cruzar el umbral, ¿sabes lo que te espera?
—Sí —replicó la muchacha.

—Frío, hambre, odio, escarnio, desprecio, atropellos, cárcel, enfermedades y muerte.
—Lo sé, no me importa, aguantaré todos los golpes.
—No sólo de los enemigos..., también de los parientes, de los amigos.
—Sí, también de ellos.
—¿Cometerías un crimen?
—Sin dudarlo.
—¿Sabes que puedes desilusionarte, descubrir que te has equivocado y que has arruinado en vano tu juventud?
—Lo sé.
—¡Entra!
La joven cruzó el umbral y una pesada cortina cayó tras ella. ¡Estúpida!, dijo alguien rechinando los dientes. ¡Santa!, murmuró otro a modo de respuesta [2].

Aunque Lenin tenía poco en común con los estúpidos o los santos y no hubiera comulgado con la actitud nihilista de la joven revolucionaria de Turguenev, su dedicación era absoluta. Uno de los antiguos aliados de Lenin manifestó en cierta ocasión que la ascendencia de éste sobre sus compañeros bolcheviques se debía al hecho de que, más que a cualquiera de ellos, la revolución le ocupaba las veinticuatro horas del día; el propio Lenin se impuso la disciplina de no pensar en otra cosa más que en la revolución y, cuando soñaba por la noche, sus sueños eran revolucionarios. Máximo Gorki recordaba que Lenin, a quien encantaba la música clásica, no se daba el gusto de escucharla porque «uno se siente inclinado a decir bobaditas y a acariciar la cabeza de la gente que crea tales bellezas» [3]. Semejante conducta no cabía en un revolucionario cuya energía había de consumirse asestando golpes, no haciendo caricias.

Los revolucionarios consagrados a la causa, como Lenin, tenían que conservar a toda costa, y mimar, su aislamiento, su sentimiento de lejanía y alienación con respecto a los valores y experiencias del resto de la gente. Leon Trotski, al recordar la estancia de Lenin en Londres, dice que en cierta ocasión en que Lenin le sirvió de guía para mostrarle los lugares principales y los tesoros artísticos de la ciudad, siempre añadía: «son de ellos». «Esta es la catedral de Westminster, de ellos», decía, refiriéndose no a los ingleses, sino a la clase en el poder a la cual combatía.

Su aislamiento y su escaso número, aunque con frecuencia motivo de orgullo para la grey revolucionaria, eran también factores de profunda aflicción. Muchas veces existía entre los

revolucionarios y sus compatriotas una separación física además de espiritual. Muchos líderes de la inteliguentsia revolucionaria rusa vivieron en exilio permanente en Ginebra, Londres y Bruselas hasta que la revolución de febrero de 1917 les posibilitó el regreso. Georgi Plejánov, que había enseñado marxismo a toda una generación de activistas rusos, huyó de su tierra en 1880 y no la volvió a pisar hasta 1917. Cuando paseaba en bote, en Ginebra, con su pequeño grupo de discípulos, les aconsejaba: «Tened cuidado; si nos ahogamos, muere con nosotros el socialismo ruso» [4].

Lo que sobre todo necesitaban los revolucionarios era entrar en contacto con el pueblo ruso. La razón de que el marxismo se convirtiera tan rápidamente en el credo dominante de los descontentos era su dependencia de las clases trabajadoras para llevar a efecto la tan deseada revolución. Aunque Rusia fue, hasta bien entrado el siglo XX un país eminentemente campesino, ya para la década de 1890 la inteliguentsia había perdido la esperanza de lograr la radicalización de los antiguos siervos. La sumisión de las masas campesinas era tan desmoralizadora para los revolucionarios, que éstos tuvieron que aplaudir en ocasiones los *pogroms* antijudíos que estallaban con regularidad en Rusia. Después de todo, aunque el fanatismo religioso causante de tales *pogroms* fuera criticable, demostraba por otra parte que era capaz de producir estallidos de violencia popular, lo cual demostraba a su vez que el pueblo era capaz de sacudirse su letargo.

La indiferencia de los trabajores rusos por Marx y Engels desesperaba a Lenin y a los demás ideólogos de la revolución. En los primeros años del siglo XX la mejor manera de excitar al campesinado para que ocupara la tierra y atentara contra los terratenientes locales y los funcionarios del gobierno era decirle que tales hechos tenían la bendición del zar. Aunque en la década de 1890 eran ya corrientes las huelgas industriales en Rusia, donde las fábricas y los ferrocarriles se multiplicaban con extraordinaria rapidez, los trabajadores demostraban una desoladora tendencia a actuar al margen de sus mentores revolucionarios. Por lo general sus peticiones eran de carácter laboral y, como los trabajadores de occidente, querían mayor salario y menos horas de trabajo. Con cortesía pero con firmeza manifestaban a sus amigos intelectuales que su ayuda sólo serviría para que la policía interviniera. ¿Cómo podría evitarse que el proletariado se contagiara de la men-

talidad sindicalista, la cual socavaba muy rápidamente en occidente las enseñanzas revolucionarias del marxismo?

Los marxistas creyeron haber encontrado la solución a este dilema cambiando de táctica y, en vez de dedicarse a la propaganda (es decir, a la lenta y trabajosa educación de los obreros en los círculos de estudio marxistas) se sumaron a la agitación. Lenin y sus amigos pensaban que las exigencias de los trabajadores, aunque se limitaran a insignificantes reivindaciones de tipo material, merecían el apoyo de los revolucionarios, si es que éstos no querían verse marginados y solos. Abrigaban la esperanza de que al plantearse la confrontación entre los trabajadores y el gobierno, cuando éste suprimiese las huelgas, el proletariado abriría los ojos al verdadero carácter del Estado. De esta manera, Lenin fiaba su juego al rufianismo político del gobierno zarista, a su brutalidad y a su recurso torpe de tácticas de matones atemorizados. Para educar a los trabajadores rusos, las confrontaciones violentas y sangrientas entre el pueblo y la policía serían mucho más útiles que cualquier ejemplar del *Iskra* (periódico revolucionario de Lenin, que apareció por primera vez en 1900).

A comienzos de 1905, un acontecimiento demostró la astucia de Lenin y la solidez de su razonamiento al pensar que el gobierno sería víctima miserable de sus propios reflejos represivos. El «Domingo Sangriento» horrorizó a la opinión pública del mundo entero y, como dijo Lenin, «la educación revolucionaria del proletariado ha hecho más progresos en un día que lo que hubiera conseguido en meses y años de existencia mísera, monótona y gris» [5]. La manifestación de masas que desembocó en este baño de sangre altamente aleccionador reveló muchos de los rasgos característicos de la protesta rusa, a caballo entre viejas y nuevas tradiciones. Con todo, los ingredientes del «Domingo Sangriento» parecían poco prometedores desde el punto de vista de los socialistas «científicos» inflexibles como Lenin.

El domingo 22 de enero de 1905, 200.000 trabajadores de San Petersburgo salieron a la calle con sus esposas y familias y marcharon en gigantesca manifestación al Palacio de Invierno para exponerle sus quejas al zar Nicolás II. Se trataba, ciertamente, de la mayor concentración de gente nunca vista hasta entonces en las calles de San Petersburgo, pero no había nada de amenazador en la actitud de los manifestantes. No iba en cabeza ningún bolchevique energúmeno, sino un sacerdote campesino con la sotana puesta y con un crucifijo

en las manos. Al avanzar lentamente por el centro de la ciudad, lleno de nieve, la enorme multiud cantaba himnos y portaba iconos religiosos. Los trabajadores de San Petersburgo deseaban entregarle una petición a su zar. Como si fueran campesinos medievales, querían exponer sus cuitas a los pies del hombre a quien creían fuente de justicia y de sapiencia y quien, al enterarse de los sufrimientos de su pueblo, dirigiría su terrible puño contra la burocracia, los terratenientes y los capitalistas opresores. Las estrofas del himno nacional ruso brotaban una y otra vez de la muchedumbre. Era un peregrinaje, ingenuo y sincero, de fe y esperanza. Con arreglo a los planes trazados de antemano, los manifestantes se arrodillarían ante el palacio mientras su portavoz, el padre George Gapon, entregaba al zar la petición del pueblo. Esta lista de demandas no revelaba conciencia de clase, sino una súplica dolida. El espíritu militante y la humildad piadosa se manifestaban en una mezcla incongruente de modernidad y medievalismo.

«Oh, señor», comenzaba el documento, con un saludo que tenía poco de desafiante o de espíritu igualitario,

> nosotros, trabajadores de San Petersburgo, nuestras mujeres, hijos y padres, hombres y mujeres ancianos y desvalidos, recurrimos a vos, nuestro soberano, en solicitud de justicia y protección. Vivimos en la miseria, se nos oprime y se nos recarga de trabajo; se nos insulta, no se nos considera como seres humanos sino que nos tratan como esclavos que deben sufrir en silencio su negra suerte. Carecemos de fuerza, ¡oh soberano! Pero nuestra paciencia se agota y nos acercamos a ese terrible momento en que la muerte es preferible a tanto sufrimiento intolerable...[6]

Con este lenguaje de inspiración bíblica solicitaban una serie de privilegios políticos y económicos, que cualquier partido político occidental *de inclinaciones progresivas* hubiera buscado por medio de una convención constitucional. Las peticiones incluían un parlamento elegido por sufragio universal y secreto, un impuesto progresivo sobre la renta, créditos asequibles, educación general y obligatoria, libertad de prensa y cosas por el estilo. El programa que se delineaba en el documento ofrecía un tremendo contraste con su lenguaje y sus motivaciones psicológicas. Su tono sugería que el pueblo de San Petersburgo buscaba nada menos que la remisión de todos los pecados de Adán y el traslado inmediato a la otra orilla del Jordán. El anhelo campesino de disfrutar de libertad

y de poner fin a la miseria humana era tan espontáneo y tan poco «político» como el que inspiró los cánticos espirituales de los negros del siglo diecinueve en los Estados Unidos; con la diferencia de que los esclavos que cantaban: «Uno de estos días voy a contarle a Dios cómo me tratas ¡aleluya!» confiaban sus cuitas a una figura más idónea que el zar de Rusia.

El documento terminaba con una declaración de cómo reaccionaría el pueblo si el zar no atendiera a las palabras de sus súbditos. No amenazaba con huelgas, ni con agitaciones, ni con barricadas ni rebeldías, sino con un nuevo sacrificio de inspiración cristiana:

> ... si Vos no escucháis nuestros ruegos, moriremos aquí en la plaza, frente a vuestro palacio... Que nuestras vidas sean un sacrificio por la Rusia doliente. Lo ofreceremos voluntariamente, sin regatearlo.

Para los socialistas científicos debió ser más descorazonador todavía el origen del impulso organizador de aquella multitud reverente y lacrimosa: la manifestación fue el producto final de lo que podría llamarse «socialismo policíaco», aunque indudablemente, se pasó un poco de los límites previstos por sus inspiradores. El padre Gapon, el hombre que aquel domingo encabezó al pueblo de San Peterbursgo, era un predicador popular a quien los oficiales zaristas reclutaron para que organizara la «Asamblea de Trabajadores Industriales de San Petersburgo», con la cual se pretendía ahogar la inquietud política y económica en un baño de piedad. La idea tras la Asamblea fue promover actividades educativas y de ayuda entre los trabajadores a fin de contrarrestar la labor de los agitadores socialistas. La policía ayudó a Gapon en su tarea de facilitar a sus trabajadores clubes sociales, salas de té, conciertos y conferencias, todo ello para tenerlos contentos y obedientes. Tales «sindicatos», patrocinados por el Estado con el único fin de neutralizar las quejas de los obreros y de canalizar sus energías en actividades poco peligrosas, fueron, por supuesto, la pesadilla de todos los socialistas revolucionarios desde la Alemania de Bismarck hasta la propia Rusia.

Fue una desgracia para el gobierno del zar que al padre Gapon se le subiera a la cabeza su papel de redentor de los menesterosos y oprimidos porque, para 1905, nadie estaba seguro, y él menos que nadie, si trabajaba para reforzar o para

subvertir al viejo régimen. Sinceramente piadoso y entregado a la idea del zar como padrecito de su pueblo, Gapon se dejaba llevar también por un ideal anárquico, casi religioso, de conmiseración ante la dura suerte de los trabajadores de San Petersburgo. La marcha al Palacio de Invierno fue idea suya. Gapon había notificado a las autoridades, insistiendo en la naturaleza pacífica de la manifestación. Y se llevó a efecto cuando las huelgas y los paros estallaban por toda Rusia y se agudizaba el descontento en todas las clases sociales a causa de la torpe agresión de Rusia en la guerra con el Japón. Unas pocas muestras de buena voluntad por parte del gobierno hubiera convertido la marcha en un festival de acción de gracias y de fervor patriótico.

Por desgracia, el zar Nicolás II despreciaba el juego de las relaciones públicas y aquel día se hallaba de vacaciones fuera de la ciudad. Los trabajadores formaron en cinco columnas ante el Palacio de Invierno para que el zar les diera la bienvenida, les bendijese y les tranquilizara. El Ministro del Interior había ordenado el despliegue de tropas especiales, porque el gran número de manifestantes era ya de por sí amenazador. Presa de temor y de alarma ante aquella marea humana, la guarnición reaccionó como de costumbre: disparó contra la multitud. Al instante estalló una espantosa barahúnda. La muchedumbre era una masa demasiado compacta, incapaz de dispersarse o de retirarse. Los caballos de los soldados se abalanzaron contra el gentío para completar la obra de las balas, y el padre Gapon relató haber visto «hombres, mujeres y niños que caían como leños al suelo, al tiempo que el aire se llenaba de quejidos, gritos y maldiciones» [7]. En total hubo cientos de muertos y de heridos. El «Domingo Sangriento» destruyó para siempre las ilusiones y las esperanzas de los trabajadores de que las reformas podían conseguirse, si se apelaba a la conciencia de la autocracia.

La matanzan produjo una oleada de protestas y de peticiones en favor de la reforma constitucional entre los liberales de las clases media y alta. Los trabajadores de la capital constituyeron el Soviet de San Petersburgo de Delegados Obreros, en clara oposición a todos los demás elementos de la ciudad; los disturbios agrarios se extendían por todo el país; y las fuerzas armadas se enfrentaban a peligrosas disensiones. Todo ello trajo como resultado el Manifiesto de Octubre por el cual el zar garantizaba las libertades civiles básicas y consentía en el establecimiento de una asamblea le-

gislativa, la Duma del Estado, que representaría a todo el pueblo.

Al final, las fuerzas leales restablecieron el orden. El Soviet funcionó unos pocos meses pero quedó diezmado tras el arresto de sus trescientos miembros principales. La Duma llevó una vida lánguida durante doce años. Aunque los diputados de diferentes partidos políticos rusos contendían entre sí hasta paralizarla, el gobierno legisló al margen de ella e impuso las reformas que se le antojaron. La prosperidad económica insuflaba en el régimen la ilusión de que era inmortal. Los que pretendían utilizar la Duma como instrumento para asegurar el arraigo de un pobierno responsable se agotaban en un incesante e inútil debatir. Tan pronto como Rusia entró en la primera guerra mundial, la carga sin precedentes que tuvo que sufrir su economía subdesarrollada y la incompetencia administrativa acabaron con todas las ilusiones que se pudieran abrigar sobre la perpetuidad del régimen.

Bajo las tensiones de la Gran Bretaña, Rusia comenzó a desintegrarse. Para 1916 el comercio, la industria y el ejército llevaban camino de paralizarse rápidamente y la oposición al régimen se enconaba de nuevo. Los desastres militares habían cerrado los puertos vitales del Báltico y de los Dardanelos impidiendo al país que importara productos esenciales como el carbón, el petróleo, el hierro y el algodón. El sistema de transportes demostró su ineficacia absoluta para mover tropas, material de guerra y víveres. La movilización de los campesinos produjo una aguda escasez de mano de obra en todo el país. A los agricultores les era imposible obtener fertilizantes y las herramientas más elementales. Se redujeron las zonas bajo cultivo, signo seguro de graves dislocaciones económicas. En todas las ciudades principales la gente comenzó a hacer cola en las panaderías, pero muchas veces sin ningún resultado: los molinos harineros operaban tan sólo al cuarenta por ciento de su capacidad. El precio de la leche, del pan y del azúcar estaban por las nubes.

En octubre de 1916 la policía secreta informó al zar que el pueblo se encontraba al borde de la desesperación. Frente a este derrumbamiento de la productividad nacional, se extendieron las huelgas, los paros y los desórdenes a pesar de las severas medidas de represión de las autoridades. Muchas industrias fueron puestas bajo la ley marcial y los huelguistas podían ser objeto de arresto y de deportación al frente. Sin

embargo, la agitación popular aumentaba. En 1915 estallaron mil huelgas en las fábricas de Rusia. En 1916 se registraron 1.500, y en los dos primeros meses de 1917 amenazaban con superar ese número. Especialmente en Petrogrado (como se rebautizó a San Petersburgo en 1914 en lo más intenso del sentimiento antialemán) era rara la semana en que los obreros de alguna fábrica no estaban en la calle.

Ante esta sucesión cada vez más rápida de desastres, los jefes de la Duma rogaron al zar que se estableciera un gobierno capaz de ganarse la confianza del pueblo y que ellos, sus delegados, tuvieran más libertad para poder trabajar con eficacia en el esfuerzo bélico de la nación. Todas sus súplicas fueron rechazadas. El zar disimulaba malamente —aunque no así la zarina—, el profundo desprecio que le merecían aquellos arrogantes entrometidos que intentaban coartar las prerrogativas reales. A la presión popular a favor de un ejército más eficaz, Nicolás respondió nombrándose jefe supremo de sus tropas. Los ministros que simpatizaban con la Duma fueron destituidos y dóciles nulidades ocuparon su lugar. Un ministro francés que visitó Rusia en la primavera de 1916 se burlaba de la confianza en sí mismo que demostraba el gobierno al tener un Primer Ministro que era un 'desastre' y un Ministro de la Guerra que era una 'catástrofe' [8].

El zar, a quien bombardeaban de todas partes con demandas de reformas, seguía considerándose un hombre dotado con la paciencia de Job para poder aguantar tantas idioteces. A todas las peticiones que se le formulaban para que estableciera una constitución y un gobierno racional, Nicolás reiteraba con necia vanidad que su deber sagrado era entregarle el poder absoluto a su hijo sin merma alguna. Ni Nicolás, ni su esposa Alejandra, nacida en Alemania, se distinguían por su sagacidad; además, los dos eran propensos a sumergirse en fantasías semirreligiosas, en supersticiones y en prejuicios que creían sancionados por la autoridad divina. Trotski escribió de Nicolás que «entre su mente y su época se alzaba algo transparente pero absolutamente impenetrable» [9]. La insistencia de Nicolás en la inviolabilidad de su poder tenía la agravante de su falta básica de interés en los problemas de gobierno. Sólo los placeres dulzones de la vida doméstica y un sentimentalismo romántico y de confusa religiosidad eran capaces de conmoverle. Mientras toda Rusia hervía de rabia y desesperación, el zar se preocupaba de ano-

tar en su diario: «Durante el paseo maté dos cuervos... Tomé té a la luz del día... Me bañé dos veces. Hacía mucho calor... Fui remando en una canoa». Una especie de insulso fatalismo era la única respuesta del trono a las catástrofes militares y económicas. La zarina, que escribía cartas a su marido llamándose «la tontina de tu mujercita» se encrespaba como un pavo ofendido ante la impertinencia de quienes se atrevían a interrumpir su felicidad doméstica. «¡Cuánto me gustaría apalear a casi todos los ministros!» escribió en cierta ocasión a su marido.

Lo raro no es que llegara la revolución de febrero; lo extraño es que no se produjese mucho antes. El denominado Bloque Progresivo de liberales y capitalistas dentro de la Duma exhortaba al zar para que realizara las reformas. Temían que los 'negros' se rebelaran. Incluso los más encopetados miembros de la nobleza gustaban de predecir en privado la caída del zarismo. El odio que inspiraba la pareja real se hizo casi patológico. Los rumores populares aseguraban que los zares estaban en contacto con agentes alemanes para socavar el esfuerzo bélico ruso. Entre funcionarios de elevado rango y entre personalidades civiles se discutió seriamente el asesinato de la pareja, lo que acaso revelaba lo innato de la mentalidad terrorista en todas las clases sociales. Sin embargo, los diputados de la Duma mostraban una increíble desgana por todo lo que no fuera hablar; el pesimismo los tenía aletargados.

A mediados de febrero se produjeron desórdenes en las calles, ante los cuales todo el mundo se puso a temblar. Comenzaron, como de costumbre, en la capital. El 23 de febrero unos cuantos cientos de hombres y mujeres se lanzaron a la calle cantando la 'Marsellesa' y pidiendo a gritos pan y el cese de la guerra. Algunas escaramuzas sin importancia estallaron entre los manifestantes y la policía y los cosacos, encargados de mantener el orden. Pero al día siguiente por lo menos la mitad de la población obrera se declaró en huelga. Los trabajadores se mezclaron audazmente con los cosacos de la caballería e intentaron fraternizar con ellos. Al otro día los soldados se unieron al pueblo en las calles, el paro se generalizó en la ciudad y rumores alarmantes llegaron al general S. S. Jabalov, que estaba al mando de la capital: los soldados de la guarnición se amotinaban. Hombres y mujeres se acercaban a los soldados, arrimándose peligrosamente a las bayonetas, e instaban y rogaban a los

militares que abandonaran las armas. Titubeante y desconcertado, un soldado vacilaba y lentamente levantaba la bayoneta sobre su cabeza. Al instante la multitud jubilosa le abrazaba, le vitoreaba y le llevaba en hombros. En la noche del 26 de febrero, una compañía de la Guardia Imperial, el cuerpo de elite del propio zar, se amotinó. Al día siguiente Jabalov telegrafió al gobierno un conciso mensaje en el que se declaraba impotente para restabecer el orden en la capital.

En la Duma, el pánico se apoderó de los diputados. Como no tenían la costumbre de gobernar, y ni siquiera la de asumir responsabilidades por pequeñas que fuesen, los diputados no se atrevieron a hacerse cargo de la agitación en las calles. M. V. Rodzianko, presidente de la Duma, telegrafió al zar: «Anarquía en la capital... el gobierno, paralizado... tiroteos en las calles... desorganización completa en los suministros de víveres y combustibles... crece el descontento general». El zar, por una vez, obró con decisión y prontitud: suspendió las sesiones de la Duma. Rodzianko se declaraba lastimosamente contra lo inevitable: «No soy un rebelde». decía. «No quiero saber nada de revueltas... No soy un revolucionario... No me alzaré contra el poder supremo. No quiero hacerlo.» El pobre hombre, trastornado por completo, despachó otro telegrama al zar. «La situación se agrava» manifestaba. «Urgen medidas inmediatas. Mañana será demasiado tarde». El zar perdía la paciencia con aquellos tediosos informes que anunciaban desastres inminentes. Y, en verdad, los diputados habían estado atosigándole con falsas alarmas desde el mismo momento en que subió al trono. «Este gordinflón de Rodzianko» dijo, «me ha vuelto a decir una serie de imbecilidades, a las que ni siquiera pienso responder» [10].

La Duma, en un arrebato de osadía, decidió no desbandarse. Le aterrorizaban aquellos 25.000 soldados amotinados que hablaban amenazadoramente de otro tipo de gobierno, si la Duma no tomaba resoluciones inmediatas. Sin embargo, el íntimo deseo de los diputados era que la revolución terminara. El 2 de marzo consiguieron que Nicolás II abdicase, pero los diputados albergaban la esperanza de salvar la dinastía. Pidieron al hermano del zar, el Gran Duque Miguel Alexandrovich, que impusiera en la ciudad la dictadura militar. Y sólo cuando se negó a complacerles se erigieron en el nuevo 'gobierno provisional' de Rusia. Ya ese nombre indicaba lo

poco que les agradaba asumir las nuevas responsabilidades, y el fervoroso deseo de escapar a su suerte.

Dentro de la Duma el idealismo, el afán de libertad —de derechos civiles y constitucionales— que por lo general animan a los parlamentos revolucionarios, brillaban por su ausencia. Los Cadetes, partido predominante en la Duma, y sus aliados dentro del Bloque Progresista habían hablado con mucha elocuencia en los tiempos anteriores a la guerra de las libertades civiles, de ministros responsables y de libertad de prensa. Pero cuando las turbas se lanzaron a la calle, se echaron a temblar. Bajo la presión de los acontecimientos, en el momento de la crisis suprema de febrero, se relegaron al olvido los deseos de libertad. El afán de mantener el orden distraía de la revolución a los jefes de la Duma. Los parlamentarios actuaban sólo cuando los alborotos callejeros les obligaban. Su nuevo poder no les producía satisfacción alguna. Se zafaron de su misión de hacer de Rusia una república, y en aquellas horas críticas no consideraban esta tarea un espléndido derecho y privilegio, sino un fastidioso deber impuesto por una fatalidad maligna.

Sin embargo, los 'negros' fueron tan ingenuos que hasta se alegraron. La libertad no podía darles pan ni tierra pero durante algún tiempo resultó un sustituto dietético aceptable. Aunque bajo el Gobierno provisional las colas del pan en las ciudades se hacían cada vez más largas y las raciones más cortas, los periódicos abundaban y eran baratos. Todas las facciones políticas, todos los intereses, todos los excéntricos aprovecharon la oportunidad para discutir, hacerse propaganda y disertar. John Reed, reportero americano que se hallaba por entonces en Rusia, relató que «cada día, toneladas, coches y vagones repletos de literatura» saturaban el país. En cada esquina, en cada compartimiento de tren, en cada taller, en cada colegio, en cada cuartel la gente se enzarzaba en discusiones públicas. Los soldados del frente, sin botas y sin apenas comida, asediaban a los visitantes con una insólita pregunta: «¿Trae usted algo que leer?» [11]

El nuevo gobierno se hizo cargo de sus funciones bajo la aprobación unánime de la población. En Petrogrado los trabajadores bailaban por las calles al recibir la noticia de la abdicación del zar. A una parte de la guarnición de la ciudad se le concedió permiso para llevar la buena nueva a las provincias. En la capital se enarbolaban banderas rojas y se entonaban cánticos revolucionarios como si se tratara de vi-

llancicos. Al nuevo régimen le costó semanas establecer su autoridad en las regiones más remotas: hasta tal punto se habían dislocado los transportes y las comunicaciones.

El nuevo gobierno, que consistía en su mayor parte en liberales de la Duma, con Alexander Kerensky como único miembro socialista, en seguida comenzó a legislar. Y trabajó con tanto ahínco, que en dos meses todo su programa legislativo se puso en ejecución... y se consumió. Se concedió una generosa amnistía política a todo el mundo, incluyendo tanto a la extrema derecha como a la extrema izquierda. Fueron abolidos la pena capital y el destierro a Siberia, lo mismo que todas las discriminaciones legales por razones de religión, raza u origen nacional. Se proclamaron inviolables las libertades de prensa, de palabra y de reunión. Se revisó el código militar y se concedió a los soldados las mismas libertades personales que iban a disfrutar los civiles. Se impuso por ley el día laboral de ocho horas. Y realmente, todos los beneficios del liberalismo occidental cayeron como un chaparrón sobre los recién emancipados hijos del zar. Lenin dijo que Rusia, en los meses posteriores a la revolución de febrero, fue el país más libre del mundo. Pero una cosa era despojarse de los anacrónicos grilletes del viejo régimen y otra muy distinta gobernar una nación que andaba dando tumbos en una guerra aniquiladora. Una vez que fueron barridos todos los vestigios del zarismo, el nuevo gobierno vaciló.

El problema estaba, por supuesto, en que las reformas eran por completo inadecuadas para satisfacer las más urgentes necesidades del pueblo. No facilitaban tierras, semillas o herramientas a los campesinos. No resolvían el problema de transportar el pan a las ciudades y al frente. Los atascos en el sistema de distribución eran cada vez más graves y el costo de la vida no dejaba de subir, sin que disminuyera la escasez, crítica en la industria, de combustible, de mano de obra y de materias primas. Además, la revolución fue, en gran parte de Rusia, la señal para que cada quien hiciera de su capa un sayo. Los campesinos veían la instalación del nuevo gobierno como una especie de carta blanca para ajustar las cuentas con los propietarios. Los soldados, al amparo de sus flamantes libertades, abandonaban sus unidades en número creciente. En vista de que el gobierno no sabía mandar, todas las facciones comenzaron en Rusia a tirar cada una por su lado.

El Gobierno provisional no acaba de decidirse a poner término a la guerra. ¿Cómo hacerlo, si la Revolución de Fe-

brero incluía a elementos de una campaña patriótica enderezada a arrojar del país al zar, de quien se sospechaba que intrigaba con sus colegas autócratas, los Hohenzollern de Alemania, enemigos de Rusia? Por el contrario, en cuanto se hizo cargo del poder, el nuevo gobierno aseguró a sus aliados que continuaría la guerra con renovado vigor. En los círculos gubernamentales se llegó a creer, aunque por poco tiempo, que el ejército ruso se revitalizaría de pronto, como los ejércitos de Francia después de la Revolución Francesa, porque ahora pelearía como un ejército popular y democrático por la libertad nacional. Los políticos pretendieron ignorar que incluso los ejércitos democráticos necesitan botas, además de aliento, para poder triunfar.

El Gobierno provisional era incapaz de resolver la crisis industrial del país. No podía construir las vías férreas necesarias ni decretar sencillamente la existencia de la industria pesada. Estaba claro que de seguir Rusia en la guerra tendría que implantar un rígido control de sus recursos y de su mano de obra, si no quería verse abocada a un desastre militar. Pero, mientras que en Francia y en Inglaterra se imponían métodos cada vez más coercitivos y controles oficiales cada vez más rigidos a la economía nacional para lograr un máximo de producción conforme avanzaba la primera guerra mundial, Rusia se lanzó alegremente a un tipo de democracias caracterizada por el *laissez-faire* más extremo. De pronto, a lo largo y a lo ancho del país, en cuarteles y fábricas, era preciso que todo se sometiera a votación antes de que los engranajes echaran a rodar. En el seno del Gobierno, los demócratas recién emancipados no estaban muy seguros de cuáles eran sus atribuciones y por lo tanto sentían pocos deseos de mandar, de dictar, de decretar, de poner las cosas en su sitio. Esta excesiva reticencia daba a los elementos hostiles de la derecha y de la izquierda un margen ilimitado para atacar al Gobierno y para ponerlo en entredicho a cada vacilación, a cada demora, a cada promesa incumplida, a cada contradicción. De esta manera, se le juzgaba constantemente ante el pueblo ruso. Los ministros del zar demostraron cumplidamente que la corrupción y la incompetencia no ganan las guerras, pero también se demostró que tampoco las ganan las democracias puntillosas. El Gobierno provisional estaba atrapado entre su sincero deseo de ser lo más tolerante, liberal y democrático posible y la necesidad pragmá-

tica de imponer a la nación, sin miramientos, un sistema eficaz para poder proseguir la guerra.

Rusia sufría un exceso de democracia y el inconveniente de que el pueblo estaba sólo parcialmente representado en la Duma. Los trabajadores industriales de la capital, y cada vez en mayor número el ejército campesino ruso, se sometían a las directivas de sus propios órganos políticos: los soviets. Reactivados en los primeros días de la revolución de febrero, estos organismos, que no eran parlamentos ni sindicatos, funcionaron como una especie de gobierno alternativo en los melancólicos meses en que el Gobierno provisional trataba de unir al país. Pero estos intentos de unir a Rusia llegaron demasiado tarde. En Petrogrado, ciudad que fue edificada como un monumento a la vanidad de los Romanov, dos naciones vivían la una al lado de la otra y trataban, con bastante éxito, de desconocerse mutuamente.

El Petrogrado de los propietarios y los ricos, a quien representaban en la Duma los ministros liberales (aunque muchos suspiraban por el regreso del zar) procuraban desentenderse de la revolución en la medida de lo posible. Desde luego, los acontecimientos de febrero «clavaron banderitas rojas... en los monumentos de hierro forjado de la monarquía» [12], pero por lo demás la vida no se alteró mucho. Las hijas de la nobleza rusa todavía iban a Petrogrado a perfeccionar su francés y a tomar lecciones de piano. Aunque escasearan los alimentos, el juego y la especulación nunca fueron tan excitantes. En los cuartos traseros de los clubes particulares se conseguía, aunque a buen precio, champán en abundancia. Los aficionados al teatro disfrutaban de una brillante temporada y exhibiciones semanales de arte atraían a cientos de señoras elegantes. Aunque se criticó duramente a la zarina por su afición a toda clase de charlatanismos religiosos, los teósofos estaban de moda en los círculos ilustrados. Los generales del zar enviaban ahora sus informes a Kerensky, pero eran los mismos generales de antes. Aunque después de abril los trabajadores de Petrogrado se volvieron a echar a la calle, el jefe del distrito militar despachaba partes tranquilizadores: se hallaba plenamente preparado para hacer frente a cualquier algarada de la chusma. El gobierno se tranquilizó a sí mismo, convenciéndose de que contaba con el apoyo de todos los elementos respetables del país. Sólo una facción intransigente de socialistas, los bolcheviques, insistían en mantener una actitud de oposición a ul-

tranza. Pero todo el mundo sabía que los bolcheviques estaban moralmente aislados del pueblo ruso.

El Petrogrado respetable evitaba todo contacto con el Petrogrado 'rojo'. Al otro lado del Neva, raras veces penetraba la policía en el suburbio obrero de Vyborg, donde se sabía poco grata. En las fábricas, hombres de cincuenta años y muchachos de diecisiete aprovechaban la hora de la comida para realizar ejercicios de adiestramiento militar en el uso y cuidado de los rifles. Eran miembros de la Guardia Roja, el brazo militar de los soviets, y se preparaban para otra lucha. Todas las fábricas y prácticamente todos los regimientos estacionados en la capital enviaban con regularidad sus representantes a Smolny, cuartel general del soviet de Petrogrado. Bajo el antiguo régimen, Smolny fue un elegante convento escuela para señoritas de la nobleza. En el interior aún quedaban letreros, que decían: «Aula de señoritas n.º 4», «Sala de profesores» e «Inspección», pero otros, hechos de prisa y corriendo, anunciaban la sede de grupos misteriosos como «Unión de Soldados Socialistas», «Comité de Tiendas y Talleres» y «Comité Central del Ejército». En Smolny, los trabajadores vestidos con blusas negras de áspera tela se codeaban con las futuras luminarias del estado bolchevique. Smolny funcionaba veinticuatro horas al día. Catres improvisados, sofás y colchones ocupaban los pasillos. En el comedor, en tiempos elegante, de la planta principal, se servía sopa y pan negro. Los Guardias Rojos comprobaban las credenciales de todos los que entraban y salían. John Reed vio un día cómo un soldado en la entrada le cerraba el paso a Trotski, el cual rebuscaba en vano por sus bolsillos el documento que no aparecía. «Los nombres no me importan» dijo el guardia, ante la insistencia del otro de que era el presidente del Soviet de Petrogrado.

Desde los primeros días de la revolución, el Soviet de Petrogrado se asignó la tarea de refrendar todos los decretos de importancia que salían del Gobierno. Esta actividad le daba una legitimidad de facto ante los ciudadanos, incluso a principios de la primavera, cuando el Gobierno provisional disfrutaba todavía de bastante prestigio. Sin embargo, para el otoño muchos regimientos del frente mantenían más contacto con el Soviet que con el Gobierno. Las órdenes que gran parte del ejército recibía del Gobierno, pasaban previamente por los soviets para su aprobación.

La población trabajadora de Petrogrado, la parte de la ciu-

dad que recibía instrucciones de Smolny, era de convicciones revolucionarias. Empresas industriales de enormes proporciones dieron origen al proletariado de Petrogrado, clase única dentro de Rusia. Sólo en esta ciudad habían roto los trabajadores fabriles sus lazos con la Rusia rural y con la cruda mentalidad conservadora de los campesinos. Fuera de esta densa concentración de industria pesada, los trabajadores de Rusia se encontraban diseminados. Muchos seguían siendo trabajadores agrícolas por temporadas. Petrogrado tenía ese tipo de míseros barrios obreros que hacían retroceder de desagrado a los inspectores fabriles en el Manchester del siglo XIX. Los suburbios obreros estaban aislados del resto de la población pero existía una gran solidaridad entre ellos. Desasistidos por el Gobierno zarista y desarraigados del medio provincial de origen, los proletarios de esta nueva metrópoli industrial se apoyaban unos a otros y se defendían mutuamente. Por otra parte, los organizadores marxistas se preocuparon de educarlos con el mayor celo y asumían una actitud casi posesiva con respecto a las masas obreras de Petrogrado. Los trabajadores de la capital formaban un grupo cohesivo; los soviets eran, en cierta medida, la personificación institucional de esta cohesión. En la capital, las huelgas siempre amenazaban con extenderse y generalizarse porque los obreros, en fábrica tras fábrica, dejaban las herramientas, llevados por un sentimiento de solidaridad.

En los primeros años del nuevo siglo, especialmente en 1905, la clase trabajadora de San Petersburgo se consideraba con orgullo como la fuerza de vanguardia de Rusia y, al igual que en el siglo XIX los artesanos de París, se sentía la abanderada del progreso. Cuando el pueblo se agitaba en número suficiente, siempre provocaba una respuesta por parte de los dirigentes del país. Los periódicos de derecha, igual que los de izquierda, le hablaban al trabajador de su propia importancia y era natural que supiera, como lo sabía todo el mundo, que Rusia temía un levantamiento de los 'negros'. La capital marcaba el paso al resto del país y cuando se agitaba, aunque lo hiciera lentamente y sin entusiasmo, el resto del país seguía el ejemplo.

A lo largo de la primavera y el verano de 1917 no dejaba de subir la temperatura de la capital. Para el otoño la gente se lanzaba automáticamente a la calle; la ciudad se había convertido en peligroso foco revolucionario. En los meses anteriores los trabajadores marcharon, se reunieron y se ma-

nifestaron con tanta frecuencia que tales actos parecían respuestas reflejas a todo lo que emprendiera el desdichado gobierno. En abril el pueblo se echó a la calle para provocar la caída de un ministro impopular y para que se incluyeran seis socialistas en el gabinete. En junio los bolcheviques instaron a los trabajadores a que exigieran la destitución de los diez «ministros capitalistas» que aún quedaban. En julio, manifestaciones de cientos de miles de personas en pro de la paz fueron la secuela de una desastrosa ofensiva militar lanzada por el Gobierno Provisional con la esperanza de recuperar algo del prestigio que iba perdiendo rápidamente. Gritos de «¡Abajo el Gobierno!» sonaban por las calles. Unos cuantos regimientos de los más radicales exigían acción inmediata y amenazaban con dejar atrás a sus 'líderes', a menos que no tuviera lugar en seguida el movimiento insurreccional. Seis mil marineros bolcheviques salieron apresurados de la base naval de Kronstadt a defender la nueva revolución, hasta que vieron que no había revolución que defender.

Los disturbios de julio abortaron por falta de una buena dirección y porque el Gobierno publicó a tiempo unos documentos pretendiendo demostrar que todos los bolcheviques eran agentes alemanes. Momentáneamente, el ardor revolucionario del pueblo quedó en suspenso, pero dos meses más tarde volvió a levantar cabeza cuando toda la izquierda se agrupó para hacer frente a la amenaza de una dictadura militar. Uno de los generales de Kerensky hizo un gesto prematuro para convertirse en el Napoleón de la revolución rusa. El pueblo de Petrogrado tenía un olfato muy fino y percibió la descomposición del Gobierno Provisional mucho antes que los propios ministros. En su ardor por defender la ciudad contra un golpe de estado militar los trabajadores habían pedido, y obtenido, armas en los arsenales del Gobierno, pero no las devolvieron. «En el mes anterior a la revolución, en docenas de fábricas y talleres de Petrogrado se realizaban intensas prácticas militares, en particular con el rifle» [13] escribió Trotski, que estaba en condiciones de saber lo que pasaba.

Los preparativos se prolongaron durante tantos meses que la toma efectiva del poder en octubre fue un desenlace algo prosaico. Los revolucionarios, que durante generaciones enteras estuvieron preparándose y trazando cuidadosamente sus planes ideológicos, se hallaban listos, por fin, para lanzarse

en impetuoso ataque contra los muros de Jericó. Y entonces comprobaron que los muros eran de arena. Soplaron, resoplaron y la casa se vino abajo. En las últimas horas, el Gobierno liberal, democrático y levemente socialista de Kerensky no tuvo defensores. Uno tras otro de los encargados de la defensa de la ciudad aseguraban sin titubeos que la 'chusma' en las calles carecía de organización, no estaba segura de su propia fuerza, vacilaba y a veces actuaba cobardemente. Con «uno o dos regimientos de confianza» podría aplastarse la rebelión al momento. Hasta cierto punto, aquellos creyentes en la ley y en el orden tenían razón: había mucho de improvisado en el alzamiento; a sus líderes les faltaba experiencia técnica y cometieron costosos errores de juicio. Con todo, estos defectos pusieron aún más de manifiesto la descomposición interna del Gobierno. El «uno» o «los dos» regimientos leales que se precisaban jamás se materializaron. Se hicieron 'rojos' sobre la marcha, o bien se evaporaron durante la noche.

Al día siguiente de la insurrección un soldado bolchevique relataba a unos cuantos amigos la 'captura' de un edificio gubernamental. «Entramos y los camaradas se agolparon en todas las puertas. Yo me acerqué al contrarrevolucionario Kornilovitz, que estaba sentado en la silla presidencial. 'Se acabaron las justas' le dije. '¡Lárguese a casa!'» [14] Ese fue, exactamente, el tono general de la insurrección. Por toda la ciudad, ante un simple «¡Fuera!» los funcionarios del gobierno eran desposeídos de sus cargos sin más complicaciones.

Hasta la misma víspera del levantamiento, el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado disimuló todos sus preparativos con un lenguaje defensivo. Incluso entre los bolcheviques la mayoría no se sentía muy entusiasmada ante la idea de iniciar un levantamiento armado que pudiera fracasar y precipitar una dura reacción de la derecha. Además, el levantamiento no se sometió a voto en el Congreso de los Soviets, cosa que no parecía muy democrática.

El Comité Revolucionario Militar y Kerensky jugaron al ratón y al gato. Cada uno esperaba que el otro declarara la guerra abiertamente. Por fin, en la tarde del 24 de octubre, Kerensky perdió la serenidad. Ordenó el cierre de *Pravda,* el periódico bolchevique, y el corte de la línea telefónica con Smolny; pidió refuerzos para asegurar la ciudad e inició una acción legal contra el Comité arrestando a algunos de sus

líderes. A las cinco y media de la madrugada un representante del Gobierno y unos cuantos soldados se presentaron en la imprenta de *Pravda* y ordenaron su cierre. Antes de marcharse destrozaron algunas máquinas y sellaron el edificio.

Una vez que las fuerzas de la «reacción» y de la «contrarrevolución» se lanzaron a la ofensiva, Smolny entró en actividad. Todos los regimientos de la ciudad recibieron la orden de ponerse a la espera de nuevas instrucciones del Soviet. Alguien tuvo la idea de fortificar el edificio; en seguida aparecieron unas cuantas ametralladoras en las ventanas del colegio para señoritas y un cinturón de barricadas de madera y se pidieron camiones con víveres y municiones.

Hacía tiempo que los bolcheviques ocupaban el viejo símbolo del zarismo, la Fortaleza de Pedro Pablo, prisión durante siglos de los condenados políticos. Durante la noche, Petrogrado, acostumbrada a las largas colas de trabajadores que esperaban las dádivas del gobierno, se formó de nuevo en filas junto a los depósitos de la fortaleza, pero esta vez para pasar armas y municiones desde el interior. Al día siguiente comenzó la ocupación de edificios. Bajo la dirección de «comisarios» soviéticos, designados en Smolny sobre la marcha, pequeños grupos de trabajadores y soldados marcharon a los puentes, estaciones de ferrocarril, la central de teléfonos, correos, el banco estatal y las centrales eléctricas. El procedimiento era el mismo en todas partes. Los comisarios cambiaban unas pocas palabras con los centinelas de guardia. La única resistencia que encontraban era verbal. Hablando, los revolucionarios se colaban en los edificios, despedían a quienes estaban de vigilancia, apostaban a sus propios hombres y mandaban mensajeros a Smolny para que informaran del éxito de la misión.

El Gobierno Provisional, en cuanto vio que las cosas se ponían feas, ordenó que se levantaran los puentes de la ciudad, precaución que sólo se tomaba en ocasiones de grave peligro. Se suponía que con ello quedaba bajo cuarentena la enfermedad insurreccional y se dificultaba la movilización de los trabajadores que vivían en la otra orilla del río. Los puentes y ferrocarriles recibieron el refuerzo de los cadetes de la escuela militar, llamados 'junkers'. Había unos cinco mil en la ciudad y tenían fama de leales y valientes. El mito de los oficiales cadetes feroces y bien entrenados se lo habían creído incluso los bolcheviques, quienes enviaron a sus fuer-

zas más aguerridas y revolucionarias para reducir esos puntos vitales. Sin embargo, la lucha por los puentes se limitó a un intercambio de palabras gruesas entre los cadetes y los Guardias Rojos. Cada parte acusaba a la otra de ser enemiga de la revolución. Al fin los cadetes consentían en ser desarmados, cuando no se alejaban, por propia voluntad, refunfuñando. Para poner de nuevo en servicio un puente de importancia especial, Smolny ordenó al cañonero *Aurora* que se situara en posición de combate. El barco, con arreglo a las instrucciones, puso rumbo al puente mientras los marinos se asomaban a cubierta. Antes de que el barco echara anclas, todos los cadetes optaron por desaparecer. De vez en cuando un destacamento especialmente entusiasta de Guardias Rojos tomaba prisioneros a unos cuantos cadetes y los trasladaba a Smolny. Parecía que era lo apropiado en una revolución. Al llegar a Smolny los aterrorizados prisioneros, Trotski o cualquier otro que estuviera a mano les sermoneaba sobre la infamia de hacer frente a la revolución popular. Luego se les hacía prometer que no volverían a ayudar al gobierno con las armas. Tras el sermón se les despachaba a casa. Los cadetes en la creencia de que serían ejecutados por lo que habían oído, no salían de su asombro.

Desde el Ministerio de la Guerra un general comunicó al alto mando:

> Las tropas de la guarnición de Petrogrado... se han pasado a los bolcheviques. Los marineros y el crucero ligero han venido de Kronstadt y han bajado los puentes. Por toda la ciudad hay centinelas de la guarnición... La Central de Teléfonos está en sus manos... La impresión dominante es como si el Gobierno Provisional se encontrara en la capital de un estado hostil ya movilizado, pero todavía sin comenzar las operaciones activas [15].

El diagnóstico resultó correcto, pero el Gobierno Provisional no estaba en condiciones de ver la situación en perspectiva. El 25 de octubre no hubo tumultos ni manifestaciones ruidosas por las calles. Era preciso fijarse mucho para poder encontrar una barricada. Los ministros iban libremente desde casa a sus despachos. Se reunían en consejo y trazaban con mano inquieta el borrador de alguna exhortación a la ciudad para que permaneciera en calma y apoyara al Gobierno Provisional. En realidad, la ciudad estaba bien tranquila. La gente iba a su trabajo y abrían sus puertas los al-

macenes, las escuelas, los teatros, los restaurantes. No se oía ni un tiro. ¿Cómo iba a ser aquello una revolución?

El 26 de octubre, al mediodía, la ciudad se hallaba en poder de los bolcheviques. Paquetes de octavillas se arrojaban por las ventanillas de los coches. Los papeles daban cuenta al pueblo de Petrogrado de que el Gobierno Provisional había dejado de existir, lo cual no era cierto. El Gobierno estaba perplejo, asustado y escondido en el Palacio de Invierno, a la espera de un milagro que lo salvara. Kerensky había desaparecido en un coche de la embajada americana en busca de tropas con las cuales regresar a la ciudad. Según sus propios relatos, civiles y soldados le saludaban amistosamente al pasar. Según algunos bromistas crueles, huyó vestido de Hermana de la Caridad.

Los recursos con que contaban los ministros en el palacio eran bastante modestos. Consistían, en primer lugar, en cadetes (como los que el día anterior se evaporaron de los puentes y depósitos), en unos pocos carros blindados, en algunos soldados especiales bajo el mando de un oficial con una pata de palo y en un batallón de mujeres que tenía el melodramático nombre de «Batallón de la Muerte». Por medio de un telégrafo instalado en el palacio el Gobierno pidió refuerzos inmediatos para la capital. Pero los refuerzos que se suponían estaban ya en camino hacia la ciudad no eran muy impresionantes: consistían en un batallón de ciclistas. Se pensaba que el Gobierno podía echar mano cuando quisiera de la caballería cosaca, pero los cosacos declararon que consideraban demasiado peligrosa la defensa del Palacio de Invierno a menos que les garantizaran el apoyo de fuerzas de infantería. Y mientras tanto, ponían tierra por medio.

No es extraño que, dadas las circunstancias, los insurgentes sobrevaloraran la dificultad de tomar el palacio. En realidad, les resultaban casi imposible creer que la victoria se les entregara tan fácilmente, tan pacíficamente, y temían que el Palacio de Invierno presentara una resistencia encarnizada. Los bolcheviques decidieron cercarlo con un número abrumador de fuerzas. Unos cañones especiales se emplazaron en la Fortaleza de Pedro Pablo y se ordenó al *Aurora* que enfilara sus baterías contra el palacio. La llegada de varios miles de marinos se consideraba esencial para el inicio de las operaciones. Mientras tanto, los soldados tomaban sus puestos en la plaza del palacio y algunos cadetes se encargaron de levantar barricadas de madera.

Dentro del Palacio de Invierno el Gobierno depuesto se trasladó desde la sala de conferencias, que por mala suerte daba al río y al barco (del que se temía comenzara el cañonazo de un momento a otro), al comedor particular del antiguo zar. Los ministros se reunieron allí en lo que parecía una desagradable reminiscencia de la Ultima Cena. El ministro de Justicia se escribía a sí mismo notas escuetas: «¿Resistir hasta el último hombre, hasta la última gota de sangre? ¿En nombre de qué?» Los ministros aguardaban el comienzo del bombardeo y exhortaban a los cadetes a que cumplieran con su deber. La respuesta tenía más de obligada que de entusiasta. Se recibió —y se rechazó— un ultimátum para que se rindieran. El *Aurora* comenzó a disparar proyectiles sin carga. Se oían en las calles algunos tiros procedentes de Guardias Rojos y soldados que aguardaban impacientes el momento de lanzarse al ataque. La moral no era alta dentro del palacio. Muchos cadetes hubieran querido hallarse en otra parte. Les faltaban provisiones y procuraban animarse con el vino de las bodegas del antiguo zar. Los bolcheviques entraban una y otra vez en el edificio, colándose por las ventanas y por las puertas traseras en pequeños grupos. Los cadetes los desarmaban pero no podían encerrarlos. Los agitadores procuraban explicar a los muchachos de la academia militar lo inútil de su resistencia. En las galerías estallaron refriegas entre atacantes y defensores. El goteo de bolcheviques se convirtió en avenida. Cadetes, trabajadores rojos y soldados daban vueltas en desorden por los impresionantes salones alfombrados del palacio, como turistas en busca de un guía. Los viejos lacayos, ataviados con deslumbrantes uniformes azules, rojos y dorados, se horrorizaban al ver las botas embarradas y las malas maneras de aquellos intrusos. Uno de los ministros confió al papel un pensamiento indiscreto: dijo que se sentía como atrapado en una ratonera gigantesca. Sin embargo se consideró aconsejable en estas circunstancias mantener la moral del pueblo; sin duda creían los ministros que la gente lloraba amargamente el cruel destino del Gobierno atrapado en la ratonera. Se expidió un despacho en el que se describía la situación dentro del palacio: «El Gobierno en pleno está presente... La situación se considera favorable. Se hace fuego contra el palacio, pero sólo de rifles y no causa daños. La debilidad del enemigo es evidente» [16].

La verdad es que dentro del palacio ya no se sabía quién

desarmaba a quién. Los bolcheviques superaban en número a los defensores. Los soldados hicieron algún fuego de artillería desde la Fortaleza de Pedro Pablo sin otra consecuencia que dañar el enlucido. Las barricadas de la plaza habían sido rotas y Guardias Rojos, soldados, transeúntes y reporteros entraban como moscas en el palacio del antiguo zar. Pero el edificio nunca se tomó al asalto. Los cadetes fueron desarmados; los ministros, decididos a enfrentarse a su destino con toda la dignidad que les permitían las circunstancias, se reunieron en torno a una larga mesa en actitud de celebrar un Consejo de Gobierno. El jefe bolchevique encargado de las operaciones entró en la sala y anunció que todos los ministros se hallaban bajo arresto. En el Palacio de Invierno se husmeaba por todas partes sin contemplación alguna. Mesas, escritorios, aparadores y gabinetes se abrían y se forzaban. John Reed, el reportero americano que entró en el edificio con la primera 'ola' llegó a un salón donde dos soldados arrancaban el tapizado de cuero español de las sillas. Le explicaron que ese cuero les serviría para unas botas.

El descontento y la rebelión en la Rusia moderna tomaron un camino diferente que en Occidente, como también se diferenciaron muy acusadamente del módulo occidental el Gobieno y la economía de Rusia. En el siglo XIX fueron imposibles las protestas pacíficas contra la tiranía zarista. A causa del salvajismo de las represiones, la protesta de la clase media tuvo que asumir la forma de la subversión revolucionaria y del asesinato. Pero al desintegrarse el Gobierno zarista desde 1905 y al perder el Gobierno provisional el control del país en 1917, la revolución se hizo imposible por ser innecesaria. No existía ninguna fuerza capaz de enfrentarse al Soviet de Petrogrado, de manera que, al final, la famosa revolución bolchevique apenas fue algo más que una pacífica manifestación de protesta.

Durante los años 20, el Gobierno soviético distribuyó películas de propaganda que mostraban hordas de soldados y campesinos asaltando el Palacio de Invierno. La verdad es que los bolcheviques y sus simpatizantes no asaltaron el palacio; se colaron en él por diferentes accesos. La revolución bolchevique fue, realmente, una sentada.

Segunda parte:
La protesta contra la «normalidad»

Al proclamar «la vuelta a la normalidad», Warren G. Harding, uno de los Presidentes americanos que menos destacaron, hablaba en nombre de los dirigentes del viejo régimen de los años veinte. Ahora que el holocausto de la primera Guerra Mundial había terminado, estos dirigentes abrigaban la intención de retrasar el reloj y ponerlo en agosto de 1914. El cansancio y la confusión del público, aunados a una extraordinaria prosperidad económica, parecían justificar sus ilusiones. Pero incluso en una década dominada por el conservadurismo político y por el egoísmo, los movimientos de protesta contra esta engañosa «normalidad» presagiaban la próxima desintegración del viejo orden.

La huelga general de 1926 en la Gran Bretaña, aunque resultó un miserable fracaso que puso otra vez de manifiesto la tremenda incapacidad de los jefes sindicalistas, reflejó la angustia y la miseria de las masas en medio del aparente triunfo de un arrogante capitalismo. Y, lo que a la larga sería más significativo, una nueva fase cultural surgía entre los jóvenes intelectuales del mundo occidental. Esta rebeldía de la época del jazz anunciaba la bancarrota de los valores del viejo régimen. Los nuevos valores, tan evidentes en la lite-

ratura, el arte, la música y el estilo de vida de los años veinte, ponían en ridículo las pretensiones morales e intelectuales de la generación aún en el poder y las ilusiones de que el revoltillo de ideales e instituciones liberales, capitalistas e imperialistas ganarían en la sociedad occidental el predominio de antes de la guerra. Era en Alemania donde más se notaba la putrefacción que corroía al viejo régimen. Entre el caos subsiguiente al colapso del Gobierno del Kaiser Guillermo II y a las convulsiones de la República de Weimar, la clase media alemana expresó su cólera contra el viejo orden, y al mismo tiempo su temor a los cambios, rindiendo obediencia al terror nazi.

5. La huelga general en Gran Bretaña

El 4 de mayo de 1926, martes, Inglaterra no fue deteniendo lentamente sus actividades sino que se paralizó dramáticamente. Desde Escocia hasta Dover, tres millones de personas abandonaron el trabajo. Se trataba de la huelga más grande que se hubiera concertado nunca en Europa occidental. Los maquinistas y revisores de los trenes los dejaban a medio camino entre dos estaciones y los viajeros tenían que arreglárselas como pudieran. Los turistas que regresaban al país en barco no encontraban mozos en los muelles: piquetes de huelguistas y policías eran lo único visible. Las calles estaban vacías de autobuses, taxis, tranvías, trenes y mozos. Faltaban los periódicos; aunque la mayor parte de ellos trataron de no interrumpir su publicación, sólo salieron algunas ediciones reducidas a la mínima expresión. Por otra parte, el gobierno inundó al país con un órgano noticioso de emergencia, *The British Gazette,* el cual proclamaba en todas las ediciones que un grupo de bribones trataba de llevar a Inglaterra a la guerra civil. De más de cuatro mil autobuses de la 'London General Omnibus Co.' que corrientemente prestaban servicio en la ciudad, ni

uno sólo salió a la calle. De más de trescientos trenes del metro, sólo quince cubrían su ruta de mala manera. La mayor parte de los obreros de la construcción, de la metalurgia, de la industria química y de otras ramas de la industria pesada estaban 'ausentes'. En la plaza de Eccleston, cuartel general en Londres del Trades Union Congress (Congreso de la Unión de Sindicatos), se recibían constantemente telegramas y peticiones procedentes de todo el país, en su mayor parte de sindicatos que no habían recibido la orden de huelga, y solicitaban instrucciones. Por ejemplo, el gremio de batidores de oro, con 310 afiliados, deseaba saber cuál sería su papel en la gran lucha [1].

Durante los nueve días siguientes, las calles de Londres y de otras grandes ciudades de Inglaterra presentaron un extraño aspecto. A pesar de la escasez de transportes públicos se hallaban atestados de gente y el tránsito era tan denso que los vehículos a veces tenían que reducir la velocidad nada menos que a kilómetro y medio por hora. Cochecitos de caballos, autos de todas las épocas posibles, bicicletas y artefactos que parecían haber salido de los libros de notas de Leonardo de Vinci circulaban en confusión por las calles, y todo el que necesitaba ir de un lado a otro se las arreglaba para que en cualquier vehículo le hicieran un sitio. Al terminar la semana era difícil encontrar en Londres una bicicleta en venta.

Por la radio, la B. B. C. pedía voluntarios para todo: para conducir autobuses, para cargar bultos, para emplearse como mozos, para ayudar en las centrales eléctricas, para trabajar de cajista, para dirigir el tránsito, para sustituir a los guardias. De las universidades, de la bolsa y de las elegantes mansiones de Mayfair se presentaban voluntarios, con más buena voluntad que competencia, en los centros de enganche que se establecieron por todo el país. A los ambiciosos y jóvenes corredores de bolsa de la City se les hizo saber que, a la hora de los ascensos, el servicio voluntario a la nación en tiempos de crisis se tendría muy en cuenta. Los estudiantes de las universidades de Oxford y Cambridge dejaron a un lado los atractivos de Platón y de Milton por las emociones más intensas de conducir una locomotora. Al terminar la semana, aunque las filas de los huelguistas seguían engrosando, la 'London General Omnibus Co.' reiniciaba tímidamente sus actividades. Bajo escolta policíaca, unos pocos autobuses fugitivos y sin ventanas, luciendo muchas veces los colores

de la universidad de sus improvisados chóferes, resoplaban por las calles. De vez en cuando los huelguistas, furiosos, lograban detener alguno y lo volcaban; de ahí que corrieran a buena velocidad. Los autobuses lucían inscripciones como: «Más vale una piedra en la mano que dos en el autobús» y «Estoy sin parabrisas, mamá».

Hyde Park se convirtió en un inmenso depósito de víveres, de donde se distribuía la leche por toda la ciudad. A horas determinadas los londinenses contemplaban el espectáculo de convoyes de carros armados, que se dedicaban al transporte de víveres. Winston Churchill abandonó de momento sus ocupaciones en el Ministerio de Hacienda y demostró de nuevo sus muchas aptitudes al hacerse director de periódico. *The British Gazette,* que él dirigía y escribía en gran parte, auguraba sombríamente que, a menos que se aplastara la huelga, era seguro el establecimiento de «algún Soviet de sindicatos el cual, con barniz parlamentario o sin él, asumiría el control efectivo de la vida política y económica del país». El *Daily Mail,* que se publicó en Francia durante la huelga, citaba a William Wordsworth:

> *We must be free or die, who speak the tongue*
> *That Shakespeare spake: the faith and morals hold*
> *Which Milton held.* *

El Primer Ministro conservador, Stanley Baldwin, aunque conservaba su ecuanimidad acostumbrada, declaró que hacía siglos que el país no estuvo tan cerca de la guerra civil como entonces. El arzobispo de Canterbury era partidario de la moderación y de las negociaciones, pero se le negó el acceso a la radio y a las páginas de la *Gazette.* Sin embargo, un cardenal católico romanó que declaró que la huelga era «un pecado contra Dios Todopoderoso» mereció los honores de la primera página. Los sindicatos rusos enviaron a sus hermanos ingleses sus mejores deseos y un cheque por dos millones de rublos, que fue inmediatamente devuelto. El Gobierno dejó de exportar carbón. Para ahorrar electricidad se prohibió a los almacenes y teatros que encendieran las luces de neón. Se cancelaron los permisos de las tropas y fueron puestas en estado de alerta. El Ministro del Inte-

* Nosotros, que hablamos la lengua
que habló Shakespeare y tenemos la fe
que tuvo Milton, debemos ser libres o morir.

rior, aunque reconocía que apenas se registraban hechos violentos, pedía más voluntarios para la policía a fin de mantener «su influencia estabilizadora». Mientras tanto, huelguistas y policías jugaron en Plymouth un partido de fútbol. El saque de honor lo hizo la esposa del comisario jefe. Los huelguistas ganaron por dos a uno. Fue, en fin de cuentas, la única vistoria que consiguieron.

Inglaterra aguantó durante nueve días de mayo la huelga general. Se presumía, de acuerdo con el folklore de la izquierda, que pasar por una huelga general sería como pasar por el Apocalipsis. Se daba por supuesto que ningún organismo político podría resistirla. El hecho de que en 1913 los trabajadores belgas organizaran una huelga general que se desarolló en medio de un orden perfecto para lograr al fin un éxito considerable, no logró empañar en absoluto el mito apocalíptico. La idea de la huelga general que trae consigo nubarrones revolucionarios y ríos de sangre fue un legado que recibió el siglo xx. Mr. Churchill y muchos de sus colegas en la Cámara de los Comunes tomaban en serio la huelga general. Por otra parte, los responsables que dieron la señal del paro a los trabajadores insistían una y otra vez que no era su intención destruir la Constitución británica. Los propietarios ingleses de las minas de carbón habían amenazado con reducir los jornales y aumentar el horario de trabajo de esa industria. La «Triple Alianza» de la preguerra —una federación de mineros, ferroviarios y obreros del transporte— obligaron al Trades Union Congress a que apoyara a los mineros en su decisión de declararse en huelga contra los proyectos de los propietarios. El T. U. C. declaraba insistentemente que la huelga no era más que una disputa de carácter industrial. En realidad, Ramsay MacDonald, que presidía en la Cámara al Partido Laborista, y J. H. Thomas, Arthur Pugh y Ernest Bevin, pertenecientes al Consejo General del Trades Union Congress, preferían no usar el desafortunado término 'huelga general'. La huelga era *nacional*, insistían, no general.

Las palabras 'huelga general' despertaban en la mayoría de la gente reacciones poco racionales. El Consejo General tuvo que reconocerlo así, aunque le doliera en carne propia. Aunque los teóricos de la Segunda Internacional gastaron mucha tinta intentando domesticar y definir la huelga general como una simple táctica, utilizable o no con arreglo a razones pragmáticas, su vitalidad arrancaba de una visión tan sim-

ple y por lo menos tan vieja como *Piers Plowman*. Era la antigua visión medieval de príncipes, nobles y señores cayendo de cabeza en un abismo desde los tronos y los pedestales. A muchos europeos de izquierda la huelga general les parecía la manera más rápida de llevar a la práctica esta fantasía milenarista.

La escena podría desarrollarse así: cierto día, sin que forzosamente se hubiese fijado de antemano, toda la población trabajadora dejaría al mismo tiempo las herramientas, con lo cual el caos y la ruina se apoderarían de la nación. En 1834, el *Libertador* de Glasgow trazó un cuadro gráfico del caos: «Se protestan las letras, la *Gazette* viene llena de anuncios de bancarrotas, el capital se destruye, los ingresos del Erario decaen, el sistema de Gobierno se desintegra y esta conspiración pasiva de los pobres contra los ricos rompe en un momento todos los eslabones de la cadena que mantiene unida a la sociedad» [2]. Los capitalistas, los políticos, los banqueros y los abogados, es decir el segmento de la nación que solía llevar chaqué y sombrero de copa, quedarían reducidos bruscamente al papel de contritos suplicantes, y rogarían a los trabajadores que devolvieran a la sociedad los conocimientos vitales y la fuerza muscular que estos poseían. Los obreros, magnánimos, así lo harían, pero imponiendo sus condiciones, y como consecuencia, las «clases productoras» controlarían el Gobierno, la industria y los destinos de la nación. La inevitabilidad de este desenlace se basaba en la creencia de que todos los trabajadores, actuando al unísono, poseerían una fuerza invencible. Esta convicción la bosquejó Honoré de Mirabeau ya en los lejanos tiempos de la Revolución Francesa, al advertir a las clases privilegiadas: «No irriten a esta gente que lo produce todo y que para hacerse temible no tiene más que quedarse quieta» [3]. Se creía que el pueblo podría efectuar la revolución social recurriendo al sencillo expediente de no hacer nada. Ante la resistencia silenciosa e inexorable, aunque pasiva, de los trabajadores, el país, paralizado, tendría que capitular. En 1926 esta creencia no parecía del todo improbable. ¿No fue así como llegó la Revolución de Octubre en Rusia? La clase alta de Inglaterra todavía no se había acostumbrado a la amenaza bolchevique; en 1924, sin ir más lejos, el miedo a la insidiosa influencia bolchevique en la Gran Bretaña hizo que los laboristas perdieran las elecciones.

Incluso en sus versiones más sangrientas —como las que

apoyaba en sus obras Georges Sorel, al referirse con entusiasmo a la «violencia proletaria «como rejuvenecedora de la lucha de clases— el sueño de una huelga general tenía matices de alegría. Tanto si acababa en holocausto nacional como si no, para los trabajadores sería una liberación gozosa. Ya desde 1840, cuando por primera vez la predicaba un inglés llamado William Benbow, oficial de zapatero y cartista, la huelga general se rodeaba de una apariencia festiva. Y, en realidad, Benbow no llamó a este maravilloso acontecimiento «huelga» sino «la gran fiesta nacional»:

> Día de fiesta *[holiday]* equivale a día *santo [holy]*, y el nuestro ha de ser el más santo de todos los días santos... En nuestro día santo legislaremos para toda la humanidad; la constitución que redactemos en nuestra fiesta pondrá a todos los seres humanos al mismo nivel. Los mismos derechos, las mismas libertades, las mismas satisfacciones, el mismo trabajo, el mismo respeto, la misma participación en la producción: este es el objeto de nuestro día santo...[4]

La huelga general inglesa de 1926 confirmó pocas esperanzas y pocos temores pero, al menos, procuró al pueblo inglés unas fiestas prolongadas. Los estudiantes que acudían en tropel en defensa de la Constitución británica tenían, en su mayor parte, una idea remota de lo que se ventilaba con la huelga. Muchos de ellos no consideraban incompatibles sus actividades voluntarias con un sentimiento de simpatía por la causa de los mineros. Se trataba de una diversión que les daba la oportunidad de despojarse de la propia identidad para asumir un papel más a ras de tierra, pero probablemente más viril. De la noche a la mañana se convirtió en acto patriótico no asistir a clases. La mayor parte de estos estudiantes no se tomó muy en serio su trabajo durante la huelga. Si salían por la mañana a conducir un autobús o un tren, lo más probable era que acabasen al mediodía en cualquier taberna. Si el trabajo que se les asignaba no era de su agrado, lo cambiaban por otro. Ni los fallos ni la incompetencia eran objeto de sanción. ¿Cómo censurarlos, inexpertos y novatos como eran, si cometían alguna torpeza? Gente importante elogiaba por radio sus chapuzas como si se tratara de actos de valor y de desprendimiento. Muchas veces obsequiaban a los estudiantes con recompensas inesperadas. En Londres, un conductor improvisado, a quien arrojó al arroyo un reculón del autobús que llevaba, fue recogido por un par

y un almirante y luego invitado por ellos a una comilona regada con un vino embotellado en tiempos de Napoleón. Los chóferes voluntarios que cubrían largas distancias en camiones, se distraían del tedio de la jornada en elegantes mansiones rurales que servían provisionalmente de cantinas. Muchachas exploradoras y jovencitas de sociedad servían café y comida, e incluso lavaban y zurcían los calcetines de los voluntarios.

Hasta para quienes se hallaban al margen de la crisis —los no huelguistas y los no voluntarios— la vida era más animada. Ningún patrono refunfuñaba si alguno de sus asalariados se presentaba al trabajo una hora más tarde. ¡Estaba el tránsito tan malo! Los trabajadores de todas clases —los que aún seguían en sus puestos— acostumbrados a que se les prestase tan poca atención como a los muebles de los locales donde trabajaban, se vieron de pronto convertidos en héroes por el solo hecho de estar allí. Por las noches era emocionante reunirse junto a la radio para escuchar las últimas noticias, y siempre era atractivo el intercambio de rumores. Desde que terminó la Gran Guerra, nunca sintió el inglés corriente, huelguista o voluntario, tanta solidaridad y camaradería con sus compañeros como en estos días.

Sólo los que ocupaban posiciones de responsabilidad —representantes de los sindicatos, diputados, ministros, etc.— no consiguieron ver el lado divertido de aquella semana. Los menos satisfechos eran quienes se suponía decretaron la huelga: los integrantes del Consejo General de T. U. C. El Consejo se vio en un aprieto entre un Gobierno despótico y arrogante a la Derecha y mineros militantes y desesperados a la Izquierda. La situación no era cómoda. El Consejo General sólo deseaba una cosa: negociar, llegar a un compromiso y terminar con el asunto lo más rápidamente posible. Pero ni el Gobierno ni los mineros parecían querer negociar. El primero había anunciado repetidamente que no negociaría bajo coacción y que la huelga tendría que cesar, sin condiciones, antes de que comenzaran las conversaciones. Los mineros, como explicaban sus jefes una y otra vez, no negociarían porque no tenían nada que negociar. Vivían ya con jornales miserables y los propietarios de las minas, al parecer con la bendición del Gobierno, intentaban rebajarles el salario y aumentar las horas de trabajo. Los trabajadores no podían consentirlo y el Consejo General, a pesar de sus grandes esfuerzos, no había logrado evitar la huelga. La huelga

general era una arma poderosa, pero muchos jefes sindicalistas habían suplicado abiertamente porque nunca se pusiera a prueba. Al romper el Gobierno las negociaciones, el Consejo General no tuvo más remedio que ordenar el paro. Muchos miebros del Consejo General temieron que la huelga fracasaría por falta de apoyo, pero la realidad es que los obreros se plegaron a ella unánimemente. Entonces el Consejo General comenzó a temer el éxito de la huelga más que había temido su fracaso. Tres millones de ingleses se habían ausentado del trabajo. ¿Cómo podría un puñado de líderes dirigirlos y controlarlos desde Londres? Muchos más aguardaban la orden de sumarse al paro. ¿Qué podía hacer un buen burócrata sindical?

La huelga general presentaba un contrasentido de desagradable ironía: la habían decretado los mismos que ahora se espantaban de sus resultados. La huelga general era, no había que darle vueltas, un arma esencialmente revolucionaria; pero los sindicatos ingleses no deseaban la revolución. Querían con toda su alma eludir las consecuencias de esta terrible arma que ellos mismos forjaron. Les asustaba la posibilidad de no poder tener bajo control el descontento que habían atizado. En el punto culminante de la huelga no fue el gobierno sino el Consejo General quien, casi presa del pánico, rogaba a los trabajadores que continuaran manteniendo el orden y la paz. El *British Worker,* la hoja que editaba el T. U. C., publicaba diariamente súplicas desgarradoras exhortando a los obreros a que rehuyeran la violencia y evitaran cualquier matiz político en las manifestaciones de su lucha. La hoja de huelga del insignificante Partido Comunista, el *Worker's Bulletin,* calificaba aquellas exhortaciones de serviles e insultantes para los hombres que tomaban parte en los piquetes, y por una vez el Partido Comunista tenía razón. En Francia, donde los trabajadores se empapaban con los noticias de la huelga general junto con el litro diario de vino, la gente no acababa de entender lo que pasaba. ¿Cómo es que no ha muerto ningún policía? le preguntó en París un público socialista a un profesor británico que estaba de visita. ¿Y por qué los dirigentes de la huelga aconsejaban a sus hombres que se quedaran en casa, en vez de animarlos a que hostigaran a las autoridads locales?

La doctrina de la huelga general no calaba entre los líderes obreros de Inglaterra, que se habían educado en la atmósfera circunspecta del reformismo fabiano. En la década

de los años 20 el principal afán de los laboristas era identificarse ante los ojos del público como seres respetuosos, patrióticos y bien educados. Cuando el primer Gobierno laborista entró en el poder en 1924, Ramsay MacDonald se apresuró a ponerse el smoking tradicional. Philip Snowdon, ministro de Hacienda del primer gabinete laborista (enero-octubre de 1924), confeccionó unos presupuestos prácticamente iguales a los de sus predecesores conservadores y liberales. La huelga general brindaba a los toris más coriáceos la oportunidad de acusar a los jefes laboristas de radicalismo temerario. Churchill y otros 'halcones' del gabinete de Baldwin parecían dispuestos a ponerle el rótulo de «conspiración bolchevique» a la huelga. Desde el punto de vista del Consejo General, la situación no podía ser peor.

Los sectores más prósperos y conservadores del movimiento sindicalista se veían envueltos, por su relación con el Consejo General, con el radicalismo de los sectores más oprimidos. El prestigio y la solidaridad exigían, naturalmente, que todo el movimiento sindicalista se uniera en apoyo del sector de la clase trabajadora que recibía el peor trato. En 1926 ese sector lo formaban, sin duda, los mineros.

Ya antes de la guerra, huelgas y paros fueron corrientes en la industria minera. La minería del carbón iba decayendo rápidamente en Gran Bretaña, mientras que el aumento de la producción y de las exportaciones alemanas de este importantísimo combustible industrial pusieron a la defensiva a los propietarios de minas británicos. Los mineros siempre constituyeron uno de los grupos más militantes de la clase trabajadora y casi todo el mundo estaba de acuerdo en que sufrían los mayores injusticias. La industria minera inglesa se caracterizaba por el despilfarro y la ineficacia. Todas las comisiones oficiales que estudiaron el problema pusieron de manifiesto esos fallos. La comisión más famosa, y a la que los líderes mineros siempre se referían, fue la Comisión Sankey, que se estableció a instancias de David Lloyd George en 1919. La comisión había lanzado críticas severas contra los propietarios de minas por manejar sin ninguna responsabilidad una industria en la que la desconfianza y las recriminaciones eran constantes entre patronos y trabajadores. La comisión recomendó que se aumentara el salario y que se redujera a seis horas la jornada de trabajo; pidió a los propietarios que reorganizaran de manera radical los pozos y que «los obreros del carbón tuvieran en el futuro una voz efectiva en

la dirección de la mina» [5]. En caso contrario, la única solución sería nacionalizar la industria, según el informe de la comisión.

Seis años después de la publicación de este documento, los mineros soportaban las mismas injusticias. Incluso los conservadores reconocían que los propietarios de las minas eran los patronos más reaccionarios e insolidarios. Un lord conservador, poco amigo de circunloquios, dijo desdeñosamente que siempre había pensado que los líderes mineros eran las personas más estúpidas del país... hasta que tuvo la desgracia de conocer a los propietarios. En 1926, en medio del aumento de los precios y del costo de la vida, los propietarios insistían en que los problemas de la industria sólo se podrían resolver pagando menos a los mineros y haciéndoles trabajar más horas. Durante la guerra el gobierno había mantenido bajo su control a la industria del carbón, ayudándola con generosos subsidios. Ahora que estaba en marcha una política de restricciones económicas y el gobierno se disponía a retirar estos subsidios, la industria tendría que sufrir un difícil período de reajuste. Los propietarios pretendían que la mayor parte de los reajustes se hicieran a expensas de los trabajadores, es decir, a base de que los mineros se apretaran el cinturón. En cuanto a las críticas de que el mal de la industria radicaba en su pésima dirección, los propietarios, desdeñosos, no se daban por aludidos.

En realidad, el gobierno sólo deseaba suprimir los subsidios, que le costaban millones de libras esterlinas al año. En los años 20 ningún gobierno conservador estaba dispuesto a asumir la responsabilidad de encargarse de una industria que andaba a trompicones, a no ser por causas de seguridad nacional. Baldwin y sus colegas opinaban que los mineros y los propietarios debían arreglar entre ellos sus diferencias en un espíritu de transigencia y conciliación. El gobierno estaba dispuesto a nombrar comisiones que estudiaran el problema e hicieran recomendaciones. Pero no presionaría a los mineros ni a los propietarios para que las aceptaran.

Una de las muchas crisis de la situación se registró en el verano de 1925. Los subsidios del gobierno expirarían a fines de julio, y los propietarios de las minas anunciaron que, a partir de esa fecha, los trabajadores de los pozos tendrían que firmar nuevos concratos con rebajas del 10 al 25 por 100 en los salarios o, en caso contrario, hacer frente a un *lockout*. El gobierno procuró que las negociaciones siguieran adelante,

pero los mineros se mostraron igual de inflexibles, o más, que los propietarios. Creían, y con razón, que se les quería obligar a someterse a un nivel de vida por debajo de los límites de la simple subsistencia. Después de todo, no peleaban por conseguir ningún lujo. Intentaban, únicamente, conservar lo que ya tenían. Como sus líderes manifestaban una y otra vez, les era imposible ofrecer concesiones.

Los jefes de los mineros vivían en un mundo muy distinto al de los elegantes salones en los que circulaban Stanley Baldwin y Ramsay MacDonald. El secretario de la Federación de Mineros era Arthur Cook, que fue en tiempo predicador y que, al dedicarse ahora a la agitación social, se expresaba con el antiguo ardor proselitista. El presidente del sindicato era Herbert Smith, un hombre lacónico de Yorkshire. En la mesa de las negociaciones era tan inconmovible como una montaña. Cuando se le preguntaba qué estarían dispuestos a dar sus hombres, en el caso de que los propietarios hicieran concesiones, él respondía: «Nada.» Y agregaba: «No tenemos nada que dar.» El lema de los mineros rezaba así: «Ni un céntimo de la paga, ni un segundo del día» [6]. Aparte *de eso, poco tenían que añadir.*

Smith y Cook eran casi tan mal vistos por el Consejo General del T. U. C. como por el gobierno y los propietarios de minas. Los dos procedían de los pozos y no llegaron a refinarse en sus contactos con los dignatarios del gobierno. Smith prefería comer en cualquier puesto callejero antes que en los restaurantes. Despreciaba a quien no hubiera trabajado en las minas y muchas veces aconsejaba a los negociadores: «Bajen a los pozos.» Cook se pasaba de la lengua, proclamándose *partidario* de Nikolai Lenin y brindando por la desaparición del Imperio británico. Sin embargo, no podía negarse que las peticiones de los mineros eran justas y urgentes. Consentir rebajas en los sueldos, ya bajos de por sí, sería crear un precedente intolerable en el movimiento sindicalista. El Consejo General se reunió con la directiva de los mineros y le brindó su total apoyo para combatir «el empeoramiento del nivel de vida de sus miembros» [7]. Si no había manera de que los tercos propietarios modernizaran sus sistemas de producción y recortaran sus beneficios, entonces correspondía al gobierno nacionalizar las minas.

Una huelga —una huelga *general*— parecía ya inevitable. En julio de 1925 el gobierno no se sentía preparado para hacer frente a semejante calamidad; Baldwin capituló y

consintió en prolongar el subsidio nueve meses más, mientras se esperaban las conclusiones de otra nueva comisión que presidía el distinguido Herbert Samuel, ministro en el anterior gobierno liberal. Los sindicatos llamaron «Viernes Rojo» al día en que Baldwin capituló: era una victoria para el laborismo pero no hubo muchas manifestaciones de contento. Sólo se había ganado tiempo y era poco probable que la actitud de los mineros o de los propietarios cambiara en nueve meses.

En realidad, el período de gracia sólo favoreció al gobierno. El informe Samuel, al publicarse, señaló un retroceso con respecto al informe Sankey de 1919. Procuraba congraciarse con las dos partes y sólo logró despertar la indignación de todos. La comisión no recomendaba la nacionalización, pero sí que la industria se reorganizara cuanto antes. Aconsejaba la eliminación de las minas pequeñas y antieconómicas y pedía para los mineros participación en los beneficios, subsidios familiares y mejores condiciones de trabajo. No opinaba que fuese necesario prolongar la jornada, pero —y éste era el fatal «pero»— pedía un recorte en los salarios, al menos temporalmente, hasta que la industria saliera de su atasco. Los mineros se mantuvieron firmes. Y no es que hubieran puesto muchas ilusiones en las conclusiones de la comisión. Meses antes de que se publicara, Cook estuvo recorriendo el país para advertirles: «En mayo próximo nos espera la mayor crisis y el mayor enfrentamiento que hayamos conocido... No me importa un bledo el gobierno, ni el ejército, ni la armada. Que vengan con sus bayonetas. Con las bayonetas no podrán cortar el carbón» [8].

La diferencia entre el Consejo General y los mineros era la diferencia que puede existir entre un observador compasivo y un hombre que siente la punta de la bayoneta en la espalda El Consejo General estaba dispuesto a utilizar el informe Samuel como base de negociaciones. Sus miembros procuraban hacer entrar en razón a Cook, señalando que la comisión recomendaba que se concedieran los dos tercios de todas las demandas. «Los tres cuartos» replicó Cook, «y no podemos aceptarlo» [9].

Durante los prolongados meses de negociaciones, el Consejo General se dejó llevar por un estúpido optimismo. Sus miembros deseaban fervorosamente que la huelga no estallara y su mismo deseo los cegó. Podemos calibrar lo poco que les ilusionaba la huelga general, por el hecho de que no to-

maron medidas de ninguna clase para realizar una labor de propaganda, ni para comunicarse con las diversas industrias y regiones del país, distribuir víveres entre los trabajadores, o prever ninguna eventualidad de las que se presentan en un confrontamiento semejante. En los angustiosos días anteriores al 3 de mayo, los miembros del Consejo General todavía se asustaban de las palabras «huelga general». El director del *Daily Herald,* el periódico más importante de la izquierda, informaba que «un orador que abogaba por el uso del garrote —es decir, por la amenaza llana y simple de la huelga general— fue escuchado con impaciencia y sólo hubo un delegado que votara con él». En las horas finales de la negociación Jimmy Thomas, miembro del Consejo y representante de los ferroviarios, informó que «nunca en mi vida he pedido y suplicado por la paz como hoy». En un esfuerzo por evitar la huelga, se «arrastró» —según sus palabras— ante el gobierno. Posteriormente, durante la huelga, se volvió a distinguir al responder a las acusaciones de que los sindicatos atacaban a la Constitución. «Yo nunca he ocultado», dijo, «que en un duelo contra la Constitución, tendríamos que encomendarnos a Dios, si el gobierno no ganara la partida» [10].

Mientras el T. U. C., a la manera de las avestruces, no hizo nada durante nueve meses, esperando que la huelga pudiera evitarse, el gobierno se preparó meticulosamente para hacerse cargo de los servicios vitales. Estaba dispuesto a enfrentarse con lo peor. Además, los acontecimientos de julio llevaron la alarma a las clases superiores que, espontáneamente, comenzaron a organizarse para hacer frente a cualquier desafío de los sindicatos. Para septiembre de 1925 funcionaba ya un grupo de ciudadanos denominado Organización para el Mantenimiento de Suministros. Oficialmente lo formaban voluntarios y no recibía dinero del gobierno, pero no cabe duda que contaba con las bendiciones de todo ministro de 'recto pensar'. Era función de la O. M. S. entrenar a un número suficiente de ingleses en actividades necesarias para el manejo de los transportes y las comunicaciones. Almirantes, virreyes de la India y pares distinguidos prestaron su nombre, su talento y su dinero a esta organización que se puso a compilar por todo el país listas de voluntarios dispuestos a conducir camiones, manejar aparatos telegráficos y llevar trenes y autobuses. Es dudoso que la O. M. S. enseñara mucho pero, al menos, sirvió para despertar a la opinión

pública: unos 100.000 ciudadanos se alistaron en sus filas. En caso de urgencia los nombres de estos voluntarios estarían al instante a disposición del gobierno. La O. M. S. no era el único grupo dispuesto a congregarse bajo la bandera. Un puñado de fascistas ingleses anunció que se preparaba con medios más contundentes para vérselas con los huelguistas. Los fascistas se armaron, se ejercitaron todas las semanas y realizaban ensayos, con objeto de estar en forma para las próximas hostilidades, que consistían en disolver las reuniones izquierdistas que se celebraban los domingos en Hyde Park. Para el laborismo el espectro de las clases media y alta organizándose para la guerra de clases era en extremo alarmante. Suponían que la aristocracia, en su decadencia, se limitaría a aguardar pasivamente el resultado de la contienda.

Mientras tanto el gobierno maduró sus planes para abastecer al país e impedir que los obreros del transporte lo sometieran por hambre. Con la mayor discreción llegó a una serie de acuerdos con cierto número de contratistas, que aceptaron darle prioridad al transporte oficial, sobre todos los contratos particulares, en caso de huelga general. Y caso de resultar insuficiente esta medida, el gobierno requisaría lo que fuera necesario, conforme a las exigencias de la situación. El país se dividió en diez «sectores», cada uno con su propio comisionado de finanzas, víveres, carbón y carreteras. Los comisionados recibieron amplios poderes discrecionales para fijar los precios, detener a los tenderos recalcitrantes y arrestar a los alborotadores locales, en caso de ser necesario. Los planes de emergencia debían ponerse en marcha en cuanto estallara la huelga. Es indudable que todos estos amplios preparativos dieron más confianza al gobierno, y posiblemente hasta se sintió complacido durante las últimas horas que precedieron a la ruptura de las negociaciones.

La confianza en estos preparativos hizo que Baldwin se despreocupara de ellas, hasta tal extremo, que en un momento crítico de las mismas llegaron los líderes del sindicato con una resolución en mano y encontraron la sala vacía y a oscuras. Les dijeron que el Primer Ministro se había ido a casa a dormir. Al parecer, a Baldwin no le alarmaba la huelga general tanto como a los hombres que amenazaban con ella.

Una vez que estalló la huelga, el gobierno asumió una actitud de absoluta intransigencia, insistiendo en que, antes de reanudar las negociaciones, tendría que cesar el paro sin

condiciones previas. Al considerar todo aquello como un ataque contra la Constitución, el gobierno consiguió aterrorizar al ya angustiado Consejo General. Al tercer día John Simon, antiguo ministro del Interior, declaró con noble elocuencia que la huelga no sólo era inmoral, sino también ilegal. Y añadió que todos los responsables del sindicato, e incluso todos los huelguistas, podrían ser procesados por daños y perjuicios. Cabía la posibilidad de embargar los fondos de huelga; incluso las propiedades personales de los funcionarios del sindicato —casas, coches y relojes de oro— podrían ser objeto de decomiso. Un eminente jurisconsulto inglés coincidió tres días más tarde en la misma opinión. Otras apreciaciones jurídicas posteriores apuntaban en sentido diametralmente opuesto, pero llegaron demasiado tarde. Para los integrantes del Consejo General, la idea de participar en un asalto contra la Constitución británica era horrible de por sí. ¡Y ahora se les acusaba de comportarse casi como criminales! Pensaban que, aunque la suerte de los mineros era muy lamentable, no les sería de mucha ayuda el que las arcas sindicales de toda la nación se quedaran sin fondos. Se rumoreaba, además, que el gobierno procedería de un momento a otro a detener a los más destacados sindicalistas. Los líderes sindicales recordaron otra huelga general —la de Winnipeg, Canadá, en 1919— y cómo las autoridades canadienses hicieron que terminara de manera ignominiosa utilizando esas mismas tácticas. Churchill y sus amigos en el gobierno insistían en llamar a la huelga «guerra civil» y, además, nadie sabía cuánto tiempo más iba a durar la ejemplar conducta de los trabajadores. El Consejo General experimentaba un profundo sentimiento de alivio porque los actos de violencia habían sido mínimos hasta la fecha: no hubo un solo muerto y únicamente se registraron algunos cientos de detenciones. Pero, ¿podría durar tanta paz? Al crecer la indigencia de los trabajadores probablemente automentarían su cólera y su beligerancia. Era del conocimiento público que el gobierno tenía preparados tanques, acorazados y Dios sabe cuántas cosas más.

Además, el gobierno no dejaba que los sindicatos demostraran sus intenciones pacíficas y su celo cívico. Los líderes sindicalistas se ofrecieron, por ejemplo, para ayudar en la distribución de víveres y otros artículos de importancia vital. Mr. Churchill replicó en nombre del gobierno que nadie podía pensar en serio que un ministro del gabinete entrara

«en sociedad con un gobierno rival» [11]. Aunque el Consejo General no dejaba de protestar vehementemente que aquél no era el caso, lo cierto es que en algunos sectores del país los comités de huelga habían comenzado a dirigir las ciudades. Por ejemplo, los comités locales de huelga expedían «permisos» por cuenta propia para el transporte de mercancías, y estas actividades motivaron que muchos capitanes ingleses de la industria se comportaran con repentina humildad:

> Los patronos venían, sombrero en mano, suplicando permisos para hacer ciertas cosas o, mejor dicho, para que los obreros volvieran a realizar ciertas operaciones acostumbradas. 'Por favor, me interesa traer un cargamento de carbón de tal y tal sitio.' La mayor parte de ellos salían con las manos vacías tras sufrir una experiencia humillante, porque a todos se les sometía a un severo interrogatorio. Así se daban cuenta que nosotros, y no ellos, éramos la sal de la tierra [12].

Claro que, de prolongarse estas situaciones anómalas, la gente podía llegar a conclusiones peligrosas. En la década de los años veinte muchísimos sindicalistas ingleses tenían más interés en el mantenimiento del «statu quo» de lo que pensaban. En la década siguiente, George Orwell describió con brillantez a cierta clase de socialista que floreció en los círculos del laborismo en los años 20. «En su lucha contra la tiranía inamovible... le sostiene el saber que *es* inamovible. Cuando algo ocurre inesperadamente y el orden mundial en que vive comienza a desintegrarse, no deja de sentir alarma» [13].

El Consejo General debía elegir entre varias opciones, todas igualmente desagradables. Si continuaba la huelga, podían suceder dos cosas: o que la huelga fracasara o que diera un giro repentino hacia la izquierda y desembocara en la violencia e incluso en la revolución abierta. La otra alternativa parecía ser la capitulación sin condiciones. El Consejo General trató, naturalmente, de disimular su capitulación, pero el gobierno, por lo visto, ni siquiera quería conceder a los sindicatos la oportunidad de guardar las apariencias. Al poco tiempo de comenzar la huelga, un líder sindicalista visitó al gobierno para «hallar una fórmula». Churchill le recibió en la puerta y le preguntó: —¿Viene a decirnos que han retirado ustedes la orden de huelga?

—No, nosotros... —comenzó el aspirante a negociador.

—Entonces, no tenemos por qué seguir hablando —le espetó Churchill [14].

A pesar de los desmentidos oficiales, el Consejo General negociaba frenéticamente entre bastidores. Buscaba un clavo ardiendo al que agarrarse y, al terminarse la primera semana de huelga, apareció ese clavo en la persona de Herbert Samuel. Samuel había interrumpido unas agradables vacaciones en Italia para regresar a Inglaterra sin pérdida de tiempo y ofrecerse como negociador entre el gobierno y los sindicatos. El y el Consejo General celebraron conciliábulos secretos y produjeron un memorándum que facilitaría la excusa para terminar la huelga. Sus conclusiones no eran muy diferentes de las de la comisión Samuel, que ya había demostrado su inutilidad. El memorándum reiteraba piadosamente la necesidad de reorganizar la industria del carbón y se oponía a que se alargara la jornada de trabajo. Sin embargo, en el problema de las rebajas salariales se mostraba equívoco, al declarar que no debían desecharse de antemano, aunque sí estudiarse en el contexto de la reestructuración de toda la industria.

Armado con el memorándum Samuel, el Consejo General se presentó en las oficinas del gobierno para anunciar el cese de la huelga. Pero el gobierno no estaba dispuesto a dar facilidades a los sindicalistas. Los miembros del Consejo General tuvieron que explicar a un secretario el objeto de su visita antes de que se les permitiera ver al Primer Ministro. En boletines posteriores, el Consejo General declaró que «suponía» que los obreros podían volver al trabajo, a la espera del resultado de negociaciones a gran escala. Suponía también que el gobierno, mientras tanto, continuaría pagando algún subsidio.

El problema de este acuerdo peculiar, que incluso el Consejo General encontraba difícil calificar de «victoria», era que le faltaba el refrendo de los mineros; en realidad, se negoció a sus espaldas y contra sus deseos expresos. Además, Samuel, como él mismo manifestó con toda claridad, presentaba propuestas que carecían de todo respaldo oficial. Ni el gobierno, ni los propietarios, ni los mineros revelaron la más mínima señal de que cooperarían en la realización de sus recomendaciones. Las conjeturas del Consejo General con respecto al curso futuro de las negociaciones, y en especial su convencimiento de que los propietarios retirarían sus amenazas de *lockout,* resultaron completamente infundadas. Y, lo que era peor, la masa de los sindicalistas no fue consultada.

Uno de los miembros del Consejo General dijo, como era característico en ellos, que estaba convencido que el gobierno respondería «a lo grande» al gesto de magnanimidad de los líderes obreros. Tan fuerte es el poder de la ilusión.

A la mañana siguiente, los titulares de los periódicos exudaban júbilo por la humillación infligida a los sindicatos. El *Daily Mail* llamaba al acuerdo «La rendición de los revolucionarios». Las declaraciones oficiales emitidas por el gobierno dejaban bien claro, dolorosamente claro, que no se había llegado a ningún «trato» con los huelguistas. Baldwin no fue muy explícito con respecto a lo que pensaba hacer y no prometió nada concreto a los sindicatos.

El Consejo General tenía que pasar por el trance amargo de explicar sus acciones a la masa de los afiliados, en especial a los mineros. Los huelguistas se enteraron del fin de la huelga por la radio o por las notas expuestas a la entrada de las oficinas de los periódicos. Algunos imaginaron al principio que se había conseguido alguna victoria tras duras negociaciones. Pero, cuando se conocieron los «términos» exactos del acuerdo, las celebraciones que se preparaban cedieron el paso a la perplejidad y a la cólera. Los primeros boletines que emanaron del Consejo General ocultaban deliberadamente el hecho de que los mineros nunca dieron su aprobación al memorándum Samuel ni a la terminación de la huelga. A las oficinas del Consejo General llegaron infinidad de peticiones, exigiendo que se explicara el porqué de la rendición. Telegramas procedentes de comités locales de huelga de diversas ciudades decían que se trataba, sin duda, de un error. El comité de huelga de Cardiff «lamentaba profundamente las decisiones adoptadas por el Consejo General» y pedía «que se ordenara de inmediato el reinicio de la huelga general...» [15]

En muchas ciudades, los obreros se negaron a reintegrarse al trabajo; muchos pensaban que el anuncio del acuerdo era una maniobra del gobierno. Los que no se presentaron a la mañana siguiente a su puesto se encontraron con sorpresas muy desagradables. Los patronos de todo el país habían decidido lanzarse a la ofensiva, negándose a reenganchar a los elementos perturbadores, imponiendo salarios más bajos y haciendo otras cosas por el estilo. En algunos lugares, los patronos llegaron a exigir, antes de readmitir a los obreros, que quemaran su tarjeta de afiliación sindical. La antigüedad, la seguridad en el trabajo, etc., peligraban para los trabaja-

dores de otros lugares. Los obreros de diversas industrias que se unieron a la huelga, no por motivos personales, sino por solidaridad con los mineros, se vieron abandonados por sus líderes, a la hora de negociar acuerdos que se ajustasen a las situaciones de cada localidad. Lo que había comenzado como un asalto arrollador de las fuerzas obreras amenazaba con degenerar en completa derrota. No es extraño que, en tales circunstancias, los huelguistas no volvieran al trabajo. Había sido decretado el fin del paro pero, dos días después del anuncio oficial, se calculaba que dejaron sus puestos 100.000 obreros más de los que estuvieron en huelga los nueve días oficiales.

La línea dura adoptada por los patronos acabó por ceder, pero no porque el Consejo General reaccionara contra ella, ya que sólo se limitó a emitir tímidos pronunciamientos para pedir que no se sucumbiera a la imposición patronal, sino por la espontánea solidaridad y el sentido común que demostraron los comités locales de huelga del país, los cuales, al verse sin líderes lograron sin embargo rehacerse y evitar una derrota total. Con todo, pasaron semanas antes de que todos los huelguistas se hubieran reintegrado al trabajo, es decir, todos menos los mineros, quienes soportaban el *lockout* impuesto por los propietarios.

La suerte de los mineros era el epílogo embarazoso y lamentable de una historia que tanto el gobierno como los sectores «responsables» de la comunidad sindicalista elogiaban como un triunfo del sentido común y de la prudencia política de la nación. Los mineros estuvieron otros seis meses sin entrar en los pozos y sus líderes prosiguieron solos la lucha. Al fin recibieron muchísimo menos de lo que el memorándum Samuel recomendaba o las comisiones gubernamentales prometieron. En casi todas partes se restableció la jornada de ocho horas, no se concedió ningún contrato de carácter nacional y se redujeron los jornales. En cuanto a una reorganización rigurosa de la industria, los propietarios de minas se limitaron a decir al gobierno que se fuera al cuerno. Baldwin acusó a los propietarios de «groseros y estúpidos» [16] y por lo visto creyó que con eso se descargaba de cualquier responsabilidad que le pudiera corresponder. Su temperamento y su ideología no eran los más propicios para que ejerciera presiones de tipo político en una disputa de carácter industrial. Pero al desentenderse así de sus responsabilidades aseguró el completo colapso de los mineros.

El país se sintió aliviado y turbado al mismo tiempo. La gente había leído tantas descripciones reveladoras de la tremenda pobreza reinante en las comunidades mineras, que no dudó en abrir la bolsa a manera de expiación. El público en general contribuía con generosos donativos al fondo de ayuda de los mineros. El gobierno trató de olvidar cuanto antes todo aquel asunto. Neville Chamberlain, que en aquellos tiempos tenía cierta fama de «socialista tory», anotó en su diario que los mineros no estaban tan desnutridos y que, desde luego, no pasaban hambre. El Consejo de Sindicatos de Rusia envió un millón de libras esterlinas como ayuda a los mineros y sus familias, los cuales libraron bravas acciones de retaguardia a lo largo del verano y del otoño. La aceptación de este dinero provocó muchos ácidos comentarios entre los diputados conservadores, aunque el propio rey Jorge V no lo vio mal. Por lo visto no llegaba a comprender lo que suponía para la organización económica británica y para el gobierno de Inglaterra el que los sindicatos del país tuvieran que aceptar un millón de libras de un gobierno extranjero para proteger del hambre (como él mismo admitió) a las esposas e hijos de los mineros.

Estudiando las estadísticas y los informes de quienes hacían recorridos periódicos para inspeccionar las zonas deprimidas, se puede recomponer la mísera situación de los mineros. Las autoridades escolares de las comunidades mineras informaban que una gran cantidad de niños sufría de desnutrición. En muchos pueblos mineros las tiendas estaban cerradas, los escaparates tapados, y los hombres, demasiados pobres para permitirse el lujo de un cigarrillo o de un trago, se pasaban las horas, quietos y en silencio, en los centros obreros. En los lugares más afectados, la gente emigraba o se trasladaba a las ciudades. El espíritu retrógrado de los propietarios de minas seguía siendo una rémora para la industria y, a la larga, para toda la nación. La reconstrucción de los campos hulleros, ya mucho tiempo demorada, se dejó por otros veinte años, mientras la minería inglesa del carbón resultaba cada vez más incapaz de competir con las minas del Ruhr, mejor organizadas y explotadas.

La huelga general inglesa no fue síntoma de ese fermento revolucionario, que es consecuencia de una cultura dinámica y en expansión, sino de una grave enfermedad económica y social. Para ser una protesta efectiva, le faltaba vitalidad a la huelga. Excepto entre los mineros, no fue expresión de có-

lera, sino de descontento; un simple gesto que, al menos los líderes, hicieron de mala gana. Sin ninguna duda, la masa sindical respondió con tremenda solidaridad, pero sin verdadero *élan*. Respondieron a la llamada, como los soldados responden a la instrucción. Pero, al acabarse la instrucción, volvieron a rezongar en privado. Después de la huelga, el laborismo inglés continuó su ya perceptible desplazamiento a la derecha. La huelga fue una especie de señal de despedida de los días en que el socialismo tuvo más de apasionamiento que de plataforma de partido. Fue la última y, al parecer, la más descarnada expresión de las animosidades de clase latentes bajo la superficie de la vida inglesa en los años que siguieron a la guerra. De momento disminuyó el número de afiliados, algunos sindicatos se dieron de baja del Consejo General y el partido comunista registró un ligero aumento en el número de sus miembros. Pero eran los hombres al frente del Consejo General y sus precavidos compatriotas del parlamento —y no los Cooks ni los Smiths— quienes representaban la ola del futuro. La huelga despejó el camino al reinado indisputable de Ramsay MacDonald, a quien Churchill llamó «el portento sin huesos», y de otros como él. Por un instante, el partido laborista inglés hizo que se materializara la cara de la revolución y la encontró espantosa. Al terminar la huelga, suspiró con alivio y murmuró: «Nunca más.»

Los acontecimientos de 1926 en Inglaterra demostraron el fallo fatal de la huelga general como forma de protesta. Fue, en ciertos aspectos, demasiado eficaz. Esta medida radical se acercaba mucho a la línea divisoria entre la protesta y la revolución y por ello asustó a sus propios líderes hasta ponerlos en retirada. En 1926 los jefes del laborismo británico, con la excepción de los líderes del sindicato minero, estaban muy lejos de ser revolucionarios; eran, ni más ni menos, conservadores de la clase trabajadora, radicales aletargados con terno azul. La huelga general era para ellos un vehículo de protesta demasiado radical y explosivo porque les llevaba a una confrontación directa contra el orden social, que ellos no deseaban ni sabían cómo manejar. Aunque los líderes obreros franceses de 1968 militaban mucho más a la izquierda, no parecía que se sintieran más a gusto con las perspectivas de seguir hasta el fin con la huelga general, de lo que se sintieron los torpes líderes del laborismo británico en 1926.

6. La rebeldía de la generación del jazz

En 1916 la sentencia de Cándido sobre 'el mejor de los mundos posibles' campeaba en la mente de América. Corrían los tiempos de los progresistas y de la mentalidad progresiva, cuando aún se pensaba que la humanidad era capaz de perfeccionamiento y la historia del desarrollo del país podía, aparentemente, representarse gráficamente mediante una línea en constante ascenso. Otra vez el sueño americano tomaba cuerpo y la nación se entregaba de nuevo a los ideales, al sentimiento de que existía un objetivo en perspectiva. Woodrow Wilson, el Quijote americano, daba ejemplo y marcaba el paso. Incluso los artistas se dejaban llevar por el optimismo. En Greenwich Village un grupo activo y dedicado de escritores y pintores trabajaba para dar vida a un *risorgimento* americano que, según los modestos vaticinios de Ezra Pound, dejaría en la sombra a la antigua gloria de Italia. En los días anteriores a la entrada de los Estados Unidos en la guerra, todos, incluso los americanos de mayor penetración crítica, creyeron inevitable el renacimiento de lo Bueno, o incluso el progreso hacia lo Mejor [1].

Cuando comenzó la primera guerra mundial, los americanos se limitaron a seguir sus incidencias desde el otro lado de

un océano Atlántico que se les antojaba todavía lo bastante grande como para aislarlos y protegerlos. Estaban decididos a continuar como espectadores neutrales: la guerra no era cosa de ellos, sino de los europeos. Para muchos americanos, el valle del Rin era sólo un territorio de vagos contornos en el mapa y Dijon un nombre bonito. Para la gente de Iowa, Sarajevo y el archiduque Francisco Fernando no tenían más realidad que Bagdad y su sultán.

Pero en 1917, los dirigentes políticos de América instaban al país a que cumpliera con su deber. Y cuando por fin los Estados Unidos entraron en la guerra, se justificó la intervención con razones que eran la quintaesencia del progresismo. Con la simplicidad maniquea del idealista puro, Woodrow Wilson pergeñó el cuento de las fuerzas del Mal (Alemania, bárbara y antidemocrática) arremetiendo contra las fuerzas del Bien (Inglaterra y Francia, humanitarias y a la cabeza de la cultura). Parecía estar en juego la obra de muchos siglos y, con ella, la integridad americana. Mozos de Peoria y de Birmingham, de Boise y del East Side de Nueva York marcharon a salvar lo que había de admirable en el mundo. Y no sólo a salvarlo, sino a participar en el definitivo triunfo del Bien, a ganar «la guerra que iba a terminar con la guerra». Se marcharon en 1918 con la cabeza repleta de palabras tales como «valor» y «patriotismo», mientras las mujeres y las muchachas arrojaban flores a su paso. Los que quedaron atrás se apretaron el cinturón, dispuestos a sacrificarse por la causa.

Pero la guerra resultó muy distinta de como la pintaba Mr. Wilson. El soldado corriente descubrió que no tenía madera de héroe y comprobó que la guerra era algo feo, confuso y absurdo. Tampoco la paz fue muy prometedora: el mal, lo mismo que antes, arraigaba en el mundo y no parecía que la guerra hubiera terminado con la guerra. En cuanto a las tradiciones americanas por cuya vigencia se había peleado, no parecía, después de todo, que hubieran estado comprometidas en el conflicto.

Para 1920 el país estaba harto, cansado de deberes, de sacrificios y de renunciaciones. Había servido a la causa del progreso social. ¡Hasta del alcohol se había desprendido! Pero, a pesar de todo, el mundo no mejoraba. La moral basada en el deber cansaba a las jóvenes generaciones. Los muchachos cambiaron los carteles propagandísticos de sus padres por la botellita de licor en el bolsillo y se sentían más

compenetrados con la época del jazz, que duró toda la década, que con el partido socialista.

La tecnología de la posguerra parecía conspirar a favor de la juventud. El desarrollo de las zonas urbanas redujo el poder de las tradiciones rurales y fragmentó las prerrogativas familiares. Un chico y una chica podían eludir, en el automóvil, el ojo vigilante de los padres, y el cine les brindaba sugestivas ideas de cómo emplear el tiempo que pasaban a solas. Las retribuciones del cielo se eclipsaban ante las de la prosperidad material y, al desvanecerse el temor al infierno, los pastores de almas perdían su dominio sobre la conciencia de los americanos. Los fabricantes parecían capaces de suministrar nuevos placeres y artículos con la misma rapidez con que el caprichoso público desechaba los viejos.

La gran movilidad, característica de la época urbana, contribuyó a destruir las diferencias de clase y el predominio de las familias prominentes, locales. La autoridad social escapó de las manos de papá y mamá, de las del pastor de almas y de las del médico y se refugió, nerviosa, en el seno de Hollywood. Bien es verdad que las antiguas tradiciones y la antigua moral hubieran fallecido de muerte natural antes de que la joven generación se diera el gusto de liquidarlas.

Las mujeres encabezaron en los años veinte la revolución en el campo de la moral, y a la vanguardia libertaria estaba la *flapper*. Según la describiera F. Scott Fitzgerald, a quien podríamos llamar su agente de prensa, la *flapper* ideal era una muchacha de gustos caros, de diecinueve años y moderna hasta la exageración. Fumaba en público, bebía en los *speakeasies* * hasta ponerse como una cuba y apostillaba sus frases con palabrotas. Nada le chocaba. Era franca. Sus faldas, como el mercado de valores, subían más y más; pronto se encaramaron por encima de las rodillas, enseñando a los hombres más longitud de pierna de la que jamás vieran en público. Por fortuna los varones supieron estar a la altura de las circunstancias.

La *flapper* se bajaba la cintura, llevaba las medias color carne enrolladas a la altura de las rodillas huesudas, se ceñía los pechos y pasaba hambre para adquirir las formas amuchachadas que tanto le encantaban. Desterró el talle tipo reloj de arena, se quitó cantidades de enaguas y camisas y en los

* Lugares donde se vendían, sin autorización legal, bebidas alcohólicas.

bailes de estudiantes dejaba el corsé en el guardarropa con la mayor naturalidad. Pronto lo descartó del todo. Libertad: del cuello a los pies se la veía con varios kilos menos y con movimientos sueltos. El próximo paso lo dio en la peluquería, donde abandonó su larga cabellera sin derramar una lágrima. El *bob* o pelo corto era lo que entonces se llevaba: nada de redecillas ni horquillas. La *flapper,* para rematar su aspecto, se tocaba con un sombrero de punto, encasquetado en la cabeza, del que sólo escapaba algún rebelde mechón de pelo.

Los cosméticos daban el toque final. El *rouge* ya no era monopolio de coristas y prostitutas. Las muchachas *bien* aguardaban a sus galanes del *preu* bajo el reloj de Biltmore, jugueteaban en la plaza con el agua de la fuente o bailaban muy apretadas contra sus parejas luciendo dos manchas encarnadas en las mejillas y los labios pintados en forma de corazón. Los pastores de almas, desesperados, se retorcían las manos; los vendedores de artículos de belleza se las frotaban de contento.

Despotricaban los guardianes de la vieja moral. La Y. W. C. A. (Asociación de Jóvenes Cristianas) emprendía campañas nacionales contra los vestidos indecorosos. Los legisladores de Ohio presentaban proyectos de ley, pidiendo que se prohibiera la venta de cualquier prenda «que exhiba o acentúe las líneas de la figura femenina» y para que se impidiera a las mujeres de más de catorce años «llevar faldas que no llegaran a la parte del pie denominada empeine». Todo era inútil. Del mismo modo que la Prohibición hizo a la bebida más tentadora, las peroratas contra «los hijos del jazz» sólo conseguían sublevarlos más.

Por si fuera poco, ¡hasta la ciencia transigía con todo aquello! La ciencia —lo único que hasta entonces respetaban las mentes modernas— puso a Sigmund Freud al alcance de las jóvenes americanas, y Freud las puso al corriente de la salud mental. Con su interpretación torcida, pero notablemente unánime, de las obras del buen doctor, las *flappers* se unieron a las filas de quienes proclamaban que la libertad sexual era tan imprescindible a la salud como comer una manzana al día. El nuevo pecado mortal se llamaba represión. En efecto, Freud había investigado y revelado que sobre la represión se asientan las bases del mundo civilizado; pero él defendía la civilización y, por lo tanto, consideraba que la represión era imprescindible. Se limitó a explicar el fenómeno, pero no emprendió ninguna campaña en contra. No

importaba. La *flapper* americana se salió con la suya. Se emancipó en buena lid y sin temor. El sexo la obsesionaba y los medios masivos de comunicación reflejaban e intensificaban tal obsesión. *True Story* y cien revistas por el estilo le brindaban narraciones de amor y represión, y en el cine Clara Bow le ensañaba hasta dónde podía llegar una muchacha atractiva. La pantalla recordaba a la *flapper,* suave y constantemente, que el sexo sin inhibiciones es fuente de alegrías. Ofrecía historias con «caricias y abrazos, con besos blancos y besos rojos, con muchachas enfebrecidas por el afán de amar...» [2] La *flapper* acudía al teatro para ver dramas de homosexualismo o de violaciones íntimamente deseadas por las víctimas. Leía novelas que trataban del amor lesbiano y de hombres impotentes, y era para ella cuestión de honor leer todo lo que la Iglesia o el puritanismo de Boston prohibiera. Entre los libros de toda mujer inteligente figuraba en lugar destacado *El amante de Lady Chatterley.*

La *flapper,* según Fitzgerald, «acepta a un hombre, al hombre del momento, tal como es, sin tontas promesas que sólo conducen a una ruptura desagradable e incómoda... y toma en su recto sentido todo lo que se le dice, sin sentirse 'ofendida', como su 'púdica' hermana mayor; esa hermana mayor que, recostada en actitud seductora en la bonita canoa verde, se protegía con una sombrilla rosada de los benévolos rayos del sol que querían broncearle la piel» [3]. Como Fitzgerald decía, las madres no tenían idea del desparpajo con que besaban sus hijas.

Pero, ¿se contrariaban mucho las madres por eso? Y en caso afirmativo, ¿les duraba mucho el enfado? ¿Y qué decir de la hermana mayor de la *flapper?* Como Fitzgerald reconoce con cierta tristeza, la joven generación, cuya inocencia y exuberancia excusaba tantas cosas, hizo una revolución demasiado atractiva. Hacia 1923, escribe Fitzgerald, ya se habían pasado a ella las generaciones de más edad. Los padres se hicieron los dueños en las reuniones de los hijos.

Fitzgerald se figuró que el alcohol podría ser el elixir que ocupara el lugar de la hervorosa sangre joven. De nuevo la tecnología y la revolución iban de la mano, porque las mujeres de más edad y las de menos recursos se fueron emancipando de las veinticuatro horas diarias de faenas domésticas. Hogares más reducidos, familias menos numerosas y todo un arsenal de artefactos les permitían más tiempo de asueto. Los alimentos enlatados y las panaderías del barrio las libe-

raban en buena parte de la cocina. Las tintorerías, las lavadoras y las planchas eléctricas les ahorraban el tener que dedicar todo el lunes a lavar la ropa de la familia. Con los trajes de confección, las aspiradoras eléctricas y la posibilidad de comprar por teléfono, la mujer de los años 20 estaba en condiciones de vivir su propia vida.

Pero, como siempre, «su propia vida» se centraba en torno al hombre americano. El varón de la época del jazz quería algo más que una vida familiar responsable y estable y que una esposa sólida, formal y de instintos maternales. Quería emociones y animación, de manera que su mujer se convirtió en *flapper* buscando el aura de la libertad juvenil y tratando de no parecer esposa y madre.

Sería difícil precisar cuántas virginidades se perdieron antes de que se echaran al vuelo las campanas nupciales, y cuántos hombres y mujeres fueron infieles, convencidos de que estaban en su derecho. Pero, ¿no serían los escarceos amorosos de los jovencitos cosa de palabra más que de hecho? Un observador alegaba que, probablemente, la proporción entre las mujeres virtuosas y las débiles se mantiene constante a lo largo de todas las épocas. En las ciudades pequeñas y en el campo acaso persistía esa desigualdad tradicional entre el hombre y la mujer bendecida por la Iglesia. Sin embargo, el cambio se aproximaba. Los viejos códigos eran objeto de repudio, los viejos valores perdían su vigencia. Por desgracia, las *flappers* y sus consortes no estaban seguros de cuáles habrían de ser las nuevas normas.

La pareja buscaba sus mayores emociones en el *speakeasy*, o «cerdo ciego». La Prohibición, el último gesto de un progresismo vuelto gazmoño, tuvo el voto favorable de la población urbana que, preocupada con la guerra, lo emitió casi sin darse cuenta. Los «secos», que trocaron el principio de la moderación en una cruzada a favor de la abstinencia y finalmente en una cacería de brujas contra los bebedores, se sorprendieron y se llenaron de alegría por su éxito. Con esa reverencia por la ley, tan ingenua y tan propia de los americanos, los «secos», que solían vivir en el medio rural y eran enemigos acérrimos de las ciudades, pensaban que, en el momento de implantarse una ley, era de rigor acatarla. El vicio de beber desaparecería en beneficio de la salud y se regeneraría la fibra moral de la gente. Los padres retornarían al lado de sus familias abandonadas y, lo más importante, aquellos extranjeros tan dados a la bebida que habitaban en las

ciudades del este se enterarían de quiénes mandaban en el país.

Por desgracia, el momento era especialmente desfavorable en la historia de América para que pudiera esperarse un acatamiento de las leyes, en especial de las espartanas. La gente estaba harta de «hacer de los Estados Unidos un país digno de hospedar héroes» [4] y prefería divertirse un poco.

Estaba claro, para quienes querían ver claro, que la Prohibición era un fracaso desde el principio. Ya en los primeros meses de la «época seca» proliferaban los alambiques ilegales. Proliferaban por toda Tejas. En una granja, a unos ocho kilómetros al norte de Austin, fue descubierto un alambique de cerca de quinientos litros de capacidad trabajando a pleno rendimiento. La granja pertenecía al senador Morris Sheppard, autor de la Enmienda decimoctava.

Los legisladores y políticos de los años 20 no parecían someterse a la majestad de la ley. En 1920 los celosos agentes de la Prohibición dieron el alto a un tren especial en el que viajaba la delegación de Massachussets a la convención nacional del partido republicano, lo registraron y requisaron el cargamento de licor que llevaba.

El bebedor entendido podía entonarse, y con frecuencia lo hacía, comprando en la tienda esencia de crema de menta, benedictino o vermut. Después, con llevárselo a casa y añadirle un poco de alcohol de grano y azúcar, conseguía unos efectos muy superiores a los del jugo fermentado de uvas que tomaba el vecino.

A lo largo y ancho de América, el pernicioso *saloon* dejaba paso al no menos pernicioso *speakeasy*. En el Bowery de Nueva York, o en Hell's Kitchen, transgresores y burladores de la ley podían refugiarse en sucios tugurios, donde un trago de matarratas a base de alcohol y agua costaba diez centavos. Mientras tanto, en los barrios elegantes, «los gordos», repantingados en cómodos sofás bajo una luz difusa, tomaban bebidas alcohólicas, servidas por camareras, a 1,50 dólares el vaso.

¿Quién manejaba los *speakeasies?* La rebeldía contra la Prohibición sacó a flote una nueva subcultura de la vida americana: los delincuentes hicieron valer sus méritos. Hombres como Arnold Rothstein, cuya mayor hazaña fue amañar la Serie Mundial de 1919, como Jack (Piernas) Diamond, Buggsy Siegel o Dutch Schultz administraban los mejores locales de este tipo en Nueva York. En Chicago, Johnny Torrio y su

lugarteniente napolitano, Alphonse Capone consolidaban su imperio en el tráfico ilegal de bebidas. La Prohibición pusó a los italianos en el candelero. En 1924 Capone disponía de una cuadrilla de setecientos hombres. Intentó reducir la competencia mediante asesinatos individuales o recurriendo a matanzas colectivas y espectaculares, como la del Día de San Valentín, y sus enemigos le devolvieron la cortesía. En total, unos quinientos *gangsters* cayeron en peleas intestinas en Chicago a lo largo de la década.

Los «secos» no querían reconocer el fracaso de la Prohibición. Se negaron tanto a que se modificara la ley como a que se aumentaran las fuerzas represivas hasta el extraordinario número en que se precisaban. Y así, a lo largo de la década, la ley que no era ley continuaba en los libros. Los jurados se negaban a condenar a los traficantes ilegales, los recién casados montaban en el cuarto de baño el alambique que recibían como regalo de bodas y los congresistas saboreaban una copa de jerez en las reuniones políticas.

Todo aquello venía a reforzar la rebeldía de la gente de la ciudad contra el predominio de la América rural; de los inmigrantes contra los ciudadanos de la tercera o cuarta generación; de los ateos y agnósticos contra los fundamentalistas que trataban de imponer sus principios al país. La Reforma moría tras desacreditarse en el terreno político y ya no se transigiría con ella en cuestiones de moral.

La *flapper* y sus compañeros hacían alarde de su desprecio por la moral y por las leyes del país. Pero, en el fondo, la mayor parte de estos «hijos del jazz» sólo quería disfrutar de una etapa de vacaciones. Otros americanos deseaban una libertad permanente. A raíz de la guerra, los críticos más abiertos de la sociedad americana surgieron entre los artistas y escritores americanos, cuyos recuerdos de los campos de batalla no podían ahogarse en la «orgía de placer» que preconizaba F. Scott Fitzgerald.

Estos hombres habían marchado a Europa antes que la mayor parte de los soldados americanos y, por lo general, se enrolaron en los servicios de ambulancias del ejército francés. John Dos Passos, Ernest Hemingway, Malcolm Cowley, William Faulkner y otros fueron para combatir, o para ayudar a combatir, impulsados por una serie de motivos, con frecuencia por el afán romántico de verse «en el ajo», de vivir la aventura, el barullo y el peligro. Algunas veces los empujaba un sentimiento del deber empapado de progresismo: les

era imposible continuar en las aulas de Groton o Princeton mientras la civilización se enfrentaba a su mayor desafío.

Sin embargo, estos hombres encontraron en la guerra una nueva realidad. En los campos de batalla de Europa naufragaron los principios, antes tan claros, y los bien perfilados argumentos con que justificaban la guerra. Eran difíciles de recordar, y todavía más difíciles de creer, los motivos de la lucha. La hojarasca verbal no sobrevivió a la guerra. Al fin y al cabo las guerras no consisten principalmente en bandas que tocan y en hombres que realizan nobles hazañas. La guerra no era todo aventura ni todo emociones. No encajaba en la imagen de la propaganda americana, que la representaba con un comienzo, un desarrollo y un fin, todo bien arropado en un constante «leitmotiv». En su lugar resultó ser una serie inconexa de escaramuzas personales entre la bala y yo, el arma de fuego y yo, el peligro impersonal e irrazonable y yo.

Estos hombres llegaron pronto a la conclusión de que la experiencia ha de considerarse algo exclusivamente personal, y pensaron que no existía una historia colectiva de la cual los hombres pudieran aprender algo. El individuo aislado debía en cada momento comenzar de nuevo, sin confiar en las explicaciones o en los juicios de los demás. Ninguna persona podía decir a otra qué eran la muerte o el valor. Todos los códigos, tradiciones, costumbres y escrituras que deformaban la realidad para proteger al hombre resultaban inútiles. La vida exigía que se improvisara sin cesar.

La revelación de semejante realidad separó a estos hombres de sus paisanos y de todas las generaciones americanas anteriores, e hizo de ellas la Generación Perdida.

Se refugiaron en el arte, al que consideraban la última defensa contra un mundo hipócrita y caótico. El arte fue para la Generación Perdida, como antes para Gustave Flaubert, una forma de vida. El orgullo de conocerse y la devoción por la integridad de su arte era todo lo que le quedaba a una persona sensible. Los artistas eran los únicos seres sensibles en el mundo moderno.

—¿Qué crees que ocurre con los que no son artistas? ¿Qué llegan a ser? —pregunta un personaje a otro en la introducción escrita por E. E. Cummings a *The Enormous Room.*

—Tengo la impresión de que no llegan a ser. Que nada les ocurre. Que son pura negación.

Estos hombres analizaron con mirada crítica y amarga la cultura y la moral del país. Sentían muy agudamente tanto las contradicciones de los valores sociales de América como la hipocresía de quienes predicaban la democracia. Al parecer, la sociedad americana no sólo desalentaba, sino que amenazaba cada vez más al individualismo, a la libertad personal y al arte, tan caros a los hombres de la Generación Perdida.

Al principio, su crítica de aquella sociedad se basaba en la percepción, falta de criterio histórico y por lo tanto inexacta, de la herencia puritana. Al buscar las raíces de por qué se glorificaba en América al hombre práctico, trabajador y materialmente productivo, y al indagar las fuentes de la fe americana en el conformismo, la abnegación y la represión, los escritores de los años veinte tropezaron con las teocracias de los puritanos de New England. La Generación Perdida, que no creía en dioses ni en teleologías, no podía apreciar la estructura religiosa interna de los puritanos, En el «Santo Experimento» del siglo XVII no encontraban más que hipocresía y una probidad que ocultaba el afán de oprimir a los no conformistas. La sociedad americana, retoño de los puritanos, parecía inmiscuirse con cierto sadismo en la vida y en las libertades personales de sus ciudadanos. El ideal puritano de la productividad alcanzó su máxima expresión en los días de Calvin Coolidge, cuando el constructor de una fábrica recibía tantos elogios como si hubiera erigido un templo, mientras que el autor de un poema pasaba inadvertido, como quien no crea nada de valor.

Los artistas siempre se sintieron faltos de aliento en un ambiente puritano, pero la América de la posguerra parecía más proclive que nunca a sofocarlos. Hombres como Ezra Pound, Hemingway y Dos Passos regresaron a una sociedad en la que la máquina, la producción y la cultura en masa empujaban al pueblo a una uniformidad regimentada. Día llegaría, escribió Pound,

> ...*when man*
> *Will long only, to be a* social function
> *And even Zeus' wild lightning fear to strike*
> *Lest it should fail to treat all men alike.* * [5]

* ... en que el hombre
deseará ser tan sólo *una función social*
y hasta el rayo fulminante de Zeus sentirá el temor de
[desencadenarse
por si no se abate sobre toda la gente al mismo tiempo.

En segundo lugar, estos artistas condenaban a la sociedad americana porque intuían la naturaleza potencialmente opresora de la propia democracia. Tal intuición no era nueva; ya en 1837 Alexis de Tocqueville reconoció, y lo dijo, que encierra muchos peligros un sistema que proclama la virtud áurea de camino medio y deriva su fuerza de la vulgaridad de la masa. De glorificar al hombre común hasta vilipendiar al eminente no había más que un paso. A juicio de los artistas, todas las instituciones democráticas tendían a sofocar al hombre de condiciones excepcionales. La mente joven y sensible, escribía Pound, sentía el agobio de

> *These heavy weights, these dodgers and these preachers,*
> *Crusaders, lecturers and secret lechers,*
> *Who wrought about his «soul» their stale infection.* * [6]

En un mundo así, ¡qué podía hacer una persona sensible? Lo mismo que H. L. Mencken: dedicarse a una constante guerra de guerrillas contra el enemigo. Mencken, un periodista de Baltimore, se refugió en Nueva York y comenzó una cruzada articulada y persistente que hasta la fecha no tiene igual en la historia del país, contra las estupideces de la clase media americana. Con George Jean Nathan, Mencken editó el *American Mercury,* con el que hostigaba la complacencia americana y exponía «lo absurdo de todas las alucinaciones (marxismo, Prohibición, populismo, etc.) en particular cuando se revestían de cierta lógica aparente» [7]. La audiencia del *Mercury* la formaban, en palabras de Mencken, los «hombres olvidados», es decir, los americanos inteligentes. En su larga batalla contra los rectores del país, Mencken analizó y satirizó las costumbres, las ideas y las 'vacas sagradas' del *hinterland,* el «Sahara de Bozart». Rechazó el patriotismo americano porque «exige que se acepten ideas estúpidas como, por ejemplo, que un presbiteriano americano vale tanto como Anatole France, Brahms o Lundenford» [8]. Proclamó sin rodeos el pobre concepto que le merecían los rectores políticos del país y dijo que «en la mente de Calvin Coolidge todo el repertorio de ideas de los Rotary Clubs se repite hasta la saciedad; la sabiduría de toda una raza queda reducida a una serie de apotegmas, todos indu-

* Estos pesos pesados, estos fulleros, estos predicadores, estos cruzados y conferenciantes, secretamente impúdicos, que le han contaminado el «alma» con tanta podredumbre.

dables, todos compartidos por los hombres de sano juicio» [9]. Creó, mediante una ingenua distorsión, una caricatura de la humanidad a la que colgó el apodo de *booboisie*. Acusaba a la democracia de ser el gran rasero que empujaba a todo el mundo a la medianía y argumentaba que las leyes, las costumbres y la moral se establecían con el único fin de que el hombre mediocre se sintiera seguro. Mencken medraba con sus fobias.

—¿Por qué vive usted aquí? —le preguntaron.

—¿Por qué va la gente al zoológico? —contestó [10].

Pero a otros se les hacía difícil combatir día tras día contra los opresores. Estos hombres dejaron sus hogares del medio oeste o del sur, abandonaron la América rural y buscaron refugio en los santuarios aislados como Greenwich Village.

Greenwich Village comienza en la calle 14 Oeste con la Quinta Avenida. En tiempos fue una comunidad elegante de casas solariegas, pero ya en 1910 era un refugio barato y pintoresco de artistas y bohemios. Estos primeros artistas, conscientes también del hambre estética del país, acudieron al Village a buscar un remedio a la magra dieta cultural de la nación. Eran optimistas. Vivían en pisos baratos, sin ascensores; vagaban por las calles estrechas e irregulares y se pasaban las noches en los cafés discutiendo sobre el arte y sus formas, sobre los proyectos que abrigaban para reanimarlo y perfeccionarlo. En su vida diaria buscaban el ideal bohemio de vivirla libre e independiente, lejos de toda autoridad y de toda cortapisa social.

Pero en los años 20 los artistas iban a Greenwich Village, no con esperanza, sino llevados por la desesperación. Y pisándoles los talones, irrumpió la tecnología moderna. El metro del West Side, al recuperar al Village para la ciudad, terminó con su aislamiento, y la época del jazz invadió la utopía bohemia y le hizo perder su espontaneidad. El metro transportaba a los turistas de la clase media que deseaban curiosear por el Village, y los viejos cafés cedieron su puesto a establecimientos de ambiente adulterado donde se podía tomar el té junto a los poetas «de la casa». Con la Prohibición, el Village se convirtió en un paraíso de *speakeasies*. Los bohemios sucumbieron a este padrinazgo o huyeron. El poeta Floyd Dell escribía: «Teníamos algo que toda la burguesía americana, harta de su eficacia mecánica y de tanta sacrosanta respetabilidad, anhelaba compartir con nosotros: nuestra libertad y nuestra felicidad» [11]. Para sentirse libres y felices

no era necesario, a veces, sino vivir al día con cincuenta centavos prestados. Pero todo aquello tenía un atractivo romántico, al margen por completo de la rutina de las clases medias americanas. En vez de comer, los bohemios se bebían una botella de jerez barato y, en cuanto a la cena, se dejaba un poco a la buena de Dios. Nadie se preocupaba de dónde a cómo sería, pero, de una manera u otra, el bohemio se encontraba sentado a la mesa de alguien, a veces en casa de algún desconocido. La noche se pasaba en uno o dos de los bares favoritos del Village y más tarde en cualquier reunión de cualquiera de los pisos alquilados. Se colocaban unos cuantos colchones juntos y por la mañana, los que allí se quedaron cansados o borrachos, se iban a casa a escribir sus versos o a fingir escribirlos.

El Village se iba llenando de personas que sólo finjían escribir poemas, y pronto incluso dejaron de esgrimir esta pretensión. En el Village no pululaban ya los artistas o los bohemios genuinos, sino jóvenes de hogares burgueses con trabajos corrientes, que deseaban «saborear la vida antes de sentar la cabeza.

Muchos artistas y escritores huyeron a París, a la orilla izquierda del Sena, entre Montparnasse, Raspail, el «Boul Mich» y el bulevar St. Germain. París era más acogedor, más romántico y emocionante que el Village. Era también más barato y allí no llegaba la Prohibición. Los días y las tardes podían pasarse en los cafés con terraza bebiendo a la vista de todos, sin ninguna preocupación.

Pero los expatriados no hicieron de París su segundo hogar por el hecho de que el vino y el whisky circularan legalmente o porque el río fuese bonito. Para ellos, Francia era el centro del arte y de la literatura, y la cultura francesa la antítesis de las tradiciones puritanas, de las que intentaban escapar. En París los artistas y los intelectuales con sensibilidad no tenían que luchar para ser ellos mismos. Francia los aceptaba casi sin más, tal cual eran.

La actitud de los franceses hacia el arte, incluso más que el arte francés, impresionaba y tranquilizaba a estos expatriados. Al igual que su predecesor Flaubert, los artistas franceses estaban convencidos de que «el arte es lo bastante grande como para absorber por entero a una persona» [12] y así la Generación Perdida, al refugiarse en el arte, adoptaba una actitud que se comprendía y se excusaba.

Los americanos en París eran conscientes de su papel crea-

dor y se consideraban a sí mismos colaboradores en la empresa de producir aquel fermento intelectual que hizo declarar a Gertrude Stein: «El lugar del siglo veinte se hallaba en París». Los expatriados se mezclaban con los dadaístas, los surrealistas franceses, y publicaban manifiestos artísticos. En una de sus pequeñas publicaciones, *Transition,* apareció en 1929 una proclama típica: «[El creador literario]... tiene el derecho a usar palabras formadas por él mismo y a hacer caso omiso de las reglas de la gramática y de la sintaxis. El escritor debe expresar, no comunicar... ¡Al diablo con el lector corriente!»

En París los escritores americanos se relacionaban con otros escritores en las reuniones informales que se celebraban en casa de Ford Madox Ford y de Bill y Mary Widney. En París vivían expatriados de una generación anterior, con residencia permanente, que dieron la bienvenida y alentaron a los recién llegados. Tras las puertas cerradas del establecimiento de Silvia Beach, que daba a la calle del Odéon, siempre se celebraba alguna fiesta para dar a alguien la bienvenida o para desearle *bon voyage.* En el centro de este mundo había figuras como Gertrude Stein, «mujer sólida y maciza... su cabeza masculina y bien proporcionada, de pelo corto y gris, parecía la de un senador romano» [13]. Fue Miss Stein quien puso el nombre de Generación Perdida a aquellos intelectuales errantes. En París vivía también Eugene Jolas, y en su casa se reunían los admiradores de James Joyce.

Los expatriados tenían por lo general veintitantos años; eran jóvenes de ambos sexos con educación universitaria, procedentes de las ciudades del este o del medio oeste. Si trabajaban en París, lo hacían por lo general como periodistas; solían ir cada día a las oficinas del diario americano, en la Plaza de la Opera, o escribían artículos de colaboración para revistas de papel satinado. A veces, para pagar el piso, hacían traducciones. Los más ambiciosos editaban sus propias revistas y publicaban las obras de Joyce, de Stein, o del poeta de la casa de al lado.

Los expatriados más trabajadores y prolíficos procedían del medio oeste. En la rebeldía de los intelectuales contra los Estados Unidos, ellos eran las figuras centrales. Tanto les repugnaba el medio oeste y con tanta fuerza describieron la tortura y la triste monotonía de la vida en aquellas regiones. que el medio oeste, llegó a simbolizar todo lo que los artis-

tas despreciaban: no sólo el mundo rural de Ohio o de Minnesota, sino el más amplio mundo del convencionalismo burgués, de la devoción hipócrita, de los gustos ramplones, de la pobreza de espíritu.

Con todo, y como por ironía, todos aquellos autores escribían siempre del medio oeste, como si «habiéndose desplazado físicamente a París, regresaran con la imaginación al medio oeste, al no haber otro lugar en sus experiencias o en sus recuerdos» [14].

Así, pues, estos autores desdeñaban, pero también amaban, el medio oeste, aunque se marcharan de allí por no poder aguantar su terrible tedio. Desde París, o desde España, o desde cualquier pequeña isla del Mediterráneo, recordaban con frecuencia y con nostalgia los años de su infancia. Incluso Ernest Hemingway, por entonces enfrascado en la violencia de las ruedos españoles, volvía a veces la mirada a los días en que «el heno olía bien y uno se olvidaba de todo tumbado en el pajar». Aquellos americanos no podían regresar porque la guerra se alzaba entre ellos y su país. Pero en su arte conservaban y daban forma a sus recuerdos. Seguían amando los Estados Unidos, pero preferían hacerlo desde cierta distancia. Para los expatriados no había otra solución.

La época del jazz terminó bruscamente en 1929. Se esfumó la prosperidad que hizo posible aquellas largas vacaciones que duraron una década. La era del exceso en la que, en palabras de Fitzgerald, «la nieve no era nieve en realidad. Si uno quería que no fuese nieve, bastaba con pagar algún dinero» [15] cedió a la depresión. La época del jazz, reflexionaba Fitzgerald, «fue, de todas maneras, tiempo de prestado» y ahora el cinturón volvía a apretarse.

En los años 30, los escritos de los expatriados estaban llenos de lamentaciones y remordimientos por las frivolidades del pasado. Incluso Fitzgerald, al recordar cómo terminaron sus amigos (muertos en peleas de borrachos, suicidándose o asesinados por los propios compañeros en manicomios) señalaba la moraleja a deducir de «la juventud quemada» y de la vida sin objeto. Un coro de *mea culpa* brotó de esta generación, más sobria ya y sometida a la crítica de los izquierdistas y liberales. Tanto unos como otros le achacaban que su indiferencia por la política permitió en cierta medida, e incluso pudo motivar, la tragedia de los años treinta. Los artistas fracasaron en su papel de profetas y de grandes sa-

cerdotes de la moral y sólo se limitaron a huir. Por supuesto, tales críticas eran injustas. Los escritos de John Dos Passos no hubieran podido evitar la caída del mercado de valores, ni la charlatanería de una moral ya caduca hubiera salvado a la nación.

Los escritores de los años 20 se rebelaron, acaso ingenuamente, acaso con excesiva impaciencia, contra su propia cultura. Sin embargo, en su rebeldía lograron dar forma a aquel *risorgimiento* con el que Ezra Pound soñara en tiempos. Libres para experimentar y para criticar, descollaron al fin de manera señalada. Después de todo, sus poesías, sus novelas y sus dramas son rigurosamente americanos.

En los años 30, las causas de todos aquellos debates estaban muertas. El auge de las ciudades arrancó las riendas rectoras de las manos de los fundamentalistas rurales. Las mujeres ya eran libres. La edad de la máquina, aunque fomentaba la uniformidad, no había logrado acabar con los artistas creadores. Y sobre todo, los años 30 sentían más interés por la economía que por la moral. La política era más pragmática y menos idealista. La Prohibición fue abolida. Comenzaba una nueva clase de revolución y en ella nada tenían que hacer los bohemios, las *flappers* y los miembros de la Generación Perdida.

7. La protesta de la clase media y la ascensión del nazismo

A principios de 1934, poco después de que Hitler se adueñara del Estado alemán, y durante los primeros meses de los mil años, que, según algunos, había de durar el Tercer Reich, un sociólogo de la Universidad de Columbia quiso estudiar los motivos de descontento y los anhelos que llevaron al hombre de la calle alemán a encuadrarse en el movimiento de Hitler. Utilizó un método ingenioso: patrocinó un concurso, ofreciendo un primer premio de 125 marcos al mejor ensayo sobre el tema: «¿Por qué se ha convertido usted al nacionalsocialismo?» Se recibieron cientos de trabajos. La gente contaba sus casos con orgullo. Muchos fueron fieles adeptos del nazismo durante largos años de lucha y oscuridad. Ahora que Hitler estaba en el poder se sentían victoriosamente reivindicados [1].

Los participantes en el concurso abierto por el profesor eran personas de todas clases y de todas las edades, sin embargo, existía una curiosa uniformidad, cierta especie de monotonía en todos los relatos. Estaban escritos por gente común del medio *bürgerlich*. Por lo general, el padre fue un obrero que trabajó sin descanso o un hombre dedicado a los pequeños negocios, muchas veces con simpatías socialistas.

La madre fue una devota *Hausfrau* que se las veía y se las deseaba para que el presupuesto alcanzara hasta fines de mes, pero que procuraba llevar bien vestidos a los niños. El futuro secuaz de Hitler no fue mal escolar, aunque le chocaran o le molestaran las ideas de algunos profesores. Su generación se sintió sacudida por las doctrinas del socialismo y de la lucha de clases. En ocasiones, el evangelio de Marx logró despertar el entusiasmo y el acaloramiento de muchos, al prometer liquidar la arrogancia y el esnobismo con que los figurones del gobierno y de la milicia trataban al ciudadano corriente y trabajador. Pero otros aspectos del credo socialista eran incomprensibles, incluso repulsivos. Los socialistas hacían burla del patriotismo y del amor al terruño y el burgués alemán no podía arrancarse este amor del corazón. Lo había hecho suyo en las rodillas de su madre y creía en su verdad y en su justicia. Pensativo e inquieto, terminó sus estudios y se esforzó por distinguir lo verdadero de lo falso, sin estar muy seguro de cuáles eran, en el fondo, sus ideas políticas y religiosas. Se colocó en una oficina o abrió un negocio y quizás llegase a casarse. Entonces vino el cataclismo: la guerra. Ni demasiado joven, ni demasiado viejo, marchó a las trincheras luciendo con orgullo el uniforme. Durante cuatro años sufrió junto a sus compañeros la carnicería y el barro, luchando sin quejarse por el honor y la victoria de Alemania. Se sintió íntimamente unido a los hombres de su compañía, que pasaron a ser verdaderos camaradas sin distinción de rangos ni de clases. Su amistad se selló con sangre. Y en todo ello latía una profunda satisfacción.

De repente, le dijeron que la guerra había terminado... ¡con la derrota de Alemania! No podía comprenderlo. ¿Cómo y por qué vino esa derrota? Nunca antes se la imaginó posible. Sin duda se trataba de un error. Cansinamente emprendió el regreso a casa, sumido en confusiones y, al llegar a su ciudad, bandas de rufianes le escupieron en el uniforme e intentaron arrancarle las charreteras de los hombros. En nombre del bolchevismo y de la revolución internacional le tacharon de indeseable. Quiso volver a su antiguo trabajo, pero otra persona lo había ocupado en su ausencia. Los ahorros de la familia mermaban. Alborotos y huelgas estallaron por todas partes. Su país no era el mismo. Todo había cambiado. El kaiser Guillermo II había huido y el soldado se enteró de que Alemania era una república. Sus camaradas del frente, los únicos con quienes

podía hablar, le dijeron que este gobierno los había traicionado. Cuando el ejército estaba ganando la guerra, estos hombres firmaron la paz y consintieron en la derrota vergonzosa de Alemania. El Gobierno, en la persona del nuevo presidente socialdemócrata Friedrich Ebert, le recibió con una ridícula bienvenida: «A tu regreso de los campos de batalla, sin conocer la derrota, yo te saludo» [2]. Estaba claro que tales palabras sólo podía decirlas un hipócrita o un embustero. El mundo era una ruina y la amargura del exsoldado se hizo más intensa. El rencor que le poseía pronto le impulsó a condenar por entero al «sistema», es decir, a todo lo que se relacionaba con el nuevo régimen.

Las historias personales de estos convertidos al nacionalsocialismo eran tan parecidas, que fue fácil construir ciertos arquetipos a base de ellas. Parecían crónicas medievales: escatológicas en cierta manera, culminaban en el momento de la resurrección, es decir, cuando al narrador se le revelaba el nazismo y el Führer. Era el momento en que «la venda caía de los ojos», el momento en que una luz cegadora e instantánea iluminaba el camino de la verdad, el camino del nacionalismo, del cual estuvo tanto tiempo alejado. Uno de los concursantes expresó de manera muy clara lo que había de familiar en la figura de Hitler y en el hecho de abrazar las ideas del nazismo: era como regresar a casa tras años de vagar por el desierto. «Yo siempre fui nacionalsocialista», escribía el concursante, «El nombre del concepto no importa. Hoy sé, que yo era nacionalsocialista antes de que esta idea tuviera nombre» [3].

Hitler y el movimiento nazi sacaron partido, desde luego, de la miseria económica de la República de Weimar, pero explotaron mucho más las frustraciones de quienes, creyéndose preteridos y despreciados en su vida política y social, trataban de ganarse el respeto y la consideración de los demás. El soldado alemán, al regresar del frente, terminada la primera guerra mundial, encontraba difícilmente trabajo y su economía se resintió. Pero lo que más le chocaba era la ingratitud del Gobierno. Este extremo constituye la queja característica que se repite en los relatos de los concursantes al mencionar todo lo que tuvieron que pasar durante la posguerra.

Gente acostumbrada a contemplarse como la sal de la tierra, se encontró de repente con que la base moral y material de su vida parecía haberse volatilizado. La crítica con-

tra la situación política profundizó aún más y nació la sospecha de que algo corrompido y viciado minaba a la sociedad alemana, que alguna carcoma no sólo devoraba los ahorros del banco, sino que amenazaba socavar la vida familiar, las convicciones religiosas y las normas morales. Muchos de los que más tarde fueron activistas en el movimiento de Hitler eran personas que, en tiempos normales, se hubieran mantenido al margen de la política y de la vida pública para dedicarse tranquilamente a su familia y a su trabajo. Eran personas que, en otras circunstancias, hubieran hecho suyo el principio: «No hay que agitar la barca». Pero ahora la barca daba bandazos con ellos. Sin embargo, aunque mareados, estaban decididos a salvarse. En los años 20 y en los primeros de la década siguiente, la clase media alemana fue víctima de una pesadilla que fluctuaba en su intensidad, pero que se hizo particularmente vívida durante la inflación, tras la ocupación francesa del Ruhr, y luego en 1930, cuando la Depresión se dejó sentir con toda su fuerza. Pero incluso en los últimos años de la década de 1920, en los denominados «años buenos» de la República, la pesadilla no se esfumó del todo. «Prevalecían la corrupción y el ventajismo. Los judíos y los chanchulleros se enriquecían y vivían en medio del bienestar y del lujo, como en la tierra prometida. Los periódicos denunciaban cualquier intento que tendiera a despertar a la nación. Alemania parecía condenada a perecer.» [4]

La incapacidad del Gobierno de Weimar para inspirar confianza arrancaba de muchos factores que se mencionan lúgubremente en todos los relatos históricos del nazismo. En primer lugar, la onerosa carga de su «responsabilidad» por la firma del Tratado de Versalles: un mito que los republicanos debieran haber atacado en todo momento en vez de dejar que inficionara lentamente con su veneno. Luego estaba su incapacidad para acabar con las «revoluciones» de inspiración comunista y con las huelgas que se abatieron como una plaga en los primeros años del Gobierno. Estaban también la inflación y el doloroso problema de las reparaciones a las potencias aliadas. Pero, sobre todo, existía un crítico factor psicológico: el Gobierno de Weimar era incapaz de crear ninguna mística. En Alemania el republicanismo no tenía raíces ni tradiciones a las cuales recurrir. En la historia alemana no había barricadas que pudieran servir de inspiración al Gobierno; ni himnos republicanos, ni divisas

como «libertad, igualdad, fraternidad». Por el contrario, todas las tradiciones alemanas iban a repelo del republicanismo. La constitución de la república alemana se trazó en Weimar, pero su capital fue el Berlín prusiano. La proliferación, en la postguerra, de los partidos, con la consiguiente aparición del *Kuhhandel* o chalaneo político, dieron a los parlamentarios de Weimar el aspecto de pícaros que, con sus constantes triquiñuelas, sólo se preocupaban de conservar sus puestos, sin otras aspiraciones, al parecer, que las de ir tirando.

El idealismo frustrado de la generación que se había tragado todas las grandes frases de la propaganda de guerra no podía soportar este espectáculo. Ebert, Philipp Scheidemann, Gustav Stresemann y luego Heinrich Brüning y Franz von Papen eran personas corrientes que se esforzaban, improvisaban, iban y venían, tratando de hacer algo positivo. La burguesía alemana, que sentía en carne viva su propia insignificancia, sus precarios recursos económicos, su incapacidad para enfrentarse a la derrota y a la depresión, no deseaba que sus fútiles forcejeos se reflejaran en los hombres que gobernaban el país. El desprecio que recaía sobre los funcionarios de Weimar era una forma sutil de desplazamiento del odio que sentía la burguesía contra sí misma. En las escuelas del tiempo del Kaiser no dejó de hablarse de la majestad del Gobierno, y la propaganda bélica había remachado este tema continuamente.

Ahora el gobierno, como cualquier insignificante tendero, se veía envuelto en problemas con los acreedores y con el pago de las cuentas y procuraba, en lo posible, esconder la ropa sucia de la mirada ajena. La clase media alemana esperaba, como siempre, que el Gobierno le guiara y le aconsejara y sólo encontró un reflejo de su propio ser, confuso y chabacano. Se sintió abandonada, atrapada en una especie de lucha hobbesiana para poder sobrevivir, en una guerra de todos contra todos, en una situación por desgracia muy diferente de la imagen del *Volk* alemán grande y unido que aprendió a visualizar en la escuela. Para muchos alemanes, un gobierno basado en las conveniencias y los intereses de partido era una parodia de los principios morales y una traición a la historia alemana.

Así, pues, el desprecio carcomía las bases de la República de Weimar. Ya desde el comienzo no fue más que un pobre andamiaje incapaz de inspirar idealismo o lealtad. La

república se proclamó de repente y sin ningún entusiasmo en noviembre de 1918, tras la abdicación del Kaiser y cuando los soviets bolcheviques brotaban por todo el país y amenazaban con la anarquía. Como los Kadets de Rusia en marzo de 1917, los socialdemócratas alemanes procuraban no asumir responsabilidades. Ebert, el primer presidente de la república, había hecho cuanto pudo para evitar que naciera ésta y hasta hizo indagaciones en busca de un monarca que ocupara el torno del Kaiser. Le ponía malo pensar en una Alemania republicana. En cuanto a la revolución social, «la odio tanto como al pecado» [5], decía. La república era algo sin prestigio en todos los sectores. Nada que hiciera podía resultar bien. Si actuaba con rigor y energía para mantener la ley y el orden, lo que hacía raras veces, se la acusaba de opresora. Si intentaba colocarse al margen de las tempestades que levantaban los terroristas de la derecha y de la izquierda y los chantajistas políticos, la criticaban por impotente y vacilante. Al Gobierno le llamaban «esa panda de granujas». El parlamento nunca perdió su apelativo de «la casa de los charlatanes». Entre los observadores de la política de Weimar, más de uno notó que los oradores de cualquier partido sacaban a los públicos de su letargo en el momento en que atacaban al gobierno. Que los alemanes acudieran a votar a los colegios electorales no significaba gran cosa. La gente votaba por rutina, con apatía y muchas veces a disgusto. Votaba más por impedir el progreso de algunos candidatos que por favorecer a otros. Los industriales, los terratenientes y los militares, temerosos de los rojos, votaban por los conservadores para tener a raya a los socialdemócratas. Los trabajadores elegían a los socialdemócratas y a los comunistas para impedir el avance de los reaccionarios. Pero a lo largo de todo el proceso electoral dominaba la idea de que no valía la pena ninguno de los candidatos. Se elegía, como es corriente también en nuestros días, «el mal menor». Cuando un Gobierno carece del apoyo popular durante largo tiempo, su situación se hace muy delicada. Se mantiene en el poder por una especie de inercia y porque los gobernados están resignados y habituados a él. Pero llega un momento en que semejante situación hastía de tal manera, que tiene que desaparecer.

Para un pueblo políticamente cansado, cínico y desilusionado, el nacionalsocialismo tenía el atractivo de prometer muy poco en el capítulo de bienes y servicios. La gente,

tras desilusionarse con los partidos que ofrecían el oro y el moro para satisfacer una gama de gustos políticos que iban desde la izquierda a la ultraderecha, escuchaba con agrado a unos hombres que sólo les prometían su participación en una gran empresa común. Este partido, al hablar de luchas y de privaciones gloriosas, aportaba una nueva dignidad a los esfuerzos de la gente, por ganarse la vida y sacar adelante a la familia. En los años 20, casi todos los ciudadanos se sentían injustamente desposeídos. Para personas con tales ideas, un partido que exigía «sacrificios», automáticamente agradaba mucho más que los que repartían promesas a diestro y siniestro. El ciudadano alemán se sentía ufano, importante y virtuoso cuando se le exhortaba al sacrificio.

Los nazis, al tocar una y otra vez, y sin contemplaciones, esta cuerda de la fortaleza y del sacrificio personal, parecían más sencillos y a la vez más realistas que sus competidores. Políticos astutos de todos los países han sabido sacar sustanciosos dividendos electorales a esta verdad psicológica. John F. Kennedy hizo lo mismo en los Estados Unidos al exhortar al público americano a que «no preguntes qué puede hacer el país por ti, sino qué puedes hacer tú por el país». Estas palabras, cuando las dice un líder con carisma, producen un efecto casi mágico en el pueblo que sospecha que, de todas maneras, ha estado sufriendo y sacrificándose tontamente en la oscuridad y en el aislamiento, pero sin objeto y sin ningún ideal inspirador.

Mientras los veteranos, por lo general, se guardaban en silencio su resentimiento contra el Gobierno de «los criminales de noviembre», otros muchos, más exaltados y virulentos, estaban decididos a trabajar activamente hasta destruir a los responsables de haber firmado la paz. Estos veteranos eran hombres que por primera vez sintieron el significado de la vida al ir a la guerra. Entraron en ella como ceros a la izquierda y en el ejército se sintieron importantes y necesarios. Deseaban, sobre todo, perpetuar el fiero espíritu combativo, la áspera camaradería que vivieron en las trincheras y no podían, o no querían, desmovilizarse psicológicamente. El desprecio de estos hombres por el Gobierno pacifista de los socialdemócratas no conocía límites, y se esforzaban por rebajarlo más todavía ante los ojos de los demás alemanes.

Estos veteranos, ebrios de ardor bélico, no se desbandaron sino que se reagruparon en pequeños ejércitos particula-

res al mando de oficiales populares y famosos. Los Rifles Voluntarios de Maercker, los Cuerpos Libres de Haase, la Brigada Ehrhardt y docenas de otros ejércitos privados brotaron en la Alemania de la postguerra. Les caracterizaba su afán de pelear y su tenaz lealtad a los jefes. Alardeaban de disciplina y de que estaban siempre dispuestos a matar, a saquear y a exterminar para cualquiera que les pagara. Para ellos el mundo estaba tan podrido que el hecho de destruir era de por sí algo magnífico y purificador que les liberaba.

Los cuadros de estos ejércitos particulares, y virtualmente todos sus jefes, procedían de la oficialidad joven del ejército regular. Estos oficiales no ignoraban que los límites tajantes impuestos en Versalles a la Reichswehr —sólo se autorizaron a la nación derrotada 4.000 oficiales y 100.000 soldados— les impedían hacer carreras brillantes en el ejército. Estaban seguros de que los viejos ocuparían los puestos de jefes y oficiales, no los jóvenes que probaron su valor en el combate y sintieron más de cerca las emociones de la vida militar. Muchos de estos jóvenes habían formado parte de los cuerpos distinguidos del ejército alemán o batallones de asalto, unidades especiales de combate que actuaron como «tropas de choque» en el frente occidental. Parecidos a los «boinas verdes» americanos de hoy, eran soldados extraordinariamente curtidos y sagaces que no se detenían ante nada. Llevaban uniformes y distintivos especiales, se tuteaban con sus oficiales y se consideraban hombres de una raza nueva e invencible.

Por desgracia para el nuevo Gobierno republicano, éste tuvo que comenzar su carrera bajo los auspicios, e incluso la protección, de estos «príncipes de las trincheras». En cuanto el Gobierno se hizo cargo del poder, estallaron por todo el país revueltas inspiradas y dirigidas en su mayor parte por los bolcheviques. Brotaron en casi todas las ciudades y en especial en Berlín. El nuevo Gobierno se hallaba preocupado; gran parte de los efectivos del ejército regular no había vuelto del frente, aparte de que estaba plagado de simpatizantes bolcheviques. En un intento de evitar el caos doméstico y la revolución bolchevique en gran escala, el nuevo Gobierno prometió pagar y vestir a los cuerpos de voluntarios si se comprometían a defenderlo, y se apresuró a designar a Gustav Noske, a quien pronto llamarían «el sabueso contrarrevolucionario», ministro de la Defensa Nacional. Noske convocó a los Cuerpos Libres para que ba-

rrieran la amenaza roja. Por toda la ciudad surgieron carteles instando de nuevo al alistamiento.

COMRADES
The Spartacist danger has not yet been removed.
The Poles press ever farther onto German soil.
Can you look on these things with calm?
NO!
Think what your dead comrades would think!
Soldiers, Arise! Prevent Germany from becoming
The laughing stock of the earth. Enroll NOW in
the HUELSEN FREE CORPS. * [6]

Los Cuerpos Libres entraron en acción con entusiasmo. En enero de 1919 restablecieron el «orden» en Berlín. Nadie esperaba, naturalmente, que tales hombres realizaran su labor con muchos remilgos. Una vez sueltos, el Gobierno no halló la manera de devolverlos al redil. En realidad, el terror se impuso en Berlín. Los jefes espartaquistas —los viejos colegas de Ebert y Scheidemann en los días de la Segunda Internacional— fueron secuestrados y brutalmente asesinados. En los meses siguientes, conforme estallaban revueltas aquí y allá, los Cuerpos Libres acudían a extinguir las llamas. Cuando en febrero de 1919 se reunió en Weimar la nueva asamblea constituyente, siete mil gerifaltes cercaron la ciudad para impedir desórdenes. Otras brigadas marcharon a Bremen, Brunswick y Munich. En marzo, cuando Berlín comenzó a agitarse de nuevo, se solicitó la intervención de los Cuerpos Libres y durante una semana la ciudad estuvo sometida a su arbitrio. Cualquier berlinés, por llevar armas o tan sólo por actuar de manera sospechosa, podía ser fusilado sin formación de causa. Los Cuerpos Libres estaban allí para realizar un trabajo y lo llevaban adelante sin escrúpulos de ninguna clase. Matanzas en gran escala se registraron en Berlín en marzo, y en mayo en Munich. El

* ¡CAMARADAS!
El peligro espartaquista no ha desaparecido.
Los polacos siguen presionando en suelo alemán.
¿Se puede tolerar todo esto con calma?
¡NO!
¿Qué pensarían tus camaradas muertos?
¡Soldados, en pie! No dejemos que Alemania se convierta en el hazmerreír del mundo. Alístate YA en los CUERPOS LIBRES DE HUELSEN.

comandante de una unidad destinada a Baviera instruyó a sus hombres: «Primero les disparáis y luego informáis que trataron de atacaros o que intentaron huir» [7]. Cuando las atrocidades pasaron de la raya, el Gobierno echó un regaño a los capitanes y les pidió, sin demasiada energía, que se moderaran un poco. Era lo máximo que podía hacer porque, en aquellos momentos, su supervivencia misma dependía de estos ejércitos de *condottieri*. Para el verano de 1919, los Cuerpos Libres eran, probablemente, la fuerza más poderosa de Alemania. Tenían entre 200.000 y 400.000 hombres y ni su respeto ni su afecto por la república aumentaron, a pesar de las operaciones de limpieza que realizaron en su nombre. Cuando no fusilaban bolcheviques, bebían y brindaban por los viejos y añorados días de lucha, por sus jefes, por el *Volk* alemán, por el Reich... y por la muerte del régimen de «los traidores de noviembre».

Tal y como estaban las cosas, el ajuste de cuentas no podía tardar. En marzo de 1920 tuvo lugar la primera de las intentonas que se realizaron para derribar mediante un golpe militar al Gobierno de Weimar. El golpe de Kapp, así llamado por el nombre del burócrata prusiano que figuró al frente del nuevo «gobierno», no se ejecutó con mucha brillantez. Mal coordinado y peor sincronizado, resultó un bodrio desde el principio. Los aprendices de revolucionarios ocuparon Berlín durante cinco días y el Gobierno legalmente constituido huyó rápidamente a las provincias. Uno de los más famosos ejércitos de gerifaltes, la conocida Brigada Ehrhardt, constituía la fuerza armada del golpe, y eso que sólo unos meses antes el Gobierno le pagó para que liquidara a los comunistas en Brunswick y en Munich. Ahora, la Brigada estaba dispuesta a fusilar a los miebros del Gobierno. Cinco mil hombres entraron en Berlín sin encontrar ninguna resistencia y proclamaron la muerte del Gobierno republicano. Que la república no pereciera en aquel momento se debió a las pobres comunicaciones existentes entre los ejércitos de gerifaltes; a causa de sus celos y rivalidades les faltaba la necesaria coordinación. El hecho de que algunos de los sedicentes exterminadores de la república estuvieran todo el tiempo borrachos tampoco ayudó mucho a sus propósitos. El Gobierno republicano, desde su escondite, en Stuttgart, llamó a la huelga general y prácticamente todos los trabajadores de Berlín se declararon en paro. En esta ocasión la república tuvo que solicitar la ayuda urgente de

los mismos rojos, a quienes estuvo fusilando sin contemplaciones unos meses atrás. El golpe, aunque fracasó ignominiosamente, no acrecentó por eso el prestigio ni la respetabilidad del Gobierno legal. Ni tampoco los Cuerpos Libres se preocuparon mucho por el fracaso. Para ellos el Gobierno era como un balón de fútbol, que se puede mandar a las nubes con un certero y rápido puntapié. En esta ocasión, el puntapié resultó flojo y a destiempo. Un teniente de los gerifaltes gruñó: «La cosa no terminó bien porque no liquidamos a suficientes personas» [8].

Los gerifaltes tenían sus motivos para no preocuparse. Cuando el Gobierno regresó a Berlín, era lógico pensar que los tribunales se mostraran enérgicos contra quienes perpetraron tan alegremente un delito de alta traición contra el Estado. Al principio, 705 personas fueron acusadas de traición, pero de una manera u otra las acusaciones se esfumaron. Más de cuatrocientos fueron amnistiados y a otros se les permitió que se perdieran de vista. Las causas se sobreseían con la mayor tranquilidad. Y al fin tan sólo una persona —el jefe de la policía de Berlín— fue condenado. Se le castigó a cinco años de «confinamiento honorable» y aunque se le retiró la pensión, al parecer en un momento de crueldad excesiva, los tribunales prusianos ordenaron que la siguiera percibiendo. A Kapp le exoneraron de toda culpa. Y en cuanto a Ehrhardt y los demás oficiales que tomaron Berlín, quedaron en libertad para seguir haciendo de las suyas.

Con el tiempo, el Gobierno de Weimar realizaba débiles esfuerzos para disolver los Cuerpos Libres o por integrarlos en el ejército regular, en vista de que, cuando no se dedicaban a matar bolcheviques, constituían un grave engorro, como acababa de demostrar el episodio Kapp. Las correrías de las tropas de gerifaltes en el Báltico, donde intentaban apoderarse de las repúblicas bálticas para compensar las pérdidas de Alemania en el oeste, eran difíciles de explicar a las potencias aliadas. Para 1920 se promulgaban regularmente decretos de disolución de varias compañías de los Cuerpos Libres. Los capitantes y comandantes al frente de estas brigadas se reían... y perjuraban. Si sus hombres se integraban en el ejército regular, muchas veces lograban conservar su vieja identidad y su antiguo nombre. Por otra parte, los jefes más recalcitrantes de los Cuerpos Libres preferían obrar por su cuenta y reclutaban nuevos elemen-

tos. Se montaban organizaciones que sirvieran de fachada, bastante transparente por lo general, y tras ellas los gerifaltes desfilaban y se ejercitaban como antes. Eran muchos los disfraces: organizaciones fraternales de veteranos, compañías de transporte, cuadrillas para el mantenimiento de carreteras, oficinas de detectives privados e incluso «sociedades de ahorro». Las armas se expedían a los nuevos reclutas bajo el inocuo rótulo de «máquinas herramientas». No sólo disponían de armas para su propio uso, sino que conseguían aumentar sus ingresos económicos vendiendo los excedentes al Gobierno. los gerifaltes tenían la costumbre de «liberar» las armas de los polacos. Primero vendían los fusiles a los polacos y a los bolcheviques; luego, una vez con el dinero en el bolsillo, «liberaban» las armas en golpes de mano nocturnos. Después las volvían a vender, las robaban de nuevo, y así sucesivamente. Bien llevado, era un deporte entretenido y lucrativo. A lo mejor, las mismas armas se vendían media docena de veces y terminaban por fin en las manos de los gerifaltes.

Los débiles intentos del Gobierno por erradicar las organizaciones de gerifaltes no lograron contenerles. El hecho de que el régimen, que en los últimos tiempos estuvo prácticamente en sus manos, pretendiera ahora suprimirlos, colmó de rabia a estos salteadores, cuya influencia bajo mano era todavía más siniestra. Por lo menos unos cuantos —entre ellos el versátil capitán Ehrhardt— se especializaron en el asesinato político. Se montó una organización: la Feme, cuyos fines eran administrar «la justicia popular», asesinando uno tras otro a «los criminales de noviembre». Con estas ejecuciones no sólo se pretendía saldar viejas cuentas sino llevar al país al caos, hundir la forma republicana de gobierno y encaramar a unos cuantos jefes gerifaltes.

No todas las víctimas de la Feme fueron estadistas. También cayeron desertores y «chivatos» de la propia organización. Otras eran simples ciudadanos que cometieron contra Alemania el gran pecado de informar a las autoridades de la existencia de algún escondrijo ilegal de armas. Una criada de Munich, que tuvo la desgracia de tropezarse con uno de esos arsenales y de revelarlo a la policía, apareció al día siguiente colgando de un árbol en un parque cercano, y con una nota sujeta al pecho que decía: «Zorra, la Mano Negra te mata por traicionar a la patria» [9]. Según cálculos conservadores, la Feme asesinó a unas trescientas personas en los

primeros años de la década de 1920. La víctima más destacada fue Walter Rathenau, el hombre que, como director de las Materias Primas, organizó durante la guerra los suministros de Alemania. Dos agentes de la Feme que se le acercaron en coche le mataron a tiros en la calle. Años más tarde sus asesinos, Erwin Kern y Hermann Fischer, llegaron a ser brillantes estrellas de la galaxia nazi de héroes y recibieron honores del propio Hitler. La siniestra ironía del caso es que Rathenau al principio apoyó sin reservas la idea de los Cuerpos Libres, allegó más de cinco millones de marcos para su creación y contribuyó generosamente al mismo fin con aportaciones de su propio bolsillo. Estos antecedentes no le sirvieron de nada: fue ejecutado por el doble crimen de ser ministro de Asuntos Exteriores en el Gobierno de Weimar y judío.

El Gobierno trataba a los asesinos con su habitual e increíble falta de energía y convicción. Los asesinos, si es que se llegaba a prenderlos, quedaban libres con una multa o tras unas pocas semanas de cárcel. En la medida de lo posible se evitaban las investigaciones demasiado concienzudas porque muchas veces apuntaban a gente situada en altos cargos. La revolución que impuso el republicanismo en Alemania no se dejó sentir mucho. Principalmente en el ejército, pero también en la administración de justicia, abundaban los enemigos declarados de la república. En los gobiernos locales, en los tribunales, en la policía, en todas partes había simpatizantes de los gerifaltes, siempre dispuestos a cerrar los ojos ante sus excesos. Si al gerifalte convertido en asesino político lo llegaban a encauzar, la defensa que hacía de sí mismo revela hasta qué punto despreciaba al Gobierno y hasta qué grado se sentía extraño al régimen; y revela también la falta de convicción y el temor, nacidos de un sentimiento de culpa, con los que el gobierno se defendía a su vez. Ante los tribunales, el acusado se limitaba a erigirse en acusador de sus jueces y fiscales. Afirmaba con tono de sincera y justa indignación que ellos, y no él, eran los verdaderos criminales. *Ellos* traicionaban la causa sagrada del *Volk; ellos* destruían a Alemania aplicando una justicia grotesca a los únicos patriotas del país. Declaraba que el tribunal le tenía sin cuidado y que, en realidad, ni siquiera reconocía su autoridad porque actuaba en nombre de una justicia y de una ley superiores. Los castigos no le intimidaban: que el tribunal le amenazara, si quería, incluso con la

pena de muerte. Estaba decidido a morir. La historia y el pueblo alemán le reivindicarían. Además, moriría a gusto porque su muerte ayudaría a despertar al pueblo, el cual pronto barrería la basura que lo gobernaba. El acusado siempre recurría a este procedimiento para eludir los cargos y la táctica resultaba generalmente eficaz. Los tribunales alemanes se convirtieron en foros donde se vilipendiaba al estado. No es extraño que estos juicios fuesen quebraderos de cabeza para el Gobierno de Weimar. Por otra parte, siempre existía la posibilidad de que algún amigo del juez lograra un salvoconducto para cualquiera de los terroristas fugitivos, por tratarse de un antiguo compañero de armas. Años después, cuando los nazis estaban ya a punto de encaramarse al poder, sus simpatizantes eran tantos y ocupaban posiciones tan relevantes, que en muchos estados alemanes el proscrito y el magistrado eran como las dos caras de una misma moneda. Entre los bajos fondos y las autoridades existían complicidades y relaciones fraternales. El cazador y el cazado compartían el mismo código moral, las mismas doctrinas políticas. Antes de huir de Alemania, Bertolt Brecht y algunos productores alemanes de películas describieron toda esta corrupción en intensos dramas acusadores. Pero los públicos alemanes que presenciaban las obras de Brecht no veían en ellas ninguna acusación audaz y descarnada, sino tan solo un brillante reflejo del mundo tal cual era.

En 1923 Hitler preparó en Munich su famoso, pero abortado «golpe de la cervecería». En el complot estaban comprometidos numerosos altos funcionarios del Gobierno, algunas figuras militares e incluso el gran héroe de la guerra, el viejo general Erich Ludendorff. Como el golpe de Kapp, fue un caso evidente de alta traición, pero se dictaron las sanciones de siempre: *Hitler recibió cinco años de «confinamiento honorable»*, con seguridades de quedar en libertad condicional a los pocos meses. Ludendorff fue absuelto. Al parecer el Gobierno se resistía a creer que un hombre tan distinguido e importante como el viejo general pudiera odiarlo y despreciarlo tanto como para convertirse en traidor. Prefería hacer ver que no era ése el caso de Ludendorff.

Al igual que hicieron antes diversos asesinos políticos, Hitler utilizó el banquillo de los acusados como tribuna para culpar al Gobierno. Al igual que ellos, también contaba con amigos en las altas esferas. Numerosos funciona-

rios bávaros habían negociado con él, le habían apoyado y estimulado y sólo en el último momento quisieron disuadirle, aunque muchos que trataron de impedir el golpe lo hicieron únicamente por razones de táctica: pensaron que la intentona era prematura o que Hitler era un oportunista. Algunos de quienes le cortejaron figuraban en las filas de los secesionistas bávaros y andaban tras una revolución de otro tipo. Pero todos despreciaban a la república de Weimar no menos que él y, en el fondo, comulgaban con las palabras que pronunció desde el banquillo: «Yo, que me siento el mejor de los alemanes, quería lo mejor para Alemania» [10].

El juicio terminó con nueve meses de prisión para Hitler, durante los cuales, sin que le faltara ninguna comodidad, se dedicó a poner por escrito su ideología en *Mein Kampf*. Gracias a la publicidad que se dio al proceso dejó de ser simplemente un agitador bávaro para convertirse en figura nacional. La prensa, al publicar la defensa que hizo de sí mismo, contribuyó involuntariamente a que muchas personas que ignoraban la existencia de Hitler comenzaran a verle como a un héroe. Muchos alemanes pensaban automáticamente que todo aquel que se opusiera al Gobierno era hombre de buenas intenciones.

Para todos los descontentos y rufianes políticos constituía una sabia propaganda de positivos efectos psicológicos el presentarse como miembros de pequeños grupos de patriotas incomprendidos y proscritos que soportaban la persecución de la policía y las calumnias de judíos y bolcheviques. Todo esto formaba parte de la imagen pública de los gerifaltes, quienes, sin duda, se veían a sí mismos como luchadores solitarios contra una sociedad que les era hostil, que los despreciaba y que se mostraba indiferente a su espíritu de sacrificio. Aunque, a decir verdad, estos que se llamaban a sí mismos proscritos, contaban por todas partes con simpatizantes y colaboradores.

Fue una de las tragedias del régimen de Weimar que en los años de la posguerra el gerifalte audaz, el terrorista, se convirtiera en héroe para toda una generación de jóvenes alemanes. Era una figura fascinante, en parte Tarzán, en parte Robin Hood, en parte James Bond, y miles de adolescentes se afanaron por imitar su estilo. Muchos chicos que por su edad no llegaron a pelear en la guerra, se alistaron en los ejércitos de gerifaltes en cuanto cumplieron los años necesarios para poder hacerlo. Al capitán Ehrhardt, el mismo

del golpe Kapp y de la Feme, se le reverenciaba como a un héroe entre los héroes y decían de él que era «el compendio del honor y de la lealtad militar, el hombre que inspiró y dio forma a todos nuestros entusiasmos y pasiones juveniles...» [11] Los estudiantes, que encontraban la educación universitaria cada vez más aburrida y sin objeto, se sintieron especialmente atraídos por el activismo, lleno de colorido, de hombres como Ehrhardt. Ernst Röhm rindió tributo de agradecimiento a la gran participación estudiantil en las *Sturm Abteilungen* (S. A.) o Tropas de Asalto, la organización paramilitar nazi que utilizaba la violencia para aterrorizar a los adversarios políticos.

En nuestra propia época, en la que brilla por su ausencia la simpatía entre los estudiantes y los soldados profesionales, no deja de extrañar la atracción que ejercía el ostentoso militarismo de las bandas armadas sobre los jóvenes intelectuales. Desgraciadamente para los republicanos, no había en sus filas figuras que fascinaran a los hijos de Weimar. En los años posteriores a 1918 el descontento bullía en las universidades alemanas. Los jóvenes no apreciaban el trabajo intelectual. Suspiraban por la acción, al tiempo que los antiguos soldados les pintaban la guerra como algo romántico y heroico. Muchos estudiantes consideraban que era simple bazofia todo lo que se les enseñaba en clase. Suspiraban por la acción y por involucrarse en la sociedad que los rodeaba. El joven Joseph Goebbels, que recorrió media docena de las principales academias alemanas hasta conseguir doctorarse, registró en su novela autobiográfica *Michael* los sentimientos de muchos estudiantes de su generación: «El intelectualismo se me hace insoportable. Siento náuseas de la palabra escrita. No encuentro en ella nada que valga la pena...» [12].

Por extraño que parezca, la revuelta de la juventud alemana de entonces tenía poco contenido social. Aunque se cacareaba y se proclamaba en voz alta lo que ahora llamamos la brecha generacional, se trataba más bien de una impostura retórica. El estilo de vida, las costumbres y las aspiraciones de los jóvenes diferían muy poco de los de sus mayores. El énfasis que se daba a la juventud acabó por convertirse en sí mismo en una ideología, en algo fetichista que Hitler incorporaría a la imagen del nazi. Los estudiantes alemanes, lo mismo antes que después de la guerra, cantaban himnos al *Volk,* el gran pueblo alemán de corazón

puro y sencillo. Antes de la guerra, la búsqueda del *Volk* sin mancha dio lugar a una gran actividad cuasicultural, inofensiva y similar a las que brotan en todas partes donde un pueblo se empeña en buscar sus «raíces». Fueron exhumadas muchas canciones folklóricas que se entonaban luego en torno a las hogueras de los campamentos. Los estudiantes hicieron largas excursiones para explorar las bellezas escénicas de la Alemania pastoral. Los deportes y la gimnasia estaban de moda y viejas fiestas paganas, como la del solsticio de verano, se celebraban con mucha seriedad. Estas quasimísticas celebraciones del *Volk* apuntaban hacia «la gran revolución espiritual» que se presumía fomentaban los estudiantes y los jóvenes. El mito de una gran raza germánica o aria está ya en pleno auge, pero ni antes ni después de la guerra tuvieron los jóvenes disidentes ningún programa concreto político o social. Y, lo que era más significativo, los estudiantes alemanes no se marginaban de la sociedad por desprecio a ella. Más bien competían por lograr las mejores calificaciones en la universidad y, después de graduarse, por conseguir los puestos más prestigiosos y ambicionados. Se quejaban mucho pero protestaban poco. En su conjunto eran simplemente jóvenes de la clase media a quienes preocupaba la escasez de colocaciones y el hecho de que detentaran los mejores cargos de la administración y de los negocios residuos de la vieja clase de los Junkers prusianos o, bajo la república de Weimar, los judíos intrusos. «Unos pocos cursos más y estaremos sin empleo», decían en broma los universitarios próximos a graduarse. Pero, cuando la Depresión golpeó con toda su fuerza, la broma acabó por tener muy poca gracia. En general los estudiantes se desentendían de la política y de la economía. Como es difícil ser rebelde y al mismo tiempo profesar afecto al Gobierno, se burlaban del Kaiser y de su debilidad por las medallas, los monumentos y los acorazados. Tras la derrota de Alemania, los estudiantes se tragaron sin más la idea generalizada de que el régimen de Weimar era una farsa montada contra el pueblo por los hombres que perdieron la guerra, y su oposición contra el Gobierno se hizo más ruidosa y probablemente más sincera. Los estudiantes que no odiaban a la república sentían indiferencia por ella: estaban demasiado ocupados cultivando su «revolución espiritual».

Un asunto dominó con fuerza y con estrépito entre la juventud de la posguerra. El antisemitismo fue siempre parte

del mito popular, pero en la década de 1920 y en los primeros años de la década siguiente, su importancia, que era periférica, se convirtió en central. En la esterilidad que caracterizaba a los grupos juveniles en el campo de las ideas políticas y económicas, el antisemitismo lo explicaba todo. Antes de la guerra, la juventud se puso a discutir si los judíos formaban un *Volk* y si podrían alguna vez llegar a integrarse en el *Volk* alemán. Se llegó a diversas conclusiones, negativas en su mayor parte. Al comenzar el siglo se discutió acaloradamente si los judíos debían participar en las tradicionales prácticas universitarias del duelo por motivos de honor: lo que se trataba de aclarar era si los judíos tenían algún honor que defender. Los judíos fueron excluidos de la mayor parte de las fraternidades estudiantiles y el establecimiento de fraternidades hebreas en algunas universidades se consideró como una provocación. En las clases circulaban de vez en cuando peticiones, exigiendo que se impidiera a los judíos el acceso a los cargos oficiales y a las profesiones liberales.

Pero fue durante el período de la república de Weimar cuando el 'problema judío' asumió una especie de preeminencia absoluta. La regeneración del *Volk* fue, en tiempos, el objetivo principal del movimiento juvenil y algunos de sus jefes juzgaron aquel alboroto sobre los judíos como un asunto desagradable que distraía de la cuestión principal. Deseaban que la preocupación por el *Volk* alemán no tuviera matices negativos —es decir, el enfrentamiento contra los judíos— sino sólo positivos, aplicándose al redescubrimiento de sus raíces, de sus costumbres y de sus tradiciones. Pero en el período de Weimar los antiguos grupos que insistieron en la importancia de las danzas folklóricas, de las excursiones idílicas por los campos y de los festivales populares fueron tachados de ingenuos y de necios. Muchos de sus miembros se pasaron a organizaciones más ruidosas y movidas. El antisemistimo dejó de ser tema de discusión para convertirse en algo axiomático, en parte del dogma. El desprecio general que se sentía por el Gobierno, plagado de judíos según se pensaba, exacerbaba la obsesión antisemítica. En la década de 1920 se produjeron frecuentes disturbios antijudíos. Para que ninguna influencia hebrea pudiera filtrarse en las fraternidades, sus reglamentos se hicieron más rigurosos. En 1919 la exclusión de gente de ascendencia judía afectó también a las personas casadas con

judíos. Cuando en 1922 la universidad de Berlín decidió celebrar un funeral en memoria del asesinado Walter Rathenau, estallaron disturbios estudiantiles que obligaron al Gobierno a cancelar el acto. Las medidas que de vez en cuando tomaba el ejecutivo para contener la oleada de violencia y para obligar al cumplimiento de las leyes constitucionales, que al fin y al cabo garantizaban la igualdad, eran inadecuadas e ineficaces hasta el ridículo. En 1925 el ministro de Educación de Prusia, dominado por una súbita energía, o acaso por un sentimiento de disgusto, amenazó a las organizaciones estudiantiles con suprimirles todos los subsidios y subvenciones oficiales si no cambiaban su política discriminatoria. El forcejeo se alargó dos años y al fin los miembros de las organizaciones estudiantiles votaron por abrumadora mayoría por la pérdida de los subsidios y del reconocimiento oficial antes que doblegarse a las exigencias del gobierno y a la modificación de «las cláusulas arias». Los estudiantes pudieron decir, con razón, que sacrificaron a los principios los intereses económicos.

La difusión del antisemitismo, ligada al descrédito de los objetivos culturales de los movimientos juveniles, a la nueva insistencia a favor del activismo y a la agitación militante, hizo inevitable que los estudiantes alemanes se encaramaran al carro de Hitler antes que sus padres. A este respecto, sí parece que hubiera una auténtica brecha generacional. La gente madura tenía sus reservas en cuanto al nuevo salvador de Alemania. Cuando los muchachos corrían a alistarse a las Juventudes de Hitler, muchas veces sus padres se sentían perplejos y molestos, pero en su fuero interno reconocían que no podían impedirlo. Daba la impresión de que el movimiento albergaba al futuro en su seno. Las piezas teatrales alemanas de propaganda de la época nazi están llenas de pasajes en los que un joven, tras ver la luz, intenta convertir a toda la familia al nacionalsocialismo y encuentra siempre la oposición más terca en su viejo padre socialdemócrata.

Casi todas las fraternidades estudiantiles alemanas y casi todos los grupos juveniles aseguraban que sólo en parte estaban de acuerdo con Hitler y que sus diferencias con él eran serias y verdaderas. A veces, hasta reconocían que Hitler era un demagogo que en tiempos de elecciones adulaba vergonzosamente a todo el mundo. Muchos estudiantes se oponían a todos los partidos, incluido el nazi, porque la

política dividía al *Volk*. Los toscos modales de aquel antiguo cabo del ejército repugnaban a los esnobs. Sin embargo, y a pesar de las afirmaciones de los estudiantes de que sus ideas sobre Alemania diferían mucho de las de Hitler, era cada vez mayor el número de los que optaban por salvar las diferencias y unirse a su caravana. Se registraron nutridas bajas en otras organizaciones juveniles de derecha, cuyos boletines y periódicos se identificaban más y más con los de los nacionalistas. Para 1928, el órgano oficial de las fraternidades alemanas proclamaba triunfante: «La raza, no la economía es nuestro signo». Para 1931, dos años antes de que Hitler ascendiera al poder, la conversión de las organizaciones estudiantiles se había completado. En un congreso estudiantil fue elegido su presidente el candidato de Hitler, Gerhard Kruger. Desde entonces todos los comunicados que se cruzaban las fraternidades terminaban con el saludo «Heil Hitler». Por supuesto, a partir de 1933 los elementos recalcitrantes, por decirlo así, tuvieron que entrar por el aro. Ganarse los centros universitarios fue cosa de juego. Sin arraigo, políticamente inexpertas y cándidas, faltas de liderazgo por parte del profesorado republicano y de izquierdas, y burguesas hasta los entresijos por mucho que despotricaran contra la sociedad burguesa, las desmañadas fraternidades fueron pan comido para el dinamismo de la máquina de Hitler. Las ideas hostiles al nazismo que pudieran abrigar fueron sofocadas, tergiversadas o suprimidas. El conservadurismo de derechas, siempre impregnado de militarismo y antisemitismo, era cada vez más difícil de distinguir de los desvaríos de Hitler. Capitular ante Hitler constituía para muchos estudiantes el lógico paso final: al lado de Hitler irían con la historia. Como integrantes del movimiento nacionalsocialista dejaban de ser meros soñadores para integrarse en el *Volk* que tanto reverenciaban y del que, sin embargo, se sentían tan alejados. Hitler era el camino de vuelta hacia un pueblo transfigurado por el ardor de aquella «revolución espiritual» tan fervorosamente anhelada por los estudiantes.

Aunque los veteranos sin trabajo, los gerifaltes y los estudiantes alienados llevaban su agua al molino del nazismo, conviene recordar que el nacionalsocialismo no se transformó en verdadero movimiento de masas hasta 1930, cuando la Depresión se enseñoreó en Alemania, barriendo con los puestos de trabajo, con los ahorros y con la propia digni-

dad. Seis millones de personas que habían rehecho penosamente sus vidas se vieron de pronto abrumados por tremendas fuerzas económicas incomprensibles e ingobernables. En 1930 los nazis se convirtieron en uno de los partidos mayoritarios del Reichstag al ganar más de cien escaños. Los años «buenos» de la república, desde 1924 a 1929, fueron de poca cosecha para Hitler, aunque en ese período de paz y prosperidad relativas su partido no dejó de crecer. En 1925 tenía escasamente 25.000 miembros, muchos de ellos de dudosa lealtad. Para 1927 eran ya 72.000 y un año después pasaban de los 100.000. Desde entonces, la Depresión y el punto muerto parlamentario a que llegaron los partidos de la izquierda y del centro ayudaron a la máquina de propaganda de Hitler más que todos los disturbios provocados por las S. A. y que todos los desfiles juveniles con antorchas. Al final, Hitler llegó al poder por culpa del chalaneo político entre los partidos del centro y la derecha, los cuales llevaron la intriga y el *Kuhhandel* a tal extremo, que ellos mismos se colocaron, con sus maniobras, entre la espada y la pared.

El desarrollo del nacionalsocialismo en los años en que el partido andaba escaso de fondos, dividido por diversas tendencias y proscrito en muchas partes de Alemania, merece un comentario. Durante estos años, que constituyeron la época estable de la república, tal desarrollo se produjo por la absorción de partidos y organizaciones básicamente afines con la ideología de Hitler. Los clubes gimnásticos, las fraternidades populares y los grupos de veteranos respondieron al señuelo de un partido verdaderamente dinámico, nacionalista y antirrepublicano. El estilo de la derecha tradicional, vestida de levita, arrogante y desdeñosa de los entusiasmos plebeyos, estaba pasado de moda. Hitler, aunque compartía muchos ideales políticos con los conservadores, se desentendió de su estilo y estrenó una retórica nueva, arrabalera y elemental. La idea de restaurar el orden imperial y el trono del Kaiser le dejaba frío, y esta actitud agradaba a los tenderos que con la monarquía fueron simples ceros a la izquierda. Hitler no prometía el restablecimiento de los privilegios, sino un nuevo orden en el que sólo el talento sería tenido en cuenta. La gente abandonaba las filas del partido conservador y de las viejas organizaciones de veteranos: estaba harta de esnobismos y de los ya anquilosados distingos clasistas y se adhería al nuevo movimiento que prome-

tía recompensar sólo los méritos personales y la lealtad a los grandes ideales del *Volk*. Hitler insistía en que la lucha de clases era un fraude, un invento de judíos y bolcheviques. El partido, que combinaba en su nombre el reverenciado «nacionalismo» con el no menos venerable «socialismo», parecía hecho a la medida para superar e incluso para liquidar todas las antiguas diferencias políticas e ideológicas.

Por otros varios motivos prosperó el nacionalismo en aquellos años en que debiera haberse hundido. Por lo menos dos de los partidos con representación constante en el Reichstag, el nacionalista conservador y el comunista, recordaban sin cesar al pueblo que ellos no tenían ninguna afinidad con «la casa de los charlatanes» y que era preferible acabar con ella. Por otra parte, incluso en los «buenos» años de Weimar muchas voces procuraron mantener fresca la idea de que la instauración del régimen republicano fue una imposición contra el pueblo alemán. Los medrosos republicanos ni siquiera se defendían. Entre sus muchas faltas garrafales, la más imperdonable fue, sin duda, el fracaso total en el campo de las relaciones públicas. Ni siquiera trató de crear un ambiente republicano. Weimar no se molestó en hacerse con sus propios símbolos.

Los nazis, por el contrario, hacían gala de una gran riqueza imaginativa en lo tocante a símbolos, mitología y espectacularidad. Poseían insignias, himnos, divisas, saludos y uniformes, no tanto para convencer como para fascinar. Su símbolo más famoso, la esvástica, procedía de los Cuerpos Libres; el color rojo, del socialismo, del comunismo y de la sangre de los soldados; el saludo, del fascismo italiano y, según la leyenda, de la antigua Roma; el fervoroso «Heil», de las cervecerías y de las viejas reuniones públicas. Cuando Hitler hablaba en un escenario al aire libre, como en las concentraciones anuales de Nuremberg, por ejemplo, el espectáculo, con todos sus adornos y aderezos, se metía por los ojos, como si se tratara de una fantasía de Cecil B. De Mille. Miles de antorchas sostenidas en alto por los devotos muchachos de la Juventud Hitleriana marcaban la ruta de la marcha. Antes de los discursos se tocaba música wagneriana. A pesar del «paganismo» de la filosofía nazi, se celebraban servicios religiosos tradicionales y en las ciudades pequeñas sacerdotes y pastores luteranos solían acompañar en la tribuna a los oradores nazis. En los discursos se sacaba a relucir toda la panoplia de los fetiches burgueses. Se invo-

caba a la familia, a la santidad del hogar, a la maternidad (Hitler prometió en cierta ocasión, en uno de sus discursos, que bajo el nacionalsocialismo *todas* las muchachas alemanas encontrarían marido). Los políticos de los otros partidos hablaban de política, pero los nazis hablaban del hombre entero: de su familia, de su hogar, de su bolsillo, de sus vagas aspiraciones de posición y de gloria, de sus sentimientos religiosos, de su sentido de la honradez. Los oradores nazis tocaban, sobre todo, y con gran habilidad, los más profundos temores de la clase media: el miedo a perecer en un baño de sangre comunista, a ser castrados por los imperialistas franceses, a que se malograran sus hijas de cabellos rubios con individuos de razas inferiores (Julius Streicher, uno de los primeros y fanáticos seguidores de Hitler hizo su carrera de periodista, «revelando» los crímenes sexuales de los judíos). Los nazis se aprovechaban de todos estos temores. Mientras los otros partidos hablaban de intereses y de oportunidades, los nazis hablaban de la sangre y de la raza (utilizando lo que Joseph Conrad llamara en cierta ocasión «la feroz grandilocuencia de edades prehistóricas»); y al evocar el formidable y misterioso poder de los viejos ritos, de la «sangre» y de la «tierra ancestral», servían a sus propósitos, presentando al nacionalsocialismo como algo mucho más trascendental que un simple partido político. A Hitler no le gustaba la palabra «partido». El encabezaba, según sus propias manifestaciones, un movimiento que era nada menos que la irradiación de la vieja alma aria. No era un político más; no *representaba* a grupos ni a individuos; más bien *encarnaba* la esencia del hombre alemán. En eso radicaba todo el secreto del *Führerprinzip*. Con esta base, Hitler pudo alardear, años después de ascender al poder, que era como un árbol arraigado en el pueblo, del que vivía y se nutría. Según esta fórmula, Hitler era nada menos que Federico Barbarroja, el rey Arturo alemán, el rey del pasado y del futuro, que se despierta de vez en cuando a lo largo de la historia y pone en marcha al pueblo adormecido para que busque su gloria y su destino. Durante los años de Weimar los nazis se apropiaron de los mejores mitos.

En muchas páginas de *Mein Kampf* Hitler expuso sus opiniones sobre la psicología humana, en particular sobre la psicología de las masas. En especial, decía, el hombre que quiere imponerse, ha de manejar únicamente las emociones más toscas y elementales de las masas y dejarse de exposicio-

nes razonadas y de sutilezas analíticas, porque la «chusma» sólo reacciona a la pasión, la vehemencia y el fanatismo. La violencia tanto verbal como física es la fuente de la sabiduría, el nexo que une a los hombres en las concentraciones públicas, lo mismo que los une en las trincheras. La violencia engendra la lealtad, la fe y la unidad. Todo aquello era una propaganda estupenda. Como sus adeptos veían en el nacionalsocialismo un movimiento apocalíptico, la sangre que se derramaba en su nombre podía considerarse no sólo como necesaria sino como demostración suficiente de la autenticidad del milenarismo nazi.

Esta fe en la eficacia de la violencia se ponía a prueba cada vez que los Camisas Pardas de las S. A. se echaban a la calle. El pueblo alemán reaccionaba tal y como Hitler había previsto. La violencia atraía, por lo menos, a tantas personas como alejaba. Las S. A. nacieron, aparentemente, para «defender» a los oradores nacionalsocialistas de los ataques de comunistas y de otros perturbadores. Cuando Alemania comenzó a hundirse en la Depresión el número de miebros de las S. A. aumentó muchísimo y en los primeros años de la década de 1930 eran ya más de 300.000. Por encima de esos pretextos piadosos de «defensa» y «protección» era evidente, incluso ya en los primeros días, que el andar jactancioso, el uniforme, los ojos acerados y la bravuconería del encuadrado en las S. A. constituían de por sí una provocación no sólo para el ciudadano corriente, sino también para las autoridades. Hitler creía en la violencia política y por lo tanto en la provocación como elemento táctico. De reaccionar el gobierno con igual brutalidad, estaba expuesto a que se le culpara de hipocresía liberal; de no hacerlo, de débil, decadente y cobarde. Por lo tanto, los nazis aprovechaban todas las ocasiones para provocar confrontaciones violentas; con ellas no se perjudicaba la causa sino que, al contrario, resultaba favorecida. Tras las acciones defensivas se imponía la ofensiva. Si un comunista alborotaba en un mitin nazi, los Camisas Pardas invadían en represalia otro de los comunistas o de los socialdemócratas y lo disolvían a la fuerza. En ocasiones, las contiendas entre las S. A. y los rojos reflejaban todas las características de las sangrientas pendencias medievales; cada feudo respondía a «los ataques no provocados» con incursiones en territorio enemigo. En tales casos, las represalias cobraban a veces sus víctimas entre los inocentes peatones. En los libros de memo-

rias de los hombres de las S. A. figuran innumerables anécdotas, en las que se describe el placer de disolver a golpes un mitin político o de interrumpir los discursos de los oradores izquierdistas o judíos. Este tratamiento apocalíptico dio sus frutos. No sólo se infligía un castigo a los enemigos políticos y raciales (anticipo de lo que vendría después) sino que la violencia, invariablemente, provocaba una catarsis. Al parecer impresionaba a la gente con su esplendor justiciero porque lo asombroso de aquellos altercados era que siempre llevaban nuevos conversos a las filas del nazismo.

En los primeros años de la década de 1930, al aumentar el número de votantes por los nazis, aumentó también la violencia callejera. A Hitler no le preocupaba la posibilidad de una reacción a favor de la ley y el orden. En la primavera de 1932, el gobierno se puso «duro» y ordenó la disolución de las S. A., pero su debilidad era tanta y estaba tan dividido, que pronto canceló la orden. Algo después, el aturrullado jefe de la policía de Berlín informó que entre el 1 de junio y el 20 de julio se habían registrado, sólo en Prusia, no menos de 461 disturbios políticos con un saldo de más de ochenta muertos y cientos de heridos graves. El mismo desorden prevalecía en otras ciudades. Sin embargo, parece deducirse de los hechos que la violencia política no desacredita a quienes la emplean, sino a quienes la toleran o no pueden cortarla. La responsabilidad por las matanzas se achacaba siempre al gobierno, el cual, en su pasividad, daba la impresión de estimular o de autorizar semejantes procedimientos. El mayor disturbio de ese período, que causó diecinueve muertos en un suburbio de Hamburgo, no trajo como consecuencia una reacción contra las S. A., sino la destitución del gobierno socialdemócrata de aquel estado, ordenada por el entonces canciller de la República, Franz von Papen, con el pretexto de que era incapaz de mantener la ley y el orden.

A quienes analizan el nacionalsocialismo les complace describirlo como un movimiento nihilista impulsado por un ciego afán destructor; y prefieren llamar idolatría al idealismo que los nazis supieron galvanizar en la gente. Pero tales «explicaciones» son meros juegos de palabras. Miles de alemanes repetían lo que Goebbels escribió en su diario: «Te quiero, Adolph Hitler, porque eres grande y sencillo al mismo tiempo.» Los mismos hombres que mataban y saqueaban en las calles de los suburbios rojos se cuadraban

después ante Ehrhardt, Röhm y los demás capitanes de Hitler, con el corazón rebosante de fidelidad, respeto y devoción. Aunque se portaran en la calle como terroristas y matones, en sus filas guardaban un orden riguroso y muchas veces, según sus propias palabras, compartían con los camaradas «el último trozo de pan y el último cigarrillo». Con frecuencia abandonaban la familia y el trabajo para seguir a sus líderes, asegurando que el nacionalsocialismo era «una fe, una religión». Una vez convertidos al movimiento, tanto los hombres como las mujeres se dedicaban a una labor constante de proselitismo. Cuando escaseaban los fondos en las arcas del partido, echaban mano de la cartera para que no se interrumpiera la organización de mítines ni el reparto de octavillas. Puede ser que los gerifaltes de la primera hora fueran nihilistas, pero los discípulos de Hitler eran creyentes. Se consideraban a sí mismos héroes e idealistas y estaban convencidos de «su paso a la historia como los primeros defensores y profetas de un mundo nuevo y mejor».

Incluso en nuestros días se hace difícil comprender cómo un credo tan lleno de odio, de violencia y de espírtiu vengativo pudo ser para millones de seres el medio de alcanzar «un mundo nuevo y mejor». Muchos descontentos y muchas apetencias se congregaron bajo las banderas nazis en los tristes años en que el régimen de Weimar, pasivamente y casi sin una queja, moría de senilidad prematura. Para sus propios fines, los nazis se apropiaron de la protesta contra Versalles y contra las humillaciones de la derrota militar; de la protesta contra la inflación, el desempleo, el bolchevismo, la inseguridad y la vida sin perspectivas; de la protesta contra el hambre espiritual de mitos y canciones. Todas estas protestas se combinaron para llevar a Weimar a la tumba, y a Hitler, al poder. Hitler prometió encauzar y dirigir un mundo opresor e inexplicable. En la Alemania de la postguerra millones de personas estaban bajo la impresión de que sus vidas se hallaban a merced de grandes fuerzas colectivas de misterioso carácter. El alza y la baja del mercado de valores y los oscuros decretos y transacciones de conciliábulos internacionales disponían de su destino. Hitler dijo que no era necesario que así fuera. Bajo el nacionalsocialismo, Alemania disfrutaría de nuevo de riqueza y de poder. Se reconciliarían los antagonismos irreconciliables entre los banqueros y los proletarios. Cuando los economistas o los generales le iban con dificultades al parecer insuperables, Hitler

los mandaba a la porra. El tratado de Versalles había puesto otras fronteras a los mapas de Alemania, pero esos mapas debían ser, simplemente, rotos. Hitler no reconocía fronteras. La voluntad enérgica y el espíritu de lucha bastaban para echar por tierra todos los obstáculos. Esta filosofía se ajustaba a sus propias experiencias como anillo al dedo. De mísero vagabundo en Viena, asilado en el Hogar para Hombres de aquella ciudad, se había convertido en canciller de Alemania. Espíritu de lucha, tenacidad y fuerza de voluntad constituían la base de la doctrina política de Hitler. Y en sus seguidores supo inculcar este espíritu de lucha. Su filosofía era la confianza y la seguridad en la propia persona aplicadas colectivamente al pueblo alemán, a la raza aria; declaraba directa y brutalmente que no existían barreras ni fuerzas extrañas ni superiores capaces de contar el potencial humano. Para acallar cualquier duda que todavía pudiera presentarse, Hitler aseguraba a los suyos que formaban parte de una raza superior, a quien aguardaba un destino victorioso. El hombre alemán era un Prometeo sin cadenas; y en la conquista estaba la prueba de la virtud. Tal era su credo: confianza en sí mismo, independencia en el actuar, deseo de triunfar: la ruta burguesa al éxito, hinchada hasta lo grotesco.

Tercera parte:
La protesta contra el capitalismo y el imperialismo

La Gran Depresión, que comenzó en 1929, puso aún más de manifiesto la impotencia de los ideales y las instituciones del capitalismo liberal, ya desacreditados por los imperdonables horrores de la primera guerra mundial. La protesta de las izquierdas contra el capitalismo liberal en los años 30, inspirada y en parte dirigida por el comunismo internacional, se convirtió en un movimiento de extraordinaria importancia en los Estados Unidos y en Inglaterra. Intelectuales, estudiantes, artistas y trabajadores se adhirieron a esta protesta que, en sus diferentes matices rojos y rosados, llegó a convertirse en una forma de vida, en otra manera de experimentar y pensar.

Mientras el disenso y la rebeldía contra las instituciones capitalistas y el poder conservador se abrían paso en la sociedad occidental, otro movimiento de protesta de enorme influencia se manifestaba en la India. Mohandas K. Gandhi encabezó el primer ataque victorioso de un pueblo colonial no occidental contra su sometimiento a Europa y contra la hegemonía imperialista. La concesión de la independencia a la India en 1947 inauguró el derrumbamiento del dominio europeo sobre las sociedades asiáticas y africanas. De esta manera, entre 1929 y 1947 el capitalismo incontrolado y el imperialismo arrogante, que en 1900 reinaba todavía prácticamente sin oposición, cayeron en el descrédito y sufrieron profundas transformaciones.

8. La protesta comunista como movimiento político

El sueño de una utopía comunal siempre existió a la sombra de la devoción americana por el individualismo y la competencia capitalista. Desde la granja de Brook a la comunidad de Oneida, desde Nashoba a la Nueva Armonía, americanos que nacieron antes de que se escribiera *Das Kapital* y que jamás oyeron hablar de Karl Marx, ya experimentaban con el socialismo. Aquellos soñadores, aprovechándose de la tolerancia americana por los experimentos y los cambios, compartieron la propiedad de tierras o talleres y se distribuyeron los beneficios, de la misma manera que se repartieron las faenas. La mayor parte de los seguidores de Owen o de Fourier ni siquiera pensaban en convertir la sociedad entera a su estilo de vida comunal. Prosperaban, si es que prosperaban, en el aislamiento y estaban satisfechos con luchar y saborear sus éxitos en sus dimensiones de pequeñas sectas [1].

En los años posteriores a la Guerra Civil, en esa época dorada de capitalismo desenfrenado, de magnates industriales, de monopolios, de proletarios expoliados y sin organizar —época que Vernon Parrington llamó «el gran festín»— se empezó a tener unos conceptos más amplios del socialis-

mo. Las consecuencias económicas y sociales del capitalismo fueron sometidas a la crítica y se llegó a la conclusión de que sólo una transformación revolucionaria podría corregir sus males. Edward Bellamy describió un mundo utópico en *Looking Backwards*. Un gran número de americanos preocupados acogió el libro con entusiasmo; hombres y mujeres idealistas pertenecientes a sociedades inspiradas en el socialismo se comprometieron a trazar las bases del nuevo orden y a trabajar por él. Pero Bellamy, antes que socialista, era un utópico; nada faltaba a sus fantasías excepto el programa económico para llevarlas a cabo. Sin embargo, otras personas sí propusieron esquemas económicos cuidadosamente elaborados para el reparto equitativo de la riqueza, las cargas y las distracciones de la sociedad. El teórico más famoso a este respecto fue Henry George, reformador y economista admirado que propuso un «impuesto universal» sobre las tierras. Ya para esa época también los economistas marxistas familiarizaban a los socialistas americanos con los análisis de su profeta.

Los reformistas y utópicos tuvieron desde el principio sus aliados en las masas obreras, entre los trabajadores que trataban de evadirse de su destino proletario. La principal organización obrera de los primeros años de la década de 1880, los Caballeros del Trabajo, pedía que los obreros ostentaran la propiedad de talleres y granjas y que se procediera a una reforma inmediata de las condiciones de trabajo. Irónicamente, al crecer el movimiento socialista, también se desarrolló al mismo tiempo en su seno una tendencia que trabajaría contra los propios socialistas a lo largo de todo el siglo XX. Los miembros de la American Federation of Labor (Federación Americana del Trabajo), fundada en 1886 sobre las ruinas de los Caballeros del Trabajo, aceptaron su condición permanente de obreros y buscaron mejorar los salarios y reducir la jornada laboral por medio de la organización de sindicatos y de las negociaciones. Los objetivos inmediatos, de índole material, de los utópicos, fueron los mismos objetivos de la A. F. L., decidida a enfrentarse con las realidades de la industria. Esta tendencia creó una incompatibilidad entre los socialistas y sus aliados naturales, los proletarios, los cuales dejaron a los primeros en la misma situación en que quedaría un médico que tuviera el remedio para curar una enfermedad beneficiosa para su paciente.

Sin embargo, los socialistas no se dieron por vencidos. Como buscaban transformar la sociedad en su conjunto, entraron en la liza política. Henry George se presentó para alcalde de Nueva York en 1886 y de nuevo en 1897. Un marxista convencido y obstinado, Victor Berger, y un cruzado romántico, Eugene V. Debs, fundaron en el medio oeste un nuevo partido, la Socialdemocracia de América. En el este, el marxista más brillante y original que produjeran los Estados Unidos, Daniel DeLeon, organizó el Partido Socialista Obrero. En 1901 una facción disidente de este partido, dirigida por Morris Hillquit y apodada «los canguros», se unió al grupo de Debs y así nació el Partido Socialista.

Los primeros años del siglo xx fueron la edad dorada del socialismo americano. Entre 1901 y 1912 se inscribieron en el Partido Socialista casi 150.000 personas, y en su candidatura a la presidencia de la nación en 1912, Debs consiguió el 6 por 100 de los votos. Más de mil socialistas fueron elegidos para el desempeño de cargos públicos, y ciudades como Butte y Milwaukee tuvieron administraciones socialistas. El partido patrocinaba 5 diarios en inglés, 8 en lenguas extranjeras, 262 semanarios en inglés y 36 en lenguas extranjeras. Había también institutos y escuelas doctrinales socialistas.

Las circunstancias parecían sonreír al joven partido. Su fuerza era grande en el medio oeste, donde los antiguos populistas (miembros de la protesta agraria de la década de 1890), bien impuestos en los males del sistema económico, se adhirieron a la nueva protesta. El crecimiento del socialismo en Europa prestó un mayor atractivo al partido americano. Especialmente los éxitos del movimiento en Alemania, cuya cultura admiraban e imitaban los círculos académicos e intelectuales de América, llevó a muchos americanos al partido. Los éxitos europeos daban también mayor peso a las afirmaciones socialistas de que la evolución pacífica y natural de la sociedad hacia un estado más racional aseguraba el triunfo del socialismo. El barniz científico y evolucionista del partido atraía a las personas educadas en las doctrinas de Charles Darwin y de Herbert Spencer.

Pero el mayor atractivo radicaba en la alternativa que ofrecía el socialismo frente a las injusticias del capitalismo industrial. La primera década del siglo xx fue para muchos americanos una época de dudas y de críticas. La inteliguentsia veía en el capitalista industrial al villano responsable de la

erosión de los valores éticos y sociales. Reporteros y novelistas con espíritu de cruzados escudriñaban y luego revelaban en sus escritos las injusticias del mundo de los grandes negocios. Los asistentes sociales y los pastores de almas se encontraban cara a cara con las víctimas de esas injusticias en los barrios miserables, en las casas más humildes, en los bares de mala muerte.

El socialismo ofrecía algo más que una justa interpretación de las causas de todos estos males; ofrecía también un sistema sustitutivo, una cura y un preventivo. Muchos hombres y mujeres, que se sentían preocupados por las enfermedades sociales de los Estados Unidos, ingresaron por impulso natural en las filas socialistas. Aunque los marxistas consagrados formaban el cogollo del partido, los simples afiliados lo eran, no tanto porque creyeran en el materialismo dialéctico, sino porque «les impulsaba un sentimiento de generosidad moral, una disposición a poner sus esperanzas en un objetivo situado más allá de los éxitos meramente personales» [2].

La flexibilidad que caracterizaba a la organización del partido aumentaba su poder de captación. A diferencia de las organizaciones disciplinadas y doctrinarias que aparecían tras la revolución rusa, el Partido Socialista Americano de la primera época representaba a diversos matices a la izquierda del espectro político. En un extremo se hallaban los reformistas municipales, los «socialistas del agua y del gas», así llamados porque, cuando fueron elegidos en el medio oeste, revolucionaron sus ciudades dotándolas de alumbrado y de alcantarillado. En el partido figuraban también demócratas sociales y los sindicalistas más radicales: los organizadores y defensores de la asociación anarcosindicalista Industrial Workers of the World (Trabajadores Industriales del Mundo), I. W. W.

Pero semejante concordia no podía durar. Al crecer el partido, al comenzar a intervenir intensamente en política y al ocupar cargos públicos, se produjeron cismas por cuestiones doctrinarias y de liderazgo. El ala derecha, que cosechaba más éxitos en las contiendas electorales y deseaba darle una pátina de respetabilidad al partido, torcía el gesto ante las expresiones revolucionarias de los sindicalistas. Esos «derechistas» aspiraban a un partido popular donde tuvieran cabida no sólo los trabajadores, sino también las clases medias, y procuraron trabajar en colaboración con la Federación

Americana de Trabajo, donde el terrorismo del I. W. W. amenazaba con echar al traste las ventajas conseguidas por los socialistas. El ala izquierda del partido aprobaba las tácticas militantes del I. W. W. y prefería el sindicalismo dual, es decir, la creación de sindicatos rivales, antes que cooperar con la A. F. L.

El cisma es, de antiguo, la Némesis del radicalismo y ahora comenzaron las discusiones y las disensiones. El Partido Socialista no tardó en convertirse en foco bizantino de debates, intrigas y acusaciones. En 1912, en el congreso del partido, el ala derecha dio un golpe de fuerza y logró que en los reglamentos se incluyera una cláusula prohibitiva del sabotaje.

Poco se obtuvo con ello. Aunque el partido se ganó la simpatía de la gran mayoría de los trabajadores, guardadores de las leyes, por otra parte adquirió un matiz conservador que le convirtió en uno de tantos partidos reformistas nacidos de aquella época de reformismo. En esa situación no pudo competir con éxito contra los «Bull Moosers» *, los Progresistas, o los Demócratas de Woodrow Wilson.

La expulsión del ala izquierda debilitó al partido. Cada vez que un socialista ocupaba un cargo público, se registraban nuevas bajas; al enfrentarse con los problemas prácticos que planeaban sus funciones, muchos socialistas comprobaban que las limitaciones que les imponía el partido eran un estorbo, y sus pretensiones utópicas, un absurdo.

Otros factores operaban además contra el partido. En la segunda década del siglo, los programas rivales de reforma agraria le restaron apoyo entre los granjeros, y el aumento de los precios de los productos agrícolas, principalmente del trigo, provocó el debilitamiento del radicalismo agrario. Pero lo que más dañó al partido fue la presidencia de Woodrow Wilson y la gran cantidad de reformas que se legislaron bajo su administración. Wilson les robó el trueno a los socialistas y además gran parte de su tren intelectual.

El estallido de la primera guerra mundial selló la suerte del Partido Socialista. Sus jefes, marxistas doctrinarios, no podían soportar que se guerreara por cuestiones nacionalistas y no por conflictos de clases. Los intelectuales desertaron del partido y de su postura pacifista y, al final de la década,

* Aquellos que apoyaban a Theodore Roosevelt en la campaña presidencial.

su composición era ya muy otra. El apoyo de los americanos nativos había declinado y las últimas trincheras del partido se hallaban entre las minorías de habla extranjera en el este del país.

Durante la guerra y en los años siguientes, estuvo perseguido. El gobierno hizo incursiones en sus centros, encarceló a sus jefes, deportó a sus portavoces. El movimiento, que nació con optimismo y con gran confianza en la victoria final, alcanzó su mayor desarrollo a los once años y luego se marchitó rápidamente, arruinado por las disputas internas, por las defecciones, por los marxistas dogmáticos y por la guerra.

La guerra, sin embargo, dio a luz un movimiento muchísimo más poderoso y agresivo que cualquiera de los que el apacible Debs pudiera haber dirigido. La revolución de febrero de 1917 en Rusia y el posterior acceso al poder de los bolcheviques empujó al ala izquierda socialista al campo del comunismo.

Durante algún tiempo se tuvo la impresión de que todo el mundo occidental se hallaba al borde de la revolución. El alzamiento ruso se extendió por el oeste, pasó como un rodillo por Alemania, donde el Kaiser fue destronado, y llegó incluso a las democracias del mundo aliado. En los Estados Unidos, los idealistas y los oportunistas, los que anhelaban el progreso y los que suspiraban por el poder, los románticos y los doctrinarios se obstinaban, con entusiasta empeño, en ver en América una situación inexistente. En cada huelga fabril veían madurar la revolución; en cada obrero disidente, una muestra de la conciencia de clase proletaria. Pero los Estados Unidos no habían soportado a ningún Kaiser ni a ningún Zar, ni tampoco existió en América el campesinado. La clase trabajadora se preocupaba de situarse en una posición respetable, como una de las partes iguales de una sociedad formada por el capital y el trabajo. El país entraba en la prosperidad de los años 20. Aunque los artistas y los intelectuales se rebelaran contras las antiguas formas artísticas y aunque las modas experimentaran cambios revolucionarios, la situación revolucionaria con que soñaban los bolcheviques brillaba por su ausencia.

En septiembre de 1919 dos partidos comunistas rivales celebraron sus congresos en Chicago. El primero, el Partido Comunista, lo integraban en su mayor parte grupos de lenguas extranjeras. Louis Fraina fue elegido su presidente. Fraina creía que la cosa estaba madura para emprender ac-

ciones de masas. Sus argumentos, expuestos en 1918 en *Revolutionary Socialism,* tuvieron en gran parte la culpa de que la izquierda se mostrara indiferente a las reformas parlamentarias y a las actividades electorales. Por desgracia, Fraina disfrutó de la presidencia de un partido unido menos de lo que dura un suspiro, porque en el mismo congreso su Partido Comunista se escindió en tres facciones que se pusieron a discutir nimiedades doctrinales.

La segunda facción se llamó el Partido Comunista del Trabajo, y estaba bajo la dirección de John Reed y de Benjamin Gitlow. Los dos partidos rivales se dedicaron a atacarse mutuamente con encarnizamiento, dejando por el momento sus invectivas contra la burguesía. El pleito interpartidista terminó provisionalmente en mayo de 1920, cuando el Comintern ordenó a los dos que se unieran. De la fusión nació el Partido Comunista Unido.

Como si esperara el momento, un grupo disidente se desgajó del congreso que se estaba celebrando para tratar de la fusión y se erigió en partido aparte. En 1921 el Comintern logró que se estableciera cierta colaboración entre el Partido Comunista Unido y el nuevo Partido Comunista, pero el año terminó con una erupción de nuevos cismas y por lo menos doce organizaciones comunistas aparecieron donde antes hubo sólo dos. Algunas operaban en la clandestinidad porque la cacería de brujas de la postguerra todavía coleaba con fuerza en 1921; otras trabajaban al descubierto. Aunque se registraron nuevas fusiones y nuevos cismas, existía un grave antagonismo entre dos facciones y dos líderes. La primera, encabezada por William Z. Foster y sus dos lugartenientes, Earl Browder y J. P. Cannon. Bajo el liderazgo de este último, varios de los grupos comunistas que operaban al descubierto se unieron para formar el Partido de los Trabajadores. Charles Ruthenberg y su asistente Jay Lovestone dirigían la otra facción. El disentimiento entre ellas obedecía básicamente a razones de tipo táctico. Lenin recomendaba el paso atrás; al evidenciarse que la revolución mundial no era inminente, lo que no se pudo lograr en el primer golpe habría que conseguirlo mediante una labor lenta y tenaz. Lenin programó el «frente unido» como un medio de infiltración en ciertos grupos obreros como el Partido del Trabajo-Campesino. Foster prefería trabajar dentro de la A. F. L. y de otras estructuras ya establecidas. En las elecciones de 1924 defendió con energía la táctica del «frente unido» y

llegó al extremo de pedir que se apoyara la candidatura del senador progresista Robert M. La Follette. Foster tenía la doble ventaja de estar sintonizado con la nueva política de Moscú y de conocer la realidad de la política americana.

La nueva política de Lenin debiera haber garantizado el triunfo de Foster y la desgracia de Ruthenberg, pero ya habían pasado los días en que la lógica contaba como factor decisivo en los partidos comunistas nacionales. Para 1925 era ya un hecho la «estalinización» completa del partido ruso y las órdenes se impartían ex cathedra desde Moscú, basadas más en las conveniencias de Rusia que en las circunstancias locales. Las disensiones intrapartidistas no se solventaban mediante debate o por la intervención de los jefes, sino por decisiones de Moscú. Foster recibió la orden de otorgar a su enemigo Ruthenberg un cargo principal en la jefatura del partido, y la obedeció sin chistar. Aunque en la historia del partido se registraran constantes luchas faccionales, su influencia era escasa o nula en las decisiones que se tomaban.

Este frente unido abría las posibilidades de cooperar con los obreros y los socialistas, pero las ganancias fueron mínimas. Sin embargo, los acontecimientos de 1929 le brindaron la oportunidad de conseguir progresos espectaculares y de nuevo resucitaron los sueños de una apoteosis revolucionaria. En 1929 se hundió el mercado americano de valores. La catástrofe no sólo adquirió dimensiones económicas —quiebras, juicios hipotecarios y filas de gente a la espera de pan—, sino también emocionales e ideológicas. Se produjo una desintegración de las creencias, de la confianza en todos los supuestos de la vida americana. Ya no se daban por descontadas la eficacia del capitalismo y la belleza del matrimonio entre el Gobierno y los negocios. Los venerables clichés de América, país de la prosperidad, y de Horatio Alger, quedaron reducidos a eso, a meros clichés que ya no servían para construir sobre ellos un mito nacional. La base falló y la pobreza y el caos se enseñorearon de América.

Los intelectuales de los años veinte —hombres sensibles como John Dos Passos y Edmund Wilson— se habían sentido impotentes ante el capitalismo industrial, fuerte y pagado de sí mismo. Acogieron la aparente bancarrota del sistema como un desagravio, jubilosos y asustados al mismo tiempo. Parecía presentarse la oportunidad de reconstruir América, dándole una nueva forma. Reinaba un ambiente

de excitación y se afianzaba la idea de que sería posible enrumbar la historia por otros derroteros. Y los hombres más indicados para esta labor estarían entre los que poseyeran un programa efectivo y realista que posibilitara el establecimiento de la nueva utopía. Los intelectuales buscaron un programa de esas características y lo encontraron en el comunismo. Mientras los demócratas y los republicanos iban de tropiezo en tropiezo y Franklin Delano Roosevelt daba al país una cerveza aguada, el comunismo se presentaba con un plan de acción y con un aire analítico. El fundamento del comunismo era la planificación científica de la economía, y en Rusia no existía el desempleo.

La inseguridad reinante en los primeros años de la década de 1930 llevó a la gente a refugiarse en las aparentes seguridades del marxismo. «Querían experimentar el sentimiento de que, en el mismo momento en que el mundo se derrumbaba, habían encontrado la llave de su significado» [3]. Los que se afiliaron al Partido Comunista no estaban solos en este deseo. Otros se sentían atraídos por el sistema de pensiones o por el programa de la distribución de la riqueza.

El estalinizado Partido Comunista tocaba alguna extraña fibra del cerebro de los intelectuales, algún rincón aislado en el que buscaban desembarazarse de las dudas y de las interrogantes que constituyen la *raison d'être* del hombre de pensamiento y hallar la tranquilidad que ofrecen las verdades declaradas y la seguridad que proporciona la sumisión. Bajo el ala de Marx y la mirada vigilante de Stalin, los intelectuales podían, en nombre del cercano milenio, descargarse del agobio de sus dudas.

Al partido acudieron escritores, profesores y artistas. No todos, no una mayoría; ni siquiera muchos de los mejores. Algunos se afiliaron a él, otros se convirtieron en simpatizantes del comunismo de aquella década. Entre ellos se encontraban también trabajadores sociales, moralistas cristianos, abogados, médicos.

La imagen romántica del partido que abrigaban estos nuevos conversos apenas se ajustaba a la realidad. Algunos reclutas veían las deficiencias del partido, pero a pesar de todo ingresaban en él. Para ellos la crisis exigía un cambio revolucionario y el Partido Comunista era el único que abogaba por la revolución. Ser socialista no bastaba. Como dijo Dos Passos, equivaldría a beber «cerveza aguada». Otros

se mostraban extrañamente ciegos o ingenuos con respecto a los fallos del partido. Y algunos, como confesaría más tarde Granville Hicks, acallaron sus propias dudas porque «nos bastaba con creer que el marxismo, en general, tenía razón y que el Partido Comunista era, en general, marxista» [4].

El partido, al cual se afiliaron o apoyaron, no era ya el moderado «frente unido». El «tercer período» estaba ya en marcha y el Partido Comunista había adquirido un carácter ultrarrevolucionario. Irónicamente, apuntaba en una dirección que no compaginaba muy bien con los sueños radicales de los intelectuales americanos. La línea del partido se concentraba en el canibalismo de la izquierda: el enemigo principal no era el capitalismo o el fascismo sino el socialismo. Los comunistas aseguraban a sus amigos que el capitalismo daba ya sus últimas boqueadas y que el fascismo, entonces en alza en Alemania y en España, era como los estertores de su agonía. La victoria de la izquierda estaba asegurada, pero importaba que los comunistas emergieran como su partido más fuerte y, por lo tanto, era preciso destruir a los socialistas como rivales de la clientela obrera. Este razonamiento condujo a extrañas combinaciones políticas. En Alemania el Partido Comunista se alió con los nazis para destruir a los «socialfascistas».

En América el ataque contra la izquierda abarcó no sólo a los socialistas, sino a todos los demás grupos organizados del obrerismo. Los comunistas se lanzaron a un programa agresivo de «sindicalismo dual» y concentraron sus esfuerzos en los sectores textil, hullero, marítimo y de la confección. Con esta campaña pretendían restarle fuerzas a la A. F. L. y hacerle competencia. En vez de realizar una labor de zapa desde dentro de las filas de la A. F. L., el Partido Comunista decidió ir de frente y tratar de debilitar y destruir el movimiento obrero de carácter moderado. Pero no cosechó grandes éxitos. A pesar de la Depresión y del temor al desempleo, los trabajadores americanos permanecieron al lado de Samuel Gompers. Incluso los obreros que llegaron a afiliarse al Partido Comunista no continuaron en él mucho tiempo: y no tanto por diferencias ideológicas, como por el hecho de existir una ideología. Estos hombres se sentían perplejos e incómodos con tantas digresiones filosóficas y se hartaban de tantas reuniones y de tantos debates. Un obrero acostumbrado a las peticiones tangibles de sus sindicatos tradicionales no podía contentarse fácilmente con raciones de mate-

rialismo dialéctico. A los cinco años el Partido Comunista sólo se había ganado a la industria peletera de Nueva York. Y el precio que tuvo que pagar por esta magra victoria fue dejar una herencia de sentimiento anti-comunista en todos los sectores del movimiento obrero.

Pero, aunque el partido no consiguiera ganarse a las clases trabajadoras, sus afiliados intelectuales creaban la imagen del «nuevo proletario» y rendían culto a su trabajador idealizado, más noble, más «real» que ellos mismos, lleno de simple e instintiva bondad, el cual, una vez libre de sus cadenas, podría realizarse plenamente. La «proletcult» —la cultura proletaria, y a la vez el culto al proletario— fue la creación de unos hombres a quienes dominaba un sentimiento de culpa por sus orígenes burgueses. Estos hombres de letras fomentaron y elogiaron desmesuradamente el arte y la literatura que produjeron trabajadores de buena fe durante ese período. Y los hombres que en la década de 1920 se vanagloriaron de su papel de inconformistas y de rebeldes artísticos, ahora hablaban del arte como de un arma de clase, como de un instrumento ideológico. Sus esfuerzos, tontos, aunque sinceros, no condujeron a nada y desaparecieron con el tercer período.

El ultrarrevolucionario Partido Comunista Americano tenía poco bueno que decir del nuevo presidente de la nación. En realidad, consideraba a Franklin Delano Roosevelt como el principal socialfascista del país. Su *New Deal,* un remiendo hecho en la primera mitad de la década, fue denunciado como una astuta maniobra capitalista para seducir a los trabajadores, apartarlos del partido del proletariado y empujarlos de nuevo al sistema expoliador.

Sin embargo, a pesar de las dificultades que se presentaron en los años de la Depresión, los americanos no se echaron en brazos de la revolución ni del Partido Comunista para encontrar un alivio a sus males. Para 1934 el partido había alistado un total de 47.000 nuevos miembros, de los que sólo 12.000 seguían en sus filas. Los comunistas terminaron la tercera fase con sólo 24.000 miembros, muchísimos menos de los que alardearon tener los socialistas incluso en sus días de sindicalismo radical.

Para 1934 los rusos reconsideraban su política exterior. La ascensión de Hitler al poder amenazaba seriamente la supervivencia nacional de Rusia. El fascismo ya no parecía ser la etapa agónica del capitalismo: su aspecto era el de un

saludable animal de presa. La ocupación fascista de Austria, que destruyó al partido socialista más poderoso de Europa, marcó el fin del tercer período. Stalin comenzó a interesarse por la alianza militar y política con las democracias burguesas y explicó a sus colegas marxistas esta heterodoxa colaboración clasista, diciendo que el progreso del nazismo era causante de una crisis política y que se precisaban medidas especiales para hacerle frente. Stalin inauguraba así la era del «Frente Popular».

En Europa y en los Estados Unidos, los diversos Partidos Comunistas maniobraron con arreglo a las nuevas consignas. Dejaron de darle importancia a la lucha de clases y a la revolución y en 1935 este tipo de retórica ya no se estilaba. Stalin quería disipar los temores de occidente con respecto a Rusia y los partidos comunistas comenzaron a presentarse como partidos nacionales, como patrióticos defensores de la democracia. El Partido Comunista Americano, como las demás organizaciones del país, abogaba por la defensa de la nación contra el fascismo.

Semejante cambio en la línea del partido sin duda conturbó a los marxistas americanos, porque el marxismo había decretado que *nunca* se subordinara la lucha de clases al nacionalismo. Pero el Partido Comunista Americano era, sobre todo, un grupo disciplinado y entregado a sus ideas, leal a las directivas de Moscú y dispuesto a todo con tal de asegurar la supervivencia del utópico experimento que se desarrollaba en Rusia. Algunos miembros eran simples funcionarios del partido, fieles sólo a quienes ocuparan el poder e indiferentes a las paradojas y contradicciones ideológicas. Otros, habiéndose entregado a la fe comunista —de la misma manera que un devoto católico se entrega a la Iglesia— creían que la sumisión era la mejor prueba del valor de su entrega. Otros se sintieron inquietos, pero encontraron el Frente Popular más afín a sus propios gustos y acabaron por no darle mucha importancia a las implicaciones menos atractivas de este cambio radical de política.

En los Estados Unidos, el Frente Popular comenzó modestamente, dedicándose al principio a cortejar a otros grupos izquierdistas. Se hicieron sugerencias al Partido Socialista, reminiscentes del antiguo Frente Unido. Pero, mientras el Partido Comunista giraba a la derecha, el Socialista se inclinaba más a la izquierda doctrinaria. En 1936 los comunistas decidieron ir a la caza de piezas más sustanciosas

que los grupos sectarios de izquierdas y apoyaron, aunque no de manera oficial, la reelección de Roosevelt. Sin embargo los socialistas, más empeñados que nunca en acertar en lo doctrinario y en equivocarse en lo político, presentaron su propio candidato, Norman Thomas, que concentró sus ataques contra Roosevelt, por entonces tremendamente popular, y contra el *New Deal*.

La gran victoria de Roosevelt en 1936 terminó con cualquier duda que pudieran tener los comunistas sobre las virtudes de la política del Frente Popular. Los comunistas ensalzaron el *New Deal* y a su creador. El retrato de Roosevelt apareció muchas veces en la primera página del *Daily Worker*. La lucha revolucionaria quedó relegada al olvido, mientras los patrióticos comunistas trabajaban por medio de «organizaciones progresistas dentro y en torno del Partido Demócrata...» [5].

Los comunistas tuvieron buen cuidado de poner fin a otras viejas querellas. Cesaron los ataques contra la Iglesia y las jerarquías eclesiásticas, recibieron también, junto al Presidente Roosevelt, los elogios de los editoriales del *Daily Worker*. El opio del pueblo ya era merecedor de palabras amables. El partido cortejó a los judíos poniendo sordina a su tradicional antisemistimo y rociando las páginas de sus periódicos con menciones favorables a la Palestina judía. Esta campaña tuvo un gran éxito, principalmente entre los nuevos inmigrantes hebreos.

El Partido Comunista asumió un nuevo aspecto y se americanizó al darle mayor énfasis al orgullo nacional y al patriotismo. En vez de organizarse en «fracciones» dentro de los sindicatos, adaptó la estructura política característica de los Estados Unidos: la organización por vecindades o barrios. Los clubes de barrio no celebraban reuniones con frecuencia y las discusiones sobre dialéctica marxista cedieron el paso a las discusiones sobre cuándo y dóndo celebrar las excursiones del club. El club local se convirtió en centro social, a la manera de los clubes de demócratas y republicanos.

Con esa pasión por los extremos tan característica del partido, los líderes comunistas se presentaban como «simplemente gente del pueblo». La Liga Juvenil Comunista de la Universidad de Wisconsin describó a sus miembros como «personas iguales a las demás, sólo que nosotros creemos en el materialismo dialéctico como solución de todos los problemas» [6]. Para ingresar en el partido no eran ya precisas

las pruebas rigurosas a que antes se sometía a los aspirantes. Al concepto del encuadramiento selectivo se prefería una mayor acomodación a las exigencias de un movimiento de masas.

La americanización no conocía límites. Por suerte la genealogía del jefe del Partido, Earl Browder —cuya extrema docilidad a los dictados de la Comintern trajo como consecuencia que se le eligiera, pasando por alto a Foster, para dirigir el partido en el período ultraizquierdista de principios de la década del 30 y en el período del Frente Popular de mediados de la misma década— arrancaba de la Virginia pre-revolucionaria. La sangre revolucionaria que corría por sus venas, se decía, era la misma que la del otro famoso hijo de Virginia, George Washington. El Partido Comunista abochornó a las venerables Daughters of the American Revolution (Hijas de la Revolución Americana) el 18 de abril de 1937, cuando celebró el aniversario de la cabalgada nocturna de Paul Revere. En su bandera al viento se leía: «Las D. A. R. olvidan lo que la L. J. C. recuerda.»

El partido mostró su nueva cara al obrerismo disolviendo sus «sindicatos duales», cuyos miembros se afiliaron de nuevo al A. F. L. con entusiasmo, jurándole fidelidad con el fervor de un hijo pródigo. En 1936, cuando John L. Lewis comenzó su campaña para organizar a las industrias de producción masiva y para atraer a los sindicatos al nuevo Congreso de Organizaciones Industriales (C. I. O.), los comunistas dudaron. Sus sindicatos se negaban a dejar la A. F. L. para seguir al C. I. O. mientras estuviera todavía fresca la sepultura de un obrerismo dual. Sin embargo, en la primavera de 1937 el partido ya se había dado cuenta de que su mayor oportunidad se encontraba en el C. I. O. Lewis tenía necesidad de organizadores avezados y el partido podía proporcionárselos. Lewis estaba seguro de poder «usarlos» en provecho propio. Los comunistas pensaban lo mismo con respecto a él. Como dote, los comunistas llevaron a las filas del C. I. O. a la Federación Marítima del Pacífico y a la Unión de Trabajadores del Transporte. Lewis se hizo cargo del aparato que el partido había usado en ocasiones anteriores para penetrar en los sindicatos, pero sus esfuerzos tuvieron más éxito. De todas maneras, sus victorias fueron también victorias comunistas, porque el partido logró infiltrarse en la oficina nacional del C. I. O., y antes de que pasaran dos años los comunistas controlaban ya varios sindicatos del C. I. O.

Muchos miembros no comunistas no ofrecieron resistencia a aquella afluencia comunista. En primer lugar, en aquellos días del Frente Popular, era difícil determinar quiénes eran del partido y quiénes no. Hasta la firma del pacto entre Hitler y Stalin, que motivó un repentino cambio en la postura de los comunistas, no se dieron cuenta muchos sindicatos de lo amplio de la influencia del partido y del grado de infiltración de los comunistas en sus juntas. Algunas organizaciones obreras, como la Unión de los Trabajadores del Acero, estuvieron más alertas y sofocaron los esfuerzos comunistas, antes de que el partido llegara a atrincherarse en su seno. En el mejor momento del Frente Popular e inmediatamente antes de su muerte repentina, el Partido Comunista, sin embargo, tenía el control efectivo de doce sindicatos.

Los acontecimientos que se registraron en el extranjero ayudaron a nutrir las filas del partido en los primeros años del Frente Popular. Al estallar la guerra civil española en julio de 1936, muchos hombres y mujeres, especialmente entre los jóvenes, creyeron que la gran batalla definitiva entre *el fascismo y la libertad se daba en las polvorientas y doradas* llanuras españolas. Con todo, ningún país democrático prestó ayuda a los republicanos españoles. Una grave dolencia parecía corroer a las democracias occidentales y daban la impresión de que no querían, o no podían, defender sus principios. Sólo Rusia ofreció dinero y armas a los republicanos y fueron los partidos comunistas europeos los que organizaron las brigadas de voluntarios que combatieron en Cataluña y a lo largo de la frontera. Jóvenes comunistas, en general, formaban estas brigadas, y muchos murieron en combate.

El Partido Comunista parecía poseer una energía y un idealismo inexistentes en otros gobiernos y partidos políticos de occidente. Rusia parecía ser la única nación digna de alabanzas. Después, muchos se desilusionarían, al enterarse de las presiones de los comunistas sobre el Gobierno español y al comprobar que la Madre Rusia podía ser, no sólo redentora, sino también destructora y parasitaria. Más tarde, John Dos Passos diría a los nuevos comunistas americanos que habían sido estafados y que su devoción y admiración eran muy superiores a los merecimientos de su ídolo. Muchos, disgustados, llegarían a abandonar el partido. Pero al principio la guerra civil española —y una gran desilusión

por la actitud de las democracias— hizo que se multiplicaran los miembros del partido y las simpatías de los no afiliados.

Finalmente, el éxito del Partido Comunista no puede medirse sólo por el número de sus inscritos. Muchos liberales americanos, a quienes ahora preocupaba no tanto la pobreza como la amenaza de la dominación nazi y fascista en Europa, simpatizaron con el antifascismo comunista, aunque no fueran ellos mismos comunistas ni comulgaran con las doctrinas económicas del partido. Muchos creyeron que un programa del Frente Popular constituía una verdadera cooperación entre comunistas y demócratas o entre comunistas y liberales o independientes. Lo veían como una unión de fuerzas, no como un intento de absorción o de explotación política. Fueron estas personas, quienes garantizaron el éxito de la innovación política más espectacular del partido, las organizaciones frontales.

Cada organización frontal se dedicaba a una causa susceptible de atraer a los ciudadanos respetables. No era difícil para los comunistas retener el mando de la organización y dirigir sus acciones, a pesar del número de miembros no comunistas, los cuales se inscribían, en su mayoría, como individuos, mientras que los comunistas estaban entrenados para actuar como una unidad: votaban juntos, asistían a todas las reuniones, trabajaban en los comités y eran los primeros en las iniciativas y en las discusiones. Estas organizaciones frontales sirvieron bien al Partido Comunista, no sólo como grupos de presión a favor de cualquier política beneficiosa para Rusia; sino también como un medio para penetrar en círculos federales y locales del Gobierno.

Una de esas organizaciones frontales, la Liga contra la Guerra y el Fascismo, fue fundada en 1933. Sobre el papel, el número de sus socios era extraordinariamente grande, porque aceptaba afiliaciones indirectas y colectivas. Cientos de simples miembros de otras organizaciones figuraban inscritos en la Liga, sin que ellos lo supieran, simplemente por la decisión de sus presidentes o de sus comités ejecutivos.

La historia semántica de la Liga refleja sus cambios de política y de objetivos en los siguientes seis años. La primitiva Liga contra la Guerra y el Fascismo, que fue una criatura del tercer período, era antifascista y anticapitalista al mismo tiempo. Para 1937 el Frente Popular estaba en su apogeo y la organización se convirtió en la Liga Americana por la Paz y la Democracia; de esta manera, ahora abogaba por

la paz, pero aconsejaba que se siguiera una política de seguridad colectiva en caso de que fuera necesaria la guerra para defender a los Estados Unidos y a la democracia. El cambio de postura de la Liga se ajustó al de muchos americanos y atrajo el apoyo de hombres situados en el Gobierno, como Harold Ickes. En su quinto congreso, celebrado en enero de 1939, estuvieron presentes el presidente nacional de Hadassah, el Grande y Sublime Jefe de la Reformada, Benevolente y Protectora Orden de los Alces, dos congresistas y varios delegados de la Asociación de Jóvenes Cristianas (Y. W. C. A.) Esta reunión fue la más numerosa, la más distinguida y también la última de la Liga, porque el pacto Hitler-Stalin provocó su óbito precipitado e indecoroso.

El Partido Comunista demostró gran interés por los grupos minoritarios. Durante el período del Frente Popular le alargó la mano a los negros americanos, y muchos líderes negros, aunque recelosos del gesto de los comunistas, calcularon el riesgo y pensaron que la cooperación pudiera serles beneficiosa. En 1936 Ralph Bunche y A. Philip Randolph ayudaron a organizar el Congreso Nacional Negro. Aunque la gran mayoría de sus miembros no era comunista, el talento organizador y la experiencia del Partido Comunista le dieron el control efectivo del Congreso, el cual, como la Liga, se vino repentinamente al suelo tras el pacto Hitler-Stalin. Muchos miebros se tomaron en serio los fines declarados por el Congreso y creyeron estar trabajando para conseguir la igualdad para su raza. La rapidez con que se deshizo la organización y el brutal cambio de postura de unos líderes que parecían entregados a la causa dejaron a estos negros sumidos en la furia, la desilusión y el resentimiento.

En 1935 el partido logró su primer éxito importante en el mundo universitario. Mediante una fusión de los grupos juveniles de los partidos socialista y comunista se creó la Unión Americana de Estudiantes. La juventud socialista había mirado con recelo la idea de la fusión, y con razón. Los miembros socialistas, a pesar de que fueron parte en el nacimiento de la Unión, se encontraron rápidamente desbordados por las maniobras comunistas, superados en las votaciones y finalmente destronados.

Pero el control de los grupos estudiantiles de izquierda interesaba menos al partido que el control de organizaciones liberales respetables como el Congreso de la Juventud Americana. El Congreso, «iniciado por jóvenes vagamente libera-

les y... pronto capturado por jóvenes decididamente comunistas» [7], recibió las bendiciones y el apoyo de Mrs. Eleanor Roosevelt en persona. Sus miembros fueron invitados a asesorar a los funcionarios del *New Deal* sobre los problemas de la juventd y la mejor manera de encararlos. Sin embargo, aunque Mrs. Roosevelt sospechara la presencia de la influencia comunista, muchos líderes del Congreso de la Juventud parecían, y en realidad lo eran, americanos patriotas sinceramente preocupados por los problemas del desempleo y de la educación juveniles.

En todos estos casos, el éxito del Partido Comunista no sólo se debió a una influencia a lo Svengali sobre ingenuos americanos. Las causas y los objetivos de las organizaciones que se crearon eran irreprochables y atrajeron a muchos hombres y mujeres llenos de dedicación. Pero los comunistas eran más sagaces en los debates, más hábiles cuando se requería ser hábil para trabajos organizativos, más dispuestos a trabajar que otros y todo ello significaba que, inevitablemente, acababan por controlar al grupo. Paradójicamente, muchos de estos comunistas americanos —más utópicos que estalinistas— creían en los objetivos de las organizaciones que controlaban y no era raro que un comunista renunciara al carnet del partido, cuando éste amenazaba con perjudicar la labor de su organización frontal.

En su busca del poder efectivo, el Partido Comunista sólo abrió brecha en dos agencias importantes del *New Deal:* en la División de Agricultura, dirigida por Jerome Frank, y en la Cámara Nacional de Relaciones Laborales. En los dos casos, las ganancias del partido fueron más de tipo personal que ideológico. Lo único que podían hacer allí los miembros secretos del Partido Comunista era apoyar con energía lo más extremo dentro de una serie de opciones que eran esencialmente liberales. Su postura extremista debía acoplarse a una estructura liberal. Así, pues, los ayudantes comunistas de Jerome Frank tuvieron que limitarse a defender con ardor lo que la administración de Roosevelt hubiera llamado «posiciones izquierdistas»: un mayor control de los precios de los productos del campo y un programa de ayuda a los trabajadores agrícolas del sur. Todo eso tenía poco de marxista y, por otra parte, el propio Frank era anticomunista. En la Cámara Nacional de Relaciones Laborales la situación era parecida. Sus miembros comunistas apoyaban con fuerza

la política del C. I. O., es decir, la posición más radical a su alcance.

La liberalización del control ruso durante el período del Frente Popular coincidió irónicamente con la cacería de brujas ideológica que se llevó a cabo en la Unión Soviética. En 1936 los rusos comenzaron a exhibir su abundante caza y pusieron en marcha los procesos contra los herejes. Estos juicios moscovitas estremecieron a los intelectuales del Partido Comunista Americano. Líderes famosos de la revolución, héroes de un pasado todavía cercano fueron acusados de traicionar a esa misma revolución. Fueron acusados y se confesaron culpables.

Los procesos estimularon a los intelectuales anticomunistas de los Estados Unidos a ratificarse en su postura. John Dewey, al frente de una comisión investigadora, viajó a Méjico para escuchar el testimonio del exiliado Leon Trostki. El segundo de los dos volúmenes, en los que se recogió el resultado de las investigaciones, llevaba por título: *Not Guilty*. Entonces, los comunistas y sus simpatizantes, dirigidos por Malcolm Cowley, saltaron en defensa de Stalin. Ciento cincuenta hombres y mujeres artistas firmaron una carta de protesta. Las dudas de algunos simpatizantes y miembros del partido se olvidaron en el calor de la defensa.

Para 1939 los intelectuales anti y procomunistas se hostilizaban abiertamente. Sidney Hook y John Dewey fundaron el Comité para la Libertad Cultural, el cual publicó una declaración con 140 firmas en las que se denunciaba la naturaleza y la ceguera de quienes criticaban la supresión de la libertad intelectual bajo el fascismo y, al mismo tiempo, aceptaban, o no eran capaces de ver, la misma represión en la U. R. S. S. El Partido Comunista no tardó en reunir cuatrocientas firmas para rebatir esa declaración, acusando al Comité para la Libertad Cultural de propagar un «embuste fantástico» y de socavar al frente unido contra el fascismo. Esta carta, con su lista de firmantes, entre los que figuraban numerosos nombres famosos, apareció el 14 de agosto de 1939. No habían transcurrido aún dos semanas cuando se dio a conocer el pacto Hitler-Stalin.

«La mascarada ha terminado» [8], escribió Heywood Broun. El pacto Hitler-Stalin puso término a la inocencia, real o fingida, de los intelectuales comunistas. La mayor parte dejó el partido, pero los comunistas convencidos se plegaron obedientemente al necesario cambio en la línea del partido. Era

la mayor prueba a que sometían su capacidad de aceptar cualquier cosa como artículo de fe, y los Browders y Fosters pasaron con éxito la prueba.

No sin cierta pena recogió el Partido Comunista Americano los aderezos, las banderas y las organizaciones de la era del Frente Popular. Fueron años de prosperidad para el partido. Sus tácticas dieron buenos resultados y cosecharon poder y prestigio. Lentamente, sin embargo, los editoriales del *Daily Worker* cambiaron de tono: la guerra de Europa no era ya antifascista, sino «imperialista», e Inglaterra era culpable por haber «desencadenado» el holocausto.

Mantener a los Estados Unidos fuera de la guerra constituyó la nueva tarea del partido. Concentraría su actividad en la propaganda del aislacionismo y del pacifismo. Esta táctica produjo una nueva especie de Frente Popular, al frente de «Tengamos a América fuera de la Guerra». Las viejas técnicas se volvieron a emplear y aparecieron nuevas organizaciones frontales.

La Liga por la Paz y la Democracia resucitó bajo el nombre de la Movilización Americana por la Paz. Su 'slogan' era: «Los yanquis no irán» y estableció unos piquetes en «vigilia permanente por la paz» en torno a la Casa Blanca.

Las nuevas organizaciones frontales comunistas se pusieron a trabajar para atraerse a los bien intencionados miembros de las antiguas organizaciones y a sus bien intencionadas ideas. Era necesario borrar del programa a Roosevelt y a la seguridad colectiva e introducir en su lugar el odio por Roosevelt y la pasión por el aislacionismo. A los simpatizantes de Roosevelt se les enseñó una nueva coplilla:

Oh, Franklin Roosevelt told the people how he felt,
We almost believed him when he said:
Oh I hate war
And so does Eleanor
But we won't be safe 'til everybody's dead. * [9]

En la costa occidental, en Hollywood, se organizó la Asamblea por la Paz y al otro extremo del país, el Consejo pro Paz

* Oh, Franklin Roosevelt dijo a la gente lo que sentía,
y casi le creímos cuando dijo:
Oh, yo odio la guerra,
lo mismo que Eleanor,
pero no estaremos seguros hasta que todos hayan muerto.

de la Comunidad de Brooklyn. Esta media vuelta política se efectuó sin que se perdiera la adhesión de muchos simpatizantes: el mito del progreso soviético era fuerte todavía y seguían siendo dulces los placeres de luchar por un causa dentro de un grupo fraternal.

Pero apenas había asumido el partido su nuevo papel, todo cambió de nuevo. El 22 de junio de 1941, los ejércitos de Hitler invadieron la U. R. S. S. En Washington desapareció la «vigilia permanente por la paz». La Movilización Americana por la Paz se convirtió en la Movilización del Pueblo Americano. «¡Ayuda para Inglaterra!», fue la consigna. Los agitadores comunistas fomentadores de huelgas se transformaron en pacificadores dentro de los sindicatos y acusaron a John L. Lewis de ser fascista y organizador pronazi de huelgas.

Fue una gran época para los miembros del partido. Aunque les preocupara la situación por la que pasaban sus camaradas rusos, es evidente que debieron sentirse contentos ante el nuevo estado de cosas. ¡De nuevo podían ser patriotas americanos al mismo tiempo! Podían entregarse al movimiento patriótico de masas y continuar sirviendo fielmente a Stalin.

Los afiliados al Partido Comunista aumentaron en los años de la guerra. Para 1944 eran casi el doble, alrededor de ochenta mil, pero estos números no eran ya un índice seguro que revelara la atracción del marxismo. La mayor parte de los nuevos inscritos se adhirieron al partido como un gesto amistoso hacia Rusia y su valiente Ejército Rojo. Para 1944 el partido no exigía ya que los aspirantes a ingresar tuvieran que ser marxistas. En realidad, en ese mismo año se disolvió el Partido Comunista para renacer bajo el nombre de Asociación Política Comunista, la cual hizo una activa campaña electoral en favor de la reelección de Roosevelt. Una vez más, mientras más se «americanizaba» el partido, más prosperaba.

Durante los años de la guerra, todo lo ruso obsesionó al pueblo americano, desde las canciones folklóricas con balalaica hasta Dimitri Shostakovich. Y, llevado al parecer por una fantástica capacidad para deformar la realidad, el entusiasta pueblo americano incluso «americanizó» a la Unión Soviética. En algunos artículos se describía a la Rusia moderna como a un país regido por un sistema capitalista, aunque modificado. Y en verdad, la Unión Soviética parecía evo-

lucionar hacia un régimen democrático parecido, si bien no idéntico, al anglo-americano, y lleno de sentimientos fraternales. En 1942, una afiliada a las Hijas de la Revolución Americana anunció con satisfacción el fin del marxismo soviético: «Hoy en día, el comunismo no existe prácticamente en Rusia» [10].

En los años 20 y 30 los americanos adoraron a Rusia por todo lo que la diferenciaba de los Estados Unidos; en los años 40, por lo que tenía de parecido. En América, los no marxistas se apropiaron de la imagen de Rusia de sus hermanos los utópicos.

Al terminar la guerra, la línea del partido volvió a modificarse. En la guerra fría, los Estados Unidos volvieron a ser el enemigo capitalista e imperialista. Sin embargo, hubo un grave desajuste entre las nuevas directrices políticas y las correspondientes maniobras de acomodación de los líderes del Partido Comunista Americano. Browder seguía predicando aún la coexistencia pacífica, mientras los Estados Unidos y la U. R. S. S. señalaban en los mapas respectivos sus zonas de influencia. Browder, demasiado adscrito a las consignas de unidad nacional del tiempo de la guerra, demasiado lento en la asimilación política, fue despedido. Su sentencia le llegó indirectamente porque apareció primero en una carta firmada por el jefe comunista francés Jacques Duclos y publicada en abril de 1945 en la revista francesa *Cahiers du Communisme;* en mayo, la misma carta, traducida, apareció en el *Daily Worker* para que Browder pudiera enterarse de la noticia en su lengua nativa. El viejo rival de Browder, William Z. Foster, que durante mucho tiempo soportó las intimidaciones y humillaciones del partido, fue designado para que volviera a dirigirlo.

Los comunistas americanos se quedaron de una pieza ante aquel súbito relevo en la jefatura, el cual implicaba, amenazadoramente, que todos fueron culpables de herejía por haber seguido lealmente a un hereje. Los penitentes entonaron su *mea culpa* por pecados que no sabían hubieran cometido. Uno tras otro, y luego en grupos, expresaron públicamente su arrepentimiento por haber sido «browderistas». El 5 de febrero de 1946, Earl Browder fue expulsado del partido, por «imperialista social».

¿Qué sustituiría al «browderismo»? Ahora, la labor del partido se concretaba a crear un estado de opinión contra la expansión americana y contra la política americana hacia

Rusia. Pero el ambiente que se formó en América por la guerra fría sacó a los comunistas de sus cargos de influencia en el Gobierno y en los medios obreros. A las buenas y, muchas veces, a las malas, el C. I. O. barrió a los comunistas de sus filas. El Comité Ejecutivo del C. I. O. aprobó una moción pidiendo la dimisión de todos los afiliados que no estuvieran dispuestos a observar la Constitución de los Estados Unidos.

En 1948 el partido hizo un último y desesperado esfuerzo para reingresar en la vida política americana. Se concibió un nuevo «partido popular» y se pensó en Henry Wallace como en un candidato en potencia para la presidencia del país. Para los comunistas, Wallace era el hombre de paja ideal; tenía «la predisposición a creer lo mejor de los peores aspectos del mundo totalitario; como si, en el fondo, Wallace deseara ser engañado» [11]. En realidad, al Partido Comunista le tenía sin cuidado lo que Wallace pudiera pensar de la sociedad rusa, y sólo le importaban sus ideas sobre la política extranjera en relación con Rusia: y Wallace, en la guerra fría, era una «paloma».

Surgieron nuevas organizaciones frontales. (Para entonces la táctica era ya vieja, pero los comunistas habían perdido su facultad creadora.) Los Ciudadanos Progresistas de América, un nuevo grupo «liberal», instó a los americanos a elegir a Henry Wallace, el héroe del hombre de la calle.

El pequeño número de comunistas aún enquistados en el C. I. O. se opusieron a aquella idea de crear un tercer partido político, porque sabían que iría en perjuicio de la organización obrera. Sin embargo, los planes siguieron adelante y cuando el congreso fundacional del Partido Progresista designó a Wallace para la Presidencia, muchos líderes comunistas de los sindicatos abandonaron el partido antes de exponerse a perder sus cargos.

Wallace consiguió un millón de votos, lo que no está del todo mal para un nuevo partido político, pero a los comunistas no les interesaba el lento proceso de edificar a largo plazo un partido político. Aspiraban a algo más inmediato. De todas maneras, el movimiento se vino abajo, porque Wallace lo abandonó para salir en defensa de la intervención americana en la guerra de Corea.

El Partido Comunista dejó de existir como una fuerza significativa en la política americana. Sólo quedaba que se le

ejecutara en público y el verdugo llegó en la persona de Joseph McCarthy.

Karl Marx pasó gran parte de su vida en Londres. Y fue una sociedad como la inglesa, la que él imaginó como escenario de la revolución proletaria. Pero los ingleses desengañaron constantemente a Marx y a sus discípulos. Aunque ya en la década de 1880 existía una organización socialista, la Federación Democrática Social, sus miembros se contentaban con tener una vaga idea de las teorías de Marx y, en realidad, se sentían archiconservadores al oír palabras como *disturbio* o *revolución*.

Al comenzar el nuevo siglo, desde los Estados Unidos, altamente industrializados, llegó a Inglaterra una bocanada de radicalismo. El concepto de Daniel DeLeon de «una gran central obrera» inspiró a los marxistas de la zona industrial de Clydeside. Un grupo militante formó, a imitación del Partido Socialista del Trabajo de DeLeon, el Partido Socialista Inglés del Trabajo. En las deprimidas, y deprimentes, regiones industriales de Gales y de Escocia, este grupo militante consiguió algunos éxitos. Pero, principalmente, sus esfuerzos dieron origen a un núcleo de marxistas obreros que, en su día, podrían despertar, organizar y dirigir al proletariado.

Durante la primera guerra mundial, el Partido Laborista —que se declaró a favor de un socialismo gradual que podría efectuarse por la actividad legal de los sindicatos, y que con frecuencia mostraba más afinidad con Gompers que con Marx— acordó cooperar con el esfuerzo bélico. Los jefes obreros aceptaron la imposición de restricciones sobre sus actividades por el bien de la seguridad nacional. No ocurrió así con los socialistas militantes, los cuales organizaron grupos como el Comité de Obreros de Clydeside, amenazaron con huelgas para protestar contra las condiciones de trabajo y continuaron la labor de fortalecer los sindicatos, a pesar de la guerra desencadenada en Europa. Es natural que su conciencia de clase considerara más importante la guerra entre el trabajador y el capitalista, que la guerra entre el Kaiser y el Rey. Sin embargo, el gobierno inglés demostró poco aprecio por semejante pureza ideológica. En 1917 los jefes militantes de Clydeside fueron exiliados de Inglaterra.

Ese mismo años los líderes del Partido Laborista y los socialistas radicales aplaudieron por igual el triunfo de la re-

volución rusa. Esta alegría común fue estimulante, pero breve, y terminó con el golpe bolchevique. De nuevo el Partido Laborista y el resto de la izquierda británica se miraron desde lados opuestos de la barrera política.

Los radicales comenzaron a discutir su posición con respecto a la revolución y al comunismo. Como en América, la izquierda inglesa era un conglomerado de pequeños partidos, cada cual con sus propias opiniones. La mayor dificultad radicaba en unir a todos esos grupos que, separados, no podían dejar sentir su peso ni realizar ninguna acción política de envergadura. Pero la unificación no se veía fácil. El Partido Socialista Británico, una versión ampliada de la Federación Social, era prorrusa pero no era partidaria de soluciones revolucionarias para Inglaterra. Prefería la acción parlamentaria. Sus intenciones de trabajar dentro del sistema eran claras, desde el momento en que se reafilió al Partido Laborista en 1916.

Otros partidos, como el que dirigía la sufragista Sylvia Pankhurst, abogaban por la formación de cuadros revolucionarios que no tuvieran nada que ver con los sindicatos de tendencias conservadoras, como los del Partido Laborista. Miss Pankhurst tomó el asunto en sus manos y el 16 de julio de 1919 escribió al camarada Nikolai Lenin en persona. Lenin, impaciente por ver unida a la izquierda inglesa, respondió el 28 de agosto que prefería que los comunistas participaran en todo lo que redundara en beneficio de la izquierda: en las elecciones, en los sindicatos, en el Partido Laborista, pero que, antes que nada, urgía que se llegara a la unidad. En otras palabras, Lenin aprobaba cualquier compromiso viable.

Los partidos ingleses de nuevo comenzaron sus reuniones, sus debates y sus discusiones. Se convocó un congreso para fijar las bases de la unidad, pero la facción de Pankhurst se negó a intervenir en el mismo. El Partido Socialista Británico, ante la ausencia de su principal antagonista, logró persuadir al congreso para que intentara afiliarse al Partido Laborista. Los representantes del P. S. B. aseguraron a sus compañeros izquierdistas que esa colaboración con los gradualistas no sería más que superficial. La idea era «afiliarse para ayudar al Partido Laborista a llegar al poder y, una vez en él, expulsarlo a puntapiés como primera medida» [12].

De este congreso nació el Partido Comunista de la Gran Bretaña (P. C. G. B.), cuyo único rival militante era el gru-

po de Pankhurst. Sin embargo, Miss Pankhurst depuso su actitud cuando el Partido Laborista le negó al P. C. G. B. la afiliación: la táctica que Pankhurst desaconsejaba era en verdad inoperante si el Partido Laborista no la permitía. Para 1921 ya se había efectuado la unificación, aunque no sobre sólidas bases. La estructura del nuevo partido reflejaba el individualismo, todavía fuerte, de cada facción. Los integrantes del comité ejecutivo fueron designados en parte por motivos de orden geográfico y en parte en representación de los diversos grupos.

El segundo congreso unitario se celebró en Leeds, en el hotel Victoria (nombre muy apropiado) el 29 de enero de 1921. (El partido, prudentemente, había encargado las habitaciones a nombre de la Asociación Nacional de Fruteros.) Viejos enemigos brindaron por la nueva amistad: «Los partidos comunistas han muerto. Viva el Partido Comunista» [13].

En su conjunto, los miembros del nuevo P. C. G. B. no eran ingleses. Muchos eran continentales. Y la gran mayoría pertenecía al «confín céltico»: irlandeses de Clydeside, escoceses y galeses. En un tercer grupo figuraban los jóvenes y los intelectuales británicos, que admiraban la vertiginosa industrialización de Rusia y sus utópicas promesas.

La bolchevización del partido en los años 20 no fue tarea sencilla. El centralismo democrático —que permitía se discutieran los asuntos *hasta* que la jerarquía del partido tomaba una decisión que automáticamente debía ser obedecida sin rechistar— no casaba muy bien con las fuertes tradiciones inconformistas de la izquierda británica. Pero el segundo congreso del Comintern había establecido 21 principios que daban a la organización un carácter rígido, casi militar, y los diversos partidos nacionales tenían que regirse por esos *principios, si querían afiliarse a la Tercera Internacional.* El pequeño partido británico comprendió que su influencia poco iba a pesar en las decisiones de la Comintern, pero estaba deseoso de pertenecer a él y consintió en plegarse a sus directrices.

En 1922 los dirigentes rusos seleccionaron una *troika* para que reestructurara al partido británico. La reforma se limitó al establecimiento de un comité central rector y a dirigir la actividad principal del partido hacia la infiltración y la labor de proselitismo dentro de los sindicatos. Como en los Estados Unidos, las unidades o «fracciones» del partido serían

organizadas en las industrias y factorías, mejor que por barriadas o distritos. Una vez que se completara esta reorganización y esta nueva estrategia, podría considerarse completa la bolchevización del partido.

En Inglaterra, como en los Estados Unidos, la postguerra fue para el partido una época difícil de restricciones y de persecuciones. No es extraño, pues, que los comunistas se alegraran de la victoria del Partido Laborista en 1924. Esperaban que el gobierno de Ramsay MacDonald levantara las restricciones policiales impuestas a las actividades del partido. Aunque el propio MacDonald había demostrado poco aprecio por los miembros del P. C. G. B., los comunistas esperaban explotar en beneficio propio las simpatías de los laboristas liberales por la causa de las libertades civiles. Por desgracia, el Partido Laborista no estaba en condiciones de prestar ayuda a los radicales. MacDonald no contaba con la mayoría parlamentaria y la supervivencia de su gobierno dependía exclusivamente de la buena voluntad del Partido Liberal.

Los conservadores, por su parte, ansiaban detectar entre los laboristas cualquier gesto de condescendencia hacia el comunismo y airearlo para asustar a los liberales, para acusar a los laboristas de amigos de la revolución y para, de esta manera, clavar una cuña entre los dos aliados. Los conservadores no tuvieron que esperar mucho tiempo. En 1924, J. R. Campbell, director del *Workers' Weekly,* publicó un artículo contra la guerra: «No disparad». Cuando MacDonald consintió en que se anularan los cargos contra Campbell por incitación a la rebelión, los conservadores inmediatamente elevaron su protesta en el Parlamento.

Se disolvió el Parlamento y se convocaron elecciones para octubre. Mientras los candidatos realizaban su campaña electoral, estalló un escándalo en los periódicos. Una carta dirigida al P. C. G. B. por el secretario general de la Comintern, Grigori Zinóviev, fue «interceptada» y hecha pública. La carta de Zinóviev (en realidad una falsificación) daba instrucciones a los comunistas británicos para que hicieran todo lo que pudieran a fin de paralizar las operaciones militares inglesas en caso de guerra. El Partido Laborista, considerado culpable por asociación, fue derrotado y el conservador Stanley Baldwin tomó en sus manos las riendas del gobierno.

El Partido Laborista no podía por menos de mirar al P. C. G. B. como a una especie de albatros político. Esta

actitud constituiría una gran contrariedad para el Partido Comunista y, a la larga, lo llevaría al fracaso en la política inglesa. Los efectos inmediatos fueron las medidas restrictivas impuestas contra el ingreso de los comunistas en el Partido Laborista. Mientras que antes se les permitía afiliarse como miembros individuales, ahora se les cerraba la puerta por completo.

Entonces, el Partido Comunista dirigió su atención al T. U. C. El momento era oportuno. Los mineros se habían declarado en huelga y el conflicto amenazaba convertirse en huelga general si no se llegaba pronto a un arreglo. El gobierno conservador se negaba a tratar con los mineros y se preparaba para hacer frente a cualquier emergencia. Una de las consecuencias secundarias de la tensión de aquellos meses de 1925 y comienzos de 1926 fue otro «susto rojo». Doce jefes comunistas fueron procesados por el delito de rebeldía con arreglo a la ley de sedición de 1797. Las oficinas centrales del Partido Comunista fueron objeto de frecuentes registros porque el gobierno de Baldwin sabía que los comunistas intervenían de manera activa fomentando la huelga.

El 4 de mayo de 1926 comenzó la huelga general. Nueve días más tarde el Consejo General del T. U. C. hizo las paces con el gobierno y sólo los mineros continuaron el paro. Durante los seis meses siguientes, los comunistas atacaron con saña a los líderes del T. U. C. por haber traicionado a los mineros. De esta manera el partido se ganó el apoyo de los trabajadores del carbón por su postura leal y militante, pero lo fue perdiendo conforme la huelga se acercaba a su fin. La preferencia del Partido Comunista por la acción directa resultó al final una táctica ruinosa.

Al decrecer el número de miebros en 1927 y 1928, el partido, que ya en 1924 decía tener sólo cinco mil afiliados, se enfrentaba a una situación seria. Moscú se hizo cargo del asunto y destituyó a todos los jefes del partido británico. Por supuesto, ya para entonces Moscú se había hecho cargo de todo y la designación de los nuevos jefes reflejó la stalinización del partido. Con la ayuda de la Liga Juvenil Comunista Británica, Moscú reorganizó al partido y designó al *Daily Worker* como su órgano principal de propaganda.

La política del tercer período estaba ahora en marcha. La retórica de la lucha de clases, al delimitar los campos, forzó al ala izquierda del Partido Laborista a fusionarse con los comunistas. Dentro del movimiento obrero se resucitó el

sindicalismo dual, y dos sindicatos, la Unión de Mineros de Escocia y la Unión de Obreros de la Confección del East End se declararon independientes del T. U. C. Pero, en realidad, las ganancias del partido fueron pequeñas y sólo entre los desempleados pudo anotarse ciertos éxitos. Los comunistas controlaron el Comité Nacional de Desempleados y se manifestaron a favor de los obreros sin trabajo. Pero, a pesar del hambre y de la depresión, los desempleados no se transformaron en las masas revolucionarias que Stalin deseaba.

Ya en 1931 Moscú se dio cuenta de que la táctica de la lucha de clases ni pudo ni podría consolidar el control comunista sobre los trabajadores. La retórica ultrarrevolucionaria y el sindicalismo dual sólo consiguieron marginar a los comunistas de sus aliados naturales en las fábricas y en el gobierno. Las únicas ganancias de importancia las aportó la defección al Partido Comunista de los socialistas del Partido Laborista, cuando MacDonald comprometió a su partido en un gobierno de coalición.

Los afiliados al partido eran unos seis mil cuando, en 1932, los comunistas trataron de utilizar de nuevo, aunque en menor escala, la política del frente unido. Su intención no era cooperar con los jefes «socialfascistas» del T. U. C., sino crear un movimiento 'local', un «frente unido desde abajo». Pero estos esfuerzos, enderezados a captar las organizaciones locales y a lograr el apoyo necesario para expulsar a la burocracia sindical dieron pocos frutos.

El acceso de Hitler al poder y la inauguración del Frente Popular insuflaron nueva vida al moribundo P. C. G. B. La amenaza del fascismo militarista hizo popular en Inglaterra al Partido Comunista. Como en los Estados Unidos, atrajo a los intelectuales y a los estudiantes, y toda una escuela de poetas preocupados por lo social se puso a escribir versos políticos. W. H. Auden, Cecil Day Lewis y Stephen Spender se inspiraron en *Das Kapital* para componer sus rimas. También los científicos, influidos por la tecnocracia, sintieron la atracción del partido creador del Plan Quinquenal. A sus ojos, la explotación rápida y racional de los recursos naturales en Rusia ofrecía un violento contraste con el caos y el derroche económico de Gran Bretaña.

Estas ganancias conseguidas por el partido entre los humanistas y los científicos no tuvieron una contrapartida similar entre los trabajadores. El Consejo General del T. U. C., al que todavía le escocían las maniobras del obrerismo dual

y los intentos de infiltración comunista, publicó una «Circular Negra» en octubre de 1934 prohibiendo a los sindicatos que aceptaran a los comunistas como delegados e instándolos a que sacaran de sus filas a todos los miembros del partido que ocuparan cargos. La fuerte organización del T. U. C. y la existencia de un Partido Laborista que trabajaba a favor de la causa obrera por medio de los pacíficos procedimientos parlamentarios siguieron anulando los esfuerzos de los comunistas. Ni siquiera la simpatía que se ganó el partido durante la guerra civil española logró apartar a los trabajadores de sus sindicatos y de sus convicciones.

Los comunistas cortejaban constantemente al Partido Laborista. En las elecciones retiraron sus propios candidatos, rivales de los laboristas, y emprendieron una activa campaña a favor de éstos. Con todo, el partido de MacDonald procuró tener a raya a los comunistas y de nuevo se les denegó su solicitud de afiliación.

La existencia del Frente Popular fue mucho menos fructífera para el Partido Comunista Británico que para su pariente americano. Sin embargo, llegó a triplicarse el número de sus afiliados, alcanzando 18.000 en 1939, que fue el año de máxima expansión.

El pacto Hitler-Stalin hizo más daño al P. C. G. B. que al partido de Browder. Inglaterra entró pronto en el conflicto bélico y la propaganda del Partido Comunista, que condenaba a Churchill y a Chamberlain como socialfascistas, no cayó bien en la nación en guerra. Cuando el *Daily Worker* aplaudió la invasión rusa de Finlandia llamándola «campaña de liberación», el pueblo inglés reaccionó con furia. Las turbas desbarataron los mítines del Partido Comunista y abuchearon en todas partes a sus oradores. Sólo los estudiantes pacifistas se agruparon bajo la bandera antibélica del partido.

El 12 de enero de 1941 celebró una reunión un organismo frontal, la Asamblea del Pueblo. Sus dos mil delegados se decían representantes de más de un millón de trabajadores. Esta asamblea publicó un manifiesto pidiendo que se establecieran lazos de amistad con la U. R. S. S. y la creación de un «gobierno popular» en Inglaterra. Antes de que transcurriera una semana, el gobierno inglés replicó prohibiendo el *Daily Worker*. El Partido Comunista, prudentemente, comenzó a trazar planes para trabajar en la clandestinidad.

De nuevo Hitler salvó al partido del olvido. Alemania invadió a Rusia y antes de un mes las naciones de Churchill y

de Stalin estaban ya aliadas en la guerra contra el Führer. El P. C. G. B. tomó en serio su postura patriótica, aplaudió al gobierno de coalición de Churchill y prometió no promover huelgas durante la guerra. La organización y la nomenclatura del partido tomaron rápidamente un carácter inglés.

El entusiasmo por el Ejército Rojo y por todo lo ruso, que prestó alas al partido de Browder, se dejó sentir en la Gran Bretaña con la misma intensidad que en América. El número de afiliados al Partido Comunista creció extraordinariamente. A fines de 1941 eran 22.700; para septiembre de 1942, 65.000. El *Daily Worker* se volvió a pregonar por las calles de Londres. Los miembros del P. C. G. B. se ganaron el respeto de sus compañeros trabajadores industriales por su dedicación al esfuerzo de guerra y el T. U. C. tuvo que anular la «Circular Negra» en 1943. Esto fue causa de que el partido consiguiera éxitos extraordinarios dentro de los sindicatos. Antes de que terminara la guerra, los comunistas controlaban casi todo el movimiento obrero.

El Partido Comunista se dirigió otra vez al Laborista pidiendo ser admitido en sus filas. El momento era el más indicado para conseguir ese toque final de respetabilidad que le faltaba. La lucha fue dura dentro del Partido Laborista, porque la disolución de la Comintern y la aparente descentralización del control comunista debilitaron los argumentos de los laboristas conservadores, que destacaban que el P. C. G. B. estaba manejado desde el extranjero. A pesar del apoyo popular con que contaba el Partido Comunista, los laboristas rechazaron por fin su petición y, en su consecuencia, el P. C. G. B. quedó marginado de la política nacional.

La decadencia del Partido Comunista comenzó en 1943. Los ingresados de nuevo cuño que se habían afiliado más por afecto al Ejército Rojo que a la economía roja, comenzaron a darse de baja. Al abrirse el segundo frente, la gente se interesó más por los movimientos de los ejércitos ingleses y americanos que por las tropas de Stalin. Como ocurrió con los trabajadores americanos, también los ingleses se hartaron de reuniones partidistas y de responsabilidades políticas. Además, el partido se excedió en su apoyo al gobierno de Churchill y su actitud patriótica le dejó poco margen para lanzarse a una crítica extremista de los principales problemas domésticos. Por este motivo, perdió el atractivo que, como oposición creadora, tuviera en tiempo para los intelectuales y los trabajadores.

En 1945 el país se vio ante las primeras elecciones generales de postguerra. El P. C. G. B. arriesgó su futuro político en esta campaña, esperando ganar escaños en el Parlamento y algún papel en un futuro gobierno de coalición, como recompensa por su fidelidad durante la guerra. Pero el Partido Laborista fue astuto; se dio cuenta de que podría salir victorioso sin necesidad de coaliciones. Los éxitos militares en Europa y el entusiasmo popular a favor de la economía planificada auguraban una buena cosecha para el Partido Laborista, de manera que sus líderes decidieron concurrir a la contienda electoral sin otros candidatos que los propios. El Partido Comunista sufrió las consecuencias de esta decisión: sólo dos de sus hombres lograron sentarse en el Parlamento.

La victoria laborista esterilizó políticamente al P. C. G. B. Bajo la influencia de la guerra fría, los sindicatos fueron cazando y expulsando de su seno a los miembros comunistas, los cuales perdieron al fin el control sindical. La gran cantidad de programas de carácter social, como el Servicio Nacional de la Salud, que se implantaron al terminar la guerra, convenció a muchos ex radicales y radicales en potencia que la revolución ya no era necesaria. Las organizaciones juveniles del Partido Laborista, consagradas a la tarea de llegar a la socialización mediante decisiones parlamentarias, dejó sin savia nueva al Partido Comunista. Y, finalmente, al requerir la nueva línea del partido que se atacara al Plan Marshall como imperialista y al gobierno laborista como reaccionario, los comunistas perdieron las simpatías de los ingleses, optimistas y patriotas en su mayor parte.

Como en los Estados Unidos, el partido revolucionario prosperó más cuando menos predicó la revolución. Aspiró a ganarse la lealtad de la clase trabajadora, pero registró sus mayores éxitos entre los poetas y los humanistas de la clase media. Los intelectuales siempre necesitaron más del partido, mientras los trabajadores disfrutaban de la posible alternativa entre el Partido Laborista y el T. U. C. Como el P. C. G. B. nunca fue dueño de su propio destino y debía lealtad, en primer lugar, a otra nación, siempre careció de libertad para ajustar su táctica a las realidades inglesas. Pero es probable que, aunque disfrutara de esa libertad, el deseo de ver repetida en Inglaterra la revolución rusa hubiera llevado a sus miembros a los mismos errores de cálculo, en cuanto al talante y las circunstancias de la nación, que resultaron fatales para el partido una y otra vez.

9. Estudiantes, artistas y trabajadores: la protesta de izquierdas como forma de vida

Durante la década de los años 30 la protesta se convirtió en un pasatiempo nacional que rivalizaba, entre americanos e ingleses, con el béisbol y el cricquet. Los pobres protestaban marchando sobre Washington en demanda de pan, de trabajo y de bonos, o sobre Londres para pedir ayuda a favor de ciudades enteras; manifestándose por la Pennsylvania Avenue con banderas y pancartas o encadenándose a los portones del palacio real. Incluso los trabajadores protestaban, haciendo sentadas en fábricas y almacenes, peleando contra la policía particular de la agencia Pinkerton o formando piquetes en los muelles: todo por conseguir un aumento de veinticinco centavos semanales y el derecho a sindicarse [1].

Pero la protesta de la clase media tuvo más amplitud. Los exiliados, espoleados por los escritores y otros intelectuales, dejaron de lado las preocupaciones personales y las frivolidades de los años 20 y se sometieron a más serias obligaciones sociales. La clase media se alborotó realmente y de su seno salieron integrantes de piquetes y de manifestaciones, activistas, propagandistas, jóvenes revolucionarios y públicos que llenaban la Union Square de Nueva York o el Albert Hall de Londres y ovacionaban con aplausos atronadores a los ora-

dores comunistas. La ascensión del fascismo y la amenaza de la guerra activaron a la clase media; la Depresión había despertado en su conciencia culpas y temores, y ahora parecían rebullir las preocupaciones de tipo social. Mucha gente se volvió a la izquierda, descubrió el marxismo en su pura esencia, o más o menos adulterado, y se unió a los comunistas entonando la «Internacional». Con laudable energía e imaginación, aunque con dudoso éxito, muchos trataron de demostrar su solidaridad con el proletariado, su deseo de compensar las bajezas e injusticias perpetradas en el pasado contra la clase trabajadora y su determinación de asegurar el triunfo de la inevitable revolución obrera y de marchar así «con la corriente de la historia».

La protesta se extendió como una epidemia por los dos países a expensas de la neutralidad. La gente hablaba a favor o en contra del comunismo, del fascismo o del capitalismo, de los sindicatos, de la paz, de la guerra y hasta de los lavaplatos de los comedores universitarios. Entonando canciones y marcando el paso, se manifestaron en pro y en contra de todo. Los comunistas dieron el ejemplo con sus manifestaciones del Primero de Mayo, muy superiores a las modestas organizadas en otros tiempos por los socialistas. Miles de personas se congregaban en la Union Square de Nueva York y aplaudían a los oradores revolucionarios, mientras los policías, en los tejados de los edificios circundantes, se inclinaban, nerviosos, sobre sus ametralladoras. Después de los discursos se celebraba la manifestación con banderas rojas y cartelones, en los cuales se anunciaba el próximo establecimiento del Estado obrero, mientras los jóvenes comunistas entonaban estribillos proletarios inspirados en el rugby burgués: «¡Alirón, alirón, comunistas, sí, señor!»

El transeúnte que pasaba cualquier día por la Unión Square —o plaza «Roja»— podía escuchar a oradores improvisados, todos con la inevitable banderita americana en las manos, que hablaban del marxismo, de la teoría del impuesto único y del derrocamiento del gobierno. Por allí se vendía el *Daily Worker* y grupos radicales del teatro, del arte y de la danza se hacinaban en los edificios de oficinas próximos a la plaza, convirtiéndola en una especie de feudo comunista. Cerca, jóvenes revolucionarios de firmes convicciones escribían por la noche opúsculos políticos, los enviaban a la imprenta a la mañana siguiente y abonaban la impresión con promesas de una nueva sociedad sin clases y con pagarés.

Grandes masas de público llenaban el Albert Hall de Londres, donde el Left Book Club (Club Izquierdista del Libro) celebraba reuniones educativas para sus lectores. El orador izquierdista J. B. Matthews hablaba en el Madison Square Garden, tras la celebración de los actos deportivos habituales, y describía al fascismo como «el capitalismo... que se ha vuelto nudista» [2], entre aplausos atronadores. En tono más fino y educado, algún intelectual de Boston, en el camino de vuelta a su casa, tras asistir a una fiesta elegante, se paraba en el parque de la ciudad y predicaba el socialismo a los proletarios que por allí anduvieran.

Los cultos y los ricos pagaban por asistir a comidas, reuniones, fiestas, conciertos, beneficios teatrales y conferencias, cuyos ingresos se destinaban a las diversas causas. Bandejas y escudillas circulaban dondequiera que se reunían personas adineradas con conciencia social, y el dinero que se recogía se destinaba a programas de paz, a adquirir armas para España y a financiar más comidas, más fiestas, más conciertos y más conferencias.

En Inglaterra, en 1934, Canon Richard («Dick») Sheppard pidió a las personas preocupadas por la paz que le enviaran postales con este texto: «Renuncio a la guerra y nunca aprobaré o apoyaré otra.» Antes de un año su «Unión del Compromiso de Paz» de Oxford contaba con ochenta mil miembros y pronto se celebraron Semanas de la Paz y Desfiles de la Paz por ciudades con nombres tan inadecuados al asunto como Bury («Entierra»), Inglaterra.

La protesta parecía aliviar las dudas y temores que rondaban la mente de los hombres de la década de 1930. Y la ilusión de que estaban haciendo algo positivo era como un bálsamo universal. Con furiosa energía, con ingenuidad y con iniciativas un poco tontas, los hombres y las mujeres de la clase media se dedicaron a la protesta como a una forma de vida.

Ningún grupo se adaptó con más vigor al espíritu de los tiempos que el de los estudiantes universitarios radicales. Esta generación universitaria era muy diferente de la del Dick Diver de F. Scott Fitzgerald. El diploma de la era de la Depresión había perdido buena parte de su valor y los graduados de los años 30 constituían lo que, con nombre apropiado, se llamaba «la generación sin salida». La cuarta par-

te de todos los parados tenían entre quince y veinticuatro años y a la gloria de los *magna cum laude* de la Universidad de Columbia, del College de Brooklyn o de la Universidad de Yale sucedían muchas veces días de desempleo. Más de un desesperado intelectual cantó

... in praise of college
Of M.A.'s and Ph.D's,
But in pursuit of knowledge
We are starving by degrees. * [3]

Las duras realidades de la vida parecían haberse filtrado a través de los muros universitarios. Los jolgorios de Princeton de los años 20 parecían cada vez más fuera de lugar en una época de colas para el pan, de la Work Progress Administration (Administración para el Fomento del Trabajo) o W. P. A. y de la Tercera Internacional. Los estudiantes preocupados por la política eran gente seria; ya en horas de la madrugada discutían sobre las ventajas del socialismo o del comunismo, admiraban las virtudes de la clase trabajadora y juraban cambiar sus decadentes costumbres burguesas por la vida espartana de los revolucionarios. Grupos de jóvenes socialistas, comunistas, e incluso demócratas de Franklin D. Roosevelt se mezclaban con el pueblo, iban hasta la región hullera de la Harlan Company en Kentucky, hasta las escuelas de los montes Apalaches, o hasta Harlem. En comparación con la lucha contra el fascismo, la pobreza y el capitalismo de la vida real, los sonetos de Shelley y los soliloquios de Shakespeare parecían fuera de lugar.

Las tradiciones burguesas de las universidades fueron el primer objeto de la protesta estudiantil. No fue un revolucionario quien en 1932 lanzó el ataque, sino Reed Harris, el director con espíritu de cruzado del *Spectator*, de la Universidad de Columbia. Harris no era más que un joven serio y progresista, a quien cargaban las estupideces de la vida universitaria. Ridiculizó en las páginas del *Spectator* a esa 'vaca sagrada' de los centros universitarios: el sistema de fraternidades; indignó a los conservadores, al recomendar

* ... en elogio de la universidad,
de los licenciados en artes y de los doctores en filosofía;
pero, yendo en pos de la sabiduría
nos morimos gradualmente de hambre.

que se votara por el socialista Norman Thomas y, finalmente, acabó con la paciencia de la administración universitaria al denunciar con sus sátiras al todopoderoso «rey Rugby». Cuando Harris dirigió sus descargas contra otros males, como las condiciones de trabajo en los comedores, la administración le agarró del cuello y le expulsó el 1 de abril de 1932.

Los estudiantes comunistas y socialistas se solidarizaron *con Harris en sus ataques contra los absurdos de la vida universitaria*. Se organizó una protesta masiva que atrajo a gran número de apolíticos y de moderados, los estudiantes se declararon en huelga y pidieron que Harris fuera repuesto en su cargo. Los radicales pronunciaron apasionados discursos a favor de la libertad de prensa y de palabra, mientras que los amigos de la administración, los «espartanos», eran maestros en el arte de quitar importancia a las cosas: «Todo es puro cuento», aseguraban lacónicamente. Como para reforzar sus opiniones, abucheaban a los oradores radicales, arrojaban huevos contra los oyentes y de vez en cuando apaleaban a los estudiantes de los piquetes de huelga. Pero al fin los huelguistas triunfaron y Harris fue repuesto.

Los estudiantes comunistas, amigos de la clase trabajadora y opuestos a los deportes burgueses como el rugby, celebraron su triunfo contra la opresión. Por desgracia, entre el estudiantado los únicos y verdaderos hijos de proletarios eran precisamente algunos jugadores de rugby, que estaban en Columbia gracias a unas becas de atletismo. Y estos jugadores no se emocionaron mucho con tan gloriosa victoria.

En el recinto universitario, los empleados subalternos de la administración eran también miembros de la clase trabajadora. Aunque los estudiantes se manifestaron y pidieron mejores condiciones de trabajo para estos hombres sin sindicalizar y sin ventajas, no lograron tender un puente de comunicación entre los obreros y la burguesía «ilustrada». Todos los años, los estudiantes comunistas hacían labor de proselitismo entre este personal subalterno y en la primera mitad de la década roja sólo consiguieron reclutar a dos para la filial del partido en Columbia. Como James Wechsler refiere con tristeza, los estudiantes siempre se sentían incómodos con estos representantes del proletariado.

La «huelga de Reed Harris» desencadenó, durante una década, protestas primaverales. Mientras Nicholas Murray Butler, el presidente patriarcal de Columbia, se lamentaba de los pésimos modales de los jóvenes que constantemente llenaban

su recinto universitario con cartelones de protesta y con reuniones, los estudiantes comunistas y socialistas continuaban movilizando, por medio de demostraciones cada vez más grandes y mejor organizadas, el unánime descontento estudiantil y sus complejos de culpabilidad social. En 1933 los estudiantes reaccionaron contra el despido de Donald Henderson, conocido profesor comunista de la universidad. La administración tuvo la ocurrencia poco feliz de acusarle de pelma y aburrido en las clases, pero los estudiantes, en su protesta, recitaron los nombres de gran número de pelmas inscritos como profesores en la nómina de la universidad. En este caso particular la administración se mantuvo firme: ni mítines multitudinarios, ni peticiones, ni espectaculares desfiles con antorchas pudieron salvar a Henderson.

Los estudiantes se vengaron a la primavera siguiente, sacudiendo hasta los cimientos la fortaleza de Butler, no con una, sino con dos huelgas. La primera fue por cuestiones de libertad de prensa dentro del recinto. La segunda como protesta contra la guerra, porque ya para 1933 el Compromiso de Paz de Oxford había llegado a los estudiantes americanos. En las universidades de Wisconsin, Berkeley y Columbia, en el *City College* de Nueva York y el *Brooklyn College,* las huelgas antiguerra se convirtieron en aspectos corrientes de la vida académica. En 1937 los estudiantes celebraron un mitin de adhesión a la paz. Asistieron cinco mil y todos ellos, al unísono, pronunciaron el juramento contra la guerra, a pesar del mal funcionamiento de los altavoces y de las descargas de huevos que arrojaban contra ellos los hombres de los 'Reserve Officers' Training Corps' (Cuerpos de Instrucción de los Oficiales de la Reserva), o R. O. T. C.

A los estudiantes radicales activistas les faltaba tiempo para estudiar y para asistir a las clases. Había que organizar manifestaciones, asistir a reuniones, espiar los conciliábulos de la oposición, escribir octavillas, inventar consignas y dedicarse al reclutamiento. El día entero no bastaba para tantos piquetes y tantos debates. Siempre había que formar en los piquetes contra alguna conferencia o alguna reunión, incluso contra el estreno de alguna película. Cuando en el Rívoli de Nueva York se puso *Saludo rojo,* de la cual se decía en los carteles de propaganda que era «una sátira demoledora contra el extremismo estudiantil», los estudiantes reaccionaron colocando en sus puertas una línea de piquetes. Cuando no había huelgas en que pensar, ni oradores «fascistas» contra

quienes protestar, ni cines que acordonar, ni cónclaves o congresos que organizar, la vida diaria de los dirigentes de organizaciones tales como la 'American Student Union' (Unión Americana de Estudiantes) o A. S. U. era muy parecida a la rutina del oficinista burgués.

Al ganar fuerza en los años 30 la fase de Frente Popular del Partido Comunista, fueron disminuyendo las arremetidas contra el estilo universitario de vida. ¿Para qué ser tan fanáticamente intransigentes contra un poco de sana diversión? En el congreso de la A. S. U. de 1938, tras tratar el importante tema de dirigir una censura al *Spectator* de Columbia por publicar propaganda de Horn & Hardart durante una huelga de las cafeterías de servicio automático, los delegados tuvieron tiempo de distraerse con un buen baile al viejo estilo y hasta con una orquestina de 'swing'. Se representó también una farsa, «Los hermanos marxistas siguen en la facultad», y el colaborador de *The New Masses,* Joseph Starobin, relató que los estudiantes se marcharon cantando la pegadiza melodía de

Alma Mater's going modern,
Old Man Reaction's feeling blue,
It's the academic epidemic:
Gonna join the A.S.U. *

Antes de que terminara el congreso, los estudiantes hicieron la danza tradicional de la culebra en torno a una fogata en el recinto de Pouhgkeepsie del colegio de Vassar.

Las protestas se iban convirtiendo en una especie de reuniones sociales: los muchachos extremistas se enamoraban de las chicas radicales en las líneas de piquetes, se pasaban papelitos escritos en las «sesiones de trabajo» de la Liga Juvenil Comunista y querían que la orquestina de 'swing' no faltara en ningún congreso. En 1939, precisamente cuando la A. S. U. hacía su última reverencia en la escena académica, los congresistas celebraron una reunión con abundancia de confetti y acomodadores de birrete y toga mientras los encargados de animar el ambiente gritaban: «¡Por la democracia, fuera la reacción!»

* El Alma Mater se moderniza,
la vieja reacción se pone triste.
Es la fiebre universitaria:
hacerse de la A.S.U.

Escritores, bailarines, dramaturgos, poetas e intelectuales oficiaban en el altar de la revolución más seriamente que los jóvenes universitarios. Ya era cosa pasada el egoísmo de los años 20, cuando sólo parecía existir el arte por el arte y cuando el artista se crecía sin obligaciones para con nadie. Los artistas, con su debilidad por los extremos, ahora deseaban con vehemencia servir a la sociedad, despertar a las masas y dramatizar a Marx en prosa y en verso.

En el campo de las *belles lettres* comenzó una revolución: el arte debiera utilizarse como arma contra las tradiciones burguesas, lo mismo que la horca del campesino contra los cosacos o que la herramienta del obrero contra Henry Ford.

Los artistas no sólo se comprometieron a no escribir más obras decadentes y burguesas, sino que se impusieron el deber de condenarlas en bloque. Granville Hicks, de *The New Masses,* se excusó públicamente por haber sido entusiasta, antes de su conversión al comunismo, de la literatura de Marcel Proust. El escritor Mike Gold, máximo paladín del arte proletario, se puso, metafóricamente hablando, hábito de penitente por seguir admirando a Gilbert y Sullivan. «Para mí», dijo el novelista Jack Conroy en 1935, «un boletín de huelga o una octavilla fogosa tienen más importancia que 300 páginas linda y mendazmente escritas, en las que se describen infortunios de un chulo o las aflicciones biológicas de una dama del gran mundo, tan útil a la sociedad como pueden serlo las malas hierbas que infestan los pastos del Missouri y roban al suelo todas sus sustancias nutritivas» [4]. Se hallaba tan arraigado este sentimiento revolucionario, que cualquier músico de orquesta sinfónica podía negarse a tocar, si el director incluía en el programa composiciones de aristócratas o reaccionarios conocidos.

En Inglaterra, una nueva escuela de poetas recusó el estilo aristocrático y sobrio de los predecesores de Bloomsbury tales como Virginia Woolf. Estos nuevos poetas —W. H. Auden, Stephen Spender, Cecil Day Lewis, Louis MacNeice— se rodearon de una serie de jóvenes de ambos sexos deseosos de expresarse con conciencia política.

Los artistas de los años 30 comenzaron a blandir sus armas con entusiasmo. Revistas radicales publicaban narraciones tituladas: 'El lunes por la mañana en la sala de máquinas' y 'Horas extra con los motores de aviación'. En Inglaterra nacieron grupos teatrales de izquierda. En 1932 se formó el 'Group Theater' y sus autores se aplicaron a la tarea de pro-

ducir dramas de tendencia social. Auden y Christopher Isherwood contribuyeron con *Dance of Death,* en el cual el fascismo y el culto por el atletismo —al parecer dos de las mayores amenazas contra Inglaterra por aquel entonces— eran los villanos de la pieza. En el drama de Auden e Isherwood fracasan todos los intentos que se hacen para resolver los problemas sociales hasta que, al final, aparece Karl Marx como un *deus ex machina* escoltado por dos jóvenes comunistas. Mientras Marx sonríe con benevolencia al público, un coro canta los elogios del profeta que ha revelado el sentido de la vida:

Oh, Mr. Marx, you've gathered
All the material facts.
You know the economic
Reasons for our acts. *

El Group Theater tuvo sus dificultades para que la gente se interesara más por los aspectos propagandísticos de las piezas que por los estéticos. A lo largo de su carrera, el «Tío Wiz», como llamaban a Auden, estuvo más que dispuesto a ser la voz poética del «pueblo», pero nunca llegó a sentir afecto por él. Cuando en 1936 se fue a España como chófer de una ambulancia se relacionó estrechamente con los obreros y campesinos que tanto había glorificado. Pero a los dos meses apenas, regresó a su Inglaterra y nunca quiso hablar en público de sus experiencias en tierras españolas.

El 'Group Theater' cayó en el esteticismo pero su rival, el 'Unity Theater', perseveró con las piezas que dramatizaban las luchas del movimiento obrero. Cuando el 'Group Theater' contrató el escenario de los del 'Unity' para dar a conocer su obra, estos últimos, políticamente más puros, boicotearon las representaciones.

También en los Estados Unidos florecieron los grupos de teatro de izquierda. Bastantes jóvenes dramaturgos airados comenzaron su carrera en el 'Workers' Laboratory Theater' (Teatro Laboratorio de Trabajadores) situado, tranquilizadoramente, cerca de la Union Square. Entre ellos figuraba Clifford Odets, que a los veintiocho años y viviendo, según se decía,

* Oh, Mr. Marx, usted ha reunido
todos los datos importantes
y conoce las razones económicas
de nuestros actos.

con diez centavos diarios, había escrito su primera pieza, *Awake and Sing.* Su segunda producción, *Waiting for Lefty,* trataba de una huelga de taxistas y fue elogiada como el drama proletario más destacado de la época. Lefty, portavoz de los chóferes en huelga, nunca regresa al lugar donde sus camaradas le aguardan, porque le han asesinado los matones del jefe de la empresa. Los chóferes deciden seguir en huelga. Al terminar la obra, uno de los trabajadores avanza en el escenario y grita al público por encima de las candilejas: «América, te saludamos. Somos los heraldos de la clase trabajadora y, cuando muramos, se sabrá lo que hicimos para construir un nuevo mundo...» Los asistentes, muchos de los cuales fueron sin duda en taxi al teatro, gritaban en solidaridad con los trabajadores: «¡A la huelga! ¡A la huelga!»

El propio Odets no sabía bien lo que era una huelga de verdad. Para su pieza siguiente, *Till the Day I Die,* la cual trataba de la vida en Alemania bajo los nazis, Odets se inspiró en una carta que publicó *The New Masses.* Como muchos de sus colegas, Odets dedicó su vida a escribir en los años 30 de revoluciones y de sacrificios, aunque su conocimiento de quienes servían de base a sus personajes era escaso y limitado.

Aunque Auden fuera de naturaleza aristocrática y a Odets le faltara experiencia personal de la vida proletaria, había sin embargo jóvenes revolucionarios de talento pertenecientes a la clase obrera, dispuestos a crear una nueva literatura. Durante algún tiempo tuvo vida propia, aunque precaria, la literatura de «los tipos de abajo» alentada por los clubes *John Reed,* comunistas, y por los condescendientes directores de publicaciones marxistas tales como *The New Masses.*

Los nuevos autores se reunían en las cafeterías de la calle Catorce, en los sotabancos del Loop de Chicago o en los salones de *The New Republic* de Washington, D. C., y todos deseaban escribir el poema, la novela o la pieza teatral que describiera fielmente los avatares de los desheredados.

Todos estos jóvenes escritores giraban en torno al Partido Comunista, que suministraba a sus esfuerzos literarios una base política. Gracias al partido, estos escritores se sentían en un ambiente comunitario, y gracias a los clubes *John Reed,* que editaba sus propias revistas, tenían la oportunidad de editar sus obras. Las contribuciones proletarias llenaban las páginas de *Blast, Dynamo* y *Anvil.*

Por su parte, los escritores desfilaban en las manifestacio-

nes del Primero de Mayo, los aprendices de poeta escribían bonitas consignas para los cartelones de los piquetes, y unos y otros pertenecían al 'American Writers' Congress' (Congreso Americano de Escritores). Pero a estos hombres se les exigía cada vez más y, al final, los comunistas tanto se empeñaron en amoldarles a ciertas normas que esterilizaron sus facultades creadoras. Las exigencias de la «proletcult», del arte como arma social, resultaron ser contraproducentes para la gente de talento. Más que inspirarse en sus propias experiencias, se veían limitados a escribir el mismo cuento de la lucha de clases y deducir, una y otra vez, la misma moraleja.

Incluso lo mejor de la novelística proletaria es un desastre. En 1935, *The New Masses* concedió por primera, y última, vez un premio a una «novela de tema proletario». El premio recayó en la obra de Clara Weatherwax, *Marching, Marching,* donde se cuentan las aventuras de Pete, un obrero molinero, por cuyas venas corre sangre proletaria por parte de su madre y sangre capitalista por parte de su padre ilegítimo, el propietario del molino. ¿Por qué clase social se inclinará Pete? La fuerza de la sangre proletaria prevalece. Pete se afilia al Partido Comunista y prueba su dedicación al mismo agrediendo a su padre. A lo largo del libro, Miss Weatherwax describe las penalidades de los obreros, acosados pero intrépidos. Un comunista mejicano es raptado y apaleado; los mercenarios asaltan los hogares de los inocentes proletarios; y el libro concluye con una marcha de huelguistas desarmados, la cual terminará en una matanza perpetrada por la milicia.

La lucha de clases, descrita con tan vivos colores en *Marching, Marching* y en *Waiting for Lefty,* raramente afectaba a la vida diaria de sus propagandistas. Sin embargo, una vez, en junio de 1934, el mundo editorial disfrutó de su propia huelga. El personal de la Compañía Maculay, una pequeña casa editora, se declaró en huelga y los escritores se precipitaron al lugar del hecho para ofrecer su apoyo a los dirigentes del plante, Isidor Schneider y Susan Brown. La línea de piquetes pronto se adornó con luminarias literarias tales como Malcon Cowley, Matthew Josephson y Mike Gold. Posteriormente, Josephson describió la escena «como un día soleado de primavera; y para nosotros, que tenemos la costumbre de trabajar en la soledad, fue una estupenda ocasión para reunirnos y para manifestar en público nuestra posición y nuestra simpatía por los empleados de Maculay» [5].

La huelga tenía un aire festivo, parecido al de una reunión de carácter social en la que se puede pasar treinta minutos o una hora, según lo permitan las obligaciones. Cuando al final intervino la policía y detuvo a dieciocho escritores, Cowley los estuvo animando en la celda con canciones de marineros hasta que, dos horas más tarde, el juez mandó que pusieran a todos en libertad.

Aunque la propia experiencia de los intelectuales en la lucha de clases fuera prácticamente inexistente, siempre les quedaba el recurso de educar a otros en esa materia. En 1936, Victor Gollancz se tomó en serio ese trabajo. Gollancz un judío convertido al socialismo cristiano y educado en Oxford, encontró la manera de eludir la prohibición de vender literatura marxista que pesaba sobre los libreros, estableciendo el Club Izquierdista del Libro. Para pertenecer al club no se precisaba pagar ninguna cuota. Por dos chelines y seis peniques mensuales, los socios recibían una obra cada mes encuadernada en rústica, con tapas de color naranja, y con ella el *Left News,* una combinación de revista y catálogo. Gollancz concibió la idea del club como una manera de educar, y luego organizar en un frente unido contra el fascismo, a los hombres y las mujeres de la calle. En la segunda mitad de la década, Gollancz encontró un gran mercado en la clase media inglesa, alienada e inspirada por un espíritu de cruzada. Antes del medio año el club contaba con veinte mil socios y un año después el libro del mes se despachaba a cincuenta mil ingleses.

Los lectores del Left Book Club no sólo leían las obras seleccionadas por Gollancz, Harold Laski y John Strachey; también formaron clubes, locales donde discutían los méritos de esos libros. Los grupos locales llegaron a ser más de mil en el momento de su máxima expansión y no sólo servían de centro de debates, sino de reuniones de tipo social. *Left News* instaba a estos clubes a que distribuyeran octavillas y realizaran otras labores de proselitismo, a que celebraran cónclaves en la temporada de verano y a que iniciaran campañas para conseguir nuevos miembros.

Los lectores de Gollancz se tomaban en serio las discusiones y los debates y gustosamente viajaban a Londres para asistir a las reuniones multitudinarias del club que se celebraban en el Albert Hall; allí se protestaba contra la invasión de China por el Japón y se recolectaban fondos para los republicanos españoles. Sin embargo, estos críticos de la sociedad

procuraban siempre mezclar las diversiones con el trabajo. Una ojeada a cualquier edición veraniega del *Left News* nos revela «actos al aire libre», como los del grupo de Sevenoaks en los bosques de Roughetts Platt. «Este es un lugar encantador», decía el reportero, «los rododendros estaban en flor y el tiempo era ideal. Miss MacNaghten habló del libro de Amber Blanco White y sus opiniones merecieron favorables comentarios.» En aquella década de protesta, no parecía que hubiera motivos para no disfrutar al aire libre, con arreglo a las excelentes tradiciones británicas, de la compañía de gente agradable copartícipe de los mismos ideales.

Mientras los estudiantes protestaban a favor de la clase trabajadora, y los intelectuales instaban a los obreros a que protestaran por sí mismos, los trabajadores ingleses y americanos se limitaban a hacer lo que podían para sobrevivir. Con una descorazonadora ignorancia no sólo de Karl Marx, sino de su propio heroismo proletario, tal y como lo pintara Miss Weatherwax, los valerosos obreros hicieron sus modestos pinitos en los años treinta.

Por desgracia para los intelectuales revolucionarios —y acaso también para los trabajadores— los mineros de Harlan County, Kentucky, y los soldadores de las fábricas de la General Motors, en Detroit, no abrigaban ninguna intención de derrocar el sistema capitalisma y destruir la burguesía o de instaurar un régimen proletario. Sus objetivos eran más modestos; sus problemas, prosaicos: querían trabajo, comida, salarios más altos y menos horas de labor.

A fin de conseguir estos modestos objetivos, se lanzaban sin titubeos a la protesta e incluso consagraban a ella su vida. Que estos hombres corrieran en la realidad más riesgos de los que Victor Gollancz pudiera sospechar, no convirtió a los mineros, a los remachadores o a los parados en heraldos de esa revolución que deseaban los marxistas de la clase media.

En los años treinta la forma más corriente de protesta era la huelga. Pero en Jarrow, al norte de Inglaterra, no había patronos contra quienes declararla, ni fábricas ni puestos que se pudieran abandonar. En 1934, la ciudad industrial de Jarrow agonizaba; el ochenta por ciento de su fuerza laboral no tenía trabajo. Ni el 'British Trades Union Council' ni el gobierno inglés se brindaron a sacar a Jarrow de su marasmo. La Cámara de Comercio, por su parte, daba la callada por respuesta a las solicitudes de auxilio que se le hacían; su

presidente manifestó que Jarrow debía arreglárselas por sí sola.

Para arreglárselas, Jarrow decidió exponer su caso ante el país entero, protestar de alguna manera espectacular contra el abandono en que se la tenía. La ciudad comenzó a moverse. Doscientos de sus vecinos se prepararon a marchar sobre Londres. Se recaudaron ochocientas libras para el viaje y, previsoramente, se reservó una libra por persona a fin de disponer de medios para el largo viaje de regreso en tren. Con el resto del dinero, los ciudadanos de Jarrow compraron cuero y clavos (para arreglarse las botas durante la marcha) y mantas impermeables que pudieran servir para dormir y para protegerse de la lluvia. Los 'boy scouts' ingleses les regalaron un equipo de cocina de campaña, y, con los últimos fondos recaudados, los de Jarrow adquirieron un autobús usado para llevar en él los suministros.

El 4 de octubre de 1934 comenzó la marcha desde Jarrow a Londres. La ciudad despidió a los participantes con aplausos y una banda de musica. En el mismo momento, diez marchas parecidas se iniciaban en otras diez ciudades inglesas y se dirigían a Londres para protestar contra el 'Means Test' (Examen de Recursos), es decir la investigación económica a que eran sometidas las personas que solicitaban el subsidio de desempleo. Ejércitos astrosos y famélicos de trabajadores estaban a punto de ponerle cerco a la capital.

A lo largo de la ruta, los caminantes eran recibidos calurosamente. Las ciudades les daban comida, alojamiento y dinero. Los diputados de todos los partidos políticos se disputaban la organización de los actos de bienvenida. Sin embargo, el gobierno británico no demostró ninguna cordialidad. Mientras la gente de Jarrow andaba todavía por la carretera, el Gabinete emitió una declaración condenando las marchas por quebrantar el orden y anunciando que no concederían audiencia a ninguna delegación.

A pesar de esta nota, los ciudadanos de Jarrow prosiguieron la marcha. Al mes de su partida llegaron al Hyde Park de Londres. Miles de personas acudieron a recibirles entre banderas y canciones.

Al final, el gobierno se entrevistó con la delegación de Jarrow y leyó las peticiones de la ciudad. La gente volvió a casa y así concluyó la cruzada... sin que Jarrow recibiera ninguna ayuda.

Algunos trabajadores, especialmente en los Estados Uni-

dos, consiguieron mejorar su suerte en la segunda mitad de la década. En 1935 John L. Lewis y su C.I.O. comenzaron a facilitar a los trabajadores industriales la tarea de luchar por sus reivindicaciones y en 1936 estallaron huelgas en muchas industrias del país. Especialmente en las ciudades que Henry Ford construyera, en los complejos automovilísticos de Detroit y de Flint, la rebelión de los trabajadores adquirió mayor importancia.

A lo largo de su historia, la industria del automóvil había procurado por todos los medios impedir la labor de los sindicatos. Si un hombre se entregaba con ardor a las actividades sindicales, lo corriente era que al fin perdiera su empleo. Los jefes de las huelgas que no llegaron a feliz término en 1932 figuraban en las listas negras de Briggs y de la General Motors. Aunque los obreros se organizaban en secreto, el riesgo era grande; la General Motors tenía por costumbre poner espías en todas sus fábricas y se gastaba en detectives privados el doble de lo que recibía su presidente. En tres años la Agencia Pinkerton, el cuerpo de policía particular que usaba Henry Ford, recibió 419.850 dólares.

Pero en 1936 la 'National Recovery Administration' (Administración Nacional de Recuperación), la N.R.A., o como los trabajadores la llamaban, la 'National Run Around' (La Nación Va de Acá para Allá) dio sus bendiciones a la sindicalización. Al mismo tiempo la 'United Auto Workers' (Unión de Trabajadores del Automóvil) o U.A.W. rompió con la A.F.L. y se afilió a la C.I.O., más activa y más radical.

En diciembre de 1936, la U.A.W. emprendió una campaña a fondo. Sus jefes visitaron al vicepresidente ejecutivo de la General Motors, William Knudsen, para tratar de discutir las bases de un contrato colectivo. Knudsen dijo que no. En la fábrica Fisher Body de Cleveland, Ohio, los fieles trabajadores de Knudsen se enteraron de la noticia y se negaron a trabajar. La batalla comenzaba.

La fábrica Fisher Body n.° 2, en Flint, siguió el ejemplo. La sentada empezó con un aire carnavalesco. Era la víspera de Año Nuevo y los hombres decidieron celebrarlo con bebidas y con dos prostitutas condescendientes. Al día siguiente, cuando se terminó la fiesta, los neutrales y los tibios se marcharon y sólo quedó un núcleo de aproximadamente cien hombres resueltos, que se organizaron para seguir allí todo el tiempo que fuera necesario. Comenzaron a disciplinarse. Nada

de licores y nada de mujeres. Se prepararon una especie de lechos en las carrocerías sin terminar, colocadas en las cadenas de montaje, y bautizaron a estos hogares provisionales con el nombre de «Hotel Astor» o «El Ritz». Los hombres se duchaban cada día, limpiaban y barrían la fábrica y procuraban no estropear la propiedad privada de la General Motors.

En enero, los obreros de la fábrica Fisher n.° 1, en Flint, oyeron rumores de que la General Motors se disponía a trasladar las herramientas y los troqueles a las fábricas donde el sindicato tenía poca fuerza; 1.500 hombres de la Fisher n.° 1 comenzaron una sentada. Sin pérdida de tiempo designaron un comité de huelga que asignó faenas específicas a cada huelguista. Establecieron una oficina de correos y un sistema de comunicaciones para poder comunicarse entre sí y con los piquetes del exterior. Para pasar el tiempo, los huelguistas jugaban a las cartas o escuchaban los conciertos que, todos los días, interpretaba la propia banda de los trabajadores.

La epidemia de la sentada se extendió desde la zona de Detroit a las fábricas de autos de Anderson, Indiana; Kansas City, Missouri; Norwood, Ohio; y Atlanta, Georgia. Pero fue en el complejo de fábricas de Detroit donde se decidió la suerte del sindicato.

El 12 de enero, la General Motors ensayó una táctica de hostigamiento. Cortó la calefacción de la fábrica Fisher Body n.° 2 y colocó a su policía particular alrededor de la fábrica para que los huelguistas no recibieran suministros desde el exterior. Al enterarse de esta táctica que pretendía doblegarlos por el hambre y por el frío, Victor Reuther, uno de los tres hermanos Reuther que organizaron las huelgas de la U.W.A., corrió a la fábrica con un altavoz en su coche. Su voz tronó para pedir cortesmente a los guardias de la General Motors que dejaran paso a los portadores de alimentos. Al no recibir respuesta, Reuther cambió de tono, no para pedir, sino para exigir. Silencio de nuevo. El tercer mensaje de Reuther fue una amenaza: si los guardias no cedían, la respuesta sería la violencia.

Unos minutos más tardes los piquetes, tras lanzarse contra los guardias y romper sus líneas, pasaban café y bocadillos a los hambrientos huelguistas de la fábrica. Pero los guardias se reagruparon, cargaron contra los piquetes y los empujaron hasta el interior del edificio. Los huelguistas respondieron con una granizada a base de todo lo que hallaron a mano:

cafeteras, botellas y pesadas piezas de auto cruzaron el aire como proyectiles. Desde la camioneta de Reuther una voz gritaba por el megáfono: «Queríamos la paz. La General Motors se decidió por la guerra. ¡Duro, pues con ellos!»

Los trabajadores ganaron el combate. Con unas grandes mangas contra incendios rociaron de espuma a los guardias y les obligaron a retroceder. Mientras los guardias se retiraban, los trabajadores deban vítores por su triunfo y llamaban al episodio «la batalla de los 'polis' corredores».

La Guardia Nacional fue requerida sin pérdida de tiempo, pero la General Motors deseaba utilizar una vez más la persuasión antes de recurrir a la fuerza. A fines de enero, la compañía volvió a abrir todas las fábricas no afectadas por la huelga e inició una campaña instando al regreso al trabajo. Los dirigentes obreros comprendieron que tendrían que dar, y pronto, un paso espectacular y efectivo.

La fábrica clave de la zona de Detroit era la Chevy n.° 4, donde se construían los motores. Si los obreros pudieran ocuparla, la General Motors tendría que darse por vencida. Pero la U.W.A. sólo contaba en la n.° 4 con cincuenta hombres de confianza, al margen de los espías y de los afiliados de última hora. Entonces Roy Reuther tuvo una idea: atraer la atención hacia una fábrica cercana, la Chevy n.° 9, de manera que los guardias de la n.° 4 acudieran a ver lo que pasaba en la próxima.

El 29 de enero, Víctor Reuther se metió en su camioneta provista de megáfono y se puso a dar vueltas en torno a la Chevy n.° 9. A una señal, Roy y un grupo de hombres iniciaron un ruidoso intento para ocupar la fábrica. Los efectivos de la General Motors acudieron precipitadamente de todas las fábricas próximas del complejo para oponerse al asalto. Sólo unos pocos guardias quedaron en el verdadero objetivo de los huelguistas, la n.° 4. Mientras los guardias dominaban a los hombres de Reuther en la n.° 9, la maquinaria pesada de la n.° 4 dejaba de funcionar. La fábrica quedó en silencio.

Se levantaron barricadas; grandes camiones cargados con miles de kilos de hierro y acero bloquearon los portones. Un sindicalista se encaramó a la cerca que rodeaba la fábrica y dirigió la palabra al gentío congregado en el exterior: «Queremos que todos sepan por qué luchamos. Luchamos por nuestra vida y por nuestra libertad. Esta es nuestra gran oportunidad. ¿Qué importa que nos derroten o incluso que nos

maten? Sólo tenemos una vida que perder y no sólo podemos morir como esclavos, sino también como héroes» [7].

La General Motors capituló. El 11 de febrero de 1937 los huelguistas salieron de las fábricas y se manifestaron por la Chevy Avenue. En realidad, el sindicato había conseguido pocas ventajas para sus hombres, pero aquel acto positivo de desafío les parecía una gran victoria.

Sin embargo, los problemas de Detroit estaban lejos de terminar. Las sentadas se pusieron de moda. En marzo, 192.000 hombres y mujeres participaron en huelgas con sentadas, la mayor parte de ellas en la ciudad de los autos.

La sentada se convirtió en una forma corriente de protesta. Por todas partes los huelguistas cantaban en alabanza del sindicato y de sus métodos:

When they tie a can to a union man,
Sit-down! Sit-down!
When they give him the sack, they'll take him back,
Sit-down! Sit-down!
When the speed-up comes, just twiddle your thumbs,
Sit-down! Sit-down!
When the boss won't talk, don't take a walk,
Sit-down! Sit-down! [8] *

Los trabajadores se sentaban por todo el país. Era una especie de manía nacional. Los mozos del bar de la esquina daban un plante y sacaban al dueño del local. Los empleados de los grandes almacenes, como los de la cadena Woolworth, se sentaban en los de todo el país. Y en Chicago las nodrizas negras se sentaban reclamando más paga por su leche. Los trabajadores habían encontrado su forma de protesta.

Mientras los obreros de Detroit iban consiguiendo ventajas con sus métodos, el opulento proletariado de Hollywood concentraba sus fuerzas para una gran exhibición. Durante la «década roja» las estrellas de Beverly Hills se identifica-

* Cuando pretendan terminar con un sindicalista,
¡a sentarse!
Si le despiden, tendrán que readmitirle,
¡a sentarse!
Si quieren acelerar la producción... tú, tranquilo,
¡a sentarse!
Si el patrono no quiere tratos, no te vayas,
¡a sentarse!

ron estrechamente con sus compañeros asalariados y esclavizados. En la víspera del Primero de Año, los trabajadores de Hollywood cantaban la 'Internacional' entre champán y canapés de caviar.

Marx y el comunismo habían arribado a la costa occidental y la gente del cine, deseosa de figurar a la cabeza de cualquier gran espectáculo, se hizo de izquierdas. Para capturar la fantasía de las estrellas y para dar pasto a su afición por la intriga, el Partido Comunista, al presentar su agente inspector para Hollywood, dijo de él que era «un veterano curtido en la clandestinidad de Europa». En realidad era un taxista de Los Angeles. Sin embargo, debió de hacer una buena labor porque el número de entusiasmados conversos fue en alza. Cientos de personas de la industria del cine se inscribieron en grupos de estudio de las teorías marxistas y se pusieron seudónimos que utilizaban en sus actividades partidistas. Y entre tomas de escenas procuraban hacer labor de proselitismo.

Las estrellas dedicaban su tiempo y su dinero a las causas extremistas. Sus fiestas para recaudar fondos tenían el esplendor de los estrenos de gran gala. Predicaban la igualdad, pero los que ganaban menos de 1.500 dólares no recibieron invitaciones a cierta fiesta antifascista. Contra estos escrúpulos jerárquicos se elevaron protestas en Hollywood.

Los escritores de cine eran los más intelectuales y los más comprometidos comunistas de Hollywood. En los años cincuenta, a muchos les costaría cara su relación con el partido: al ser incluidos en las listas negras, sus carreras se vinieron al suelo. La suerte de estos hombres no deja de tener cierta triste ironía porque, aunque sacrificaron su tiempo y su dinero por el partido, sus tendencias políticas apenas se manifestaron en el celuloide. Hollywood estaba lleno de revolucionarios, cuyas películas, como *Radio City Revels* o *Sorority House* encantaban incluso a las conservadoras 'Daughters of the American Revolution'. El mayor alarde revolucionario se produjo en un filme ya olvidado, en el cual un ferviente comunista llena una pausa silbando la 'Internacional'. En los primeros años de la década del 40 se hicieron en Hollywood dos películas elogiosas para Stalin: *Mission to Moscow* y *Song of Russia.* Pero en estas fechas la Unión Soviética era ya aliada de los Estados Unidos.

Durante la primera mitad de los años treinta, los liberales y socialistas de Inglaterra y de los Estados Unidos obser-

varon con temor e indignación crecientes la ascensión del fascismo y del nazismo. La guerra civil española sirvió de válvula de escape para sus odios. Entre 1936 y 1938 los liberales anglo-americanos vieron en la defensa de la República española contra Franco la manera más eficaz de protestar contra la amenaza derechista. No se molestaron en estudiar a fondo las laberínticas complejidades de la política y de la sociedad españolas que provocaron el estallido de la guerra civil. Ni se pararon a reflexionar en los motivos que pudiera tener la Unión Soviética al ayudar a la república y a las tácticas comunistas durante la guerra. No dieron importancia a las matanzas de curas y monjas perpretadas por la izquierda española, pero sí a los excesos cometidos por el otro bando. A estos liberales les bastaba con saber que en España las fuerzas de la democracia luchaban por su supervivencia contra el fascismo. España se convirtió en el Santo Grial de los hombres de buena voluntad, y la guerra civil en el Armagedón de la democracia.

En 1936 los revolucionarios de Hollywood recaudaban fondos para enviar una ambulancia a las fuerzas republicanas de España. Muchas de las estrellas de primera magnitud estamparon su autógrafo en el vehículo nuevo y reluciente. Al otro extremo del país, en lujosos apartamentos del East River, opulentos neoyorkinos, de etiqueta los hombres y enjoyadas las mujeres, jugaban a la ruleta, a las cartas y a los dados en beneficio de los republicanos españoles. En el West Side, la gente de modestos recursos bailaba con la música de la radio y bebía combinados de ron a veinticinco centavos el vaso. El dinero de las bebidas se reservaba para los republicanos. En Inglaterra, hombres y mujeres recolectaban para España, diciendo. «No dejes de dar... hasta que te duela. Nunca te dolerá más que una bala en el estómago...»[9]

Para muchos, la guerra civil española fue el acontecimiento más importante y trágico de la década. Parecía ser el momento de la verdad para los jóvenes de ambos sexos que habían jurado apoyar al comunismo y resistir contra el fascismo. Cuatro mil hombres procedentes de Inglaterra se alistaron en las Brigadas internacionales. Muchos pertenecían realmente a la clase trabajadora inglesa y escocesa y abundaban los judíos y los desempleados. No eran hombres de aspecto heroico, sino personas corrientes «como las que uno encuentra en cualquier partido de fúbol y, más todavía, en las manifestaciones del Primero de Mayo» [10]. Se trataba de la

misma gente del pueblo por la que Auden abogó durante muchos años, pero cuya compañía no soportaba.

Sin embargo, hubo también intelectuales ingleses, muchos de los cuales estuvieron sentados a los pies del «Tío Wiz», que decidieron marchar a España porque allí se les presentaba la ocasión de entrar en contacto, real y verdadero, con la clase trabajadora. La oportunidad de dejar las torres de marfil de Eton y Oxford para compartir con el proletariado una experiencia auténtica impulsó a jóvenes escritores y poetas a cruzar la frontera de España.

Uno de estos hombres, Julian Bell, nacido en el mundo intelectual y recoleto de Bloomsbury y educado para ser artista y pacifista, llegó a convertirse en símbolo heroico de su generación. Su padre, Clive Bell era un brillante e influyente crítico de arte, y su madre, hermana de Virginia Woolf. Sin embargo, cuando estalló la guerra de España las convicciones de Julian pudieron más que el espíritu de recogimiento en que fue criado. «Es inconcebible que otros vayan a pelear por lo que uno cree, y que uno mismo rehuya el riesgo» [11]. Julian Bell abandonó el *summunm bonum* de Bloomsbury. No le era ya posible consagrarse exclusivamente al arte o a llevar una vida dedicada a los refinamientos de la estética y de la cultura, ni podía respetar su voto de pacifismo como si se tratara de algo sagrado. La pasividad ante Franco y el fascismo conducía a la muerte segura de todo lo que él apreciaba y de todo lo que su familia pacifista personificaba. Bell fue a España en 1936 como chófer de ambulancia. No deseaba ser héroe ni mártir; sus propósitos eran regresar en su día a Inglaterra y dedicarse a la política. Pero el 18 de julio de 1937, al año justo del estallido de la guerra, Bell murió en el bombardeo de Brunete.

Otro joven inglés, John Cornford, siguió un camino parecido. Poeta, hijo de una eminencia en filosofía griega, Cornford se hallaba en Cambridge, entre sus historias elisabetianas, al declararse la guerra española. Era comunista y uno de los jefes de las organizaciones políticas de izquierda de la universidad. Al enterarse de lo que ocurrió en España, decidió ir allá, no para combatir, sino para observar. Sólo le interesaba ver lo que pasaba; le interesaba ver en la realidad lo que había soñado muchas veces: la guerra contra la derecha y, al mismo tiempo, la revolución de la izquierda.

Cornford fue a España en 1936. Llegó a Barcelona y al tercer día se enroló en una unidad de las milicias organizadas

por el Partido Obrero de Unificación Marxista, P.O.U.M., de ideología trotskista. Tras varios meses bajo las armas cayó enfermo y volvió a Inglaterra a recuperarse. En Inglaterra organizó un grupo de voluntarios que le acompañó de vuelta a España. Atrás dejó una carrera y una novia. Entre el 26 y el 28 de diciembre Cornford, recién cumplidos los veintiún años, cayó para siempre en la batalla de Lopera.

Antes de que concluyera la década de los años 30, Europa estaba en guerra consigo mismo y el patriotismo terminó con los movimientos de protesta. Las estrellas de Hollywood seguían asistiendo a fiestas para recaudar fondos, pero esta vez para ser invertidos en bonos de guerra. Los estudiantes se alistaron para pelear contra los hordas hitlerianas. Muchos intelectuales radicales reconsideraron su postura y renunciaron a sus compromisos ideológicos. En los años cincuenta, el ex radical Daniel Bell proclamó el fin de la ideología y por lo tanto del fervor partidista que inspiraron, no mucho tiempo antes, los piquetes, las marchas y las llamadas a la revolución social. En los prósperos y satisfechos años cincuenta, exiliarse de la sociedad era la única protesta efectiva.

10. El anticolonialismo: Gandhi y la experiencia india

El Raj británico: agresores imperialistas, explotadores del subcontinente indio, tiranos opresores que traicionan los principios de su propia civilización. O el Raj británico: déspotas benevolentes, pacificadores de la India, gobernantes ilustrados que llevan el orden y la eficacia allí donde antes reinaba el caos y dan a conocer el más valioso elemento de la civilización occidental, la democracia. Dos opiniones: una enmarcada en la retórica del nacionalismo indio; la otra, en la de los administradores ingleses de la India [1].

El tema de la opresión y de la miseria económica fue parte fundamental de la retórica del nacionalismo indio. Los nacionalistas mostraban la pobreza de la India y culpaban de ella al Imperio británico. Por lo general, estos acusadores eran indios de la clase media que disfrutaban, por lo menos, de buena posición económica. Su argumentación era bien simple: la India era pobre y la gobernaban los ingleses. Los hombres de empresa británicos sacaban de la India mercancía y dinero y los llevaban a Inglaterra; por consiguiente, la causa de la pobreza de la India radicaba en la férula británica.

Explicar lo que hay en el fondo de tales acusaciones no implica que sean falsas. Sin embargo, los fallos de la po-

lítica económica inglesa en la India lo fueron más por omisión que por acción. Los indios del siglo diecinueve solían hablar de la «sangría» que practicaban en la India los británicos, refiriéndose al oro y a los géneros que salían continuamente del país, sin que existiera una contrapartida igual de importaciones. Esta sangría, aseguraban, era culpable de la pobreza de la India, de la indigencia rural y de las hambres periódicas que asolaban al país.

En efecto, la India sufrió una sangría de este tipo desde la última parte del siglo dieciocho hasta, probablemente, entrado el siglo diecinueve. Pero se debió más a la pasividad de los ingleses que a sus propias acciones. El caso de las tarifas es revelador. La política económica inglesa, el famoso *laissez-faire* impedía el establecimiento de tarifas protectoras contra los géneros destinados a la India; de esta manera, las industrias indias que empezaban a desarrollarse quedaban a merced de la competencia general. Sólo en una oportunidad actuó intencionadamente el gobierno británico contra los intereses indios, al imponer un arancel sobre el algodón indio para proteger a la industria lanera de Lancashire. Pero esto fue la excepción. El fracaso de la economía inglesa en la India hay que achacarlo, por lo general, a la ausencia de todo tipo de actividad al respecto.

Y no es que, a la larga, el Imperio británico no perjudicara los intereses de los indios. La destrucción de las industrias rurales perpretada por la competencia europea y el hecho de que no se establecieran industrias modernas prueban lo dañino y perjudicial del dominio inglés. Se ha argumentado que el espíritu precavido y ahorrativo de los Gobernadores británicos les impidió embarcarse en programas beneficiosos para el país, que hubieran contribuido a la industrialización. Pero si la India no logró progresar, justo es decir que hay que achacarlo a las modas económicas imperantes en la época, combinadas con el empeño británico, inconsciente pero consistente, de seguir la línea de los intereses imperiales, más que a una política deliberada. *Puede ser,* que la política inglesa haya perjudicado a la economía india. *Puede ser,* que la pobreza de la India haya sido agravada por el dominio británico. Pero, veinte años después de la independencia y de la partición del país, es más difícil, y menos convincente, ver en el imperialismo británico al único culpable.

Si la tesis de la pobreza y de la opresión económica fue fundamental en la retórica del nacionalismo, la de la «cultu-

rización» constituyó el pretexto principal del imperialismo británico. Los británicos se consideraban civilizadores (posteriormente, y con más tacto, modernizadores) y mentores de un país todavía por formar en lo político. Mencionaban, una y otra vez, que su tarea era llevar primero la paz y luego la democracia al turbulento subcontinente. A veces —tras el catastrófico motín de 1857 y en el siglo veinte, por ejemplo— airearon este argumento con menos convicción y confianza que en otras ocasiones a lo largo de doscientos años de dominio. Pero nunca lo desecharon del todo como explicación de los designios británicos y como justificación de su presencia en la India.

Y, lo que es más interesante, los propios indios aceptaron en parte este argumento, lo mismo que los escritores ingleses, tanto antes como después de la Independencia. El anverso de esta tesis era que la India estuvo exigiendo y presionando a un Imperio reacio, pero benévolo, para lograr la independencia; que el país actuó sin recurrir a la violencia y sin derramamientos de sangre, a diferencia de otras (inferiores) revoluciones, y que se valió únicamente de la fuerza de la razón, de las convicciones y de la pureza moral; la India utilizó estos métodos no violentos, arraigados en la naturaleza de sus hijos y en las tradiciones indias, para obtener las instituciones liberales y democráticas que el occidente le enseñó a apreciar.

El énfasis puesto sobre estas tesis, que son un intercambio de cumplidos entre la India e Inglaterra, dio a la política india del siglo veinte un tono particularmente amistoso, por lo menos en retrospectiva, y llevó a desdeñar, si no a desconocer, la realidad de la opresión psicológica impuesta por el poder imperialista en el país dominado, tipo de opresión en el que los ingleses, poseedores de una especie de genio nacional para el ejercicio de la arrogancia imperialista, descollaban sobradamente.

El dominio británico sólo esporádicamente fue opresivo en lo político. En el ambiente político que los ingleses trataban de fomentar en la India colonial, se toleraba al menos la libertad de palabra y de reunión, y esta política coincidía tanto con la imagen que los ingleses tenían de sí mismos, como con sus propios ideales políticos. Sin embargo, el ambiente político fue más libre en el siglo XIX, es decir, cuando era menor la amenaza que pudiera representar la opo-

sición india. En el siglo XX, al aumentar la oposición de las comunidades indias, los británicos replicaron con medidas de creciente rigor represivo, pero no tanto como para manchar su propia dignidad, ni la imagen que de sí mismos construyeron ante los ojos de los indios.

Sin embargo, en términos psicológicos, el dominio inglés fue siempre opresivo. (Pero, a decir verdad, los británicos apenas se daban cuenta del efecto traumático que su presencia causaba en el pueblo indio.) Estaban convencidos de su superioridad moral y política, y esperaban que los indios lo creyeran también. La manera en que se manifestaba esta actitud variaba de acuerdo con la delicadeza de la persona en cuestión; pero lo básico —una especie de racismo inconsciente— apenas si cambiaba. Ni tampoco pensaban los británicos que esta actitud suya pudiera influir en el comportamiento de los indios. Para los ingleses, decir *indio* era decir inferior; pero la inferioridad no era una condición que otros pudieran crear.

Ni siquiera el transcurso de veinte años, que han diluido muchas animosidades hasta convertirlas en una especie de romántica benevolencia, puede ocultar el hecho de que los indios del siglo XX eran sabedores del juicio que de ellos tenían los ingleses y de que tal opinión influía en su comportamiento. Mohandas K. Gandhi hablaba y se preocupaba de la emasculación de su raza. Jawaharlal Nehru mencionaba el temor y la incapacidad de obrar que paralizaron a los indios bajo el Raj. Esta opresión psicológica iba más allá de la relación personal. El sistema educativo británico establecido en la India enseñaba, en inglés, asignaturas occidentales; de esta manera, inculcaba en los estudiantes nativos un complejo de inseguridad y de tutela intelectual que acarreaba numerosas y complicadas consecuencias.

Al creerse los británicos superiores en todos los aspectos, y al pensarlo así también la elite de los indios educados, se desarrolló en estos últimos la necesidad de merecer la aprobación de los ingleses y, al mismo tiempo, la necesidad paralela de sustraerse a su dominio. El desdén por «lo indio» y por las tradiciones y creencias indias, que todavía se encuentra entre indios educados a la inglesa es, probablemente, la característica más duradera que dejara como legado el poder imperial británico.

Los ingleses insistían en que los indios, los indios «de verdad», no se preocupaban de quién los gobernaba, con tal

de que gobernara bien. El corolario era que los nacionalistas indios no representaban al verdadero pueblo, sino a sí mismos. Si las masas de la India tuvieran que hablar, no lo harían por boca del Partido del Congreso nacionalista. El partido replicaba a estos cargos, afirmando que sí representaba a la India genuina, cuyas masas no estaban conformes con el Gobierno inglés.

La protesta anticolonial de la India asumió generalmente la forma de la no violencia, la cual iniciaron y activaron grupos relativamente pequeños; sin embargo, también se registraron disturbios caóticos de grandes proporciones, asesinatos y otras manifestaciones de violencia.

El motín de Sepoy de 1857 fue el episodio de mayor violencia desencadenada que tuvo lugar en la larga historia de paz superficial existente entre los gobernantes ingleses y sus súbditos indios. Histeria masiva, asesinatos en masa y venganzas colectivas caracterizaron al motín. Ningún historiador ha descubierto pruebas suficientes que corroboren la sospecha de que el motín fuera obra de un complot de amplitud nacional. Al contrario, la violencia pareció presentarse de manera espontánea en regiones diferentes, originada por incidentes locales y alimentada por rumores de lo que ocurría en otras zonas. Los estallidos se produjeron como una manifestación de la cólera y de la frustración de los indios contra la autoridad europea, que habían ido creciendo durante el período de dominación británico.

No se trató de una revolución preparada de antemano sino de una serie de estallidos caóticos y violentos. Los indios se revolvieron contra los europeos y los acometieron en una lucha de carácter racial. Debido a su propia actitud liberal y juiciosa hacia la administración, los funcionarios ingleses eliminaron, o creyeron haber eliminado, las causas de conflicto abierto y de violencia en la sociedad que gobernaban. Sin embargo, no llegaron a sospechar hasta qué extremo puede rebosar de odio, de frustración, de temor y de violencia política, el lado oscuro de una relación impregnada de paternalismo. Los ingleses consideraron el levantamiento como una perfidia del pueblo indio, al cual se preocuparon de proteger y guiar y de quien esperaban, a cambio, afecto y gratitud. En su lugar recibieron de lleno el tremendo impacto del odio y el asesinato. Esta lucha dejó como herencia

en el grupo dirigente de los años posteriores del Raj un creciente rencor y una desconfianza básica hacia los indios.

Tras muchas discusiones, el Gobierno inglés de la India estableció en 1833 un sistema de enseñanza superior en dicho país. La instrucción se impartía en inglés y las humanidades y las ciencias occidentales constituían las asignaturas. Se perseguía con este sistema formar un grupo de indios con suficiente conocimiento del inglés para ocuparlos en la administración del Raj británico. Pero, junto a este aspecto de tipo práctico, existía la idea romántica de que, mediante ese sistema educativo, podría iniciarse la occidentalización de la India y de que la sabiduría y la técnica occidentales, impartidas primero a una clase reducida, acabaría extendiéndose por toda la sociedad india y penetrando por todas las capas sociales.

Al final, los resultados no fueron tan contundentes como se había previsto. El rápido y eficaz funcionamiento del sistema de castas, que los ingleses se olvidaron de tener en cuenta, aisló y separó de las masas indias las enseñanzas de la propaganda y de la tecnología occidentales. Con todo, a lo largo de los veinte o treinta años siguientes, la educación inglesa consiguió dar vida a una clase con aspiraciones comunes y con un mismo fondo intelectual. Esta clase, conocida con el nombre de elite instruida a la inglesa, prolongó su existencia a lo largo de todo el Raj británico y de su seno salieron los núcleos de los movimientos políticos posteriores que combatieron al Gobierno.

Los primeros síntomas de vida de esta elite se manifestaron en Calcuta en las décadas de 1840 y 1850. Comenzaron a fundarse clubes y sociedades indios de aire occidental, y las generaciones más viejas y tradicionales se escandalizaron de las travesuras de los estudiantes educados a lo occidental. La elite de cultura inglesa era romántica y devotamente partidaria del Gobierno inglés, con cuyos intereses identificaban los suyos propios. Durante el motín de Sepoy, la fidelidad de la elite de Calcuta al Raj británico fue inquebrantable. Aunque no se había cumplido del todo la profecía de Lord Macaulay, frecuentemente citada, de que el sistema educativo crearía una clase de indios, «indios por la sangre y el color de la piel, pero ingleses en sus gustos, en sus opiniones, en su moral y en su vida intelectual», es indudable que el sistema produjo un grupo defensor de los puntos de vista

británicos. Este grupo pronto comenzó a desarrollarse en Bombay, en Madrás y, posteriormente, por toda la India.

En 1885, de acuerdo con una sugerencia de A. O. Hume y con el apoyo del gobernador general, Lord Dufferin, se celebró el Primer Congreso Nacional Panindio. Al principio, fue la intención que el Congreso estuviera formado por indios interesados en la política. Los ingleses no pretendían que funcionara como un parlamento indio sino como un foro institucionalizado donde se expresaran las opiniones de la India. («Los políticos indios se reunirán anualmente e indicarán al Gobierno los errores de la administración y la manera de corregirlos», decía el gobernador general) [2]. Se esperaba, por otra parte, que si los demagogos en potencia se expansionaban en estas reuniones, posiblemente no buscarían otras formas de expresión más peligrosas.

Es evidente que los indios que participaron en las sesiones de 1885 y en las siguientes vieron el Congreso de manera diferente. La elite educada a la inglesa estaba saturada de textos escritos en los siglos XVIII y XIX sobre el sistema británico de gobierno y no podían por menos de representarse al Congreso como un organismo «nacional» y (según la opinión de un estadista en su relato retrospectivo de 1925) como un grupo que podría reclamar, con métodos perturbadores, el poder y sus propios intereses.

La primera generación de políticos indios entró en funciones a fines del siglo XIX y sus sucesores los identificaron con el nombre de «los moderados». Supeditados a los ideales y a los valores británicos en que fueron educados y que creían superiores a los propios, tenían fe y confianza en los gobernantes de su país. Los escritos de los moderados, por su tono y por su énfasis, traen a la memoria el término de «aduladores serviles», aunque, a decir verdad, no lo merecen plenamente. El dominio británico sobre la India y la educación inglesa en las escuelas habían creado una relación menos interesada que la que buscan los aduladores. No era simple interés personal lo que movía a estos hombres a expresarse en términos elogiosos y de adhesión ferviente hacia los británicos, aunque no cabe duda que muchos debieron sentirse complacidos e importantes al asociarse con los poderosos. Pero tras su retórica latía una extraordinaria sinceridad, propia de una generación de románticos, y desgraciadamente, de una generación marcada por la inseguridad y el encogimiento nacidos de la convicción de que sus propias

tradiciones eran insuficientes. Deseosos de re-crear a Inglaterra en la India, estos hombres se resignaban a un papel de segundones dentro del Raj, convencidos de que cuando en un futuro lejano hubieran aprendido a fondo las lecciones de cómo gobernarse, recibirían la mayor recompensa que los británicos podían darles: la autonomía.

En 1905, por razones de índole administrativa, el gobernador general de la India, Lord Curzon, decretó la partición de Bengala en dos nuevas provincias, una fundamentalmente musulmana y la otra hindú. Fue en Bengala donde el «nacionalismo» tuvo sus comienzos y donde eran más fuertes los vínculos emotivos con la cultura provincial y la fidelidad a la misma. El convencimiento de que se trataba de herir a este nuevo sentimiento nacionalista y la indignación que suscitó la manera arbitraria de llevar a efecto la medida produjeron intensas protestas locales que en ciertas zonas degeneraron en disturbios. Los bengalíes boicotearon los géneros británicos con la idea de obligar a que se revocara la partición. Al discutir la elite instruida la amplitud y la naturaleza del apoyo que debiera darse a esta iniciativa, se manifestó una marcada diferencia, cada vez más honda, entre los delegados del Congreso.

Desde la última década del siglo XIX se había puesto de manifiesto el desarrollo de un ala «extremista». Tanto en Bombay como en Bengala aumentaba el número de dirigentes que no comulgaban con las creencias ni con las actividades de los moderados. En parte, las diferencias entre los dos grupos se produjeron al madurar una nueva generación más impaciente y menos confiada. Gopal Krishna Gokhale, uno de los principales moderados, hablaba del desdén que sentían los jóvenes por la moderación y por los objetivos británicos. A fines del siglo XIX y a comienzos del XX surgió en Bengala y en Bombay un movimiento terrorista compuesto en su mayor parte de jóvenes estudiantes. Sus actividades no estaban coordinadas y consistían principalmente en atentados contra el Raj británico. Los terroristas buscaban la desintegración de las funciones gubernamentales del Imperio por medio del caos y de la destrucción. El movimiento, en particular en Bengala, fue una amalgama interesante de éticas revolucionarias occidentales y de tradiciones religiosas indias. Técnicamente estaba organizado en células revolucionarias apenas relacionadas entre sí. Las células, su estructura y las relaciones entre los miembros y sus dirigentes tenían

profundas raíces en las tradiciones religiosas de Bengala. Los jefes de célula eran figuras semirreligiosas con discípulos, a la manera de los mendicantes bengalíes; cada discípulo se debía a su jefe —pero no a los demás ni al grupo— con la misma fidelidad y devoción de los discípulos religiosos por sus respectivos gurús. Las células, o *dals,* adoraban a la diosa bengalí Kali y practicaban sacrificios y ritos de iniciación relacionados con ella.

Estas células lograron crear una atmósfera de terror pero, como eran tan débiles los vínculos que las unían, había en ellas celos internos e intercelulares. Como los miembros de la célula sólo juraban lealtad a su dirigente, las células se desintegraban con facilidad cuando los líderes morían o eran arrestados. En los últimos años de la década de 1920 muchos integrantes de células se afiliaron al Partido del Congreso.

Entre las jóvenes generaciones existía la tendencia bien definida de no seguir los pasos de los moderados, pero la diferencia entre éstos y los extremistas era también de tipo temperamental. Los moderados creían en el liberalismo británico, con arreglo a las enseñanzas que recibieron. Los líderes extremistas no tenían la misma fe romántica en la benevolencia inglesa. Su visión de las relaciones de poder era más realista. Dos líderes de la casta superior de brahmanes chitpavan de Poona revelan bien a las claras la división entre los dos grupos: Bal Gangadhar Tilak, que hasta su muerte en 1920 dirigió a la facción extremista, y Gokhale, jefe de los moderados. Aunque ambos pertenecían a la misma generación, su temperamento era muy diferente. Gokhale era un hombre apacible, sensible, tímido y le preocupaba lo que la gente pudiera pensar de él. Con respecto al Raj británico y a su posición dentro del mismo, Gokhale era de ideas cortas. «Puede ser que, dentro de diez años», le dijo a un inglés en cierta ocasión, «consigamos la autonomía provincial, pero para eso hemos de educarnos y la clase instruida es muy pequeña» [3].

Tilak, por la otra parte, tenía apetencias de poder, en especial de poder político. Anticipándose a las tácticas de Gandhi, transformó los festivales hindúes en mítines y reuniones políticas y se inspiró intencionadamente en las tradiciones hindúes para conseguir un mayor apoyo popular en su lucha política. Los moderados pregonaban la imagen de un occidente idealizado que sólo existía en la imaginación de la

elite educada a la inglesa, pero los extremistas profundizaban más en la mentalidad hindú y tocaban la fibra emotiva de la gente al hablar de los viejos mitos indios. Esta técnica, como la del boicot y la del conflicto entre hindúes y musulmanes, que luego sobrevino, era como un anticipo de lo que sería el movimiento de Gandhi en la década de 1920.

A partir de 1885 el Congreso se reunió una vez al año. En los primeros dos decenios predominaron en su composición indios de casta superior, especialmente profesionales, es decir, abogados y maestros. Sin embargo, durante los últimos años del siglo XIX las diferencias de opinión entre los moderados y los extremistas dentro de este grupo se fueron acentuando.

Las discusiones que se desarrollaron en el Congreso sobre el boicot bengalí de mercancías pusieron más de manifiesto estas diferencias. En 1906 los extremistas exigieron que el Congreso apoyara el movimiento de boicot bengalí hasta sus últimas consecuencias, es decir, aunque hubiera que boicotear todo lo inglés en todos los aspectos, incluso en los oficiales. Sin embargo, los moderados, tal y como Gokhale lo expresó, creían que «nuestro deber en esa crisis [era] demostrar nuestra fuerza y hacer ver a todo el mundo que, a pesar de lo que digan unas cuantas personas irreflexivas, el Congreso, como tal, no tiene otras aspiraciones que las que puedan realizarse dentro de la legalidad del Imperio británico» [4]. El conflicto no quedó zanjado. Al fin el Congreso emitió una declaración defendiendo la «legitimidad» del boicot. Cada grupo interpretó a su antojo esa declaración.

La confrontación final tuvo lugar en el Congreso en 1907. La sesión debía celebrarse en Nagpur, plaza fuerte del extremismo. Pero los moderados, que eran mayoría en el comité central del Congreso, se negaron a reunirse en Nagpur, porque, con arreglo a la estructura del Congreso, los miembros de la ciudad anfitriona tenían derecho a un voto más amplio en el comité central organizador. Los moderados, reacios a perder el control del Congreso, utilizaron su mayoría para trasladar la reunión a Surat.

La ruptura definitiva tuvo lugar en esta última ciudad. Cuando el presidente, que era de los moderados, comenzó a pronunciar su discurso de bienvenida, Tilak, a quien se le había negado el uso de la palabra por cuestiones de procedimiento, se subió no obstante a la tribuna, alegando que tenía derecho a hablar. Los «voluntarios del Congreso» le

amenazaron con sentarlo a la fuerza. Los delegados prorrumpieron en gritos opuestos: «¡Fuera! ¡Que no hable!» y «¡Tiene derecho a hablar! ¡Que lo haga!» Un testigo describe lo que luego pasó, con estilo inimitable:

> De repente, algo voló por el aire... ¡un zapato! ¡Un zapato de Mahnatta!... de cuero rojizo, puntiagudo y con la suela tachonada de clavos. Le dio en la cara a Surendra Nath Bannerjea y continuó su trayectoria hasta sir Pherozeshah Mehta. Al fin el zapato cayó y, como a una señal convenida, oleadas blancas de hombres con turbante arremetieron contra la tribuna. Saltando, gateando, con la respiración entrecortada por la furia, blandiendo garrotes, subieron hasta la tribuna y se pusieron a dar palos en la cabeza a todo el que tuviera aspecto de moderado. En aquel momento, entre las piernas morenas que pisoteaban la mesa de tapete verde, pude observar cómo el Congreso Nacional Indio se disolvía en el caos [5].

Aunque los moderados retuvieron el control oficial del Congreso, la ruptura de Surat dejó a ambas partes sumidas en la impotencia. Sin los moderados, los extremistas (más relacionados con el terrorismo de lo que la prudencia aconsejaba) se vieron más expuestos a las fuerzas represivas del Raj británico; sin los extremistas, los moderados volvieron a su papel de camarilla britanizada, obsequiosa y aislada. La ruptura y la consiguiente parálisis del movimiento nacionalista duró hasta la llegada de Gandhi.

El 13 de abril de 1919, circuló la noticia por la ciudad de Amritsar, en el Punjab, de que se iba a celebrar un gran mitin. Entre diez y veinte mil personas se congregaron en Jallianwalla Bagh, una especie de plaza para reuniones, rodeada de un muro bajo y con una sola entrada. El gentío, con garrotes como única arma, se congregó allí, a pesar de una orden inglesa que prohibía los mítines, y escuchaba a un orador. El general R. E. A. Dyer, con mando en la zona y autor de la prohibición, se enteró de lo que pasaba. Con cincuenta soldados y dos carros armados, Dyer llegó a Jallianwalla Bagh y situó a veinticinco soldados a cada lado de la única puerta existente. No se dio ninguna orden a la multitud para que se dispersara. Los soldados, sin más, se pusieron a disparar e hicieron un total de 1.650 disparos. Con arreglo a las cifras oficiales británicas, resultaron 379 muertos y 1.137 heridos.

A la comisión que luego investigó las causas de la matanza, el general Dyer explicó, «que no se trataba sólo de disolver la multitud, sino de provocar, desde el punto de vista militar, un saludable efecto moral, no sólo entre los asistentes al acto, sino, especialmente, por todo el Punjab. Pensé que así mejorarían las cosas» [6].

La matanza de Amritsar tuvo lugar tras una serie de disturbios que se registraron a lo largo y ancho del Punjab y esto explica en parte la tensión que condujo a la tragedia. Al terminar la primera guerra mundial, el cuerpo legislativo de la India aprobó las leyes de Rowlatt por las que se prolongaban los poderes de tiempo de guerra relativos a los arrestos y encarcelaciones. Gandhi acababa de regresar de Africa del Sur y se estaba convirtiendo en una de las fuerzas destacadas del Congreso. Había pedido que se declarara una *hartal,* o huelga, de carácter nacional, como protesta contra la extensión de aquellos poderes. Dos huelgas, las del 30 de marzo y 6 de abril de 1919, fueron pacíficas. Pero el 9 de abril coincidieron en el Punjab la deportación de dos líderes del Congreso por razones de índole política y la fecha de un festival hindú y el populacho se lanzó a la calle. Tres europeos fueron asesinados y una mujer europea, Miss Sherwood, fue ultrajada. Los ultrajes perpetrados contra mujeres europeas excitaban hasta el frenesí la cólera y el temor de los ingleses destacados en la India (aunque, probablemente, sólo sacaran a la superficie temores siempre presentes). Como respuesta al ultraje de Miss Sherwood, Dyer había prohibido las reuniones multitudinarias y en la época de la matanza de Amritsar se emitieron otras órdenes que revelaban el temor y la cólera de los ingleses. La «orden de arrastrarse» precisaba que cualquier indio que pasara por la calle donde tuvo lugar el ultraje, tenía que ponerse a cuatro patas, sin que quedaran exentos de su cumplimiento ni siquiera los indios que vivían en las calles vecinas. Los indios que fueran a lomos de cualquier animal, o en vehículo, debían apearse, si se cruzaban con un oficial inglés, e inclinarse ante él en respetuoso saludo. En el lugar donde Miss Sherwood fue ultrajada se erigió un poste, al cual ataban a los infractores de las órdenes para ser azotados.

La matanza de Amritsar no fue algo corriente, sino la excepción, durante el Raj británico. No obstante, reveló uno de los aspectos del dominio inglés: la combinación, siempre presente, de hostilidad y temor de los británicos hacia el pue-

blo que gobernaban. Es posible que estos temores no existieran antes del motín de Sepoy. Es posible que existieran siempre y que fueran consustanciales con la clase imperialista rectora. Pero los temores surgieron con mayor claridad cuando el dominio británico se sentía inseguro, como durante el motín. En esas ocasiones, los ingleses obligaban a los indios a que mostraran simbólicamente su sumisión al poderío británico, y de esta manera, se sentían más fuertes al ver más débiles a los nativos.

Este elemento de temor fue el reverso de paternalismo británico en la India, del mismo modo que el odio y la frustración fueron el reverso de la sumisión india. Otro indicio, más indirecto, de que los ingleses no estaban muy seguros de ser vistos en la India con simpatía, se desprende del hecho de que, con mucha frecuencia, hacían declaraciones para justificar los actos de su Gobierno. En los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, estas declaraciones se publicaban por lo general para responder a las acusaciones del Congreso y a sus exigencias de más poder y de más cargos oficiales. Al principio estas exigencias se limitaban a los puestos administrativos, pero luego se pidieron también funciones de gobierno. Los ingleses insistían en que su gobierno era bien visto en la India y en que era bueno para el pueblo por ser eficaz y justo. Pero Lord Curzon, gobernador general desde 1898 hasta 1905 —y arquetipo de los gobernadores generales imperialistas— daba la respuesta clásica de los ingleses que trataban de justificar su dominio: «Cuando me vituperan los que pretenden hablar en nombre del pueblo indio, yo no siento preocupaciones ni rencor. Porque en el fondo de mi conciencia, yo sé quién y cómo es el verdadero pueblo indio...» [7] Para Curzon, y para muchos imperialistas ingleses, el «verdadero» pueblo indio no se encontraba en el Congreso. El Congreso representaba únicamente a una pequeña elite, cuyas exigencias eran, además, egoístas y cuya presencia en el gobierno constituía una carga para los británicos. Esa corriente soterrada de desprecio hacia los indios educados a la inglesa es uno de los aspectos más desagradables que se encuentran en los escritos de los imperialistas. A la pregunta de por qué en el gobierno no se empleaba personal nativo, Curzon contestó: «porque no son competentes y porque sabemos por experiencia que, cuando ocupan un cargo de autoridad, pierden la cabeza y no se saben desenvolver en los momentos crí-

ticos» [8]. Es significativo, en vista de la incompetencia a que alude, que Curzon, para justificar su negativa a admitir a los indios en las oposiciones para cubrir plazas de funcionarios públicos, hablara del «peligro evidente» en que estarían los puestos «pues podrían ir a parar a las manos de los nativos, gracias a su mayor perspicacia...» [9]

Así, pues, los importunos miembros del Congreso no pasaban como indios representativos, y a sus protestas no se les concedía gran importancia. Para los imperialistas británicos de antes y después del motín de Sepoy, los «verdaderos» indios, es decir, los indios que comprendían, apreciaban y deseaban el dominio británico, eran los «sencillos» campesinos, los honestos y trabajadores hombres del campo. Era con los campesinos con quienes la burocracia inglesa mantenía una relación paternalista y de quienes esperaba gratitud y devoción. Al desvanecerse esta romántica idea —bien por la violencia de las masas durante el motín, bien por los disturbios más restringidos del Punjab— la comunidad británica reaccionó exigendo una demostración física de su poderío sobre la India.

Desde la década de 1860, el Gobierno inglés de la India brindaba periódicamente programas de «reforma» a los indios interesados por la política. A fines del siglo XIX la tendencia general de esas reformas era la de incluir a los nativos en el Consejo Legislativo Indio: primero se les permitía asistir a los debates, después participar en ellos y, mucho después, emitir su voto (aunque siempre como minoría). En el fondo, el objeto de todas estas reformas legislativas era enterarse de lo que los indios pensaban del Gobierno y tratar de neutralizar sus protestas colocándolos en la estructura del Gobierno. Los ingleses fundaron el Partido del Congreso con propósitos muy parecidos.

En el siglo XX, al aumentar el número de indios con interés por la política y al crecer la complejidad del Congreso, se intensificaron las presiones contra el Gobierno británico a fin de que efectuara reformas de mayor importancia. En 1909 se accedió a que aumentara el número de indios en el Consejo Legislativo y a que se sometieran a más amplia discusión los asuntos del Gobierno; no obstante, el Gobierno, como de costumbre, se reservó la mayoría oficial para asegurarse en sus funciones rectoras. Los moderados, que habían puesto una gran ilusión en estas reformas, se sintieron defraudados. Pero, incluso antes de que las reformas

hubieran sido aprobadas, el ministro inglés de Estado para la India manifestó, con cierto descaro, que «si la perspicacia política de los indios fuera mayor, tanto menor sería su entusiasmo» [10].

Las reformas de 1919 se ciñeron a los mismos principios: aumento de la participación, pero reserva del poder. Los británicos habían expresado en 1917 el propósito de estas reformas: ir enseñando a los indios los misterios del gobierno autónomo, concediéndoles gradualmente mayores responsabilidades. Esta fantasía se repetía con hipnótica frecuencia no sólo a los indios, sino a los propios ingleses. Las reformas de Montagu-Chelmsford en 1919 constituyeron uno de los intentos más complicados para alcanzar ese objetivo. La diarquía, o sistema provincial de gobierno, incluida en las reformas, tenía por objeto dar experiencia práctica a los indios en el arte de gobernarse. A nivel provincial los indios serían elegidos indirectamente por los cuerpos legislativos para que formaran gobiernos provinciales y para que se encargaran de ciertos departamentos, como el de la salud y el de la educación. Otros departamentos, como el de economía y el de orden público, quedarían en manos de los ingleses. En el fondo, pues, todo lo que significaba poder efectivo —el dinero y la fuerza— seguiría siendo de la incumbencia británica, mientras que los indios cargarían con los problemas, sin medios ni recursos para resolverlos. En 1919 una declaración oficial, al revelar que los fondos para atender al fomento de la enseñanza eran más bien escasos, añadía ingenuamente que, «por fortuna», el capítulo de la enseñanza sería de la competencia de la administración india y que ésta sin duda encontraría nuevas fuentes de ingresos.

El Congreso se daba cuenta de lo que suponía esta división de funciones. Al principio los líderes se negaron a participar en las reformas. Tal negativa constituía un misterio para los ingleses, que sólo podían explicársela como una manifestación recalcitrante de extremismo. Cuando un noble inglés que estaba de visita, en 1919, hizo una llamada «personal» a los indios «para darse la mano y trabajar todos juntos a fin de ver realizadas nuestras esperanzas», sus palabras cayeron en el vacío y los administradores británicos se mostraron perplejos de que así fuera. Los ingleses no llegaban a comprender la falta de entusiasmo de los indios por la diarquía, como tampoco comprendían que el Congreso no confiara en su palabra ni en sus promesas. Cuando se aproba-

ron las leyes represivas de Rowlatt, un administrador británico escribió con respecto al recibimiento de que fueron objeto: «Fue en vano que los miembros del Gobierno, uno tras otro, empeñaran solemnemente su palabra asegurando que las disposiciones de la ley se utilizarían tan sólo para reprimir los delitos anárquicos y revolucionarios» [11]. Los administradores británicos de la India, en especial los que ocupaban altos cargos, no podían, o no querían, darse cuenta de la verdadera naturaleza de las relaciones existentes entre ellos y los indios. Consideraban la matanza de Amritsar como un incidente lamentable, nada más, no como una manifestación de lo que eran en la realidad las relaciones indio-británicas. Los moderados adoptaban una actitud parecida y por ello poco consiguieron en sus intentos de establecerse dentro del Gobierno. Lo que ganaron con sus métodos en el siglo XIX fue el tenue derecho de expresar sus opiniones en cuestiones políticas ante los que detentaban el poder. Además, se ganaron el beneplácito de los británicos, pero sólo al nivel más superficial, a juzgar por el tono de condescendencia con que los ingleses hablaban entre sí de los nativos.

Los extremistas veían con más claridad las posiciones relativas de los indios y los ingleses. Tilak escribió: «Ninguna nación gobierna a otra por razones de altruismo; el Gobierno imperial británico no está formado por blancos y negros, sino sólo por blancos y por lo tanto gobierna a favor de los blancos» [12]. Pero los extremistas se encontraban demasiado aislados; seguían siendo una elite instruida, sin el apoyo de las masas y sin medios de paralizar al Gobierno inglés, con lo que se hallaban relativamente inermes ante las atribuciones del Gobierno, que podía deportarlos o encarcelarlos por sediciosos. Fue Gandhi quien dio con la solución: «Ataquemos las medidas y los sistemas de gobierno. Pero no ataquemos a las personas» [13]. Gracias a su genio pudo incorporar a su política el apoyo de las masas, la evaluación realista de las relaciones de poder y cierto atractivo sutil, pero poderoso, al que fueron sensibles los ingleses gracias a la visión romántica que tenían de su papel en la India.

«Nuestra política de no cooperación va dirigida contra el sistema que los ingleses han establecido, contra la civilización material y sus hijuelas, la codicia y la explotación de los débiles... La no cooperación no es antiinglesa. Se trata de un movimiento religioso, de un movimiento purificador que

trata de oponerse a la injusticia, a la mentira, al terrorismo y que desea establecer en la India el Swara [un Gobierno independiente].» [14] Tales eran los principios de Gandhi.

En 1915 Gandhi regresó de Africa del Sur, donde había realizado una campaña coronada por el éxito para que el Gobierno de aquel país mejorara la suerte de la comunidad india; su hoja de servicios en la guerra y su espíritu de sacrificio le dieron prestigio a los ojos de los ingleses y de los indios. Los elementos que se combinaron para conformar la gran influencia de Gandhi y la tónica de sus campañas fueron su propia personalidad, el simbolismo hindú y la perspicacia política. Cómo utilizó estos elementos complementarios, quedó bien patente en su primera campaña.

Fue en la reunión del Congreso de 1919 en Delhi, cuando Gandhi propuso el método de no cooperación contra el Gobierno británico. Anteriormente, al aprobarse las reformas de Montagu-Chelmsford y al concederse la diarquía a la India, Gandhi se retractó de su oposición a las reformas. Pero tras la matanza de Amritsar, cuando se vio claro que no se aplicaría ningún castigo al general Dyer —el cual sólo fue objeto de una reprimenda— Gandhi volvió a cambiar de idea (por entonces un pequeño grupo de moderados rompió con el Congreso y formó el Partido Liberal; eran, en su mayor parte, viejas personalidades del movimiento nacionalista indio, que continuaron celebrando conferencias, cooperando con las reformas británicas y por lo general hablando en nombre y a favor sólo de su propio grupo durante los veinte años siguientes).

El 1 de agosto de 1920, la sesión del Congreso en Nagpur proclamó el comienzo de la no cooperación. Gandhi devolvió al Gobierno indio las medallas que había ganado en Africa del Sur. Varios integrantes del alto mando del Congreso, entre ellos Motilal, Jawaharlal Nehru y Sardar Vallabhbhai Patel (que más tarde serían algunos de los más poderosos líderes del Partido del Congreso) dejaron sus cargos en los tribunales británicos.

Gandhi inició una gira por todo el país con el fin de convencer al pueblo para que apoyara la política del Congreso. También comenzó a hilar con la rueca; todos los días, durante media hora, confeccionaba un tejido casero llamado khadi. El khadi —el «uniforme de nuestra libertad», como Nehru lo llamaba— llegó a ser de uso común entre los nacionalistas; como producto indígena simbolizaba la indepen-

dencia de la India con respecto al mundo occidental. «Yo miro la rueca», dijo Gandhi, «como la llave de mi salvación espiritual» [15]. Hilar simbolizaba la independencia india a la vez que medía la adhesión y el fervor individuales a la causa del Congreso. El invento de un símbolo que daba pie a la acción de las masas y al apoyo visible del pueblo al movimiento de Gandhi, demuestra bien a las claras el genio de éste. «Cualquier distrito que pueda ser organizado para hilar», dijo, «está en condiciones de poner en práctica la desobediencia civil, si además se le ha enseñado a sufrir» [16].

En los pueblos donde hablaba, Gandhi recomendaba a la gente que aprendiera a hilar y a tejer. Les pedía que se despojaran de todas las prendas extranjeras que llevaran y las colocaran en un montón. Luego se les prendía fuego y, mientras las ropas ardían, Gandhi hablaba del movimiento nacionalista. Durante esa gira, que duró siete meses, Gandhi animó a que se formaran sedes locales del Congreso. Diseñó la bandera del Congreso con una rueda de hilar en el centro. Colaboró en dos publicaciones semanales fundadas en 1919: en *Young India,* redactada en inglés, y en *Navajivan,* escrita en gujarati. En 1927 adoptó el atuendo típico de los mendicantes indios, llevando una especie de taparrabo y una bolsa hecha de khadi.

En octubre de 1921, cuando el Comité de Trabajo del Congreso pidió a todos los indios que rompieran sus vínculos con el Gobierno, se anunció el inicio de la primera campaña importante de no cooperación. Se produjeron disturbios en Bombay, Gandhi ayunó cinco días, el Gobierno comenzó a detener líderes del Congreso y para diciembre de 1921 veinte mil indios se hallaban en la cárcel, acusados de desobediencia civil y de sedición. Para enero, el número de los encarcelados subió a diez mil más. «Hagan ustedes lo que hagan», dijo Gandhi, «y por mucho que nos quieran avasallar, llegará un día en que conseguiremos que se arrepientan de sus actos» [17].

La desobediencia civil no había sido puesta a prueba todavía, aunque la directiva del Congreso deseaba comenzar una campaña de este tipo. Pero Gandhi se mostraba reacio. No se opuso a que el Congreso aprobara una resolución a favor de la puesta en práctica de la desobediencia civil, pero insistió en que se le prometiera que no se lanzaría la campaña sin su consentimiento previo. La idea de Gandhi era someter a prueba el método de la desobediencia civil en

sólo un lugar y a pequeña escala, y con este objeto eligió a Bardoli, un distrito de 87.000 habitantes en la provincia de Bombay. Comunicó al gobernador general, Rufus Reading, que la campaña comenzaría en ese distrito. Gandhi temía que la desobediencia civil, si se efectuaba en grandes proporciones, diera origen a múltiples actos de violencia, por los cuales él se sentiría responsable, como ocurrió en 1919, cuando su llamada a la *hartal* causó los disturbios en el Punjab.

La campaña de Bardoli debía comenzar en febrero, pero el 5 de ese mismo mes, la policía comenzó a agredir a varios rezagados de una procesión de nacionalistas de la aldea de Chauri Chauri, en las Provincias Unidas. El gentío se revolvió contra los policías y los persiguió hasta la comisaría, donde los agentes de la autoridad se hicieron fuertes. Entonces el populacho incendió el edificio y cuando los policías salieron corriendo, fueron agredidos y golpeados y sus cadáveres arrojados a las llamas.

Horrorizado e indignado ante semejante violencia, Gandhi suspendió la campaña de Bardoli antes de que hubiera comenzado. Los líderes del Congreso protestaron con vehemencia, diciendo que la suspensión equivalía a un suicidio político y llegaron a pensar que Gandhi había traicionado al movimiento nacionalista. Gandhi dijo en su defensa únicamente que «la súbita renuncia al programa agresivo quizá sea desaconsejable en lo político, pero indudablemente es justa en lo religioso» [18].

El Gobernador General británico, Lord Reading, se abstuvo de detener a Gandhi sólo por temor a que se produjeran levantamientos en masa habiendo declarado antes que éste sería arrestado en el caso de participar directamente en la campaña. Al suspenderse la campaña de Bardoli, Reading perdió en parte el temor a los disturbios y consultó a los gobernadores provinciales. Gandhi fue detenido el 10 de marzo de 1922, y no hubo protestas multitudinarias.

Gandhi fue sometido a juicio, acusado de haber escrito literatura política de carácter sedicioso. Se confesó culpable y sus manifestaciones ante el tribunal revelan su típica manera de encararse con la oposición y su característica astucia al referirse al Raj británico:

> Estoy aquí para pedir el mayor castigo que se me pueda imponer, y al que me someteré alegremente, por lo que para la ley es un delito premeditado y para mí el más alto deber de un ciudadano... Sé que muchos ingleses y funcionarios indios piensan

que están administrando uno de los mejores sistemas políticos del mundo y que la India realiza firmes, aunque lentos, progresos. Ignoran que un sutil, pero efectivo sistema de terrorismo y un alarde de fuerzas por una parte, y el despojo de toda la capacidad de desquite y de defensa propia por la otra, han emasculado al pueblo y han creado en él el hábito del disimulo... [19]

Gandhi fue condenado a seis años de cárcel. El movimiento del Congreso llegó a paralizarse. Para 1926 la alianza temporal entre las comunidades hindú y musulmana (que se inició en 1916) estaba deshecha; Gandhi seguía en la cárcel y el Congreso se debatía en medio de disputas intestinas. En los medios oficiales británicos se pensaba, y esta opinión la compartían muchos miembros del Congreso, que la táctica de la no cooperación y la fuerza política de Gandhi eran ya cosa del pasado.

«En mi opinión, no cooperar con el mal es un deber tan preciso como cooperar con el bien.» [20] El tremendo poder personal de Gandhi sobre la India se originaba en el hecho de que sus creencias políticas se basaban en una profunda convicción religiosa. El propio Gandhi llegó a convertirse en una especie de símbolo. Su personalidad y su presencia eran como un reflejo de formas e ideales inmersos en el remoto pasado de la India. Con el paso de los años, su vida se hacía cada vez más sencilla y comía cada vez menos. Al principio fue vegetariano (aunque había comido carne en su juventud); luego, su único alimento consistió en nueces, frutas y jugos. De joven, cuando vivió en Inglaterra, su atuendo era el de un *gentleman* inglés, pero ahora llevaba un simple taparrabo, al estilo tradicional de los mendicantes. Gandhi se había entregado a la visión india del eremita, del mendigo que persigue la verdad y aspira a unirse con el principio fundamental del universo y prefiere mantenerse al margen de los deseos y las pasiones de este mundo, escapando así del ciclo de renacimientos a que está sujeto el resto de la humanidad. El ideal de la civilización hindú es seguir este camino en la cuarta y última etapa de la vida. El hombre que así lo hace recibe los honores de su sociedad, y se piensa de él que disfruta de poderes más grandes que los de otros hombres.

«Hallar toda la Verdad es realizarse y realizar el propio destino, es decir, llegar a ser perfectos.» [21] La búsqueda de la verdad por parte de Gandhi (su autobiografía se titula 'La historia de mis experimentos con la verdad', y en ella des-

cribe sus experiencias ascéticas y culinarias) y su deseo profundamente sincero de «vivir la verdad» le dieron tal poder sobre las masas indias, que es difícil calcularlo y todavía más difícil analizarlo. El empleo de dicho poder —en qué medida lo explotaba conscientemente y hasta qué punto lo utilizaba espontánea y llanamente— constituye uno de los misterios de este hombre. Por ejemplo, en numerosas ocasiones, cuando se sentía responsable de las erupciones de violencia o cuando su política no daba los resultados apetecidos, Gandhi se sometía al ayuno. Las personas que por sus acciones provocaban el ayuno se veían sometidas a tremendas presiones internas que les impulsaban a ceder en su actitud, tanto para aliviar su complejo de culpabilidad como para prevenir los disturbios que podrían producirse en el caso de que falleciera Gandhi. Como es natural, la gente así apremiada consideraba esta táctica de Gandhi consciente y deliberadamente coercitiva; los británicos la llamaban chantaje moral.

La técnica de Gandhi consistía en usar su fuerza moral para lograr objetivos políticos. Los conceptos que se usaron dentro de las viejas tradiciones hindúes en el cuadro de la búsqueda individual de la salvación —conceptos como *ahimsa* (no violencia) y *satyagraha* (fuerza de alma, fuerza para perseguir pacíficamente la verdad)—, Gandhi los reinterpretó dándoles un significado político y comunal. El ascetismo y el sacrificio siempre han caracterizado a los religiosos que se retiran de la sociedad con objeto de atender al cuidado de su propia alma. Estas armas —el ayuno en particular y la técnica de la desobediencia civil— se utilizaban ahora en el contexto social con fines sociales y políticos.

Algunos indios veían peligrar sus intereses, debido a la actividad desplegada por Gandhi. En 1932 los ingleses ofrecieron a los intocables una representación comunal especial en cualquier sistema electoral que pudiera presentar el Gobierno en el futuro. Las declaraciones de Gandhi respecto a los intocables y su suerte cambiaron de tono y de cariz a lo largo de su vida, pero siempre sintió por ellos una profunda compasión. En muchísimas ocasiones vivió en los barrios de los intocables y pidió a los hindúes de castas superiores que no los excluyeran de su compañía y que los trataran como *harijans,* o hijos de Dios. Pero en 1932 Gandhi pensaba que la instauración de elecciones separadas para los intocables arruinaría toda la estructura de la sociedad hindú:

sin duda, esto era lo que deseaban los líderes de los intocables, al manifestarse de acuerdo con tales elecciones. Gandhi se opuso a estas intenciones y comenzó un ayuno a muerte. Las desesperadas negociaciones que siguieron desembocaron en un compromiso, pero hechos como éste explican hasta cierto punto que hombres como el doctor B. R. Ambedkar, jefe de la comunidad de los intocables, miraran con inquina a Gandhi, a quien consideraban un chantajista y un intrigante.

También la comunidad musulmana se sintió amenazada por las férreas convicciones que ocultaba Gandhi bajo su capa de tolerancia y compasión. En la década de 1940 recitaba el Corán en sus rezos comunitarios, dando a entender que de esta manera incluía a los musulmanes en sus reuniones. Gandhi deseaba establecer una mayor unidad política entre las dos religiones. El hinduismo siempre había reconocido la existencia de muchos caminos para llegar a la verdad, y de muchas maneras válidas para expresar la singularidad del universo. Al recitar el Corán, Gandhi pretendía salvar el abismo existente entre las dos comunidades, actuando, al mismo tiempo, de acuerdo con sus propias creencias religiosas. Los buenos musulmanes, sin embargo, ven en el Corán la expresión de *la única* religión verdadera, y las prácticas de Gandhi les desagradaban. También les desagradaba el nacionalismo del Congreso por las constantes alusiones de Gandhi a los símbolos y al pasado hindúes. *Swarajua* (Gobierno independiente), *satyagraha* y *ahimsa* eran términos tomados de las viejas tradiciones sánscritas, con las cuales los musulmanes ni podían ni querían identificarse. Los musulmanes creían que el nacionalismo del Congreso era únicamente de carácter hindú. El Congreso y Gandhi lo negaban pero los musulmanes estaban seguros de que mentían deliberadamente.

Es imposible saber hasta qué punto las técnicas de protesta de Gandhi eran simple propaganda. Algunas eran más premeditadas que otras. Por ejemplo, Gandhi estableció «días de silencio», en los cuales no pronunciaba una sola palabra y se limitaba a rezar y a escribir mensajes. Confesaba que se valía de estos días de silencio para dedicarse a la meditación personal en beneficio de su alma y, a veces, para no manifestarse sobre cuestiones en las que no había llegado aún a ninguna conclusión. Pero son más obscuros los motivos ocultos tras sus ayunos y tras su supuesta toma de

decisiones con arreglo a los dictados de una «voz interna». «Son parte de mi ser», decía. «Para mí, tanto supone la vista, por ejemplo, como el ayuno. Lo que los ojos son para el mundo exterior, es el ayuno para el mundo interior» [22]. De esta manera, los ayunos de Gandhi parecían originarse no sólo en las conveniencias políticas sino también en sus propias necesidades anímicas.

Muchos aspectos de la psicología de Gandhi eran extraños para cualquier occidental. Como es el caso con muchos hombres famosos, fue extraordinariamente absorbente con su mujer y sus dos hijos. No consintió que sus hijos asistieran a la universidad (aunque él sí lo hizo) con el pretexto de que lo que allí aprendieran no era necesario para que se perfeccionaran espiritualmente. Su hijo mayor se convirtió en alcohólico. La actitud hacia su esposa fue ambivalente. Al enfermar ésta por última vez, Gandhi no permitió que los médicos le dieran la medicina que necesitaba, porque había que inyectársela.

La atmósfera que rodeaba a Gandhi y a sus más íntimos discípulos era un tanto desagradable por las constantes manipulaciones que hacían con los mandos gemelos del amor y de la culpa. Estas manipulaciones iban más allá de su esfera inmediata. Una anécdota, que debemos al propio Gandhi, es reveladora al respecto.

> El ejército de mis novias crece de día en día. La última recluta es Ranibala de Burdwan, una muchachita de unos diez años. No me atrevo a preguntarle su edad. Al jugar con ella, como de costumbre, miraba de reojo sus seis brazaletes de oro macizo. Le expliqué con mucha afabilidad que eran demasiado peso para sus delicadas muñecas y entonces, se las tapó con la mano... He de confesar que me sentí avergonzado... Yo estaba de broma, como siempre que estoy con niñas; en broma procuro que sientan desagrado por los adornos excesivos y trato de inculcarles el deseo de desprenderse de las joyas en beneficio de los pobres [23].

Tales anécdotas revelan con qué brillantez usaba Gandhi el complejo de culpabilidad ajeno. Pero este rasgo suyo sólo parece desagradable cuando se le considera aislado, al margen del profundo calor humano, de la compasión y del valor de Gandhi. Además, todos sus rasgos se ven un poco distorsionados con arreglo a los criterios occidentales. Gandhi tenía como último objetivo un ideal indio: el *brahmacharya* o abandono del mundo y la unión con Brahma, el

principio fundamental del universo. Conseguir tal objetivo exigía incurrir en extremismos que a cualquier occidental podrían parecer propios de fanáticos. Pero, en el medio en que Gandhi se desenvolvía, aspirar a dicho ideal y tratar de conseguirlo con tan intensa dedicación sólo merecía elogios. Lo que Gandhi buscaba en su propio ambiente cultural era un objetivo aceptado y sancionado socialmente.

Al margen de la personalidad de Gandhi, nunca se podrá destacar como es debido su tremenda eficacia en la labor de ampliar el radio de acción de la protesta india contra el dominio británico y de liberar, de los temores que anteriormente las paralizaron, a las personas comprometidas en la protesta. Como Nehru escribió al referirse al año 1921:

> Sobre todo, experimentábamos el sentimiento de ser libres y el orgullo de esa libertad. Se acabaron los cuchicheos, se acabó el darle vueltas a la fraseología legal para evitar conflictos con las autoridades. Decíamos lo que sentíamos y lo pregonábamos a pleno pulmón. Las consecuencias no nos importaban. ¿La prisión? La deseábamos; pasando por ella, nuestra causa sería más fuerte. Los innumerables agentes secretos y los espías que nos rodeaban y nos seguían a todas partes daban lástima porque no existía nada secreto que descubrir [24].

Gandhi sacó a los nacionalistas del limbo en que vivían los moderados, siempre ansiosos de ganarse el beneplácito de los ingleses. Gandhi convirtió la protesta contra el Raj británico en algo respetable, en un imperativo moral. Para conseguirlo, se negó a atacar a los funcionarios ingleses que dirigían el Gobierno y se limitó a hacer la crítica del propio Gobierno. De esta manera mantenía una postura de rectitud moral ante la elite india instruida. Una de las armas más poderosas que pudieron manejar los ingleses sobre esa elite fue la de su pretendida superioridad moral. Por su raza, por su experiencia y por su naturaleza, los británicos poseían mejores condiciones para gobernar, según se presumía. Su sentido del deber y del honor los llevó a gobernar la India tal como lo hacían. Para la elite, educada con libros ingleses y convencida de la grandeza británica, era un trago amargo acusar de injustos a los británicos y mucho más tratar de oponerse a sus injusticias. Gandhi hizo innecesaria esta confrontación. Con su deseo, mejor dicho, con su afán de echar todo el sufrimiento sobre sus hombros y sobre los hombros del pueblo indio para liberarlo mediante la desobediencia civil y

el *satyagraha* (fuerza espiritual), Gandhi cargó en las espaldas de los ingleses todo el complejo de culpabilidad.

La esencia intelectual de la teoría de Gandhi sobre el *satyagraha* consistía en que los medios eran tan importantes como el fin y que del mal no se podía derivar ningún bien. Estaba dispuesto a sufrir personalmente todo lo que hiciera falta, si con eso cambiaba la situación reinante. «La fuerza», dijo Gandhi, «no arranca de la capacidad física, sino de la voluntad indomable. La no violencia no significa someterse mansamente a la voluntad de los malos, sino oponer toda la fuerza del alma contra la voluntad del tirano» [25]. En parte, la devastadora eficacia de esta técnica, al menos a corto plazo, derivaba de su absoluto y total convencimiento en la verdad de sus apreciaciones; sus rivales, por lo general, no eran hombres de tanta convicción ni de tanto fervor y no podían por menos de titubear, o de sentirse impresionados, ante la inquebrantable seguridad de Gandhi.

En muchos casos utilizaron Gandhi o sus discípulos el *satyagraha;* por ejemplo, contra los dueños de molinos que pagaban a sus obreros jornales de hambre, o en la protesta encabezada por Sardar Patel contra el aumento de las contribuciones en cierto distrito. Pero la campaña más dramática contra el Gobierno inglés tuvo lugar en 1930 y se llamó la Marcha de la Sal sobre Dandi.

En los años anteriores a la Marcha de la Sal, la actividad política fue poco estimulante. En 1928 el Congreso publicó el Informe Nehru, cuya discusión había provocado considerables tensiones dentro del propio Congreso. El informe exigía que se concediera a la India el rango de Dominio antes de un año o, en su defecto, la independencia completa. El Gobierno inglés había enviado un comité parlamentario investigador, la Comisión Simon, para que recogiera toda la información necesaria sobre la situación en la India. El Congreso boicoteó a la comisión alegando que sus métodos eran inquisitoriales y que en la misma no figuraba ningún miembro indio. En este tira y afloja, Gandhi salió del retiro que se había impuesto y el 2 de marzo de 1930 escribió una carta al virrey, Lord Irwin, informándole que en el término de nueve días comenzaría una campaña de desobediencia civil dirigida contra los impuestos sobre la sal. Muchos años antes, el Gobierno inglés había establecido una contribución sobre toda la sal y Gandhi objetó que ese impuesto repre-

sentaba una maniobra monopolística en perjuicio de un artículo de primera necesidad.

El 12 de marzo Gandhi, con setenta y ocho miembros de su comunidad, comenzó una marcha de aproximadamente trescientos kilómetros, desde Sabarmati a Dandi, un pueblo costero. Hicieron el recorrido en veinticuatro días, caminando por pésimos caminos y cruzando pequeños pueblos, donde Gandhi se detenía con frecuencia para hablar a las multitudes que le rodeaban. Para el 5 de abril, al llegar al mar, eran ya varios miles los integrantes de la marcha. A la mañana siguiente, tras pasar la noche rezando, Gandhi entró a pie en el mar, y luego cogió de la playa un poco de sal, rompiendo así la ley sobre el impuesto de la sal.

A esta señal, la protesta y la desobediencia civil estallaron por toda la India. Los informes hablan de cinco millones de indios que rompieron la ley de la sal en cinco mil manifestaciones a lo largo de la costa. La sal se vendió ilegalmente en subastas. El Gobierno comenzó a efectuar arrestos en masa. La confrontación de la policía contra los sublevados en las salinas de Dharasana constituyó una de las más dramáticas escenas y un terrible ejemplo de la fuerza de los *satyagrahis*. Dos mil quinientos voluntarios se habían desplazado para coger sal de aquel lugar y se congregaron en filas ante los recipientes de sal, que la policía había rodeado de alambre espinoso y de zanjas. Un corresponsal de la United Press describió la escena:

> De repente, a una voz de mando, docenas de policías nativos se abalanzaron contra los manifestantes que avanzaban y con sus bastones de punta metálica, descargaron sobre sus cabezas una granizada de palos. Ninguno de los manifestantes levantó el brazo para protegerse de los golpes. Fueron cayendo al suelo como bolos. Desde donde yo me encontraba, se oía el repelente y sordo choque de los bastones contra los cráneos desnudos. Los que estaban en la retaguardia del gentío gemían y retenían el aliento a cada golpe, como si ellos mismos los recibieran. Los golpeados se derrumbaban inconscientes o se retorcían con el cráneo facturado o con la espalda rota... Los supervivientes, sin romper filas, en silencio y sin titubeos seguían avanzando hasta caer también bajo los bastones... [20]

Aquel día hubo dos muertos y más de trescientos heridos; la protesta se prolongó varios días. Para el 30 de junio Gandhi y casi otros 100.000 indios, entre ellos la mayor parte de los dirigentes del Congreso, estaban en la cárcel.

«Todos, europeos e indios, nos quedamos asombrados ante las tremendas proporciones que tomó el movimiento», dijo Lord Irwin. «Yo, el primero, y nos engañaríamos si no le concediéramos la importancia que tiene.» [27]

La Marcha de la Sal a Dandi fue un acontecimiento dramático, un gran éxito de la técnica de la protesta de Gandhi y un recurso eficaz para alterar el clima moral del país. El poeta hindú Rabindranath Tagore escribió: «Europa ha perdido por completo su antiguo prestigio moral en Asia. Ya no se le considera como el campeón, en todo el mundo, del juego limpio y de los nobles principios, sino como el defensor de la supremacía de la raza occidental y el explotador de todos quienes viven fuera de sus fronteras» [28]. La marcha, sin embargo, fue un fracaso casi completo en el terreno político.

Los ingleses organizaron una conferencia de mesa redonda en 1930, que se celebraría en Londres y a la cual asistirían indios y británicos para discutir la situación de la India en una atmósfera de igualdad. El Congreso no envió representantes a esta conferencia. Sólo estuvieron presentes los musulmanes y los indios liberales, pero la conferencia no fue del todo estéril. Un observador británico escribió con posterioridad: «Ningún indio bienintencionado que tomara parte en la conferencia, podrá dudar en lo sucesivo de la buena fe y de la buena voluntad de los representantes de todos los partidos ingleses...» [29] Pero, por muy consolador que esto fuera, poco podría conseguirse sin representación en el Congreso. Tras una serie de conversaciones entre Gandhi e Irwin se llegó al acuerdo de dar la libertad a todos los presos políticos, de devolver las propiedades confiscadas y de permitir los piquetes de protesta. A su vez, Gandhi pondría fin al movimiento de desobediencia civil y asistiría a una segunda conferencia de mesa redonda.

Las consecuencias inmediatas de la campaña de desobediencia civil de Gandhi en lo político, no en lo moral, fueron nulas; lo mismo se puede decir respecto a la segunda conferencia de mesa redonda. Los debates se centraron en torno a lo que sería el tema principal de todas las discusiones indobritánicas: el problema de las relaciones panindias (hindúes contra musulmanes) y el problema de a quiénes representaba el Congreso. Un delegado inglés dijo en la conferencia: «Cuando abandonemos la India, ¿a quién entregaremos el gobierno? ¿Al pueblo o a los brahmanes?» [30]

Nehru había dicho: «En la actualidad sólo existen dos fuer-

zas en la India: el imperialismo británico y el nacionalismo indio representado por el Congreso» [31].

La visita de Gandhi a Inglaterra y su presencia en la conferencia, vestido con su atuendo de costumbre, hizo que Winston Churchill hablara escandalizado de «aquel faquir medio desnudo» que se sentaba en los consejos del gran Imperio británico. Un escritor inglés expresó su opinión de que constituía un gran progreso el hecho de que los dos grupos se reunieran en un plan de igualdad. Pero esta igualdad era sólo simbólica. La relación fundamental de poder seguía siendo la misma. Durante la ausencia de Gandhi, una serie de movimientos militantes brotaron en la India: en el norte, el movimiento de los Camisas Rojas; en las Provincias Unidas, una campaña para que el pueblo se abstuviera de pagar impuestos, y en Bengala nuevas actividades terroristas. A su regreso en 1932, Gandhi anunció que tenía el propósito de comenzar una nueva campaña de desobediencia civil. El gobierno no tardó en encarcelarlo.

En 1906 una diputación de líderes musulmanes se entrevistó con el Gobernador Federal, Lord Minto. Al enterarse de que estaban en marcha unas conversaciones para establecer ciertas reformas gubernamentales, los líderes se inquietaron por su seguridad propia y por la de su comunidad y le presentaron a Minto una petición solicitando que se dieran seguridades de que los musulmanes estarían representados en el Consejo Legislativo, cuya capacidad se había ampliado, y de que «se tomara en cuenta, no sólo la fuerza numérica de los musulmanes, sino también su importancia política y la contribución que habían hecho a la defensa del Imperio...» [32] Las reformas de 1909 contenían una cláusula, a la que se llegó tras muchas discusiones entre los funcionarios británicos y la delegación musulmana, por la que se reservaba cierto número de escaños para los musulmanes en el Consejo. Por primera vez se reconocía oficialmente la existencia de una comunidad musulmana diferente del resto de la India. ¿Crearon los ingleses esta división mediante su legislatura o no hicieron más que reconocer algo ya existente? En ciertos aspectos, los musulmanes formaban una comunidad aparte y en otros, no. Su religión, la rotunda personalidad y puritanismo del Islam, y las tendencias exclusivistas del sistema de castas hindú, al igual que su predominio político antes de la llegada de los ingleses, mantuvieron vivo en la

LIBRARY

India el sentimiento de identidad comunal de los musulmanes. Pero, por otra parte, el íntimo contacto con la cultura hindú, a lo largo de los siglos, no dejó de influirles. Al lado de otros musulmanes no indios, parecían más indios que musulmanes. Sin embargo, en el seno de su propia comunidad, eran conscientes de las pasadas glorias del Islam, del Imperio de Moghul, y de la hostilidad de la comunidad india, que amenazaba su posición y su prestigio. La conciencia de este peligro y de este orgullo llevó a los musulmanes a pedir a Minto que «nunca los representates musulmanes constituyeran una minoría sin peso» [33].

Desde mucho tiempo atrás, una de las razones que esgrimían los ingleses para justificar su dominio era que sólo un tercero «neutral» podría gobernar con equidad las muchas culturas del subcontinente indio. Los líderes musulmanes de los siglos XIX y XX compartían esta idea. Lo mismo pensaban los autores ingleses de las reformas de 1909; no era su intención, y esto lo manifestaron con mucha claridad, que las reformas fueran el preludio al establecimiento de un sistema parlamentario en la India. Sin embargo, los estadistas británicos posteriores olvidaron estas advertencias (o las pasaron por alto) bajo las presiones constantes del Congreso y porque estaban enamorados de la idea romántica de guiar al salvaje indio e introducirlo en el mundo de la civilización liberal moderna.

Ni el establecimiento de la Liga Musulmana en 1906 ni la reserva de escaños para determinados grupos musulmanes en las reformas de 1909 atrajeron mucho la atención de los políticos hindúes. Hasta unos pocos años antes de la Independencia, los líderes del Congreso apenas hicieron caso de las protestas y reclamaciones de los musulmanes, subestimando lamentablemente la intensidad y la seriedad de esas reclamaciones. Los ingleses les interesaban mucho más. El Congreso se veía a sí mismo como una organización de «nacionalismo y laicismo puros» [34]. Jefes como Nehru, hombre muy influido por el occidente y sinceramente laicista, se negaban a escuchar las aseveraciones de quienes decían que el Congreso era un grupo dominado y dirigido por los hindúes. Nehru sólo reconocía en la India al Congreso y a los británicos. Pensar de otra manera hubiera sido romper su fe en el estado parlamentario, cuyo establecimiento en la India creía posible. Otros líderes del Congreso, como Patel, eran menos idealistas y más oportunistas, pero igualmente reacios a con-

siderar las aspiraciones musulmanas de tener una voz en las negociaciones independientes del Congreso. Negándose a ello, servían a sus propios intereses.

Desde mucho tiempo antes de la Independencia, el Congreso procuraba tratar principalmente con los británicos. Esta actitud no era muy halagadora para los musulmanes, en particular para su más importante líder del siglo xx, Mohammed Ali Jinnah, en quien se daban por partes iguales la ambición y la vanidad. Se ha dicho que cuando Jinnah se dio cuenta de que los musulmanes como grupo y él como su jefe no conseguirían mucha influencia en el Congreso, se retiró de la organización y reformó y robusteció la Liga Musulmana como una fuerza independiente.

Algunos contemporáneos y muchos historiadores de años posteriores han dicho que desde 1909 los británicos se aprovecharon de las diferencias entre hindúes y musulmanes para dividirlos más y asegurar así su propio dominio en la India. En ciertos aspectos los británicos, efectivamente, usaron la técnica del divide y vencerás, no tanto como una política deliberada, sino como la reacción natural de un gobierno que, presionado por todas partes, desea respirar con más libertad. Como un funcionario británico dijo a otro: «Usted mismo habrá oído a los oficiales ingleses, incluso a mí mismo, decir con una mezcla de alivio y regocijo: 'Ahora han comenzado a pelearse entre ellos'» [35].

Pero en ciertos otros aspectos, los británicos no se merecen esa acusación. En las incesantes negociaciones que se efectuaron entre el Congreso y los ingleses, éstos le recordaban una y otra vez que había grupos e intereses en la India que no tenían representación en dicho Congreso. Los ingleses no dividían. Se limitaban a señalar las divisones ya existentes. Ni tampoco conquistaban; al menos nunca convencieron al Congreso para que modificara sus pretensiones de que representaba a una India unida.

Los líderes del Congreso expresaban, al margen de esas pretensiones, la crencia de que si se lograba mantener en la penumbra las divisiones internas de la India hasta después de la Independencia, podrían solucionarse luego con más facilidad. La Independencia sería como un bálsamo milagroso y haría de la India lo que el Congreso aseguraba que ya era: una nación moderna y laicista. Esta creencia era análoga a aquella otra de que Inglaterra era la causa de todos los problemas de la India. Las comunidades minoritarias no tenían tanta

libertad para fantasear. Conscientes de la hostilidad y del nepotismo hindúes, conscientes también de la influencia de los ricos industriales que suministraban al Congreso los fondos necesarios para el desarrollo de su política, las minorías no estaban tan seguras de que, con la marcha de los ingleses, se resolverían todos los males. Conscientes de la superioridad numérica hindú, temían que, en una India independiente gobernada por el Congreso y sin salvaguardias para las comunidades minoritarias, sus reclamaciones no serían oídas, sus derechos serían conculcados y sus bienes destruidos.

A los musulmanes se les hacía cada vez más difícil identificarse con el nacionalismo indio que se manifestaba en la retórica y en la personalidad de Gandhi. Gandhi hizo mucho al principio para darle unidad al movimiento, pero su personalidad y su doctrina, tan fuertemente hindúes, crearon una filosofía nacionalista en la que los musulmanes, identificados con el Islam, no tenían cabida. Las mismas cualidades que le facilitaron a Gandhi su dominio sobre las masas hindúes, hicieron casi imposible que los musulmanes le siguieran.

La negativa del Congreso a concederle atribuciones a la Liga Musulmana no sólo se basaba en su repugnancia por las divisiones políticas de carácter religioso (como en el caso de Nehru), sino también en el simple hecho de que el Partido del Congreso era mayor que la Liga Musulmana. Ni pensó en llegar a un acuerdo con ella; la Liga era demasiado débil para insistir en este punto. Por otra parte, los musulmanes veían que, en una India independiente, su influencia sería nula, y muy escasas sus posibilidades de supervivencia comunitaria. Sólo en su propio Estado, en un Pakistán, pensaban que podrían estar seguros.

El problema de quién y cómo gobernaría la India se planteó repetidas veces entre 1936 y el fin de la segunda guerra mundial. Los Gobernadores británicos de la India estuvieron prometiendo la autonomía desde 1917. Al estallar la segunda guerra mundial y ante la amenaza de una invasión japonesa de la India, los ingleses buscaron la ayuda, o al menos la promesa de no obstruir, de Gandhi y el Congreso. Sir Stafford Cripps encabezó una misión a la India en 1942 con una nueva promesa, esta vez definitiva, de que al terminar la guerra el país adquiriría el rango de Dominio. Gandhi y los líderes nacionalistas le contestaron: «¡Márchense de la India!»

Las exigencias de independencia inmediata y el anuncio

de Gandhi de que comenzaría una nueva campaña de desobediencia civil llevaron a la cárcel a los líderes del Congreso. La violencia estalló en todo el país. En gran parte fue espontánea, ya que todos los dirigentes se encontraban detenidos. Al terminar lo peor de la «rebelión de agosto», 100.000 indios estaban bajo custodia.

Los líderes del Congreso se pasaron en la cárcel todo el tiempo que duró la guerra, pero para entonces los ingleses estaban ya hartos. Durante los veinte años que, sobre poco más o menos, combatieron los indios por su independencia, los administradores británicos de la India y los imperialistas ingleses en Gran Bretaña fueron perdiendo la confianza en sí mismos, al igual que la fe en sus derechos y en su habilidad para gobernar a la India. Un funcionario civil, que prestó servicios en aquel país, al comentar la reprimenda del Gobierno al general Dyer por su actuación en la matanza de Amritsar, se quejó de que «esa reprimenda tuvo un efecto desmoralizador entre los cuerpos encargados de mantener la ley y el orden. Es difícil conseguir que los oficiales actúen con prontitud e independencia de juicio, si no se sienten apoyados por sus superiores» [36].

Al terminar la segunda guerra mundial, la moral de los funcionarios con destino en la India descendió más todavía, al subir al poder un gobierno laborista y al verse próxima la concesión de la Independencia. Los británicos deseaban marcharse. Desde 1917 el problema estaba en si los ingleses abandonarían la India; la respuesta que se deducía de las características de las diversas reformas había sido: «sí, pero todavía no.» Al terminar la guerra, el problema radicaba en *cómo* se marcharían los británicos. Desde los años de la segunda guerra mundial hasta la independencia, el forcejeo no fue entre indios e ingleses, sino entre los propios indios. El movimiento de protesta encabezado por Gandhi fue perdiendo su importancia a medida que su objetivo, el fin del dominio británico, se acercaba inexorablemente. Las maniobras políticas, que cada vez preocupaban más a Nehru y a otros líderes del Congreso, y cada vez menos a Gandhi, adquirían mayor importancia. La protesta, al menos así lo parecía, cedía el paso a la política.

Lo extemporáneo de Gandhi y su movimiento en el chaláneo político de la postguerra se manifestaba más claramente conforme se acercaba la independencia. En 1945, Sir Stafford Cripps volvió a la India, esta vez para ofrecer uno de los pla-

nes más complejos que se presentaran nunca al Congreso y a la Liga Musulmana. Este plan abogaba por un gobierno a tres niveles: nacional, provincial y de «grupos». El plan, con el objeto de proteger los intereses musulmanes, garantizaba a éstos mayoría en parte de los niveles provincial y de grupos y, para atraerse al Congreso, prometía una India unida e independiente. Los detalles del plan son menos importantes que las negociaciones que de él se derivaron. Tras una larga conferencia, tanto los representantes del Congreso como Jinnah, que hablaba en nombre de la Liga Musulmana, aceptaron el plan. Sin embargo, cada una de las partes lo interpretaba de acuerdo con sus propios intereses. Se formaría un gobierno provisional; se celebrarían elecciones; y en un congreso se elaborarían los detalles del próximo gobierno independiente de la India. En este momento Nehru, recién elegido presidente del Congreso, declaró públicamente que el gobierno de una India independiente no se consideraría obligado de ninguna manera por acuerdos previos. El Partido del Congreso, dijo, entraría en la Asamblea Constituyente, «sin compromisos de ninguna clase y libre para tratar cualquier situación que se presente» [37].

Los musulmanes consideraron esta declaración como una nueva prueba de la perfidia del Congreso. En julio, Jinnah rescindió su acuerdo con el plan y pidió a los musulmanes que participaran el 16 de agosto de 1946 en el denominado Día de la Acción Directa. Los disturbios que estallaron esa fecha en Calcuta fueron más serios que cualquiera de los precedentes. Los actos de violencia dejaron un reguero de seis mil muertos.

El plan de Cripps también estaba muerto. Aunque se realizaron varios esfuerzos tendentes a reactivarlo, todo fue en vano. Las muchísimas conjeturas que se hicieron sobre por qué Nehru se manifestó así en aquellos momentos, han puesto en claro algunos puntos. El acuerdo sobre el plan de Cripps nunca fue muy firme; Nehru y el Congreso se habían entregado a la idea de un sólido gobierno central en la India, porque pensaban que una federación de estados sería inoperante. Además, subestimaron peligrosamente la decisión musulmana de crear el Pakistán y de hacerlo funcionar. Creyeron que los ingleses y los musulmanes acabarían por aceptar, ante la insistencia del Congreso, una India fuerte y unida.

El discurso de Nehru no fue modelo de habilidad política, pero mostró la naturaleza hostil y agresiva de la lucha por el

poder en que se enfrentaban el Congreso y los líderes musulmanes. Éstos no eran menos inflexibles que el Congreso, sino solo más débiles. No iba muy descaminado cierto escritor al opinar que la adhesión a la democracia por parte del Congreso y de la comunidad india instruida podía ser cierta, pero sólo mientras la democracia les asegurara su predominio. El gobierno de compromiso, el arte de delegar algún poder a grupos más débiles para asegurarse el apoyo de éstos a la autoridad central, parece que no fue comprendido por los líderes indios. A veces se ensayaba esta táctica, pero sólo en contadas ocasiones y sin ninguna continuidad.

Los líderes del Congreso abogaban por las ideologías occidentales del nacionalismo y la democracia. Al propio tiempo deseaban que la India independiente fuera un estado democrático, moderno y laicista. Pero en el proceso de afirmar la personalidad de la nación —y esto fue, en parte, la esencia del movimiento de Gandhi— los indios pusieron tanto énfasis en el hinduismo, que la comunidad musulmana se vio imposibilitada de participar en el movimiento del Congreso. También el nepotismo, tan profundamente arraigado en la sociedad india, contribuyó a la exclusión de los musulmanes.

Mientras todas estas negociaciones se llevaban a cabo ¿dónde estaba el fundador de la ideología nacionalista india? ¿Dónde estaba Gandhi? Mientras más se acercaba la fecha de la independencia, más se desentendía Gandhi de la lucha. El había considerado el *satyagraha* como un movimiento religioso, mientras que los líderes del Congreso, incluso Nehru, lo miraban exclusivamente como un movimiento político. Una vez asegurada la independencia, el movimiento político en sí se despojaba de su importancia. No es que Gandhi hubiera perdido su influencia personal o la devoción que despertaba. En 1939, en una lucha interna del Congreso, logró expulsar del partido a un rival, a S. K. Bose. En los conflictos de tipo personal su poder seguía siendo grande, lo mismo que el respeto que le tenían los miembros del Congreso. Pero a nivel político su influencia declinaba.

Paradójicamente, Gandhi fue siempre partidario de una forma de gobierno más democrática de la que pretendían los miembros del Congreso supuestamente occidentalizados. Gandhi había buscado que todos los indios colaboraran personalmente en la política que les incumbía. Su programa económico —que abogaba por la vuelta de las industrias básicas

rurales, con el pueblo como foco vital— no era tan utópico como parecía; reflejaba su idea de que los campesinos comprenderían mejor —y aprenderían a controlar más fácilmente— las circunstancias políticas de sus vidas a nivel de pueblo, que a niveles más remotos. Las campañas de desobediencia civil de Gandhi buscaron que los participantes en ellas se sintieran directamente implicados con los objetivos del movimiento. La elite con educación inglesa apoyó las campañas de desobediencia civil de Gandhi porque constituían un medio efectivo de protestar contra los británicos y de obligarles a entregar el poder político a los indios (y en primer lugar, a la elite).

El Partido del Congreso apoyó el movimiento de desobediencia civil porque arrastraba a las masas a protestar contra los ingleses, y la protesta de masas no sólo era buena por sí misma; aportaba también un argumento más convincente a favor de la independencia que las demandas de una pequeña elite. Pero a la hora de la entrega del poder, la elite se daba por satisfecha con tal que viniera a sus manos. La elite deseaba sinceramente un régimen democrático —o al menos así lo creía— siempre que ese régimen lo administraran ellos. Gandhi era diferente. Quería que todos los indios compartieran el poder. En una conversación con su biógrafo americano, Gandhi dijo: «Hay cuatrocientos millones de indios. Descontemos cien millones de niños, huérfanos, etc.; si los restantes trescientos millones hilaran una hora diaria, tendríamos el Swaraj».

«¿Por sus efectos económicos o por sus efectos espirituales?», preguntó su biógrafo.

«Por los dos», respondió Gandhi. «Si trescientos millones de personas hicieran la misma cosa una vez al día, no porque un Hitler se lo mandara, sino inspirados por un mismo ideal, tendríamos la suficiente unidad de miras para conseguir la independencia» [38].

Cuando fue ofrecido el plan de Cripps, Gandhi se mantuvo al margen; no le gustaba el plan, pero tampoco quería obligar a los líderes del Congreso a que aceptaran sus puntos de vista. Su biógrafo ve en esto una prueba de su grandeza. Pero es posible que Gandhi fuera lo suficientemente astuto para ver que acaso no hubiera conseguido nada, de intentarlo, y que, por otra parte, no deseara precipitar una ruptura con el Congreso. Gandhi era enemigo acérrimo de la partición y creía que era lo peor que podía sobrevenirle

a la India. Aunque al fin no quiso hablar contra ella (por respeto a las decisiones ajenas o por falta de una alternativa), jamás habló a favor. Gandhi se fue desentendiendo cada vez más del asunto, al ir revelando las negociaciones que la partición sería inevitable. Con el colapso definitivo del plan Cripps, el Gobernador General Archibald Wavell fue llamado a Inglaterra y el Primer ministro británico Clement Attlee nombró como nuevo Gobernador General de la India a Louis Mountbatten, jefe de la Marina, hombre de gran simpatía personal y de familia aristocrática. Las opiniones difieren, pero parece ser que se fijó el mes de junio de 1948 como fecha límite para que la India comenzara a disfrutar de la independencia, en parte por la renuencia de Mountbatten a interrumpir por mucho tiempo su carrera naval, en parte porque Attlee pensaba que si se daba más largas al asunto, los indios acabarían tratando de buscar una solución a sus conflictos por medio de la violencia.

No había pasado un mes en la India cuando Mountbatten decidió, en primer lugar, que la partición era el único arreglo posible capaz de solucionar el dilema indio y, en segundo lugar, que la independencia debía concederse pronto al país, ya sacudido por peleas entre hindúes y musulmanes, las cuales amenazaban degenerar en una guerra civil que los administradores británicos no podrían impedir ni controlar. Mountbatten procuró convencer a los líderes del Congreso. Gandhi quedó fuera de las negociaciones, porque se le juzgaba demasiado idealista para intervenir en cuestiones de política práctica. Además, seguía siendo opuesto a la partición. Creía que los británicos debían retirarse de la India y dejar que los indios resolvieran sus propios problemas. Los ingleses, por su parte, opinaban que no podían retirarse tan simplemente aunque no se sabe si, de hacerlo, las consecuencias hubieran sido más desastrosas de lo que realmente fueron. Aunque Gandhi mantenía su misma postura contra la partición, se ausentó de la escena de las negociaciones en Delhi y se dedicó a recorrer las zonas de la India asoladas por los disturbios, en un intento de restablecer la paz.

Las recientes experiencias de los líderes del Congreso con la realidad de compartir el poder con los musulmanes facilitaron las gestiones de Mountbatten tendientes a que el Congreso aceptara la partición. Wavell había decretado que se estableciera un gobierno provisional y, tras algunos focejeos, el Congreso consintió en que la Liga Musulmana tuviera un

ministro. Se le ofreció la cartera de Hacienda en la creencia, como más tarde confesó Patel, de que los musulmanes la rechazarían por no contar con nadie con suficiente competencia para hacerse cargo de ella. Pero, ante el asombro del Congreso, la Liga aceptó y nombró a Liaquat Ali para el puesto. Pero fue lo peor que el nuevo Ministro de Hacienda procedió a establecer un fuerte impuesto sobre la renta, cosa que resultó doblemente embarazosa para el Congreso. El impuesto no sólo perjudicaba señaladamente a los capitalistas, cuya ayuda económica se volcaba a favor del Congreso, sino que, en vista de que el Congreso decía ser una organización socialista, era difícil encontrar razones suficientes para oponerse al impuesto. Tras estas experiencias Patel se convenció, según aseguran algunos escritores, que sería imposible, y al mismo tiempo indeseable, tratar de compartir el gobierno con la Liga Musulmana.

Pero, además, existían otras razones. Tras veinte años de combatir por la independencia, los hombres que encabezaban el movimiento estaban cansados y tampoco les agradaba la posibilidad de volver a la cárcel. Si esperaban otra solución, cabía la posibilidad de que fuera peor de la que se les ofrecía. «Así pues, aceptamos», escribió Nehru, «y dijimos: construyamos una India fuerte. Y si otros no quieren entrar en ella... no tenemos por qué obligarlos contra su voluntad» [39]

El Congreso, encabezado por Nehru y Patel, consintió en la partición. La Liga Musulmana, un tanto impresionada por habérsele concedido el Pakistán, también aprobó la partición. Esto ocurría en junio de 1947. Los detalles tendrían que completarse... ¡en dos meses! El 15 de agosto de 1947 fue la fecha establecida para la independencia; y la del 17 de agosto del mismo año para anunciar las fronteras que tendría el país al este y al oeste.

«Tenga usted la seguridad», le dijo Mountbatten a Azad, hablando de la independencia y de la partición, «de que tomaré todas las medidas necesarias para impedir disturbios y derramamientos de sangre» [40]. Los actos de violencia que estallaron durante la partición dejaron más de 600.000 muertos y 14.000.000 de refugiados sin hogar. Pueblos enteros fueron pasados a cuchillo por los vecinos de aldeas cercanas. Se habló de trenes llenos de refugiados que cruzaban las nuevas fronteras, con sólo cadáveres en ellos. El 14 de agosto,

un antiguo funcionario civil británico comentó: «No se trataba ya de disturbios, sino de una guerra organizada a propósito y en la que pelearon soldados profesionales, muchos de ellos ex miembros del Ejército Indo-británico» [41]. En el Punjab, los «sikhs» fueron los principales responsables de las matanzas. Formaban una comunidad grande y fuertemente trabada, cuyos intereses estaban en la India, pero cuyos territorios, en su mayor parte, quedaron englobados en el Pakistán. Los «sikhs» respondieron con actos metódicos de violencia. Pero no sólo ellos la emplearon. En todas las regiones las comunidades más fuertes atacaron, asesinaron y expulsaron a las más débiles. El odio, el deseo de botín y lo que se contaba de atrocidades en otras zonas fomentaban más los estallidos de violencia. El ejército, que debiera haber sido empleado para mantener la paz, no era digno de confianza. Entre los indios no había neutrales.

Aunque la magnitud de los disturbios fue muy superior a todo lo que se hubiera podido imaginar, parece probable que sí era previsible que se produjeran tales hechos. Aunque el servicio secreto estaba destruido, los oficiales destacados en las regiones fronterizas sabían lo que iba a ocurrir. Antes del 17 de agosto se percibía en el ambiente que algo catastrófico era inminente. «No podía creer que fuera posible aquella exaltación de las comunidades», dijo uno de los consejeros de Mountbatten. «Era algo desgarrador. Degollinas por todas partes. Nosotros, los ingleses, éramos los responsables, pero carecíamos de fuerza. La policía estaba minada y el servicio civil era presa de la frustración y de una tremenda inquietud.» [42]

Las precauciones que se tomaron fueron totalmente inadecuadas. Un proyecto de reorganiazción del ejército fue archivado sin que se tomara en cuenta. Una fuerza Fronteriza del Punjab de cincuenta mil hombres quedó encargada de mantener la paz en una población de catorce millones. Si los que ocupaban puestos de responsabilidad —Mountbatten, Nehru, Jinnah— no sabían lo que iba a suceder, esto se debía, al menos en parte, a que no les daba la gana de enterarse. El año anterior, en el Día de la Acción Directa de Jinnah, los disturbios de Bengala, y en particular los de Calcuta, dejaron seis mil muertos. Pero en 1947 «nadie podía prever la magnitud de los éxodos en el Punjab», como dijo un oficial británico. «En parte esto se debió a la creencia de que, al accederse a la creación del Pakistán, desaparecería la causa

principal de violencia entre las dos comunidades importantes del país.» [43]. Poco se pensó en los que quedarían en las zonas de población contraria, al trazarse las fronteras. La Liga Musulmana siempre encontró su mayor apoyo en las regiones de minorías musulmanas de la India; cuando Jinnah voló al Pakistán, dejó esas regiones expuestas al odio y a la violencia comunales, que se habían exacerbado. Por otra parte, el Congreso, que no podía ni quería hacer concesiones, abandonó a su suerte a los partidarios suyos que habitaban en zonas donde constituían minoría. Un escritor habla del «aire surrealista» [44] que rodeó a los preparativos que se efectuaron para celebrar el Día de la Independencia; los que dirigían tales preparativos sabían que éxodos y matanzas iban a ocurrir al formalizarse la partición y al anunciarse las líneas divisorias, pero preferían dar a entender que nada desagradable pasaría. El anuncio se demoró dos días; por eso, la transmisión de poderes del Imperio británico al Estado indio pudo transcurrir con toda su pompa y en paz antes del holocausto. Los mitos de la revolución pacífica india y del buen juicio de los ingleses, que entregaban voluntariamente el poder, parecían confirmarse en las fiestas del 15 de agosto. Quienes participaron en ellas no podían relacionarlas con la violencia, el caos y el horror qué iban a comenzar dos días más tarde.

El proceso político y sus participantes estaban tan lejos y tan fuera del alcance de las masas indias, como siempre lo estuvieron bajo el Raj británico. El estilo indio de protesta combinaba la sumisión total con la violencia absoluta: sumisión porque las fuerzas del poder eran, al mismo tiempo, demasiado potentes y demasiado inaccesibles para asumir otra postura, y violencia porque sólo en medio de una turbamulta podían expresar los indios con cierta impunidad su frustración y su miedo. El estilo indio de protesta —en el motín de Sepoy, en los disturbios comunales a lo largo del siglo veinte y en la matanza final de 1947— consistía en agresiones espontáneas, caóticas, sangrientas, contra los representantes más débiles de los sojuzgadores. Las masas se revolvían coléricas contra los oficiales del ejército inglés que fueran solos; contra mujeres europeas sin compañía; contra mujeres, niños o impedidos musulmanes o hindúes. En el siglo XIX el gobierno imperial británico tuvo que hacer frente a las turbas; en 1947, en un levantamiento aterrador, del cual las algaradas que se produjeron durante el siglo fueron sólo un ligero preludio; la furia, el temor y el espíritu de venganza

de las multitudes estallaron sobre la nueva India por la irresponsabilidad y el alejamiento de sus políticos.

Sólo Gandhi y sus discípulos consiguieron en parte calmar la violencia desencadenada sobre la India. En Calcuta, Gandhi y el alcalde musulmán vivieron juntos en el barrio de los intocables y lograron apagar los disturbios que amenazaban con destruir la ciudad. Gandhi recorrió los pueblos de Bengala viviendo en hogares musulmanes y llevando, al menos de momento, cierto grado de apaciguamiento entre tanto odio y rencor. En Delhi Gandhi ayunó —y amenazó con ayunar hasta la muerte— para obligar a los líderes y musulmanes a que llegaran a un acuerdo y restablecieran la paz.

Gandhi utilizó una protesta tradicional en la India, que, por lo general, se usaba sólo para los asuntos particulares. Según la tradición, si un hombre se comportaba injustamente con otro, este último se sentaba a la puerta del ofensor hasta recibir una satisfacción... o se dejaba morir de hambre en caso contrario. Esta táctica personal de persuasión y de culpa moral, fue lo que Gandhi transformó en instrumento político de protesta: el *satyagraha,* la fuerza anímica, la desobediencia civil y la no cooperación. Su ejército de *satyagrahis* consistió en teoría, y a veces en la práctica, en individuos que protestaban pacíficamente contra injusticias políticas perpetradas contra ellos en persona. Con su método, Gandhi se apartaba de la tradición india de violencia, aunque esta costumbre de recurrir a métodos violentos reaparecía una y otra vez durante los veinte años que duró la campaña nacionalista contra los británicos. Gandhi abandonaba en ocasiones sus campañas de desobediencia civil, diciéndole a los políticos que se quejaban de su decisión, que el movimiento se había descontrolado y que no estaba dispuesto a continuarlo porque no deseaba hacerse responsable de los actos de violencia. Entre la no violencia de Gandhi y la tradición india de violencia hubo una lucha de veinte años. Al fin, tras la independencia y la partición se vio claro que la no violencia y el compromiso personal, es decir, la esencia del movimiento de protesta de Gandhi, sólo dominaron por breve tiempo, logrando apenas mantenerse contra el elitismo y la violencia comunal, que eran tradicionales en la India.

El 25 de enero de 1948, Gandhi, a quien esperaban para un rezo colectivo en los jardines de Birla House, en Delhi, llegó con varios minutos de retraso y cuando se abría paso

entre la multitud en dirección a la plataforma, se le cruzó Nathuram Vinayak Godse. Godse era un brahmán chitpavan de Poona, de treinta y cinco años de edad y miembro del Mahasabha, organización hindú conservadora, establecida para proteger la sociedad tradicional hindú. A Godse le enfureció el último ayuno que Gandhi había emprendido para protestar contra el trato que se daba a los musulmanes en Delhi y en sus alrededores, y estaba convencido de que la política «promusulmana» de Gandhi provocaría la destrucción de la India y del hinduismo. Godse hizo una reverencia a Gandhi. Cuando el Mahatma juntó las manos y las levantó hasta su frente para devolver el saludo y darle la bendición, Godse abrió fuego con una pistola y Gandhi cayó muerto.

Cuarta parte:
La era de la protesta permanente

La década que siguió a la segunda guerra mundial se caracterizó en Europa y en los Estados Unidos por el conformismo, el conservadurismo político y la pasividad; en los Estados Unidos se produjo una reacción derechista contra los movimientos de izquierda de la década de 1930. Sin embargo, en Asia y en Africa los movimientos de liberación de finales de la década de 1940 y de los años 50 terminaron virtualmente con los principales imperios europeos. A fines de la década de 1950, el disenso y la protesta se volvieron a agitar en el mundo occidental y, al terminar los años 60, el ritmo de la protesta y de la rebeldía igualaba en intensidad al radicalismo de la década de 1930.

Hemos entrado en una era de protesta permanente, en la que siempre un grupo u otro clama por la libertad. La protesta en la sociedad contemporánea no parece limitarse a la lucha en pro de los derechos de grupos particulares, sino que exige la libertad del individuo de cualquier tipo de orden político y de imposición social. También el comunismo ha sido objeto de los ataques, junto con el capitalismo y el imperialismo. Las protestas anteriores del siglo xx iban dirigidas contra la autoridad de las clases establecidas sobre otros

grupos de la sociedad, como la de los viejos sobre los jóvenes.

El movimiento de liberación de los negros en los Estados Unidos, que se inspiró en la emancipación de los pueblos de Africa y Europa del dominio imperialista, inauguró la era contemporánea de la protesta. La emergencia de nuevos criterios entre los jóvenes intelectuales socavó, como en la década de 1920, los valores y la confianza en sí misma de la generación más madura. De nuevo la protesta se convirtió en una forma de vida popular y el ritmo del disenso y de la rebeldía trajo la protesta comunista contra el estalinismo, las conmociones estudiantiles en las universidades, a escala mundial, y la crisis francesa de 1968.

11. La liberación negra de los Estados Unidos

La protesta negra contra la esclavitud comenzó con la esclavitud misma. En muchos casos, el suicidio fue la única forma en que se pudo manifestar dicha protesta. Muchos negros y negras que iban rumbo a América en los veleros de esclavos se arrojaron al Atlántico. Mediante el suicidio los esclavos asumían el derecho a decidir por sí mismos, se liberaban de la degradación y de la servidumbre y perjudicaban a su opresor, al privarle de parte de sus beneficios. En las plantaciones del sur no era raro que los peones se mutilaran intencionadamente, ya que los daños que sufría el «equipo» del dueño de esclavos perjudicaban también a este último [1].

En los primeros tiempos de los Estados Unidos la protesta negra, con frecuencia abiertamente agresiva, buscó en la revuelta un alivio a la opresión. Ya desde los tempranos días de las exploraciones españolas, la insurrección y la revuelta marcaron su huella en la historia del suramericano. Los historiadores blancos describieron a peones, lacayos y matronas como seres dóciles e incluso felices, pero los eruditos modernos están poniendo al descubierto hasta qué extremo llegaron la desesperación y la rebeldía de los esclavos.

Antes de la guerra civil hubo 250 levantamientos conocidos, condenados al más absoluto fracaso, aparte de las rebeliones diarias aunque menos dramáticas, de quienes destrozaban los instrumentos de trabajo, simulaban enfermedades o fingían embarazos.

El hombre blanco ahogaba las protestas con un rigor cada vez mayor. Tras el descubrimiento de cada complot insurreccional aumentaban las medidas represivas contra los negros. No se les dejaba salir de las plantaciones si no iban provistos de un pase, y tampoco se les permitía que se reunieran; muchas veces encontraban sus iglesias cerradas, para que no pudieran congregarse en ellas. Y muy poco se hizo para mejorar las condiciones de vida de los esclavos, causa principal de su protesta.

El deseo inmediato y absorbente del esclavo sureño era liberarse. Sin embargo era el negro libre quien tenía que hacer frente al problema de sus relaciones con los americanos blancos. Durante la Revolución, muchos negros consiguieron la libertad huyendo del sur y alistándose en el ejército americano, o en el inglés; otros se vieron libres tras las confiscaciones de tierras y propiedades efectuadas por el enemigo. Algunos compraron la libertad, alquilándose después de terminadas sus obligaciones diarias. Antes del movimiento abolicionista, los sureños no veían con malos ojos estas prácticas. Muchos negros se manumitieron durante la Revolución y el Federalismo, cuando los políticos sureños, que exigieron de los ingleses recibir un trato acorde con los principios de la libertad y de la igualdad, aplicaron también a los esclavos negros las disposiciones de la Declaración de Independencia. Irónicamente, el autor del credo americano, Thomas Jefferson, continuó con sus esclavos; los veía más como las unidades económicas en que los convirtieron los colonialistas, que como seres humanos. Las sociedades manumisoras abundaron en los Estados Unidos, y ya en la década de 1790, políticos como Alexander Hamilton y John Jay pedían a los particulares que dieran la libertad a sus esclavos. Con arreglo a estos diversos procedimientos se formó una población negra libre que se dispersó por todo el norte e incluso por ciudades sureñas como Charleston.

Estos negros tuvieron que enfrentarse con el difícil problema de definir su lugar preciso en la sociedad americana. Tras generaciones en este país, eran más americanos que africanos. A diferencia de los nativos que luchan por eman-

ciparse de un poder colonial, no buscaban la independencia ni tampoco el exilio de sus antiguos señores; a los negros americanos se les ponía en libertad *dentro* de la sociedad de los viejos amos. Pero incluso esa libertad no era completa. Los blancos no querían aceptar a los negros como ciudadanos con iguales derechos. En consecuencia, se creó en América una nueva sociedad, ni esclava ni libre del todo, con derechos que arbitrariamente se le concedían o se le retiraban. Según rezaba una frase conocida, los negros se convirtieron en «ciudadanos de segunda». El racismo provocó esta situación, suave a veces y a veces cruel, que iba desde la idea de los blancos de Carolina del Sur, que creían que los negros eran infrahumanos, hasta la idea de los bostonianos, que pensaban que eran seres intelectualmente inferiores.

¿Deseaban los negros integrarse en la sociedad blanca o buscaban aislarse de ella? Los negros que quisieran entrar en la sociedad, debían intentarlo asumiendo la «blancura cultural», es decir, adoptando por completo las costumbres, las maneras y las normas de los blancos, con arreglo a las exigencias de éstos. El negro tenía que plegarse a estas pretensiones de buena o mala gana y el precio que pagaba por la «blancura cultural» era el de la pérdida de su propia identidad.

La posición y el destino del negro dependieron de la iniciativa de los blancos. En las décadas de 1830 y 1840 esta ayuda se concretó en el movimiento abolicionista encabezado por eclesiásticos y reformistas. Los abolicionistas se oponían a la esclavitud por razones de índole moral, pero estaban divididos en cuanto a la posición que debían ocupar los negros, una vez liberados. Pocos blancos estaban dispuestos a prestar un apoyo incondicional a los líderes negros que querían la ciudadanía de primera clase para los antiguos esclavos. En su lugar, los reformistas blancos abrigaban la idea de librar al país del problema negro, sacando a los negros del país. Organizaciones como la Sociedad Americana de Colonización propusieron que la gente de color emigrara a Haití o a Africa. Abraham Lincoln creía que la mejor solución sería que los negros americanos se fueran voluntariamente a Libia. El denominador común de estos reformistas era que los negros no querían, y no podían, integrarse en la sociedad americana. Muchos de los cruzados en pro de la libertad del negro no rechazaban la idea de obligarlos a emigrar. Por con-

siguiente, el negro liberado tuvo que pelear en dos frentes: contra la esclavitud, unido a los abolicionistas, y al mismo tiempo contra la política emigratoria de esos mismos abolicionistas. En 1863 los negros principales de Boston dieron a conocer en un manifiesto sus intenciones de permanecer en América. «Si alguien quiere que nos marchemos, tendrá que obligarnos.» [2]

Los negros militantes querían menos maniobras defensivas y menos dependencia del humanitarismo blanco. En el Congreso Nacional de los Negros, en 1843, Henry Highland Garnet instó a su pueblo a que se alzara: «¡Hermanos, en pie! ¡Luchad por vuestra vida y por vuestra libertad! Antes morir libres que vivir como esclavos... ¡Que nuestra consigna sea resistir! ¡Resistir! ¡RESISTIR!» [3]

Sin embargo, los esclavos negros consiguieron la libertad gracias a los esfuerzos de los blancos. La Guerra Civil puso fin a la esclavitud legalizada, pero los americanos blancos se mostraron reacios a iniciar los amplios programas de ayuda económica y educativa que se necesitaban para hacer de los negros ciudadanos «de primera». En su lugar, la etapa de la Reconstrucción se caracterizó por un programa deshilvanado de ayuda humanitaria, y paternalista, al que iba unido la explotación política.

A fines de la década de 1870 terminó la Reconstrucción y el negro del sur, que se había mantenido artificialmente a cierto nivel gracias al apoyo circunstancial del ejército y del Gobierno federal, se hundió en una situación de segregacionismo no mucho mejor que la propia esclavitud. Los blancos del sur le despojaron sistemáticamente de sus derechos ciudadanos, utilizando la intimidación o valiéndose de triquiñuelas legales, como la prueba de la lectura y escritura o la cláusula del abuelo (la cual inhabilitaba a los negros cuyos abuelos habían sido esclavos). Para 1883 Alabama tenía registrados a sólo 3.742 votantes negros, de un total de 140.000 que figuraron al principio. A fines del siglo la doctrina de «separados, pero iguales» había tomado cuerpo tras una serie de decisiones de la Corte Suprema, que culminaron en 1896 con el caso de *Plessy contra Ferguson*. Los legisladores blancos habían aprobado las enmiendas cuarta y quinta, pero los cambios políticos y la atrofia del espíritu de reforma permitieron que se implantara la segregación, pasándose por alto la aplicación efectiva de las enmiendas. El sur se vio sometido al reinado del terror y los linchamientos. La

protesta negra cayó en el vacío, en medio del desentendimiento de los americanos blancos que, cansados de la guerra y de los problemas de la postguerra, estaban influidos por una filosofía racista expresada en términos darwinianos y preocupados con la expansión territorial y económica. Una vez más los negros comprobaron su impotencia, hasta que un movimiento humanitario blanco vino en su ayuda.

El nuevo siglo trajo de la mano la Era del Progreso, junto con un renovado interés por el igualitarismo. De nuevo los blancos se organizaron en ayuda de los negros. Los disturbios registrados en Springfield en 1908, que constituyeron un sangriento pogromo contra los negros de Illinois, impulsó a reformistas como Jane Addams, Mary White Ovington, John Dewey y William Dean Howells a convocar a «todos los creyentes en la democracia para que se unieran en una conferencia nacional a fin de tratar de los males del momento, protestar contra ellos y renovar la lucha a favor de la libertad civil y política» [4]. La conferencia interracial, celebrada en 1909, trajo como consecuencia la formación del Comité Nacional Negro. En mayo de 1910 este Comité fue rebautizado con el nombre de 'National Association for the Advancement of Colored People' (Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color), cuyos objetivos eran promover la igualdad racial y la aceptación de los negros americanos en la sociedad americana. La orientación de la N. A. A. C. P. reflejaba el espíritu de los principios progresistas: era humanitaria, aunque paternalista, y conservadora en su estilo y en su filosofía. Los progresistas daban la mayor importancia a la educación y a la protesta dirigida por los cauces legales. En sus primeros años, la campaña más intensa de la N. A. A. C. P. consistió en adentrarse en los medios políticos, aunque sin éxito, para que se dictara una ley contra el linchamiento. Sin embargo, estas gestiones de tipo legal fueron la base de los movimientos en pro de los derechos civiles que surgieron en la década de 1950.

Muchos dirigentes negros no quisieron colaborar con la N. A. A. C. P. Algunos de los del sur, como Booker T. Washington, la consideraban de carácter extremista y perjudicial para el progreso de los negros. Estos hombres preferían no hacer ni decir nada que pudiera parecer protesta o desafío contra los blancos y esperaban mejorar su situación en la sociedad americana mostrándose humildes y trabajando con tesón. Booker T. Washington, el negro más influyente de su

época, creía que el negro podría mejorar si trataba de imitar a los blancos, si se esforzaba por eliminar el mayor número posible de diferencias ofensivas y si procuraba no pedir demasiado. Cuando Washington aceptó la presidencia del Instituto Tuskegee de Alabama, concibió este centro como una forja de «excelentes mecánicos y de hombres y mujeres de elevadas virtudes». Creía que la formación de mano de obra negra especializada y semiespecializada daría a los negros la posibilidad de abrirse paso en la sociedad. Su insistencia en que los negros se portaran con humildad, le ganó las simpatías de los dirigentes blancos. Por otra parte, tampoco pedía que se realizara la integración social. Washington aspiraba a que los negros vivieran mejor, aunque subordinados a los blancos. Las razas seguirían «separadas, como los dedos de la mano», pero al negro se le permitiría prosperar. Washington se manifestaba agradecido porque el progreso de los negros era consecuencia de la generosidad de los blancos; su propia *alma mater* fue fundada y financiada por la Sociedad Misionera Americana.

Pero la mayor parte de los hombres y mujeres que se educaron en Tuskegee o en instituciones similares del sur no querían colocarse como simples obreros. Casi todos aspiraban a la profesión más accesible: la enseñanza. Este grupo, cada vez mayor, de negros instruidos deseaba algo mejor que un trabajo manual. De sus filas surgieron hombres como W. E. B. DuBois, distinguido historiador doctorado por la universidad de Harvard, director del órgano de la N. A. A. C. P., *The Crisis,* y persona de ideas avanzadas en comparación con las del grupo de Washington. DuBois quería que los negros se integraran a todos los niveles de la sociedad y pidió que una vanguardia de hombres de talento tratara de ocupar los puestos que en justicia le correspondía en dicha sociedad. En virtud de las realizaciones que llevaran a cabo los negros excepcionales en funciones de médico, abogado, profesor, escritor, artista, deportista, político, toda la raza ganaría en prestigio.

Pero ni los sueños de Washington ni los planes de DuBois tuvieron mucho éxito. La discriminación impuesta por los sindicatos bloqueó las aspiraciones económicas de los negros y no se materializó ningún ejército de trabajadores negros especializados. Cuando los negros emigraron a las zonas urbanas del norte algo antes de la primera guerra mundial y en el transcurso de ella, lo hicieron como refugiados

sin ninguna especialización que huían de la pobreza y de los linchamientos. La N. A. A. C. P. apenas progresó en sus esfuerzos por lograr mejores trabajos y mejor enseñanza para los negros, y su lucha por conseguir la igualdad de trato sufrió varios reveses cuando Woodrow Wilson, hombre del sur, ocupó la presidencia de la nación.

El fracaso de los proyectos de Washington y de DuBois, junto con la desilusión de los negros que creyeron encontrar en el norte mejores oportunidades, fomentó el descontento y la desesperación. Al propio tiempo, las experiencias vividas por los negros en la primera guerra mundial infundieron un nuevo espíritu a su protesta. El servicio militar dio a los negros una mayor dignidad y el gusto por la independencia; y vieron con rencor el cinismo de aquella situación. Los Estados Unidos luchaban por los ideales democráticos, pero en la propia América no se implantaban.

A pesar del espíritu militante de muchos de los negros que regresaron, no fueron ellos, sino los ciudadanos blancos, quienes, con sus nervios, iniciaron la violencia racial al término de la guerra. Inmediatamente después del armisticio de 1918 se produjo una serie de linchamientos; por lo general las víctimas eran soldados negros de vuelta del servicio. También aumentaron las tensiones raciales en los 'ghettos' de las zonas urbanas, con agresiones de los blancos contra los negros.

En 1919 las comunidades negras de todo el país se entregaron espontáneamente a una de sus más enérgicas protestas: los negros americanos comenzaron a devolver los golpes. Recordando la llamada de Garnet en 1840 a la resistencia, un poeta negro del siglo XX, Claude McKay, instó a su pueblo a

> *meet the common foe...*
> *Like men we'll face the murderous, cowardly pack,*
> *Pressed to the wall, dying, but—fighting back!* * [5]

Cuando los marinos blancos de una base naval de entrenamiento cerca de Charleston, Carolina del Sur, agredieron a unos negros del lugar, éstos no sólo se defendieron, sino

* enfrentarse al enemigo común...
Le daremos la cara como hombres a esa jauría cobarde y asesina
y moriremos arrinconados ¡pero peleando!

que se revolvieron contra los agresores. El «periodismo oportunista» agravó las tensiones existentes en Washington. El 19 de julio dos negros zarandearon a una secretaria que iba camino de su casa, le dijeron varias palabras ofensivas y huyeron. El *Washington Post* informó así del incidente: «Varios negros asaltan a una joven... Los blancos los persiguen sin poder alcanzarlos.» El tono de la noticia consiguió enfurecer y soliviantar aún más al marido de la joven, el cual, con doscientos compañeros de la marina se echó a la calle para vengar el honor de su esposa, con el propósito de linchar a los culpables. Se dirigieron al 'ghetto' de la ciudad y apalearon a todos los negros que encontraron. Pero éstos reaccionaron y durante cuatro días Washington se vio al borde de una lucha racial.

Días más tarde la violencia estalló en Chicago. El 27 de julio de 1919, un bañista negro cruzó accidentalmente la línea invisible que separaba las zonas de baño de blancos y negros en la playa. Unos bañistas blancos apedraron al infractor, el cual se ahogó. El policía blanco que patrullaba por la playa se negó a detener a nadie a pesar de las acusaciones concretas de los testigos negros. En su lugar arrestó a uno de ellos por haberlo acusado un blanco de cometer una falta leve. Los negros, furiosos, atacaron al policía, y al momento blancos y negros comenzaron a agredirse por toda la ciudad. La policía y los negros se atacaron a tiros y sólo la intervención de los militares pudo terminar con el conflicto, que dejó un saldo de quince blancos y veintitrés negros muertos.

La reacción de los blancos ante la presencia de los «nuevos negros» que se anunciaba en estos disturbios no fue nada favorable. Se sintieron asustados y desconcertados por aquella violencia, a la que daban un carácter de agresión más que de defensa. Ignoraban casi por completo las condiciones de vida que reinaban en el 'ghetto' y, por lo demás, tampoco sentían mucho interés por ello. Eran pocos los que pensaban que la igualdad racial pudiera resolver las tensiones y pocos los que propusieron unas cuantas reformas básicas para apaciguar a los negros. La reacción más corriente era la de exigir «la ley y el orden» y pedir que «se aumentaran, si fuera necesario, las fuerzas de policía, para imponerlas. Los supremacistas blancos proclamaban que la violencia había puesto de manifiesto la necesidad de extremar el rigor contra los negros. Aunque la idea de una política descarada de represión y persecución repugnaba a muchos liberales, éstos eludían,

por otra parte, dar la cara a los problemas económicos y sociales que planteaba la sociedad birracial. Se buscaron cabezas de turco a quienes echar la culpa del desasosiego; se aseguraba que los bolcheviques se aprovecharon de la confusión postbélica para soliviantar a los negros, los cuales, «pacíficos, bondadosos, fieles y de buena disposición por naturaleza» caían incautamente en las redes tendidas por los agitadores comunistas. Esto implicaba, evidentemente, que en opinión de los blancos el negro carecía de la suficiente inteligencia e independencia de juicio para darse cuenta de su situación y actuar en consecuencia con sus conclusiones.

Irónicamente, en la década de 1920 estuvieron de moda entre los blancos la cultura y la vida de los negros. Los escritores negros adquirieron popularidad, y la gente blanca tenía en Harlem sus lugares favoritos de diversión. Sin embargo, el interés que demostraban era dolorosamente superficial. Los ciudadanos de los divertidos años 20 encontraban en Harlem una subcultura «alegre» y «feliz», deliciosamente «primitiva», cuya pobreza y abandono parecían tan sólo notas pintorescas. Y a los negros se les seguía llamando '*Negroes*' y tratando con condescendencia, como si fueran hombres primitivos.

El «renacimiento de Harlem» tuvo para los negros un significado muy distinto. Los disturbios de 1919 aceleraron la formación de un movimiento nacionalista negro, que floreció en la década de los años 20. Los negros trataron de evitar los conflictos con los blancos. Marcus Garvey llenó esta tregua con sus investigaciones constructivas en los terrenos de la cultura, la historia y la identidad del negro. Su organización, la 'Universal Negro Improvement Association' (Asociación Universal para el Progreso de los Negros) se fundó con base en el orgullo racial, en la creencia en la dignidad y en la belleza de lo negro. Millones de negros del norte y del sur se afiliaron a la asociación.

Garvey estaba convencido de que, para conseguir algo, los negros tenían que unirse. No confiaba en los simpatizantes blancos: «Es extraño que tanta gente se interese ahora por los negros y les aconseje lo que tienen que hacer y a qué organizaciones han de pertenecer; sin embargo nadie se interesó por los negros hasta el extremo de impedir su esclavitud durante doscientos años...» [6] Garvey era partidario de un nacionalismo negro, en el que los negros controlarían su economía por medio de cooperativas. El objetivo era levantar

empresas y negocios que fueran propiedad de los negros y que estuvieran dirigidos y sostenidos por ellos. Cuando los blancos y los negros conservadores alegaban que este ideal era una especie de racismo al revés, Garvey respondía: «No es nuestro propósito odiar a otras personas, sino elevarnos y exigir que se nos respete» [7]. Sin embargo, los objetivos de la U. N. I. A. reflejaban la eterna ambivalencia negra con respecto a los Estados Unidos. Por una parte, la U. N. I. A. alentaba la colonización de Africa por parte de los negros americanos; por la otra, trazó un proyecto de independencia económica que no sólo permitiría la coexistencia con la sociedad americana, sino que serviría a modo de cuña para abrirse paso hasta su mismo centro.

Pero, para 1925, el movimiento de Garvey ya no existía. Su jefe fue deportado tras declarársele culpable de utilizar el correo para cometer estafas. Su programa económico había resultado impracticable y no consiguió que los americanos blancos se interesaran por los problemas de los negros. Las naciones africanas, que posteriormente situarían los conflictos raciales en el primer plano de la actualidad mundial, no habían comenzado todavía sus revoluciones. En los Estados Unidos, el pueblo blanco se sentía muy a gusto desconociendo los problemas raciales.

La protesta negra quedó de nuevo en manos de abogados. En las décadas de 1930 y 1940 y en los primeros años de 1950, la N. A. A. C. P. prosiguió la lucha para conseguir la igualdad por medios legales. Realizó lentos progresos, pero la ventaja de esa protesta de tipo legal estaba en que su éxito o su fracaso no dependía sólo del humor de las masas o del interés y el apoyo de las comunidades blancas o negras. Por este procedimiento se establecieron las bases, a lo largo de más de treinta años, de los movimientos de derechos civiles que aparecieron en las décadas de 1950 y 1960. La N. A. A. C. P. concentró sus esfuerzos en la educación, es decir, en la vieja idea progresista de que la educación era la llave para que el negro se pusiera en marcha y para hacer de él una persona socialmente aceptable.

El ataque contra la validez moral de la doctrina «separados, pero iguales» comenzó con una prueba de su contenido práctico. En 1938 la Corte Suprema ordenó al Estado de Missouri que admitiera a los negros en la facultad de Derecho de su universidad o, en su defecto, que se les facilitara la misma instrucción facultativa. En 1948 la Corte ordenó

a Tejas que admitiera a un negro en su universidad, basándose en que los medios educativos al alcance de los negros en el Estado no eran iguales que los de los blancos. Y en 1952 la N. A. A. C. P. llevó el caso de la familia Brown, de Topeka, Kansas, a los tribunales, para que su hijo pudiera matricularse en un instituto de blancos. Durante dos años los tribunales fueron dando largas al asunto hasta que la Corte Suprema hizo saber su decisión en el caso *Brown contra la Junta de Educación:* la doctrina de «separados, pero iguales» no era válida. La Corte ordenó a los distritos de enseñanza que comenzaran, tras un año de gracia, a integrar la educación.

La sentencia en el caso *Brown contra la Junta de Educación* marcó el comienzo del moderno movimiento de derechos civiles y trazó el estilo y la dirección de la protesta para los siguientes diez años. En primer lugar hizo que la protesta se centrara, casi exclusivamente, en el sur. En segundo lugar, reforzó la predisposición de los líderes negros a conseguir sus objetivos por medio de la protesta legal. Todo ello atrajo la ayuda y la adhesión de los liberales blancos del norte. La discriminación y la intimidación que reinaban en el sur eran de tal naturaleza, que los liberales consideraron caso de conciencia intervenir contra ellas. Por último, el movimiento se ganó el respeto de los blancos al hacer suyo, desde el comienzo, el principio gandhiano de la no violencia y al insistir en la práctica de una política de amor y de paciencia, inspirada en el cristianismo. Todo ello fue mitigando el temor de los blancos a un conflicto declarado.

Los negros americanos comprendieron que su momento había llegado. La sentencia de 1954 parecía señalar el gran deshielo tras setenta años de discriminación legalmente sancionada. En la década de 1950 muchos negros estaban decididos a soportar los inevitables peligros y molestias inherentes a la puesta en práctica de la ley. En 1919 no conocían otras tradiciones revolucionarias que las de los Estados Unidos y Rusia, pero a fines de la década de 1950 los movimientos de independencia de Africa les servían de inspiración y de aliento. Además, los negros compartían con otros reformistas americanos una ingenua creencia en los poderes mágicos de la ley. Creían que las leyes eran capaces de modificar las cosas y que se cumplirían automáticamente al ser decretadas. El senador por Mississippi, James Eastlan, advirtió que «las gentes del sur nunca aceptarán tan mons-

truosa sentencia; preveo que nos traerá un siglo de litigios» [8]. Sin embargo, los negros confiaban en que los americanos blancos, en general, respetarían la ley. Su fe en el pueblo blanco se reflejaba en su deseo de avanzar poco a poco y de someterse a prueba a cada caso. En resumen, los negros, convencidos de que a la larga ganarían, estaban dispuestos a sacrificarse durante la marcha.

El conflicto de Little Rock constituye el ejemplo más revelador del movimiento de protesta de los años 50. Era indudable que en algunos Estados del sur se echaría mano de la provocación, de la intimidación y de la violencia para impedir la «mestización» de la raza blanca, pretexto que la lógica de los blancos del sur aireaba para que no se integraran, por ejemplo, las clases de álgebra. En Arkansas, sin embargo, se revelaron síntomas de que se procedería de acuerdo con la ley. Cinco días después de la sentencia de la Corte, la localidad de Fayettville, Arkansas, anunció que seis estudiantes negros que hasta ese momento habían de desplazarse cerca de cien kilómetros para asistir al instituto, serían admitidos en el líceo local. Se hizo público, por otra parte, que Arkansas aceptaría la matriculación de negros al comenzar el curso. El Gobernador Francis Cherry declaró que «Arkansas respetaría la ley».

En Little Rock la Junta de Educación propuso un plan de integración a desarrollar en tres etapas. En la primera se efectuaría la integración a nivel de instituto; en la segunda a nivel de preparatorio y en la tercera a nivel elemental. No es extraño que la Junta mostrara cierta renuencia a poner en práctica el programa. Se formuló la vaga promesa de que sería iniciado en 1957 y entonces comenzó la danza legal; en 1955 la N. A. A. C. P. presentó una demanda en nombre de treinta y tres cabezas de familia negras para que desapareciese de inmediato la discriminación en los cursos uno al doce. Un juez federal desestimó la demanda, arguyendo que la Junta de Educación obró de buena fe al dejar para el otoño de 1957 el comienzo del programa de integración. La N. A. A. C. P. recurrió, al parecer no con la esperanza de lograr la revocación, sino a modo de presión para que la Junta de Educación cumpliera efectivamente su promesa de poner en práctica el plan en 1957.

Mientras tanto, otros vientos corrían en el gobierno del estado. Cherry resultó derrotado en 1955 por Orval Faubus, quien declaró que «Arkansas no está todavía en condiciones

de soportar una mezcla súbita y total de las razas». En la primavera de 1957 fueron presentados al organismo legislativo del estado cuatro proyectos de ley favorables a la segregación: entre ellos figuraban una concesión general de poderes al Comité de Soberanía del Estado para que velara por los derechos de Arkansas contra las intrusiones del Gobierno federal; un proyecto de asistencia no obligatoria a las escuelas integradas, y otro proyecto autorizando a las Juntas de Educación a utilizar los fondos presupuestados para la enseñanza con el objeto de pagar los honorarios de los abogados que se contrataran en litigios de integración. A pesar de las protestas de políticos, de autoridades religiosas y de la N. A. A. C. P., las dos cámaras legislativas aprobaron los proyectos. Estaba claro que los segregacionistas habían consolidado sus fuerzas y las utilizaban con eficacia, mientras que los liberales y los moderados, por miedo, por *indiferencia o por racismo inconsciente no se decidieron* a asumir responsabilidad alguna en aquella situación de Arkansas, dejando un vacío que llenaron el gobernador Faubus, los Consejos de Ciudadanos Blancos y el Ku Klux Klan.

Así, pues, los negros tenían que enfrentarse tanto a la oposición «legal» como a la intimidación. Sin embargo, los pasos más importantes todavía se habían de dar en los tribunales. En agosto de 1957, unos cuantos días después de que una piedra volara a través de una ventana de la casa de Daisy Bates, la presidente de la N. A. A. C. P. del estado, una madre blanca solicitó un interdicto contra la integración. La señora alegaba que deseaba proteger a los niños inocentes contra el terrorismo que se produciría si las puertas del instituto central de Little Rock se abrieran en septiembre para las dos razas. El propio gobernador Faubus subió a la tribuna para testificar que él, personalmente, sabía que se estuvieron confiscando armas de fuego, tanto a estudiantes blancos como a negros. El interdicto fue concedido. Para celebrarlo, los segregacionistas pasaron frente a la casa de la señora Bates *tocando la bocina de sus coches y gritando:* «Daisy, ya lo sabes. Los negritos no entrarán en el Central» [9]. Sin embargo, la Corte Federal del Distrito no admitió el interdicto: la integración debía realizarse inmediatamente.

Nueve estudiantes negros —Carlotta Walls, Jefferson Thomas, Elizabeth Eckford, Thelma Mothershed, Melba Patillo, Ernest Green, Terrence Roberts, Gloria Ray y Minnijean

Brown— tenían que matricularse en el Central el primer día del curso. Sin embargo, el gobernador Faubus tomó sus medidas para saltarse a la torera la sentencia de la Corte en beneficio de lo que él llamaba «la seguridad». Un día antes de que se abriera el instituto, ordenó a la Guardia Nacional que lo rodeara. Al principio la gente no sabía si tomó esa medida para proteger a los nueve estudiantes negros o para impedir que se matricularan. El gobernador pronto definió su actitud. Dirigiéndose por televisión a los ciudadanos de Arkansas, manifestó que el acceso al Central estaba prohibido para los negros. En un cínico alarde de imparcialidad declaró al «Horace Mann», instituto para negros, prohibido a los blancos. Faubus, con toda la fuerza de las leyes del estado en su poder, aseguraba que no podría dominar la protesta de los supremacistas blancos. «La sangre correrá por las calles», dijo, si los nueve estudiantes negros se empeñaban, en entrar en el Central.

Los nueve no trataron de matricularse al día siguiente, pero la N. A. A. C. P. y el director del liceo, Virgil Blossom, acordaron efectuar la matriculación al otro día. Blossom pidió que los jóvenes fueran sin sus padres, ya que le parecía que así podría protegerlos mejor. Los dirigentes negros aceptaron esta sugerencia de mala gana, pero Daisy Bates hizo gestiones para que varios pastores de almas locales, blancos y negros, escoltaran a los muchachos hasta la entrada del Central, adonde llegarían todos en un coche de la policía. Por desgracia uno de los estudiantes negros no pudo ser notificado a tiempo: Elizabeth Eckford, de quince años, llegó sola al instituto, donde se tropezó con una turba de cientos de adultos y de jóvenes vociferantes, congregados delante de los guardias nacionales. La muchacha se abrió paso entre la turba pero los guardias no le dejaron que entrara en el edificio. La gente le lanzaba imprecaciones y obscenidades: «¡Vuélvete a casa, negra, hija de perra!» Las mujeres gritaban a coro: «¡que la linchen!, ¡que la linchen!» Los guardias no se preocuparon de imponer el orden en el gentío que cerraba el paso a Elizabeth y la maltrataba. Por fin, Bernard Fine, reportero del *New York Times,* y una mujer blanca de la localidad lograron meterla en un autobús y alejarla de la turba. Al arrancar el vehículo, una mujer blanca de mediana edad se puso a gritar a la multitud que agarraran a Fine y le patearan los testículos. No hubo detenciones.

Mientras tanto la Guardia Nacional, siguiendo las órdenes de Faubus, negaba la entrada a los ocho compañeros de Elizabeth. Transcurrieron, pues, dos días de clase y el Central seguía segregado.

Los negros de Little Rock buscaron una reparación legal. Thurgood Marshall y Wiley Branton se personaron en una Corte Federal del Distrito y solicitaron un interdicto contra la interferencia de Faubus en el proceso de integración. Durante la vista, los abogados de Faubus se ausentaron de la sala. A pesar de esta exhibición efectista a lo Perry Mason, el interdicto fue concedido. Faubus reaccionó, retirando la Guardia Nacional. Usaría sus poderes para proteger a los blancos de nueve chicos negros, pero desde luego no para defender a éstos de las turbas.

El 23 de septiembre los estudiantes negros entraron sigilosamente por una puerta lateral del instituto y se matricularon. El gentío que «guardaba» la entrada del edificio se encolerizó. Al no poder agarrar a los muchachos, agredió a los reporteros negros: a Jimmy Hicks, del *Amsterdam News* de Nueva York, a Alex Wilson y a Earl Davy. Las mujeres que había en el gentío chillaban a sus hijos: «¡Salid de una vez! No sigáis ahí con esos negros!» Cincuenta estudiantes abandonaron las clases gritando histéricamente: «¡Están dentro! ¡Ya están dentro!» Antes del mediodía los chicos negros tuvieron que ser desalojados porque el jefe de policía, Gene Smith, vio que sus hombres no podrían contener a las turbas.

Estas turbas blancas, chasqueadas en el instituto, se manifestaron tumultuosamente por las calles de la ciudad, apaleando a los negros que encontraban al paso. Ante esta manifestación de violencia, el alcalde de Little Rock pidió ayuda al Presidente Dwight Eisenhower. El Presidente puso inmediatamente bajo control federal a los diez mil hombres de la Guardia Nacional de Arkansas y, a las seis de la tarde, camiones, jeeps, y soldados federales llegaban a Little Rock. Al día siguiente, escoltados y protegidos por soldados federales, los nueve muchachos franquearon sin problemas la puerta principal del instituto, y luego siguieron asistiendo a las clases. Los militares los escoltaban a la ida y a la vuelta. Sus condiscípulos los acosaban con saña y mala intención y los agobiaban a patadas, a zancadillas, a empujones, en medio de amenazas e insultos. Minnijean Brown fue expulsada provisionalmente por arrojar una taza de caldo encima de quienes acababan de hacer lo mismo con ella. A los estu-

diantes negros se les toleraba en el Central a condición de que «no respondieran, verbal o físicamente, a ninguna vejación». Minnijean dejó el instituto. Al día siguiente un grupo de estudiantes enarboló una pancarta, que decía: «Uno menos. Quedan ocho.»

Con todo, en el Central se graduó por primera vez a un estudiante negro el 27 de mayo de 1958: Ernest Green. Los liberales blancos y mucho líderes negros saludaron este acontecimiento como un paso trascendental en la lucha por romper la barrera de las costumbres del sur. Fue una victoria simbólica importante. Pero este tipo de victorias no sirve para instruir a muchos niños negros. En 1961, tras años de perseverancia contra el peligro, la humillación y los gastos, menos del siete por ciento de los niños negros del sur asistían a centros de enseñanza integrados.

La sentencia en el caso de *Brown contra la Junta de Educación* sólo en la esfera de la enseñanza afectaba a la doctrina de «separados, pero iguales». Sin embargo, su efecto inmediato fue desatar la batalla contra todas las formas de segregación: los negros pensaban que esa sentencia legitimaba todas sus demandas de igualdad racial. Incluso antes de que se pusiera a prueba la integración escolar en Little Rock, los negros de Montgomery, Alabama, comenzaron a asestar golpes contra la segregación que les imponía una serie de cargas en su vida diaria. El movimiento de los derechos civiles comenzó realmente el 1 de diciembre de 1955, cuando la señora Rosa Parks, costurera de unos almacenes del centro, tomó el autobús de la avenida Cleveland, tras una larga jornada de trabajo, y ocupó un asiento de la parte posterior del abarrotado vehículo, ya que, con arreglo a las costumbres del sur, los blancos se sentaban en la parte anterior y los negros en la trasera. Cuando se llenó la sección blanca (era una hora punta y el autobús llevaba muchos pasajeros) el chófer ordenó a la señora Parks que dejara su asiento, el cual ocupaba un lugar «fronterizo», a un pasajero blanco y que siguiera de pie. Tales órdenes no eran raras, pero en esta ocasión la señora Parks se negó a obedecer. El chófer hizo que la sacaran del autobús y que la llevaran detenida.

¿Por qué no quiso Rosa Parks ceder su asiento? Los blancos de Montgomery sospechaban que la fastidiosa N. A. A. C. P., en la que la señora Parks tuvo en tiempos un cargo, andaba detrás de todo aquello. Otros la tildaron de «agitadora comunista». En realidad, la señora Parks trataba, lisa y

llanamente, de protestar del trato que recibía por el solo hecho de ser negra. Era una protesta contra una situación vieja de siglos, que los demás negros de Montgomery comprendieron sin esfuerzo. Lo que sorprendió al país y al mundo fue el apoyo espontáneo que dieron los negros a un gesto individual de protesta.

Inmediatamente después de ser detenida, se constituyó un comité integrado por mujeres negras, el cual pidió a los clérigos que se pronunciaran por un boicot contra los autobuses públicos. A instancias de los religiosos se celebró una reunión, que resultó ser la mayor concentración de líderes negros registrada hasta la fecha en la historia de la ciudad. Se tomó el acuerdo de boicotear los autobuses y comenzar el lunes, pasados tres días.

El principal problema que se presentó fue el de hallar la manera de que se enteraran a tiempo del plan los diecisiete mil negros que iban cada día a su trabajo en autobús. Desde los púlpitos, los clérigos anunciaron el boicot durante la misa dominical pero el comité, para mayor seguridad, mimeografió, y distribuyó durante el fin de semana, de prisa y corriendo, miles de volantes para los cincuenta mil negros de la ciudad. El hombre que organizó la campaña de las octavillas fue Martin Luther King, un joven pastor licenciado en teología por la universidad de Boston y nuevo en la ciudad. El lunes por la mañana el boicot negro cogió a la ciudad de sorpresa. Fue efectivo casi en un ciento por ciento. El lunes por la noche la comunidad negra nombró a Martin Luther King presidente de una organización permanente de boicot, la 'Montgomery Improvement Association' (Asociación de Mejoras de Montgomery).

La asociación formuló una serie de demandas de carácter notablemente moderado: que se tratara con educación a los pasajeros negros de los autobuses; que la gente se sentara en los vehículos según llegara; los negros desde atrás hacia adelante y los blancos al contrario; y que se emplearan chóferes negros en las líneas donde fuesen mayoría los pasajeros de ese color. Tan comedidas eran las demandas, que la N. A. A. C. P. local no quiso adherirse al movimiento hasta que se tomaran medidas más enérgicas.

Ante el boicot los blancos reaccionaron con dureza; la violencia y el terrorismo fueron la nota dominante en las semanas siguientes. King fue encarcelado. Sin embargo el boicot continuó en medio de la furia de los blancos y lo único

que trajo el terrorismo fue que los negros aumentaran sus exigencias. Ahora, la M. I. A. trataba de que se pusiera fin a la segregación en los asientos. Al encauzarse la protesta en esa dirección, la N. A. A. C. P. se adhirió al movimiento. El 11 de mayo de 1956, el abogado de la N. A. A. C. P., Robert Carter, presentó el caso contra la segregación de los servicios públicos ante la Corte Federal del Distrito. El 4 de junio la Corte dictaminó que la segregación en los autobuses municipales era ilegal. Cuatro meses más tarde la Corte Suprema de los Estados Unidos confirmó la sentencia. Los negros de Montgomery habían ganado la batalla.

La victoria sirvió para que se produjeran en todo el sur otras protestas parecidas contra los servicios públicos segregados. No cayeron en saco roto las enseñanzas que brindaba la cooperación comunitaria. Y, lo que era más importante, este tipo de protestas contra la discriminación humillante que sufrían todo los negros día tras día, causaba más impresión y calaba más hondo que los litigios de la N. A. A. C. P. o que las luchas por la integración escolar, patrocinadas y dirigidas por esa misma organización. Un sector mucho más grande de la comunidad negra parecía ahora estar dispuesto a participar con gusto en los movimientos de protesta.

Fue King quien aprendió mejor que nadie la lección de Montgomery. Se dio perfecta cuenta del gran potencial existente en la movilización de las masas negras del sur para la causa de los derechos civiles y con esta idea contribuyó a formar una nueva organización: la 'Southern Christian Leadership Conference' (Conferencia del Sur de Dirección Cristiana). La S. C. L. C. se constituyó, a base de grupos locales dirigidos por clérigos, en torno a la unidad más familiar y de organización más efectiva que conocían los negros: la iglesia. Haciendo uso práctico de su estructura social, King trataba de llegar por ella al pueblo. Por entonces tenía veintisiete años, y era teólogo y pastor de la iglesia anabaptista de Ebenezer, Atlanta. No descollaba como intelectual ni como organizador pero, como dijo Louis Lomax, «era el más destacado intérprete de la impaciencia de los negros, y la expresaba en términos que la masa comprendía y con los cuales se identificaba» [10].

Fue King quien incorporó al movimiento de derechos civiles el principio gandhiano de la no violencia y la doctrina cristiana de «ama a tu enemigo». King creía que una protesta paciente y digna llegaría a despertar la conciencia de la

nación entera. Su organización era el contrapunto de la N. A. A. C. P. El objetivo de la S. C. L. C. era también, como el de la N. A. A. C. P., conseguir la integración total, pero en vez de apoyarse especialmente en la burguesía negra y en los profesionales negros, King movilizó las masas a escala regional. Mientras la N. A. A. C. P. seguía trabajando especialmente en el campo de la enseñanza, King trataba de lograr concesiones que afectaban más directamente a la vida del negro corriente del sur. A pesar de ser diferentes en cuanto a las características de sus jefes y afiliados, las dos organizaciones trabajaban de acuerdo y la N. A. A. C. P. facilitaba la asistencia legal, siempre necesaria.

El 1 de febrero de 1960, cuatro estudiantes de primer año de la Escuela Técnica y Agrícola de Greensboro, Carolina del Norte, cuyo alumnado era exclusivamente negro, iniciaron una nueva fase en la revolución de los derechos civiles, llevando al campo enemigo la protesta contra el racismo. Entraron en un almacén de la cadena Woolworth y se sentaron a la barra de la cafetería para blancos. Cuando se negaron a marcharse, el gerente ordenó el cierre de la barra, pero los cuatro negros echaron mano de su libros de texto y se pusieron a leer. Las estaciones de radio de Greensboro transmitieron inmediatamente la noticia a blancos y negros y, antes de una hora, otros estudiantes del mismo colegio acudieron en nutridos grupos a unirse a sus cuatro compañeros.

Aquel mismo día, algo después, los estudiantes visitaron en solicitud de ayuda al Dr. George Simpkins, presidente local de la N. A. A. C. P., el cual, tras reflexionar consigo mismo decidió no movilizar la organización, a la que no consideraba adecuada para el caso. En su lugar se dirigió al 'Congress of Racial Equality' (Congreso de Igualdad Racial) o C. O. R. E., organización poco conocida, pero de hondo arraigo, fundada por los pacifistas en 1942 y que asumió una postura de crítica con respecto a la N. A. A. C. P. por su falta de agresividad en la causa de la liberación negra. El C. O. R. E. había perfeccionado la técnica no violenta de la acción directa que Gandhi utilizó contra el dominio inglés en la India, y ya contaba en su haber con varias sentadas a las que no se dio publicidad. Si algún grupo podía llevar a buen puerto la iniciativa de los estudiantes, ese grupo era el C. O. R. E., el cual envió a Greensboro a Len Holt para entrenar a los estudiantes que así lo quisieran en los métodos de la «resistencia pasiva». Holt los sentó junto a largas me-

sas parecida a las barras de las cafeterías y luego él y sus ayudantes, representando a los «blancos», les echaron a la cara el humo de los cigarrillos, los insultaron, los empujaron y los golpearon. Los estudiantes que reaccionaban con furia o que devolvían los golpes no aprobaban el examen.

La noticia de lo que pasaba en Greensboro se extendió rápidamente y otras organizaciones se apresuraron a ofrecer su ayuda. King fue a la pequeña ciudad de Carolina del Norte para fomentar las sentadas. Su presencia robusteció la moral de los estudiantes porque, aunque el C. O. R. E. había establecido la técnica de la no violencia, fue King quien la impuso como principio básico. La central de la N. A. A. C. P. envió a su joven secretario, Herbert Wright. Ambas organizaciones facilitaron ayuda económica y dieron las orientaciones precisas. Un tipo particular de protesta empezaba a tomar cuerpo: cualquier localidad del sur iniciaba una demostración y para apoyarla las organizaciones nacionales enviaban dinero y consejeros.

Las sentadas de Greensboro no consiguieron que se integraran de inmediato las barras de las cafeterías, pero el éxito parecía estar a la vista. Este tipo de presión negra traía consigo cierta publicidad, que no era del agrado de las empresas nacionales de negocios. Podía suceder que a miles de kilómetros, los liberales del norte, por simpatía, realizaran sentadas, boicotearan o colocaran piquetes en otros almacenes de la Woolworth. Las sentadas, ilegales en su más estricto sentido, resultaron ser mucho más eficaces que los métodos legales. El caso de los establecimientos de comida segregados llegó a la Corte Suprema en octubre de 1961. El dictamen de la Corte de Warren a favor de la integración se dio a conocer un mes más tarde, pero en muchas regiones del país la cuestión ya se había resuelto en la práctica por medio de sentadas.

Greensboro popularizó la acción directa sin violencia del C. O. R. E. y demostró al mismo tiempo su eficacia. Greensboro inició también a los jóvenes negros en el movimiento de los derechos civiles y pronto ocuparon posiciones rectoras en el mismo. Los estudiantes formaron su propia organización, el 'Student Non Violent Coordinating Committee' (Comité Coordinador Estudiantil de la No Violencia), conocido también como el S. N. C. C. o «Snick», con el objeto de movilizar a los estudiantes del sur en la práctica de las sentadas. El presupuesto del S. N. C. C. era bien

pobre. Su primer director, James Forman, ganaba sesenta dólares a la semana. El dinero necesario para poner en marcha la organización lo aportaron la S. C. L. C. y el 'Northern Students' Movement (Movimiento Estudiantil del Norte). Aunque constituido inicialmente para desarrollar su actividad en los centros de enseñanza, el S. N. C. C. pronto comenzó a trazar proyectos de alcance general para todo el sur.

El 13 de marzo de 1961 el nuevo director general del C. O. R. E., James Farmer, anunció que se iba a poner en marcha «el viaje de la libertad», es decir, un viaje de autobuses integrados que recorrerían el sur en desafío a la discriminación racial existente en las estaciones de término interestatales. Tres años antes, la Corte había ampliado las disposiciones de una ley de 1946 que prohibía la segregación en los transportes interestatales, para que tuvieran también aplicación contra la segregación en las estaciones de término. El C. O. R. E. quería someter a prueba esas disposiciones y convertir la letra en hechos. La partida de la marcha se fijó para el 4 de mayo en Washington. Los primeros viajeros fueron una mezcla de blancos y negros, entre los dieciocho y los sesenta años de edad.

El viaje de la libertad tenía sus precedentes. En 1947, un «viaje de reconciliación» patrocinado por el C. O. R. E. y la Sociedad de Reconciliación llevó en autobús a blancos y negros por todo el sur en una excursión de dos semanas. El viaje se emprendió para poner a prueba las disposiciones de 1946 contrarias a la segregación en los transportes interestatales. Bayard Rustin, uno de los fundadores del C. O. R. E., alistó a dieciséis hombres para que comprobaran personalmente si se segregaba a los negros en los transportes y si eran objeto de trato desconsiderado por parte de los chóferes blancos de las líneas Greyhound y Trailways. Este primer grupo también fue entrenado en las tácticas gandhianas de la no violencia. Tras sufrir algunos malos tratos, no consiguieron al final gran cosa. En 1947 la nación, en sus sectores blanco y negro, no estaba todavía sensibilizada con respecto al problema de los derechos civiles. Al terminar aquella primera gira ningún reportero estaba presente para entrevistar a Rustin y a sus viajeros de la libertad. Irónicamente, aunque estos viajeros comprobaron que la mayoría de los chóferes y de los pasajeros no se oponían a la idea de los transportes integrados, las compañías de autobuses preferían

desconocer las disposiciones de la Corte. El grupo de 1947 encontró a pocos negros decididos a imponer su derecho a viajar sin ser discriminados.

Para 1961 la actitud del público era muy otra; para entonces el mundo tenía los ojos clavados en el sur. La televisión, la radio y los reporteros de prensa fueron tras los viajeros de 1961. Blancos y negros se volcaron en ayuda de los expedicionarios. El Gobierno federal estaba dispuesto a ejercer presión sobre los gobiernos de los estados del sur para que no se desamparara a los viajeros de la libertad. Los negros que tomaron parte ocuparon los asientos de la parte delantera de los autobuses sin necesidad de estímulos o halagos. Y esta vez los pasajeros iban rumbo a las entrañas del Sur.

Los viajes de 1961 estuvieron salpicados de hostigamientos mezquinos y de violencia descarnada. Conforme se acercaban al sur, la resistencia era más seria. En Danville, Virginia, se integraron con facilidad los servicios de restaurante, pero en Charlotte, Carolina del Norte, uno de los expedicionarios fue detenido, acusado de infringir la ley por pedir que le limpiaran los zapatos en la estación de autobuses. Algunas estaciones de término cerraron las salas de espera o los restaurantes para blancos. En Atlanta, los expedicionarios encontraron que las estaciones de término se ajustaban a las disposiciones interestatales con una sala de espera integrada, pero al mismo tiempo se imponía la segregación a los pasajeros que viajaran dentro del estado, obligando a los negros a esperar en una sala aparte.

En Alabama estalló la violencia que todos auguraban desde hacía tiempo. Los blancos del sur no estaban dispuestos a terminar con la segregación que procuraba a todos ellos, pobres y ricos, cultos e ignorantes, un gratuito y reconfortante sentimiento de superioridad. Les encolerizaban también los «agitadores», los entrometidos y los negros «pretenciosos» del norte, los cámaras de la televisión y los crecientes ataques del Gobierno federal contra el bastión del racismo del sur: la doctrina de la soberanía de los estados. Alabama se plegó a las exigencias del Departamento de Justicia y asignó una escolta de protección a los autobuses de la libertad, pero dejó sin vigilancia las estaciones de término. En Anniston, Alabama, los expedicionarios de los Greyhounds fueron recibidos por una turba que no les permitió bajar de los autobuses. Un autobús de la Trailways, con viajeros dentro,

fue destruido por varias bombas e incendiado; los expedicionarios lograron escapar, pero no sin que algunos resultaran apaleados.

El domingo, 14 de mayo, los primeros autobuses de la libertad llegaron a Birmingham. En la estación de término de los Trailways no se veía un solo policía. El jefe de la policía de Birmingham, Eugene («Bull») Connor, explicó el motivo: era el Día de la Madre y la mayor parte de sus hombres no estaban de servicio por haber ido a visitar a sus progenitoras. Sin embargo, muchos ciudadanos de Birmingham no demostraron el mismo sentimentalismo: un gentío se apiñaba en los andenes. Casi todos eran jóvenes y algunos llevaban barras de hierro. Dos expedicionarios se apearon y entraron en la sala de espera. A los pocos segundos seis hombres, mostrando los puños y blandiendo tubos de hierro se abalanzaron contra ellos. Una de las víctimas, James Peck, participó tambien en el viaje de 1947. En mayo de 1961 tuvo que permanecer en la mesa de operaciones durante cuatro horas mientras le daban cincuenta y tres puntos en la cabeza.

Para cubrir la etapa siguiente, de Birmingham a Montgomery, los expedicionarios se congregaron el lunes en el terminal de los Greyhounds, pero los chóferes se negaron a seguir llevándolos. También la turba, que se había convertido en una característica del viaje, estaba allí presente. Tras mucha demora los expedicionarios cogieron el avión de Nueva Orleans y así terminó la primera de las expediciones de la libertad que se celebraron en 1961.

El viaje del C. O. R. E. había tocado a su fin pero otros grupos comenzaron a enviar expediciones a Alabama. Desde el 17 de mayo hasta fines del mismo mes continuaron los viajes de la libertad patrocinados por el C. O. R. E., el Movimiento Estudiantil de Nashville, el S. N. C. C. y la S. C. L. C. A estas expediciones se unieron miembros del clero, profesores universarios y estudiantes blancos del norte. A lo largo del camino los expedicionarios iban siendo encarcelados «para su propia protección», o acusados de cometer infracciones o de tratar de interferir en las detenciones de otros. El 20 de mayo, en Montgomery, en un terminal donde la policía brillaba por su ausencia, cientos de segregacionistas agredieron sin hacer distingos a un grupo de expedicionarios. Los fotógrafos de prensa fueron tratados a golpes y patadas hasta que perdieron el conocimiento. La po-

licía llegó diez minutos más tarde, pero no hizo nada por disolver el gentío y al final detuvo a ocho «integracionistas».

El Gobierno federal envió a sus propios agentes a Montgomery. Los tribunales lanzaron interdictos contra el Ku Klux Klan, contra el Partido Nacional de los Derechos Estatales y contra todos los individuos «que obstaculicen los viajes pacíficos que se realizan en autobús entre los estados». Pero la violencia no se detuvo y siguieron también las detenciones de expedicionarios.

En la mayor parte de los casos los viajeros de la libertad no lograron sus propósitos de integrar los servicios en Alabama y Mississippi. Muchas veces no tuvieron ni la posibilidad de intentarlo. Pero en última instancia lograron la victoria. Mil expedicionarios pusieron al sur de rodillas: el 1 de noviembre entró en vigor la orden de la Comisión Interestatal de Comercio prohibiendo la segregación en las estaciones de término.

Estos viajes dieron al C. O. R. E. y a Farmer renombre nacional. Para 1962 los afiliados de ambas razas al C. O. R. E. pasaban de cuarenta mil. Desde entonces y durante algunos años, blancos y negros siguieron derribando las barreras legales contra la integración, a pesar de la resistencia del sur. En 1962, el estudiante negro James Meredith se presentó en el bastión de la educación blanca, en la Universidad de Mississippi. En 1957 las turbas habían recibido con hostilidad a los nueve estudiantes de Little Rock. En 1962 Meredith se encontró con otra turba, decidida a destruir su propio centro de enseñanza, antes que permitir que un negro se matriculara. Al igual que ocurrió con Faubus, el gobernador Ross Barnett fue aclamado como un héroe al impedir por tres veces que Meredith se inscribiera. Cuando finalmente el Presidente John F. Kennedy ordenó en octubre que las tropas ocuparan el recinto universitario y defendieran a Meredith en su derecho a matricularse, los disturbios duraron toda la noche. Al principio las turbas agredieron sólo a los periodistas, pero cuando una de las unidades de la Guardia Nacional del propio Mississippi —puesta por el Presidente Kennedy bajo el control del Gobierno federal— se presentó en la universidad para proteger a Meredith, el gentío perdió los estribos. Primero arrojó huevos; luego, piedras; después provocó incendios. Alguien lanzó un tubo metálico que golpeó y echó por tierra a un guardia federal. Jim McShane, del Departamento de Justicia, vio caer al guardia e inmediata-

mente declaró la guerra a las turbas. Los guardias federales pasaron el domingo vaciando lata tras lata de gases lacrimógenos contra los alborotadores, los cuales contestaban con descargas de piedras, ladrillos, barras de hierro, botellas de Coca-Cola, trozos de cemento, gasolina y bombas. Se abrió fuego de rifle y de pistola. Un periodista francés, Paul Gruhard, recibió por la espalda un tiro mortal de necesidad. Un curioso murió con un balazo en la cabeza. Dieciséis miembros de la Guardia Nacional de Mississippi resultaron heridos. Las turbas racistas destrozaron, incendiaron y acribillaron a tiros buena parte del recinto universitario antes de que los refuerzos militares dominaran la situación.

De nuevo se practicaron en Mississippi sentadas, rezos colectivos, piquetes y boicots con el fin de «resquebrajar al sur». El sur respondió con el asesinato del dirigente negro Megdar Evers en junio de 1963. El 15 de septiembre del mismo año fue dinamitada una iglesia de Birmingham y cuatro muchachas fueron asesinadas. Y entonces se perpetró una injusticia de las que claman al cielo; Byron de la Beckwith, autor confeso del asesinato de Evers, ni siquiera fue encausado por el crimen.

Por entonces, grupos como el S. N. C. C. iniciaron una nueva táctica que resultaba más peligrosa para los racistas, que las acciones individuales al estilo de la de James Meredith. Las sentadas y los viajes de la libertad fueron protestas contra los aspectos superficiales del racismo: lo servicios públicos segregados no eran sino símbolos de algo más básico y fundamental. El S. N. C. C. se dio cuenta de que la estructura del poder en el sur mantenía y perpetuaba la esencia del problema y ya en 1961 comenzó a echar las bases de una revolución dirigida más contra el fondo que contra la forma.

El S. N. C. C. elaboró una serie de proyectos para ponerlos en práctica en Mississippi, en el verano, a fin de conseguir la emancipación en el terreno político. Robert Moses, joven dirigente negro de los derechos civiles, se encargó del primero de estos proyectos. Comenzó en McComb, ciudad de 13.000 habitantes, donde halló unos cuantos estudiantes del lugar dispuestos a ayudar al S. N. C. C. —a pesar del temor a las represalias de los blancos— procurando alojamiento, transporte y publicidad. Estos muchachos recorrieron las vecindades negras y ayudaron a Moses a determinar la población que pudiera tener derecho al voto. El número que resultó lo compararon luego con el de votantes negros

registrados. La diferencia era apabullante y revelaba que los negros estaban casi totalmente desposeídos de sus derechos políticos.

Llegaron otros activistas del S. N. C. C. y el primero de agosto abrieron la primera de sus escuelas para votantes, donde dieron cursillos sobre la Constitución de Mississippi, sobre los misterios y trampas ocultas en las planillas de registro electoral y sobre la naturaleza y las costumbres de los registradores blancos. Los primeros intentos de algunos pocos negros por registrarse en las listas de electores fue suficiente para que los blancos comprendieran el alcance de los propósitos del S. N. C. C. Entonces comenzó una campaña de intimidaciones, arrestos y multas, pero las escuelas para votantes siguieron despertando el interés de los negros, aunque acudieran a ellas asustados.

Para 1962 el C. O. R. E., la S. C. L. C. y la Conferencia del Estado de Mississippi de la N. A. A. C. P. unieron sus fuerzas con el S. N. C. C. para llevar adelante el proyecto de registro de votantes. Aquel verano acudieron a Mississippi gran número de estudiantes blancos de las universidades del norte y del oeste en ayuda de la campaña. Pero, con todo, las ganancias legales no fueron grandes. En 1963, la S. C. L. C. hizo un cambio significativo en su táctica. Llevó a cabo un «registro de la libertad» paralelo al oficial, pero operando con arreglo al principio de «un hombre, un voto», y haciendo caso omiso, por tanto, de los requisitos legales, tales como el impuesto obligatorio por el derecho al voto y la prueba de no ser analfabeto. Participaron cerca de 83.000 negros que, más tarde, depositaron su voto a favor de los «candidatos de la libertad» que se presentaron a los cargos de Gobernador y Subgobernador. Este registro fue el comienzo de una actividad política paralela, aunque externa, a la de las estructuras existentes y puso de manifiesto la fuerza potencial, y la amenaza, de una comunidad negra organizada. Logró también que los negros se hicieran sentir a nivel local, como quería Martin Luther King, y que adquirieran una experiencia política que no hubieran conseguido en toda una vida de intentos por ingresar en el Partido Demócrata, dominado por los blancos.

El objetivo común de lograr la igualdad racial era el vínculo que unía a «los votos de la libertad» con otras anteriores expresiones de protesta, como las sentadas y los viajes. Cosas que, según Arthur I. Waskow «se hacían al margen

de las leyes locales en vigor, y que se hubieran efectuado legalmente, de existir un régimen de igualdad racial» [11]. Pero, a diferencia de las sentadas y de los viajes en autobús, el proceso de establecer una estructura política paralela, tenía por fuerza que despertar y robustecer las inclinaciones separatistas a favor del poder negro, antes que diluir a los negros en una corriente política de colores mezclados.

En 1964 los negros de Mississippi formaron el 'Mississippi Freedom Democratic Party' (Partido Demócrata de la Libertad de Mississippi), enfrentado al Partido Demócrata y «abierto a todos los demócratas de este estado en edad de votar, sin distinciones de raza, color o religión». Volvieron a funcionar las escuelas de la libertad, y a pesar de una cruel persecución, en la que hay que incluir el asesinato a sangre fría de tres trabajadores del S. N. C. C., Michal Schswerner, James Chaney y Andrew Goodman, la organización del partido siguió adelante. Para julio ya se habían celebrado por todo el Estado reuniones distritales y se designaron delegados para los congresos regionales, los cuales, a su vez, eligieron representantes para la convención estatal que se celebró el 6 de agosto. Allí fueron elegidos los delegados que habían de acudir a la convención nacional del Partido Demócrata en Atlanta City, New Jersey. Abrigaban el propósito de que fueran reconocidos y aceptados como la única delegación legal del Partido Demócrata de Mississippi.

El Presidente Lyndon B. Johnson y los jefes de la Convención Demócrata Nacional deseaban que ésta se celebrara con el debido orden. Para prevenir cualquier conflicto ofrecieron a los del M. F. D. P. un asiento de «observadores de honor», mientras que la delegación normal tomaría sus asientos acostumbrados. El M. F. D. P. rehusó esta concesión simbólica y en su lugar presentó su caso ante el Comité de Credenciales, alegando que el Partido Demócrata de Mississippi había hecho con frecuencia caso omiso de las directrices políticas y de los candidatos nacionales, por lo que tenían tanto derecho a ocupar un asiento en la convención demócrata de 1964 como podría tenerlo una delegación del Patrido Republicano. Como, por el contrario, el M. F. D. P. era el único grupo político de Mississippi fiel al partido nacional y a su candidato, reclamaba el derecho a ocupar un asiento. Los demócratas del partido «verdadero» confiaban en su reconocimiento oficial, establecido desde hacía mucho tiempo, y en su habilidad para presentar, si hiciera falta, vo-

tos «efectivos». Todas estas nimiedades legalistas parecían absurdas y fuera de lugar ante la realidad de aquel verano de Mississippi marcado por la violencia y el asesinato.

Los liberales blancos simpatizaban fuertemente con el M. F. D. P. El testimonio y las declaraciones de los activistas de los derechos civiles de Mississippi y la presencia de Martin Luther King los predispuso todavía más a favor de esa organización. La representante de Oregón, Edith Green, presentó una propuesta de compromiso: que se les exigiera a ambas delegaciones demócratas un juramento de lealtad a los candidatos nacionales y al programa del partido. Los delegados que juraran, ocuparían un asiento; los que no, no serían reconocidos. De esta manera, el voto adjudicado a Mississippi podría repartirse entre todos los delegados que fuesen aceptados. Los miebros liberales del Comité de Credenciales decidieron aceptar la propuesta, aunque sin mucho entusiasmo. También el M. F. D. P. la aceptó de mala gana ya que, al fin y al cabo, confirmaba, sin modificarlas, las estructuras establecidas. De todas manera, el compromiso nunca se llevó a debate en la convención, donde hubiera sido aprobado, porque la administración se dio cuenta de la fuerza del M. F. D. P. y maniobró rápidamente para impedir que la propuesta se discutiera en público. Se ejerció presión sobre los liberales simpatizantes para que cedieran en su actitud y como muchos se mantuvieron firmes, la administración Johnson decidió robarles el trueno: propuso que se exigiera a la delegación normal un juramento de lealtad al partido, y que no ocuparan su asiento los que se negaran; por otra parte, el Comité de Credenciales designaría a dos miembros del M. F. D. P. para que tomaran asiento como «delegados sueltos», es decir, con derecho al voto, pero no como representantes de Mississippi. Y la administración solicitó que en el futuro se tomaran medidas para impedir la discriminación racial en la elección de representantes.

Los liberales aceptaron la propuesta de la administración. Muchos dirigentes de los derechos civiles instaron al M. F. D. P. a que también la aceptara, pues consideraban que las concesiones de la administración a favor de los delegados del M. F. D. P. constituían una gran victoria, y que urgía llegar a un compromiso realista como base de una política de madurez. Sin embargo, otros alegaban que la posición moral básica del M. F. D. P. debía mantenerse sin mengua e insistían en que la *raison d'être* del partido de la libertad

no debía sujetarse a compromisos: lograr victorias de tipo práctico a costa de los principios no podía satisfacer a los negros de Mississippi, a los cuales representaba el M. F. D. P. Sentarse «sueltos» y no como representantes de los electores de Mississippi significaba negar su legitimidad. No se trataba de colocar aquí y allá unas cuantas caras negras entre las blancas de la convención, sino de conseguir el reconocimiento como unidad estatal del partido.

El M. F. D. P., al rechazar la propuesta de la administración, fue criticado por ingenuo pero se mantuvo firme en su actitud. Para muchos líderes negros la cosa estaba clara: coaligarse con los liberales blancos sería como edificar sobre la arena. Los negros tendrían que valerse por sí mismos y confiar únicamente en la fuerza de su unidad. En consecuencia, el paso siguiente del S. N. C. C. en el sur fue la creación, en el Lowndes County, de un partido independiente formado exclusivamente por negros. Los miembros de este Partido de la Pantera Negra daban por sentado que existía entre las razas una lucha por el poder. Uniéndose para elegir alcaldes, policías y juntas de educación negros, los hombres de color podrían ganar la pelea.

Los días de «blancos y negros unidos» en el movimiento de los derechos civiles tocaba a su fin. La máxima cooperación entre las dos razas se alcanzó con la marcha sobre Washington de 1963 que, por otra parte, marcó también el principio de la decadencia del entendimiento entre blancos y negros. Los líderes de los derechos civiles concibieron la marcha como un medio de presionar al Congreso para que aprobara un proyecto de ley de derechos civiles consistente y efectivo. Con la marcha se pretendía asimismo despertar la conciencia de la nación. Los manifestantes de la libertad llevarían la protesta al corazón mismo de la capital de los Estados Unidos, a la administración y al Congreso por su constante negativa a tomar en consideración los anhelos de libertad de los negros.

La idea tenía algunos precedentes históricos. En 1894 el jefe populista Jacob Coxey encabezó un ejército de desempleados que se dirigió a la capital en demanda de trabajo. En 1932 —cosa que recordaban muchos líderes de 1963— casi diecisiete mil veteranos formaron el «ejército de la prima», que marchó sobre Washington y acampó en Anacostia Flats en chabolas improvisadas, a la espera de que el Congreso aprobara la concesión de *primas* militares. Los cam-

pos de chabolas no se desalojaron hasta que el Presidente Hoover envió a las tropas federales. Ya en 1949 los líderes de los derechos civiles pensaron realizar una marcha sobre Washington similar a la que tuvo lugar el 28 de agosto de 1963, cien años y veinticuatro días después de la firma de la Proclama de Emancipación.

La marcha seguramente influiría poco en la tramitación del proyecto de ley sobre derechos civiles. El jefe de la mayoría del Senado, Mike Mansfield, fue el primero en reconocerlo así. La legislación sobre derechos civiles que fue finalmente aprobada por el Congreso en 1964, se fraguó según las reglas ortodoxas del compromiso político. Pero la marcha constituyó un éxito en sí: más que cualquier otro esfuerzo anterior, consiguió, al menos por un día, unir a las dos razas en una comunidad integrada y hacer realidad el sueño del movimiento de los derechos civiles. Doscientas mil personas intervinieron en la manifestación. Seis autobuses en los que viajaban negros hicieron un recorrido de mil doscientos kilómetros, desde Alabama a Washington. Llevaban cestos de comida, recipientes de agua, biblias. Muchos de estos hombres y mujeres salían por primera vez de su terruño y para algunos el precio del billete representaba la décima parte de su salario semanal. De Jacksonville, Florida, salió hacia la capital el «tren de la libertad» con trece vagones y más de 750 personas. Negros y blancos se dirigieron a Washington en coches, autobuses y trenes desde Nueva York, Michigan, Tejas, New Jersey y Arkansas. Reinaba un ambiente parecido al de un carnaval sin estridencias con toques de rezo dominical colectivo. No se registraron violencias pero se palpaba que aquel 28 de agosto de 1963 sería de trascendencia histórica. «Yo estuve allí», decían los botones de propaganda de los expedicionarios, y en realidad la marcha parecía ser una especie de recuento, de «testificación».

Los jefes eran blancos y negros. Allí estaban King; Floyd McKissick, del C. O. R. E.; Whitney Young, de la Liga Urbana; Walter Reuther, presidente de la Unión de Trabajadores del Automóvil; A. Philip Randolph, fundador y presidente de la Hermandad de Mozos de los Coches-Cama; Roy Wilkins, secretario ejecutivo de la N. A. A. C. P.; el rabino Joachim Prinz, presidente del Congreso Judío Americano; el doctor Eugene Carson Blake, de la Iglesia presbiteriana, y Matthew Ahmann, de la Conferencia Nacional Católica por la Justicia interracial. Estos hombres organizaron

la marcha, pero las iniciativas las tomaron al final quienes participaron. El plan preveía la concentración de las masas en torno el estanque luminoso del Lincoln Memorial para, desde allí, dirigirse al mediodía hacia la estatua de Lincoln. Pero ya a las once de la mañana el gentío comenzó a desplazarse espontáneamente en dirección al monumento. En la tribuna de los oradores había un grupo heterogéneo de artistas de cine, atletas negros y organizadores del movimiento de los derechos civiles, pero a nadie le chocaba aquella mezcolanza. Cantaron Peter, Paul y Mary, así como los Bardos de la Libertad, de Mississippi, y Bob Dylan. Joan Baez precedió a Ralph Bunche. King habló por fin. Como siempre, supo interpretar los sentimientos íntimos del pueblo. «Yo tengo un sueño», dijo. «Tengo un sueño según el cual esta nación se levantará un día y vivirá de acuerdo con el verdadero sentido de su credo que dice así: 'todos los hombres han sido creados iguales'. Yo tengo un sueño» repitió y la muchedumbre bramó al unísono, «según el cual, llegará un día en que hasta el estado de Mississippi, donde la injusticia y la opresión claman al cielo, se transformará en un oasis de libertad y de justicia.»

Los manifestantes se comprometieron a seguir luchando por la libertad sin recurrir a la violencia, con paciencia y con amor. Pero la época del amor tocaba a su fin. La demanda de libertad se convirtió en un grito de impaciencia: «¡Libertad, sí, pero ahora!» La tranquila resignación del «Venceremos... algún día» sonaba a hueco en los oídos de muchos jóvenes negros. La ley de derechos civiles que se había aprobado era de carácter liberal: prohibía la segregación; proscribía la discriminación racial en enganches, despidos y afiliaciones sindicales dentro de las transacciones interestatales; negaba la ayuda económica del Gobierno federal a los programas estatales discriminatorios y concedía mayores poderes a la administración de Justicia para hacer valer los derechos constitucionales de los negros y de los activistas de los derechos civiles. Pero el abismo entre las leyes y la realidad parecía ensancharse cada vez más. A más promesas, menos realidades. Sin embargo, los más desengañados no eran los negros del sur, que no tuvieron derecho a ocupar los asientos delanteros de los autobuses, sino los negros de los 'ghettos' del norte. Las nuevas voces militantes procedían de Nueva York, de Chicago y de Los Angeles. Era evidente que el «problema negro» no tenía características regionales. Las demandas por una ley de derechos civiles que incluyera la

ayuda del Gobierno federal para la capacitación y el empleo de los obreros sin trabajo, y por otra ley que obligara al reparto equitativo de los empleos, reflejaban la creciente importancia de los problemas urbanos raciales. Es más, representaban el fin de la ingenua creencia de que, mediante la concesión de los derechos civiles, desaparecían la pobreza, los 'ghettos' y el desempleo. Por supuesto, hubo personas que siempre vieron claro en todo este asunto, pero la mayor parte de los americanos confundía las manifestaciones superficiales de la discriminación con el problema de fondo.

Los 'ghettos' del norte, desengañados, experimentaron el renacimiento explosivo de la ideología separatista y del «nacionalismo negro» de Garvey. Durante los años 50 comenzó un movimiento militante al proclamarse Elijah Muhammad profeta negro del Islam en América. Elijah recomendaba el rechazo total de las costumbres, de la cultura y de la religión europeas; los musulmanes negros querían erradicar todas las huellas de la «cultura blanca» que se fue forjando trabajosamente a lo largo de los siglos. Los iniciados de la secta renunciaron a sus nombres «blancos», se pusieron túnicas africanas y dejaron de utilizar el doloroso procedimiento de alisarse el cabello a favor de estilos más naturales. Se sintieron más ligados con Africa, continente, en su opinión, de pueblos dignos e independientes, y se negaron a desempeñar papel alguno dentro de la sociedad americana.

La teología ecléctica de los musulmanes negros apenas tenía nada que ver con el verdadero Islam. Su única doctrina central consistía en que el hombre blanco era el demonio encarnado. Un número inquietante de negros aceptó esta doctrina con mucha facilidad. Los musulmanes negros aspiraban a la destrucción, de una vez y para siempre, de este demonio colectivo. En su escatología figuraba una especie de juicio final de características raciales en el que los no blancos lograrían su victoria sobre sus opresores y celebrarían la gloria de su triunfo. Mientras llegaba ese día, los musulmanes exigían el establecimiento, si fuera preciso por medios violentos, de una nación negra independiente. Para 1963 los sermones de Martin Luther King, que pedía la integración por el amor, quedaban enterrados bajo la retórica furibunda de Malcom X, lugarteniente de Muhammad. En la década de los 60, la desesperación se combinó con este sentimiento exacerbado de orgullo racial, volviéndose así a la tónica

de 1919: a los disturbios como expresión más nueva, y más vieja, de la protesta negra.

Los años de disturbios tuvieron su inicio en Nueva York el 16 de julio de 1964, cuando un policía blanco que no estaba de servicio mató a tiros a un joven negro. Esta muerte intensificó las demandas en pro del establecimiento de una junta de revisión civil, tema que se debatía acaloradamente por entonces en Nueva York. El sábado, 18 de julio, varias secciones del C. O. R. E. convocaron una reunión para exigir la formación de dicha junta y para presionar al ayuntamiento a fin de que fuera destituido el jefe de la policía de Nueva York, el cual se manifestaba contrario a la formación de la junta. Un centenar de miembros del C. O. R. E. marcharon a una comisaría de Harlem para presentar sus demandas. Frente al edificio escenificaron una sentada, insistiendo en que no se moverían hasta que sus peticiones fuesen satisfechas. Cuando la policía trató de echarlos de allí, estalló la lucha. Los cabecillas de la sentada fueron detenidos y llevados a rastras dentro de la comisaría, y los manifestantes quedaron sin dirección y llenos de cólera. Muchos aseguraban oír gritar a los detenidos, como si la policía los estuviera apaleando. Pronto comenzaron a caer botellas y ladrillos sobre la comisaría y los policías, quienes cargaron contra los alborotadores y los dispersaron. Pero la pelea no terminó ahí. Los negros, furiosos, se lanzaron a la calle en actitud levantisca. A las diez y media de la noche, un coche patrullero recibió el impacto de una botella de gasolina en ignición; los policías respondieron a tiros. Era el comienzo de una revuelta racial.

Las escaramuzas se prolongaron toda la noche y el domingo por la mañana había ya doce policías y más de cien negros heridos. Un negro resultó muerto por los disparos de los agentes del orden. Los actos de pillaje se sucedieron. La violencia duró cuatro noches más y al fin se extinguió en Harlem; pero entonces prendió en Bedford-Stuyvesant, la zona de 'ghettos' de Brooklyn. Para el jueves todo había terminado, por lo menos en Nueva York. Pero los disturbios raciales se propagaron a las ciudades cercanas: a Rochester, a Jersey City, a Paterson, New Jersey; a Filadelfia incluso.

Las autoridades trataron de buscar una explicación de los hechos en la teoría de las conspiraciones. El alcalde interino de Nueva York culpó de la violencia a «los grupos marginales y entre ellos al Partido Comunista» [12]. J. Edgar Hoover, jefe de la Oficina Federal de Investigación, o F. B. I., ase-

guró que la influencia comunista había sido muy importante. Sin embargo, los informes oficiales de la F. B. I. admitían que el estallido de la violencia no se debió a infiltraciones de elementos extremistas, sino a las condiciones de vida reinantes en los 'ghettos'. Los disturbios impresionaron, y asustaron, al pueblo americano. Irónicamente les alarmó más el saqueo de los almacenes, el asalto contra la propiedad, que las víctimas que se registraron.

En agosto de 1965 un barrio negro de Los Angeles, Watts, se hundió en la violencia. Y en julio de 1967 otros disturbios de grandes proporciones tuvieron lugar en Newark, New Jersey.

Los choques de Newark y las causas que los motivaron fueron típicos de esta clase de protesta. Newark era un muestrario completo de problemas. En enero de 1967, los principales hombres de negocios de la ciudad reconocieron que «los problemas de Newark eran, probablemente, más graves y acuciantes que los de otra ciudad americana cualquiera» [13]. Newark tenía el peor problema de vivienda y los mayores índices de criminalidad y de enfermedades venéreas, comparándola con las demás ciudades del país de sus mismas dimensiones. La tasa de mortalidad entre las parturientas era tal, que dar a luz parecía tan arriesgado como en los tiempos medievales. El 15 por 100 de la población de los 'ghettos' carecía de trabajo.

Los más destacados representantes de la clase media de Newark querían levantar a la ciudad de su postración haciéndola atractiva para los negocios y el comercio y dotándola de buenas viviendas para la clase media. Se trazaron proyectos de reforma urbana con el fin de superar el mal momento. Pero los negros sospecharon, y con razón, que los planes para salvar a la ciudad de Newark tendían más a salvarla *de* ellos que *para* ellos.

Como en casi todos los disturbios, la violencia estalló a causa de un incidente provocado por la brutalidad de la policía. El miércoles, 12 de julio, un taxista negro, John Smith, fue conminado a detenerse, acusado de ir demasiado «pegado» con su coche. Los policías declararon que Smith les insultó y agredió, por lo cual se vieron obligados a «dominarlo». Siete policías «dominaron» a John Smith en la calle y luego en la comisaría, resultando el taxista con varias costillas hundidas y una hernia estrangulada. Los líderes de los derechos civiles se personaron en la comisaría sin pérdida de

tiempo y vieron a Smith a las dos horas de su arresto. Hicieron que se le trasladara al Beth Israel Hospital y después organizaron una manifestación de protesta, pacífica pero enfurecida. Sin embargo, los habitantes del 'ghetto', que se enteraron rápidamente de lo ocurrido, llevaban otras intenciones y la manifestación se convirtió en un motín. A las once de la noche las botellas volaban contra las ventanas de la comisaría; una hora más tarde dos cócteles Molotov estallaron contra una pared del edificio. Así se entabló la clásica batalla entre los negros y lo que ellos consideraban ejército particular de los opresores.

Al frente de los alborotadores se hallaban siempre grupos de jóvenes entre quince y veinte años de edad, nacidos en el 'ghetto', desempleados, «sin nada que hacer y sin nada que perder» [14]. Pero también estaban allí personas mayores que, además de sumarse a los disturbios, alentaban a los jóvenes y procuraban refugio a los que huían. Este tipo de participación generacional seguía las pautas trazadas en anteriores movimientos de protesta ocurridos en el siglo XX contra la opresión imperialista y que comenzaron en 1916 con la rebelión irlandesa.

Para la una de la madrugada el pillaje había comenzado. El penetrante aullido de cientos de alarmas contra robos llenaba con su estrépito la Avenida Diecisiete. El licor, fácilmente transportable, fue la primera víctima; luego le llegó el turno a los muebles. Los policías, desplegados en pequeños destacamentos, pronto comprobaron que se hallaban en inferioridad numérica en todas partes. Se pusieron nerviosos, olvidaron la disciplina y recurrieron a la violencia. Trataron a los negros de manera parecida a como los vaqueros tratan al ganado. «¡Vosotros, negros, todos adentro!», gritaban los guardias a los curiosos que estaban a la puerta de los bloques de viviendas. Si se tropezaban en el camino con un negro, le daban una paliza o le detenían: como eran negros quienes comenzaron los disturbios, a todo hombre de color se le trataba como a uno más de los alborotadores. Con todo, la policía perdió el control de la situación. Que los disturbios no se propagaran rápidamente a otras zonas, no fue debido a la eficacia policial, sino, acaso, a la falta de planificación y al carácter espontáneo de la violencia. Hacia las cuatro de la madrugada las calles se hallaban casi desiertas; pero la policía seguía en ellas montando guardia en los almacenes ya saqueados de la Avenida Diecisiete.

El jueves, el alcalde Hugh Addonizio aseguró al público que los disturbios sólo fueron «incidentes aislados». Luego se reunió con los dirigentes de los derechos civiles para tratar de buscar un remedio a la situación. Al fin se hicieron algunas concesiones: un negro fue designado capitán de la policía, el primero en la historia de Newark, y se formó una comisión especial al estilo de la Comisión McCone que había investigado los disturbios de Watts. Pero Addonizio y otros políticos actuaban en el vacío, al no estar al tanto del humor de la gente de la calle. Algunos líderes de los derechos civiles se dieron cuenta de que la protesta no había terminado, ni mucho menos, y trataron de canalizarla. Se convocó una reunión pública para las siete y media de aquella noche; los concurrentes demostraron muy poco interés por la protesta de tipo convencional, convencidos como estaban de que los políticos no se interesaban por la justicia. Un detective negro trató de dispersar a los manifestantes hostiles, gritando: «¿Por qué no se marchan ustedes a casa?» Como respuesta recibió una descarga de piedras y botellas. La policía había aguardado con impaciencia esta ocasión para responder de idéntica forma. Los patrulleros salieron en tropel de la comisaría, diciendo: «¡Vamos a por esos hijos de puta!» El periodista David Crooms relató cómo había seguido a los policías en su carrera al bloque de viviendas llamado Hayes Homes. En el camino se detuvieron para apalear a un reportero negro. Luego persiguieron a otro negro hasta dentro del bloque y doce o catorce guardias se dedicaron a «dominarlo». El relato de Crooms se interrumpió aquí, porque él mismo, también de raza negra, se convirtió en el próximo objetivo de los policías. ¡«Agarren a ese negro hijo de puta!» [15], decían. El lenguaje procaz, que tan ofensivo le pareció en 1968 al alcalde de Chicago, Richard Daley, parece ser una debilidad tan propia de los levantiscos como de los hombres uniformados.

El pillaje se extendió hasta la Avenida Springfield, la vía comercial más importante. Los jóvenes iban al frente rompiendo escaparates y gritando: «¡Poder negro!» Miles de personas los seguían. Entraban en pequeños grupos en los almacenes, agarraban todo lo que podían y escapaban. Quienes no aprobaban tales métodos, no lo impedían. Los saqueadores alegaban que los artículos sustraídos les pertenecían por derecho, que el licor y los objetos caseros los tenían bien ganados tras años de precios abusivos, de ventas a

plazos en condiciones leoninas, de embargos, de contratos con trampa, de alimentos de inferior calidad y de subidas de precio los días en que se cobraban los cheques de ayuda económica. Los negros de la clase media se unieron a sus hermanos de raza para saquear y para dirigir el pillaje. Los vínculos raciales de estos negros resultaron ser más fuertes que los clasistas, aunque su reacción fue en gran parte impuesta por las circunstancias. La manera de tratar los blancos a *todos* los negros —ricos o pobres, cultos o ignorantes— obligó a éstos a considerar los intereses raciales por encima de los intereses de clase.

Un agradable sentimiento de solidaridad reina en la mayor parte de los grupos que desafían la ley o las costumbres. En los alborotos de Newark este sentimiento se manifestó con fuerza especial. Durante unos pocos días el pueblo fue dueño de las calles y de cuanto en ellas había. Por el momento se solucionaban las injusticias económicas, no mediante proyectos oficiales, o programas de ayuda patrocinados por la Iglesia o planes de inversión económica, sino robando a los comerciantes. Niños que hasta entonces sólo tuvieron lo puesto, llevaron a sus casas montones de vestidos y prendas que les llamaron la atención; en muchos hogares, las yacijas y los colchones de segunda mano cedieron su lugar a verdaderas camas; planchas, aparatos de televisión, vajillas y juguetes cambiaron de dueño sin plazos onerosos y sin recargos. Los blancos vieron el Armagedón en todo aquello, pero los negros parecían celebrar el Día del Juicio.

Como en todos los disturbios provocados por los 'ghettos', la agresión contra 'el blanco' tuvo lugar en los propios barrios de los negros. No hubo ninguna invasión deliberada de las zonas residenciales blancas, ni saqueos en sus centros comerciales. Tan fuertes eran los límites del 'ghetto', tan fuerte el sentimiento de los jóvenes negros de que el mundo «conocido» se encerraba en esos límites, que todos los incidentes se registraron dentro de su propia comunidad. Las agresiones se llevaron a cabo contra los únicos blancos con quienes los negros tenían relación diaria: contra los comerciantes del barrio y contra los guardias.

La inquina de los policías contra los negros era tan grande como la de los negros contra ellos. A medianoche del jueves las fuerzas del orden recibieron la deseada *carte blanche:* se les permitía el uso «de todos los medios, incluso de armas de fuego» en defensa propia. La primera baja se produjo

algo después: la de un espectador que fue a observar los daños causados en el bar donde trabajaba. Para el viernes por la mañana, más de doscientas cincuenta personas habían sido atendidas en el hospital municipal. Más de cuatrocientas fueron encarceladas. Dos, por lo menos, cayeron muertas a tiros. El alcalde Addonizio se dirigió al Gobernador Richard Hughes en demanda de auxilio y al amanecer la comunidad negra se hallaba ya bajo la ley marcial.

El Gobernador Hughes iba en serio. «Este es un buen lugar para trazar la línea entre la jungla y la ley; tan bueno como cualquier otro lugar de América» [16], dijo. Convenía a los negros colocarse al lado del orden y la ley, porque el uno y la otra serían impuestos. Así ocurrió al día siguiente, lunes. Veinte negros murieron en nombre de la ley y el orden, la mayor parte a causa de los disparos de la policía; mil resultaron heridos y otros mil fueron encarcelados. La policía destruyó los establecimientos negros, que los saqueadores habían respetado.

La persona ajena que sólo escuchara los informes oficiales, podría pensar que semejantes medidas, aunque trágicas, eran necesarias. Observadores de izquierda como Tom Hayden, jefe del grupo Students for a Democratic Society (Estudiantes por una Sociedad Democrática), no opinaban lo mismo. Creían que la policía, más que conservar el orden, trataba de ajustar cuentas. Los saqueos, en su mayor parte, habían cesado ya en la mañana del viernes; la zona comercial del 'ghetto' estaba totalmente devastada. Si la Guardia Nacional y la policía se hallaban en Newark para proteger la propiedad, llegaron demasiado tarde. Tampoco estaban destacadas en el centro de la ciudad ni en las zonas comerciales de los blancos. Para justificar el uso de las armas por parte de la policía se puso de relieve el peligro que suponían las actividades de los francotiradores. Sin embargo, sólo dos blancos murieron a consecuencia de los tiroteos desde la llegada de las tropas y es posible que esas bajas las causaran balas perdidas procedentes de la policía o de los soldados. De los negros que murieron, no se demostró que ninguno fuese francotirador, ni tampoco fueron arrestados elementos de este tipo. Lo cierto es que los guardias nacionales fueron presas del cansancio, del nerviosismo y de la confusión en aquel largo fin de semana y que muchos tiraron con excesivo entusiasmo del gatillo; en una ocasión los guardias dispararon contra los policías; en otra se atacaron a tiros la policía de

Newark y la del estado. Con todo, es evidente que buena parte de la violencia desatada por los militares y la policía nacía de su animosidad contra los negros. «¿Qué pretendéis?», dijo un guardia a un negro que presenció cómo disparaban contra un joven dedicado al pillaje. «¿Que os liquidemos a todos?»

Otro policía comentó: «Como de todas maneras lo tendremos que hacer, mejor será que acabemos con estos tres ahora» [17]. Los epítetos raciales que escupían contra los negros —alborotadores o no— revelaban el mayor de los odios. Entre los muertos figuraban mujeres y niños; algunas personas fueron muertas incluso dentro de sus propios hogares.

Los detenidos no recibieron el trato que preceptúan las tradiciones de la ley americana. No se permitió que llegaran a manos de los reclusos los paquetes de comida que familiares y amigos les llevaban a la cárcel. Por lo visto, la defensa de la ley no incluía la defensa de los derechos de los prisioneros que esa misma ley precisaba; y se prohibieron las visitas, lo mismo que las llamadas telefónicas de quienes buscaban los oficios de un abogado. El lunes, 17 de abril, el Gobernador Hughes dio por terminada la ocupación militar. Los disturbios de Newark habían concluido.

En los años siguientes a la Marcha sobre Washington hubo en la protesta negra algo más que disturbios espontáneos y sin dirección. Martin Luther King fue asesinado. Se designó una nueva jefatura, pero organizaciones como la N. A. A. C. P. y la S. C. L. C. ya no podían hablar en nombre de muchos jóvenes negros. Algunos negros con ideas como Stokely Carmichael, H. Rap Brown, Huey Newton y Eldridge Cleaver ponían a punto una nueva ideología llamada «Poder Negro», romántica y de realismo atroz al mismo tiempo. Se fundaba en doctrinas tan viejas como el nacionalismo negro de Garvey, tan extremistas y militantes como el movimiento de los Musulmanes Negros de Elijah Muhammad y tan contemporáneas como la independencia africana y como las teorías del anticolonialismo y el antiimperialismo. El Poder Negro abogaba por el separatismo, ya que los líderes negros consideraban que la integración, en el mejor de los casos, no sería más que un proceso de asimilación, de «genocidio incruento». Creían que el racismo era consustancial con la estructura social y política de América, arraigada en el colonialismo. Carmichael, como Malcom X antes que él, explicaba que América era dos naciones: una metrópoli

blanca y una colonia negra. América era como Africa en las décadas de 1940 y 1950, con la enorme diferencia de que en los Estados Unidos la metrópoli y la colonia ocupaban el mismo espacio.

Los líderes del Poder Negro estaban dispuestos a luchar por la independencia aunque se enfrentaban al dilema de una revolución que podría darles la independencia sin país propio, y la libertad *en el seno* del país de los conquistadores. Por consiguiente, en la conferencia del Poder Negro que se celebró en 1967 en Newark, New Jersey, se pidió oficialmente una partición de los Estados Unidos. Estos líderes exigían una separación definitiva, franca y honorable entre las dos naciones: separación en lo físico, de la misma manera que siempre existió en lo social, en lo económico y en lo político.

Sin embargo, y hasta que llegara esa partición, los jefes del Poder Negro no tolerarían que se siguiera persiguiendo a su pueblo. Los negros de las ciudades se organizaban con fines defensivos, pero también comenzaron a formarse grupos de vigilantes de gran agresividad. En 1967 Huey Newton y Bobby Seale pensaron que ya era hora de que los negros de Oakland, California, dejaran de suplicar para que la policía pusiera fin a sus métodos brutales. En lugar de ello se organizarían y advertirían a los blancos y a la policía de Oakland, que los negros se defenderían y protegerían por sí mismos. El grupo tomó el nombre del partido político negro independiente que se formó primeramente en el Lowndes County, Alabama: el Partido de la Pantera Negra. El grupo de Newton, armado, uniformado con boinas negras y chaquetas de cuero, se denominó a sí mismo Partido de la Pantera Negra para la Propia Defensa. Según Newton, su grupo adoptó el símbolo de la pantera porque este animal no ataca si no es provocado, pero se revuelve con la mayor ferocidad cuando se le arrincona.

Los Panteras comenzaron a vigilar a la policía. Siempre que los policías blancos paraban a cualquier negro, un coche patrulla de los Panteras hacía acto de presencia, sus ocupantes se apeaban para observar lo que pasaba y recordaban al negro sus derechos. La policía respondió hostigando continuamente a los Panteras. Cada vez que se denunciaba un robo o un atraco, se hacía una redada de Panteras y se les retenía el mayor tiempo posible sin que se formularan cargos contra ellos. A pesar de tales métodos y de la hostilidad de la comunidad blanca, que pensaba que los Panteras formaban

una banda de facinerosos y de agitadores sociales, la brutalidad de la policía remitió en Oakland. La técnica de defensa activa de los Panteras daba buenos resultados. En un mundo hostil, que los negros consideraban inseguro, hombres como Seale instaban a que «todos los hermanos negros tengan una escopeta en casa; es necesario» [18].

Pero los Panteras, con unos 250 miembros en junio de 1968, eran algo más que una organización defensiva. Se estaban convirtiendo en un partido político con programa. Aspiraban a que las comunidades negras tuvieran la libertad y el poder de determinar su propio destino. Exigían trabajo, alojamientos decentes y un buen sistema de enseñanza negra. Pedían que se eximiera del servicio militar a todos los negros, no sólo porque el país bajo cuya bandera tendrían que pelear no los aceptaba como ciudadanos con plenos derechos, sino porque, además, al no ser blancos, no debían ayudar a los blancos en sus guerras contra pueblos de otro color. Los Panteras querían que se pusiera en libertad a todos los negros presos en el país porque no los juzgaban tribunales de su raza. Rechazaban la legitimidad de las leyes que regían sus vidas, leyes en cuya creación no participaron y que se utilizaban para oprimirlos. Exigían que terminara la brutalidad policíaca, y esta petición se oía en todos los disturbios de los 'ghettos', formulada incluso por negros que no simpatizaban con los Panteras. Huey Newton resumió todo esto de la siguiente manera: «Queremos tierras, queremos pan, queremos viviendas, queremos vestidos, queremos educación, queremos justicia y queremos paz» [19].

Los Panteras creían que el negro americano recorrería mejor el camino hacia la libertad política si iba armado. Intentaban crear un partido revolucionario y se consideraban herederos de la Organización de la Unidad Afro-Americana, un grupo fundado por Malcom X tras su ruptura con Elijah Muhammad y que murió con él al ser asesinado en 1964. Malcom, dijo Eldridge Cleaver, Ministro de Información de los Panteras, quiso formar un gobierno en el exilio para un pueblo en el exilio. Los Panteras pidieron a las Naciones Unidas que se admitiera en su seno a los afro-americanos como pueblo en el exilio cuyo objetivo final era la liberación. No todos los negros radicales se mostraban conformes con el análisis de Cleaver respecto a la sociedad americana o con los fines de su partido, pero por otra parte el concepto del Poder Negro se infiltró en las organizaciones negras y en los

'ghettos'. El S. N. C. C., que fue en tiempos una organización birracial, en la cual blancos como Mickey Schwerner y negros como James Chaney trabajaron hombro con hombro, presionaba sistemáticamente a los blancos para que se dieran de baja. Los miembros blancos de la directiva perdieron el derecho al voto y el líder del S. N. C. C. rechazó con el siguiente comentario la política anterior seguida por la organización: «Todo ese asunto de la no violencia no era más que una preparación para el genocidio» [20]. El C. O. R. E., una organización básicamente blanca y norteña desde que se fundara en 1942, trasladó sus oficinas centrales a Harlem. En su congreso de 1967 se aceptó la propuesta de suprimir de los estatutos la palabra «multirracial». Sólo la N. A. A. C. P. y la Liga Urbana repudiaron la filosofía separatista del Poder Negro.

El doctor Ralph Abernathy, sucesor de Martin Luther King, continuó con las protestas al viejo estilo. Pero la Marcha de los Pobres sobre Washington que tuvo lugar en abril de 1968 y la organización de una sentada de grandes proporciones en 'Resurrection City' constituyeron miserables fracasos que desacreditaron aún más a la forma no violenta de la protesta.

En los grupos raciales de los 'ghettos' urbanos prendieron las prédicas de los Panteras. En Nueva York, los negros de Ocean Hill-Brownsville y la comunidad portorriqueña trataron de conseguir el derecho de contratar y despedir a los maestros de enseñanza primaria en el distrito y de tener voz determinante en los planes de estudios académicos. Con la ayuda de la Fundación Ford y del alcalde John V. Lindsay, la comunidad consiguió el control de la Junta de Educación del barrio. Sin embargo, el despido de varios maestros blancos por parte de la Junta asustó a la Federación de Maestros y trajo como consecuencia una huelga de maestros en toda la ciudad. Las familias blancas de Nueva York, que tenían puesta su confianza en las escuelas públicas, se indignaron contra la comunidad negra, contra la Junta de Educación y contra Lindsay. Los judíos de Nueva York manifestaron por primera vez una fuerte hostilidad contra los negros.

La lucha entre los dirigentes negros con respecto al asunto de la política de coalición se enconó en los últimos años de la década de 1960. Los extremistas jóvenes, como Stokely Carmichael, negaban que fuera factible una coalición de blancos y negros. «Los blancos que se organicen por su lado y

nosotros por el nuestro», decía. Incluso se opuso al intento de Abernathy de formar una coalición de blancos y negros pobres en la Marcha de los Pobres sobre Washington de 1968. Por otra parte, conocidos dirigentes de los derechos civiles como Bayard Rustin alegaban que el Poder Negro que proponía Carmichael carecía de valores positivos y sólo causaría perjuicios al movimiento de derechos civiles, al aislar a la comunidad negra y al buscarse la enemistad de los blancos. Añadía Rustin, con un gran sentido de la realidad, que la décima parte de la población total nunca podría conseguir sus objetivos sin la ayuda de otros grupos del conjunto del país. Estaba en lo posible que el partido de Lowndes County consiguiera algún día elegir una representación totalmente negra. Estaba en lo posible que los negros se hicieran legalmente con el poder en varios condados del sur. Pero, ¿cuántos condados de los cincuenta estados tenían mayorías negras? La minoría negra de Lowndes seguía siendo minoría en los órganos legislativos de Alabama. Con sólo dos o tres senadores negros era imposible conseguir trabajo y ayuda económica. Rustin opinaba que los negros deberían seguir el camino del Partido Demócrata de la Libertad de Mississippi, es decir, tratar de buscar su lugar, con voz y voto, dentro de un grupo más amplio y en coalición con los blancos.

Para Rustin, el Poder Negro era consecuencia del pesimismo y de la pérdida de la fe. Los Panteras lanzaban un desafiante «¡seguiremos nuestro propio camino!» al rostro de una sociedad que parecía rechazar a los negros. Rustin creía que aún era posible el establecimiento de una sociedad integrada y que la mayor parte de los negros aspiraban a estar dentro, no fuera, de la sociedad americana. El problema de si los blancos estaban dispuestos a considerar las demandas de los negros por la ciudadanía con plenos derechos quedaba en el aire.

12. Desde los *beats* hasta la nueva izquierda

Una nueva comunidad bohemia se estableció en los años 50 en la zona de la Playa Norte de San Francisco. «La Playa» se convirtió en refugio de los grupos que se marginaban voluntariamente de la sociedad, aunque los chinos e italianos residentes del lugar no les recibían con buenos ojos. A la Playa Norte, como a todas las bohemias americanas, acudieron artistas, escritores, filósofos y pseudofilósofos, hombres que preferían vivir de manera permanente lejos de la sociedad y hombres que buscaban sólo un respiro temporal. Con ellos fueron los gorrones, los miembros periféricos —y con frecuencia los más gárrulos— de los grupos de esta clase. Los nuevos bohemios, como muchos otros antes que ellos, se reunían en los cafés y allí jugaban al ajedrez, bebían, hablaban, discutían y pensaban. En el «Cellar» o en el «Coffee Gallery» comenzaron a leer su poesía en voz alta. Poetas como Lawrence Ferlinghetti, Allen Ginsberg y David Meltzer dieron allí a conocer sus obras por primera vez. Después de la lecturas, los clientes escuchaban una poesía diferente: el jazz [1].

Mientras que en 1910 los bohemios de Greenwich Village

se vistieron al estilo de los vaqueros o con camisas y sombreros de colores, los nuevos bohemios barbudos preferían el atuendo más cómodo que llevaban en los fines de semana los hombres de negocios americanos: camisa de manga corta, pantalones caqui y sandalias. Y, como sus predecesores, vivían en medio de estrecheces económicas, sin saber nunca si podrían pagar el alquiler; comían bien un día y ya al siguiente andaban pidiendo rosquillas o lo que le diesen en el 'Co- Existence Bagel Shop'. La inseguridad era el precio con que pagaban su independencia y el arte y la poesía sin salida que cultivaban. Vivían en edificios ruinosos, en habitaciones de ínfima renta, atestadas de cosas revueltas. Por fortuna, los bohemios se mostraban indiferentes a la suciedad, al polvo y al desorden. La decoración interior consistía en desechos del Ejército de Salvación: colchones tendidos sobre el suelo desnudo, cajas y canastos en lugar de sillas y mesas y, en los rincones, piezas sueltas de muebles inservibles. Las paredes no lucían fotos de familia o reproducciones de Winslow Homer, sino *graffiti* cómicos o filosóficos: «Mona Lisa es un marica de la secreta», «Minnie Mouse es una mulata». Ambas frases revelan con sus distorsionados comentarios la vida diaria de los bohemios. Su espíritu de independencia, en una década en la que el conformismo parecía tan americano como la tarta de manzanas, atrajo sobre los bohemios la persecución de los perros de presa de la sociedad: la policía.

En la comunidad bohemia casi todos eran artistas, si no de talento excepcional, sí consecuentes. Rechazaban voluntariamente el conformismo y creían, además, que su género de trabajo era incompatible con él. Deseaban tan sólo vivir tranquilos en su rincón haciendo caso omiso de muchas de las imposiciones sociales. Pero unos cuantos bohemios se tomaron en serio la necesidad de crear una nueva filosofía y de vivir, no con arreglo a los aspectos negativos del código social, sino a un sistema de valores positivo y propio. Este grupo fundó en su comunidad una especie de santuario para contemplar desde allí la vida y estudiarla. Y además dio un nuevo nombre a los bohemios: la Generación Beat. Era *beat* (golpe, golpear) porque la guerra, la inexorabilidad de la muerte y la colectivización de la vida moderna abatían a sus miembros. Era *beat* (compás, ritmo) porque la música de los bohemios era el jazz, en cuyo ritmo veían reflejado su propio tiempo y en cuya improvisación parecía manifestarse el credo bohemio. Y era *beat* porque, según el portavoz del gru-

po, Jack Kerouac, la beatitud era el objetivo final en su búsqueda espiritual del amor infinito.

La generación que llegó a la mayoría de edad en la década de 1950 intentaba, como la Generación Perdida de los años 20, encontrar un sentido al mundo de la postguerra. Sus miembros tenían ante sí un mundo sumido en un estado de guerra permanente: la segunda guerra mundial, la de Corea, la guerra fría. Según los *beats,* la realidad impedía que se pudiera rendir culto a la razón. Era imposible desterrar al mal por decreto, aunque cabía en lo posible darle en el mundo carta de naturaleza. La historia y la humanidad eran ingobernables. El progreso, víctima de todas las guerras, constituía una ilusión. Lo único real era la muerte. Por ser el progreso un concepto falso, el pasado y el futuro carecían de importancia: el presente lo era todo. Tampoco valía la pena hacer planes y proyectos en vista de la inexorabilidad de la muerte. Pero, aunque la vida fuera ingobernable y fugaz, sí podía saborearse hasta el máximo.

La guerra, haciendo de la experiencia un algo personal y discontinuo, fue factor desintegrador de la vida para hombres como Ernest Hemingway; de la misma manera, de acuerdo con la filosofía *beat,* todos los hombres estaban solos; y el problema radicaba en vivir con ese convencimiento.

La generación de los años 20 se enfureció y se desilusionó al llegar a esa misma conclusión; pero los *beats* parecían aceptarla con tranquilidad. La consideraban cierta e inevitable y, dejando a un lado los consuelos tradicionales, trataron de vivir en armonía con esta nueva realidad. Para conseguirlo era preciso abrirse a todo tipo de experiencias y percibirlas en toda su intensidad con los sentidos, con las fibras nerviosas, antes que con la lógica y la razón. El objetivo era deslizarse con la vida sin pretender imponerle un falso orden. Para los que «tomaban el camino», el único mandamiento era: «lo probarás todo». Las experiencias no debían ser objeto de distingos ni de clasificaciones porque, preocuparse por un momento o por una cosa más que por otros momentos y otras cosas, equivalía a crear una jerarquía artificial que bloqueaba el acceso a otras experiencias. El hombre debía ser un pozo de sensaciones, y su cuerpo un conjunto de antenas nerviosas que registraran el placer, el dolor o el alivio del orgasmo. El aforismo «pienso, luego existo» cedía su puesto a «siento, luego existo». Los *beats* opinaban que la única obligación y responsabilidad del hombre consistía en mantener su recep-

tividad siempre abierta, en afinar sus propios sentidos para poder «seguir perfeccionando su diálogo con la existencia» [2].

La doctrina *beat* renunciaba, naturalmente, a la autoridad y a la sociedad organizada; tanto la una como la otra parecían antinaturales y por consiguiente opresoras. El *square,* es decir, el hombre moderno aferrado a sus ilusiones, era el enemigo. Con todo, los *beats* sentían cierta simpatía por aquél, a quien consideraban un pobre incauto sometido, abrumado por la tarea de representar un papel en un mundo desquiciado. Para los *beats,* los verdaderos héroes eran los proscritos de la sociedad: los drogadictos, los golfos, los poetas. Sin embargo, ninguno de estos proscritos logró identificarse con la naturaleza, porque unos se evadían de ella por medio de las drogas, otros asumían una simple actitud de desafío contra la sociedad y otros trataban de acercarse a la realidad más por elucubraciones mentales que por medio de verdaderas experiencias.

Los *beats* canonizaron a hombres como James Dean, artista de cine, joven, inquieto y taciturno, que, aislándose de la generación anterior, vivió con intensidad y tuvo un fin repentino. También figuraban en su templo el trompeta de jazz Charlie («Bird») Parker y el poeta galés Dylan Thomas, que se entregaron a las doctrinas de 'las sensaciones'.

Los principales filósofos de la generación *beat* fueron Jack Kerouac y Allen Ginsberg; los dos estudiaron en la Universidad de Columbia; uno era novelista y el otro poeta. Fue Kerouac quien dio al mundo el retrato del perfecto *beat;* desde luego, el héroe de *On the Road* era arquetípico, sin réplicas reales en la vida, pero el estereotipo permaneció en la mente del público, incluso después que Kerouac se retirara del mundo *beat* para vivir al lado de su madre en Lowell, Massachusetts. A fines de la década de 1950 el público sentía especial curiosidad por los *beats* y por su culto.

Aunque Kerouac veía a sus cofrades como hombres de propósito, el mundo exterior no lo entendía precisamente así. Para el americano corriente, el «beatnik» —término de dudoso afecto acuñado por el periodista de San Francisco, Herb Caen— era un vagabundo que lo abandonaba todo para ir en busca, no de un estado superior de armonía, sino de una vida de inmoralidad desvergonzada. Los beatniks parecían dedicarse a la disipación, a la promiscuidad interracial, al desprecio por las leyes, al amor libre, a beber con exceso y a las drogas.

Los mandarines del arte y la literatura opinaban que la obra de los artistas y escritores beatniks era pura bambolla y que, en vez de un estilo innovador, cultivaban «el abandono de la forma». Críticos como Norman Podhoretz, figura destacada de los círculos intelectuales de Nueva York, los encontraba difíciles de comprender, no porque fueran de pensamiento profundo, sino por su falta de habilidad para articular las ideas. En un mundo que apreciaba el orden y la coherencia, el arte de los *beats* se veía confuso y descuidado, y a sus autores se les tachaba de incorregibles por rechazar las virtudes artísticas de la precisión y la coherencia.

Que los beatniks se retiraran del mundo fue lo que más disgustó a los intelectuales. En lugar de protestar contra los males de la sociedad, los beatniks repudiaron la razón y el intelecto a favor de la sensación y se evadieron como otros tantos Thoreaus que dijeran «no, gracias» a las solicitaciones de la sociedad. En resumen, el beatnik, tras marginarse con gusto, se organizó en su marginamiento con un conjunto de reglas, una vestimenta peculiar y un estilo propio, configurándose como un conformista contra el conformismo. Los beatniks parecían «sumidos para siempre en una actitud romántica burda y trivial de marginamiento voluntario, de autocompasión, de desconcierto y de verborrea. Esta 'escuela' no sólo destruye los valores espirituales, morales y racionales, sino que incluso se destruye a sí misma» [3].

Los *beats* no rechazaban la etiqueta de marginados, ni el mismo Kerouac negaba el carácter destructivo y escapista que conllevaba la búsqueda de la beatitud. Creían los *beats* que la locura era el estado de la armonía perfecta, la condición más de acuerdo con un mundo caótico; por lo tanto la locura era lo más indicado, aparte de la muerte, para «detener el tiempo y dispersar la vida en una corriente de profundas sensaciones que no plantean problemas ni aportan a la conciencia sentimientos de culpa» [4].

Los beatniks no eran cruzados. No pretendían convertir a la humanidad, sino verse libres de compromisos y obligaciones sociales para poder explorar su mundo interior. Por desgracia, la sociedad no los dejaba tranquilos. Los *beats* atraían y repugnaban, divertían y amenazaban a la sociedad, de manera desproporcionada a su número y a su influencia. Los medios informativos y el público consumidor demostraban por los beatniks un interés casi enfermizo, no por su filosofía o sus inquietudes artísticas, sino por sus extravíos morales y

su forma de vida. Los más atrevidos estudiantes universitarios comenzaron a llevar también sandalias y barba y la gente acabó por utilizar la jerga *beat.* Maduros abogados se «identificaban» con sus martinis y llegaban «a la percepción interna».

Irónicamente, los bohemios ortodoxos de La Playa, los que no pertetnecían al grupo de los *beats,* eran los que más sufrían la curiosidad del público. La obscuridad era su escudo, pero el interés ajeno irrumpió en su vida y se vieron expuestos a toda clase de molestias e inconvenientes. En la primavera de 1957 los problemas ya habían comenzado para los ochenta bohemios que, en números redondos, existían en San Francisco. El juicio que se celebró en 1957 por la publicación de *Howl,* de Allen Ginsberg, obra a la que se acusaba de obscena, fue objeto de gran publicidad, y, de pronto, los caseros, que habían creído que sus inquilinos eran sólo vagabundos y tipos raros, cayeron en la cuenta de que tenían los pisos alquilados a beatniks inmorales. Por toda la zona de La Playa se alzaron letreros que decían: «Beatniks, abstenerse». Al convertirse la Avenida Grant en lugar turístico, los alquileres subieron, y en los autobuses que utilizaban la Gray Line para sus giras turísticas, los guías señalaban con el dedo a los barbudos para que los viajeros se fijaran. Los bohemios, como respuesta, cogieron un autobús de la misma línea, se apearon en el centro de San Francisco y se dedicaron a entrar y salir en hoteles y tiendas elegantes, clavando la mirada en los clientes y fastidiándolos con su insistencia; pero los *squares* no comprendieron por dónde iba la cosa. En septiembre de 1958 la policía ya había declarado la Playa Norte «zona difícil», y no se concedieron allí más licencias para el expendio de bebidas. Para 1959 la comunidad bohemia se estaba dispersando. Otros *beats,* como Keroauc, se habían ya marchado. Kerouac se «largó» en 1957 y se encontraba muy a gusto en el este, en la casa de su madre.

El ideal neorromántico de la generación *beat* parecía haber muerto en su infancia. Kerouac tuvo una visión, pero desertó. Sin embargo, otros como Ginsberg, Gregory Corso y Leonore Kandel siguieron en la brecha y su fidelidad se vio recompensada, mediada la década de 1960, con el renacimiento y la florescencia de la filosofía de la beatitud.

La nueva subcultura recibió el nombre de la Generación del Amor y sus miembros el de «hijos de las flores». Otro periodista de San Francisco tuvo el honor de bautizar a los nuevos

bohemios con la palabra «hippie». Realmente los hippies estaban «hip» (en el secreto) de lo que sus hermanos de más edad descubrieron en la década de 1950. La sociedad realmente estaba loca; el holocausto nuclear despojaba al futuro de sentido y el único viaje que valía la pena hacer era el que tenía lugar dentro de la propia cabeza. Una generación que había crecido en una era de asesinatos y a la sombra de otra guerra aceptó con facilidad el marginamiento. El asesinato de John F. Kennedy provocó este segundo y gran movimiento de evasión; primero poco a poco, luego en mayores números, la gente renunciaba a la sociedad y se incorporaba a la nueva bohemia.

Esta bohemia se asentó en el distrito Haight-Ashbury de San Francisco, en una zona entre parques, y en el no tan agradable Lower East Side de Nueva York. Las cafeterías llevaban ya otros nombres, y gigantescas salas de baile sustituyeron a los sótanos llenos de humo, donde anteriormente se interpretó el jazz, porque ahora la música de moda era el rock eléctrico. Y, lo más grave, el paso reposado sobre el camino a la verdad desapareció ante el «viaje» de propulsión a chorro que procuraba el LSD. El afán del *beat* por experimentar y sentir le llevó a considerar su cuerpo como un aparato sensorial. El 'hippie', por su parte, lo vio como un complejo sistema químico, el cual, al modo de una máquina electrónica, podía ser puesto en marcha y «dispararse», si se le «alimentaba» adecuadamente.

El LSD comenzó su vida de manera bastante respetable pues, después de todo, pasó por la universidad. En Harvard, el profesor Timothy Leary tomó por primera vez, con fines científicos, un terroncito de azúcar impregnado de LSD. A causa de sus experimentos, Leary fue finalmente destituido de su cargo en el Departamento de Psicología de Harvard, pero la psicodelia del «viaje» con el «ácido» o LSD ya había trascendido: la palpación de los colores, los vuelos, levitamientos, alucinaciones, buceos en el 'yo', revelaciones anímicas, armonía cósmica, visiones de Dios y del hombre en sus verdaderas dimensiones. El LSD «descondicionaba» a la mente de todo lo que la sociedad había puesto en ella y daba alas al espíritu en su vuelo interior.

Leary abogó por su droga milagrosa; Allen Ginsberg la probó y vio que era buena. De los experimentos de Leary nació una nueva religión: la Liga del Descubrimiento Espiritual. Y en San Frascisco un honrado boticario capitalista cha-

pado a la antigua manipuló con sus tubos de ensayo y sacó el LSD comercial. Augustus Owsley Stanley III, Owsley a secas para sus clientes, promocionó su producto con muestras gratis y convirtió en adictos a muchos vecinos del Haight. Cuando las cámaras legislativas de California proscribieron la droga en octubre de 1966, era ya demasiado tarde. A Owsley, ciudadano que respetaba las leyes, se le pudo poner coto, pero al LSD no.

La droga transformó la protesta arisca y desabrida de los beats en el estallido lleno de color y fantasía del mundo hippie. Los beatniks mostraron su repulsa contra la vestimenta sobria y formal del «square» despojándose de ella, pero los hippies convirtieron su vestuario en prendas de mascarada. Para los hippies, vestirse era cambiar de identidad. No aceptaban el reparto de funciones de la sociedad establecida, la cual exigía que se representara el mismo papel todos los días de nueve de la mañana a cinco de la tarde, 365 veces al año. Por el contrario, el hippie se acogía a la fantasía y hoy iba de pirata, mañana de beduino, de señora victoriana con faldas de crujiente terciopelo, de indio, de samurai, de general del ejército. Para resultar chocante a la sociedad y para protestar contra sus leyes arbitrarias, el hippie, con más audacia que el beat, puso en juego su aspecto. Antes, el beatnik, al hacer gala de su masculinidad dejándose la barba, irritaba a sus vecinos; pero el hippie se burlaba del concepto establecido de lo viril luciendo una larga melena hasta los hombros y llevando collares de cuentas, de cascabeles o de flores.

Las drogas también ejercieron su magia en el *rock and roll* y un nuevo sonido llegó de California: el del rock eléctrico. La música era parte del ambiente total que el hippie deseaba crear: un mundo psicodélico donde pudiera sentirse «high» * ininterrumpidamente. El rock era estrepitoso, casi por encima del umbral auditivo del hombre: palpitaba, gemía, golpeaba, arrebataba. El estruendo se imponía a todos los sentidos y, verdaderamente, era posible emborracharse con la música de los conjuntos 'The Grateful Dead', 'Jefferson Airplane', 'Steppenwolf' y 'Moby Grape'. Estos y otros conjuntos de rock nacidos de la cultura hippie, con nombres como El Hermano Mayor, la Supercompañía y la Renta Nacional Bruta eran expertos en la extravagancia. Sus composiciones todo lo

* Sentirse 'alegre'. Experimentar esa sensación de bienestar que producen el alcohol y las drogas en determinados momentos.

atacaban y todo lo criticaban. Los *beats* arremetieron contra la sociedad valiéndose de libros y poemas; los hippies preferían cantar su protesta; la letra de sus canciones era inteligente y muchas veces mordaz. Un grupo hippie de Nueva York, Los Fugs, en cuyo conjunto figuraba el ex beat Tuli Kupferberg, cantaba alegremente alusiones a la guerra y al patriotismo e instaba a los presentes a enrolarse para «matar, matar, matar por la paz y matar por vuestro Presidente». 'Country Joe and the Fish' filosofaban en su «I Feel Like I'm Fixin' to Die Rag»:

There ain't no time to wondel why
Whoopie! We're all gonna die! *

Los conjuntos de rock cantaban también al sexo y al amor. Sus canciones sobre el sexo eran con frecuencia satíricas y grupos como los Fugs ridiculizaban las fantasías americanas sobre la potencia y el desenfreno sexuales con «¿Qué piensas hacer después de la orgía?»

Al hippie le preocupaba la libertad sexual porque la represión del sexo era una barrera que impedía expresarse y realizarse. Sus argumentos a favor del amor libre no eran originales ni tampoco chocaban a sus contemporáneos de vida normal y acomodada. Ocurría, simplemente, que éstos echaban sus canas al aire en privado, mientras que los hippies no se andaban con tapujos. En el 'East Village Living Center', un pequeño conjunto de oficinas, apartamentos y almacenes, la Sociedad Kerista —«El amor todo lo puede», «El camino de Kerista consiste en hacer el amor»— funcionaba a la manera de las salas de lectura de la Ciencia Cristiana. Allí puede uno informarse sobre los orígenes de Kerista, y la vida de John Presmont, el hombre de negocios convertido en profeta, a quien Kerista se le apareció en 1956 en una revelación teofánica. La sociedad anuncia para el futuro un éxodo masivo de fieles a una isla todavía sin elegir, donde los keristianos «crearían un paraíso verde para una clase especial de gente» [5]

Los periódicos hippies, comenzando con el *San Francisco Oracle,* publicaban todas las noticias psicodélicas que *The New York Times* no creía prudente imprimir. En sus editoriales abogaban por la supresión de las cárceles y por la lega-

* No hay tiempo de preguntarse por qué.
¡Qué bueno! ¡Todos vamos a morir!

lización de la grifa; tenían secciones de astrología; asesoraban sobre dietas macrobióticas; llevaban anuncios en los que se pedía compañía sexual, y tiras cómicas como *Captain High*!, e informaban sobre religiones orientales y grupos de estudio y meditación. Sus publicaciones, como su música, eran batiburrillos de protesta y extravagancia. *Fuck You: A Magazine of the Arts* trataba del

...pacifismo, la defensa nacional por la resistencia sin violencia, el desafío contra las leyes antidroga, el consumo libre de alucinógenos, el coito callejero, el Comunarium del LSD, Oro de Acapulco... el coño palpitante y alienado de la chica pacifista del Lower East Side, la loción Jergens para sodomitas... el asalto total contra la cultura, los individuos a quienes J. Edgar Hoover sobó en las silenciosas salas del Congreso... [6]

Estaba «dirigida, diseñada, publicada, copulada y eyaculada por Ed Sanders en un lugar secreto del Lower East Side.» Secreto, porque la policía de Nueva York confiscaba la revista de Sanders siempre que le era posible. Sin embargo, la prensa hippie «clandestina» —consistente en su mayor parte en unas pocas hojas hechas a ciclostil y cosidas con una grapa— era más bien de carácter rabelesiano, sin el sadismo que caracterizaba a la prensa respetable que se vendía libremente y por suscripción.

Los medios informativos, los analistas sociales y el público en general pronto descubrieron a la Generación del Amor. Los hippies se hacían notar por una cosa: les gustaba lo dramático y lo espectacular. En enero de 1967, la comunidad «Hashberry» convocó una reunión de tribus en el Golden Gate Park de San Francisco para celebrar el equinoccio de invierno. La tribu más ampliamente representada resultó ser la de los periodistas, y desde ese mismo mes de enero los hippies fueron fotografiados, examinados, analizados, criticados y elogiados sin tasa. No se trataba sólo de un fútil interés por el pelo largo, las orgías sexuales o el consumo colectivo de grifa y de LSD. Los americanos deseaban una explicación del fenómeno hippie. Era inquietante que los hijos e hijas de la clase media blanca renunciaran a sus casas de doble planta para alojarse en barrios mugrientos y se separaran de la gran mayoría para correr los riesgos inherentes a los grupos minoritarios. El hippie era un desertor porque él hubiera debido figurar entre quienes tenían que recoger la herencia de la clase media; al renunciar a ella, peligraba el corazón mis-

mo de la ética americana fundada en el puritanismo: el trabajo tenaz y responsable, el respeto por la propiedad privada, y el éxito y la prosperidad logrados en un ambiente de saludable competencia. El hippie estaba decidido, por encima de todo, a terminar con el espíritu competitivo. Burton Wolfe, que vivió en 1967 en una comunidad hippie de San Francisco, describe así un partido de rugby entre «los hijos de las flores»:

> Nadie vio un partido de rugby igual, ni siquiera en casa de los Kennedy. Como muchos hippies jóvenes, los jugadores disfrutaban echándose a rodar por el suelo y haciendo piruetas. Y así, de vez en cuando interrumpían el juego para dar tumbos y ponerse de cabeza con los pies por el alto. Si alguien que debía lanzar inmediatamente la pelota se encaprichaba con hacer cuatro zapatetas, interrumpía el juego y se daba ese gusto. Si por esto, el otro equipo se anotaba un tanto, pues muy bien... En realidad cada uno de los equipos, tras pasarse un rato haciendo gansadas, dejaba que el otro anotara lo que quisiera... no se llevaba la cuenta formal de los tanteos... Nada de puntuaciones, ni de ganadores, ni de perdedores... Se trataba sólo de juguetear, de correr, de hacer ejercicio, de pasar un rato divertido al sol[7].

Durante la primavera de 1967, la prensa comenzó a publicar noticias alarmantes relativas a una invasión de San Francisco proyectada para el verano. Se anticipaba que los alrededores de la ciudad quedarían vacíos; cien mil jóvenes desencantados —o encantados de la vida— se congregarían en la ciudad. Todos los jóvenes de las cercanías se enteraron por la prensa de un proyecto que no tenían... y entonces decidieron llevarlo a efecto. El número de peregrinos no llegó por poco a lo calculado, y, aquel verano, San Francisco ofreció el mayor de los espectáculos hippies.

Los veteranos de la tribu Hashberry hicieron todo lo que pudieron a fin de proveer las necesidades de las hordas que llegaban. Los «diggers», que tomaron ese nombre del de una secta utópica inglesa del siglo XVII, hicieron también preparativos para alimentar y vestir a los recién llegados. Emmett Grogan, de veintitrés años, había fundado el verano anterior el grupo de los «diggers» como vanguardia del movimiento antilucro. Hicieron acopio de víveres y ropas, que estuvieron mendigando entre los comerciantes y los vecinos, y luego lo regalaron todo. «Gratis», decían los marbetes de los artículos y, si alguien se empeñaba en pagar, el distribuidor

«digger» no tardaba en regalar el dinero recibido. Con motivo de la invasión veraniega, los «diggers» de Grogan instalaron unos comedores gratuitos en el Haight's Panhandle, zona de parques en los linderos del distrito. Todos los días, a las cuatro de la tarde, servían una comida y todo lo que los hippies hambrientos —y los no hippies— tenían que llevar por su cuenta era un plato, un vaso y un tenedor. A veces, la comida de los «diggers» era buena; a veces, pura bazofia.

Pero la concentración veraniega resultó ser un espectáculo deplorable a pesar de los esfuerzos de los «diggers»; a pesar del Servicio Hippie de Colocaciones, que logró dar ocupación a chicos y muchachas melenudos y descalzos en las salas de clasificación de correos, lejos de la vista del público; a pesar de la Clínica Médica Libre y a pesar de todas las flores y de todo el amor. Aquellos hippies veraniegos, que habían acudido con las ilusiones y esperanzas al estilo *Time,* tenían la calle como único lugar donde vivir. No les impulsaba ningún afán ideológico, sino el deseo de pasar un buen rato en sus vacaciones de verano. Dormían en las calles y en los quicios de las puertas, mendigaban a los turistas, tomaban LSD adulterado y se enviciaban con metedrina. Con suerte, sólo se les estropeaban los dientes y el estómago, y les salían pústulas; con menos suerte, enfermaban de hepatitis y de males venéreos.

Los veteranos se veían desbordados. Al acercarse octubre ya no funcionaba la distribución de productos gratuitos de los «diggers», la clínica médica había cerrado y los turistas con dinero brillaban por su ausencia. La Haight Street estaba sembada de inmundicias y llena de gente. Carteristas, alcohólicos, tarados sexuales, ladrones y toxicómanos se mezclaron con los hippies. Los veteranos decidieron terminar con todo aquello y anunciaron en octubre: «Necrológica. Por el hippie. En el distrito Haight-Ashbury de esta ciudad. Por el hippie, devoto hijo de los medios informativos. Se ruega a los amigos, que asistan a las exequias que comenzarán en el Buenavista Park, a la salida del sol, el 6 de octubre de 1967». Los veteranos trataron de explicar aquel sacrificio piadoso a la gente de la calle:

...Los medios informativos crearon al hippie con tu ávido consentimiento. Sé alguien. Les aguardan buenos trabajos a los hippies emprendedores. Fallecimiento del hippie. Fin. Se terminó el hippie. Adiós, hippie. Es la muerte del hippie. Conjuremos el Haight-Ashbury. Tracemos un círculo en torno. Comience el

conjuro. Ya eres libre. Ya somos libres. Para no ser recreados. Cree solo en tu propio espíritu encarnado. Nace el hombre libre. Independencia de San Francisco libre. Americanos libres. Nacimiento. Que no te compren con una ilustración. Con una frase. Que no te enreden con palabras. La ciudad es nuestra. Tu eres, eres, eres. Toma lo que es tuyo. Ya no hay linderos. San Francisco es ahora libre, libre. La verdad está suelta [8].

El féretro, lleno de artefactos hippies, fue llevado en círculo alrededor del Haight y luego quemado; se exorcizó a los demonios y se proclamó la «Hermandad de los Hombres Libres». muchos veteranos abandonaron la ciudad y se marcharon a las comunas de los cerros de California.

También en el Lower East Side de Nueva York se marchitaba la bonita idea del amor, de las flores y de la fraternidad. En octubre de 1967, un hippie llamado «Groovy» y una drogadicta, Linda Fitzpatrick (que resultó ser una universitaria de familia acaudalada de Greenwich, Connecticut) fueron asesinados en los bajos de un sórdido edificio. De pronto los hippies del East Village se dieron cuenta de que vivían en un 'ghetto'. Y los 'ghettos' son sucios, feos y peligrosos. Los «diggers» del Village comenzaron a llevar armas. Y las drogas, los drogadictos y los traficantes de drogas eran también sucios, feos y peligrosos. El tomar LSD siguió siendo un sacramento para los hippies, pero reconocían que «la metedrina mata». Los veteranos del Village, los hippies de convicciones filosóficas hicieron frente a las consecuencias de la vida que eligieron, con su secuela de pobreza y de peligro. Los hippies de mentirijillas optaron por dejar el campo.

Los hippies protestaban de que la sociedad se inmiscuyera en sus vidas, pero había otros pequeños grupos de jóvenes a quienes preocupaban los efectos que causaba la sociedad en otras personas. Este impulso humanitario fue a manifestarse en el terreno de la política.

El extremista político fue un producto del medio en que vivía la clase media y, al igual que el hippie, no sentía el mismo afán que sintieron sus padres por las riquezas y la posición social. Estos objetivos ya habían sido alcanzados. En realidad, los contestatarios tanto políticos como apolíticos estaban dispuestos a renunciar a sus comodidades materiales, con tal de mejorar la calidad de su vida.

El estudiante extremista no era del todo un adolescente que se rebelara contra sus mayores y contra la sociedad, ni tampoco un simple activista de la segunda generación que si-

guiera los pasos de su padre. En su casa vivió en un ambiente de calor hogareño, de compenetración familiar y de idealismo. Bastante antes que se entregara a las actividades radicales, pasó por las tempestades de la adolescencia. Figuraba entre los jóvenes más brillantes y capaces de la nación y por sus éxitos académicos y por su buena posición social, se abría ante él un venturoso porvenir. No era un descontento porque fuera incapaz de prosperar en la sociedad, sino un joven —o una joven— cuyos criterios y aspiraciones no cuadraban con la persecución del éxito material. Antes que nada se sentía compenetrado con los dictados de un fuerte sentimiento ético y moral y se creía moralmente obligado a corregir las injusticias que observaba en la sociedad.

¿Dónde había adquirido este extremista sus principios y sus imperativos éticos? En la propia casa paterna. Su proceso de radicalización no presuponía la adquisición de nuevos valores, sino el compromiso de trasladar los principios morales de sus padres al terreno de la realidad política. Estos principios no eran extraños ni nuevos en la sociedad americana. Lo que diferenciaba al extremista de sus padres era que él se tomaba en serio esos principios y pretendía que la sociedad viviera ajustándose a ellos.

El extremista no existía a principios de la década de 1950. Esos años constituyen una época obscura para el radicalismo político. Sólo a fines de la década los universitarios ingleses izquierdistas comenzaron a resucitar el radicalismo con la publicación de dos periódicos y el establecimiento de clubes radicales para estudiantes universitarios y jóvenes de la clase trabajadora. En los Estados Unidos la decadencia del McCarthysmo, y principalmente el progreso del movimiento de los derechos civiles, dieron ímpetu al nuevo radicalismo. Al comenzar los años sesenta ya se habían creado organizaciones extremistas por todas las universidades del país, en particular en Wisconsin, en Berkeley (California), en Michigan y en Chicago. En Wisconsin, el más importante de los nuevos periódicos, *Studies on the Left* fue fundado por el historiador radical William Appleton Williams.

La nueva izquierda de los años 60 se parecía poco a la vieja de los años 20 y 30. En realidad, nueva significaba más que «restaurada». La distinción era precisa porque las ideas del nuevo radical se basaban más en motivaciones emocionales y morales que en conceptos intelectuales. Carecía de una ideología determinada, dispuesto como estaba a evitar el

hándicap de los modelos rígidos y de las doctrinas inflexibles. El nuevo radical, a diferencia del viejo, no se angustiaba con las dicotomías del comunismo contra el anticomunismo, de Rusia contra Estados Unidos, del estalinismo contra el antiestalinismo. Le preocupaba la sociedad americana y la calidad de la vida americana. En esto la nueva izquierda se parecía al progresismo que estuvo en vigor antes de 1917.

La nueva izquierda protestaba contra la ausencia de calidad, contra el vacío de la vida moderna, contra el medio urbano fragmentado y carente de un sentimiento de comunidad, contra la impotencia de la sociedad americana, incapaz de llevar a la práctica sus promesas de igualdad y libertad y de ponerse a la altura de sus valores e ideales tradicionales. El joven extremista echaba la culpa de todo ello al sistema liberal, y era esta actitud lo que diferenciaba de manera rotunda a la nueva izquierda de la vieja. Porque los nuevos creían que sus mayores habían traicionado a sus propias doctrinas. Alegaban que la vieja izquierda no murió por el McCarthysmo, sino por haber diluido en inocuas posturas progresistas sus compromisos doctrinarios con el socialismo y la causa radical, y por haber preferido el poder y el prestigio en lugar de los ideales. Para los años cincuenta la vieja izquierda, hablando por boca de uno de sus líderes, Daniel Bell, sociólogo de la Universidad de Columbia y antes editor de *Fortune,* proclamaba «el fin de las ideologías» y por lo tanto la superfluidad de las posturas doctrinales. Pero la nueva izquierda no estaba de acuerdo con este análisis. C. Wright Mills, también sociólogo de Columbia y profeta del nuevo radicalismo, calificó las manifestaciones de Bell de «la manida justificación de quienes creen saberlo todo... consignas de complacencia puestas en circulación por viejos prematuros que se limitaban al presente y a las prósperas sociedades occidentales» [9].

La nueva izquierda aceptaba el fin de las ideologías tradicionales como núcleos de polarización, pero insistía en que estaba aún en vigor la *raison d'être* moral de la política radical. Los hombres que debieron seguir luchando por cambiar las estructuras de la sociedad se dejaron apresar por ella. Estos intelectuales corrompidos se unieron a la nueva oligarquía americana, y la coalición de la vieja izquierda con sus antiguos adversarios creó el sistema liberal de los años 60.

Por lo tanto, el liberalismo venía a constituirse en el principal enemigo de los radicales, los cuales le culpaban de haber reducido los ideales a simples tópicos y lugares comunes.

Los miembros del liberalismo hablaban de su fidelidad a las ideas de reforma e igualdad, pero estaban tan involucrados con el *statu quo* reinante que, en realidad, operaban como una fuerza conservadora.

Mills, padre intelectual de la nueva izquierda, fue el primero que encauzó sus ataques. Reprendió a los intelectuales de la generación anterior porque no se mantuvieron honorable y orgullosamente al margen de la corriente y porque no desempeñaron su papel de críticos y de ejemplos morales de la sociedad.

El análisis de Mills tenía lógica para la nueva generación, la cual, en su creencia de que la técnica y la ciencia habían hecho posible la solución de los problemas de la sociedad, se sentía perpleja al ver que no se aplicaban esas soluciones. Los jóvenes extremistas llegaron a la conclusión de que los liberales de la elite en el poder no tomaron tales medidas porque no quisieron. En opinión de los radicales, el mundo estaba lleno de violencia y de injusticia, no tanto porque los malvados bloquearan los esfuerzos de los buenos, sino porque los liberales sacrificaron la justicia, la verdad y el idealismo en aras del prestigio y del poder. Los hippies llamaban a esto «el viaje *fantástico* del ego».

En 1965 Carl Oglesby, uno de los fundadores de los 'Students for a Democratic Society' dijo en la marcha de la paz sobre Washington, que fue organizada por la SANE:

> Quien primero se comprometió en el Vietnam fue el Presidente Truman, liberal por conveniencia; después el Presidente Eisenhower, liberal moderado y, con más intensidad, el difunto Presidente Kennedy, liberal fervoroso. Fiiaos en todas las personas que dirigen ahora la guerra: los que estudian los mapas, los que dan órdenes, los que cuentan los muertos: Bundy, McNamara, Rusk, Lodge, Goldberg, el propio Presidente.
> No son monstruos morales.
> Son todos personas honorables.
> Son liberales [10].

Cuando el extremista considera enemigo al sistema liberal, se queda sin aliados y se enfrenta a un dilema que no puede resolver. Si cree, con el filósofo Herbert Marcuse, que el Estado liberal no puede reformarse y es capaz de asimilar la protesta sin perjudicar el *statu quo,* entonces la revolución es la única salida para imponer las reformas. Lo que no se transforma debe ser destruido. Sin embargo, Marcuse y algu-

nos otros extremistas son analistas sociales y políticos con gran sentido de la realidad y reconocen que la revolución no puede arraigar en un país que absorbe sin cesar a los elementos disconformes y a las minorías. La ausencia de una clase radical en América, y los objetivos conservadores que en el fondo persiguen los negros corrientes, acaso hagan imposible que se presente nunca una situación revolucionaria en la sociedad americana.

Es posible que a la luz de este dilema se comprenda mejor la predilección del radical por proyectos *ad hoc* de objetivos limitados, que no tienen que integrarse en esquemas revolucionarios de conjunto. Y sin embargo, incluso su actividad en este campo restringido podía no coincidir con los objetivos más amplios que aseguraba perseguir. Intervino a favor de programas progresistas, porque eran de carácter humanitario: había que luchar por los derechos civiles de los negros, a pesar de que, al conseguirlos, se dejarían llevar voluntariamente por la corriente liberal; había que luchar por la supresión de los 'ghettos' a pesar de que, cuando fueran eliminados, los radicales perdieran sus aliados de la clase menesterosa.

Pocos amigos podían encontrar los extremistas en la clase media americana, cuyos miembros, o eran gente satisfecha, o estaban adormecidos por las mismas instituciones liberales que habían creado. Con todo, el extremista siguió aferrado a sus principios. Es posible que la naturaleza no programática de la nueva izquierda —su énfasis en los objetivos limitados y en las empresas positivas de corto radio de acción— naciera más de una necesidad psicológica, que de la terquedad o de la falta de talento organizador. Hacer planes con respecto al futuro lejano, sopesar las posibilidades reales de la gran transformación que la nueva izquierda aspiraba a realizar en la vida moderna, hubiera significado algo así como cortejar a la desesperanza y a una frustración paralizante.

A la nueva izquierda le quedaba la vieja idea progresista de educar al pueblo y de robustecer su conciencia social y política mediante la organización del descontento y dando ejemplo de moralidad. La táctica de los radicales para educar al pueblo consistía en enfrentarlo contra las instituciones y las elites en el poder. Así, por medio de la confrontación sincera y del diálogo, el radical esperaba obligar al enemigo a que revelara al pueblo su verdadera naturaleza.

Para desempeñar su papel de ejemplo moral, el extremista se convirtió en escrupuloso vigilante de su propia integridad.

Desde su posición de autocrítica veía el camino al mundo nuevo como una especie de 'Progreso del Peregrino'. Para el radical esto era muy importante, y cada paso que daba era como poner a prueba su fortaleza y la profundidad de sus convicciones. Esta importancia de la conducta entre los radicales llevó a Irving Howe, portavoz de la vieja izquierda, a emitir el desesperanzado comentario de que «la reciedumbre personal llega así a convertirse en la sustancia, e incluso en el sustituto, de las ideas políticas... Crear, a base de demostraciones de valor, un grupo pequeño y heroico no es, en el fondo, más que una estrategia de exclusión. Y reduce las diferencias de criterio a simples matices de rectitud moral» [11].

Con todo, los nuevos radicales creían que sólo por el camino de la política podría lograrse que se concretaran los imperativos éticos: olvidarlo equivaldría a perpetuar la existencia de instituciones políticas imperfectas. El radical aspiraba a una estructura social y política nueva, en la que tuviera cabida la singularidad del individuo y en la que se pudiera evitar la colectivización masiva. Aspiraba a nuevas organizaciones políticas, cuyas formas institucionales *incluyeran* a los ciudadanos, en lugar de excluirlos, y a nuevas tácticas políticas abiertas a la participación y a la confrontación sincera, en lugar de las represivas y retorcidas en vigor. Para el radical, estas aspiraciones suyas no podían ser objeto de regateo porque constituían una proyección de sus principios morales en el campo de la política.

El extremista buscaba, por afinidad, el apoyo de los otros disconformes: los hippies. Y por lo general daba en hueso, porque los hippies presentaban el síndrome del avestruz, es decir, que negaban importancia a la política desentendiéndose de ella. Por fin, en la primavera de 1967, comenzó a manifestarse en el East Village y en el Haight-Aushbury un activismo político que llenó de esperanzas a los radicales. Apareció un hippie politizado: el 'yippie', adscrito, por lo general, a una organización desorganizada conocida con el nombre de 'Youth International Party' (Partido Internacional de la Juventud). Los líderes yippies parecían activistas políticos huidos a la clandestinidad, o que estuvieran despertando de un largo sueño. Entre ellos figuraban Jerry Rubin, antes activista en Berkeley, y Abbie Hoffman, que en tiempos trabajó por los derechos civiles. Al margen de que sus experiencias primeras las recogiera en el campo del radicalismo político o en el mundo hippie, el yippie se veía a sí mismo con satisfacción

como el sintetizador acertado de la nueva izquierda y el estilo psicodélico de vida.

Los yippies creían que la revolución se había cumplido en ellos. «Nuestro estilo de vida: LSD, pelo largo, vestimenta disparatada, grifa, música de rock, sexo, es la revolución» [12]. Una generación que había crecido a la sombra de Marshall McLuhan estaba dispuesta a declarar que el medio era el mensaje.

Los hippies se dedicaron a escandalizar y ridiculizar a la sociedad americana. Estaban convencidos de que con su sola existencia hacían burla de la mayoría de la sociedad; pero llamar la atención e impresionar a sectores de público saciado de noticias de sexo y de violencia, y hecho a la protesta, era tarea más difícil. Por eso recurrieron a gigantescas fantasías, a mentiras sensacionales y a amenazas espectaculares. En el otoño de 1967 los yippies marcharon sobre el Pentágono junto con los manifestantes por la paz, pero hicieron por su cuenta algo más que protestar. Se presentaron con una táctica especial que pondría fin a la guerra. Midieron el Pentágono con toda seriedad, lo rodearon y exorcizaron a sus espíritus malignos:

Ring around the Pentagon, a pocket full of pot
Four and twenty generals all begin to rot.
All the evil spirits start to tumble out
Now the war is over, we all begin to shout. * [13]

Por si algún espíritu maligno andaba todavía al acecho, los yippies llevaban su arma mágica, el LACE, que no hay que confundir con el MACE. El LACE era una pulverización a base de LSD y de un ingrediente secreto, el DMSO; cuando se aplicaba debidamente obligaba al instante a sus víctimas «a hacer el amor y no la guerra».

En agosto de 1968 los yippies se unieron a los activistas políticos en su invasión de Chicago. Les impulsaba a todos el propósito común de protestar por la manera de desarrollarse la convención nacional del Partido Democrático. Los yippies, por supuesto, hicieron algo más. Celebraron una convención

* Formemos un círculo en torno del Pentágono,
con el bolsillo lleno de grifa.
Veinticuatro generales comienzan a pudrirse.
Salen todos los espíritus malignos dando traspiés,
y vamos a gritar: ¡la guerra ha terminado!

simultánea y en ella nombraron a un cerdo como candidato a la presidencia del país. A los periodistas, siempre a la caza de noticias sensacionales, les confiaron sus planes terroristas de incendiar Chicago y dejarlo reducido a cenizas, y de verter LSD en los depósitos de agua de la ciudad. Los funcionarios municipales se alarmaron y pusieron una guardia a todo el complejo de abastecimiento de aguas. Bastaba que los yippies insinuaran que su próximo candidato presidencial sería un león, para que fuera reforzada la vigilancia en el zoológico.

Claro que los yippies sólo trataban de embromar a sus adversarios. No hablaban en serio al decir que cambiarían el fluoruro por el LSD. Procuraban, y con cierto éxito, sacar a la gente de su estupor, asustarla para hacerla pensar, para sensibilizarla. Esta tarea la consideraban tanto más necesaria, por cuanto sus colegas, más circunspectos, no lograban llevar al público al campo de la polémica.

Por encima de todo, los yippies eran actores. Con sus propias acciones trataban de reflejar la idiotez que veían en la sociedad organizada. Y era en este punto donde ya no coincidían los verdaderos radicales y los hippies politizados. Los yippies no sentían un interés básico por la política o por las instituciones políticas. Para ellos, la política americana era el ejemplo más evidente de la idiotez de la vida social estructurada y organizada. En tiempos de asesinatos, de candidatos presidenciales maquillados para la televisión, de senadores que fueron cantantes y bailarines, ¿qué mayor teatro que la *política?*

En un solo asunto estaban de acuerdo los hippies, los radicales, los liberales e incluso los apolíticos: en su oposición a la guerra del Vietnam. Unos se oponían a la guerra porque el servicio militar obligatorio era un atentado contra las libertades personales; otros, por pacifismo, y otros porque el servicio interrumpía sus estudios. Sin embargo, todas estas razones se apoyaban en el denominador común de una actitud antiguerra, y la posibilidad de una coalición anti-Vietnam estuvo presente desde el principio.

La protesta contra la guerra y el servicio militar crecieron constantemente desde 1965 y los participantes en ella formaban una mescolanza cada vez más compleja. Aunque el grupo extremista SANE encabezó en 1965 la marcha de la paz sobre Washington, a sus filas se fueron uniendo mamás con cochecitos de niños y estudiantes universitarios. Los radicales organizaron el plan de verano de 1967 contra la

guerra del Vietnam, pero buscaron el apoyo de los liberales. Utilizaron las técnicas acostumbradas de la protesta: marchas, manifestaciones y arengas. Pero ya en 1965 comenzaron a desarrollarse nuevas variantes, cuyo objeto era pasar de la protesta simbólica a acciones concretas contra el sistema militar.

La nueva táctica, la resistencia, era realmente antigua. Incluso en los Estados Unidos existían precedentes: en la Guerra Civil de 1863 el reclutamiento provocó sangrientos motines en Nueva York. En tiempos más cercanos y más afines a los que narramos, los estudiantes franceses contribuyeron a que terminara la guerra de Argel, organizando en 1956 la resistencia contra el servicio militar. La teoría era sencilla: la máquina de la guerra no puede funcionar sin combustible: las guerras no se pueden hacer si faltan los hombres que luchen.

Individuos aislados o pequeños grupos iniciaron los primeros actos de resistencia. En 1965 unos cuantos pacifistas de convicciones religiosas quemaron en público sus tarjetas de reclutamiento en la Unión Square de Nueva York. En 1966 el presidente del Cuerpo estudiantil de la Universidad de Stanford, David Harris, hizo un recorrido por diversas universidades instando a los estudiantes a que desobedecieran las disposiciones del servicio militar. En esta ocasión tuvo poco éxito, pero en 1967 la resistencia se estaba convirtiendo en una alternativa política viable. Entre las jerarquías de la Iglesia y los intelectuales izquierdistas existían manifestaciones de apoyo franco a esta resistencia. En los primeros meses de 1967, portavoces distinguidos de la comunidad intelectual como Noam Chomsky y Paul Goodman discutieron en *The New York Review of Books* las diversas tácticas antibélicas. Tras reafirmar su posición contra la guerra, declararon que el apoyo a la resistencia era un imperativo lógico, moral y político. En el curso de sus discusiones establecieron una serie de razones justificativas y defensoras de la resistencia; todo ello redundó en beneficio del movimiento, al recibir una gran publicidad y el apoyo de otros intelectuales. Cuando un grupo de la Universidad de Cornell decidió escenificar la primera quema masiva de tarjetas de reclutamiento en la marcha de la paz sobre Washington del 15 de abril de 1967, *The New York Review of Books* se hizo eco del acontecimiento y alentó a los jóvenes a que se unieran al acto. Aquel día fueron quemadas entre ciento cincuenta y doscientas tarjetas

de reclutamiento en el Sheep Meadow del Central Park. Este hecho marcó el verdadero comienzo de la resistencia.

Los hombres que la organizaron eran, al mismo tiempo, idealistas y prácticos. Se combinaba en ellos el sentido moral y la flexibilidad táctica de los radicales; abogaban por un análisis realista de la política así como la búsqueda de la máxima eficacia política. No organizaron la resistencia porque creyeran que cien mil hombres se alzarían contra el sistema sino para que, quienes de hecho lo hicieran, recibieran la asistencia de aliados y consejeros, y para que los indecisos se animaran con el ejemplo. Y la organizaron con el fin de que las masas de ciudadanos apáticos e inertes de la clase media se percataran de la crisis de la guerra y se decidieran a entrar en acción. La resistencia no era un remedio curativo, sino un catalizador, un vehículo para la educación del pueblo y una coalición que trataba de ser efectiva en lo político.

La cuestión de la libertad personal fue al principio —y lo siguió siendo— el pivote central del movimiento. La literatura de la resistencia admitía que el reclutamiento se podía eludir de diversas maneras; un hombre en edad militar podía conservar su prórroga de estudios; eximirse dedicándose a determinados trabajos; pasar a la «clandestinidad» o emigrar. Pero los defensores de la resistencia alegaban que todas estas opciones no sólo eran maniobras de compromiso con el Sistema de Servicio Selectivo y con el régimen, sino una aceptación tácita de los mismos; representaban, también, el sometimiento a una especie de control militar sobre la vida del individuo. Este control no parecía ser una consecuencia accidental del sistema de reclutamiento; se decía que el Gobierno había proyectado el Servicio Selectivo con la idea de dirigir la vida de los ciudadanos, estuvieran o no dentro de las fuerzas armadas. Una publicación oficial titulada *Channeling* explicaba así las virtudes del sistema:

> La amenaza de que puede quedarse sin prórroga, presiona al estudiante a lo largo de su carrera. Y después que se gradúa, la misma presión continúa con igual intensidad. Se ve impelido a dedicarse a su especialidad antes que embarcarse en empresas de menor importancia, y se le estimula a que use sus conocimientos en actividades de interés nacional. La pérdida de la prórroga recae sobre el individuo que, tras adquirir unos conocimientos, no los usa, o los usa en actividades no esenciales... La psicología de presionar, dando al mismo tiempo amplias posibilidades de acción, es la manera americana, o indirecta, de conseguir

lo que en otros países, donde no se permite elegir, se hace obligadamente [14].

La resistencia instaba a los hombres a que se percataran de este control del individuo, sutil pero absorbente, y lo rechazaran. «Libérate» era el lema de la resistencia, en el que se reflejaba el credo de los hippies y los *beats* y el imperativo pacífico de los radicales.

Pero el movimiento buscaba algo más que la liberación personal; no sólo se había creado para protestar contra la política americana, sino también para imponer cambios en ella. Por ejemplo, aunque la resistencia aconsejaba la emigración, no la respaldaba. Por la emigración se podían reducir los recursos humanos del ejército, pero sólo mediante la resistencia era posible desarticular al sistema.

El 16 de octubre de 1967 más de mil jóvenes sujetos a reclutamiento devolvieron sus tarjetas en casi treinta ciudades. El 4 de noviembre y el 6 de diciembre, casi seiscientos jóvenes siguieron el ejemplo, y el 3 de abril de 1968 fueron devueltas casi mil tarjetas más. La resistencia individual crecía de día en día y con firmeza, aunque no espectacularmente. En St. Louis un promedio de dos hombres al mes se negaban a ingresar en filas; en Nueva York, dos a la semana, y en Boston, tres. El promedio de Los Angeles ascendía a siete semanales, y en San Francisco hubo semanas en que treinta hombres se arriesgaban a ir a la cárcel. La resistencia situó a sus activistas en los centros de reclutamiento para que aconsejaran a los objetores y para que distribuyeran octavillas entre los demás enganchados, dislocando así el trabajo del Servicio Selectivo y obligando a los militares a que explicaran en los tribunales el alcance de las disposiciones relativas al ingreso en filas.

La resistencia no comentaba las desagradables consecuencias del desafío a las leyes. Las penas que inevitablemente recaían sobre los resistentes variaban desde tres meses a tres años de reclusión, que habían de cumplirse en lugares diversos, desde prisiones granja, con un mínimo de vigilancia, hasta las celdas del penal de San Quintín. Para el otoño de 1968, por lo menos mil hombres estaban en esa situación. Sin embargo, cada caso daba la oportunidad de llevar a los militares a juicio y de recusar las leyes del servicio obligatorio. En 1969 la Corte Suprema estudiaba la posibilidad de recu-

sar la legalidad de la 'reclasificación' como castigo por participar en manifestaciones políticas.

Técnicamente la resistencia incluía sólo a hombres en edad militar que se negaban a cooperar con el Servicio Selectivo. Pero también intervinieron otras personas en la oposición al sistema militar y en apoyo al movimiento. A comienzos de 1968, el Dr. Benjamin Spock, William Sloane Coffin, Marcus Raskin, Michael Ferber y Mitchell Goodman fueron acusados de conspirar contra el servicio obligatorio. El arresto del Dr. Spock centró la atención del gran público en el movimiento. Los ciudadanos de la clase media, que ya estaban perplejos por la actitud rebelde de incluso los jóvenes pulcros y afeitados, se quedaron de una pieza ante aquel buen doctor que les había enseñado, mediante sus libros, a cuidar y a alimentar a sus hijos. Que un hombre como el doctor de solidarizara con la campaña antibélica y la defendiera, probablemente influyó más que la quema de tarjetas y que los juicios contra los resistentes, a que la gente mirara con otros ojos los problemas de la guerra y del servicio y se decidiera a actuar. En periódicos y revistas se solicitaron declaraciones de complicidad. «¿Ha conspirado usted alguna vez con el Dr. Spock? ¿En alguna ocasión se ha opuesto de pensamiento, palabra u obra a la guerra?» En una concentración realizada después del proceso, quinientas personas firmaron esta declaración de complicidad. Entre los que hablaron a favor de Spock y de la resistencia se hallaba Martin Luther King, el cual se expresó con claridad: «Si Spock es culpable, todos los que pensamos como él somos culpables.»

Tras la condena del doctor, la resistencia se volvió más agresiva. En mayo de 1968 nueve pacifistas católicos se llevaron 378 legajos de la oficina de reclutamiento de Catonsville, Maryland, y los incendiaron con napalm de fabricación casera. «Los nueve de Catonsville» no eran jóvenes, ni hippies, ni radicales: entre ellos había tres antiguos misioneros, una enfermera, una artista y dos sacerdotes. «Los nueve» alegaron que cierto tipo de propiedades no tienen derecho a existir, y que los legajos del servicio obligatorio, instrumentos de una guerra ilegal e inmoral, eran de ese tipo. Un jurado federal los declaró culpables de destruir propiedades del Gobierno y de obstaculizar el funcionamiento del Sistema del Servicio Selectivo. «Los nueve» se vieron ante una condena de dieciocho años de prisión y 22.000 dólares de multa.

El 24 de septiembre de 1968, catorce resistentes penetra-

ron en las oficinas centrales del Servicio Selectivo de Milwaukee y destruyeron 25.000 expedientes con napalm casero. De los catorce, seis eran clérigos. Con arreglo a las leyes del Estado, se les acusó de asalto, incendio y robo (le quitaron unas llaves a una mujer de la limpieza). Con arreglo a las leyes federales, se les acusó de quemar expedientes del servicio militar. ¿Por qué habían quemado los archivos? «Si hemos de estar al servicio de la vida —dijo el portavoz del grupo— no nos queda otra alternativa que emprender acciones positivas contra lo que ya no es sino la manera americana de morir.»

Incluso dentro de las fuerzas armadas se popularizaba el «libérate». Los soldados desertaban y buscaban en Europa refugio permanente. La resistencia estaba allí para darles consejos y ayuda. En ocasiones los desertores buscaban amparo en los recintos universitarios sólo el tiempo preciso para celebrar conferencias de prensa y dar publicidad a su oposición a los militares y a la guerra. También estaba allí la resistencia para organizar concentraciones y notificar a la prensa. Incluso en los cuarteles se hallaba la resistencia distribuyendo octavillas entre los soldados, mientras que los militares contrarios a la guerra hablaban de la sindicalización de los hombres en filas.

¿En qué posición, con respecto a la sociedad, se encontraban los disconformes en los años finales de la década de los 60? Los hippies, como sus predecesores los *beats,* estaban a merced de la sociedad de la que se habían marginado. Estos grupos pudieron crecer porque, irónicamente, en esa sociedad se había desarrollado una gran tolerancia por el inconformismo. Aunque en teoría vivían libremente y sin cortapisas, en realidad estaban rodeados de leyes y disposiciones. Como no deseaban emprender acción alguna para cambiarlas, lo único que podían hacer era desconocerlas o eludirlas. Las leyes antidroga hicieron arriesgado el uso del LSD. Y aunque renunciaran a la sociedad, no por eso estaban libres de obligaciones para con ella. El Servicio Selectivo les imponía los mismos deberes que a sus hermanos corrientes. La protesta del hippie era pasiva, un estilo de vida encerrado en sí mismo y difícil de adaptar a formas y programas estructurados e institucionales. Sólo por el ejemplo podía hacer conversos. Y no le quedaba otro recurso que aguardar, con la esperanza de que su forma de vida predominara en el futuro.

También los radicales pertenecían a una minoría social su-

jeta a restricciones más o menos rígidas, encaminadas a debilitar su poder agresivo o a forzarlos a participar en los mismos ritos institucionales que deseaban transformar. Pero los radicales no asumían una actitud pasiva. Tenían como objetivo reestructurar las instituciones y, por lo tanto, no se dejaban someter tan fácilmente como los hippies. Las instituciones no absorben sin esfuerzo a sus antítesis; los corredores de bolsa podían dejarse el pelo largo y fumar marihuana sin renunciar al capitalismo, pero el mercado de valores no podía sobrevivir sin el capitalismo.

La sociedad podía permitirle al hippie que siguiera con su existencia marginal, pero en cuanto a los radicales políticos, o se les engatusaba con habilidad para llevarlos de nuevo a la corriente, o se les aislaba, se les silenciaba y, en la medida de lo posible, se les destruía. La única alternativa sería llevar a cabo las vastas reformas que esos radicales exigían.

13. La conmoción estudiantil en las universidades americanas

Mediada la década de los años 60 un gran número de jóvenes americanos se sentía a disgusto con la sociedad y con sus instituciones. Tal descontento tenía muchas raíces. En primer lugar, muchos simpatizantes del movimiento negro de liberación se convirtieron en activistas. En segundo lugar, la guerra del Vietnam simbolizaba todo lo que había de injusto y repelente en los Estados Unidos. Para los jóvenes extremistas, bombardear y calcinar a los campesinos asiáticos parecía ser una manifestación, aprobada por el Gobierno, de la misma locura que se revelaba con la colocación de bombas en las escuelas dominicales infantiles del sur. Y, finalmente, como los pocos héroes de los jóvenes fueron asesinados a tiros en actos de violencia absurda, las doctrinas y las instituciones liberales eran vistas con sospecha y desconfianza crecientes [1].

Los estudiantes en particular sentían una hostilidad cada vez mayor contra sus propias instituciones: las universidades. Estas universidades crecían de año en año y los estudiantes iban quedando reducidos a simples números de matrícula, a unidades anónimas dentro de la masa. Como los

trabajadores de los primeros tiempos de la Revolución Industrial que encontraban deprimente y cruel el ambiente de las fábricas, estos estudiantes se indignaban con las vastas dimensiones y la impersonalidad de las universidades principales.

Las más importantes y prestigiosas universidades americanas, basadas en los modelos alemanes del siglo XIX, se fundaron y administraron para formar en ellas científicos y líderes que sirvieran a la comunidad con sus conocimientos e investigaciones. En las principales universidades americanas nunca se recompensó lo suficiente la buena enseñanza que se impartía a los estudiantes; los ascensos y las cátedras en propiedad eran siempre para los profesores con obra escrita y para los que se hacían famosos por sus logros científicos fuera de la universidad, o por sus servicios al Gobierno o a las corporaciones.

Por supuesto, las universidades diferían entre sí en cuanto a su tamaño, sus prácticas de enseñanza, su sensibilidad político-social y su autonomía. Una de las mayores era la de Berkeley, en California. Con 27.500 estudiantes hubiera sido difícil, en cualquier circunstancia, crear un ambiente propicio al desarrollo de las individualidades. Varios estudiantes de Berkeley pasaron en Mississippi el «verano de la libertad» de 1964 con el C. O. R. E. o el S. N. C. C., ayudando al registro de los electores negros. Regresaron a Berkeley convencidos de la eficacia de la acción directa para el logro de reivindicaciones sociales y, al frente de sus compañeros estudiantes, se dedicaron a trabajos electorales en el otoño de 1964. Establecieron sus oficinas centrales en una zona de «libertad de palabra» contigua al recinto universitario, por la entrada del Bancroft-Telegraph; tradicionalmente esta zona se usaba para los actos de tipo político, pero, de pronto, las autoridades universitarias descubrieron que formaba parte del área universitaria y que, por lo tanto, la prohibición en vigor de celebrar actividades políticas también afectaba a esa zona.

De esta manera quedó preparado el escenario donde iba a tener lugar el primero de los grandes movimientos estudiantiles de protesta, el cual fue más significativo por sus consecuencias que por la revuelta en sí. El movimiento 'Libertad de Palabra' de Berkeley no sólo consiguió sus objetivos, sino que estableció una serie de precedentes: los estudiantes ocu-

paron el edificio de la administración un par de veces y la policía los expulsó a la fuerza; el profesorado reaccionó ante los hechos y se vio envuelto en la política universitaria, colocándose, generalmente, al lado de los estudiantes; y la administración de la universidad demostró su incapacidad frente a la protesta y la rebeldía.

Mario Savio, el jefe de los radicales de Berkeley, se convirtió en figura nacional al transformar el movimiento 'Libertad de Palabra' en un ataque general contra el concepto de la «multiversidad». Clark Kerr, presidente de la Universidad de California, fue quien concibió esta idea de la universidad moderna como una máquina inmensa y compleja, y Savio reaccionó con un violento ataque contra la máquina. Kerr, en otro tiempo árbitro de conflictos laborales, no usaba del arbitraje en el gobierno de la universidad. Dirigía los siete recintos de la Universidad de California como si estuviera al frente de una autocracia centralizada, y todas las decisiones que se tomaban, precisaban su previa aprobación. Aunque se le admiraba en el mundo educativo, Kerr demostró una absoluta incompetencia en su manera de enfrentarse a la protesta estudiantil. La suya fue una de las primeras carreras que quedaron destruidas a lo largo del movimiento estudiantil de protesta.

En Berkeley se daban todas las características reinantes en la mayor parte de las «grandes» universidades americanas: se atendía de mala manera a la enseñanza; los profesores famosos y brillantes que figuraban en la nómina raras veces pisaban la cátedra. Algunos leían sus disertaciones en clases abarrotadas, pero eran pocos los que cumplían con el horario y leían los trabajos de los estudiantes. Los licenciados, que en calidad de adjuntos realizaban casi todo el trabajo docente, se sentían explotados por los profesores y disgustados con el sistema de enseñanza.

La cuestión de la libertad de palabra en Berkeley encerraba un transfondo más profundo: el problema del derecho de los estudiantes a la plena ciudadanía, revelador de una intensa animadversión hacia la «multiversidad». Cuando los manifestantes ocuparon por segunda vez el Sproul Hall el 2 y 3 de diciembre de 1964, las autoridades agravaron el caso hasta convertirlo en una verdadera confrontación. La policía de la ciudad, a instancias de la administración, intervino contra una sentada de carácter pacífico, de tal manera que se ganó la repulsa del profesorado, de los estudiantes que

no participaban en la huelga y de los lectores de periódicos de todo el país. Se registraron actos de brutalidad policíaca pero, en comparación con lo que ocurrió más tarde, la policía se comportó con bastante mesura. Sin embargo, los profesores y estudiantes que presenciaron el lento proceso de evacuación del edificio (operación que duró doce horas) quedaron anonadados. El profesorado aprobó una serie de resoluciones pidiendo la amnistía para los manifestantes y la inmediata puesta en vigor de disposiciones más liberales con respecto a la libertad de palabra. Y, también, que se nombrara un nuevo presidente.

Berkeley tuvo un nuevo presidente interino, Martín Myerson, el cual anunció haberse llegado a un acuerdo favorable para los estudiantes en el asunto de la libertad de palabra. Los estudiantes se fragmentaron entonces en muchos grupos radicales, entre ellos un movimiento en pro de la palabra sucia, que tuvo poco arrastre y corta vida. Sin embargo, los legisladores de California y los regentes universitarios le concedieron tal importancia, que Kerr y Myerson, ninguno de los cuales abogaba por el lenguaje procaz, presentaron su dimisión provisional. A los dos preocupaba, y con razón, que se mezclara la gente de fuera en los asuntos universitarios: la reacción que se produjo en todo el estado contra los radicales de Berkeley ayudó a Ronald Reagan a llegar a la gobernación del estado en 1968. Reagan redujo el presupuesto universitario, provocó la caída de Kerr y favoreció una mayor intromisión de los funcionarios estatales en el campus de Berkeley. Myerson presentó de nuevo su renuncia, esta vez con carácter irrevocable, y varios profesores, disgustados con el ambiente reinante, siguieron su ejemplo. Un profundo daño se había inflingido a la universidad.

Las consecuencias del levantamiento de Berkeley se dejaron sentir inmediatamente, Desde el invierno de 1964 hasta la primavera de 1968 la protesta estudiantil se alzó por todo el país. Desde enero hasta junio de 1968, 221 manifestaciones de importancia tuvieron lugar en 101 universidades americanas. Un aire de rebeldía soplaba por doquier y los sucesos ocurridos a mediados de la década de los 60 continuaban siendo causa de disgusto y alienación. Berkeley había demostrado que los jóvenes radicales podían ganar en la propia universidad las peleas sociales y políticas. (Por lo demás no les quedaba más remedio que pelear, pues en ningún caso se

efectuaron reformas de fondo en ninguna universidad, a pesar de los sucesos de Berkeley.)

Una confrontación de grandes proporciones parecía inevitable. Los jóvenes de los últimos años de la década de los sesenta daban la impresión de pertenecer a una generación muy diferente a las demás. Su consumo de drogas, sus melenas, su forma de vida, su hostilidad hacia el patriotismo tradicional eran como un desafío a sus padres y maestros, los cuales llevaron el pelo corto y fueron de buen grado a la guerra. Los jóvenes «reclutables» de los años sesenta eran muy distintos, con una guerra diferente en perspectiva.

La universidad de Columbia parecía que ni pintada para la gran confrontación. En primer lugar, la propia universidad se hallaba en mala situación. Originalmente fue un colegio de formación cultural para caballeros, pero a principios del siglo Nicholas Murray Butler lo transformó en un centro internacional de enseñanza. Butler conservó en sus manos todas las funciones administrativas. Concedió autonomía propia a las diversas facultades, pero bajo su supervisión, y no existía ningún cuerpo de profesores que, representando al conjunto de la universidad, marcara pautas o trazara la política a seguir. Tras la muerte de Butler en 1945, las administraciones más débiles que se sucedieron (entre ellas la de Dwight Eisenhower desde 1947 a 1952) perdieron el control del centro, y Columbia se convirtió en una colección de facultades autónomas, algunas excelentes y otras muy malas. El Columbia College, donde estudiaban los varones, estaba como perdido entre gigantes. En su nómina figuraban profesores de extraordinario renombre, pero muchos de ellos pasaban el tiempo volando a Washington o alrededor del mundo.

Además, Columbia se hallaba entre Broadway y la Calle 116, junto a Harlem, una de las mayores y más pobres comunidades negras del mundo occidental. La universidad tenía malísima reputación como propietaria y como vecina. Aunque en ella residían algunos de los liberales de fama mundial más admirados, su administración desalojó a cierto número de inquilinos de algunos edficios con el objeto de procurar despachos y viviendas a su profesorado, haciendo caso omiso de las angustiosas necesidades de sus vecinos de Harlem, al otro lado del Morningside Park.

En 1952, Grayson Kirk recibió la presidencia de Columbia de manos de Eisenhower. No hizo nada, o muy poco, para limitar la autonomía de las facultades, ni para impedir

que la institución siguiera decayendo. Los profesores renunciaban, contratados por universidades más dinámicas, y los estudiantes se sentían cada vez más disgustados por el poco interés de sus maestros y por la mentalidad, propia de computadoras, de los funcionarios administrativos. El administrador de Columbia, Jacques Barzun, demostró brillantez y estilo en sus escritos y en puntos espinosos de detalle administrativo, pero no hizo nada por promover la gran reforma que precisaba la universidad.

En 1967 un nuevo vice-presidente y administrador parecía dispuesto a realizar cambios sustanciales. David Truman, antiguo decano del Columbia College, prometió remozar la enseñanza que se impartía a los estudiantes y remunerar debidamente la labor efectiva del profesorado. El nombramiento de Truman fue un síntoma alentador, pero llegó demasiado tarde para impedir el desastre.

El anuario del Columbia College de 1968 estaba ya en la imprenta cuando comenzaron los desórdenes. Por entonces, ninguna autoridad prestó atención al libro, aunque se trataba de un documento extraordinario. El anuario, que tradicionalmente era un exponente del buen humor estudiantil, constituía un acerbo testimonio de desengaño y hostilidad. Incluso los profesores más populares quedaban ridiculizados en el libro, y se describía a la propia universidad como una máquina gigantesca dispuesta a deformar y a machacar la personalidad de cada estudiante. Cada una de sus páginas ponía de manifiesto la convicción estudiantil de que estaban siendo engañados y de que las tradiciones liberales eran inoperantes. Lógicamente, en cuatro años de clases, los estudiantes se empapaban de los valores liberales, pero su anuario dejó bien patente que desconfiaban de esos valores y de las instituciones que los preconizaban.

A principios de 1968 una revisión de la ley de reclutamiento puso fin a las prórrogas por razones de estudio y exacerbó el odio ya existente contra la guerra y las autoridades. Además, la cruzada y los éxitos del senador Eugene McCarthy, cuya campaña llevaron adelante los estudiantes, convirtieron a la protesta y a la acción política en factibles y deseables. El asesinato, en abril, de Martin Luther King, despojó a los jóvenes de otro héroe e ilustró de nuevo el fracaso del sueño americano. En la primavera de 1968 la rebelión estudiantil parecía inevitable. Y tuvo lugar en Colum-

bia, porque el lugar en que estaba situada la universidad la implicaba directamente en la cuestión de los derechos civiles; porque su debilidad institucional la hacía vulnerable a los trastornos y porque en su seno figuraban estudiantes radicales de excepcional habilidad y decisión.

El grupo que principalmente canalizó la inquietud estudiantil para llevarla al campo de la acción directa fue el 'Students for a Democratic Society', o S. D. S. (Estudiantes por una Sociedad Democrática), que se fundó en los primeros años de la década de los sesenta como un vástago de la Liga por la Democracia Industrial, de carácter socialdemocrático. Los S. D. S. eran una organización heterogénea en lo político, pero muy extremista, y abogaba por la eliminación de la sociedad capitalista americana; su labor más eficaz se desarrollaba en las universidades y en los 'ghettos' del país. La filial de Columbia de los S. D. S. protestó contra la postura «racista» de la universidad en sus relaciones con Harlem, contra la prohibición de las actividades políticas estudiantiles y, principalmente, contra las conexiones de Columbia con el complejo industrial militar y con la guerra del Vietnam.

Columbia pertenecía al 'Institute for Defense Analysis' (Instituto para el Análisis de la Defensa), grupo de universidades organizado para orientar al Gobierno en cuestiones de defensa, de control de disturbios, y de investigaciones sobre tácticas y armas. El cargo de Kirk en la junta del I. D. A. molestaba a los estudiantes radicales, y la colaboración de la universidad con ese Instituto ponía en entredicho el concepto de «universidad libre», puesto que aceptaba proyectos oficiales de naturaleza casi política. Además, en el 'campus' de Columbia se autorizaron las operaciones de reclutamiento de la Marina y de la 'Central Intelligence Agency' (Agencia Central de Información Secreta), lo cual indignaba a los estudiantes antibélicos.

Sin embargo, la causa inmediata de la rebelión de Columbia fue el resentimiento que provocaron las obras de construcción de un nuevo gimnasio en el vecino Morningside Park. Los síndicos de la universidad habían reunido cinco millones de dólares para edificar un nuevo y espléndido centro deportivo en terrenos arrendados del parque público. Desde el comienzo, el proyecto tropezó con cierta oposición, pero Columbia, decidida a embellecer su imagen como uni-

versidad de la Ivy League * mejorando su programa atlético, siguió adelante con los planes. Sin embargo, en consideración a las protestas en la comunidad negra, se tomó la medida de que fueran abiertas algunas partes del edificio a los vecinos de Harlem. Pero el lugar de entrada desde Harlem, por una puerta trasera, y la situación del gimnasio, a modo de un muro de Berlín entre Morningside Drive y Harlem, enfureció a los radicales negros. Columbia tenía ya mala reputación local y desde el comienzo se sospechó que su idea era establecer un gimnasio segregado. A cada fase del proyecto y de la construcción del centro deportivo aumentaba la hostilidad contra él.

Columbia carecía de política oficial contra la protesta política estudiantil, pero en 1966, cuando comenzó a hacerse efectiva dicha protesta, dislocando el proceso educativo, menudearon las confrontaciones ruidosas entre los estudiantes y la administración. En 1966 y 1967 hubo manifestaciones contra los reclutamientos de la C. I. A. y contra los procesos disciplinarios subsiguientes. En el otoño de 1967, la universidad prohibió las manifestaciones en el interior de los edificios pero, a pesar de ello, en marzo de 1968 tuvo lugar dentro de la Low Library (el edificio administrativo) una demostración contra las conexiones de la universidad con el I. D. A. Del gran número de estudiantes que se manifestaron, sólo seis fueron dados de baja provisionalmente; y los seis eran líderes de los S. D. S. La organización tenía ahora un motivo estupendo para lanzarse a una protesta furiosa y efectiva: luchaba por su vida como grupo viable dentro de Columbia.

El 22 de abril, lunes, los S. D. S. anunciaron que encabezarían una marcha al día siguiente para entrar en la Low Library. Los dirigentes de los S. D. S. no sólo abrigaban el propósito de llamar la atención sobre determinados problemas, sino que buscaban también provocar un choque con la administración, el cual pudiera «radicalizar» a los estudiantes moderados. Los enemigos de los S. D. S., conservadores y atletas que creían que la minoría radical ponía trabas al pacífico proceso educativo de la mayoría, declararon por su parte que se opondrían a cualquier intento de penetrar en el edificio ad-

* Nombre que recibe el conjunto de las universidades de mayor prestigio de los Estados Unidos; todas ellas se encuentran en la costa este.

ministrativo; y en el día señalado se situaron en la escalinata de la entrada, dispuestos a hacer frente a los manifestantes.

La escalinata de la Low Library arranca del paseo central (llamado College Walk) del recinto universitario, cuyas características, de regias formas geométricas, son muy apropiadas para escenas revolucionarias y melodramáticas. Los radicales se congregaron en el mismo paseo, junto a un gran reloj de sol que, colocado en un pequeño altozano, formaba una plataforma ideal para los oradores. Unos mil estudiantes, atraídos por la perspectiva de asistir a una confrontación entre los radicales y los «cavernícolas», escucharon los alegatos de Mark Rudd, presidente de los S. D. S., contra la prohibición de manifestarse de puertas adentro. Los líderes de la 'Students Afro-American Society' (Sociedad Afro-Americana de Estudiantes) hablaron contra el gimnasio. Tras rechazar una propuesta de última hora para celebrar una entrevista con la administración, los estudiantes marcharon sobre la Low Library. Pero el edificio estaba cerrado y los manifestantes, para evitar un choque con los estudiantes conservadores, se dirigieron al lugar del gimnasio en obras. Destrozaron parte de una valla metálica que rodeaba las excavaciones, y esto atrajo la atención de la policía. Hubo un choque, o una serie de choques, y algunos curiosos tuvieron oportunidad de comprobar cómo los policías utilizaban las porras.

Sin embargo, en el gimnasio había poco que hacer, y Rudd regresó con los suyos al 'campus'. Los estudiantes, sin tener ya nada concreto en mientes, se fueron reuniendo en el Hamilton Hall (un edificio de clases), donde se pusieron a escandalizar hasta que el decano interino, el vicedecano y el encargado de la disciplina escolar entraron en el edificio y se metieron en sus despachos, negándose a escuchar ninguna demanda que fuera formulada bajo tales circunstancias. Los manifestantes tomaron la cosa con calma, pidieron víveres y guitarras y se dedicaron a comer, hablar y cantar mientras sus líderes elaboraban una petición.

Fueron sometidas a votación seis demandas, y las seis fueron aprobadas por los reunidos: interrupción inmediata de las obras del gimnasio; fin de las relaciones de la universidad con el I. D. A.; autorización para celebrar manifestaciones de puertas adentro; nombramiento de un comité de estudiantes y profesores, que tomaría decisiones disciplinarias; renuncia de la universidad a presentar cargos contra

los arrestados en el gimnasio; y amnistía para todos los implicados en la demostración en curso.

El decano, Henry Coleman, se quedó prudentemente en su despacho. No está claro si era o no, literalmente, un rehén; pero él y varios miembros conservadores de su guardia de corps estudiantil, que se formó espontáneamente para protegerle, pasaron la noche del martes en Hamilton Hall. También muchos manifestantes trasnocharon allí y, a la mañana siguiente, la naturaleza de la ocupación se había alterado por completo; los S. A. S. invitaron a los manifestantes blancos a desalojar el edificio y se hicieron cargo de él, bautizándolo con el nuevo nombre de Nat Turner Hall de la Universidad Malcom X. Los líderes de la comunidad adulta negra habían llegado durante la noche y alentaron a los estudiantes de color a que centraran su protesta en la cuestión específica del gimnasio. Como es natural, el cambio de manos del Hamilton Hall afectaba a la posición de las autoridades de Columbia, las cuales no deseaban provocar disturbios llamando a la policía; en esto coincidían con el alcalde de la ciudad, John V. Lindsay, que tampoco quería que se produjeran confrontaciones raciales de envergadura.

Tras ser despachados de Hamilton Hall por los negros, los radicales blancos se enfrentaron a un dilema: o cedían en su actitud, con el consiguiente riesgo de ser sancionados, incluso con la pérdida total de los estudios, o abrían un segundo frente. Mark Rudd se decidió por la segunda alternativa y, en la madrugada del 24 de abril, los S. D. S. atravesaron el campus para «liberar» la Low Library. Irrumpieron en el edificio, realizando una acción revolucionaria más que de simple protesta, y se aposentaron en el despacho del propio Kirk. Usaron su material de oficina, se fumaron sus puros y se felicitaron, porque su hazaña rivalizaba con la de sus colegas negros y porque se encontraban en la vanguardia de una guerra. Sólo unos pocos líderes eran radicales de cuerpo entero, con un buen conocimiento de las teorías sociales. La mayoría de los estudiantes extremistas procedía de hogares de la clase media, en los cuales las irrupciones violentas no sólo se consideraban delitos, sino incluso pecados.

Al convertirse la protesta estudiantil en una demostración del Poder Negro, la administración no supo qué camino tomar. El incidente se había desarrollado en presencia de todos los medios informativos y tanto los estudiantes como los administradores universitarios del país entero seguían los acon-

tecimientos y aguardaban el desenlace. Al principio, los funcionarios de la universidad trataron de llegar a una paz separada con los negros, pero la S. A. S. insistió en que se cumplieran los seis puntos de la petición del 23 de abril.

Entonces intervino el profesorado. A falta de una organización que representara a las diversas partes de la universidad, el profesorado estableció unos comités *ad hoc* que discutieran la crisis e hicieran recomendaciones, sirviendo así a modo de mediador liberal entre los estudiantes extremistas y los administradores reaccionarios. Muchos profesores encontraban justificadas las reclamaciones de los estudiantes y algunos incluso simpatizaban con la filosofía radical; pero casi a ninguno le gustaba que la protesta degenerara en revuelta. Sin embargo, carecían de poder efectivo para negociar un arreglo y corrían el riesgo de agravar la alienación de los estudiantes con promesas sin valor. Casi todos los profesores opinaban que las obras del gimnasio cesaran de inmediato, pero no estaban tan de acuerdo con la exigencia de que se concediera una amnistía total. Tenían las esperanza de llegar a constituir una junta tripartita de estudiantes, profesores y administradores que implantara una política disciplinaria, pero no encontraban lógico que quedaran impunes la desobediencia civil y las interrupciones a la vida normal universitaria. Los profesores trasladaron sus recomendaciones a Kirk, que no las tomó en cuenta y que llevó el problema a los síndicos. Estos caballeros, en su mayor parte figuras destacadas del sistema, recibieron la petición de que aceptaran la responsabilidad de las decisiones que se tomaran con respecto a la universidad.

Práctica y filosóficamente la cuestión de la amnistía era un asunto enojoso, tanto para los moderados como para los radicales. A los manifestantes de los derechos civiles en el sur no les importó ir a la cárcel, por ser un sacrificio que les imponía la causa, pero las leyes universitarias no eran tan concretas como las civiles. Los S. D. S. se consideraban más como negociadores laborales que como infractores de la ley. En las discusiones de tipo laboral, la amnistía, por lo general, se daba por descontada (a los sindicatos no se les responsabilizaba por las pérdidas patronales durante las huelgas) y los extremistas alegaban que no había razón para que no se diera también por descontada en las negociaciones con el proletariado estudiantil. Para ellos, los estudiantes eran una clase explotada, y por otra parte, y como cuestión de fondo, no

aceptaban la legitimidad de la autoridad universitaria, por no estar basada en la democracia representativa; e insistían en que había que obligar a las autoridades a que concediesen la amnistía a modo de confesión de su ilegitimidad.

El decano Coleman cruzó las barricadas de Hamilton Hall la tarde del miércoles e informó que se le había tratado muy bien. Ya no era un rehén, si es que lo fue en algún momento, pero la rebelión no aflojó el paso. En la madrugada del jueves fue «liberado» otro edificio (el Fayerweather Hall, dedicado a la historia y a las ciencias sociales) por unos estudiantes muy distintos de los que intervinieron en Low Hall. Estos hombres y mujeres, en su mayor parte graduados, estaban muy lejos de ser radicales; muchos estaban casados y bien avanzados en sus carreras académicas. Para los estudiantes conservadores, la ocupación de Fayerweather fue mucho más inquietante que la del edificio administrativo, porque significaba que los rebeldes habían conseguido trastornar el proceso educativo. No se podía seguir dando clase en Fayerweather, y los que no estaban de acuerdo con los radicales se veían así despojados de su derecho a recibir instrucción.

Dentro de la Low Library los estudiantes pasaron el jueves haciendo faenas de tipo doméstico y gastando bromas, como la de remitir por correo la tarjeta de reclutamiento del presidente Kirk al centro de enganche local. También sacaron cartas de los archivos y copiaron las que se referían a las conexiones con el I. D. A. Por la tarde fue «liberado» otro edificio, el Avery Hall, para graduados en arquitectura; sus estudiantes se negaron a abandonarlo cuando llegó la hora de salir. Hacía tiempo que el profesorado y los estudiantes de arquitectura estaban indignados por la negativa de la universidad a consultar con la Escuela de Arquitectura la planificación y construcción de los edificios universitarios. En todos los edificios «liberados», que llegaron a ser cinco, se formaron comités de defensa para proteger a los allí refugiados contra los intentos de invasión que realizaran los estudiantes conservadores o la policía.

El jueves por la tarde tuvo lugar en el cruce de Broadway con la Calle 116 una concentración de la comunidad negra. Los oradores denunciaron el racismo de la universidad y la reunión terminó con una marcha a través del 'campus' en dirección al gimnasio. Una masa de contramanifestantes se había congregado junto a los portones del campus, por la

parte de dentro, y cuando la policía intentó abrir paso para que los negros continuaran hasta el gimnasio, los «cavernícolas» se opusieron. Al fin éstos se dejaron convencer y desistieron de su actitud obstruccionista; pero con el episodio aumentó su cólera y su frustración ante el éxito de los extremistas y los negros, que parecían haberse adueñado del 'campus'. Los estudiantes conservadores se dedicaron a recorrer el recinto universitario, buscando la manera de desahogar su furia y su disgusto.

A las tres de la madrugada del viernes, un grupo de radicales, en el que figuraba Tom Hayden, miembro fundador de los S. D. S., ocupó el Mathematics Hall. Minutos más tarde, el vicepresidente Truman anunció al profesorado reunido, que las autoridades universitarias habían llamado a la policía. Los profesores, preocupados y furiosos, se ausentaron de la reunión para ir en defensa de sus estudiantes. Tras una breve y sangrienta confrontación en la que también los profesores fueron golpeados con las porras, la policía entró en la Low Library. No ocurrió mucho más. Se concedió una tregua, la policía abandonó el 'campus' y Rudd aceptó transmitir a los radicales la postura de la administración. Así lo hizo el viernes por la mañana; todavía era posible llegar a un compromiso, y los profesores que defendieron a sus estudiantes contaban, más que en ninguna otra ocasión, con la confianza de éstos.

Entre los ocupantes de los edificios liberados hubo serias diferencias que fueron bien aireadas durante la tregua. 'Strike Central', una organización que se formó para servir de elemento de enlace entre los grupos separados, se dejó dominar por los S. D. S. y por su filosofía de resistencia a ultranza. Los radicales no estaban dispuestos a hacer concesiones; desestimaron las propuestas sugeridas por los moderados de Fayerweather y con su actitud arrogante irritaron a sus aliados. En realidad, a los S. D. S. no les interesaban las negociaciones, sino que se produjera un choque con la policía. Sus líderes buscaban una «clarificación y polarización políticas» y sabían que un encuentro con los agentes de la autoridad traería como consecuencia una mayor simpatía hacia ellos y su causa. Los síndicos de Columbia les hicieron el juego emitiendo declaraciones provocadoras que cerraban el paso a cualquier posibilidad de negociación positiva.

Mientras tanto, la furia de los estudiantes conservadores, que estuvo flotando en el ambiente, había cristalizado con la

formación de una Coalición Mayoritaria, dirigida por miembros de las fraternidades y por «cavernícolas», cuyo objetivo era forzar al profesorado y a la administración a que cesaran de contemporizar con los rebeldes. Al presionar sobre los estudiantes moderados, la Coalición acentuó el proceso de polarización política; muchos estudiantes, al tener que elegir entre los barbudos y los pelicortos, se decidieron por la izquierda. En la mañana del viernes hubiera sido todavía posible llegar a un compromiso, pero ya en la noche de ese mismo día, el 'campus' estaba dividido en dos facciones rivales, a pesar de los esfuerzos de los profesores por evitar que la brecha se siguiera ensanchando. Individualmente o en grupos, los profesores enviaban recomendaciones a las autoridades y hacían de emisarios con los edificios ocupados. Hablaron, discutieron, pero nunca llegaron a convencer a las autoridades universitarias ni a los estudiantes para que cedieran un poco en su intransigencia. El profesor Alan Westin, del Departamento de Gobierno, propuso un compromiso muy razonable, pero se había endurecido de tal manera la postura de los contrincantes, que ninguno lo aceptó.

El 28 de abril, domingo, los de la Coalición Mayoritaria salieron dispuestos a la acción. Bloquearon Low Library e impidieron que nadie ni nada, excepto médicos y medicinas, tuvieron acceso al edificio. Los estudiantes conservadores estuvieron apoyados por algunos profesores que, más que como cordón de vigilancia, actuaron como fuerza de policía. Hubo que lanzar los víveres a los sitiados por encima de las cabezas de los Mayoritarios y de sus profesores simpatizantes, y la escena tomó un aire carnavalesco al entrar y salir volando a través de las ventanas latas de conservas y bolsas de cacahuetes.

El lunes, con la llegada de la policía, algunos de cuyos elementos, vestidos de paisano, se infiltraron anteriormente en los edficios, terminaron de repente la broma y el jolgorio. Low Library fue desalojada con rapidez y sin contemplaciones, con muchos golpes asestados a la cabeza de los ocupantes; luego, la policía se volvió contra los espectadores que la abucheaban. Sin embargo, en Hamilton Hall no hubo brutalidad ni desorganización. Los mejores hombres de la Fuerza Táctica de la Policía tomaron el edificio con el máximo respeto hacia los cráneos de los manifestantes negros y hacia los derechos civiles. Sin alboroto, los estudiantes fueron conducidos hasta los autobuses que aguardaban.

En Fayerweather la cosa se puso más fea. Los profesores que se hallaban al frente de sus estudiantes fueron atacados a puñetazos y a golpes de porra y derribados. El edificio quedó vacío en un hora. En Avery, donde se había aposentado el grupo menos radical, la brutalidad policíaca llegó al máximo. Se utilizaron las porras y los estudiantes fueron arrojados a patadas por las escaleras abajo. La brutalidad no cesó incluso después de la evacuación de Avery y Mathematics: la policía se revolvió contra los espectadores que se hallaban en el paseo central, persiguiendo a los estudiantes hasta Broadway, fuera del recinto, o acorralándolos contra las paredes del dormitorio y golpeándolos.

Hacia las cinco de la madrugada la refriega había concluido. Más de setecientas personas, entre ellas quinientas pertenecientes a Columbia, fueron detenidas. Ochenta y cuatro estudiantes y catorce profesores terminaron en la sala de urgencia del Hospital de St. Luke, que comenzó a parecerse a un hospital de campaña en zona de combate.

El ataque provocó una violenta indignación entre estudiantes y profesores. Un uso tal de la fuerza chocaba con la sensibilidad de los profesores liberales, e incluso los que simpatizaban con la administración se espantaron de tamaña brutalidad policíaca. Algunos profesores exasperaban a sus colegas, al argüir que Kirk no tuvo más remedio que recurrir a las fuerzas del orden, pero la mayoría dio a conocer formalmente su indignación y su preocupación por los hechos. Sin embargo, conforme avanzaba el día y se celebraba reunión tras reunión, el profesorado se iba desplazando hacia el centro. Las primeras manifestaciones de simpatía a favor de los extremistas se moderaron al pasar por el tamiz del tiempo y de la reflexión. Con todo, el profesorado anunció la suspensión de las clases para el miércoles; y también designó a unos delegados para que se entrevistaran con los síndicos, lo cual constituía una novedad en la administración de Columbia.

Los estudiantes encontraron la manera de dar rienda suelta a su frustración y a su cólera. Bajo el liderazgo de los S. D. S., que aseguraban que la violencia policíaca era inevitable en la sociedad capitalista, se dispusieron a declarar la huelga general. Antes de las refriegas ya se habló de convocarla, y para el jueves se convirtió en realidad bien organizada. El comité designado al efecto estableció dos requisitos previos para negociar: amnistía legal y académica y

confirmación explícita del derecho de los estudiantes a intervenir en la reestructuración de la Universidad de Columbia. Si se aceptaban estas condiciones, el comité de huelga pasaba a negociar los seis puntos originales que se fijaron en la primera sentada de Hamilton Hall.

Los días siguientes se registró un aluvión de conversaciones, de música, de clases «liberadas» y de más conversaciones. Profesores simpatizantes y estudiantes ambiciosos celebraban las clases al aire libre, en pisos, en el centro estudiantil. En la nueva Universidad Libre de Morningside Height, cualquiera podía enseñar lo que se le antojara. Mientras tanto, y temiendo una huelga larga, el profesorado tomó medidas para prolongar el curso y para instituir ciertas modificaciones en cuanto al rigor de las calificaciones escolares. Efectivamente, la huelga fue larga. Y fue mucho más efectiva de lo que nadie hubiera podido sospechar: sólo las escuelas profesionales de graduados consiguieron volver a una normalidad precaria antes de que terminara el curso.

La huelga también reveló diferencias dentro del profesorado. Algunos la apoyaban sin reservas; otros aprovecharon la oportunidad para quedarse en casa; y otros se manifestaron en contra y siguieron dando clase en las aulas. Incluso en las clases «libres» hubo discusiones con respecto a las asignaturas, porque los estudiantes radicales reiteraban su derecho a examinar la «importancia» de las mismas desde el punto de vista de los problemas sociales contemporáneos. Especialmente los estudiantes graduados en historia y sociología realizaron serios esfuerzos con el fin de reestructurar sus departamentos, tanto en el aspecto educativo como en el organizativo, con arreglo a sus criterios.

El comité ejecutivo del profesorado nombró una comisión para que analizara las causas de la crisis. Su presidente era Archibald Cox, profesor de la Escuela de Jurisprudencia de la Universidad de Harvard y antiguo Asistente del Secretario de Justicia de los Estados Unidos. Los estudiantes no se sintieron muy felices con la comisión; la mayoría de sus integrantes eran personas mayores, y los estudiantes temían que se sacaran de la manga un informe que encubriera los defectos de la universidad.

Pero, y esto era más significativo, los profesores de varios departamentos comenzaron a reunirse con los estudiantes para conocer y discutir los puntos de vista de estos últimos en cuestiones de asignaturas y de grados. Estos contactos

adolecían de lentitud (demasiada para muchos estudiantes) aunque a la larga no dejaban de ser útiles y positivos. Sin embargo contribuyeron a crearle dificultades al comité de huelga. Los estudiantes liberales y moderados —los que estaban descontentos con la administración de Columbia y horrorizados con los métodos de la policía— querían colaborar en la implantación de cambios constructivos. A diferencia de los radicales, no despreciaban a la institución universitaria; su deseo era, simplemente, reformarla. Los líderes de este grupo moderado se retiraron del comité de huelga y aunque siguieron apoyando al movimiento huelguístico, fundaron su propia organización, la 'Students for a Reconstructed University' o S. R. U. (Estudiantes por una Universidad Reformada) que subrayó sus propósitos de seguir la línea de la negociación y la reforma.

Tras la retitrada de los moderados, los S. D. S. comenzaron a ser objeto de críticas cada vez más frecuentes por parte de la prensa y de los diversos comités y comisiones que trabajaban sobre el problema de Columbia. Entonces los extremistas se dirigieron a quien consideraban un aliado natural: a la comunidad negra, y se unieron a un grupo de organizaciones de los barrios negros en la tarea de «liberar» un edificio de viviendas perteneciente a Columbia. Los S. D. S. y los negros se manifestaron en el edificio hasta que llegó la policía y se los llevó, acusados de irrupción ilegal. Mark Rudd figuraba entre los detenidos.

El 19 de mayo, el comité de profesores y estudiantes para asuntos de disciplina emitió su primer informe a la universidad. Las medidas disciplinarias que recomendaba eran extremadamente confusas, y los estudiantes, perplejos, se molestaron con la insistencia del comité en que se presentaran formalmente ante el decano. En parte como consecuencia de esa reacción estudiantil, Hamilton Hall fue otra vez liberado el 21 de mayo, sin que en esta ocasión hubiera profesores que hiciesen de amortiguador. Cuando llegó la Fuerza Táctica de la Policía (bajo la dirección personal de Inspector Jefe Sanford Garelick) los estudiantes fueron evacuados sin brutalidad y el episodio se dio pronto por concluído. Con todo, mientras la policía sacaba a los estudiantes, grupos de curiosos que simpatizaban con los rebeldes se congregaron en torno al edificio. Se levantaron barricadas y los abucheos degeneraron en una pelea generalizada. Hasta las muchachas de la Universidad de Barnard, al otro lado de Broadway,

acudieron a gritar obscenidades a los agentes de la autoridad. La policía regresó al 'campus' universitario a las cuatro y veinte de la madrugada, destruyó las barricadas, arrinconó a los estudiantes contra los muros del colegio e incluso los persiguió hasta dentro de los dormitorios. Se registraron numerosos heridos, tanto entre policías como entre estudiantes.

Esta segunda irrupción policíaca no aumentó las simpatías hacia los manifestantes, excepto las de quienes estaban ya identificados con las ideas extremistas. Alguien prendió fuego a las oficinas del profesorado de Hamilton Hall —¿miebros de los S. D. S., policías provocadores, enemigos personales?— y fueron destruidos valiosos documentos de investigación científica pertenecientes al profesor Orest Ranum; todo esto contribuyó a que el profesorado se distanciara de los vándalos. Además, el verano estaba encima; a todos los efectos prácticos, el año académico había terminado y la comunidad de Columbia comenzaba a dispersarse.

Sin embargo, antes de que se marcharan los profesores y los estudiantes que terminaban la carrera, era preciso pasar por el ritual de la graduación. En 1968 se celebraron dos ceremonias de este tipo. El primer acto de la oficial (que se realizó en privado para evitar en lo posible las manifestaciones de los extremistas) tuvo lugar en la catedral de St. John the Divine. Los S. R. U. se ausentaron de la catedral en medio del acto y, frente a Low Library, organizaron el acto de graduación de su propia Universidad Libre. Los radicales boicotearon las dos ceremonias, pero consiguieron que se incluyera en la de los S. R. U. —que se suponía se iba a mantener dentro de un tono de mayor dignidad— la quema de una efigie de Grayson Kirk.

Las palabras inaugurales del acto oficial estuvieron a cargo del eminente historiador Richard Hofstadter, quien habló como portavoz de los intelectuales liberales, espantados e indignados por los objetivos y las tácticas de la nueva izquierda. Su propia interpretación de la historia americana, en la que veía un predomino continuo, aunque sujeto a modificaciones, de la influencia liberal, había forjado el pensamiento de toda una generación de historiadores. Sin tomarse la molestia de indagar las causas del levantamiento de Columbia, Hofstadter denunció las iniquidades de los S. D. S. y se declaró partidario de la universidad tradicionalmente apolítica, más allá y por encima de los problemas sociales; pero no hizo ninguna referencia a las conexiones de la universidad

con el sistema político-militar reinante. El discurso de Hofstadter resumía y ponía de manifiesto el abismo que existía entre los viejos liberales y los nuevos extremistas.

El verano de 1968 fue un período de reorganización en el 'campus' de Columbia. Setenta y tres estudiantes fueron despojados de la matrícula, y un nuevo decano comenzó sus funciones: Carl Hovde, que era tan popular entre los estudiantes como entre los profesores, y que fue designado para el cargo por parecer dotado con las condiciones precisas para hallar un compromiso satisfactorio para ambas partes. Greyson Kirk dimitió, y Andrew Cordier fue nombrado presidente interino de la universidad. Sin embargo, ni se ofrecieron ni se aceptaron soluciones de fondo, y con la apertura del curso en septiembre la comunidad universitaria sentía la aprensión de que se produjeran nuevos disturbios. Varios profesores aceptaron puestos en otros lugares.

La administración trazó un plan para aislar a los radicales más activos del resto de los demás estudiantes. Retiró los cargos de irrupción violenta contra la mayoría de los estudiantes detenidos, pero se negó a retirar otros, más serios, contra 154 (aparentemente, extremistas), esperando verse de esta manera libre de los más recalcitrantes. Al mismo tiempo se anunciaron planes de reestructuración de la universidad, en los que se incluía el establecimiento de un senado universitario formado por profesores, graduados y estudiantes. Los S. R. U. rechazaron el plan, exigiendo que se concediera una amnistía total y que se estudiaran a fondo y se reforzaran las relaciones de la universidad con la sociedad en general. Los S. D. S. se opusieron, por supuesto, al plan de Cordier. Los radicales, temiendo que se les excluyera por completo, si Columbia se embarcaba en un proyecto de reformas moderadas, buscaron el apoyo de la mayoría estudiantil mediante otra confrontación con la autoridad. No lograron gran cosa. La rebelión de Columbia estaba liquidada y la gran mayoría de estudiantes y profesores deseaba volver a la normalidad. Mark Rudd hizo una gira por varias universidades, pero la causa de los S. D. S. no ganó mucho, cuando dijo en público en Boston, que todos los problemas que se plantearon en la crisis de Columbia carecieron de base y que fueron inventados con el objeto de provocar una confrontación.

Permítanme decirles, que nosotros fabricamos esos problemas. El Instituto para el Análisis de la Defensa no era nada en Columbia. Sólo tres profesores. En lo que respecta al gimnasio, todo era un cuento, un asunto que a todo el mundo le tenía sin cuidado. Yo mismo no estuve nunca en él antes del 23 de abril. Ni siquiera sabía por dónde se iba.

La Comisión Cox publicó su informe el 6 de octubre, el cual resultó un varapalo contra los S. D. S., la policía, los profesores y, principalmente, contra la administración de la universidad y los síndicos. El informe condenaba a la administración por su autoritarismo, culpable de la desmoralización de profesores y estudiantes. Lo más notable es que dicho informe no surtió ningún efecto práctico. No se exigió la dimisión de nadie, ni nadie renunció. El informe no perturbó la fachada de calma de la universidad.

Sin embargo, y como es de suponer, la rebelión en sí acarreó consecuencias significativas. Los síndicos y la administración de Columbia se vieron obligados a actuar y a expresarse como liberales; los dictados emanados de su propia autoridad no serían ya tolerados. Y, lo que es más importante, comenzó efectivamente la reestructuración de la universidad. El profesorado, igual que los estudiantes, comenzó a tener más intervención en las cuestiones de índole administrativa. El régimen bizantino que dejara como herencia Nicholas Murray Butler se democratizó en parte, y sus figuras rectoras tuvieron que reconsiderar a fondo cuáles eran la naturaleza y las funciones de una universidad.

Los liberales de viejo cuño han declarado que, sin la cooperación de la comunidad negra, los S. D. S. hubieran fracasado. No les falta razón. Sin embargo, hay que reconocer que los líderes radicales eran excepcionalmente audaces y obstinados y que sabían lo que querían, mientras que la administración se limitaba a dar vueltas en círculo. Les ayudó también, desde luego, la atmósfera reinante en Columbia, donde profesores y estudiantes experimentaban por igual el profundo desagrado de sentirse deshumanizados por las autoridades docentes.

También los medios informativos hicieron su papel en Columbia. Al principio, la prensa y la televisión no llegaron a captar el significado de la rebelión, pero cuando se dieron cuenta de su importancia, utilizaron a fondo todos sus recursos. Para septiembre, el radicalismo estudiantil se había convertido en noticia de primera plana, y todas las mani-

festaciones radicales eran cubiertas al detalle. Esta amplia publicidad hizo posible que los acontecimientos de Columbia ejercieran una notable influencia en otras partes. Los administradores universitarios del país (y de Europa) prestaron atención a las quejas de estudiantes y profesores. Incluso en universidades lejanas se liberalizaron las reglas y se establecieron comités conjuntos de estudiantes y profesores. Rectores y decanos se sintieron tan preocupados por el desasosiego estudiantil, que se pasaban horas enteras trazando planes estratégicos, por si los estudiantes llegaban a ocupar algún edificio universitario. El gran problema con el que ahora se enfrentaban las administraciones y los síndicos era si convendría recurrir a la policía, y en qué casos.

El profesorado liberal de la nación sufrió a causa de la crisis. El evidente desvío de la nueva izquierda por el liberalismo tradicional hizo que en todas las universidades los liberales hicieran examen de conciencia. Los profesores influidos por el 'New Deal', incluso los que se opusieron a Joseph McCarthy en la década de los años 50, estaban convencidos de que los extremistas de la izquierda eran tan peligrosos para la libertad académica como los derechistas; y los demócratas liberales se hallaban entre los más furibundos críticos de los S. D. S. Los jóvenes radicales criticaban con la misma violencia a los liberales, a quienes achacaban haberse desentendido de los grupos más sacrificados: los negros, los pobres y los estudiantes. Los liberales sensibles veían cada vez con mayor claridad que las torres de marfil se derrumbaban, que era imperativo elegir entre la independencia tradicional del cuerpo universitario y la causa de los radicales.

Una consecuencia significativa de los disturbios estudiantiles fue la creciente polarización del profesorado hacia la derecha y hacia la izquierda. Los profesores que simpatizaban con la nueva generación estudiantil y que al mismo tiempo consideraban que su profesión defendía los derechos y los privilegios del cuerpo académico, se sintieron afectados de lleno; los estudiantes radicales respetaban poco o nada la libertad universitaria y trataban de obligar a los profesores a que se solidarizaran con sus ideas políticas revolucionarias, de la misma manera que Joe McCarthy procuró obligarlos a que apoyaran sus opiniones reaccionarias. Los disturbios universitarios causaban la desmoralización de quienes preferían el término medio y, al prolongarse aquéllos, muchos

liberales y moderados asumieron actitudes conservadoras contra los estudiantes. Este proceso iba a alejar de la vida académica a muchos hombres sensibles y brillantes, y a otros les quitaría la intención de dedicarse a ella. Las universidades americanas comenzaron a seguir el lamentable ejemplo de las instituciones superiores de enseñanza de los países totalitarios y se convirtieron en campos de batalla, donde las pasiones y los problemas de la sociedad se enfrentaban por sobre las cabezas de los profesores.

Una consecuencia de tipo personal de los disturbios de Columbia fue la caída de David Truman, junto con la de Kirk. Truman seguía siendo tan sensato, simpático e inteligente como lo fuera antes de la crisis, pero era evidente que ya no le sería posible suceder a Kirk en la presidencia. Truman se marchó repentinamente de Columbia, en la primavera de 1969, para ocupar la presidencia del Mount Holyoke College. No supo actuar con eficacia en el momento oportuno; se empeñó en recurrir a la política y la filosofía del compromiso en una época de dominio extremista y, con toda su simpatía, Truman no consiguió llegar a los jóvenes radicales... ni ellos a él; su caída personal, como la de Hubert Humphrey, fue debida a las diferencias existentes entre la vieja y la nueva izquierda.

En la década de 1960 un nuevo romanticismo se extendía por el país; siempre que nace un espíritu nuevo, aumentan las inevitables diferencias entre las generaciones. Los estudiantes querían rendir culto al individuo y liquidar las instituciones de proporciones desmesuradas, regresar al humanismo y dar mayor importancia a las relaciones personales, hacer el amor y no la guerra. El sistema liberal acusaba de anárquicos y románticos a los pensadores americanos contemporáneos (incluso a los que pasaban con mucho de los veintiún años, como Norman Brown, Herbert Marcuse y Marshall McLuhan) que daban fe de los sentimientos incipientes de estos estudiantes.

El abismo generacional, real y verdadero, de los años 60 se agudizó con la ostensible omnipotencia de los hombres maduros de la administración universitaria. Síndicos y regentes cometieron la inexcusable torpeza de no dar cargos de responsabilidad a personas más jóvenes al tanto de la nueva filosofía o, al menos, con la habilidad suficiente para acomodarse a su estilo. Sin embargo, es típico de los regímenes envejecidos, que no saben reformarse sino cuando ya es

demasiado tarde. Las revoluciones tienen lugar en organismos mal dirigidos que carecen de fuerza para reprimir la insurrección y del sentido común suficiente para implantar reformas. La revuelta de Columbia tuvo también estas premisas características.

Aunque no hubiera producido otros resultados, la rebelión de Columbia despertó la necesidad de mantener un diálogo permanente con respecto a las verdaderas funciones de una universidad. Hofstadter, en el acto de la graduación, expresó un punto de vista; los estudiantes radicales mantenían un punto de vista opuesto, al insistir en que la universidad debiera trabajar por la mejora de las condiciones sociales. Según la nueva izquierda, la universidad americana había perdido su virginidad política mucho tiempo antes, como lo demostraban sus relaciones con el gobierno; por lo tanto, no podía desentenderse de lo social, escudándose bajo el falso pretexto de la «independencia académica».

Los estudiantes radicales hablaban y actuaban con violencia porque se sentían obligados a llamar la atención sobre sus necesidades y sobre las de la sociedad; se veían aislados en lo que consideraban instituciones mecánicas, y tenían la suficiente cultura y poder de expresión para ser portavoces de la cólera de sus amigos y vecinos negros. Se les criticaba porque no sabían ofrecer soluciones positivas a los problemas que tan claramente veían, y la gente se preguntaba, y con razón, si los radicales serían tan capaces de construir como de destruir. Los estudiantes de Columbia estaban demasiado divididos como para ponerse de acuerdo en planes de acción concretos y, por su fidelidad a los procedimientos democráticos, se enzarzaban en discusiones interminables que terminaban en nada. Además, muchos de ellos sentían una profunda desconfianza por todo lo que oliera a burocracia; los ideales que se codifican en planes concretos pierden con frecuencia su encanto. Los radicales no ignoraban que formaban una minoría y para ellos la tarea más importante era procurar que otros despertaran y reaccionaran ante los males de la sociedad americana. Los estudiantes alegaban que cuando hubiera más gente dispuesta a desafiar a las instituciones, podrían dedicarse a la construcción más que a la destrucción.

Si bien se mira, los radicales de Columbia repudiaban por entero a la sociedad; no se limitaban, como los liberales de la década de 1930, a presentar una lista detallada de injus-

ticias. La sociedad americana, incluso la que vivía entre las paredes del 'campus', vivía apiñada y en un ambiente cada vez más desagradable. Los amigos del 'New Deal' creían que los males sociales podrían curarse mediante manipulaciones económicas; los radicales contemporáneos argüían que las soluciones tenían que ser más complejas. Su alienación no era superficial, sino que representaba toda una nueva cultura, un estilo de vida en lugar de un simple programa político. El movimiento hippie era parte de esa nueva protesta, pero mientras los hippies preferían marginarse, los radicales eran amigos de la acción.

El abismo generacional en los Estados Unidos de nuestro tiempo no era un invento de los medios informativos. Los jóvenes, bien fueran hippies fumadores de grifa, bien austeros secuaces del Che Guevara, reaccionaban rotundamente contra el medio. Su protesta asumía diversidad de formas y se concentraba en determinados problemas, a veces sentidos de verdad, a veces fabricados para la ocasión. Pero, básicamente, la protesta era de carácter moral: los jóvenes se enfrentaban a la gente madura por cuestiones de ética y su hostilidad profunda y continua contra la sociedad americana estallaba en cualquier parte: en los recintos universitarios, en los 'ghettos', incluso en los barrios burgueses. Los jóvenes no querían saber nada de los valores y las instituciones de sus padres y maestros. Esta actitud estaba en el origen de los disturbios de Columbia y ha de estarlo en la raíz de los movimientos políticos, sociales y estéticos todavía sin reconocer.

Lo significativo en lo social, respecto a los estudiantes radicales, era el predominio de sus filas de un grupo relativamente nuevo. Antes de los años finales de la década de 1950, los estudiantes americanos procedían de hogares tradicionalmente ricos, para quienes la universidad era un centro donde perfeccionar una cultura que sólo les servía como lucimiento social, o de la clase media inferior que, deseosa de prosperar, consideraba el título universitario como la llave al ejercicio de profesiones cultas y al ascenso de categoría. En la década de 1960 muchos estudiantes radicales no parecían proceder de los muy ricos ni de la ambiciosa clase media inferior, sino de la acomodada clase media 'suburbana' de la postguerra. Estos estudiantes no eran de familias con grandes empresas de negocios, al frente de las cuales pudieran ponerse algún día y ocupar así una posición rectora; por otra parte,

la seguridad económica no les preocupaba gran cosa porque, en el peor de los casos, contaban con las relaciones suficientes para conseguir un buen empleo. Si en la revuelta estudiantil existió una base clasista, hay que buscarla en el carácter peculiar de la clase media suburbana, que podía brindar seguridad a sus hijos, pero no poder. El ímpetu del radicalismo estudiantil nacía del deseo de poder que se manifestaba en esa nueva clase, la cual no había tenido todavía mucha oportunidad de ocupar en la sociedad posiciones rectoras. Acaso a esto se debía que respetables matronas de las hermandades hebreas y prósperos hombres de negocios miraran con tanta ecuanimidad, incluso con simpatía, las actividades radicales de sus hijos estudiantes.

14. La protesta comunista contra el estalinismo

Aunque son innegables la magnitud y la importancia de la Revolución Rusa de 1917, no hay que olvidar que Rusia poseía ya una larga tradición de revoluciones inspiradas tanto desde abajo como desde arriba. Los cambios radicales de la historia rusa han sido casi siempre provocados por decisiones deliberadas de las autoridades establecidas. Para modernizarlo y equipararlo con sus vecinos y competidores del occidente, Pedro el Grande abrió las compuertas del país a la influencia occidental, a principios del siglo XVIII; el gobierno de Alejandro II emancipó a los siervos en 1861 y puso los cimientos de la notable expansión industrial de las últimas décadas del Imperio ruso; y el gobierno de Iosif Stalin, con sus manipulaciones, colocó a la Unión Soviética en el segundo lugar entre las potencias industriales del mundo. El discurso secreto de Nikita Jrushov ante el Vigésimo Congreso del Partido Comunista Soviético en 1956, en el que expuso las barbaridades de la era de Stalin, puede considerarse como la última manifestación (que ha sido de consecuencias trascendentales para la Unión Soviética y sus vecinos del este europeo) de esa tradición.

Como en el pasado, la «revolución desde arriba» de Jrushov provocó una tremenda respuesta desde abajo, y su discurso sirvió de señal para que salieran a la luz las quejas que durante tanto tiempo estuvieron reprimidas. Pero, a su vez, esta respuesta planteó a Jrushov y a sus sucesores el problema que había obsesionado a muchos de sus predecesores: cómo controlar el paso y la dirección del cambio sin que peligrara su propia autoridad. Tras abrir la caja de Pandora con sus críticas del pasado, los dirigentes soviéticos se vieron acosados por las plagas del disentimiento y hasta de la pura protesta.

Tras la muerte de Stalin en 1953 era inevitable que disminuyeran el miedo y la tensión, aunque sólo fuera porque faltaba una mano enérgica que manejara el aparato del terror. Tradicionalmente, uno de los más sensibles barómetros políticos de Rusia ha sido la literatura, y para 1954 marcaba «deshielo», como indicaba el título de una novela del veterano escritor Ilya Ehrenburg, publicada aquel mismo año. *The Thaw* (El Deshielo) tocaba con cierto atrevimiento el tema de la libertad y de la integridad artísticas y se refería a asuntos que antes no se hubieran podido ni mencionar. Sin embargo, el contenido de la novela era menos importante que el título. La imagen del deshielo, tan apropiada al clima ruso, expresaba muy bien la esperanza general de que el largo invierno político de Stalin había terminado.

A los tres años de la muerte de Stalin, esta esperanza parecía cumplirse. El 25 de febrero de 1956, Jrushov, en su carácter de Primer Secretario del Partido Comunista, habló ante el Vigésimo Congreso sobre «el culto a la personalidad», expresión que luego se convertiría en eufemismo oficial para aludir al gobierno despótico de Stalin. La mayor parte de las revelaciones de Jrushov se conocían, o se sospechaban, en occidente, pero nunca antes se habían expuesto ante un auditorio soviético. Su discurso no se publicó en la Unión Soviética, pero se supo rápidamente la sustancia del mismo y causó, como es natural, una gran sensación. Aunque reconocía la importancia de Stalin en el desarrollo de la Unión Soviética, Jrushov expuso al detalle las muchas debilidades del dictador: su arbitrariedad y su brutalidad, que produjeron el terror en masa de las purgas; su negativa a escuchar a quienes le advertían de la inminencia de la invasión alemana de 1941; el «nerviosismo y la histeria» de que dio muestras al dirigir la guerra; su «manía de grandeza». Se-

gún Jrushov, Stalin era «muy receloso, de una desconfianza morbosa» y veía espías y traidores por todas partes. «Siendo su poder ilimitado, gozaba con fastidiar y asfixiaba a uno moral y físicamente.» [1]

¿Por qué Jrushov y sus amigos dieron este paso tan arriesgado? Los motivos exactos siguen siendo un secreto del Kremlin, pero, probablemente, influyeron varias consideraciones de diversa importancia. En primer lugar, la denigración de Stalin constituía sin duda una carta en el juego por el poder al que se dedicaban los líderes rusos; con ella, Jrushov lograba, por lo menos, alardear de innovador y manchaba a sus adversarios con el epíteto de estalinistas. En segundo lugar, al faltar Stalin, la máquina de terror que había creado podía desmandarse, y para los dirigentes de menor talla era más seguro desmantelarla que intentar valerse de ella. En tercer lugar, y esto era lo más importante, el sistema soviético precisaba respirar y normalizarse para que las tensiones a que estaba sometido no estallaran y lo destruyeran. Con arreglo a las propias declaraciones de Jrushov, los funcionarios se enfrentaban con la perpetua amenaza de acabar en la cárcel y «comenzaban a sentirse inseguros en su trabajo, mostraban exceso de prudencia, temían todo lo nuevo, les daba miedo su propia sombra y perdían la iniciativa» [2]. La represión y el temor constantes comenzaban a manifestarse en una disminución de los rendimientos.

El discurso de Jrushov marcó el comienzo de una campaña para borrar no sólo el mito, sino también el recuerdo de Stalin. El nombre de Stalin se expurgó de los libros de historia, sus efigies desaparecieron de innumerables monumentos y sus restos se trasladaron desde el mausoleo de Lenin, en la Plaza Roja, a un modesto emplazamiento junto al muro del Kremlin; como Trotski antes que él, Stalin llevaba camino de convertirse en «no persona». Aunque, tras la caída de Jrushov en 1964, se intentó en Rusia realizar de vez en cuando una valoración más equilibrada del gobierno de Stalin, la verdad es que no se procuró seriamente rehabilitar la imagen deslustrada del dictador y de su régimen.

El impacto de la «campaña anti-Stalin» en el pueblo de la Unión Soviética fue demoledor, pues representaba, ahí es nada, una condena de los veinticinco años anteriores de su historia. Aunque Jrushov tuvo buen cuidado de elogiar los logros del pasado y de prometer justicia para lo sucesivo, el principal efecto de sus revelaciones fue mostrar a los ciuda-

danos soviéticos sensatos la magnitud de las mentiras y la hipocresía a que estuvieron sometidos. Algunos de ellos se pusieron a analizar la sociedad soviética y su proceso evolutivo en un esfuerzo por distinguir lo verdadero de lo falso, lo auténtico de lo aparente. Este espíritu analizador y de búsqueda de la verdad tuvo su máximo exponente en la juventud y en los escritores soviéticos, y fue de estos dos grupos de donde emanaron, en los años postestalinianos, las más vigorosas manifestaciones de disentimiento y de protesta.

Al expresar su disentimiento, los escritores y los jóvenes suelen representar un papel más importante en la Unión Soviética que en la mayoría de los países occidentales, a causa de la naturaleza misma del sistema soviético, en el que, virtualmente, todos los canales de expresión se hallan bajo el control de las autoridades y, por lo tanto, no caben en ellos opiniones contrarias o no gratas al sistema. Sin embargo, los escritores y los jóvenes, por su naturaleza misma, conservan cierto grado de independencia por encima de los puntos de vista oficiales y son más hábiles para expresarla. Los escritores soviéticos afirmaban con creciente vehemencia que el arte tiene leyes propias y que el deber del artista creador le impulsa a obedecer esas leyes más que los dictados de la política. Los jóvenes, en particular los estudiantes, sobre quienes no pesan todavía las responsabilidades, y cuyas opiniones sobre la vida están aún en proceso de elaboración, son, social y psicológicamente, más libres que sus mayores para escudriñar los valores de la sociedad en que viven. En la Rusia del siglo XIX, la autonomía del arte y la autonomía de la juventud plantearon un constante desafío al autoritarismo tradicional del gobierno zarista. En la atmósfera de la Rusia postestaliniana, todavía opresora pero ya libre del terror, jóvenes y artistas volvieron a la carga.

La noción de la alta vocación moral del escritor estaba profundamente arraigada en las tradiciones rusas. Aunque muchos autores rusos se rebelaron contra un concepto del arte que daba tanta importancia a su función social como a su valor estético, sin embargo dicho concepto resultó ser un elemento durable e importante de la literatura rusa. Vissarion Belinski, influyente crítico del siglo XIX, lo expresó con energía en 1847. El pueblo ruso, escribió, «tiene a sus escritores como a sus únicos líderes... y de aquí que siempre esté dispuesto a perdonar a un escritor por escribir un mal libro, pero nunca por hacer un libro pernicioso» [3]. Al cabo

de más de cien años, el joven poeta Evgueni Evtuchenko, emprendió la tarea, al morir Stalin, de emular el espíritu cívico de los grandes poetas rusos, que «siempre combatieron por la justicia y por el futuro de su país» y que «ayudaron a Rusia a pelear contra sus tiranos» [4].

Imbuidos por este fuerte sentido de responsabilidad, los escritores soviéticos respondieron entusiásticamente a la admisión de Jrushov de que errores de juicio y abusos de autoridad pudieron ocurrir en la Unión Soviética. En vez de pintar la vida soviética de color de rosa, como hasta entonces era obligado, los poetas, los dramaturgos y los novelistas se sintieron con libertad para añadir algunos tonos de gris a sus paletas. El tema dominante de los escritos que aparecieron tras la celebración del Vigésimo Congreso era el deseo de que reinara la sinceridad y la honestidad tanto en la literatura como en la vida, tanto hacia el presente como hacia el pasado. En opinión de dos observadores bien informados, Hugh McLean y Walter N. Vickery, se trataba «fundamentalmente de una literatura de protesta... de protesta moral, en especial contra la hipocresía y la falsedad» [5]. Esta primera ola de protesta literaria culminó con la publicación de la novela de Vladimir Dudintsev *No sólo de pan vive el hombre*. Como en la mayor parte de la nueva literatura, la integridad moral de la novela y la audacia de su argumento eran más impresionantes que sus méritos artísticos. El protagonista era inventor de un nuevo tipo de máquina para fundir tubos, y como en las novelas de «producción» soviéticas, típicas de los años 30 y 40, cuestiones de aspecto técnico pesaban en la narración, tanto que el lector corriente salía un poco harto de tanta tubería. Pero al describir los obstáculos que el joven inventor tenía que vencer para lograr que se aceptara su idea —abuso de autoridad, supresión de la creatividad individual, manipulación de los ideales comunistas por parte de funcionarios egoístas— el libro exponía algunos de los males fundamentales de la sociedad soviética. El desenlace, en particular, violaba las normas usuales de las novelas soviéticas, pues no presentaba el triunfo definitivo del bien sobre el mal, sino la imagen más ambigua de una lucha perpetua contra el oportunismo y la falta de probidad.

La aparición del libro de Dudintsev originó un acalorado debate entre liberales y conservadores. El sentimiento de los primeros lo expresó Konstantin Paustovsky en una reunión especial convocada por la Unión de Escritores de Moscú

para discutir el libro. Hasta su reciente fallecimiento, Paustovsky fue una de las figuras más respetadas de las letras soviéticas y ardiente defensor de las posiciones liberales. Aunque evidentemente tenía sus reservas en cuanto a la calidad literaria de la novela, Paustovsky elogió las críticas que en ella se hacían contra el mezquino conservadurismo de la burocracia rusa. En términos mucho más fuertes que los que usara el propio Dudintsev, Paustovsky declaró que el libro había revelado toda una nueva capa social de «vividores y aduladores», de intrigantes y traidores, «que se arrogaban el derecho de hablar en nombre del pueblo» [6]. Tales personajes eran una secuela del «culto a la personalidad» y, Paustovsky advertía, perduraban aún. Tales declaraciones convencieron a las autoridades de que la crítica se estaba pasando de la raya y de que amenazaba con indagar más allá de los «errores» del pasado (que Jrushov atribuía tan sólo a la personalidad de Stalin) y poner a debate cuestiones más fundamentales de un sistema legal y político que había permitido tales abusos. En el verano de 1957 apareció en la prensa soviética un artículo firmado por Jrushov, poniendo en guardia «contra los intentos de inficionar nuestro arte y nuestra literatura con conceptos burgueses extraños al espíritu del pueblo soviético» [7]. Con ese lenguaje se daba a entender que los controles oficiales sobre la literatura, que tan recientemente se habían aflojado, volvían a apretarse más. El primero de los «deshielos» postestalinianos tocaba a su fin.

Después de 1957 la historia de la censura literaria en la Unión Soviética es una serie irregular de enfriamientos, heladas y nuevos deshielos. La publicación en 1962, gracias a la intervención personal de Jrushov, de la brillante novela de Alexander Solzhenitsin sobre los campos-prisiones, *Un día en la vida de Ivan Denisovich,* fue seguida en 1964 por la declaración de culpabilidad del joven e inspirado poeta de Leningrado Iosif Brodski, acusado de «parasitismo». (Brodsky fue sentenciado a cinco años de trabajos forzados en Siberia, pero recobró la libertad un año después.) Ante la imposibilidad de lograr autorización para publicar sus obras heterodoxas —y no sólo en el aspecto político, pues también se exigía una ortodoxia de tipo puramente artístico— los jóvenes autores en particular recurrieron a métodos ilegales. En la década de 1960, uno de los hechos más notables en la escena literaria rusa fue la aparición de una literatura «clandestina» que consistía en materiales manuscritos o me-

canografiados, los cuales circulaban bajo mano. No sólo obras individuales, sino también periódicos enteros con nombres tales como «Fénix», «Sintaxis» y «La palabra rusa» eran escritos y puestos en circulación de la misma manera.

Otra característica importante fue el contrabando a occidente —con o sin la cooperación de los autores— de una considerable cantidad de obra literaria imposible de publicar en la Unión Soviética. Sirvan, como ejemplo, *El doctor Zhivago,* de Boris Pasternak, los escritos de «Abram Tertz» y Nikolai Arzhak y, más recientemente, las novelas de Solzhenitsyn, *El primer círculo* y *Pabellón de cancerosos.* Entre las muchas ironías de la política cultural soviética figuraba el hecho de que algunos excelentes escritos que se producían en la Unión Soviética recibían el aplauso de occidente pero no estaban al alcance de su público nacional. En 1966 la cuestión de las exportaciones literarias ilegales precipitó la confrontación más directa entre el régimen y los escritores desde el alboroto que provocara *El doctor Zhivago.* En febrero de ese mismo año Andrei Siniavsky y Iuly Daniel fueron juzgados en Moscú. Sus obras estuvieron apareciendo en el oeste durante varios años bajo los seudónimos de Abram Tertz y Nikolai Arzhak, respectivamente.

A Siniavsky y Daniel se les acusó de violar el artículo 70 del código criminal ruso, que establecía una prohibición vaga y elástica de los actos de «agitación o propaganda» antisoviéticos. Un simpatizante logró transcribir parte de los interrogatorios del juicio, la cual pudo llegar de matute a la Europa occidental. Esta copia revelaba lo que se ventiló realmente en el juicio: la libertad literaria. La acusación insistía en que la obra de dichos autores era subversiva y que el hecho de que se publicara en Occidente estimulaba y ayudaba al enemigo; los escritores machacaban una y otra vez que sus escritos eran obras de imaginación y que debieran juzgarse con criterios más estéticos que políticos. Mientras los acusados defendían la autonomía de la expresión literaria, el Estado insistía en su derecho a interpretar las tendencias políticas de la literatura y a premiarla o castigarla, según fuera el caso. Citando aquí al propio Siniavsky, la acusación sostuvo que «la literatura es una forma de propaganda, y que sólo hay dos clases de propaganda: prosoviética o antisoviética» [8].

Para que sin duda sirviera de lección a otros disidentes literatos, los dos autores recibieron duras condenas: Siniavsky, siete años en un campo de trabajo, y Daniel, probablemente

porque mostró cierto arrepentimiento por la manera ilícita de enviar sus escritos al occidente, fue condenado a cinco años.

Para un observador occidental, el diálogo y el ambiente del proceso Siniavsky-Daniel recordaban a las producciones del teatro del absurdo. En su afán de demostrar que las obras de ficción —algunas de ellas dotadas con una sofisticación y complejidad literarias de muchos quilates— debieran leerse como expresiones literales de opiniones políticas, la acusación parecía, a veces, estar juzgando a los escritos más que a los escritores. Sin embargo, hemos de tener presentes dos consideraciones, si queremos comprender el significado del proceso. Primero, en un sistema en el que el Estado se arroga el derecho y el deber de dirigir toda las formas de expresión pública, incluso las obras de simples no conformistas pueden interpretarse como actos de desafío político. Segundo, según revelaba la constante preocupación del gobierno de los soviets por la literatura, los jefes del Estado soviético, no menos que los intelectuales recalcitrantes, eran productos de una tradición que concedía un inmenso significado social y moral a la palabra escrita. Desde que Stalin pronunciara su famoso dictado de que los escritores debieran ser «ingenieros de almas», los dirigentes soviéticos trataron de encauzar esa tradición y ponerla al servicio del Estado, pero no rompieron con ella. No es extraño que el gobierno soviético, dado su gran respeto por la literatura, mostrara una gran sensibilidad a las expresiones de disentimiento que algunas veces emanaban de esos escritores.

La bandera de la protesta contra la censura literaria la enarboló por fin Alexander Solzhenitsin, a quien muchos consideraban el más distinguido escritor vivo de Rusia. Las mejores novelas de Solzhenitsin, como las de Siniavsky y Daniel, sólo se publicaron en el oeste, aunque en este caso contra los propios deseos del autor. En mayo de 1967 Solzhenitsin dirigió una carta abierta al Cuarto Congreso de la Unión de Escritores, del cual no era delegado. Parte de la carta consistía en una acerba crítica contra la propia Unión por no proteger a sus miembros ni defender sus intereses como era debido. Sin embargo, lo más notable fue su condena sin paliativos de la censura. La llamó «supervivencia de la Edad Media» y pidió su absoluta y total abolición en la Unión Soviética. «La literatura que no sea el reflejo de la sociedad contemporánea, y que no advierta a tiem-

po contra la amenaza de los peligros sociales y morales, no merece llamarse literatura; es sólo una fachada.» [9]. Lo que consiguió Solzhenitsin con su campaña fue que su nombre dejara de mencionarse casi por completo en los medios informativos de la Unión Soviética. Aunque al parecer no se le aplicaron sanciones más graves, su quinquagésimo aniversario, ocasión en que reciben honores, por lo general, los escritores y otras figuras importantes en la Unión Soviética, transcurrió sin que se mencionara en la prensa.

La constante preocupación de los escritores soviéticos por la libertad literaria no debiera tomarse como una actitud mezquina o egoísta. La censura no sólo entorpece la creatividad del escritor, sino que lo humilla en su carácter de ser humano. Por lo tanto, una campaña contra la censura acarrea, inevitablemente, la petición de los derechos y de la dignidad del individuo. Ejemplo de este proceso fue una carta que dirigió a *Pravda* el poeta Andrei Voznesensky, y que quedó inédita, en la cual se quejaba de la humillante manera que fue obligado a cancelar un vuelo que tenía reservado para Nueva York: «Yo soy un escritor soviético, un ser humano de carne y hueso, no una marioneta... Es evidente que la directiva de la Unión [de Escritores] no nos considera como seres humanos...» [10] El escritor, antes y más dolorosamente que casi todos los demás miembros de la sociedad, choca con el sistema que restringe con rigor el derecho del individuo a expresarse y a manifestar plenamente su personalidad; y es natural, que sea el escritor quien sepa dar forma, mejor que la mayoría, a su frustración y su afrenta. Al entablar su propia batalla por liberarse de los controles literarios, el escritor combate por lo tanto para que sus conciudadanos consigan algo más de respeto y de dignidad humana.

Si pasamos de los círculos literarios a la juventud soviética, encontramos muchísimas menos confrontaciones directas entre ella y las autoridades que en el oeste. Los riesgos que conllevaba la rebeldía abierta eran grandes, y existían pocos canales por donde encauzarla. Ni tampoco la mayoría de los jóvenes soviéticos tenía serios motivos de queja contra un sistema que había mejorado el nivel de vida y que había creado oportunidades en el campo de la educación y del progreso; oportunidades que, de otra manera, no hubieran estado al alcance de la mayoría de ellos. Con todo, desde 1956 se fue creando una auténtica brecha generacional, más de tipo moral que ideológico. La Unión Soviética es uno de los

pocos Estados modernos con un código de moralidad promulgado oficialmente. En 1961 el Partido Comunista publicó el «Código moral del constructor del comunismo» contentivo de doce principios que debieran regir la conducta social y personal de todos los ciudadanos soviéticos. Un observador americano, Richard T. De George, lo describió así: «No hay cabida en él para la noción de que el hombre es una ley en sí mismo, en el sentido de que debe hacer lo que cree que es justo, incluso si esto va contra lo que se le ha enseñado o contra la sociedad. Tal concepto y tal ideal se consideran individualísticos y contrarios a la moralidad socialista y colectivista» [11]. El derecho a interpretar la moralidad socialista y a determinar qué acciones se ajustan al objetivo de construir el comunismo, se lo arrogaba exclusivamente el Partido Comunista; sin embargo, a la luz de las revelaciones hechas en torno a la era estalinista, era inevitable que, en especial los jóvenes, pusieran en entredicho esa pretensión. La juventud de la Unión Soviética, sin rechazar por eso lo básico del sistema o sus objetivos finales, comenzaron a buscar reglas más satisfactorias de conducta personal y otros conceptos sobre el «sentido de la vida» distintos de los que expresaban las consignas oficiales, ahora comprometidas tras la revelación de los abusos pasados. Se trataba de una forma vaga y difusa de rebelión juvenil, centrada en torno a un nuevo énfasis sobre los valores del individualismo y del escepticismo.

La mayor parte de las manifestaciones externas de esta rebelión podrían considerarse inofensivas en las sociedades occidentales, como características normales de un doloroso proceso de crecimiento. Sin embargo, en la Unión Soviética, la conducta fuera de lo normal se considera con más seriedad, pues lo convencional no sólo se acepta socialmente, sino que lo sancionan los medios oficiales. El fenómeno soviético más conocido en el occidente fue la aparición de los *stiliagi* («chicos que van a la moda»), los cuales adoptaron un modo de vestir retumbante que muchas veces era una mala copia de lo que se llevaba en el oeste. Aunque la prensa soviética no ahorraba sus críticas contra ellos, los jóvenes deseaban, más que otra cosa, afirmar su propia personalidad. Y por otra parte, esa actitud revelaba el deseo juvenil de poner un poco de color y novedad en una sociedad que, desde el punto de vista occidental, parecía insoportablemente gris y monótona.

Otra tendencia de la juventud postestaliniana era su creciente interés por la religión, una forma desacostumbrada de

rebeldía juvenil, pero comprensible en una sociedad oficialmente atea. El calibre del renacimiento religioso ruso era difícil de medir, porque no siempre se manifestaba por la asistencia a los cultos o por la afiliación a la iglesia. Era más espiritual que institucional, una manera de buscar respuestas a las grandes cuestiones de la vida humana para las que la ideología oficial no tenía nada que ofrecer. El elemento puramente estético, en este caso el atractivo de las ceremonias religiosas, así como la creciente popularidad de los matrimonios por la iglesia entre los jóvenes, no debiera subestimarse. Aunque no se puede calcular la intensidad y el arraigo de este sentimiento religioso, su persistencia y su impacto en la juventud soviética eran indudables. Incluso afectó a la propia hija de Stalin, Svetlana Alliluyeva, que se convirtió a la fe ortodoxa y que con la religión llenaba, evidentemente, un vacío espiritual.

La forma más extendida de rebelión juvenil en la Unión Soviética era la menos visible: el escepticismo. El examen crítico de los valores establecidos, la insistencia en el derecho a hacer juicios personales y a discutir los dogmas oficiales alarmaban a un régimen cuya autoridad descansaba en su pretensión de monopolizar la verdad. La nueva tendencia de formular preguntas en vez de aceptar respuestas estereotipadas se reflejaba principalmente en la literatura soviética, gran parte de la cual abundaba en tonos de relativismo y de tanteo, en lugar de las afirmaciones absolutas del pasado. Por ejemplo, Abram Tertz en su ensayo *Sobre el realismo socialista* defendía «un arte fantasmagórico, con hipótesis en lugar de objetivos» [12] como la forma de literatura más acorde con el humor contemporáneo. Un siglo antes, el joven héroe de «Padres e hijos», de Ivan Turgenev, imbuido por el espíritu de cientifismo y de positivismo que distinguía a los jóvenes intelectuales de la década de 1860, expresó la opinión de que «dos por dos son cuatro, y todo lo demás son tonterías». El «hombre subterráneo» de Dostoievski sugería que la fórmula «dos por dos son cinco» no carecía de atractivos. Dadas las condiciones reinantes en la Unión Soviética, no dejaba de ser significativo que una de las primeras respuestas literarias a la revelaciones de Jrushov de 1956 fuera un poema escrito por dos jóvenes humoristas soviéticos y titulado «2×2=?»

Como estos ejemplos demuestran, el disentimiento literario y la rebelión juvenil se superponían frecuentemente en la Unión Soviética. Incluso los escritos de autores más viejos y

ya establecidos reflejaban muchos de los sentimientos que prevalecían en la juventud soviética, y la rebeldía de ésta se manifestaba con frecuencia en forma literaria. Sin embargo tras el proceso de Siniavsky y Daniel, los autores y los jóvenes parecieron ir más unidos todavía y cerrar filas en un pequeño pero creciente movimiento de abierta protesta vocal.

Las consecuencias que produjo el juicio en la sociedad soviética se han querido comparar con las que produjo el proceso de Dreyfus en la sociedad francesa a principios del siglo. Aunque la intención de las autoridades era intimidar a los intelectuales, lo único que consiguieron fue sacar a la luz cuestiones de interés fundamental, y polarizar a la opinión pública soviética sobre esas cuestiones. Como respuesta a la condena de los dos escritores, se produjo una larga serie de peticiones de protesta dirigidas a las autoridades y firmadas por algunas de las figuras más eminentes en el campo profesional y en el artístico. En las peticiones se formulaban quejas por las notorias irregularidades que se registraron a lo largo del proceso y por la severidad de las condenas; y, lo que es más importante, los peticionarios se solidarizaban con Siniavsky y Daniel y solicitaban la libertad de expresión. Una de las más elocuentes de estas declaraciones fue una carta abierta dirigida por Lydia Chukovskaya, escritora y crítico literario, al premio Nobel Mikhail Sholojov. Sholojov fue el único, entre los miembros destacados de la comunidad literaria soviética, que aplaudió las sentencias y que incluso las encontró demasiado suaves. En su carta, Chukovskaya le acusaba de violar toda la tradición humanista de la literatura rusa y las leyes de la creación literaria. La literatura, escribía, sólo puede ser juzgada «en el tribunal de la literatura... La literatura no cae bajo la jurisdicción del código criminal. Las ideas hay que combatirlas con ideas, no con campos de concentración ni con prisiones» [13]. En su mayor parte, las peticiones y las quejas eran de tono respetuoso y legalista pero constituían una demostración sin precedentes de la unidad y la franqueza existente en la elite intelectual soviética.

La ola de protesta que generó el proceso de Siniavsky y Daniel no se detuvo con la presentación de peticiones sino que comenzó a manifestarse por medio de una serie de actos públicos. En ellos intervinieron principalmente jóvenes veinteañeros, pero fueron recibiendo el apoyo de un número cada vez mayor de figuras más viejas y conocidas. Aunque en estas reuniones se congregaba poca gente, se trataba de las prime-

ras manifestaciones espontáneas que tenían lugar en público en la Unión Soviética desde la década de 1920.

No sorprendió a los participantes el hecho de que estas actitudes de abierto desafío condujeran a toda una serie de detenciones y procesos de intelectuales. En enero de 1967 fueron detenidos unos jóvenes que se reunieron en la Plaza Pushkin de Moscú para pedir la anulación del artículo 70 del código criminal (con arreglo al cual fueron sentenciados Siniavsky y Daniel) y la libertad de un grupo, encabezado por Alexander Ginzburg, que había sido arrestado por poner en circulación literatura clandestina. A fines de febrero o primeros de marzo se detuvo a un grupo numeroso de intelectuales en Leningrado, en el que figuraban profesores universitarios, estudiantes, poetas, críticos literarios y editores, bajo el cargo de pertenecer a una red terrorista. En febrero y septiembre de 1967 los participantes de la manifestación de enero fueron sometidos a juicio. Y en enero de 1968, el grupo de Ginzburg sufrió la misma suerte. Al propio Ginzburg se le culpó de divulgar un «Libro blanco» con extractos del juicio de Siniavsky y Daniel; a un joven llamado Yury Galanskov se le acusó de publicar el periódico clandestino literario *Phoenix 1966;* y a una muchacha, más joven todavía, se le imputó el macanografiado de manuscritos prohibidos. (Un cuarto acusado hizo de delator.) A Ginzburg y Galanskov se les acusó también, basándose en pruebas que parecían puros inventos, de colaborar con una organización antisoviética de emigrados con sede en Alemania. Todos ellos recibieron condenas de uno a siete años de prisión en campos de trabajo.

El proceso de Ginzburg generó una nueva serie de protestas y peticiones redactadas en términos más fuertes e indignados que los que produjo el juicio de Saniavsky y Daniel. En estas protestas se aludía, principalmente, a las irregularidades del proceso, a las informaciones tendenciosas que publicaba la prensa soviética respecto al juicio, y al restablecimiento de los métodos estalinistas. Típica, por su tono de afrenta moral, fue la carta abierta firmada por Pavel Litvinov, físico y nieto del antiguo Comisario de Asuntos Exteriores Maxim Litvinov, y por Larisa Bogoraz-Daniel, esposa del escritor encarcelado. «El juez y el fiscal», decían, «con la participación de un público especial han convertido el proceso en una burla escandalosa contra tres de los acusados... y contra los testigos, algo inimaginable en el siglo xx...» [14]

El 25 de agosto de 1968, Litvinov, la señora Daniel y otros cinco se manifestaron en público. Con carteles y pancartas se situaron en la Plaza Roja, en el corazón de Moscú, para protestar contra la invasión de Checoslovaquia realizada por la Unión Soviética y sus aliados. Casi al momento se vieron rodeados por policías de paisano, los cuales, tras golpear con saña a algunos de los manifestantes, los trasladaron a la cárcel sin pérdida de tiempo, no sin que antes se reuniera un pequeño grupo de curiosos para presenciar el incidente. En octubre de 1968, Litvinov fue condenado a cinco años de destierro en un lugar remoto del país, la señora Daniel a cuatro años, y varios otros a tiempos más cortos de destierro o confinamiento.

¿Qué objetivos perseguían estos audaces contestatarios? Ninguno en particular. Su preocupación abarcaba desde cuestiones concretas, como la demanda de juicios sin adulterar, hasta asuntos generales de carácter moral, como la implantación de los «ideales del socialismo». Sin embargo, todas sus declaraciones y acciones se basaban en la aspiración sencilla, pero fundamental, de que se les reconocieran sus derechos como ciudadanos soviéticos —y como seres humanos sensibles— a opinar libremente sobre las cuestiones, tanto públicas como privadas, que afectaban a sus vidas. La protesta en la Unión Soviética era todavía demasiado tímida, preocupada con defender su derecho a existir, constituyendo de esta manera, y sobre todo, una campaña en pro de las libertades civiles básicas. Aunque es difícil predecir el futuro de este movimiento de protesta, los esfuerzos de los sucesores de Jrushov por suprimirla —mediante la política de «terrorismo selectivo» [15], como la denominó Patricia Blake— no parecen tener éxito. A diferencia de las víctimas de las purgas de la década de 1930, los acusados ni se confesaban culpables ni cantaban la palinodia. Y un joven contestario no sólo se mantuvo en sus trece, sino que terminó su declaración ante el tribunal, manifestando con arrogancia que «cuando recupere la libertad, volveré a organizar manifestaciones; por supuesto, siempre dentro de la ley, como antes» [16].

El aflojamiento de los controles y la crítica del pasado, todo lo cual comenzó con el discurso secreto de Jrushov, provocó un movimiento de protesta no sólo en Rusia, sino por toda la Europa oriental, donde las consecuencias iban a ser mucho

más dramáticas que en la Unión Soviética. En los doce años que transcurrieron desde la invasión soviética de Hungría hasta la ocupación soviética de Checoslovaquia, las naciones del este de Europa se atuvieron a normas muy diversas y en constante modificación. De la misma manera que el tono y los métodos del comunismo de la Europa oriental variaban extraordinariameente de un país a otro, así diferían, de acuerdo con las circunstancias individuales, las dimensiones y los objetivos de la protesta; los acontecimientos de Checoslovaquia aportaron un nuevo elemento de imprevisibilidad a una situación ya bastante fluida. No podemos hacer otra cosa sino bosquejar someramente el conjunto del entramado, dentro del cual se desarrolló la protesta de la Europa oriental; protesta que tuvo una íntima relación con los acontecimientos de Rusia.

El efecto de la «campaña anti-Stalin» en la Europa oriental se complicó mucho por la cuestión del nacionalismo, elemento que no figuraba en el conjunto del disentimiento en Rusia (aunque no dejaba de ser significativo el fermento que se registraba dentro de la gran minoría ukraniana). Desde el fin de la segunda guerra mundial hasta la muerte de Stalin, se prolongó un período caracterizado por diversos grados de brutalidad y despotismo en una zona dominada por Rusia y donde la lucha por la independencia nacional constituía una preocupación vieja de siglos. Por lo tanto, el contexto en el que se generó y expresó la protesta era más complejo en la Europa oriental que en la Unión Soviética, ya que la provocaban no sólo los gobiernos locales y los sectores más vocales de la ciudadanía, sino también las actitudes soviéticas. La mezcla resultó inestable y en ocasiones explosiva.

Las reacciones más fuertes a la repudiación del estalinismo tuvieron lugar en Polonia y en Hungría. En estos países, la esperanza de los intelectuales de que la desestalinización aportaría una mayor liberalización (incluso con la vuelta a las relaciones tradicionales con el oeste) corría paralela con la esperanza de los jefes comunistas locales de conseguir una mayor autonomía dentro de su supeditación a Rusia y de poder realizar una política enderezada al desarrollo nacional. Estas esperanzas desembocaron en Hungría en la frustrada revolución de 1956, tras la cual se volvieron a instaurar los controles autoritarios y la hegemonía soviética. Sin embargo, se fue desarrollando en Hungría un sosegado proceso de acomodación y de relajamiento de las tensiones, que produjo

a la larga cierto grado de apoyo popular a los líderes que otrora fueron considerados como simples títeres de Moscú.

Los cambios siguieron en Polonia un curso casi opuesto. Polonia se libró del baño de sangre que sufrió Hungría y se instituyeron ciertas medidas de tipo liberal bajo Wladislaw Gomulka, el cual, anteriormente encarcelado tras ser objeto de una purga política, había sido restituido al poder en en octubre de 1956. Sin embargo, a partir de ese año se fue disipando la atmósfera de liberalización, y la confianza popular en Gomulka —que caminaba por la cuerda floja entre las exigencias de su propio pueblo y las de la Unión Soviética— disminuyó en gran medida. En 1968, por primera vez en más de diez años, estalló en Polonia una serie de francas manifestaciones de protesta, encabezadas por los estudiantes universitarios y respaldadas por los intelectuales liberales.

La confrontación comenzó a fines de enero, cuando las autoridades de Varsovia prohibieron las representaciones de «Antepasados», obra teatral del poeta del siglo diecinueve Adam Mickiewicz; sin duda, sintieron alarma ante el ardor con que los espectadores aplaudían los fuertes sentimientos antirrusos de la obra. Esta decisión despertó la indignación pública. A fines de febrero en una reunión extraordinaria de la filial de Varsovia de la Unión de Escritores se condenó el retiro de la pieza teatral y, en general, se criticó la política cultural del régimen. Algo después comenzaron los estallidos estudiantiles, que duraron más de dos semanas. El 8 de marzo unos cuatro mil estudiantes se manifestaron, cantando, en la universidad de Varsovia y chocaron con la policía. Los revoltosos, a quienes se unieron adultos simpatizantes, se olvidaron pronto del motivo específico de la protesta y comenzaron a ampliar sus demandas, exigiendo libertad personal y cultural. Entre sus nuevos motivos de queja se hallaban la censura, la falsificación, por parte de la prensa, del movimiento estudiantil, y la brutalidad policíaca; sus gritos de guerra eran « ¡democracia! », « ¡constitución! » y « ¡Gestapo! » La ola de la protesta estudiantil pronto llegó a otras ciudades universitarias. Se registran disturbios en Poznan (escenario de los graves conflictos de 1956) y el 20 de marzo los estudiantes organizaron una sentada en la universidad de Cracovia. Al otro día, unos cinco mil estudiantes de la Escuela Politécnica de Varsovia comenzaron una sentada de cuarenta y ocho horas para que el gobierno prestara atención a las demandas

estudiantiles. Sin embargo, algo antes de que se cumpliera el plazo, los estudiantes de la Politécnica, con el 'campus' rodeado por la policía, dejaron los edificios que habían ocupado; al hacerlo, distribuyeron entre los transeúntes copias de una resolución, en la que pedían «libertad de palabra, libertad para reunirse y libertad para manifestarse» [17]. Aunque todavía se registraron algunos actos de desafío de tono menor, con el abandono de la universidad se puso fin, prácticamente, a la manifestaciones, los boicots y las sentadas de los estudiantes.

A los disturbios estudiantiles, el gobierno contestó más con la represión que con la concesión. Gomulka, en un discurso que pronunció el 19 de marzo, reveló que 1.208 personas, entre ellas 367 estudiantes, habían sido detenidas en relación con las protestas; y 207 personas, entre ellas 67 estudiantes, ya habían sido condenadas o multadas. Además, las manifestaciones sirvieron de pretexto, en la lucha por el poder que se desarrollaba dentro del Partido Polaco de Trabajadores Unidos, el cual gobernaba al país, para lanzar una campaña furibunda contra los intelectuales y los judíos. La campaña «antisionista» se inició, por lo menos, cuando la guerra árabe-israelí de 1967, en cuya oportunidad Gomulka, al expresar el apoyo de su gobierno a la causa de los Estados árabes, previno contra los «quintacolumnistas» sionistas de Polonia. Al decaer las manifestaciones, estas acusaciones volvieron a lanzarse, al parecer por los rivales de Gomulka, y con mayor intensidad. El movimiento estudiantil se achacó a maniobras de los sionistas, de los liberales y de los desacreditados estalinistas, deseosos de recuperar el poder. Conforme disminuía la protesta estudiantil, aumentaba la lista de los funcionarios destituidos; muchos eran judíos y entre ellos varios profesores universitarios.

Mientras la liberalización daba marcha atrás en Polonia, un proceso de democratización efectiva parecía concretarse en la vecina Checoslovaquia. En enero de 1968, el estalinista de la vieja guardia Antonín Novotny fue destituido de sus funciones como Primer Secretario del Partido Comunista Checoslovaco (luego se le sacó también de la presidencia de la república). Le substituyó Alexander Dubcek, que pronto se convirtió en héroe nacional, categoría que ningún otro líder comunista había alcanzado con excepción de Tito de Yugoslavia. Fue en Checoslovaquia, país poseedor de la más antigua y fuerte tradición democrática del este europeo, donde el pueblo y el partido se hallaban más unidos en la necesidad

de reformas. Un Partido comunista revivificado tomó la iniciativa de proclamar las aspiraciones fundamentales del pueblo al que gobernaba. Estas aspiraciones se incorporaron al «programa de acción» del partido, que se adoptó en abril. Entre sus objetivos figuraban una mayor protección de las personas y las propiedades de los ciudadanos, mayor libertad de información y expresión, libertad de viajar, mayor independencia para Checoslovaquia en la dirección de sus asuntos extranjeros, modernización económica y, lo que acaso sea lo más notable de todo, una limitación de poderes de la policía secreta, ya que, se alegaba, las convicciones políticas y las creencias personales de los ciudadanos no eran asunto de la policía.

Durante la primavera y el verano de 1968 todo el país se sumió en discusiones sobre cuáles debieran ser los objetivos y las prioridades nacionales. El abandono, por parte de Checoslovaquia, de la brutalidad y la hipocresía del pasado, era algo único en la Europa oriental, por tratarse de un caso de unanimidad nacional. Tanto el pueblo como sus nuevos líderes parecían inspirados por el ideal de un gobierno comunista en comunicación con sus ciudadanos, atento a sus sentimientos y deseos e incluso, acaso, responsable de sus actos ante ellos. No está claro si los dirigentes se daban perfecta cuenta de las consecuencias que esta política acarrearía a la posición del partido, o si las provocaban conscientemente; lo que sí estaba claro era el gran temor que sentían los líderes comunistas de otros Estados del oriente de Europa, pues quedarían en entredicho si se implantaban en Checoslovaquia las reformas que ellos habían negado a sus propios países. La unidad nacional forjada en la «primavera» checa no pudo impedir la invasión del país en agosto, pero mitigó sus efectos y resultó muy embarazosa para quienes perpetratron la ocupación.

La invasión de Checoslovaquia constituyó el mayor esfuerzo, desde la supresión de la revuelta húngara, para cerrar de golpe la caja de Pandora abierta por Jrushov en 1956. La reacción de los contestatarios de la Europa oriental ante el «experimento» checo demostró que las críticas checas a su propio pasado represivo y las esperanzas de los checos en un futuro más liberal reflejaban muy fielmente los sentimientos reinantes en aquella zona europea. En Polonia los estudiantes que se manifestaron en marzo exigieron la introducción de reformas a lo checo y adoptaron la consigna de «¡Viva Che-

coslovaquia!» como uno de sus gritos de lucha. En Rusia, sólo un mes antes de la invasión, un joven llamado Anatoly Marchenko dirigió una carta abierta a varios diarios checos y occidentales, en la que deploraba las maniobras soviéticas para oponerse a las reformas checas. Expresó que los dirigentes soviéticos temían que estas reformas se fueran realizando porque «si Checoslovaquia consiguiera organizar un verdadero socialismo democrático, entonces no se justificaría la ausencia de las libertades democráticas en nuestro país, y los trabajadores, campesinos e intelectuales podrían exigir la libertad de palabra no sólo en el papel, sino de hecho» [18].

La protesta contemporánea en Rusia y en la Europa oriental tenía todavía un aire decimonónico. Las demandas de libertad de pensamiento y expresión políticos, de libertad cultural e intelectual, de justicia mejor impartida y, en los países pequeños, de independencia nacional, fueron las peticiones fundamentales de los contestatarios del siglo XIX; y contra estas demandas se opusieron métodos del mismo siglo, como encerrar en los manicomios a los escritores recalcitrantes, y amenazar a los estudiantes con llamarlos a filas. Desde luego, algunos aspectos de la protesta contemporánea en Rusia y en la Europa oriental eran similares a los de movimientos parecidos de occidente, y tenían su origen en parejas fuerzas sociales, económicas y culturales: la tendencia a recusar toda autoridad establecida, la búsqueda de un humanismo y de un individualismo postindustriales, el simple deseo de huir del tedio, el cual parecía ser el precio a pagar por el aumento del ocio y la prosperidad en una época carente de heroísmo. En lo fundamental, sin embargo, lo contestatarios de Rusia y de la Europa oriental exigían los mismos derechos personales y políticos básicos que, practicados o profanados, hacía mucho tiempo que se consideraban en el occidente como algo natural. Por este motivo, el espíritu y los objetivos de los contestatarios orientales eran más parecidos a los de sus antepasados históricos que a los de sus contemporáneos occidentales.

15. La crisis francesa

La rebelión juvenil contemporánea clásica —al propio tiempo caso digno de estudio en la escalada de la protesta estudiantil hasta llegar a la insurrección violenta— tuvo lugar en París el 3 de mayo de 1968. Alrededor de quinientos estudiantes que representaban diversos colores del espectro político, desde el comunismo hasta el anarquismo, se reunieron en el patio principial de la Sorbonne para protestar del cierre de la universidad de París en el suburbio de Nanterre (decisión que había tomado el decano en vista de las manifestaciones que allí se celebraban y del desasosiego reinante). Los estudiantes no eran una masa informe, sino un conglomerado de dirigentes del extremismo francés estudiantil. La mayor parte de la tarde la pasaron discurseando, llamando la atención de los curiosos, de los estudiantes sin afiliación política y de los grupos estudiantiles derechistas que con anterioridad amenazaron a los radicales con agredirlos físicamente a manera de represalia [1].

Las autoridades universitarias, cada vez más alarmadas, acabaron por llamar a la policía, bien a instancias del Ministerio de Educación, bien con su consentimiento. Rápida y efi-

cazmente, los pelotones de policía, adiestrados para sofocar revueltas, dispersaron la reunión y condujeron a los estudiantes hacia los vehículos celulares que aguardaban. Entonces, quienes presenciaron los hechos reaccionaron con violencia y se produjo en ellos un feroz estallido de odio. A las pocas horas, París estaba amotinado; a las pocas semanas, toda Francia era un caos. La economía casi se paralizó, se formaron y reformaron alianzas políticas, y los políticos caían y se alzaban como marionetas. La vida del régimen gaullista, que parecía tan sólida, estuvo a punto de terminar de manera desastrosa.

Por supuesto, la espiral revolucionaria no comenzó en la Sorbonne sino, como todas las revoluciones, tuvo su origen en las condiciones imperantes. Todo el sistema francés de educación superior estaba repleto de material explosivo, y el caso de Nanterre era especialmente grave. Las universidades de Francia estaban atestadas hasta reventar. Todos los bachilleres podían ingresar en ellas (las universidades, en su mayoría dependían directamente del gobierno) y, en una época de creciente prosperidad general, casi todos ingresaban. Tanto las aulas como las residencias se hallaban repletas, y las supuestas delicias de la vida estudiantil francesa se marchitaban bajo el peso de los números.

La universidad de Nanterre era de reciente construcción pero, aun antes de que estuviera terminada, ya se encontraba llena hasta los topes. Nunca fue popular entre sus estudiantes. Sus edificios, inmensos y fríos, se alzaban en un desierto suburbano, en feo contraste con los viejos esplendores de la Sorbonne, y con la comunidad metropolitana y la libertad de la orilla izquierda del Sena. Los estudiantes, en su mayoría muchachos resueltos, hijos de la clase media, echaban de menos los atractivos del mundo exterior y se enfurecían por la segregación sexual impuesta por los planificadores y administradores. El rígido sistema de la convivencia separada fue uno de los primeros motivos de conflicto entre los estudiantes y la administración, y el símbolo del descontento estudiantil. Nanterre contaba con nutridas representaciones de los grupos estudiantiles extremistas que habían proliferado en Francia en la década anterior. Es probable que la revolución comenzara allí, no porque la universidad de Nanterre fuera especialmente mala, sino porque algunos de sus estudiantes eran de gran talento y dedicados por entero a la causa radical. Desde luego, los dirigentes estudiantiles de Nan-

terre eran personas con grandes dotes de expresión y con gran experiencia.

La política francesa estudiantil de izquierdas era casi incomprensible a los extraños, pero se la puede definir en pocas palabras (la de Nanterre, como la de los demás lugares) como bastante a la izquierda del Partido comunista francés. Los grupos estudiantiles extremistas iban desde el maoísmo hasta la socialdemocracia; muchos de ellos, influidos profundamente por la renaciente filosofía trostkista, eran antiestalinistas. Estas organizaciones se hallaban divididas en feudos y facciones, como es corriente en tales grupos, pero las unía su unánime repulsa a las guerras de Argel y del Vietnam. Estas dos manifestaciones del «imperialismo capitalista» hicieron más por la solidaridad de los estudiantes de izquierda que cualquier asunto de tipo doméstico. La violencia de la reacción estudiantil contra los conflictos de Argelia y Vietnam mostraba bien a las claras su preferencia por el concepto del «tercer mundo», su disgusto por lo que consideraban una agresión racista, y su deseo de paz.

En marzo de 1968, un puñado de estudiantes extremistas fue detenido por destrozar las ventanas de algunos edificios americanos en París como protesta contra la guerra del Vietnam. El 22 de marzo un grupo de estudiantes se congregó en Nanterre para protestar contra las detenciones y en solidaridad con los revoltosos, y así nació el «Movimiento 22 de marzo». Al frente de él se hallaba un líder notable, Daniel Cohn-Bendit («Daniel el Rojo»), nacido en Alemania, estudiante de sociología y dotado con esa personalidad carismática que da a la política un matiz estimulante y que es capaz de transformar la protesta en insurrección.

Cohn-Bendit no estaba ligado estrechamente con ninguno de los grupos estudiantiles, pero una poderosa organización trotskista, cuyo objetivo era formar una elite revolucionaria, la Jeunesse Communiste Révolutionnaire (J. C. R.), apoyaba, y casi dominaba, el Movimiento 22 de marzo. La J. C. R. trabajaba especialmente en los medios universitarios, con la esperanza de establecer un cuadro de revolucionarios profesionales; sus jóvenes dirigentes eran muy expertos en la manipulación de masas, aunque ninguno pretendió haber ejercido un control efectivo sobre la inmensa multitud que se les unió en París. Otro grupo importante, la Union des Jeunesses Communistes Marxistes-Leninistes (U. J. C. C. M. L.), realizaba su labor entre los obreros y en las factorías, y adqui-

rió importancia en las últimas etapas de la revolución. El Comité Vietnam National (C. V. N.) movilizaba los sentimientos contra la guerra entre diversas secciones de la población, en particular en los liceos. Tras los universitarios revolucionarios fueron, a lo largo de todo el camino, los estudiantes de bachillerato. Había otros grupos, en número un tanto confuso, pero esos tres fueron, sin duda, los de más peso en la revolución de mayo.

En marzo y en abril estallidos de violencia y de protesta sacudieron a las universidades francesas, y sus administradores no fueron los únicos agobiados por este tipo de problemas: la universidad de Columbia capeaba su propio temporal, cuando el decano de Nanterre ordenó el cierre de este centro de estudios el 2 de mayo. El mismo día, el premier francés Georges Pompidou voló al Irán, dejando tras sí a un Presidente demasiado orgulloso para rebajarse a negociar con los estudiantes, y a un gobierno sin autoridad efectiva para actuar en momentos de crisis.

Los acontecimientos del 3 de mayo engendraron una revolución, en parte porque produjeron también revolucionarios. Los estudiantes sin filiación política y los curiosos que atacaron a la policía, *se convirtieron* en revolucionarios mientras luchaban. La violencia tiende a multiplicarse en cualquier conflicto, y la excitación y la solidaridad experimentadas en aquellos primeros días de mayo fueron como un legado del París revolucionario de otros tiempos. El conflicto no terminó del todo después del 3 de mayo. Líderes experimentados mantuvieron vivo el fuego de París y los estudiantes de provincias fomentaron insurrecciones en su diversas ciudades. Para quienes veían a los policías utilizar granadas de gas y mangas de presión contra jóvenes quinceañeros, los representantes de la autoridad parecían tropas de asalto nazis bajo otro uniforme, y sus adversarios, jóvenes héroes que hacían frente al salvajismo con sus manos desnudas y con adoquines. La lucha más cruenta tuvo lugar la noche del 10 de mayo, que ha pasado a la historia como «La noche de las barricadas». Los estudiantes formaron barricadas con adoquines y con coches volcados. Los miembros de la Cruz Roja tuvieron que abrirse paso entre turbas e incendios para llegar hasta los heridos; los gases lacrimógenos penetraban por las ventanas de hogares respetables; los heridos y arrestados se contaban por cientos.

El 11 de mayo, Pompidou regresó a Francia. Adoptando

una postura razonable y conciliatoria, abrió de nuevo la Sorbonne y dejó entrever que se concedería la amnistía a los manifestantes detenidos. Pero era demasiado tarde. Las más acariciadas esperanzas de los revolucionarios parecían estar a punto de realizarse. Los intelectuales de izquierda aspiran, sin excepción, a una alianza formal con la clase trabajadora; al fin y a la postre, sólo los problemas y las aspiraciones del proletariado dan contenido a la filosofía radical. Antes de que la política de conciliación del premier surtiera efecto, los sindicatos más importantes de Francia habían hecho causa común con los estudiantes; los acontecimientos sobrepasaron los límites de las manifestaciones universitarias y se convirtieron en algo muy diferente.

Los dos más importantes sindicatos de trabajadores convocaron a la huelga para el 13 de mayo, lunes, y ese día una impresionante masa de 800.000 personas desfiló por París. Los estudiantes, llenos de entusiasmo, iban en cabeza, mientras los jefes sindicalistas y los políticos de izquierda se escurrían por la retaguardia. Estaba claro que la masa joven de los sindicatos —como los jóvenes de las universidades— tratarían de arrastrar a sus líderes a que se lanzaran a acciones de carácter extremista, para lo cual estos líderes ni estaban preparados ni sentían entusiasmo.

Los dirigentes de la izquierda política estaban todavía menos preparados que los líderes sindicalistas. Resignados con el régimen del Presidente Charles de Gaulle, aguardaban a que el general se marchara para hacerse entonces cargo del poder, pero desde dentro de la maquinaria democrática, no desde afuera. El Partido comunista francés, que durante la década anterior se esforzó por convertir su imagen de revolucionario desorbitado en la de un ente respetable, resultaba a los ojos de los jóvenes una fuerza política burguesa. Ya no trataba de subvertir la economía capitalista de Francia, sino de que los trabajadores participaran más de ella. Al extenderse la industrialización y la prosperidad en la década de 1960, los comunistas franceses, cada vez en mayor número, procuraban adquirir aparatos de televisión y lavaplatos antes que emplear bombas y granadas. Los socialistas franceses tenían mejor oportunidad de hacerse con la revolución de los jóvenes, pero estaban demasiado divididos entre sí y demasiado alejados de sus aliados en potencia, los comunistas, para poder explotar la situación en su beneficio.

La huelga convocada para el 13 de mayo tuvo un éxito

formidable. Para el 22 del mismo mes, veintidós millones de trabajadores estaban en paro voluntario; muchos de ellos ocuparon fábricas y oficinas, cerrando sus puertas a los directores. En realidad, en muchos casos, los miembros de inferior categoría de la clase gerencial se unieron a los huelguistas porque deseaban aprovechar la oportunidad de desafiar a un sistema anquilosado. La industria francesa, al igual que los colegios, las profesiones y el Gobierno se mantenían sometidos a una rígida estructura jerárquica, centralizados, y empantanados en el papeleo burocrático. Muchos ciudadanos respetables de la clase media se sintieron felices ante la oportunidad de evadirse de la prisión de los reglamentos y de las tradiciones. El aeropuerto de Orly cesó en sus actividades y el servicio de transportes del país entero quedó paralizado. Lo mismo ocurrió con gran parte de la industria. Los trabajadores de las factorías de autos y aviones pararon las máquinas e impidieron el acceso de los propietarios a sus propias empresas.

Mientras los obreros daban a sus patronos con la puerta en las narices, los líderes sindicalistas procuraban por su parte cerrar el paso a los estudiantes extremistas, pues, decididos a seguir dirigiendo a la masa obrera mediante el logro de ventajas económicas, sentían una profunda alarma ante la creciente propagación de las ideas de la extrema izquierda y se preocupaban por las medidas represivas que sin duda se implantarían tras una insurrección prolongada. Estos jefes sindicalistas, al igual que los otros viejos de Francia, trataban de conservar el sistema en que se basaba su poder.

El Gobierno respondió a la huelga proponiendo reformas sustanciales en cuanto a sueldos y condiciones de trabajo, todo lo cual sería negociado en sesiones de urgencia. Las conversaciones comenzaron en Grenelle, el 25 de mayo, en una atmósfera exacerbada por el discurso, inútil y provocativo, que pronunció De Gaulle el día anterior y en el cual anunció la celebración de un referéndum que confirmara su autoridad, en vista de los acontecimientos insurreccionales. Renovados estallidos de peleas encarnizadas dirimidas entre estudiantes y obreros contra la policía acogieron las palabras del general. El 27 de mayo, Pompidou anunció la implantación de vastas reformas: el salario mínimo subió en más de un tercio, y ventajas adicionales de todas clases, desde menos horas de trabajo hasta derechos contractuales fueron concedidas por el Gobierno que, con anterioridad, se había mostrado

reacio a establecer normas de vigencia nacional. Fue una tremenda victoria para la clase trabajadora, y tanto el Gobierno como los jefes sindicalistas esperaban alejar así a los obreros del extremismo.

Los victoriosos líderes sindicalistas anunciaron las enormes ventajas conseguidas el 27 de mayo, las mayores en bloque desde la Liberación. Tradicionalmente la industria francesa había evitado las negociaciones colectivas, prefiriendo los convenios con pequeños grupos y factorías. Para los viejos jefes obreros, lo conseguido en Grenelle constituía un éxito sin precedentes. Pero la masa trabajadora no opinaba lo mismo. Los dirigentes locales comunicaron a sus jefes la desagradable noticia de que los obreros rechazaban las concesiones y de que no les interesaban las negociaciones, ni las ventajas, propias de la clase media. En aquellos últimos días de mayo parecía como si se estuviera realizando el viejo sueño de Nikolai Lenin, como si los estudiantes hubieran logrado llevar a los obreros a la revolución. El capitalismo democrático siempre había utilizado el recurso de colocar en la clase media a la capa superior de los trabajadores, es decir, de interesarlos en el mantenimiento de las estructuras existentes. Sin embargo, el acuerdo de Grenelle, establecido con arreglo a este principio, fue rechazado a favor de la revuelta, inspirada por los estudiantes, contra la estructura misma de la sociedad capitalista.

Mientras tanto los estudiantes seguían desfilando, peleando y hablando por todo el país. En la Sorbonne, abierta de nuevo el 11 de mayo por orden del premier, implantaron una atmósfera increíble de estruendo, risas, discusiones y suciedad. Los estudiantes se hacían el amor en las salas, tocaban jazz en el patio, discutían de filosofía radical en las aulas. Bandas de activistas, con sus merodeos por las calles adyacentes para hostigar a la policía, molestaban a la vecindad y se enajenaban así la simpatía del público. La Sorbonne llegó a hacerse insufrible, incluso para sus propios líderes, los cuales se trasladaron a lugar más tranquilo, para desde allí seguir planeando la revolución. Los que quedaron en la universidad se dividían, como en el resto de Francia, en reformistas y revolucionarios. Los primeros querían reconstruir sus instituciones con arreglo a criterios más adecuados, negociar con las autoridades existentes para la instauración de las reformas. Los revolucionarios, por su parte, querían destruir las instituciones como parte integral de una sociedad corrom-

pida. Rechazaban las negociaciones y las reformas fragmentadas por considerarlas una rendición inútil ante un sistema desacreditado y malo.

El rechazo de los acuerdos de Grenelle dejó al Gobierno, a los jefes sindicalistas y a los políticos de la izquierda en una posición peligrosa y desairada. La economía se veía en serias dificultades, peleas violentas seguían asustando a los ciudadanos e interrumpiendo el tránsito en las calles y los acontecimientos de Nantes fueron para las autoridades un ominoso ejemplo de lo que podía suceder en todo el país. En Nantes, un comité central de huelga había usurpado los poderes de la autoridad municipal, tras establecer su propio gobierno urbano, en un gesto de desafío contra París. El comité se hizo cargo de la distribución de víveres a los establecimientos, y del tráfico de entrada y salida de la ciudad. Los campesinos cooperaron con los obreros y juntos eliminaron a los intermediarios y bajaron el precio de los comestibles. Los estudiantes distribuían octavillas, recogían las cosechas, alentaban y apoyaban a los huelguistas y a su gobierno. Nantes parecía el sueño de un extremista hecho realidad: estudiantes, campesinos y trabajadores colaboraban estrechamente unidos... un acontecimiento de poca duración, pero memorable en los anales de la revolución.

El 27 de mayo, primer día del breve período en el que Francia parecía vivir una verdadera revolución (o la anarquía, según el punto de vista de los observadores), los líderes estudiantiles organizaron una reunión de masas en el estadio Charlety de París. Les encantó la gran afluencia de trabajadores, lo que parecía justificar su creencia en una alianza revolucionaria. Sin embargo, el mitin reveló la incapacidad básica de la izquierda francesa. Muchos de los oradores manifestaron su desprecio por el Partido comunista, pero ninguno expuso programas positivos para convertir el ímpetu revolucionario en cambios verdaderos. Pierre Mendes-France, que hubiera podido sacar partido al movimiento, no dijo nada en Charlety; como otros viejos líderes, no estaba dispuesto a comprometerse con la revolución. El 28 de mayo el jefe socialista François Mitterand anunció que presentaría su candidatura a la presidencia después que —así lo esperaba— De Gaulle fuera rechazado por el pueblo en el referéndum de junio. Mitterand se postuló realmente para encaramarse al poder, pero se vio aprisionado entre la izquierda de Mendes-France y los comunistas, quienes, despreciados por los radi-

cales, pesaban sin embargo por su voto. Mitterand trató de formar un frente unido de la izquierda contra el régimen, pero la izquierda estaba muy lejos de unirse.

El Presidente De Gaulle, que se mantuvo sospechosamente silencioso desde su funesto discurso del 24 de mayo, volvió a tomar la iniciativa el 29 de mayo y ya no titubeó más. Tras anunciar que se marchaba de París a su casa de campo, voló en secreto a la base militar francesa de Baden-Baden y se entrevistó con el jefe de la misma. Nadie supo lo que allí se trató, pero sin duda el Presidente se aseguró de la lealtad del ejército y del apoyo político de sus jefes. Cuando regresó a Francia, se encontró con que Mendes-France había presentado su candidatura, es decir, que encabezaría una política de frente popular. Es probable que esta noticia reforzara la determinación del Presidente para luchar por su régimen.

De Gaulle comprendió que los comunistas tendrían un buen número de puestos en cualquier Gobierno que reemplazara al suyo, y sobre esta base emprendió su campaña, contando con el temor que se tiene al comunismo tanto en Francia, como en cualquier otro país donde gran número de electores tengan intereses en la economía. De Gaulle pronunció un breve e impresionante discurso el 29 de mayo, anunciando su implacable determinación de oponerse «a la toma del poder por los comunistas»; no hizo más promesas a los trabajadores o a los estudiantes e insinuó que, en caso de necesidad, recurriría a la fuerza para terminar con la amenaza comunista. Pocos minutos después del discurso, las calles de París se llenaron de gaullistas de todas las tendencias, que agitaban la bandera tricolor y voceaban su lealtad al régimen. El ambiente de las calles reveló a los observadores que la contrarrevolución había comenzado.

Las autoridades locales recibieron el estímulo (y el apoyo) de París, los huelguistas fueron regresando al trabajo, y la policía empezó a ganar las peleas callejeras por toda Francia. Los líderes obreros, que desde el principio no sintieron ningún deseo de abandonar la seguridad de los dominios económicos, suprimieron inmediatamente de su anunciado programa todas las implicaciones y objetivos de carácter político. Los políticos de la izquierda, que desilusionaron a los extremistas con su decisión de permanecer dentro del sistema democrático, fueron acusados por el Gobierno de proyectar un *coup d'état*. La acusación era a todas luces injusta, porque

en realidad se opusieron a las exigencias extremistas de derribar el sistema, pero sin embargo surtió sus efectos.

Dos tipos de elecciones se celebraron en Francia: el 23 y el 30 de junio, y Charles de Gaulle fue confirmado en su puesto por una mayoría sin precedentes. Su representación parlamentaria era superior a la que nunca tuvo, más grande de lo que caulquier político podía esperar en un sistema multipartidista. Verdaderamente, ya a fines de mayo estaba asegurada la victoria gaullista, pero todavía en los primeros días de junio la revolución dio sus coletazos finales, con estallidos de violencia renovada. Sus únicas muertes se registraron en junio, una de ellas la de un joven que se ahogó al huir de la policía. En París, el 10 de junio por la noche, la violencia fue superior incluso a la que se registró en la Noche de las Barricadas.

Los dirigentes estudiantiles fueron expulsados o tuvieron que refugiarse en la clandestinidad, lo mismo que sus organizaciones. Pompidou, la única figura política con verdadero poder en Francia (además del Presidente) fue destituido en julio y reemplazado por Maurice Couve de Murville. De Gaulle reinó solo, como siempre, y los huelguistas volvieron al trabajo. Desde luego, los obreros consiguieron lo que sus dirigentes desearon para ellos—un trozo más grande del pastel económico— pero la propia economía quedó maltrecha. El franco se debilitó y hubo que demorar el desarrollo de la potencia nuclear. La Universidad de París en Nanterre continuó repleta, pero es posible que una serie de reformas graduales dentro del sistema democrático lograra establecer a tiempo una apreciable mejoría en la enseñanza superior francesa.

Los estudiantes extremistas de Francia estuvieron a punto de lograr su objetivo: realizar la revolución en la política, en la economía y en la sociedad, pero la vieja izquierda no hizo nada por transformar la energía de los jóvenes en programas concretos o en fuerza política. Por el contrario, De Gaulle tuvo más sujeta que nunca a la nación. Quedaba por ver si la revolución había producido o produciría cambios importantes y permanentes en la sociedad o en la economía, y si aquella breve liberación despertaría esperanzas duraderas en la posibilidad de reformas efectivas. Lo único cierto de la revolución francesa de 1968 fue que recordó al mundo que la protesta juvenil puede ser capaz de sacudir las bases de la sociedad moderna.

Epílogo:
La naturaleza de la protesta

Tras examinar los más importantes movimientos de protesta registrados desde antes de la Primera Guerra Mundial hasta la primavera y el verano de 1968, ¿qué conclusiones podemos deducir de la naturaleza de la protesta en el siglo xx? ¿Qué directrices se pueden ofrecer, tanto a los que desean fomentar y llevar a buen fin movimientos de protesta, como a los que desean derrotarlos y eliminarlos? Las lecciones del pasado no son infalibles. Al cambiar las condiciones y las actitudes sociales, pueden también alterarse los ingredientes de la protesta y, por otra parte, hay que contar con la imprevisible capacidad de los dirigentes de la protesta y de los que están al frente del sistema. Sin embargo, se pueden arriesgar ciertas generalizaciones, que no sólo son reveladoras, sino muy útiles en las crisis corrientes.

Características de la protesta

1. Por sí misma la protesta no es buena ni mala; es un medio común, y efectivo por lo general, de forzar cambios en la sociedad moderna. La mayor parte de las transforma-

ciones políticas y sociales importantes habidas en el siglo xx fueron aceleradas, si no causadas, por los movimientos de protesta.

2. La protesta es un vehículo tanto de la izquierda como de la derecha. Aunque en una comunidad cuyo Gobierno es de un conservadurismo rígido, o de extremada incompetencia y lentitud, o de cruel despotismo, casi cualquier tipo de protesta puede tener efectos terapéuticos —al abrir las puertas a la posibilidad de cambios— sin embargo las virtudes de un movimiento de protesta en particular debieran juzgarse teniendo en cuenta quiénes protestan y cuáles son sus objetivos.

3. La protesta sirve para que la gente insatisfecha, frustrada y desarraigada encuentre, al menos de momento, alguna satisfacción. Los movimientos de protesta ofrecen una evasión de la vida diaria, con frecuencia rutinaria y aburrida, propia de la sociedad industrial. El movimiento también proporciona la satisfacción de participar en un afán colectivo de tipo idealístico. Incluso los miembros del Gobierno (del Estado, del municipio, de la universidad, etc.) opuestos a la protesta, se sienten liberados de la rutina, aunque les domine la preocupación y el enfado, y experimentan un mayor sentimiento de comunidad en el proceso de contraatacar al movimiento radical.

4. En su punto culminante, la protesta se convierte en una forma de vida que absorbe todas las energías, el talento y el amor de los participantes y de los adversarios. Por lo tanto, facilita el medio donde se puede dar el heroísmo romántico que en la moderna sociedad industrial, burocratizada, parece haber periclitado.

5. Hay dos clases de protesta: disconformidad intelectual generalizada y rebelión por una parte, y confrontación organizada por la otra. La primera es requisito inevitable de la otra. De una ideología y de una nueva evaluación cultural surge directamente el movimiento de confrontación. Más específicamente, el movimiento de confrontación se aprovecha de la desmoralización del sistema, efectuada por las sacudidas culturales, y utiliza la nueva retórica cultural en su denuncia del viejo régimen.

6. Aunque la mayor parte de los movimientos de protesta del siglo xx han abogado, de una manera u otra, por la liberación de la clase trabajadora y de los pobres o, al menos, por la mejora de sus condiciones de vida, en realidad

muy pocas veces han sido dirigidos por trabajadores. La protesta es un fenómeno de la clase media. No sólo los portavoces de la protesta intelectual, sino también los líderes de la confrontación han sido, casi sin excepción, gente de la clase media con buena educación, oportunidades profesionales a su alcance y mucho tiempo libre. De esta manera la protesta es consecuencia del descontento y alienación de la clase media, y de su ambición de hacerse con el poder que disfruta el sistema.

7. Todos los movimientos de protesta se centran en cuestiones de tipo moral, porque el liderazgo de la protesta refleja el carácter de la clase media; es la burguesía la que más se preocupa por estas cuestiones de índole moral.

8. El liderazgo de la protesta, con su carácter propio de la clase media, y el papel primordial que juegan las características morales, tienden a imbuir en el sistema un sentimiento de culpa. Sin esta culpa paralizadora que experimentan quienes ocupan el poder, los movimientos de protesta apenas tendrían éxito.

9. Todos los principales movimientos de protesta del siglo XX se han apoyado en la fuerza, mucha o poca. Pero la fuerza, incluso si llega al extremo del asesinato y de la lucha callejera, no escapa del control de los dirigentes y es dirigida a objetivos específicos. Cuando la violencia no obedece a los controles, y ya no se pueden definir los objetivos, la protesta comienza a ceder su puesto a la revolución.

10. Todos los movimientos de protesta se pregonan en términos extremados, que acusan a los miembros de la oposición de monstruos, y a ciertas instituciones de absolutamente perniciosas.

11. La creciente eficacia de los movimientos de protesta corre paralela con el progresivo desarrollo de los medios de información masiva. La televisión ha constituido una gran ayuda porque la protesta se nutre con la publicidad. Por eso es tan difícil imponer medidas represivas contra los movimientos de protesta en las sociedades democráticas, donde la prensa y la radio son libres.

12. La protesta requiere una enorme energía y la buena disposición de sacrificar la carrera y la posición social. Por eso la mayor parte de los contestatarios tienen menos de treinta años. Los líderes de la protesta son a veces hombres y mujeres de edad madura, de gran energía y determinación. Pero la protesta no es para los viejos. Como al frente de los

gobiernos se hallan, por lo general, hombres de bastantes años y con frecuencia viejos, existe un pronunciado abismo generacional entre los contestatarios y el sistema, lo cual no sólo impide la comprensión y la comunicación, sino que también realza la imagen heroica y el egotismo de los contestatarios. Actualmente está de moda, entre los escritores conservadores, culpar por el movimiento de protesta de las universidades americanas a la gran tolerancia con que tratan a sus hijos, estudiantes de la clase media, los padres que siguen las directrices de Benjamín Spock. Sin embargo, la protesta estudiantil corriente sigue las pautas generales de los movimientos de protesta del siglo XX, los cuales se han manifestado también en sociedades donde los hijos han recibido un trato rígido, autoritario y puritano. Algunos comentadores dan una interpretación freudiana a los orígenes de la protesta, manifestando que entre los dirigentes famosos de la protesta, en especial entre los líderes estudiantiles, se notan fuertes influencias del complejo de Edipo. Pero los conflictos que se derivan de este complejo, según la psicología freudiana, son consustanciales con el hombre, y no es fácil comprender cómo los dirigentes de la protesta habían de estar más condicionados que otras personas por este rasgo psicológico. De cualquier manera, los datos biográficos disponibles por ahora parecen demasiado fragmentarios para que permitan una explicación psicológica firme de la protesta.

13. La protesta engendra protesta. Cuando un grupo realiza con éxito una confrontación, esto, inevitablemente, sirve de estímulo a otros grupos. Como el mundo está en camino de convertirse en una sola comunidad —por lo menos las comunicaciones universales son instantáneas— el fenómeno de la imitación llega a todas las partes del mundo.

14. Los movimientos de protesta del siglo XX pertenecen a una más amplia categoría del fenómeno que se repite en la historia de la civilización occidental: la fragmentación de la elite. El disenso, la rebelión y la revolución no han sido por lo general, en la historia de occidente, el resultado de levantamientos en masa, aunque los mitos marxistas pretendan otra cosa. Las masas se levantan pocas veces —los obreros y campesinos son demasiado ignorantes y egoístas y están en exceso abatidos y desorganizados— y cuando lo han hecho por su cuenta han sido aplastados por el orden establecido y por los que regentan el poder. Las grandes conmociones que sacuden al gobierno y a la sociedad nacen, en ge-

neral, cuando una parte de la elite —es decir, de las clases educadas y acomodadas— se siente insatisfecha con las oportunidades que se le ofrecen de lograr el poder y la felicidad personal y entonces trata de penetrar por la fuerza en el sistema o de suplantar al gobierno por completo. En el contexto de la perspectiva histórica, los movimientos de protesta del siglo XX aparecen como la continuación de una norma que comenzó en el siglo XII y que recibió un nuevo ímpetu en el XVIII con la Revolución Francesa: la norma del cambio, mediante el cual los nuevos grupos prósperos y educados de la sociedad afirman su derecho a la importancia política y al poder, en consonancia con su capacidad intelectual y económica.

Cómo tener éxito en la confrontación direta

1. Organiza con cuidado. Trata de conocer bien la fuerza y la debilidad de tu persona. Proyecta con anticipación cada paso que des.
2. Plantea las cuestiones que tengan mayor atractivo ético para la gente, no precisamente las que más te interesen a ti.
3. Utiliza una retórica elemental de vago contenido pero de alto voltaje emotivo: «¡Fascista, racista, embustero, traidor!» La repetición incansable de estos epítetos hará que formen parte del lenguaje diario, y hasta el sistema los legitimará al usarlos.
4. Publica sin parar listas de demandas y hazlas cada vez más largas.
5. La fuerza es una técnica inevitable. Elige los medios —huelgas, sentadas, ocupación de edificios, etc.— de manera que consigas un máximo de publicidad con un mínimo de daño a los estereotipos de la clase media.
6. Procura, por medio de la rudeza, de la violencia y del aumento de las demandas, que el sistema responda con medidas represivas (en particular con el encarcelamiento y la expulsión; es esencial que la policía intervenga). Entonces, proclama que las autoridades se negaron a negociar o no atendieron a razones, que interpretaron mal tu posición y que recurrieron a la brutalidad policiaca. Denuncia al sistema y llama a sus miembros fascistas, cerdos, etc. Al llegar

a este extremo, puedes ya usar la máxima violencia (motines, asesinatos, etc.)

7. Pide la amnistía (porque lo que hiciste fue revelar una gran injusticia a la sociedad), exige un nuevo gobierno con tu participación y que se someta a la totalidad de tus demandas. Consiente en aceptar las tres cuartas partes de lo que pedías, más la humillación pública de los líderes del viejo régimen.

8. Proclama un nuevo espíritu de reforma y de comunidad. Anuncia que estás dispuesto a emprender reformas, a buscar la pacificación, etc., pero comienza a planear la próxima confrontación, que has de organizar con el pretexto de que el régimen ha obrado de mala fe al no cumplir sus promesas. Exclama: «¡Esta vez no habrá compromisos!» «¡Afuera los bribones!», etc.

Para el sistema: cómo derrotar a la confrontación

1. Mantente al día en lo que respecta a cambios sociales, modas intelectuales, estilos. No te adocenes; usa la jerga nueva y (con moderación) lo que se lleve en cuestiones de ropa y de cabello.

2. En la generación que surge y en las minorías inquietas y ambiciosas hay moderados y conservadores capaces. Atráetelos e intégralos en la elite en el poder.

3. A la retórica y a las demandas extremistas contesta al principio con dulzura y medida. Entonces, de repente, utiliza también los mismos epítetos que los contestatarios: «¡Fascista, racista, embustero, traidor!» (Ten presente que «comunista» ya no surte efecto, aunque «¡maoísta!» es todavía útil, especialmente en los Estados Unidos, y que «¡anarquista!» siempre vale.)

4. Medita bien tus planes para hacer frente a la confrontación (motines, sentadas, etc.) que no tardará en producirse. Si hay que llamar a la policía, procura que acuda sin pérdida de tiempo, una vez que hayas hecho la debida advertencia. Al mismo tiempo, deshincha las velas de la protesta, anunciando reformas radicales y democráticas en tu institución. Representa el papel de jefe con carisma, resolviendo la crisis mediante reformas en las instituciones de la comunidad (Estado, Iglesia, Universidad) de arriba abajo. Subraya el carácter democrático del proceso. La democracia

significa someter todos los cambios al voto de todos los integrantes de la comunidad. La mayoría es siempre conservadora y dará su apoyo a la elite en el poder. Es el momento de que realices reformas, que son muy necesarias, y de que destituyas a los viejos fósiles. La mejor manera de desarmar la protesta es anunciar un mayor número de reformas de las que exigen los contestatarios y confiar en los votos de la comunidad, que te mantendrá en el poder.

Capítulo 1

[1] Fuentes de este capítulo: *The Strange Death of Liberal England,* de George Dangerfield (Constable & Co., Ltd., Londres, 1936). *Votes for Women,* de Roger Fulford (Faber and Faber, Ltd., Londres, 1957). *Unshackled,* de Christabel Pankhurst (Hutchinson & Co., Londres, 1959). *The Life of Emmeline Pankhurst,* de Sylvia Pankhurst (Houghton Mifflin Co., Nueva York, 1936). *The Suffrage Movement,* de Sylvia Pankhurst (Longmans, Londres, 1931). *Women's Suffrage and Party Politics in Britain 1866-1914,* de Constance Rover (Routledge & Keegan Paul, Londres; University of Toronto Press, Toronto, 1967).

[2] Emmeline Pankhurst, citada por Sylvia Pankhurst en *The Life of Emmeline Pankhurst,* páginas 83, 116-117.

[3] Citado por Dangerfield, obra referida, página 179.

[4] Christabel Pankhurst, obra referida, página 51.

[5] Idem, página 76.

[6] Arthur Balfour, citado en la obra anterior, página 58.

[7] Fulford, obra referida, página 285.

[8] Christabel Pankhurst, obra referida, página 254.

[9] Citado por Fulford, obra referida, página 181.

Capítulo 2

[1] Fuentes de este capítulo: *The Easter Rebellion,* de Max Caulfield (Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1963). *Cry Blood, Cry Erin,* de Redmond Fitzgerald (Barrie & Rockliff, Londres, 1966). *Collected Works: Plays, Stories and Poems* y *Collected Works: Political Writings and Speeches,* de Padraic Pearse (Phoenix Publishing Co., Ltd., Dublín, 1917). *The Insurrection of Dublin,* de James Stephens (Maunsell & Co., Ltd., Dublín y Londres, 1916). *The Imagination of an Insurrection: Dublin, Easter 1916,* de William Irwin Thompson (Oxford University Press, Nueva York, 1967).

[2] Citado por Caulfield, obra referida, páginas 19-20.

[3] Citado por Stephens, obra referida, página 38.

[4] Pearse, «El Loco», en *Collected Works: Plays, Stories and Poems,* página 334.

[5] W. B. Yeats, «Septiembre 1913» en *Selected Poems* (Macmillan and Co., Ltd., Londres, 1929) página 115.

[6] Pearse, «Fantasmas», en *Collected Works: Political Writings and Speeches,* página 223.

[7] Sean O'Casey, *Irish Fallen Fare Thee Well* (Macmillan and Co., Ltd., Londres, 1949), página 165.

[8] «Eoin MacNeill en el alzamiento de 1916», *Irish Historical Studies,* XII, páginas 236, 239.

[9] Citado por Caulfield, obra referida, página 90.

[10] Pearse, citado en la obra anterior, página 352.

Capítulo 3

[1] Fuentes de este capítulo: *Under Fire (Le Feu),* de Henri Barbusse (E. P. Dutton & Co., Nueva York, 1917). *Dare Call it Treason,* de Richard M. Watt (Simon and Schuster, Nueva York, 1963).

[2] Barbusse, obra citada, página 343.

Capítulo 4

[1] Fuentes de este capítulo: *Russia in Revolution 1890-1918,* de Lionel Kochan (Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1966). *Ten Days That Shook the World,* de John Reed (Random House, Nueva York, 1960). *The Russian Revolution,* de Leon Trotski (Doubleday, Nueva York, 1959). *The Bolsheviks,* de Adam B. Ulam (Macmillan, Nueva York, 1965). *Road to Revolution,* de Avrahm Yarmolinsky (Macmillan, Nueva York, 1959).

[2] Ivan Turguenev, «El Umbral», citado por Alan Moorehead en *The Russian Revolution* (Harper & Row, Nueva York, 1958).

[3] Lenin, citado por Máximo Gorki, *Days with Lenin* (International Publishers Co., Inc., Nueva York, 1932), página 52.
[4] Georgi Plejánov, citado por Yarmolinsky, obra referida, página 325.
[5] Lenin, *The Beginning of the Revolution in Russia* (Moscú, 1950), página 6.
[6] Kochan, obra citada, página 76.
[7] Padre George Gapon, citado en la obra anterior, página 79
[8] *Citado en la misma obra, página 176.*
[9] Trotski, obra referida, página 49.
[10] Nicolás II, citado por Kochan, obra referida, página 187.
[11] Reed, obra citada, páginas 15-16.
[12] Trotski, obra citada, página 336.
[13] Idem, página 324.
[14] Citado por Reed, obra referida, página 113.
[15] Trotski, obra citada, página 366.
[16] Idem, página 399.

Capítulo 5

[1] Fuentes de este capítulo: *The General Strike, May 1926: Its Origin and History,* de R. Page Arnot (Kelley, Nueva York, 1967). *The General Strike,* de Wilfred Harris Crook (University of North Carolina Press, Chapel Hill, North Carolina, 1931). *Britain between the Wars,* de Charles Loch Mowat (Chicago University Press, Chicago, 1955). *The General Strike,* de Julian Symons (Cresset Press, Londres, 1957). *English History 1914-1945,* de A. J. P. Taylor (Oxford University Press, Nueva York, 1965).
[2] Crook, obra citada, página 11.
[3] Honoré de Mirabeau, citado en la obra anterior, página 45.
[4] William Benbow, citado en la misma obra, página 8.
[5] Mowat, obra citada, página 33.
[6] Idem, página 300.
[7] Citado en la obra anterior, página 292.
[8] Arthur Cook, citado en la obra anterior, página 296.
[9] Cook, citado en la misma obra, página 299.
[10] Jimmy Thomas, citado en la misma obra, página 319.
[11] Winston Churchill, citado por Crook, obra referida, página 369.
[12] Un trabajador metalúrgico en huelga, citado en la obra anterior, página 412.
[13] George Orwell, *The Road to Wigan Pier* (Berkeley, Nueva York, 1961), página 135.
[14] Citado por Mowat, obra referida, página 311.
[15] Crook, obra citada, página 448.
[16] Stanley Baldwin, citado por Mowat, obra referida, página 334.

Capítulo 6

[1] Fuentes de este capítulo: *Only Yesterday,* de F. L. Allen (Harper & Brothers, Nueva York, 1931). *The Twenties,* de Frederick J. Hoffman (The Viking Press, Nueva York, 1955). *Life among the Surrealists,* de Matthew Josephson (Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1962). *The Twenties: Fords, Flappers and Fanatics,* de G. Mowry (Prentice-Hall, Englewood Cliffs, New Jersey, 1963).

[2] Allen, obra citada, página 101.

[3] F. Scott Fitzgerald, citado por Mowry, obra referida, página 174.

[4] Allen, obra citada, página 250.

[5] Ezra Pound, «L'Homme Moyen Sensuel», citado por Hoffman, obra referida, página 10.

[6] Pound, citado en la obra anterior.

[7] Idem, página 308.

[8] H. L. Mencken, citado por Allen, obra referida, página 232.

[9] Mencken, citado por Hoffman, obra referida, página 310.

[10] Citado por Allen, obra referida, página 238.

[11] Floyd Dell, citado por Hoffman, obra referida, página 36.

[12] Idem, página 33.

[13] Josephson, obra referida, páginas 324-325.

[14] Hoffman, obra citada, página 49.

[15] Fitzgerald, «Nueva visita a Babilonia» en *Babylon Revisited and Other Stories* (Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1960), página 229.

Capítulo 7

[1] Fuentes de este capítulo: *Why Hitler Came to Power,* de Thedore Abel (Prentice-Hall, Nueva York, 1938). *Hitler: A Study in Tyranny,* de Allan Bullock (Harper and Brothers, Nueva York, 1960). *The Rise of Fascism,* de F. L. Carsten (University of California Press, Berkeley, California, 1967). *Germany Tried Democracy,* de S. William Halperin (Thomas Y. Crowell Co., Nueva York, 1946). *Nazi Culture,* de George L. Mosse (Grosset and Dunlap, Nueva York, 1966). *Vanguard of Nazism,* de Robert Waite (Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1952).

[2] Friedrich Ebert, citado por Waite, obra referida, página 7.

[3] Citado por Abel, obra referida, página 244.

[4] Idem, página 123.

[5] Ebert, citado por Waite, obra referida, página 2.

[6] Idem, página 39.

[7] Citado en ídem, página 89.

[8] Citado en ídem, página 161.

[9] Idem, página 221.
[10] Adolf Hitler, citado por Bullock, obra referida, página 88.
[11] Citado por Waite, obra referida, pagina 209.
[12] Joseph Goebbels, *Michael,* citado por Mosse, obra referida, página 104.

Capítulo 8

[1] Fuentes de este capítulo: *Marxian Socialism in the United States,* de Daniel Bell (Princeton University Press, Princeton, 1967). *The American Communist Party: A Critical History, 1919-1957,* de Irving Howe y Lewis Coser (Beacon Press, Boston, 1957). *The British Communist Party: A Historical Profile,* de Henry Pelling (Black, Londres, 1958).
[2] Howe y Coser, obra citada, página 6.
[3] Idem, página 284.
[4] Granville Hicks, citado por Bell, obra referida, página 138.
[5] Howe y Coser, obra citada, página 331.
[6] Citado en la obra anterior, página 338.
[7] Idem, página 359.
[8] Heywood Broun, citado por Bell, obra referida, página 183.
[9] Howe y Coser, obra citada, página 392.
[10] Citado en la obra anterior, página 434.
[11] Idem, página 471.
[12] Citado por Pelling, obra referida, página 10.
[13] Idem, página 13.

Capítulo 9

[1] Fuentes de este capítulo: *The Age of Illusion,* de Ronald Blythe (Hamilton, Londres, 1963). *The Thirties, a Time to Remember,* de Don Congdon (Simon and Schuster, Nueva York, 1962). Hal Draper, «Historia Política del Movimiento Estudiantil de los Años Treinta» en *As We Saw the Thirties,* de Rita J. Simon (University of Illinois Press, Chicago, 1967). *Infidel in the Temple,* de Matthew Josephson (Alfred A. Knopf, Nueva York, 1967). *Part of Our Time,* de Murray Kempton (Simon and Schuster, Nueva York, 1955). *Journey to the Frontier,* de Peter Stansky y William Abrahams (Little, Brown and Co., Boston, 1966). *The Thirties, a Dream Revolved,* de Julian Symons (Cresset Press, Londres, 1960).
[2] J. B. Matthews, citado por Kempton, obra referida, página 160.
[3] Draper, en Simon, obra citada, página 156.
[4] Jack Conroy, citado por Kempton, obra referida, página 135.
[5] Josephson, obra citada, página 356.
[6] Citado por Herbert Harris, «Sentada en la General Motors» en Congdon, obra referida, página 492.

[7] Citado por Kempton, obra referida, página 287.
[8] Herbert Harris, «Trabajando en las fábricas de autos de Detroit», en Congdon, obra referida, página 486.
[9] Symons, obra citada, página 119.
[10] Idem, página 120.
[11] Julian Bell, citado por Stansky y Abrahams, obra referida, página 300.
[12] Un relato completo de las vidas de Julian Bell y John Cornford se encuentra en Stansky y Abrahams, obra citada.

Capítulo 10

[1] Fuentes de este capítulo: *Nehru: A Political Biography,* de Michael Brecher (Beacon Press, Boston, 1962). *The Last Years of British India,* de Michael Edwardes (Cassell, Londres, 1963). *The Life of Mahatma Gandhi,* de Louis Fischer (Harper & Brothers, Nueva York, 1950). *Indian Muslims: A Political History, 1858-1947,* de Ram Gopal (Asia Publishing House, Nueva York, 1959). *Indian Nationalism and Hindu Social Reform,* de Charles Heimsath (Princeton University Press, Princeton, 1964). *An Advanced History of India,* de R. C. Majumdar, tercera edición (Macmillan, Londres, 1967). *Divide and Quit,* de Penderel Moon (University of California, Berkeley, 1962). *The Last Days of the British Raj,* de Leonard Mosley (Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1961). *The Evolution of India and Pakistan,* de C. H. Philips (Oxford University Press, Nueva York, 1962). *The British Achievement in India,* de H. G. Rawlinson (W. Hodge & Co., Londres, 1948). *India and British Imperialism,* de Gorham D. Sanderson (Bookman Associates, Nueva York, 1951). *India: A Modern History,* de Percival Spear (University of Michigan Press, Ann Arbor, 1961). *Tilak and Gokhale: Revolution and Reform in the Making of Modern India,* de Stanley Wolpert (University of California Press, Berkeley, 1962).
[2] Citado por W. C. Bonnerjee, «El establecimiento del Congreso nacional» en Philips, obra referida, páginas 138-139.
[3] Gopal Krishna Gokhale, citado por Wilfred Blunt, «Opinión sobre Gokhale y Lajpat Rai, 1908», en la obra anterior, páginas 167-168.
[4] Gokhale, citado por Wolpert, obra referida, página 106.
[5] H. Nevinson. «La división de Surat en 1908», en Philips, obra referida, páginas 166-167.
[6] General R. E. A. Dyer, citado por Fischer, obra referida, páginas 182-183.
[7] Lord Curzon, «Discurso en el club de Byculla, 1905», en Philips, obra referida, página 659.
[8] Lord Curzon a Lord Hamilton, Secretario de Estado, 23 de abril de 1900, ídem, página 564.
[9] Idem.

[10] Citado por Stephen Koss «La voz de su amo: John Morley en el gobierno indio» (disertaciones inéditas, Universidad de Columbia), página 275.

[11] «Exposición relativa al progreso moral y material y a las condiciones reinantes en la India durante 1919», *Accounts and Papers,* n.º 8, *Parliamentary Papers,* XXXIV (Londres, 1920), página 28.

[12] Bal Gangadhar Tilak, citado por Wolpert, obra referida, página 189.

[13] Mohandas K. Gandhi, citado por Fischer, obra referida, página 195.

[14] Gandhi, citado por Sanderson, obra referida, página 271.

[15] Gandhi, citado por Fischer, obra referida, página 231.

[16] Gandhi, ídem.

[17] Gandhi, ídem, página 197.

[18] Gandhi, ídem, página 198.

[19] Gandhi, ídem, páginas 202-203.

[20] Gandhi, ídem, página 203.

[21] Joan Bondurant, *The Conquest of Violence* (Princeton University Press, Princeton, 1958), página 17.

[22] Gandhi, citado por Fischer, obra referida, página 233.

[23] Gandhi, ídem, página 228.

[24] Jawaharlal Nehru, citado por Sanderson, obra referida, página 292.

[25] Gandhi, ídem, página 290.

[26] Citado por Fischer, obra referida, páginas 273-274.

[27] Lord Irwin, citado por Brescher, obra referida, página 68.

[28] Rabindranath Tagore, citado por Fischer, obra referida página 274.

[29] J. A. R. Marriot, *The English in India* (The Clarendon Press, Oxford, 1932), página 296.

[30] Idem, página 305.

[31] Nehru, citado por Brecher, obra referida, página 94.

[32] «Memorial musulmán a Lord Minto» en Philips, obra referida, página 191.

[33] Idem, página 193.

[34] Gopal, obra referida, prefacio.

[35] Penderel Moon, citado por Sanderson, obra referida, página 295.

[36] Rawlinson, obra citada, página 203.

[37] Nehru, citado por Maulana Abdul Kalam Azad, *India Wins Freedom,* (Longmans, Green, Nueva York, 1960), página 181.

[38] Fischer, obra citada, página 430.

[39] Nehru, citado por Brecher, obra referida, página 145.

[40] Louis Mountbatten, citado por Azad, obra referida, página 222.

[41] Edwardes, obra referida, página 215.

[42] Mosley, obra citada, páginas 109-110.
[43] Brecher, obra citada, página 140.
[44] Edwardes, obra citada, página 219.

Capítulo 11

[1] Fuentes de este capítulo: *A Documentary History of the Negro People in the United States,* de Herbert Aptheker (Citadel Press, Nueva York, 1951). *The Long Shadow of Little Rock,* de Daisy Bates (David McKay Co., Nueva York, 1962). *Black Protest,* de Joanne Grant (Fawcett World Library, Nueva York, 1968). *Rebellion in Newark: Official Violence and Ghetto Response,* de Tom Hayden (Random House, Nueva York, 1967). *Race, Class and Party,* de Paul Lewinson (Oxford University Press, Nueva York, 1932). *The Negro Revolt,* de Louis Lomax (Harper, Nueva York, 1962). *From Race Riots to Sit-in, 1919 and the 1960's,* de Arthur I. Waskow (Doubleday, Nueva York, 1966).
[2] Grant, obra citada, página 11.
[3] Henry Highland Garnet, citado por Aptheker, obra referida, página 232.
[4] Grant, obra citada, páginas 211-212.
[5] Claude McKay, citado por Waskow, obra referida, página 176.
[6] Marcus Garvey, citado por Grant, obra referida, página 201.
[7] Garvey, ídem, página 200.
[8] Senador James Eastland, citado por Lomax, obra referida, página 85.
[9] Citado por Bates, obra referida, página 57.
[10] Lomax, obra citada, página 102.
[11] Waskow, obra citada, página 265.
[12] Idem, página 257.
[13] Hayden, obra citada, página 5.
[14] Idem, página 17.
[15] Idem, página 28.
[16] Gobernador Richard Hughes, ídem, página 38.
[17] Idem, página 46.
[18] Bobby Seale, citado en *Ramparts,* 28 de junio de 1968, página 38.
[19] Huey Newton, ídem.
[20] H. Rap Brown, ídem, septiembre de 1967, página 26.

Capítulo 12

[1] Fuentes de este capítulo: *The Beat Generation and the Angry Young Men,* de Gene Feldman y Max Gartenberg (Citadel Press, Nueva York, 1958). *The New Bohemia: The Combine Generation,* de John Gruen (Shorecrest, Nueva York, 1966). *The New Radicals,* de Paul Jacobs y Saul Landau (Random House,

Nueva York, 1966). *The Real Bohemia,* de F. J. Rigney y L. D. Smith (Basic Books, Nueva York, 1961). *The Hippies,* de Burton H. Wolfe (New American Library, Nueva York, 1968).

[2] Feldman y Gartenberg, obra citada, página 13.

[3] Rigney y Smith, obra citada, página 17.

[4] Idem, página 153.

[5] Gruen, obra citada, páginas 52-60.

[6] Idem, página 65.

[7] Wolfe, obra citada, página 116.

[8] Citado en «Otoño en el Haight, donde el amor ha ido», *The Village Voice,* 30 de noviembre, 1967.

[9] C. Wright Mills, «Carta a la nueva izquierda», reproducida por Jacobs y Landau, obra citada, página 104.

[10] Carl Oglesby «El liberalismo y el Estado corporativo», reproducido ídem, página 258.

[11] Irving Howe, «Los nuevos estilos de la izquierda», reproducido ídem, página 292.

[12] *Ramparts,* 28 de septiembre de 1968, página 21.

[13] Abbie Hoffman, «Cómo perdí la guerra», *The Realist,* septiembre de 1968, página 22.

[14] Citado en *Resistance,* 1968.

Capítulo 13

[1] Fuentes de este capítulo respecto a la crisis de Berkeley: *The Berkeley Student Revolt,* de Seymour Martin Lipset (Doubleday, Garden City, Nueva York, 1965). Con respecto a la crisis de Columbia me he basado en informes recogidos en entrevistas para un libro que preparo sobre las universidades americanas. Los lectores que deseen una descripción más detallada pueden consultar el informe de la comisión Cox, *Crisis at Columbia* (Random House, Nueva York, 1968) y *Up Against the Ivy Wall,* de Jerry L. Avorn (Atheneum, Nueva York, 1969).

Capítulo 14

[1] Nikita Jrushov, citado en *The Anti-Stalin Campaign and International Communism,* (Columbia University Press, Nueva York, 1956) página 40.

[2] Jrushov, ídem, página 76.

[3] Vissarion Belinski, «Carta a N. V. Gogol» en *Russian Intellectual History: An Anthology,* de Marc Raeff (Harcourt, Brace & World, Nueva York, 1966), página 258.

[4] Yevgeny Yevtushenko, *A Precocious Autobiography* (Dutton, Nueva York, 1963), página 89.

[5] Hugh McLean y Walter N. Vickery, *The Year of Protest 1956* (Vintage Books, Nueva York, 1961), página 21.

[6] Konstantin Paustovsky, ídem, página 157.
[7] Jrushov, ídem, página 6.
[8] Andrei Siniavsky, *On Trial,* traducido por Max Hayward (Harper & Row, Nueva York, 1966), página 146.
[9] Alexander Solzhenitsyn, citado en *Problems of Communism,* septiembre-octubre de 1968, página 38.
[10] Andrei Voznesensky, ídem, página 55.
[11] Richard T. De George, *The New Marxism* (Pegasus, Nueva York, 1968), página 112. Para el texto de «El código moral del constructor del comunismo» véanse las páginas 159-160.
[12] Abram Terz, «Sobre el realismo socialista», traducido por George Dennis en *The Trial Begins and on Socialist Realism* (Vintage Books, Nueva York, 1960), página 218.
[13] *The New York Times,* 19 de noviembre de 1966, página 6.
[14] *Problems of Communism,* julio-agosto de 1968, página 43.
[15] Patricia Blake, «Este es el invierno del disentimiento de Moscú», *The New York Times Magazine,* 24 de marzo de 1968, página 122.
[16] Declaración última de Vladimir Bukovsky en su proceso, en *Problems of Communism,* julio-agosto de 1968, página 35.
[17] *The New York Times,* 23 de marzo de 1968, página 1.
[18] Anatoly Marchenko, citado en *Problems of Communism,* septiembre-octubre de 1968, página 60.

Capítulo 15

[1] Las fuentes de este capítulo son *French Revolution 1968,* de Patrick Seale y Maureen McConville (Heineman, Londres, 1968) y diversas informaciones de prensa.

Índice

Dedicatoria 7
Prefacio 9
Prólogo: Tiempos de protesta 11

Primera parte: La aparición de la protesta

Introducción 19
1. La Cruzada feminista 21
2. El modelo irlandés 44
3. Los amotinamientos en el ejército francés 67
4. La experiencia rusa 89

Segunda parte: La protesta contra la «normalidad»

Introducción 121
5. La huelga general en Gran Bretaña 123
6. La rebeldía de la generación del jazz 144
7. La protesta de la clase media y la ascensión del nazismo 160

Tercera parte: La protesta contra el capitalismo y el imperialismo

Introducción 189
8. La protesta comunista como movimiento político 190

9. Estudiantes, artistas y trabajadores: la protesta de izquierdas como forma de vida 222
10. El anticolonialismo: Gandhi y la experiencia india ... 244

Cuarta parte: La era de la protesta permanente

Introducción 287
11. La liberación negra en los Estados Unidos 289
12. Desde los *beats* hasta la nueva izquierda 332
13. La conmoción estudiantil en las universidades americanas 358
14. La protesta comunista contra el estalinismo 383
15. La crisis francesa 402
Epílogo: La naturaleza de la protesta 412
Notas 419
Índice 429